

# LEN DEIGHTON WINTER

Una familia berlinesa  
1899-1945

Un retrato de la Alemania nazi  
y de la brillante y depravada sociedad  
que la precedió.



Lectulandia

En una de sus más ambiciosas novelas, Len Deighton ha logrado un vívido relato sobre la vida de la Alemania nazi, valiéndose de una familia de la clase media, para presentarnos un riguroso análisis del régimen hitleriano y de la confusión y locura que lo hicieron posible.

Cuando las campanas repican alborozadas por el nuevo siglo, Veronica Winter —americana de nacimiento, educación e instinto— da a luz al segundo hijo de su marido alemán. El niño, Paul, y su hermano Peter son los principales personajes de la compleja y dramática historia de la familia Winter; una historia que comienza en una niñez dorada para concluir ante el tribunal de Nuremberg.

«Winter» es un cuadro aterrador y convincente de Berlín bajo el régimen nazi. Desfilan por la novela las gentes que sirvieron al III Reich: pequeños empleados probos y trabajadores, burócratas agobiados de trabajo; hombres simpáticos y amorales como Fritz Esser, hijo de un porquero rural, convertido en ardoroso revolucionario; Inge, que sueña con su venerado Führer como una colegiala. Hay también militares inteligentes y honorables como Alex Horner, hombres intrépidos como el homosexual capitán Graf y leales como el coronel Weizsäcker, que nunca vacila ante el cumplimiento de su deber.

**Lectulandia**

Len Deighton

**Winter**

**Una familia berlinesa 1989-1945**

ePub r1.0

Titivillus 09.04.2019

Título original: *Winter. A Berlin family, 1899-1945*

Len Deighton, 1992

Traducción: Francisco Martín

Diseño de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1



---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

Se recuerda a los lectores que las opiniones expresadas por los personajes no son necesariamente las del autor.

JAMES JONES

# PRÓLOGO

## Nuremberg, 1945

Winter entró en la celda sin estar preparado para el cambio que aquel breve período de cárcel había causado en su amigo. El recluso tenía cincuenta y dos años, aunque aparentaba sesenta cuando menos; con los años había ido perdiendo pelo, pero de pronto se había convertido en un viejo calvo. Allí estaba, sentado en el camastro de hierro, absorto y abatido, con los codos apoyados en las rodillas y una mano sujetando su barbilla sin afeitar. Le habían quitado el cinturón, los tirantes y la corbata, y tenía sucio y arrugado el elegante traje confeccionado a medida por el mejor sastre de Berlín. Sin embargo, aquellos ojos subrayados de oscuro eran los mismos, y por el hoyuelo en su barbilla puntiaguda se le reconocía inmediatamente como una figura del Tercer Reich, uno de los colaboradores íntimos de Hitler.

—¿Me ha mandado llamar, señor ministro?

—No soy ningún ministro —respondió el preso levantando la vista—, el Reich ya no existe. Alemania está hundida; no soy más que un número —añadió.

Winter no sabía qué contestar a aquel viejo quisquilloso al que estaba acostumbrado a ver detrás de un suntuoso escritorio tallado a mano en el despacho con tapices del ministerio, rodeados de ayudantes, secretarias y funcionarios.

—Sí, Winter, le he hecho llamar. Siéntese.

Así que se guardaban los formalismos; tomó asiento.

—Le he mandado llamar, doctor Winter, y le diré por qué. Me han dicho que estaba usted preso en Londres a la espera de ser interrogado, y como dicen que los que esperamos juicio podemos elegir a cualquier abogado alemán para la defensa, y que si éste se halla en la cárcel le dejan salir a tal efecto, he pensado que una persona presa se imaginará mejor lo que para mí supone estar aquí.

Winter no sabía si ofrecer al exministro un cigarrillo, y cuando, aún sin haberse decidido, sacó los codiciados cigarrillos, el policía militar apostado en el pasillo le gritó por la puerta entreabierta:

—¡Nada de fumar!

El exministro del Reich hizo como si no hubiera oído la voz del guardián y siguió explicándose.

—Segundo: usted habla americano... con soltura. Tercero: es usted muy buen legalista; me consta por haber trabajado con usted muchos años. Cuarto, y lo más importante: es usted oficial de las SS... ¿Sucede algo, Winter? —añadió al ver que a Winter se le demudaba el rostro.

Winter se inclinó hacia adelante en gesto confidencial y de compromiso.

—Ahora mismo, a un centenar de metros de aquí, hay más de cien abogados americanos redactando un decreto para procesar a las SS como organización ilegal. El veredicto será condenas de cárcel y quizá sentencias de muerte para todos los que formaron en sus filas.

—Muy bien —replicó impaciente el preso. Siempre había detestado lo que calificaba de «detalles trapaceros sin importancia»—, pero ¿no irá de pronto a pretender que no ha sido miembro de las SS, verdad?

Por primera vez Winter se percataba de que el ministro quería que formase parte del equipo de la defensa, y se sobresaltó; miró por la celda temiendo que hubiese micrófonos, cosa bastante probable, pues recordaba aquel centro de cuando trabajaba con la Gestapo de Nuremberg y sabía que la mitad de los atestados presentados en el juicio de los camisas pardas disidentes se había obtenido con notas taquigrafiadas tomadas por funcionarios a la escucha de las conversaciones de los detenidos, captadas a través de micrófonos ocultos.

—No puedo contestar —respondió en voz baja.

—No me venga con esas dubitaciones... sí, no, no sé. No quiero un liberal farragoso, pusilánime y filosemita que trate de anular mi proceso merced a oscuros subterfugios técnicos. Le he mandado llamar porque fue usted quien me metió en esto. Recuerdo todo lo que hizo por el partido; recuerdo los buenos tiempos que vivimos antes siquiera de soñar con hacemos con el poder. Y me acuerdo de cuando su padre me prestaba dinero cuando los demás ni me recibían en su despacho. Vamos, Winter, cobre ánimo. ¡O pone todo lo que hace falta para asegurar mi defensa o se marcha ahora mismo!

Winter admiraba el valor de su viejo amigo. Las apariencias engañaban, porque no era el personaje hundido que él había creído: seguía siendo el mismo malnacido sin escrúpulos a cuyo servicio había estado. Recordaba la primera concentración política en la Postdamer Platz en los años veinte y el discurso que había pronunciado: «Bajo las cenizas aún arde el fuego». Una frase recurrente en todas sus alocuciones hasta el fin en 1945.



—Nos enfrentaremos a ellos —replicó Winter—. Agarraremos a esos jueces por los tobillos y los sacudiremos hasta que se les caigan los calzoncillos.

—Exacto —añadió él. Era otra de sus muletillas.

—Exacto —apostilló Winter casi sonriendo.

—¡Ha concluido la visita!

Winter miró el reloj; faltaban dos minutos, pero los americanos eran así. Hablaban de justicia y libertad, de democracia, pero no regalaban un ápice. Eran los vencedores. Todo aquel maldito proceso de Nuremberg no era más que un montaje; una ocasión para que americanos, ingleses, franceses y rusos esgrimiesen la elaborada pretensión de legalidad previa a la ejecución de los vencidos. Pero era preferible que el exministro no alcanzase a ver con exactitud el ineludible veredicto y la sentencia. Mejor seguir luchando y caer en la lid; así al menos conservarían íntegro el ánimo. Con aquella resolución también Winter se sentía mejor. Así podrían revivir los viejos tiempos, aunque sólo fuese en el recuerdo.

Al llegar Winter a la puerta, el viejo le llamó.

—Ah, una cosa, Winter. —Éste se volvió—. He oído hablar de un agresivo coronel americano que forma parte de la acusación; uno alto, delgado, de impecable uniforme y uñas de manicura... y que habla perfectamente alemán con acento de Berlín. Por lo visto odia a los alemanes y no da tregua alguna; parece que en los interrogatorios trata a todos con invectivas. Bien, me han dicho que lo han enviado específicamente de Washington para que elabore mi acusación... —Hizo una pausa y se lo quedó mirando, irradiando aquella cólera que había hecho temblar a todos los de su ministerio y a los de otros organismos—. No la de Göring, Speer, Hess o algún otro, sino concretamente la mía. ¿Qué sabe usted de ese maldito *Schweinehund*<sup>[1]</sup>?

—Sí, lo conozco. Es mi hermano.

Uno de los abogados americanos, Bill Callaghan —un bostoniano de pelo blanco especializado en legislación marítima—, dijo después de examinar el expediente de Winter que la historia de los hermanos era como de novela. Pero eso era sólo porque Callaghan no conocía ninguna novela, salvo las pruebas que sus clientes armadores le facilitaban para que los defendiese ante los tribunales.

La novela tiene unidad y estilo, un principio y un final en consonancia; la novela demuestra una evidencia de planificación e investigación y generalmente trata de imponer un esquema ordenado al caos de la realidad.

Pero las vidas de los hermanos Winter no eran ordenadas ni mostraban un esquema discernible. Sus vidas habían sido respuesta a las esperanzas de los padres, a las circunstancias históricas y a lo efímero de las circunstancias. Ambiciones sin colmar y prejuicios abandonados. Desvíos, digresiones y frustraciones habían marcado sus vidas. Unas vidas que, en realidad, se habían configurado de igual modo que las de tantos otros nacidos a principios del siglo xx.

Callaghan, con la vivacidad y soltura que a veces caracteriza a los togados, emitió un veredicto instantáneo sobre las vidas de los hermanos Winter.

—La vida de uno de ellos es una historia de éxitos —dijo—, pero la del otro es una auténtica historia de horrores.

En realidad ninguna de ellas era una historia, pues, como la mayoría de la gente, habían vivido una serie de episodios, que en su mayor parte eran frustrantes e insatisfactorios.

**1899**

## «Un siglo totalmente nuevo»

Todos veían al adusto personaje bajo aquella farola de la Ringstrasse de Viena, pero nadie le miraba a la cara. Era muy delgado, de unos treinta años, pálido, de ojos inquietos y feroces y con un bigote negro bien recortado. Sombreaba sus ojos el ala de su brillante sombrero de copa y la luz de gas hacía relucir el alfiler con diamante de su corbata. Lucía un largo abrigo negro con cuello de piel, un abrigo particularmente elegante, la clase de prenda confeccionada por sastres exclusivos de Berlín. «No puedo esperar más», dijo en un alemán con acento berlinés. Nadie —salvo quizá algunos emigrantes de los Sudetes que por entonces constituían una importante proporción de la población urbana— habría confundido a Harald Winter con un vienés.

La multitud que se había congregado en torno al llamativo automóvil —un Benz Viktoria— observaba ahora al chófer que, tras examinar el motor, se incorporó limpiándose las manos.

—La gasolina. Está obturado el conducto —dijo.

—Iré a pie al club —replicó el otro—. Quédate aquí con el coche. Mandaré a alguien que te ayude.

Sin esperar respuesta, se abrió camino entre los mirones que obstaculizaban el paso y echó a andar por el bulevar, castigando la acera con el bastón y frunciendo el entrecejo.

Hacía frío en Viena aquella última noche del siglo XIX; la temperatura no había cesado de bajar durante la jornada y por la noche llegó a bajo cero. Harald Winter sentía el frío, pero además le invadía una sensación de frustración. Le mortificaba que se le estropeasen los automóviles. Le gustaba ser el centro de atención cuando adelantaba con su vehículo a amigos y enemigos, o cuando simplemente le señalaban comentando que era propietario de uno de aquellos primeros y costosos vehículos mecánicos. Pero cuando la máquina le causaba trastornos, como ahora, se sentía humillado.

En Berlín era distinto. En Berlín estas cosas eran corrientes. Allí siempre había alguien que se encargaba de aquellas sacudidas y arrebatos, de los

pedos y las toses, de los estornudos y recaídas. No debía haber traído el vehículo a Viena. Los austríacos no entendían nada de maquinaria moderna; los únicos automóviles que había visto en la ciudad eran eléctricos, y él odiaba los automóviles eléctricos. No debería haber consentido que su mujer le convenciera para venir en Navidad; odiaba los inviernos lluviosos de Viena, detestaba las convulsiones políticas que muchas veces desembocaban en desórdenes, detestaba la comida y a aquellos vieneses vagos e inútiles con su acento chillón, por no hablar de los miserables y harapientos extranjeros que todo lo invadían chapurrando sus incomprensibles idiomas. Eran incapaces de aprender una palabra correcta en alemán.

Al llegar al portalón que daba paso a la entrada, estaba helado. Como tantos otros edificios de aquella absurda ciudad, el club parecía un palacio. Era una construcción de un barroco subido, recargada de ninfas y náyades con frontispicio soportado por un cuarteto de hercúleos pilares. El portero hizo seña a los bedeles e inmediatamente le franquearon el paso al brillante vestíbulo. A aquella hora de la noche solía estar lleno, pero en esta ocasión estaba extrañamente vacío.

—Buenas noches, señor barón.

Winter contestó con un gruñido. Aquello era otra de las cosas que detestaba de Viena: todos tenían que tener título, y si no había tal título, como en su caso, los criados se lo inventaban. Mientras un criado cogía su sombrero de seda y su bastón, otro le despojaba del abrigo.

Sin sombrero ni abrigo, se vio que Harald Winter aún no se había cambiado para la cena. Vestía una levita oscura, con pantalones gris claro, cuello duro alto y una corbata fina de lazo. Su lívido rostro era ancho y de mentón agudo, lo que le confería cierto aspecto satánico, efecto potenciado por su brillante pelo negro con raya en medio.

—¡Winter! ¡Qué casualidad! Ahora mismo vengo de visitar a su esposa.

El que se le dirigía era el profesor *doktor* Franz Schneider, cincuentón, y el mejor o al menos el más rico y considerado ginecólogo de Viena. Un hombre pequeño de rostro blanco, rechoncho como un niño, de cutis impecable y ojos azul claro. Nervioso, se llevó la mano a su blanca perilla antes de colocarse las antiparras.

—Bueno... sabrá, claro, que a su mujer le vinieron hace una hora los primeros síntomas. Ahora voy al hospital. ¿Viene conmigo? Tengo el coche esperando.

Hablaba apresuradamente, con voz más chillona de lo normal. Siempre se ponía algo nervioso ante Harald Winter, y en aquel momento no parecía para

nada el temido profesor que contestaba a las preguntas de sus alumnos con ingeniosas destemplanzas.

Winter dirigió fugazmente la mirada hacia la puerta por la que había entrado el profesor Schneider, quien se ruborizó. Maldito cerdo arrogante este Winter, pensó. Es capaz de hacerle a uno sentirse culpable sin decir palabra. ¿Qué le importaba a Winter si sólo tomaba media botella de champán para acompañar el faisán frío? Eran los dolores del parto de su mujer los que se habían presentado en Nochevieja, impidiéndole llegar al baile a una hora decente.

—Tengo una reunión —contestó Winter.

—¿Una reunión? —replicó el profesor Schneider. ¿Sería alguna broma? ¿Cómo iba nadie a asistir la noche de fin de año a una reunión en un club prácticamente vacío a excepción de los criados? Y ¿cómo podía alguien concentrarse en un negocio estando su mujer a punto de dar a luz? Miró a Winter a los ojos: una mirada fría, exenta de curiosidad o pasión. Se decía que era uno de los hombres de negocios más hábiles de Alemania, pero ¿de qué le valían su riqueza y su fama si su espíritu estaba muerto?—. Pues yo me marchó. Le enviaré recado. ¿Estará aquí?

Winter asintió con gesto casi imperceptible, y sólo cuando el profesor Schneider se hubo marchado, se dirigió hacia la amplia escalera que conducía al entresuelo. Allí le esperaba otro socio. El rostro de Winter se iluminó al verle. Por fin una cara conocida que él apreciaba.

—¡Foxy! Me dijeron que estabas en esta horrible ciudad.

El pelo rojo de Erwin Fischer se había vuelto ya gris —un enorme casco de bruñido acero—, pero conservaba su apelativo. Era un hombre bajo, delgado y jovial, de ojos oscuros y cutis sanguíneo. Sus bisabuelos habían sido judíos procedentes de la ciudad báltica de Riga, y su abuelo había cambiado el apellido de la familia, aunque fue su padre quien se había convertido al catolicismo mucho antes de que Erwin naciera... Fischer era heredero de una fortuna hecha con el acero, pero su padre, a sus setenta y cinco años, seguía como un roble, y Fuchs Fischer —a sus cuarenta y ocho— tenía expectativas que no eran más que expectativas. Erwin era viudo. Dinero no le faltaba, pero se aburría soberanamente y el dinero no siempre paliaba su aburrimiento. Últimamente su vida se había convertido en una tediosa rutina de obligaciones sociales, grandes fiestas y presentaciones a «casaderas convenientes» que nunca resultaban lo bastante convenientes.

—Le has hecho pasar un mal rato a Bubi Schneider, Harald. ¿Te parece bonito? En esta ciudad tiene muchos amigos.

—No es más que un parásito llorón. No sé por qué mi mujer se pone en sus manos.

—Pues trae al mundo a los hijos de los hombres más importantes de Viena. Las madres confían en él y a los niños los enseñan a considerarle como alguien de la familia. Es un hombre con influencia.

—¿Debo temerle? —dijo Winter fríamente, tras una sonrisa.

—No, claro que no, pero podría perjudicarte. ¿Crees que merece la pena, cuando lo único que te pide es una sonrisa y un apretón de manos?

—El miserable se empeñó en decir que Veronica no podía volver a Berlín y mi hijo tendrá que nacer aquí. Y yo no quiero un hijo austríaco. Foxy, tú, que eres alemán, lo entenderás.

—Así que va a ser niño. Ya lo has decidido, ¿no?

—¿Nos bebemos una botella de borgoña? —replicó Winter sonriendo.

—A ti te gustaba Viena, Harald. Cuando compraste la casa aquí, decías que era mucho mejor que Berlín.

—De eso hace mucho tiempo. Yo era otra persona.

—Conociste a tu maravillosa esposa en Berlín y a Veronica aquí en Viena. Eso es lo que quieres decir, ¿verdad?

—No te pases, Foxy.

El otro ignoró la advertencia. Tenía suficiente confianza con Winter para hacer aquel tipo de comentarios y más aún.

—Seguro que has pensado en la posibilidad de que ha sido idea de Veronica tener aquí el niño.

—¿De Veronica?

—Piensa un poco, Harald. Veronica te conoció aquí cuando estudiaba en la universidad. Y para ella fue la primera experiencia en el amor, en la vida y en todo lo que había soñado de niña en Estados Unidos. Ella adora Viena. Aunque tú la consideres una capital de segunda de un imperio de cuarta, para Veronica sigue siendo la ciudad de los vales de Strauss y de las fiestas en que se ve a duques, duquesas y príncipes de sangre azul. Pese a lo que tú digas, Harald, el Berlín del kaiser Guillermo no puede compararse con Viena en la temporada de fiestas. ¿De verdad que te sorprende que ella haya hecho lo posible por dar a luz aquí al segundo hijo?

—Espero que no hayas...

—No, no he hablado con ella; claro que no. Sólo pretendo decirte que no eches la culpa a Bubi Schneider mientras no estés seguro de que es el responsable.

Winter dio unos pasos y se inclinó sobre el balcón dorado. Apoyando la mano en un querubín, hizo seña a un criado del club en el piso inferior.

—Traíganos una botella de borgoña. Del mejor. Y tres vasos.

Se dirigieron a un salón largo cubierto de espejos en el que las arañas trazaban miles de reflejos. Al fondo ardía un fuego. La chimenea abierta era una audaz innovación en Viena, ciudad caldeada a base de estufas, pero la dirección había copiado aquel salón de un club de caballeros londinense.

Sobre la chimenea había un enorme retrato al óleo del monarca que aunaba los papeles de emperador de Austria y rey de Hungría y se empeñaba en que se le tratase de «su apostólica majestad, nuestro gracioso emperador y señor, Francisco José I». Aparte de esto, el salón se hallaba vacío. Winter eligió una mesa junto a la chimenea y tomó asiento. Fischer permaneció con las manos en los bolsillos mirando por la ventana. Winter siguió su mirada y vio que en la acera de enfrente habían levantado una tribuna de madera para algún mitin político celebrado por la mañana. Ya no quedaba nadie más que dos policías de uniforme, de pie entre las pancartas arrugadas y las sillas rotas, como si tales objetos no existiesen.

—Nunca he entendido a las mujeres —dijo finalmente Winter.

—Siempre has entendido a las mujeres perfectamente —replicó Fischer sin dejar de mirar por la ventana—. Es a las americanas a las que no entiendes. Que Veronica sea americana es lo que trastorna a veces tu matrimonio.

—Me lo advertiste en su momento, Foxy. Debería haberte escuchado.

—No hay un europeo sensato que se case con una americana. Tú has tenido suerte con Veronica: no te da mucha bronca por tus aventuras, ni te impide que bebas o que vayas a esas fiestas a casa de madame Reiner. Para ser americana es muy comprensiva.

Había un tono de humor en la voz de Fischer, que ahora se volvió para ver cómo se lo tomaba Winter, quien al advertirlo esbozó una sonrisa.

Entró un camarero que morosamente mostró a Winter la etiqueta y con no menor parsimonia y cuidado sirvió los dos vasos.

Fischer dio un sorbo al vino sin dejar de mirar a la calle. La franca conversación había sembrado el hielo entre ambos, y ahora cada uno estaba enfrascado en sus pensamientos.

—El encargado de la bodega te ha buscado una maravilla, Harald —dijo Fischer degustando el vino con deleite y frunciendo los labios para volver a catarlo.



—Tengo mi propio botellero —replicó Winter—. Ya no bebo de la bodega del club.

—Muy acertado.

Winter no contestó. Bebió en silencio. Ésa era la diferencia entre ellos. Fischer, hijo de hombre rico, lo daba todo por sentado y dejaba que las cosas siguieran su curso. Harald Winter, magnate que se había hecho a sí mismo, no creía en nadie y no dejaba nada al azar.

—Estuve aquí esta mañana —dijo Fischer con un gesto hacia la calle en donde se había celebrado el mitin político—. Habló Karl Lueger y cuando acabó hubo jaleo. La policía no daba abasto y enviaron a la caballería para despejar la calle.

—Lueger es un rufián —dijo Winter pausadamente, sin irritarse.

—Es el alcalde.

—El emperador no debió firmar el nombramiento.

—Lo tuvo bloqueado todo lo posible, pero tuvo que plegarse a la voluntad de los votantes.

—¿Votantes? Escoria. Mira esos eslóganes: «Protección a los pequeños comerciantes», «Familia religiosa», «Abajo los grandes negocios judíos». Los cristiano-sociales coquetean con el peor prejuicio, el miedo y la pura envidia. «El guapo Karl» es para ellos todo a la vez. Para los que quieren el socialismo, un socialista; para los beatos, un hombre piadoso; para los que quieren colgar a los judíos o expulsar a los húngaros, hay que votar a su partido. Es un canalla.

—Tú eres hombre de mundo y debes comprender que el odio al extranjero forma parte de la psicología austríaca. ¿Qué votos ibas a obtener diciendo a la gente que los judíos son más listos de lo que son o que los inmigrantes checos o húngaros son más trabajadores?

—Le detesto, Foxy. Lueger se está haciendo tan popular como el emperador. A veces tengo la impresión de que podría *convertirse* en el emperador. Imagínate que ese odio, ese *Judenhass*, se organizase a escala nacional. Imagínate que apareciese alguien que tiene el dominio de la multitud igual que Lueger, el ascendiente del emperador sobre el ejército y el instinto de Bismarck para la *Geopolitik*. ¿Qué sucedería, Foxy? ¿Quieres decírmelo?

—Lo que te digo es que necesitas vacaciones, Harald —dijo Fischer tratando de bromear, pero Winter no secundó su risa forzada—. ¿Para quién es la tercera copa, Harald? ¿Puedo saberlo? —añadió, consciente de que no era para una mujer puesto que no les estaba permitida la entrada en el club.

—El misterioso conde Kupka me ha enviado hoy un recadero a casa.

—¿Kupka? ¿Es amigo tuyo? —inquirió Fischer con un tono chillón inhabitual en su modo de hablar tranquilo.

—¿Amigo mío? Nada de eso. Le conozco, naturalmente, le he visto en fiestas y hasta en la mansión de madame Reiner, pero es todo lo que sé de él, aparte de que es hombre de confianza del emperador y una especie de asesor del ministro de Asuntos Exteriores.

—Tienes mucho que aprender de esta ciudad, Harald. El conde Kupka es el director de la policía secreta imperial. Es responsable ante el ministro de Asuntos Exteriores, y el ministro sólo despacha con su majestad. Basta con una firma de Kupka en un papel para hacer desaparecer a quien sea.

—Qué interesante, Foxy. Siempre me había parecido un hombrecillo rancio y aburrido.

Fischer miró a su amigo. Era evidente que a Harald Winter no le intimidaba Kupka. Era esa valentía lo que a Fischer siempre le había atraído. Admiraba las audaces, por no decir irresponsables, empresas comerciales de Winter y sus descaradas historias de amor, su indiferencia ante la perspectiva de crearse enemigos como el profesor Schneider. A veces le tentaba el pensar que el valor de Winter era el único aspecto atractivo de su personalidad egoísta y sin escrúpulos.

—Harald, nos conocemos hace mucho tiempo. Si estás en apuros, a lo mejor puedo ayudarte.

—¿Apuros? ¿Con Kupka? No puedo ni imaginármelo.

—Es la noche de fin de año, Harald. A media noche comienza un nuevo siglo: el siglo veinte. Todas nuestras amistades estarán celebrándolo. Hay un baile de estado en el que se verá a la mitad de las testas coronadas de Europa. ¿Por qué tenía que verte Kupka precisamente esta noche?

—¿Por qué no te quedas y se lo preguntas tú mismo, Foxy? Lleva ya veinte minutos de retraso.

Fischer apuró su vaso de un trago.

—No pienso quedarme. Ese hombre me produce escalofríos —añadió dejando la copa en la mesa junto a la destinada al conde Kupka—. Pero quiero recordarte que esta noche las calles estarán desiertas, con excepción de algunos jaraneros borrachos. Una noche ideal para meter a alguien en un coche o tirarlo al Danubio.

—Mañana te llevarás una decepción, Foxy —replicó Winter con una amplia sonrisa—, cuando sepas que el conde Kupka sólo pretendía dar un paseo en mi automóvil.

En realidad, Kupka no quería dar un paseo en el automóvil de Winter, o si lo deseaba no manifestó su deseo. Tampoco era el conde Kupka el hombrecillo rancio y aburrido que Winter decía. Kupka era un hombre de anchos hombros, de manazas torpes que no casaban con su pálido rostro arrugado de cejas delicadas, depiladas para que no se juntasen sobre su nariz puntiaguda. Kupka tenía la cabeza grande, como un globo en el que un niño hubiese pintado sus rasgos sencillos e inexpresivos. Y, cual un globo pintado, su pelo con gomina le dejaba perfectamente liso el cráneo.

Kupka entró con abrigo en el salón. Llevaba el sombrero de copa levemente inclinado hacia atrás. Dejó el bastón y se quitó los guantes, sosteniendo el cigarro entre los dientes. Winter no se movió y Kupka tiró los guantes sobre la mesa, mientras Winter echaba un trago de borgoña, mirándole con la atención animada e indulgente con que habría acogido a un actor de teatro de variedades que sale de escena. Sólo recordaba otros dos hombres que fumasen enormes puros llevando el sombrero y el abrigo puestos, los dos criados de su casa de campo. Le divertía que Kupka actuase así.

—Winter, le agradezco mucho que haya tenido la amabilidad de entrevistarse conmigo sin haberle avisado con más antelación —dijo Kupka sacudiendo la ceniza del puro—. Sobre todo esta noche.

—Sabía que era algo urgente —replicó Winter con un hilo de voz que no pensaba cambiar.

—Claro, claro —añadió Kupka en un tono que indicaba que ya estaba pensando en la siguiente frase—. ¿Era Erwin Fischer ese que me he cruzado en la escalera?

—Ha estado conmigo tomándose un borgoña. ¿Le apetece a usted uno, conde Kupka?

—Con sumo gusto, herr Winter... —Antes de que Winter pudiese coger la botella para servirle, Kupka alzó la mano, y sus anillos de oro, algunos con diamantes, brillaron a la luz de las arañas—, pero, por desgracia, tengo trabajo... Seré lo más breve posible —añadió mientras Winter se servía vino.

—Se lo agradezco —contestó Winter—. ¿No quiere sentarse?

—A veces necesito estar de pie. Como en la Ópera; Mahler dirige su orquesta de pie. ¡De pie! Hay que ver; pero me resulta simpático. Yo a veces pienso mejor de pie. Sí... su esposa... Esta tarde he visto al profesor Schneider. Las mujeres son criaturas tan frágiles, ¿no es cierto? El problema sobre el que tengo que consultarle tiene su estricto origen en el maternal

afecto de mi querida esposa por un primo lejano. —Kupka hizo una breve pausa para mirar la ceniza del puro—. Un joven algo alocado, aunque no más de lo que yo lo era a su edad, ni más de lo que usted lo fue, Winter.

—¿Alocado yo, conde Kupka?

Kupka le miró y enarcó las cejas fingiendo sorpresa.

—Más que nadie, herr Winter. ¿Ha olvidado ya aquellos exaltados con quienes se trataba cuando era estudiante? Si mal no recuerdo se llamaban ustedes la Sociedad del Águila de Plata. ¡Un estudiante de derecho!

Pese a hacer ímprobos esfuerzos por no perder la calma, Winter había acusado el impacto y replicó con voz quebrada.

—Eso no fue más que una diversión infantil —alegó dando un sorbo para aclararse la garganta.

—Para usted quizá, pero no para todos los miembros. Suponga que le digo que el anarquista que asesinó a nuestra emperatriz el año pasado estaba vinculado también a una organización llamada Águila de Plata —espetó Kupka dirigiendo la vista al retrato del emperador y calentando a continuación sus manos al fuego.

—Si me lo dijese, supondría que está usted jugando a algo pueril.

—¿Y si yo insistiese? —replicó Kupka sonriente. Su rostro no reflejaba ninguna crueldad perceptible. Le divertía la conversación y parecía esperar que a Winter le sucediera lo mismo. Por infundadas que aquellas acusaciones pudieran ser, habría bastado con hacer circular bien el rumor para causar perjuicio para siempre a Winter y a su familia.

—Entonces yo le desafiaría —replicó Winter con lodo el aplomo que pudo.

—¿Un duelo? —contestó Kupka riendo—. Deje esas tonterías para el estamento militar. Yo no soy más que un *Einjährig-Freiwilliger*, y en un año de voluntariado no se aprende a batirse en duelo —añadió sentándose frente a Winter y tirando despreocupadamente la ceniza a la chimenea—. Ahora que veo la etiqueta de la botella, creo que cambiaré de idea.

Winter le sirvió un vaso. Estaba hecha la faena del picador y descubierto el carácter y la debilidad del toro; el matador Kupka saldría ahora al ruedo.

—Ese individuo —dijo Kupka dando un sorbo al vino— obtuvo dinero de su banco.

—No es mi banco —replicó Winter, que venía preparado por haber mencionado Kupka en su recado a aquel cliente.

—Ese en el que una persona discretamente anónima posee dieciocho mil acciones nominales. En el que usted tiene despacho y secretaria. En el que al

director le presentan para su aprobación toda transacción que excede de cierta cantidad. El primo lejano de mi esposa obtuvo dinero de ese banco.

—¿Quiere algún dato?

—Gracias, conozco todos los datos precisos. Sólo quiero darle el dinero.

—¿Adquirir el préstamo? —inquirió Winter.

—Con la debida comisión al banco.

—Su nombre es Petzval; dijo que su familia era de Budapest. El director no estaba muy convencido, pero parecía buena persona.

—Petzval, sí. A mi esposa le preocupa.

—¿Ha dicho usted primo lejano?

—La familia de mi esposa es un laberinto de primos lejanos y parientes. Un vino excelente, Winter. No lo he visto en la carta de vinos —dijo Kupka sirviéndose un poco más—. A ella le preocupa la deuda.

—¿Es que piensa que voy a hacerle algo? —dijo Winter.

—Usted no, querido amigo. Ni mucho menos. Lo que la preocupa es que se retrase en los pagos y recurra a un prestamista. Ya sabe usted a dónde conduce eso. He visto muchas vidas arruinadas —replicó Kupka sin dar muestras de desánimo—. Él quiere escribir un libro, y su familia no tiene bienes. Créame, Winter, es una deuda de la que más le valdría deshacerse.

—Ya me informaré de los datos —contestó Winter.

—El pago puede efectuarse como a usted mejor le parezca: billetes, oro, cheque certificado... y en cualquier plaza, Nueva York, Londres, París o Berlín.

—Me llega al alma su preocupación por ese joven —dijo Winter.

—Soy un tonto sentimental, Winter, ya lo ve. —A Kupka le cayó ceniza en el abrigo sin que se diese cuenta.

—Herr barón, una llamada telefónica para usted —anunció un criado entrando en el salón.

—Será el hospital —comentó Winter.

—Bien, le he entretenido demasiado —dijo Kupka, poniéndose en pie para despedirse—. Por favor, presente mis respetos y sinceras excusas a su bella esposa —añadió sin esperar respuesta, consciente de que a los personajes como él nunca se les niega lo que piden.

—*Auf Wiedersehen*, conde Kupka.

—*Auf Wiedersehen*, querido Winter —contestó Kupka juntando los talones con una reverencia.

Winter siguió al criado al piso inferior. El club había instalado hacía poco el teléfono, pero a pesar de ello no se recibían llamadas en el mostrador de recepción, pues un servicio mediante el cual las esposas pudieran fiscalizar la presencia de sus maridos en el club no era una innovación bien recibida. Por lo tanto, el aparato estaba entronizado en una gran mesa de caoba de un cuarto del primer piso, con un criado en permanencia continua para contestarlo.

—Winter al habla —dijo para demostrar tanto al que llamaba como al criado que en Berlín los teléfonos eran algo corriente.

—¿Winter? Le habla el profesor Schneider. Falsa alarma. Son cosas que pasan. Aún puede tardar dos o tres días.

—¿Cómo está mi esposa?

—Muy bien. Le he administrado un sedante suave y ya debe de estar dormida. Le aconsejo que descanse y ya la verá mañana por la mañana.

—Sí, eso haré.

—Su hijo nacerá en mil novecientos; con el nuevo siglo.

—El nuevo siglo no comienza hasta mil novecientos uno. Pensé que un hombre culto como usted no lo ignoraría —dijo Winter colgando del gancho el receptor.

Ya se oían tañidos de campanas de las iglesias de la ciudad, que hacían así gala de la habilidad de sus campaneros como saludo al nuevo año. Pero en la cocina gimoteaba un perro porque el sonido molestaba a sus oídos. Los perros detestan las campanas. Igual que Harald Winter.

## **«Qué buenos chistes haces, Liebchen»**

Martha Somló era hermosa. Era una mujer pequeña, de cabello negro y grandes ojos, hija, con otros once hermanos, de un sastre judío. La familia procedía de una pequeña ciudad rumana, y Martha se había criado en Hungría, pero había llegado sola y huérfana, a los dieciséis años, a Viena. Trabajaba en una expendeduría de tabaco cuando conoció a Harald Winter. A las tres semanas de conocerle, él la instaló en un apartamento próximo a la Votivkirche. Ahora tenía ya dieciocho años, una vivienda mucho más grande y, además, doncella, peluquero a diario y a domicilio, cuenta en una modista de la corte, algunas buenas joyas y un perrito. Pero las visitas que hacía Harald Winter a Viena eran para ella muy poco, y cuando él no estaba, se encontraba deprimida y sola.

La querida de Harald Winter no era más que una pequeña parte de su curiosa y compleja relación con Viena. Había dedicado mucho tiempo a encontrar aquel precioso apartamento con vistas a la Ópera y al Wiener Boulevard. Desde allí, la muchacha podía ver «Sirk-Ecke», lugar obligado de reunión de la alta sociedad vienesa, que paseaba de arriba abajo a diario, salvo el domingo, ataviada con sus mejores galas.

Cuando lo tuvo, transformó el apartamento en exposición del recién creado movimiento artístico vienés de «Secesión». Un friso de Klimt rodeaba en todo su perímetro el negro y brillante comedor, la mesa y las sillas del cual eran de Josef Hoffmann. El estudio, desde el escritorio hasta la agenda, era obra de Koloman Moser, y por todo el apartamento había piezas de art nouveau. No sin razón se sentía Martha Somló poco más que conservadora de un museo de arte. Detestaba todo aquello que con tanta dedicación había reunido Harald Winter en el apartamento, pero no era tan tonta como para decirlo. La mujer americana de Winter, Veronica, no había puesto reparos a manifestar su desdén por el arte moderno, y la consecuencia de ello era aquel apartamento en la Kärntnerstrasse y Martha. Si Martha manifestaba sus verdaderos sentimientos, era poco probable que Winter se deshiciera de sus tesoros; se desharía de ella. Sería más fácil, rápido y barato.

—Harry, te quiero —dijo de pronto y sin pensarlo.

—¿Qué has dicho? —contestó Winter. Se había puesto su batín rojo de seda, el que ella le había regalado el día que había cumplido treinta años. Un magnífico día de compras seguido de una fiesta absurda en Sachers. De eso hacía seis meses; ahora ya casi no salían juntos. Desde que su mujer había quedado embarazada de su segundo hijo, él se había vuelto más distante, y ella se temía que estuviese buscando el modo de decirle que ya no la quería —. Creo que me estoy quedando sordo; mi padre se quedó sordo muy joven.

Ella se le acercó y le rodeó el cuello con los brazos, besándole.

—Harry, tonto. No te estás quedando sordo. Tú eres el hombre más fuerte y más sano que he conocido. Digo que te quiero. Harry, sonríe y dime que me quieres.

—Claro que te quiero, Martha —contestó él, besándola.

—Harry, un beso como es debido. Un beso como el que me diste esta tarde al llegar, lleno de deseo.

—Querida Martha, eres encantadora.

—¿Qué te pasa, Harry? Estás raro hoy. ¿Es algo del banco?

Él negó con la cabeza. No es que fueran bien las cosas en el banco, pero nunca hablaba de problemas del negocio con Martha y no pensaba hacerlo. No hay que mezclar a las mujeres con los negocios. A Winter no le acababa de convencer que se permitiese el ingreso de las mujeres en la universidad. A ese respecto se sentía a veces más a gusto con mujeres como Martha que con su propia esposa. Martha le entendía muy bien.

—¿Sabes quién es el conde Kupka?

—¡Por Dios, Harry, no tendrás algún lío con la policía secreta! Oh, no...

—Sólo quiere que le haga un favor.

La muchacha se sentó y tiró de él obligándole a tomar asiento en el sofá junto a ella. Winter le explicó parte de la conversación mantenida con Kupka.

—¿Y descubriste qué quería saber? —inquirió acariciándole el rostro con ternura. A continuación dirigió la vista a la cartera de cuero que Harry había traído al apartamento. Raras veces llevaba algo consigo; solía decir que llevar cajas o paquetes era cosa de criados.

—No es tan fácil —contestó Winter. Ella advirtió que quería hablar del asunto—. Mi director le pidió un aval y el cliente tiene tierras en el Obersalzberg. El préstamo está redactado de manera que el banco queda propietario de la tierra en caso de impago. Lo que he hecho ha sido modificar la documentación de forma que el préstamo salga de mi cuenta personal.



Afortunadamente, la tierra está escriturada a un particular, así que en caso de incumplimiento me la quedaré.

—¿En Salzburg, Harry? ¿En Austria?

—En Salzburg no. En el Obersalzberg. Es una montaña de mil metros, y no está en Austria; está cruzando la frontera, en Baviera.

—¿En Alemania?

—Y eso va a ser otra complicación. No sé si será posible transferírsele a Kupka.

—Dirá que no colaboras —dijo ella. Había oído hablar de Kupka. No había un judío en todo el imperio que no hubiese oído hablar de él. Con sólo oír su nombre le daba miedo.

—Kupka es abogado —replicó Winter, confiado.

—Eso es como decir que Atila, el rey de los hunos, era oficial de caballería —apostilló ella.

Winter soltó una carcajada y la abrazó.

—Qué buenos chistes haces, *Liebchen*. Me dan ganas de contarle éste a Kupka.

—No, no, Harry.

—No tengas miedo, querida. Yo soy un simple intermediario para cerrar ese asunto.

—Haz lo que él diga, Harry.

—Creo que aún no. Esta noche voy a verme con el misterioso Petzval en el café Stoessl de la Gumpendorfer Strasse. ¡Qué demonio!... A él le sacaré todo lo que Kupka me oculta.

—No olvides que es pariente de Kupka y primo de su mujer.

—Bobadas —replicó Winter—. Eso no es más que una cortina de humo para ocultar los hechos.

—Que vaya alguien por ti —sugirió ella.

Winter sonrió y fue a coger la cartera de cuero que había traído; sacó un pequeño revólver y una pistolera con correa para debajo del abrigo.

—Si los hombres de Kupka están allí, de nada te servirá una pistola.

—Niña aprensiva... —dijo él besándola afectuosamente.

Ella le abrazó con fuerza. Envidiaba desesperadamente a su esposa y a los hijos que la vinculaban a Harry como ninguna otra cosa en el mundo. Si ella pudiera darle un hijo...

**1900**

## Un terreno en el Obersalzberg

Ya había anochecido cuando Winter cruzó la puerta giratoria del café Stoessl en la Gumpendorfer Strasse y echó una mirada al local. Era un establecimiento alargado y lóbrego con luces de gas que silbaban y crepitaban. Las mesas eran de mármol rosa y había sillas de madera curvada y plantas por todas partes. Reconoció a algunos clientes, pero no dio muestras de ello. No era gente a la que Winter saludase: la masa habitual de intelectuales en ciernes, expolíticos y escritores autónomos.

Petzval le esperaba. «Un judío bajito de barba negra», le había dicho el director del banco. No era difícil. Petzval estaba en la última mesa de cara a la puerta. Era un hombre de rostro lívido, de casi treinta años, y pelo y barba espesos, que sólo dejaban ver los ojillos y la nariz aguileña.

Winter dejó el sombrero en la silla, se sentó frente a él y pidió un café con coñac. Luego dio una vaga excusa por llegar tarde.

—No ha cumplido usted su palabra —dijo Petzval.

No era un buen principio, y Winter estuvo a punto de negarlo, pero comprendió que con ello no le quedaba margen para hablar.

—¿Por qué cree usted eso? —replicó.

—Ha sido el conde Kupka, ¿verdad? —añadió Petzval inclinándose y apoyando un codo en la mesa.

Winter dudaba, pero tras estudiar a Petzval, optó por admitirlo. Kupka había dicho que Petzval era pariente suyo y no le había pedido que callase su nombre.

—Efectivamente, el conde Kupka.

—¿Quiere comprar mi deuda?

—Algo así.

Petzval apartó su taza vacía para apoyar los dos brazos en la mesa. Había aproximado su rostro al de Winter más de lo que a éste le hubiera gustado, pero no se apartó.

—Policía secreta. Tiene espías por todas partes —dijo Petzval.

—¿Es usted pariente de Kupka? —inquirió Winter.

—¿Pariente? ¿De Kupka? —Petzval emitió un breve sonido gutural que podría haber sido una carcajada—. Yo soy judío, herr Winter. ¿No lo sabía cuando me hizo el préstamo?

—En cualquier caso, eso no importa —contestó Winter.

En ese momento trajeron el café y Winter sintió alivio de poder reclinarse en la silla y alejarse de la penetrante mirada del joven. Era un hombre que estaba en las últimas, un desesperado. Observó al airado judío conforme tomaba el café. Aquel Petzval era un individuo ridículo, con su camisa gastada y su traje manchado, pero a Winter le daba más bien miedo. ¿Cómo era posible, si todos sabían que a él no le daba miedo nada?

—Represento un riesgo, ¿verdad?

—Es lo que pensó el director. ¿Qué hace usted, herr Petzval?

—¿Como medio de vida, se refiere? Soy científico. ¿Ha oído hablar de Ernst Mach?

Esperaba su respuesta. No era una pregunta retórica; quería saber si Winter era lo bastante inteligente.

—Claro; Mach es profesor de física en la universidad.

—Mach es el genio científico más grande de nuestro tiempo. —Hizo una pausa para que su afirmación se disipara antes de proseguir—. Hace un par de años sufrió un infarto, y yo he tenido el privilegio de trabajar con él al tiempo que continúo mi propia especialidad.

—¿Y cuál es su especialidad? —replicó Winter, consciente de que era la pregunta, cuando menos, que se le pedía.

—Flujo aéreo. Mach realizó unos importantísimos trabajos iniciales en Praga antes de que yo naciera. Es el pionero de la fotografía de balas en movimiento. Mach ha descubierto que una bala que excede la velocidad del sonido crea dos ondas de choque: una onda delantera de gas comprimido y una onda de cola formada por vacío. Mi trabajo tiene mérito, pero no es más que la continuación de lo que el pobre y anciano profesor tuvo que dejar.

—¿El pobre y anciano profesor Mach?

—Está muy enfermo. Tendrá que abandonar la universidad porque está paralítico del lado derecho. Da lástima verle cómo se esfuerza por seguir.

—¿Y que hará usted cuando abandone la cátedra? —preguntó Winter sorbiendo el café con gusto a higo al estilo vienés. Acto seguido probó el coñac; era fuerte, pero lo necesitaba.

Petzval miraba a Winter con conmiseración.

—¿No lo entiende usted, verdad?

—Creo que no —confesó Winter, limpiándose el coñac de los labios con el pañuelo de seda del bolsillo externo y mirando a su alrededor. Había un ruidoso grupo jugando a las cartas en un rincón y dos o tres extraños individuos inclinados sobre su tarea. Serían poetas o escritores, pero quizá también hombres de Kupka al acecho.

—¿No entiende usted la diferencia entre una pieza de artillería de alta velocidad y una escopeta de baja velocidad?

Winter estuvo a punto de soltar la carcajada. Había conocido a predicadores, pero este hombre era el colmo. Hablaba de flujo aéreo en proyectiles como quien habla del segundo advenimiento de Nuestro Señor.

—Me temo que no —replicó, divertido.

—Pues Krupp sí sabe la diferencia —añadió Petzval—. Me han ofrecido un empleo con un sueldo tres veces mayor del que gana Mach en su cátedra.

—¿Ah, sí? —contestó Winter, traicionando en su voz la sorpresa.

—Empieza usted a comprender el asunto, ¿verdad? La Krupp está dispuesta a fabricar los mejores fusiles del mundo y lo logrará.

Winter asintió brevemente con la cabeza, recordando que no hacía mucho el ejército austríaco había sido derrotado por los prusianos, dotados de mejores fusiles. Era lógico que los austríacos desearan saber lo que hacían las empresas alemanas de armamento.

—Al conde Kupka le interesa ese empleo suyo en la Krupp. ¿No es eso?

—Quiere que le informe de todo lo que se haga en el departamento de investigación. Si adquiere mi deuda podrá presionarme. Por eso quiero que el banco cumpla el contrato —dijo Petzval con un hilo de voz, pero sus ojos y el gesto decidido de sus manos denotaban su apasionamiento.

—No es tan fácil.

—Tiene usted la tierra de Obersalzberg. Vale mucho.

—No obstante, sería mejor hacer las cosas como desea el conde Kupka.

—¿Y eso me lo dice un alemán?

En el cerebro de Winter se encendió una luz de alerta. ¿Sería Petzval un agente provocador para sondear su actitud respecto a Austria? Era posible. ¿La organización de aquel espionaje contra Krupp no era competencia del coronel Redi, jefe del servicio de inteligencia militar austríaco? ¿O es que el conde Kupka trataba de ganarle por la mano a su rival?

—Sería mejor para todos —dijo Winter.

—Para mí, no —replicó Petzval—. Yo no estoy dotado para el espionaje. Ese tipo de trabajo sucio, que lo hagan los que les gusta. ¿Se imagina lo que sería vivir constantemente, día y noche, con el temor de ser descubierto?

—Ya tendría usted cuidado de que no le descubriesen —alegó Winter.

—¿Y cómo? —replicó Petzval rechazando la posibilidad—. Quieren que fotografíe los prototipos y que robe planos y bocetos de los mecanismos de la recámara... y todo eso. —Se le notaba preocupado, ¿o sería consecuencia del aleccionamiento por parte del conde Kupka?

—Lo haría por su país —contestó Winter, convencido de que era una provocación.

—¿Ha estado usted en una fábrica de armamento? —inquirió Petzval—. O, mejor, ¿ha cruzado la puerta de salida? En algunas registran a uno de cada tres obreros, pero ahora ya los registran a todos. La policía practica registros en casa de los trabajadores. Yo trabajaría en el laboratorio de investigación, y soy judío. ¿Cómo no iban a descubrirme?

Winter paseó la mirada por el local. A pesar de que hablaban en voz baja, el tono enardecido de aquel individuo no dejaría de llamar la atención.

—Lo siento, herr Petzval, pero no puedo hacer más por usted.

—¿Se lo cederá a él?

¿Era miedo o audacia lo que denotaban aquellos oscuros ojos hundidos?

—Usted leyó el contrato y lo firmó. No mencionaba para nada que no pudiese ser cedido a un tercero.

—¿Un tercero? ¿La policía secreta?

—Busque dinero en otra fuente —dijo Winter. Aquello le parecía exagerado sin motivo.

—Estoy muy endeudado, herr Winter. Le ruego que acepte el terreno como pago del préstamo.

—No puedo estar de acuerdo. Sus perspectivas...

—¿Qué perspectivas si Kupka me impide salir del país?

—Si Kupka le impide salir de Austria... —Por un instante Winter se vio hecho un lío, pero de pronto se percató de lo que quería el judío—. ¿Quiere usted decir que ha acudido aquí con la esperanza de que yo me negase a hacer lo que exige Kupka y no se lo dijera hasta que usted hubiese cruzado la frontera?

—Usted es alemán.

—No hace más que recordármelo —replicó Winter bebiendo de un trago el resto de coñac—. Pero tengo negocios aquí, y una casa. ¿Cómo quiere usted que por un extranjero desafíe a las autoridades?

—Por un cliente —dijo Petzval—. No soy extranjero, sino un cliente del banco.

—Pero pide demasiado —contestó Winter poniéndose en pie y cogiendo el sombrero mientras dejaba unas monedas en la mesa. Era más que suficiente para pagar el café y el coñac y lo que hubiese consumido Petzval mientras le esperaba—. *Auf Wiedersehen*, herr Petzval. —Conforme caminaba hacia la salida oyó fuertes murmullos, pero no se volvió hasta oír los gritos de Petzval.

El judío estaba en pie, amenazándole con el puño. Luego cogió las monedas y se las arrojó con todas sus fuerzas. Dos por lo menos dieron en los cristales de la puerta giratoria. Winter apretó los puños. Aquel Petzval era un demonio. Dos camareros le asieron, pero aún pudo zafarse y tuvo que acudir un tercero, que le sujetó por el cuello con los dos brazos.

—¡Maldito sea, Winter! ¡Maldito su dinero! Le maldigo, ¿me oye?

Winter cruzó temblando la puerta giratoria y desapareció en la oscuridad de la Gumpendorfer Strasse. Desde luego aquel individuo estaba loco, pero las maldiciones aún resonaban en su cabeza cuando montó en el automóvil. No podía evitar el pensar que era un mal presagio. Sobre todo en aquel momento en que estaba a punto de nacer su segundo hijo en cualquier momento.

Winter se despertó preguntándose dónde estaba, hasta que recordó que se hallaba en su casa de Viena. Era muy distinto sin su esposa. Habitualmente, a Harald Winter le bastaba con un buen sueño para recuperarse de las preocupaciones y angustias de sus negocios. Pero a la mañana siguiente, sentado en su vestidor con una toalla caliente sobre el rostro, aún recordaba la entrevista con el violento joven.

Se quitó la toalla caliente y la tiró sobre el lavabo de mármol.

—¿Habrà guerra, Hauser? —preguntó al criado que vertía agua caliente de un gran jarro con dibujo floral y que a continuación se puso a hacer espuma en la bacina.

El criado le enjabonó el mentón. Era un joven muy listo, de un pueblo cerca de Rostock, que tenía como un tesoro aquel empleo de criado con Winter, pues era el único doméstico que constantemente viajaba con el señor.

—¿Entre los austríacos y los serbios, señor? Sí, la gente dice que la habrá.

Navajas, peines y tijeras esterilizados brillaban inmaculados y esperaban cuidadosamente ordenados en un lienzo almidonado. Siempre siguiendo todo el mismo orden.

—¿Pronto, Hauser?

El criado hizo un alto con la navaja. Era demasiado inteligente para pensar que su señor le consultaba respecto a la posibilidad de la guerra. Esas predicciones era mejor dejárselas a los generales y a los políticos, el tipo de gente con la que Winter se codeaba todos los días. A él le preguntaba qué decía en la calle gente que habitaba los enormes bloques de viviendas junto a las fábricas, los trabajadores que vivían a decenas en una habitación, pagando la cuarta parte de su salario al casero; hombres que trabajaban hasta doce y catorce horas con sólo el sábado por la tarde libre. ¿Qué decían esos hombres? ¿Qué decían en Berlín, Viena, Budapest y Londres? Winter siempre quería saber eso y Hauser cumplidamente le contestaba.

—Estos austríacos detestan a todo el mundo, señor. Tienen envidia de nosotros, los alemanes, odian a los checos y desprecian a los húngaros. Pero con quien quieren pelear es con los serbios. Todos dicen que más tarde o más temprano acabarán con ellos. Y Serbia no es gran cosa; hasta los austríacos serán capaces de vencerlos.

Hablaba de todos con displicencia, como siempre habían hablado los alemanes de los pueblos de los Balcanes y de los austríacos, que para ellos no eran muy distintos.

Winter sonrió para sus adentros. Hauser mostraba el auténtico orgullo — quizá fuese arrogancia la palabra adecuada— de los prusianos. Por eso le gustaba. Hauser estiró la piel del mentón de su señor conforme pasaba la afilada navaja por la espuma dejando una piel rosada y brillante.

—Los terroristas y anarquistas que con bombas y revólveres asesinan gente inocente en la calle... son todos serbios. Entrenados y apoyados por los serbios. ¿Tú no te indignarías, Hauser? —dijo Winter mientras el criado limpiaba la navaja en el paño que colgaba de su brazo.

—Pero no me alistaría en el ejército para ir a la guerra, herr Winter —dijo levantándole la barbilla para pasarle la navaja por la garganta—. Hay mucha gente que no me gusta, pero no veo motivo para hacer una guerra por ello.

—Eres una persona lógica, Hauser.

—Sí, señor —contestó Hauser, inclinándole la cabeza para proseguir su tarea.

—Suerte tenemos de vivir en una época en que la guerra es cosa del pasado, Hauser. Tranquilízate, que no tendrás que montar camino de ninguna guerra.

—Eso espero —replicó Hauser, que no tenía miedo de tener que *montar* para ir a la guerra; sólo los caballeros como herr Winter iban montados a la guerra. La clase a la que él pertenecía iba a pie.



—Batallas sí que habrá —añadió Winter—. El kaiser tendrá que dar una lección a los chinos, los ingleses envían hombres a Sudán o a combatir a los bóers... pero no son más que actos políticos. Para nosotros los europeos, las guerras son cosa del pasado.

Hauser inclinó un poco más la cabeza de su señor y comenzó a retocarle las patillas. Cada vez se las recortaba más; las grandes patillas estaban pasando de moda, y, como todos los domésticos, Hauser era un empedernido esnob respecto a la moda. Siempre dejaba el bigote del señor para el final, porque recortar el extremo despuntado del bigote era lo más difícil. Para esa concreta operación cogió otra navaja.

—Entonces ¿los austríacos no lucharán contra los serbios? —inquirió el criado como si la opinión de Winter fuese definitiva.

—Los Balcanes no son Europa —contestó Winter volviendo la cabeza hacia el guardarropa para que Hauser le recortase la otra patilla—. La gente de esa región está loca perdida. Nunca dejan de pelear entre sí. No, yo me refiero a los auténticos europeos, que por fin han aprendido a vivir juntos y arreglar sus diferencias por la negociación: alemanes, austríacos, ingleses... incluso los franceses se han hecho finalmente a la idea de que Alsacia y Lorena son alemanas. Por eso digo que no montarás camino de la guerra, Hauser.

—No, herr Winter, seguro que no.

Se oyó llamar levemente a la puerta. Hauser levantó la navaja en previsión de que su señor hiciese un movimiento.

—Adelante —dijo Winter.

Era una doncella, una muchacha de poco más de catorce años y con un acento rural tan cerrado que Winter le hizo repetir tres veces el recado para estar seguro de lo que decía. Se trataba del director de la sucursal vienesa del banco. ¿Qué motivo habría impulsado a aquel hombre a presentarse a molestarle en su propia casa a las nueve y media de la mañana? «Muy urgente», decía la doncella con el rostro encendido de excitación por la inhabitual visita. Había visto cómo afeitaban al señor; eso le daría ocasión de presumir ante la doncella del salón. «Muy urgente, muy urgente».

—Bien, bien, muchacha —dijo Hauser—. El señor te ha entendido.

—Dile que pase —añadió Winter.

Hauser tosió. ¿Hacerle pasar estando todavía sin afeitarse? Y ahora que faltaba lo más difícil: el bigote del señor. A Hauser no le gustaba hacerlo

delante de nadie, con el riesgo, además, de que Winter se pusiese a hablar, porque podía pasar cualquier cosa. ¿Y si se le escapaba la mano y le hacía un corte? ¿Qué pasaría entonces con su estupendo empleo?

—Lamento muchísimo tener que molestarle, herr Winter —dijo el director nada más entrar.

Esta vez el mayordomo acompañaba al visitante en lugar de la atolondrada doncellita. Hauser advirtió que el mayordomo tenía los dedos manchados del pulimento de la plata. Tenía que haber acabado por la noche. Estos malditos austríacos, pensó, son todos unos vagos. Se preguntaba si Winter lo notaría.

—Se trata del asunto Petzval —añadió el director, que lucía las enormes y anticuadas patillas en chuleta de camero al estilo del emperador.

Winter asintió con la cabeza, procurando no mostrar ningún interés concreto.

—No le habría molestado, pero el recadero del conde Kupka señaló que debía avisarle inmediatamente... Y creí mejor venir personalmente.

—Bien, ¿de qué se trata? —inquirió Winter, enojado.

—Ha puesto fin a su vida —contestó el director—. El mensajero dice que nada de tonterías. En eso ha hecho hincapié.

—Suicidio. Estoy arreglado —dijo Winter—. ¿Ha dejado alguna nota? —añadió conteniendo la respiración.

—¿Una nota, herr director? —repitió el viejo, angustiado, preguntándose si Winter se referiría a un pagaré o algún otro tipo de documento de valor negociable. Pero luego cayó en la cuenta de lo que Winter quería decir—. Oh, una nota de suicida. No, herr director, nada parecido.

—Ha hecho usted muy bien —replicó Winter tratando de ocultar su alivio. Se sentía mal y estaba sonrojado. Sabía demasiado bien lo que podía suceder cuando asuntos como aquél se iban de la mano.

—Gracias, herr director. Por supuesto, fui en seguida al registro para comprobar que no había riesgo para los fondos del banco.

—¿Y cuál es la situación? —inquirió Winter, limpiándose el resto del jabón del rostro y mirándose en el espejo. Veía con alivio que parecía tan distante y tranquilo como siempre fingía con sus empleados.

—A mi entender, herr Winter, aunque la muerte del deudor pone irrevocablemente la garantía en poder del beneficiario nominal, la obligación del banco concluye al morir la otra parte.

—¿Y qué monto del préstamo se ha pagado a Petzval hasta ahora?

—Hay un recibo por una moneda de oro de veinte coronas, herr director. Como es costumbre en el banco.

—¿Así que ese terreno del Obersalzberg sólo nos ha costado veinte coronas?

—El préstamo había de pagarse en diez entregas...

—Bien, bien —atajó Winter—. ¿No ha enviado ninguna nota el conde Kupka?

—Señaló que le diese la enhorabuena, herr Winter. Imagino que...

—Por el niño —le interrumpió Winter, a sabiendas de que el conde Kupka no enviaba enhorabuenas por el nacimiento de un niño. Era evidente que el conde estaba al corriente de todo lo que sucedía en Viena. Y a veces debía saberlo quizá antes de que sucediera.

—¡Querida! —exclamó Winter—. Perdóname que no haya venido más temprano —añadió besándola y echando un vistazo al cuarto. Detestaba los hospitales por aquel penetrante olor a éter y desinfectante. Por eso guardaba rencor contra el profesor Schneider, que se había empeñado en que su mujer tuviese el niño allí en vez de en casa—. He tenido un día pésimo —apostilló.

—¡Pobrecito Harry! —exclamó ella en un arrullo burlón.

Era encantadora cuando sonreía. Incluso en el hospital, con su largo pelo rubio caído sobre los hombros en lugar de peinado bien alto como se lo arreglaba su doncella, era la mujer más hermosa que conocía. Su mentón voluntarioso y sus prominentes pómulos, unido a su esbelta y elegante estatura, se le antojaban tan genuinamente americanos, que nunca se hacía a la idea de que aquella enérgica criatura fuese su esposa.

—Lo siento, querida —dijo Winter ruborizándose—, no es eso. Tú también habrás pasado un mal rato.

Ella sonrió al verle apurado; pero no era fácil desconcertarle.

—No he pasado ningún mal rato, Harry. He tenido un hijo.

Winter miró al pequeño en la cuna.

—Quería haber venido antes, pero esta mañana hubo una complicación en el banco. Mientras me afeitaba vino a verme el director. ¡En casa, mientras me afeitaba! ¡Ha muerto un cliente...! Un suicidio.

—Oh, qué horror, Harry. ¿Le conocía yo?

—Un tal Petzval. A decir verdad, creo que estaba metido en líos. La policía secreta llevaba tras él cierto tiempo. Quizá formase parte de algún grupo terrorista.

—¿Y cómo tratas tú con gente así, querido? —inquirió ella echando indolente la cabeza hacia atrás, mirándole con ojos vidriosos. Sin duda eran los efectos de la anestesia. La enfermera le había advertido que aún estaba débil.

—Le atendió un subdirector. Y esa gente joven no sabe discernir.

—Suicidio. Una alma atormentada —añadió Veronica.

Winter vio que se persignaba y miraba el crucifijo que había sobre la cabecera. Esperaba que no fuera a convertirse en católica o algún tipo de fanática religiosa. Ya tenía bastante con qué batallar para que además le saliese una esposa que se levantase con el gallo para ir a misa a diario. Rechazó la idea; Veronica no era de éstas. Si ella se convertía a algo, lo más probable era que se adscribiese a las doctrinas de Freud y su absurda psicología. Ya había asistido a algunas conferencias del famoso doctor y no le hacían ninguna gracia los chistes que hacía él sobre aquellas raras ideas. «Suerte que no diriges tú el banco, querida Veronica. Entregarías la caja al primer pelanas que viniera a pedírtela contando una historia increíble». Quitó de una silla un cesto con flores —la habitación estaba llena de ellas— y vio por la tarjeta que era de los empleados del banco. Tomó asiento.

—Quiero llamarle Paul —dijo Veronica—. No será un nombre que detestes...

—No; es bonito. Pero pensaba que querías ponerle el nombre de tu padre.

—Peter y Paul, querido. ¿No ves qué bonito tener dos hijos que se llaman Peter y Paul?

—¿Y te lo has estado guardando desde que nació nuestro hijo Peter hace tres años?

Ella sonrió y estiró sus largas piernas bajo las sábanas. Había elegido dos nombres que sus padres, americanos, encontrarían igual de adecuados. No sabía si Harry lo comprendía; probablemente sí. Harry Winter era muy agudo en lo que atañía a las personas y sus motivaciones.

—¿Tanto tiempo? —inquirió Winter, riendo—. Qué esposa yanqui tan loca tengo.

—Te encanta, Harry. Di que te encanta.

—Claro que sí.

—Entonces, míralo, Harry. Cógelo y tráemelo.

Winter miró por encima del hombro, esperando que volviera la monja, pero no se veía a nadie. Era evidente que les concedían un rato de intimidad.

—Hola, Paul —dijo tomando torpemente a su hijo recién nacido—. Tengo un regalo para ti, hijo del nuevo siglo.

Era un bebé regordete de carita arrugada, como si torciera el gesto, pero sus ojos eran los de Verónica: unos ojos gris humo de los que nunca revelan los pensamientos más íntimos. Winter volvió a dejar al niño en la cuna.

—¿De verdad, Harry? Eres estupendo. ¿Qué es, querido? Enséñamelo.

—Es un terreno. Una tierra en las faldas del Obersalzberg.

—¿Un terreno? ¿Dónde está el Obersalzberg?

—En la Baviera alemana, totalmente al sur. Un sitio en donde se puede construir un agradable pabellón de caza. Un lugar al que podrá ir cuando desee alejarse del mundo.

—¡Un terreno en el Obersalzberg, Harry! Tanto tiempo casados y nunca dejas de sorprenderme. —A través del velo del éter que envolvía su cerebro se preguntó si aquello sería algún profundo deseo de su marido. ¿Anhelaba ir a algún sitio para retirarse del mundo? Para eso ya tenía a aquella detestable Martha. ¿Qué más deseaba?

—¿Sucede algo? —dijo él.

—Nada, querido, es que es un regalo curioso para un recién nacido, ¿no?

—Es un buen terreno; un lugar precioso con vistas a la montaña. Un lugar en el que un hombre puede entregarse a sus más íntimos pensamientos y ser su propio dueño —dijo mirando al niño. Ahora se sentía más contento y logró sonreír.

**1906**

## «Lo que les dicen en el colegio»

—Tienes dos hijos encantadores, Veronica —dijo su padre, observando por la ventana del salón de día cómo el serio Peter, de diez años, arrastraba por el césped el caballo de juguete en que iba montado radiante de alegría su rubio hermanito. Los niños jugaban en el parque privado de una gran mansión del barrio londinense de Belgravia. El día de verano era esplendoroso y Londres era un primor. Un anciano jardinero recortaba la verde yerba en forma de festones. El aire olía fuertemente a yerba recién cortada y a causa de ello el pequeño Pauli tenía los ojos enrojecidos y llorosos. Cyrus lo aspiró con deleite. Sus amigos ingleses los instaban a que viniesen a Londres durante «la temporada», pero los Rensselaer preferían cruzar el Atlántico en esta época del año en que el mar es más tranquilo—. Por mucho que pueda decir del bribón de tu marido, tengo que admitir que te ha dado dos hijos preciosos.

—Vamos, vamos, papá, no empecemos de nuevo con eso —dijo sin levantar la voz Veronica, que lucía un vestido de té de gasa azul con redecilla sobre raso azul oscuro. Aquellos trajes de tarde la liberaban unas horas de los rígidos corsés que la moda la obligaba a llevar casi todo el día. Era una creación preciosa, suelta y etérea, que la hacía sentirse joven y bonita y hasta capaz de aguantar a sus padres. Se recogió el amplio volante y lo admiró de cerca.

—Es ella quien ha dado a Harry dos niños preciosos —apostilló la señora Rensselaer—. Los hombres siempre decís las cosas al revés. ¿Quién sufrió aquel horroroso hospital en Viena, teniendo su dormitorio en Nueva York y nuestro médico particular aguardándola?

Volvían a meterse con ella, pero ya estaba acostumbrada. Advirtió que el chillón acento yanqui de su madre era mucho más fuerte que el de su padre, que tenía una habla más suave. Ahora que vivía entre alemanes, notaba mucho más los acentos. Se preguntaba si su inglés no habría adquirido cierto acento alemán. Sus padres no le habían dicho nada, y prefería no preguntárselo.

—Madre, sabes que no habría podido ir a casa a tener el niño —dijo conteniendo un suspiro. Llevaban seis años reprochárselo y no lo olvidaban.

Su padre vio a los niños cruzar el camino de mano de la nodriza y oyó cómo entraban por la puerta principal para lavarse antes del té.

—Yo viajo por el Atlántico con frecuencia, Veronica, y tu madre suele acompañarme. Es absurdo que pretendas decirnos que no puedes venir a vemos cuando nosotros venimos todos los años a Londres —dijo él metiendo las manos en los bolsillos—. Pardiez, la primera vez que vine a Europa viajé en una corbeta de cuatro palos, pero ahora hacemos la travesía en dormitorios de lujo con agua corriente y cenando como en el Ritz.

Cyrus G. Rensselaer era un hombre de aspecto distinguido, de cincuenta y tantos años, con pelo negro peinado hacia atrás, ojos azul claro y gran bigote. No hacía concesiones al clima cálido y vestía un traje de mañana grueso con un bonito chaleco bordado y corbata suelta con alfiler de plata en el nudo. Sin embargo, algo le confería un aspecto nada convencional —llevaba el pelo más largo de lo corriente—, por lo que a veces en el transatlántico los pasajeros le tomaban por un músico famoso o un pintor de moda. Esto agradaba enormemente a Cyrus Rensselaer, pues solía decir que él habría sido pintor si su padre no le hubiera zurrado cada vez que intentaba abandonar los estudios de ingeniería.

—Ya lo sé, padre. Me lo dices en tus cartas. Pero Harry es alemán; los niños son alemanes. Y para mí, Alemania es ahora mi patria.

La contrariedad era que sus padres no hablaban idiomas y su único viaje a Berlín en 1892 para asistir a la boda parecía haberlos disuadido para siempre de volver a Europa.

—Pero fuiste a Viena a tener el niño, querida —intervino la madre—, y papá lo que dice es que haber regresado a Nueva York no habría sido tan difícil.

—El niño vino antes de tiempo, madre, y como estábamos en Viena, el médico me aconsejó no viajar —alegó mirando a sus padres que permanecían escépticos—. Harry se puso frenético, porque lo había previsto todo en Berlín. Pobrecito Paul; Harry solía llamarle «la bolita de pasta austríaca» hasta que se lo prohibí.

Su padre sacó del bolsillo del chaleco un reloj de oro y lo consultó.

—¿No dijo Harry que volvería a la hora del té?

—Tenía almuerzo en el club.

—Sí que le gustan los clubs —comentó el padre.



—Se trata de un asunto de minas... —alegó Veronica—. Han descubierto un remedio contra la malaria. Creen que debe estar relacionada con los mosquitos, y Harry dice que si da resultado, servirá para abrir al mundo la zona desconocida de África central.

—No se tratará de una mujer, ¿verdad? —insinuó la madre.

—No, madre, no es una mujer.

—¿Por qué estás tan segura?

—Estoy segura, madre. Harry no es tan listo respecto a las mujeres como lo es para el dinero.

Al señor Rensselaer no le agradaba oír alabanzas de Harald Winter y menos aún sobre sus habilidades de banquero e inversor, en las que él mismo se consideraba una eminencia.

—Pues a mí me choca que tu Harry invierta en aparatos voladores —comentó, sarcástico.

—Papá, subestimas a Harry —replicó Veronica mirándole fijamente—. Tú crees que invierte dinero en cualquier tontería que le presentan, pero sabe muy bien lo que se hace y nunca lo pone en manos de gente irresponsable.

—Es que no sé qué demonios pensar de tu Harry —añadió él—. Gasta dinero en juguetes como ese Daimler Mercedes y luego te lleva a una cabaña en el Obersalzberg y deja que te las arregles con dos domésticas del pueblo. No te he dado estudios para que friegues platos y limpies la casa.

—Papá, no es una choza, sino un pabellón de caza. Harry obtuvo el terreno por un impagado y se lo regaló a Pauli cuando le bautizamos. Ahora ha construido una casa a la que me encanta ir. Allí es el único lugar en que tengo a Harry para mí sola. Además, nos llevamos dos criadas de la casa de Berlín y el cocinero, el criado de Harry y el chófer.

—A mí me parece mucho trabajo para ti, cariño —dijo la madre—. ¡Y tener que caminar ocho kilómetros! Casi no nos lo creíamos cuando leímos tu carta. No te veíamos andando tanto. ¿No te encuentras sola?

—Tengo a Harry y a los niños —replicó Veronica sonriendo—. ¿Cómo voy a sentirme sola? Además, tenemos muchos vecinos.

—¿Qué clase de vecinos? ¿Campesinos? ¿Leñadores?

—No, papá. Hay buenas familias que tienen casa allí. Se está poniendo de moda; hay músicos y escritores... Algunos viven allí todo el año.

—A mí me parece un curioso regalo de bautizo. Harry debería haberlo vendido e invertir el dinero en algo para Pauli.

—Quiero que sea para Pauli, papá. El año pasado el tallista del pueblo nos hizo un gran letrero con la inscripción «Casa Pauli» para la puerta de entrada.

Es el lugar más bonito del mundo, lleno de prados y pinos, rodeado de montañas. Tenemos detrás el Hohe Göll y el Kehlstein. Desde la ventana del salón de desayuno vemos Austria, kilómetros y kilómetros detrás del Berchtesgaden.

—Está totalmente al sur de Baviera; lo he visto en el mapa. Demasiado lejos para que nosotros hagamos el viaje —dijo Rensselaer con un tono de voz que clausuraba el tema.

A las cuatro en punto, la nodriza escocesa hizo entrar a los niños, que mostraban un rostro rosado y reluciente, aunque el rubito Pauli llevaba un trazo de yodo en un nuevo rasguño en el brazo: siempre tenía la mala suerte de caerse. Sería descuidado o torpe, pero lo cierto es que siempre estaba contento y sonriente. Peter era muy distinto; era un chico moreno, serio y formal, un niño pensativo que nunca había sido pueril como su hermanito. Muy serios, besaron a su madre, a la abuela y al abuelo y, al sonar la campanilla, las criadas trajeron el té en preciosas tazas de porcelana y servicio de plata. Había mermelada Cook casera de fresa que untaron en los bollos recién hechos, con una cucharada de crema Cornish amarillo claro.

Sirvieron el té, distribuyeron los platos, cortaron la tarta y echaron el azúcar. Durante todo el alboroto del té, Rensselaer permaneció de pie junto a la ventana, olvidándose de la taza y el plato con bollos y crema. Había comenzado su carrera de ingeniero en el Oeste, trabajando en sitios en que un hombre se acostumbra en seguida al alcohol, a sus dos puños y a veces a un revólver. Se había abierto camino en los círculos de negocios más restringidos de Nueva York y luego entre las familias más elitistas de la alta sociedad, tanto por su ruda honradez, desarmante franqueza y torpe encanto, como por la suerte y por su capacidad en la minería, pero no había sabido adquirir ese donaire social que su mujer esperaba de él, y aquella especie de té fino a la inglesa era una ceremonia que no, le atraía.

—¿Vas bien en latín? —preguntó a Peter, que era un niño delgado y fuerte, vestido, como su hermanito, con pantalón corto y chaqueta marinera. Tenía el pelo oscuro como el abuelo y los mismos ojos azul claro. Era el único parecido, pero suficiente como rasgo familiar.

—Sí, señor.

Peter era un niño airoso, esbelto y tieso, que respondía sin timidez a su abuelo en un inglés perfecto.

—Buen chico. Tienes que aprender latín y matemáticas. Tu madre siempre sacó muy buenas notas en matemáticas en el colegio de Springtown. ¿No te lo ha dicho?

—No, señor. No me lo ha dicho.

Entre los padres de Veronica y los nietos se daba una curiosa relación, porque los Rensselaer eran inflexibles y no entendían que a los niños no se los tratase ya del modo formalista y distante con que ellos habían educado a su hija.

—¿Y qué vas a ser cuando seas mayor, jovencito Peter? —inquirió Rensselaer, pensando en que ojalá el niño no llevase aquel sobrio corte de pelo prusiano. Él estaba acostumbrado a ver niños con el pelo más largo. Aquellas «cabezas rapadas» eran impropias para sus nietos, y no le gustaba que Veronica lo consintiera.

—Voy a volar en la aeronave con el conde Zeppelin —contestó Peter.

Su hermanito le miró con un respeto rayano en el pánico, pero el señor Rensselaer se echó a reír.

—¡La aeronave! ¡Eso sí que es bueno! —exclamó a modo de comentario y volvió a reír.

Pauli también se rió, pero Peter se puso colorado. Para ayudarle a ocultar su apuro, Mary Rensselaer dijo:

—¿Te gustaría venir a vemos a Estados Unidos, Peter? A nosotros nos encantaría.

—El año que viene voy a un colegio nuevo —contestó Peter.

—¿Los envías a un internado, Veronica? —inquirió la madre.

—No, madre. No es un internado. A Harry no le gustan los internados, salvo las escuelas militares bien organizadas. Dice que hay mucha intimidación y que por eso los ingleses son así.

—Pues, no te creas, tus alemanes son cada vez más ingleses —replicó el señor Rensselaer—. Un poco de intimidación a ese belicoso kaiser Guillermo le habría venido bien. —Y subrayó la afirmación con un sonido que bien pudo haber sido una carcajada contenida o un bufido, y luego se sonó con un enorme pañuelo de algodón.

—Harry dice qué el kaiser ha hecho maravillas por Alemania —replicó Veronica después de mirar nerviosa a los niños—. Nos ha aproximado a Austria y eso es bueno.

—Es bueno para Harry por los negocios que tiene en Austria, pero la Doble Alianza, como la llaman, ha atemorizado a Rusia y a Francia, que han estrechado lazos; y lo que hace Francia lo hace Inglaterra. El kaiser va a meterse en un buen lío, Veronica. Recuérdalo cuando leas los periódicos de aquí.

—Harry dice que todos esos rumores de guerra no son más que tonterías de la prensa para vender periódicos.

—Tú recuerda que tu madre es americana, jovencito —dijo el señor Rensselaer inclinándose hacia Peter—. Y tú eres medio americano. Déjate de volar en aeronaves con el conde Zeppelin: ven a Nueva York y verás cosas increíbles. Estados Unidos es el país ideal para un joven como tú: tierras de cultivo que se pierden en el horizonte, ferrocarriles que cruzan todo el país. Ven a América y comprueba lo que es respirar la airea de la libertad —añadió alargando el brazo y poniendo la mano en el hombro del niño.

Peter apartó la mano de su abuelo y le miró de frente.

—No quiero ir con usted. Le odio. Es un hombre malo que dice cosas malas de su majestad. Él es mi emperador. Alemania tiene que ser fuerte para luchar con los franceses, los ingleses y los rusos. Entonces el mundo respetará al kaiser. Nunca iré a América... nunca, nunca.

La sonrisa se heló en el rostro de Pauli. Por un instante, los cuatro adultos no supieron cómo reaccionar. Se quedaron mudos ante el arranque del pequeño de diez años, sin saber qué decir. Cyrus Rensselaer se sintió de pronto solo. Había puesto muchas esperanzas en aquella visita a su hija y a sus nietos. Eran sus únicos herederos. Y en vez de los dos niños bonachones, de pelo revuelto y pecosos, que esperaba ver, se encontraba enfrentado a dos militantes teutones. Estaba sorprendido y perplejo. Nadie se movió hasta que el pequeño Pauli —sintiendo que acababa de suceder algo horrible— lanzó un aullido y rompió a llorar más fuerte que nunca. A continuación, la nodriza cogió al pequeño de la mano y trató de hacer lo mismo con Peter, pero éste echó a correr y dio un portazo con todas sus fuerzas al salir.

—Llévelos a su habitación —dijo Veronica a la nodriza—. Dígale a Peter que ya le contaré esto a su padre cuando llegue.

—Sí, señora —respondió la nodriza—. No lo entiendo... Peter, que es tan...

—Nada más, señorita —añadió el abuelo Rensselaer, y cuando la mujer hubo salido con los niños, se acercó a la mesa lateral y se sirvió un whisky que apuró de un trago.

—Es el viaje... y la excitación —dijo Veronica cuando su padre se volvió hacia ella—. Peter suele ser el más apacible. Es un niño educado y pensativo. Pauli es el que se excita demasiado.

Mimaba al pequeño, y lo sabía. ¿Sería aquel exabrupto una prueba de que Peter se sentía relegado y mostraba así su descontento?

—Es ese marido que tienes —dijo Rensselaer—. Ya ves qué ideas inculca a los niños... El conde Zeppelin... aeronaves, y todas esas tonterías sobre el kaiser Guillermo, «mi emperador». Ha llegado el momento de que hable con Harald.

—Padre, no, por favor. Harald nada tiene que ver. Está poco tiempo con los niños —dijo Veronica alisándose nerviosa el vestido.

—Alguien le ha imbuido al niño esos disparates nocivos —replicó el padre.

—Es el colegio, padre. Eso es lo que les enseñan.

Aquella noche, la popularidad e influencia de Cyrus Rensselaer eran evidentes. Sus veintidós invitados constituían un buen muestreo de lo más selecto de Inglaterra. A la derecha de Mary Rensselaer ocupaba asiento un príncipe hindú, un delicado anciano con un acento de Eton tan marcado, que a veces incluso a los otros comensales ingleses les costaba entenderle. Enfrente tenía a un atezado coronel de infantería que había servido por todo el imperio. En el Transvaal había ganado la recién fundada Cruz de la reina Victoria, y en Afganistán había perdido un brazo.

Dominando la mesa con sus anécdotas estaba un campechano hombre de Yorkshire, único propietario de unas acerías de las que habían salido planchas suficientes para construir toda una flota de la marina real. Y escuchándole arrobado, había un par del reino, un joven bien parecido, con barba, heredero de una finca de un millón de acres en el norte de Inglaterra y acaudalado beneficiario de dos minas que nunca había visto y de las rentas de una docena de pueblos que era incapaz de nombrar si se lo preguntaban.

Las mujeres no eran de menor importancia que los hombres, y no menos sorprendentes. La princesa hindú hablaba doce idiomas y su alemán era impecable. A la esposa del acerero le había hecho un retrato Degas, y la mujer del militar había sido dama de compañía de la difunta reina. Una dama de busto generoso, con un reluciente collar de diamantes, había sido directora de un hospital en Sudán antes de su matrimonio con un hombre propietario de varios miles de kilómetros de líneas de ferrocarriles en América latina.

La decoración del comedor estaba en consonancia con tan eminentes invitados: excelentes cuadros, alfombras, mantelería, objetos de cristal y de plata. Y la comida y los vinos eran algo excepcional.

Harald Winter se sentía desplazado. Incluso en su esmoquin confeccionado en Berlín se sentía a disgusto, sobre todo cuando vio que los

demás caballeros lucían chalecos blancos en lugar de los negros que aún seguían de moda en Berlín. En Berlín le trataban como a los ricos e influyentes —no ya poderosos—, pero en presencia de aquella gente se sentía apocado. Eran tranquilos y corteses, pero Winter no era tan tonto como para no advertir su arrogante aplomo. Aunque lo felicitaban por su excelente inglés, no ignoraba su desdén por cualquier acento extranjero. Su exagerada cortesía y modestia eran el barniz que ocultaba su rudo desprecio por los extranjeros como él, y por su banco, del que dijeron no conocer el nombre.

—Actualmente estoy fuera de onda —le había dicho excusándose uno de los invitados, experto en finanzas—. Los únicos banqueros que recuerdo son los realmente grandes... Uno, que se hace viejo... —había añadido dándose unos golpecitos en la cabeza y volviéndose para hablar con otro. Winter se había sentido humillado.

Y Rensselaer no era mucho mejor. Se había pasado la mayor parte de la cena hablando con la princesa hindú. Winter se preguntaba si su suegro se imaginaría que quería hacerle urgentemente una propuesta financiera. Había tratado de hablar con su anfitrión en privado desde que había vuelto de un decepcionante almuerzo de negocios. ¿Le estaría eludiendo? Seguro que no. Rensselaer era tan inclinado a los negocios rentables como cualquier mortal del mundo financiero.

Mejor que estuviera viviendo en su casa; a lo mejor así podía hablar con él cuando se fueran los invitados.

—Te veo pensativo, querido —dijo Veronica a su marido cuando las mujeres se unieron a los hombres en el salón—. ¿Va todo bien?

—Todo bien —contestó Winter. No convenía decirle a su mujer lo que detestaba a aquella gente. Veronica y sus padres eran como ellos; así que optó por decirle que estaba maravillosa con su vestido largo de seda gris. Ella nunca advertiría el modo en que aquellos ricos y poderosos invitados de su padre despreciaban al modesto banquero alemán y al país del que procedía.

—No soy un carnicero de cerdos —respondió quisquilloso a la mujer del collar de diamantes que le preguntó a qué se dedicaba en Berlín. Era un comentario estúpido que simplemente delataba su nerviosa exasperación.

—Mi abuelo era carnicero en Leeds —le replicó ella alegremente—. Aún recuerdo los estupendos rosbifs que comíamos en casa.

A Winter le desconcertó aquella respuesta y desesperadamente intentó corregir su gratuita grosería.

—Tengo un banco —dijo—, un banco muy pequeño —añadió, en consonancia con aquella obsesión inglesa por la modestia.

La dama se echó a reír. Independientemente de lo que uno hiciera, los ingleses siempre se las arreglaban para dejar por tontos a los extranjeros.

Los dos niños, en su dormitorio en el piso más alto de la casa, oyeron el ruido de los carruajes y las voces de los invitados al marcharse, poco después de medianoche. Peter, sumido en sueños con aeronaves, volvió a dormirse casi inmediatamente, pero el pequeño Pauli estaba preocupado aún por el arrebató de su hermano aquella tarde. Paul no mostraba para nada la inteligencia característica de su hermano mayor, pero, quizá en compensación, el rubito sabía por instinto lo que sucedía en la mente de los demás. Y estaba seguro de que su abuelo estaba profundamente mortificado por lo que había dicho su hermano. Peter era así y tenía esa capacidad para la crueldad que tan fácilmente se da en los moralistas.

Pauli permaneció despierto, preocupado por lo que podía sucederle a Peter. A lo mejor le enviaban lejos. Había oído hablar de niños a los que enviaban lejos. Los enviaban a trabajar, al colegio, y a veces al ejército o a la marina. Pauli no tenía idea de qué les sucedía a los que «enviaban lejos», pero estaba a oscuras y la difusa luz nocturna creaba extrañas sombras en el techo y en las paredes, y se le ocurrieron toda clase de terribles ideas sobre aquello de ser enviado lejos.

Pauli estaba a la mitad del primer tramo de escalera hacia el piso de abajo cuando se dio cuenta de que no era su casa de Berlín. Deambuló de arriba abajo por el pasillo de dormitorios cerrados sin decidirse a entrar en ninguno. Y en aquel momento oyó voces abajo. Siguió bajando por la escalera de la servidumbre hasta la planta baja. Las voces procedían de un cuarto en la parte de atrás de la casa. Era el despacho del abuelo, un pequeño cuarto en el que Cyrus Rensselaer entraba a fumar. Allí tenía un cómodo y viejo sillón de cuero, un escritorio para trabajar y un armarito cerrado en el que guardaba su mejor coñac francés y su bourbon preferido de afrecho amargo que se traía en el viaje porque en las tiendas de Londres no sabían lo que era.

Desde el descansillo, Pauli podía ocultarse en un hueco —en el que dejaban baúles vacíos— y desde allí ver el cuarto por el montante en abanico de la puerta.

El abuelo estaba sentado en el gran sillón de cuero, junto a la chimenea que ya no era más que un montón de brasas ámbar y de ceniza gris. El padre de Pauli estaba sentado sobre el borde del escritorio. Parecía molesto. Los dos tenían en la mano vasos cortos de cristal tallado. El abuelo fumaba un gran

puro y papá estaba a punto de encender otro. El olor del humo llegaba en espirales hasta el escondite de Pauli. El abuelo se quitó el puro de la boca y dijo:

—Déjate de esas historias sobre la cura de la malaria, Harry. Si intentas conseguir capital para tu banco significa que el banco está en apuros.

—No está en apuros —replicó Winter, estirándose el dobladillo de su chaleco y maldiciendo para sus adentros a su sastre de Berlín por no saber que el modelo estaba anticuado en Inglaterra.

—Cuando la gente empieza a decir que un banco está en apuros, es que está en apuros.

—Es una oportunidad de expansión —respondió Harald Winter.

—Déjate de tonterías, Harry —le interrumpió Rensselaer—; eso díselo a los imbéciles. Mis amistades de la City me han dicho que no es solvente.

—Claro que es solvente —replicó Winter irguiéndose—. La mitad del capital está en obligaciones del gobierno alemán.

—Harry, maldita sea, no me vengas con idioteces. No es solvente porque tu fábrica de aluminio puede ser un fracaso. Supón que el mercado del aluminio no responde a tus expectativas. ¿Cómo vas a reembolsar? Tus inversores creen que todo el dinero está en obligaciones del Estado. Eso es casi fraudulento, Harry.

—El proceso electrolítico ha revolucionado la producción del aluminio —dijo Winter dando un sorbo—. El metal es ligero y muy resistente; están llevando a cabo experimentos con toda clase de mezclas y esas aleaciones revolucionarán la construcción y la industria del automóvil; y se descubrirán otras aplicaciones industriales.

—Claro, claro —dijo Rensselaer—. Ya he oído esas fantasías del petróleo... Siempre se dice que no sé quién va a descubrir oro o petróleo... y siempre es la semana que viene. Me ha crecido la barba oyéndolo.

—No hablo de ninguna utopía —replicó Winter—. De lo que se trata es de la aplicación industrial de las aleaciones de aluminio.

—De aluminio. Bien. Me he informado algo. En mil ochocientos ochenta y cinco el kilo costaba mil marcos. ¿Cuánto costará cuando tu fábrica esté en plena producción?

—Yo no vendo aluminio, señor Rensselaer. —Siempre trataba a su suegro de «señor Rensselaer», con la esperanza de que le rogase que le llamara Cyrus o Cy como hacían sus amigos, pero Cyrus Rensselaer nunca se lo pedía, a pesar de que él le llamaba Harry. Era otra muestra del modo deliberado que tenían de humillarlo. O quizá se lo pareciera a él—. Lo que voy a vender son



piezas manufacturadas que se ensamblan atornilladas para formar la estructura rígida de las aeronaves.

—Entonces, ¿por qué una fábrica de aluminio? Compra la materia prima en el mercado.

—Necesito tener asegurado el abastecimiento porque de lo contrario puedo verme con contratos firmados y en manos de los fabricantes de aluminio.

—Estoy pensando en mi hija, Harry. No le has dicho que vas a invertir hasta el último céntimo que puedas conseguir en fabricar piezas para aparatos voladores. Ella cree que te ocupas de la familia.

—Esos zepelines van a cambiar el mundo, señor Rensselaer —replicó Winter aspirando el puro—. Hace un año habría compartido su escepticismo, pero he visto volar la primera aeronave de Zeppelin, un aparato grande como un edificio y con la suavidad de la seda.

—Y peligroso como un demonio. Harry, ¿no sabes que esos artefactos van llenos de hidrógeno? ¿Has visto alguna vez arder el hidrógeno?

—No ignoro los problemas y los riesgos —respondió Winter—, pero del mismo modo que usted tiene sus contactos en Londres, yo tengo mis amistades en el Ministerio de la Guerra, en Berlín. Actualmente, el estado mayor muestra tenaz oposición a todo tipo de aeronaves; a los militares no les gustan las ideas nuevas, pero el kaiser ha ordenado personalmente la creación de la Motorluftschiff-Studien-Gesellschaft, una empresa técnica para el estudio de la aeronáutica. Todavía es algo muy secreto, pero es simple cuestión de tiempo que el ejército encargue estructuras al conde Zeppelin.

—Harry, todo eso son fantasías. Me han dicho que el segundo dirigible Zeppelin, que voló en enero, ha sido un fracaso total. Se dice que habrá sido su primer y último vuelo.

—Sin embargo, el conde Zeppelin está construyendo ya el LZ3 y su vuelo está previsto para dentro de tres meses. No lo dude: seguirá fabricándolos.

—Quizá eso sólo demuestra que no sabe hasta dónde debe llegar. ¿Quién puede decir cómo responderán los dirigibles cuando los pruebe el ejército?

—¿Se da usted cuenta de la cantidad de aluminio que se necesita para un aparato de éstos? Pesan casi tres toneladas y cada anillo lo forman miles de vigas y piezas. He hecho mis cálculos: basándome en el primer dirigible del conde Zeppelin, me basta con el seis coma setenta y tres por ciento del aluminio necesario para un aparato para amortizar la inversión y pagar los intereses.

El mismo Rensselaer estaba francamente impresionado.

—Pero es que estamos hablando del último céntimo en números rojos de lo que tienes, Harry. ¿Y una inversión menor?

—Podía hacer una inversión menor; prescindir de la fábrica de aluminio y quedar a merced de los proveedores. Podría contentarme con la mitad de capital y tener un paquete de acciones sin derecho a voto, pero con ello sería otro quien adoptase las decisiones de a quién, qué, por qué y dónde vender. No es mi forma de actuar, señor Rensselaer; ni la de usted tampoco.

Rensselaer se rascó la barba.

—Me he pasado la mitad de mi vida laboral tratando de disuadir a la gente de esa clase de inversiones desmesuradas, pero ya veo que perdería el tiempo tratando de disuadirte —dijo levantándose del sillón para arrojar la ceniza del puro a la chimenea—. J. P. Morgan adquirió acererías para formar la U. S. Steel, y se ha convertido en uno de los hombres más poderosos de Estados Unidos, quizá en uno de los más poderosos de este maldito mundo. Parece fácil, pero no pienses que puedes acaparar el mercado del aluminio y convertirte en el Morgan de Alemania. El mercado europeo no funciona así.

—Lo sé, señor Rensselaer.

—¿Ah, sí? —replicó el americano volviendo a repantigarse en el sillón—. Estupendo, porque he conocido a muchos que han tratado de implicarme en absurdos asuntos financieros como ése.

—Sólo se trata de echarme una mano.

—¡No es echarte una mano, Harry! —De pronto Rensselaer alzó la voz, pero luego, como queriendo dominar su mal humor, volvió a bajarla—. Estamos hablando de avales en firme hasta mil novecientos dieciséis. ¡Diez años! Pueden pasar muchas cosas de aquí a entonces.

—Dispongo ya de casi todos, señor Rensselaer.

—Necesitas casi un millón de libras esterlinas, Harry, y eso es mucho dinero cuando no tienes una cobertura concreta, que a mí me conste.

Winter se dio cuenta de que su suegro había decidido prestarle el dinero.

—Es una magnífica oportunidad, señor Rensselaer —dijo sonriendo—. No lo lamentará.

—Ya lo estoy lamentando —respondió Rensselaer—. Siempre he procurado mantenerme al margen de los organismos estatales de toda laya, y en particular he rehuido al ejército y la marina. Ahora voy a encontrarme con un millón de libras esterlinas invertido en el ejército del kaiser: un hombre al que no le confiaría el cuidado de mis caballos. Y lo que es peor, la seguridad de mi inversión va a depender de sus belicosas ambiciones.

Rensselaer sabía que sus palabras ofenderían a su yerno, pero estaba de mal humor y frustrado por verse metido en una trampa. Al ver que Winter no decía nada, añadió:

—Lo hago por Veronica, te das cuenta, claro, y quiero que en la documentación figuren las debidas garantías. Hazte un seguro de vida con una empresa americana por el importe del préstamo.

—Es la vida del kaiser la que debería usted asegurar —dijo Winter—. Mi muerte en nada cambia la inversión.

—A la salud del kaiser —replicó Rensselaer sardónico, alzando el vaso y apurando el resto de whisky.

Winter sonrió y optó por no beber a la salud del kaiser. Dadas las circunstancias, habría parecido un delito de lesa majestad.

El pequeño Pauli salió de su escondite y subió despacito, tratando de hacerse una idea de qué habrían estado hablando los mayores. Al llegar al dormitorio, sólo le resultaba claro parte de la escena de que había sido testigo. Despertó a Peter diciendo:

—He visto a papi y al abuelo. Fumaban puros y charlaban. Papi hizo beber al abuelo a la salud de su majestad el emperador. De verdad, Peter.

Peter se desperezó y oyó con escepticismo la historia de Pauli. Su hermanito sentía una adoración por su padre que él, Peter, nunca sentiría.

—Duérmete, Pauli; has vuelto a soñar —replicó dándole la espalda y rebulléndose fuertemente contra la blanda almohada.

—No soñaba —protestó Pauli. Quería que Peter le creyese; quería que su hermano mayor le tratase como a un igual—. Los vi.

Pero cuando empezó a romper el día ya no estaba tan seguro.

**1908**

## «¡Hurra, conquistador del aire!»

En Friedrichshafen hacía frío, mucho frío. No soplaba mucho viento —los zepelines no podían despegar con viento—, pero noviembre no es la época del año en que se va a orillas del sombrío y gris Bodensee si no es por algún negocio. Más allá de las tranquilas aguas del lago se veía nítidamente la frontera suiza y los Alpes brillaban bajo el débil sol de invierno.

Harald Winter había convencido a su mujer para que se quedara en el coche. Winter estaba ufano y orgulloso de su automóvil: un enorme siete caballos y medio italiano, igual que el ganador de la carrera Pekín-París con veinte días de ventaja. Una máquina con caja de cambios de cuatro velocidades, tan fiable y fácil de conducir, que el propio Winter tomaba a veces el volante. Lo tenía aparcado junto a la orilla, bajo unos árboles próximos a la Schlosskirche, para que Veronica pudiese ver bien el dirigible y el hangar flotante en el lago. Estaba bien abrigada y bajo los pies tenía un calentador de cobre que se rellenaba con agua caliente. Y si sentía demasiado frío, el chófer la llevaría al hotel Kurgarten, en Friedrichshafen, en donde la empresa de los dirigibles les tenía reservada una confortable suite.

Pero Harald Winter sí estaba en la orilla, cerca de la actividad que se llevaba a cabo. Estaba entusiasmado y no se habría perdido aquello por nada del mundo. A él y a sus dos hijos —Peter, de doce años, y Pauli, de ocho— les habían acomodado en un sitio desde el que se veía todo. Habría volado en el dirigible de no haber sido por la estricta cláusula del seguro de vida impuesta por su suegro como condición para el préstamo.

Vieron cómo daban la vuelta al hangar flotante para evitar que el viento cruzado pudiese dañar al dirigible al salir de aquella especie de funda. Ya arrancaba la motora conduciendo a los distinguidos invitados hacia el LZ3, que con las últimas modificaciones era una magnífica aeronave. La multitud lanzó unos vítores espontáneos. Tras la trágica destrucción del LZ4 el año anterior, la generosidad del país entero —en un gesto que ningún extranjero podría entender— había procurado al conde Zeppelin un donativo de cuatro millones de marcos, y la mayor parte de esa cantidad se había recibido a las

pocas horas del desastre. Por consiguiente, los vítores no eran únicamente para el dirigible; aquel día flotaba un ambiente de euforia. El zepelín se estaba convirtiendo rápidamente en símbolo de una Alemania nueva y apasionante, cuyos inventos científicos, su pintura, su música y su aún más importante creciente poderío naval estaban transformándola en una auténtica nación surgida de una serie de pequeños estados. Y no sólo una nación, sino en una auténtica potencia internacional de primer orden.

—Ése es el kaiser —musitó Winter a sus hijos—. Lleva capa, si no, veríais sus medallas. A su lado va el príncipe Fürstenberg; los otros son el almirante Müller y el general Von Plessen. El delgado es el príncipe heredero.

—¿Por qué no va con ellos el conde Zeppelin? —inquirió Peter. Los niños vestían trajes de franela gris, que estrenaban aquel día, y capas largas, que en opinión de su madre «les hacía muy mayores».

—Sí que va —contestó Winter. Vestía un chesterfield ceñido y sombrero de copa, un atuendo formal adecuado para quien iba a ser presentado al kaiser—. Está enfrente de su majestad, pero hoy no lleva su vieja gorra blanca; hoy va vestido para la ocasión.

Vieron cómo sacaban el dirigible y lo situaban sobre el agua; luego, el séquito real tardó una eternidad en inspeccionar el aparato, y a continuación efectuaron las últimas verificaciones para el vuelo. Una vez que el príncipe y la princesa Fürstenberg estuvieron bien instalados a bordo, fueron retirando el lastre pieza por pieza hasta que el enorme aparato plateado, con un temblor, quedó flotando en el aire.

El eco del rugido de los motores surcó las tranquilas aguas del Bodensee, el morro del dirigible se irguió, elevándose lentamente en el cielo gris, y, con marcha levemente bamboleante, comenzó a cruzar el lago. La tela plateada del dirigible brillaba a la débil luz solar conforme regresaba hacia la orilla llena de espectadores y al pasar sobre el barco en el que estaba el kaiser con su séquito, la multitud prorrumpió en nuevos y espontáneos vítores.

Pero fue al aterrizar el LZ3 cuando los niños se sintieron más orgullosos de su padre, pues a Harald Winter le dejaron llevar a sus hijos al hangar flotante para escuchar el discurso del kaiser.

El espacio estaba aprovechado al máximo. Ilustres generales con casco puntiagudo y el pecho cubierto de medallas y almirantes con altos cuellos tiesos y mangas llenas de entorchados se daban codo con codo. Detrás de Von Zeppelin —el exoficial de caballería de setenta y un años, cuya firme voluntad se celebraba aquel día— se veía al doctor Hugo Eckener, cuya conversión a la causa del zepelín le había hecho más acérrimo que su maestro.

Junto a él estaba el ingeniero Dürr, Winter con sus dos hijos y luego los jefes de diseño y el funcionariado importante de la fábrica de los motores.

—En mi nombre —comenzó de pronto a decir el kaiser con una voz increíblemente chillona— y en nombre de todos los alemanes, felicito de todo corazón a vuestra excelencia por esta magnífica obra que tan maravillosamente hoy me ha sido mostrada. Nuestra patria puede sentirse orgullosa de contar con un hijo como vos, el alemán más excelso del siglo veinte, que con este invento ha dado un nuevo paso en el desarrollo del género humano.

Al oír esta frase, un par de generales y almirantes asintieron con la cabeza, al tiempo que uno de los diseñadores se apartaba para que el pequeño Pauli viese mejor.

El kaiser miró a la audiencia, se irguió aún más y prosiguió:

—No incurro en exageración al decir que hoy hemos vivido uno de los momentos cumbre de la evolución cultural humana. Doy gracias a Dios, con todo el pueblo alemán, por habernos considerado dignos de ser vuestros compatriotas. Permita Él que todos nosotros, como ha sido el caso con vos, podamos decir con orgullo en el ocaso de nuestras vidas que hemos podido servir tan fecundamente a nuestra patria. Como muestra de mi admirada gratitud, que a no dudar comparten todos los aquí presentes con el pueblo alemán, os concedo la alta Orden del Águila Negra.

El conde Zeppelin dio un paso al frente y el kaiser le impuso el fajín, le abrazó por tres veces y exclamó:

—¡Su excelencia el conde Zeppelin, conquistador del aire, hurra!

De la distante multitud llegaban los vítores. Para Winter y sus hijos fue un día inolvidable.

Ya estaba anocheciendo cuando Winter y los niños regresaban al hotel en Friedrichshafen. La nodriza había ido a cenar sola en el restaurante y a los niños les sirvieron la cena en el saloncito de la suite. Harald Winter estaba eufórico por los acontecimientos de la jornada, y en momentos como aquél quería pasar más tiempo con sus hijos.

Un solícito camarero de chaqueta blanca trajo la cena y la sirvió a los niños plato por plato. Tomaron sopa de tortuga y chuletas empanadas con patatas *rösti*, especialidad de los suizos de la otra orilla del lago. Cuando nadie miraba, Peter cogió col a tenedor lleno del plato de Pauli —que la detestaba— para que no le regañasen por dejárselo. Después, el camarero les

preparó allí mismo crêpes flambeadas. Era la primera vez que su padre les permitía tomar algo con alcohol y, a pesar del fuerte sabor, lo devoraron contentísimos, haciéndolo más despacio para prolongar al máximo aquel día tan estupendo.

Una vez que la nodriza hubo llevado los niños a la cama, Harald tuvo ocasión de expresar su contento a su esposa. Estaban en el dormitorio y la doncella de Veronica se había retirado. Harry vestía esmoquin y Veronica estaba eligiendo las joyas que iba a lucir. Ya había probado tres distintos broches de diamante en su traje de baile sin cola, pero no acababan de convencerla. Lucía un magnífico vestido nuevo del modisto parisino Poiret, un modelo tubular de talle alto. Sabía que aquel modelo de París causaría sensación aquella noche en el baile, pero con un vestido tan neoclásico el aderezo era de suma importancia y no quería equivocarse en la elección.

—Harry, ¿qué te parece? —inquirió, apartándose del espejo para que él pudiese apreciar el efecto del oro con diamantes.

—Estás preciosa, querida —dijo él.

—Tengo treinta y cuatro años, Harry, y noto el peso. Ya me hacen daño los zapatos y aún no ha comenzado la velada.

—Ponte otros —replicó él.

—Los de seda rosa serían ridículos —contestó ella.

Él sonrió. Así eran las mujeres: los zapatos rosa resultan ridículos, los blancos me hacen daño. No había nada que hacer. Tal vez a las mujeres les gustase tener siempre algún problema; quizá así compensaban sus fracasos.

—¿Viste a su majestad?

—Tenía mucho frío, Harry. Esperé hasta que despegó el dirigible y regresé a tomar un baño caliente.

—Los niños lo vieron. Estaba estupendo. Es un gran hombre.

—Tendré que quitármelos durante la cena.

—El LZ3 va a ser entregado inmediatamente al ejército, y en cuanto esté acabado el LZ5, que ya ha hecho un vuelo de prueba de veinticuatro horas, también se lo quedarán.

—Lo sé; me lo habías dicho. Es estupendo.

—Te das cuenta de lo que significa, ¿verdad?

—No —contestó ella, distraída. Se lo había dicho antes, pero no le escuchaba; estaba absorta en los zapatos.

—Significa que seremos ricos, querida.

—Ya lo somos, Harry.



—Quiero decir verdaderamente ricos: decenas de millones... quién sabe si cien millones antes de que me retire —añadió sentándose, alargando las manos hacia atrás para levantarse la cola del esmoquin como un mirlo que alza el vuelo. Ella pensó que se conoce a los hombres por la manera en que se sientan. Su padre siempre apartaba cuidadosamente la cola del esmoquin para no arrugarla.

—Somos felices, Harry. Eso es lo más importante.

—Estoy hablando de dólares, no de marcos.

—¿Y qué importancia tiene, Harry? Somos felices, ¿no? —replicó ella mirándole. De su más profundo ser surgía el desesperado deseo de que la abrazase y dijese que iba a dejar a sus otras mujeres. Pero sabía que no lo haría. Necesitaba a las otras, igual que necesitaba el dinero. Necesitaba seguridad, del mismo modo que el pequeño Pauli la requería constantemente.

—A ti no te importa —dijo él, sorprendiéndose del tono amargo con que lo había dicho. Él era así; su estado de ánimo cambiaba de pronto sin motivo —. Tú naciste rica; tienes tu propia cuenta bancaria y una asignación anual de tu padre. Pero ahora yo tendré tanto dinero como él y ya no necesitaré estar haciéndole siempre reverencias.

—Yo no he advertido que tengas serviles deferencias con papá —replicó ella, centrando en él su atención.

—El ejército adquirirá cada vez más aeronaves —añadió él sin hacerle caso—. Y también la marina. Hoy he hablado con el almirante y ya están proyectando la ubicación de las bases. La mayor estará en Nordholz, junto a Schleswig-Holstein, y otras en las proximidades. Con hangares giratorios, porque el mar del Norte es muy borrascoso para hacerlos flotantes.

—¿Schleswig-Holstein? ¿Y por qué las construyen tan al norte? No es un clima muy adecuado para esas aeronaves. Tú has dicho que requieren bonanza.

—Piensa un poco, Veronica. Alemania es el único país que dispone de un aparato volador operativo. Los pequeños armatostes experimentales contruidos por los hermanos Wright apenas pueden elevar el peso de una persona. ¿Cómo iban a servir esas máquinas para bombardear?

—¿Bombardear? ¿Bombardear Inglaterra?

—Ese ha sido el propósito del conde Zeppelin desde un principio. Creí que era de dominio público. Concibió esas aeronaves rígidas para utilizarlas como invencible arma de guerra.

—¡Qué horror!

—Así se hace el progreso. Leonardo da Vinci tuvo sus geniales ideas para ayudar a sus señores a guerrear.

—¡Pero, Harry, bombardear Inglaterra, por Dios! ¿Cómo puedes decir eso?

—Veronica, cálmate. Ojalá no hubiese dicho nada.

—¿La guerra? ¿Contra Inglaterra? Pero, Harry, si hace poco el rey inglés estuvo en Berlín. Le vieron los niños en carroza por la Pariser Platz... El kaiser es sobrino del rey Eduardo. Eso es impensable. ¡Una locura! —Lo había dicho a borbotones; como si su marido fuese la única persona a la que convencer para cambiar las cosas.

No era el momento oportuno de recordarle que el kaiser Guillermo no disimulaba el odio que sentía hacia su tío el rey inglés. Tan sólo un año atrás, Winter había asistido a un banquete con trescientos invitados, en el que el kaiser había dicho que el rey Eduardo era «un demonio». Pero tenía que tranquilizar a su mujer, y se acercó a ella para abrazarla con fuerza. ¡Qué hermosa era! Incluso con sus treinta y cuatro años era mucho mejor que algunas de las jóvenes que se acostaban con él. No soportaba verla entristecida.

—No habrá guerra, cariño. Te lo aseguro. Inglaterra será sensata. Cuando llegue el momento, Inglaterra será sensata. Los ingleses saben contemporizar.

—Dios te oiga.

—Dicen que los fabricantes de mostaza se enriquecen gracias al exceso de mostaza que la gente deja en el plato. Nosotros nos haremos ricos igual, cariño: vendiendo a los militares armas que nunca emplearán.

**1910**

## **El fin del «Valhalla»**

A los niños les gustaba ir de visita a casa de Omi, como llamaban a la viuda Effi, madre de Harald Winter, que vivía en una confortable casita en la costa, cerca de Travemünde. Iban allí todos los veranos con la nodriza, mamá y la doncella de ésta. Salían de Berlín en un compartimento de coche-cama del tren que partía de la estación Lehrter por la noche y llegaba a Lübeck por la mañana. Se apeaban del tren y miraban a los mozos cargar el equipaje en las carretillas. Luego los llevaban a ver la locomotora, una bestia enorme que olía a grasa y vapor y a las pavesas de carbón que flotaban en el aire soleado. Omi siempre los esperaba en la estación de Lübeck, pero esta vez no estaba. Sólo el taxi. Era uno enorme: un faetón Benz de sesenta caballos, más parecido a una furgoneta de reparto que a un coche, en el que cabían dieciséis personas sentadas muy juntas. El chófer era un viejo de pelo blanco llamado Hugo, que con dificultad trepaba al techo y en la enorme baca ataba las doce maletas, las diez sombrereras de mamá, una alfombra de viaje en cuyo interior habían metido varios paraguas y bastones y cuatro baúles metálicos negros, tan pesados, que el pobre hombre casi no podía con ellos.

La casa era una edificación vieja y lóbrega, llena de visillos de encaje que apenas dejaban pasar la luz septentrional que dibujaba formas grisáceas en la alfombra. Incluso en el polvoriento invernadero adosado a lo largo de la casa, el sol de verano no llegaba a calentar lo bastante para sacar a las avispas de su letargo invernal.

Omi vestía siempre de negro; las mismas ropas que llevaba en 1891 al morir el abuelo. Pasaba la mayor parte del día en el cuarto del primer piso, leyendo, cosiendo y sobre todo recordando. Aquel cuarto guardaba sus tesoros y recuerdos. Había dos grandes dragones de jade y un colmillo entero de elefante tallado con escenas de caza. Había una gran foto de ella con el abuelo el día de la boda y retratos de otros miembros de la familia; y pájaros disecados en vitrinas y plantas verdes que nunca daban flores. Ella llamaba al cuarto su salón, y allí recibía a las visitas —que no eran muchas— y miraba

por la ventana hacia la ensenada de Lübeck, las aguas y la costa que formaban el mar Báltico.

Peter y Paul no habrían aguardado con tantas ganas aquellas visitas de no haber sido por el *Valhalla*. El *Valhalla* era un barquito de recreo que había sido del abuelo; éste, en su testamento, se lo había dejado a un vecino. Pero siempre que venían los dos hijos de Winter, el *Valhalla* era suyo. El vecino no sabía que el barquito se llamaba *Valhalla*, porque en el casco seguía pintado el mismo nombre que cuando Winter lo compró a un armador de Travemünde: *Domino*. Pero para los niños siempre había sido el *Valhalla*: el salón en que Odín recibía a los guerreros muertos.

El *Valhalla* era la única oportunidad para los niños de zafarse de la vigilancia de los mayores. No es que aprovecharan mucho aquella ansiada libertad, excepto para gandulear, charlar y discutir de esa manera ingeniosa y curiosamente íntima que tienen los niños cuando no tienen adultos a su lado.

—Ya verás como vuelves a cambiar de idea antes de cumplir los catorce —decía Peter a su hermano de diez años con toda la autoridad de un chico de catorce años—. Yo no pienso ir a la escuela militar; no me gusta. Quiero ser explorador —añadió removiéndole el agua con las manos.

El viento había estado cambiando durante la última hora y Peter había tenido que reorientar constantemente la vela. Ahora el barquito avanzaba rápido por las agitadas aguas de la ensenada. El sol era un disco blanco que se entreveía a ratos entre las nubes vaporosas. No calentaba mucho. No acudían muchos forasteros a aquella costa del norte a tomar el sol; era un clima fresco para veraneantes activos.

Los niños vestían impermeables amarillos y sombrero flexible, como los marineros de verdad que van en los grandes barcos que zarpan de Kiel, en aquellas mismas costas. El pequeño, Paul, estaba en cuclillas en la popa cogiéndose las rodillas. Llevaba el pelo largo y era aún más rubio que antes. La gente había dicho que se le oscurecería el pelo, pero los mayores se habían equivocado en eso lo mismo que en otras cosas importantes que él les había preguntado.

—A ti se te dan bien las matemáticas. Para ser explorador hay que saber mucho de matemáticas, ¿verdad? —preguntó a su hermano.

—Sí —contestó Peter, que recientemente había sido el primero en la asignatura.

—A mí nada se me da bien salvo el deporte, el hockey. El hockey se me da bien. Papá dice que lo mejor para mí es la academia militar. Las matemáticas nunca se me darán bien.

—Es verdad —corroboró Peter.

Paul miró a su hermano. Era la pura realidad: él no era una lumbrera en matemáticas y nunca lo sería. Los mayores decían que era joven y que pronto entendería mejor esas asignaturas. Quizá los adultos lo creyesen, pero no era cierto, y Paul prefería oír la opinión sin paliativos de su hermano.

—Y luego, después de la academia, seré militar y llevaré un uniforme como Georg.

Georg era un soldado que salía con una de las criadas, en Berlín.

—Como Georg, no —replicó Peter—. Serás oficial y montarás a caballo y desfilarás por Unter den Linden para saludar al kaiser el día de su cumpleaños.

—¿Ah, sí? —inquirió Pauli. Le parecía estupendo.

—Irás a luchar contra los rusos —añadió Peter.

—Eso no me gusta tanto —replicó Paul—. No quiero estar lejos de papá y mamá. —Quería a sus padres como sólo es capaz de hacerlo un niño de diez años. Su padre era la persona a quien más envidiaba, respetaba y admiraba en el mundo; y mamá era a quien acudía cuando papá le regañaba.

—Ahora sopla más viento —dijo Peter, viendo que la vela se inflaba y había crestas blancas en las olas—. Coge el timón mientras yo maniobro la vela.

Grandes nubarrones desfilaban por delante del calinoso sol. De pronto oscureció; el cielo era casi negro y sólo se definía un borde dorado al fondo del nublado y un débil resplandor del agua en la línea del horizonte.

—¿Es tormenta? —inquirió Paul. Hacía dos años que les había sorprendido un repentino aguacero de verano característico de aquella costa. Pero en aquella ocasión iban en un barco más grande y con un navegante experimentado.

—No es nada —respondió Peter. Pero en el momento en que lo decía, unas olas mayores sacudieron el casco con tal fuerza que sonaron como golpazos y el barco se balanceó, zarandeado.

—Da la vuelta al timón —ordenó Peter.

El rubito reaccionó virilmente moviendo con todas sus fuerzas la caña del timón para poner el barco proa a las olas.

—Pero ahora vamos en dirección contraria. Vamos hacia alta mar —dijo Paul. Las olas crecían cada vez más, y al mirar hacia atrás, a la casa de Omi, vio la costa tan lejos y difuminada por la bruma de la lluvia, que sintió miedo. Vio a su hermano que luchaba con la vela—. ¿Te ayudo?

—Quédate al timón —le gritó Peter. Había advertido el temor en la voz del pequeño y soltó un momento un cabo para lanzarle un gesto de ánimo; eso bastó para que en ese preciso momento se abatiese sobre el barco una ola traicionera. El puente estaba resbaladizo y los zapatos de Peter perdieron adherencia sobre la barnizada madera. Se oyó un grito y Pauli vio cómo el mar engullía a su hermano en medio de acuosas sábanas gris sucio, arrastrándole hacia una zona de rápida corriente.

Peter nunca había sido un gran nadador, y el golpe de media tonelada de fría agua de mar le cortó la respiración. Al abrir la boca, en vez del aire necesario, lo que tragó fue agua salada que le revolvió el estómago. Arrastrado por las frías aguas, fue dando volteretas en el abismo verde pálido hasta perder la noción de la verticalidad.

—¡Peter! ¡Peter! —Pauli no veía más que olas lechosas y niebla, mientras las ráfagas de viento impulsaban la embarcación. Se puso en pie para arriar la vela, pero apenas lo había hecho cuando la barra se le escapó de las manos y le golpeó en la pierna, haciéndole proferir un grito de dolor. No podría recoger la vela; sabía que no: eso era algo que siempre hacía su hermano mayor—. ¡Peter! ¡Dios mío, salva a Peter!

Peter emergió a cierta distancia del barco, boqueando y agitando desesperadamente los brazos, lo que le impidió flotar. Lastrado por el impermeable amarillo, volvió a sumergirse en aquella sima verdosa y horrible de la que acababa de salir. Cerró la boca a tiempo para no tragar una segunda bocanada de agua y agitó los brazos en fútil intento por volver a la superficie. El agua verdosa se oscureció y se volvió negra.

Cuando Peter volvió a ver la luz del día, las olas eran todavía de suficiente envergadura para taparle la cabeza. Como pesadas almohadas que le atontaban salpicando millares de plumas grises de espuma en el mar embravecido. No tenía visibilidad y no oía nada, salvo el silbido del viento y el batir del agua. Le parecía que hubiesen pasado horas desde el golpe de mar, aunque sólo hacía tres minutos, y se sentía físicamente incapaz de salvarse. Su cuerpo ya había perdido calor y notaba los pies entumecidos y los dedos rígidos. Además, había descendido la temperatura, las olas le habían vapuleado y sentía revolvérsele el estómago por efecto del agua salada.

No se veía el *Valhalla* por ninguna parte, pero aunque lo hubiese tenido cerca no habría habido muchas probabilidades de que lo viera en medio de aquella barahúnda de olas gris-verdosas y la brumilla de lluvia que las coronaba.

Nadie supo por qué el pequeño Pauli saltó de la popa del *Valhalla* al agua embravecida que tanto miedo le daba. Años después se dieron diversas explicaciones: su esposa decía que era un deseo desesperado de suicidio, un psicólogo de la cárcel lo interpretó como una especie de deseo bautismal, y Peter, que había oído hablar en sueños a Pauli de ello, comentó que era un simple heroísmo en consonancia con el deseo de su hermano de ser militar. El propio Pauli dijo que fue el miedo lo que le impulsó a abandonar la seguridad del barco y lanzarse al agua; se sentía más seguro con su hermano en el mar que solo en el *Valhalla*. Pero esto era propio de Pauli, que siempre hacía broma de todo.

Si Peter hubiese estado totalmente consciente, es muy posible que el pequeño hubiese sido capaz de sostenerle, pues todos los seres que se ahogan son presa del pánico, y en su lucha desesperada, muchas veces hacen perecer a quien va a salvarlos. Pero Peter ya estaba muy agotado. Se había abandonado y el agua fría le causaba ya una especie de somnolencia, benevolente preludio de la muerte cercana.

El impermeable amarillo le había mantenido a flote por efecto de la bolsa de aire en la espalda, que le hizo emerger cuando él ya había desistido de salvarse. Flotaban juntos; Pauli rodeando con un brazo el cuello de su hermano, más en gesto de atacante que de salvador, y con el otro avanzando penosamente. La costa estaba muy lejos. Pauli la avistaba de vez en cuando entre las olas. No podría nadar tanto, ni siquiera sin tener que arrastrar a un hermano inconsciente.

Estuvieron flotando mucho tiempo hasta que vieron algo. Era un muchacho con una barquita a remos de vivos colores que trataba de aproximarse al *Valhalla*; primero vio un gorro de marinero en el agua y luego a ellos dos. Era poco más que un niño, pero los rescató y subió a bordo con la hábil facilidad de quien está acostumbrado a hacerlo, con su enorme perro mestizo, que en aquel momento, sentado en la proa de la barca, observaba el salvamento.

Su salvador era el clásico chico de pueblo: pelado al cero para prevenir las liendres, una boca con dientes desiguales o ausentes, brazos fuertes y anchos hombros y piel curtida de estar al aire libre. Sólo la estatura y el ancho tórax le diferenciaban de los otros muchachos lugareños; eso, y que sabía leer bien. Había discrepancias a propósito de hasta qué punto era la estatura o su alfabetización lo que le confería aquel aire de superioridad. Pero lo que sí



todos notaban en él era una fuerza interior, un impulso que el cura —en un momento de debilidad— había calificado de «demoníaco».

El joven Fritz Esser, de diecisiete años, miró a los dos niños medio ahogados arrebuados en el fondo de la barca y, pese a las penosas arcadas de Peter y a la tiritera que agitaba el cuerpecillo de Pauli, vio que no corrían peligro. Remó hacia el sitio en que el *Valhalla* comenzaba a hundirse con la vela destrozada sobre la cubierta y sin timón.

—No durará mucho; está agujereado —dijo.

Pauli hizo un esfuerzo por mirar por la borda de la barca para ver lo que quedaba de su querido *Valhalla*, pero Peter no hizo ningún movimiento. Esser, ayudado por el perro negro que no paraba de ladrar yendo de un extremo a otro de la barca, intentó amarrar un cabo al barquito, pero era muy corto y finalmente optó por llevar a los dos náufragos a tierra...

Allí los metió en un viejo cobertizo de barcas de la playa, un lugar oscuro y maloliente en el que la única luz era la que penetraba por las hendiduras de las mal ajustadas planchas. Cabían en él tres barcas, pero era evidente que sólo guardaban una, porque casi todo el interior estaba lleno de trastos. Había trozos de piel de animal secándose en estanterías y diversidad de objetos: un salvavidas con la inscripción *Germania-Kiel*, trozos de vela y sacos viejos, remos y cajones rotos, y barriles de varios tamaños dispuestos a modo de sillas en torno a una pequeña estufa barriguda.

Esser arropó a los niños con sacos y removió dentro de la estufa hasta que saltaron chispas y a continuación echó trozos de madera y la cerró con un fuerte golpe. La necesidad de cerrar la estufa se hizo evidente, pues por la chimenea rota comenzó a salir humo de la madera poco seca. Sólo una vez que el fuego estuvo a punto habló el muchacho.

—Sois chicos berlineses, ¿verdad? Estáis en la casa grande en que el viejo Schuster cuida el jardín. La vieja señora Winter. ¿Sois nietos suyos? —No aguardaba a que le contestasen; Esser raras veces planteaba realmente preguntas. Pronto lo comprobarían—. Venís con vuestra madre y los lacayos, y vuestro padre viene a veces, siempre en un gran automóvil.

Peter y Pauli estaban acurrucados bajo unos sacos que olían a sal y pescado podrido. Conforme la estufa comenzó a calentarse, el olor del cobertizo se hizo más insoportable. Pero los niños no notaban el olor de pescado rancio ni el hedor de las pieles puestas a curtir. Se abrazaban, muertos de frío, mojados y agotados; Pauli miraba las llamas tras la pequeña parrilla, pero Peter mantenía los ojos cerrados escuchando la voz dura de marcado acento de Fritz Esser.

—Detesto a los ricos —dijo Esser—. Pero pronto romperemos las cadenas de la esclavitud.

—Y ¿cómo lo haréis? —inquirió Pauli que, como era habitual en él, se recuperaba rápidamente de la catástrofe... Aquello le parecía interesante; algo así como los *101 trucos mágicos que puede hacer un chico listo*.

Esser estaba devanándose los sesos tratando de recordar las palabras exactas del mitinero del partido socialdemócrata alemán.

—El capitalismo perecerá igual que perecieron los dinosaurios, hundido por el peso de sus propias contradicciones. Y entonces las masas trabajadoras inaugurarán la era dorada del socialismo.

Tal vez estuviera medio ahogado, pero Pauli captó perfectamente la solemnidad de la proclama.

—¿Así perecieron los dinosaurios? —inquirió.

—Puedes burlarte —replicó Esser—. Estamos acostumbrados al desdén de las clases dirigentes, pero cuando la sangre corra por el arroyo cesará el reír.

Pauli no había pretendido burlarse, pero decidió no decirlo, ya que el papel de burlón suscitaba buena parte del respeto de Esser.

—Tenemos un millón de afiliados —prosiguió Esser, escupiendo a la estufa, de la que brotó vapor—. Somos el mayor partido político del mundo. Pronto armarán a los trabajadores y lucharemos por conseguir un gobierno auténticamente marxista.

—¿Dónde te has enterado de todo eso? —inquirió Pauli. Lo que decía le asustaba, pero aquel chico tan extraño no era amenazador, sino superior. Tenía un hoyuelo en la barbilla y unos ojos oscuros profundos e intensos.

—Voy a mítines con mi padre. Él es del SPD hace casi diez años. El año pasado, Karl Liebknecht vino aquí a dar un mitin. Karl Liebknecht dice que tiene que correr la sangre. Mi padre dice que Liebknecht es un hombre peligroso, pero mi tío dice que llevará a la victoria a los trabajadores.

—¿Te ha contado tu padre todo eso de los dinosaurios y la sangre en las calles? —inquirió Pauli.

—No. Él es un blando —respondió Esser removiendo el fuego para avivarlo—. Mi padre sigue creyendo en la evolución histórica; cree que pronto contaremos con diputados suficientes en el Reichstag para desafiar al poder del kaiser. Si en Alemania hubiese una auténtica democracia parlamentaria, ya mandaríamos en el país.

Pauli miró a su salvador con más respeto aún. Sería conveniente ser amigo de un chico que está a punto de mandar en el país. Peter había abierto los ojos

y hasta el momento no había intervenido en la conversación, pero fue él quien, al fijarse en Fritz Esser, acabó por reconocerle.

—Tú eres hijo del porquero, ¿verdad? —inquirió.

—Sí. ¿Qué pasa? —replicó Fritz, a la defensiva.

—Nada —contestó Peter—. Es que ahora me he acordado —añadió tosiendo y sintiéndose morir; el agua salada le producía náuseas y tenía la piel verde y fría, como comprobó Pauli al abrazarle, protector.

Para Pauli y Peter —y otros muchos niños del lugar— el porquero era un personaje sobre el que corrían rumores y siniestras especulaciones. Era un hombre bajito y fornido, de miembros musculosos y manos con cicatrices, muy parecido a las temibles ilustraciones de los libros de cuentos. El porquero llevaba al cinto cuchillos largos y afilados e iba de pueblo en pueblo sacrificando los cerdos de los que eran demasiado remilgados o inexpertos en el manejo del cuchillo para matarlos ellos mismos. A veces le veían en la orilla entregado a la lenta y laboriosa tarea de lavar las tripas y salarlas para la confección de salchichas. Así que aquél era el hijo del porquero. Un chico que llamaba «blando» a su padre.

En un espontáneo gesto de aprecio, Pauli se despidió de Fritz con un abrazo, y a partir de entonces consideraría a Fritz Esser como el que le había salvado la vida. El adiós de Peter fue más comedido y su agradecimiento menos efusivo, pues Peter tenía ya decidido que su único salvador era el pequeño Pauli. Esta distinta actitud de los dos niños ante los trágicos acontecimientos del día afectarían por entero a sus vidas. Y también a la vida de Fritz Esser.

Fue el propio porquero quien llevó a los niños a casa. Abrigados con los malolientes y astrosos sacos que escasamente los protegían del implacable viento del Báltico, fueron trasladados en la parte trasera de un carro artesano tirado por un cansado caballo. Más de siete kilómetros recorrieron por la carretera de la costa, que era realmente un camino de carro de hondas rodadas. El olor a pescado rancio y a cerdo les revolvió el estómago; además, sufrieron todos los baches, traqueteos y golpes del camino. Al llegar a casa de Omi, entregaron al porquero y a su hijo una moneda nueva y reluciente de oro de veinte marcos y los despidieron sin darles explícitamente las gracias.

Sólo los regañaron cuando los Esser se hubieron ido. ¿Quién iba a pagar el barco? ¿Cómo se habían caído al agua? ¿No habían visto que se avecinaba una tormenta? ¿Cómo es que no habían vuelto inmediatamente a casa después del salvamento? Las tres mujeres les hacían casi las mismas preguntas; sólo variaba el modo de planteárselas. Primero vino la frialdad militaroides del

interrogatorio de Omi, luego la histeria práctica de mamá y finalmente la de la nodriza escocesa, quien, después de que hubieron tomado un baño con jabón fénico desinfectante, les hizo darse una ducha fría y los secó hasta dejarles la piel rosa y escocida.

Los niños aceptaron estoicamente aquel castigo; sabían que aquel enfado era uno de los extraños modos en que los mayores manifiestan su cariño, y hacía tiempo que habían aprendido a aparentar aspecto contrito pensando en otras cosas.

Como ya no tenían el *Valhalla*, pasaban el día en la playa; caminaban por la orilla hasta el cobertizo de pesca de Fritz Esser. El joven pescador salía cada mañana muy temprano con su barca, aunque pescaba poca cosa, porque no tenía ni buena camada ni buenas redes ni la habilidad y paciencia de los pescadores consumados.

Los niños llegaban siempre cuando él regresaba, pero Fritz nunca mostraba su decepción porque las largas horas de trabajo no le hubiesen procurado nada. Siempre lucía aquella sonrisa torcida que le descubría su malparada dentadura. Los niños, naturalmente, esperaban día tras día verle llegar remolcando el *Valhalla*, y sus esperanzas se fueron desvaneciendo en consonancia, hasta que, finalmente, acudieron a ver a Fritz sólo por hacer algo.

Pese a la diferencia de edad, a Fritz le agradaba la compañía de los dos hermanos. Dejaba que le ayudasen a pintar y a reparar las barcas cuyo cuidado tenía encomendado y les enseñaba a remendar redes y a calafatear las barcas de veraneantes, demasiado expuestas al agua. Y siempre los sermoneaba con las ideas políticas de los panfletos que leía y las conversaciones que oía en el bar del Faisán Dorado, en la carretera de Travemünde, sazonadas con citas de su héroe, Karl Liebknecht.

En la parte trasera del Faisán Dorado había un gran salón para celebrar bodas y bautizos y mítines del SPD. Allí era donde el año anterior Fritz había escuchado, arrobado, al pequeño y ardoroso Karl Liebknecht, antiguo afiliado a la Dieta Prusiana, que con sus anteojos, bigote negro bien recortado, traje negro cuidadosamente cepillado y aquel cuello duro alto, parecía, a sus treinta y nueve años, un funcionario más que un revolucionario. Pero desde el principio del discurso su pasión era patente: denunciaba a la industria internacional armamentista, «esa pandilla que acuña oro con la discordia»; denunciaba al kaiser y a la Bendlerstrasse, en donde los generales «en este mismo instante están planificando la próxima guerra»; denunciaba al zar ruso y a los «parásitos» que formaban las familias reales de Europa. Denunciaba a

los capitalistas que poseían las fábricas y a la policía, «sus lacayos», y denunciaba a los ricos por explotar las riquezas y a los pobres por soportar su pobreza.

Aquel viernes por la tarde, una multitud llenaba el Faisán Dorado. Casi todos los asistentes habían acudido porque era el hijo del gran Wilhelm Liebknecht (amigo de Karl Marx y líder de la efímera república revolucionaria de Badén), y no porque desearan escuchar a aquel arrogante y desagradable personaje, cuyo único logro hasta entonces había sido la condena a año y medio de cárcel por traición.

Karl Liebknecht carecía de las cualidades que debe tener todo buen orador. Por sus ropas tenía más el aspecto de aquellos fríos burócratas tan temidos y detestados por el pueblo que del hombre que fuese a llevarlos a la tierra de promisión que todos ansiaban. Su pulcro alemán y sus modales —cortesés, si no cortesanos— le distanciaban de la audiencia de pescadores y labriegos. El mensaje de Liebknecht no atraía a aquellas gentes, que querían una inmediata mejora en sus condiciones de trabajo más que una revolución mundial definitiva.

Sólo los muy jóvenes tenían margen de espera para el tipo de promesas que Karl Liebknecht hizo a su audiencia aquella noche. Y sólo algunos jovenzuelos del lugar, como Fritz Esser, eran sensibles a la llamada de aquel extraño personaje.

Aunque los hijos de Winter no tenían más que una vaga idea de aquello, se les contagió algo de la excitación de Fritz Esser, y a éste le encantaba exponer en voz alta, secundada por grandes zancadas, los principios del marxismo a aquel embobado público de dos personas. A Pauli le encantaba el sonido de las palabras de Esser, pese a que no comprendiera la encendida retórica del odio. Peter advertía la beligerancia soterrada, pero los arranques de humor de Fritz Esser y su encanto natural acabaron por ganarle. Y cuando Esser les dijo que, como compañeros de conspiración, no debían repetir a la policía, a su familia, a los domésticos, ni siquiera a nadie del pueblo, una palabra de lo que les decía —no fueran a meterle en la cárcel—, los dos muchachos se le declararon incondicionales. Era algo maravilloso compartir un secreto con un muchacho que casi era un hombre. ¡Y qué secreto!

En la última semana de vacaciones llegó «tío Glenn», El hermano menor de Veronica, Glenn Rensselaer, tenía la costumbre de presentarse de improviso en cualquier parte. La primera noticia de su viaje a Europa que tuvo su hermana fue un telegrama de un transatlántico que arribaba a Hamburgo al día siguiente: *Llego jueves acompañado. Abrazos. Glenn.* Todo

fueron preparativos y, por parte de Veronica; especulaciones. ¿Quién sería la compañía? ¿No sería simplemente el modo jocoso que utilizaba Glenn para anunciar que venía a Europa en viaje de luna de miel?

Todas sus hipótesis se fueron abajo cuando Glenn se presentó el viernes a mediodía con un inglés llamado Alan Piper. Se habían conocido en el barco durante la travesía desde Nueva York:

—El *Kaiserin Auguste Victoria*, de veinticinco mil toneladas. El mayor transatlántico del mundo. Un barco alemán.

Era propio de Glenn el congratularse con los logros del viejo continente casi tanto como con los de sus compatriotas. Glenn se había empeñado en que Piper, que disponía de un par de meses antes de presentarse en la Oficina Colonial de Londres, le acompañase en su viaje por Alemania, iniciado en la casa de Travemünde.

Alan «Boy» Piper no hacía más que excusarse por todas las molestias que estaba causando en la casa. Se excusó tantísimo a Veronica, que Glenn acabó por decirle:

—No seas tan exageradamente británico. En este país tienen esclavos para hacer todo el trabajo. Y a Veronica le encanta la oportunidad de hablar un idioma civilizado.

Y tenía razón en cuanto a su hermana. Su suegra llevaba unos días indispuesta y sólo comía un poco de pan y caldo de buey, que le servían en su habitación de arriba. Así, Veronica hizo de anfitriona con sus inesperados invitados, y no había necesidad de hablar otro idioma que no fuese el inglés.

Veronica adoraba a su hermano, pero también la encantó el tímido inglés. Era algo mayor que ella; un hombre guapo fuera de lo corriente, de pelo corto marrón —casi color jengibre—, rostro delgado y huesudo y rasgos extrañamente juveniles, por los que recibía el apodo de «Boy». Insistía en que su vida era insulsa comparada con la del hermano de ella. Del Merton College de Oxford había marchado a Sudáfrica para servir como oficial colonial del gobierno, aunque, como señaló Glenn, allí había participado en algunos de los enfrentamientos más sangrientos de la guerra contra los bóers.

—Es un aventurero militar, como yo —dijo Glenn Rensselaer.

—Y me temo que nada hay tan apasionante —replicó Piper, modesto—. Mi padre era funcionario del Estado en África, y yo no he hecho más que seguir sus pasos —añadió sonriendo. Su rostro era el de un muchacho novato y optimista, a pesar del bronceado africano.

—Entonces, ¿qué hace usted en Alemania, señor Piper? —inquirió Veronica. No descuidaba tratarle de «señor Piper», aunque había un tono

irónico en su voz que habría podido atribuirse a coqueteo—. ¿Se trata de otra excursión entre los indígenas?

—Ni mucho menos, señora Winter. Estoy de permiso. Este viaje a Alemania, por muy agradable que me esté resultando, es algo imprevisto. Cuando regresé a Londres para iniciar mi año de excedencia, me decepcionó enormemente que me comunicaran que no iba a volver a África. Las dos repúblicas bóer contra las que hemos luchado, Cabo y Natal, van a convertirse en la Unión Sudafricana, y me habría gustado estar allí para verlo.

—Perder Sudáfrica es una victoria —dijo Glenn.

—Yo brindo por ello —dijo Veronica.

El inglés alzó su copa, la miró, vio aquellos magníficos ojos gris humo y, tras un momento de vacilación, le sonrió.

Veronica bajó la mirada y bebió el vino, pero sentía sobre ella los ojos del inglés y, muy a su pesar, se estremeció.

—Mi vida no ha sido tan interesante como la de su hermano, señora Winter. Creo que es uno de los hombres más extraordinarios que conozco.

—¿Ah, sí? —Miró con complacencia y sonriente a su hermano—. ¿Qué es lo que has hecho, Glenn?

—Ha estado en todas partes y ha hecho de todo —contestó Piper tomando la palabra—. Incluso ha sido buscador de oro en Klondike.

—Y me vino muy bien. Al final vendí mi concesión por trescientos dólares y provisiones.

—Ha trabajado para Henry Ford y ha renunciado a un empleo en el ejército americano, en el equipo que vigilaba el canal de Panamá. Ha reventado caballos, reparado automóviles y hasta ha volado en un aeroplano.

—¿En un aeroplano? —inquirió Veronica. Incluso a ella le sorprendían las andanzas de Glenn.

—Una sola vez —dijo Glenn. Se inclinó y cogió con el tenedor otro trozo de cerdo frío, sin esperar a que se lo sirviera la criada, para ocultar su turbación ante los elogiosos comentarios de Piper. Después de engullirlo, bebió un sorbo de vino y se limpió los labios—. En el barco venía un rancho para el que trabajé un par de veces y se pasó la mitad del viaje contándole a Boy historias sobre mí. Ya sabes cómo les gusta a los tejanos dejar con la boca abierta a los ingleses.

—¿Y a qué has venido exactamente a Alemania, Glenn? —preguntó Victoria a su hermano.

—Papá me ha dicho que tu marido conoce al conde Zeppelin, y quisiera que me consiguiera una entrevista con él.

—¿Tan famoso es el conde Zeppelin para que en nuestro país se hable de él?

—La gente conoce sus aeronaves —contestó Glenn—. En septiembre hubo una especie de demostración aérea en Berlín...

—Sí —replicó Veronica— La Berliner Flugwoche en Johannisthal. Dieron un premio de ciento cincuenta mil marcos. Harald llevó a los niños y vieron volar un aeroplano que despegó de Tempelhof y aterrizó en Johannisthal: ¡diez kilómetros!

—Por entonces Orville Wright estaba en Berlín. Y en Frankfurt ha habido una reunión de aeronáutica: la Internationale Luftschiffahrt Ausstellung —dijo Glenn pronunciando con dificultad las palabras alemanas—. De repente a todo el mundo le interesan las aeronaves; sobre todo las aeronaves rígidas. Quiero verlas, volar en una y ver cómo se maniobran.

—Te habrás enterado de que la última, el *Deutschland*, sólo ha durado un par de semanas. Ha sido un fracaso total. En los periódicos había fotografías impresionantes.

—Ah, sí; el LZ7. Lo sé. Pero el LZ6 aún vuela y me gustaría montar en él.

—¿Y usted, señor Piper? —dijo Veronica volviéndose hacia el inglés—. ¿Comparte también esa obsesión por los aparatos voladores que parece dominar el mundo?

—Hasta cierto punto, señora Winter.

—Trata de ser educado —intervino Glenn—. Le he propuesto que venga conmigo a ver los zepelines porque él habla alemán y yo no, ni creo que el conde Von Zeppelin hable inglés.

—No le llames conde Von Zeppelin: se le trata de Von Zeppelin o conde Zeppelin, pero no ambas cosas.

—¿Ah, sí? —replicó pensativo Glenn—. Me consta que los europeos se enfadan mucho si te equivocas en los títulos. En México conocí una vez a una condesa italiana. Quería que yo... —pero calló de pronto, decidido a no entrar en detalles.

Veronica se echó a reír, convencida de que el relato de las pintorescas aventuras de Glenn con caballos, automóviles y canales había sido cuidadosamente expurgado para no ofenderla.

—¿Así que habla usted alemán, señor Piper? —inquirió mientras los criados retiraban los platos.

—Por mi trabajo tuve que aprender algo de holandés en El Cabo, y habría sido una tontería no perfeccionar el alemán.



—Él lee esos libros intelectuales que a ti te gustan, Veronica. El otro día, sentados en cubierta, le ofrecí un ejemplar de *Lord Jim* que acababa de comprar. Pues créete que me lo rechazó. Dice que no lee a Conrad porque no estimula la imaginación. Me dieron ganas de darle un puñetazo. Así nos conocimos.

Piper —aun después de su estancia de tres meses en Estados Unidos— no se había acostumbrado a aquel modo desenfadado de hablar.

—Glenn, no dije exactamente eso...

—¡Lee *Das Studenten-Buch* en alemán! —prosiguió Glenn Rensselaer—. A mí me costó media hora aprender a pronunciar el título. —Veronica advirtió la mirada que se lanzaban los dos hombres, y pensó que entre mujeres no surgía la amistad tan fácil y rápidamente.

—Me temo que Rilke es demasiado para mí —confesó Piper—, porque toda su imaginación simbolista requiere mayor conocimiento del alemán y de los alemanes.

—Oh, pero es un libro estupendo —dijo Veronica—. No lo deje.

—Hago todo lo que puedo. El capítulo que estoy leyendo ahora lo he releído, diccionario en mano, al menos cuatro veces.

—A lo mejor si leemos juntos unas páginas... —Veronica no concluyó la frase y se apresuró a echar nata a los trozos de melocotón. No había querido decir eso... Tenía que contener su galopante imaginación. Durante los años que llevaba casada no había mirado, ni siquiera pensado en otro hombre. Cuando se enteró de que Harry había puesto un piso en Viena a la joven Martha, lo que hizo fue ir a rezar a la Votivkirche y echar un vistazo a la calle en que vivía la querida de su marido. Pero incluso en aquel momento de angustia no se le había ocurrido engañarle. Pero, por otra parte, tampoco había conocido a un hombre que pudiera inducirla a traicionar a Harald. De pronto se daba cuenta de ello.

—Sería amabilísimo por su parte, señora Winter —dijo el inglés—. A veces es simple cuestión de entender el espíritu del autor. Unas cuantas páginas bien comprendidas me abrirían un nuevo mundo.

—Yo no soy una intelectual, sino una *Hausfrau*<sup>[2]</sup> de treinta y cinco años —replicó Veronica en un torpe intento de cambiar de tema.

—Permita que no se lo acepte —añadió Piper—. No creo que haya nadie en el mundo más capaz de cambiar mi vida.

El día en que llegó el padre llovía sin parar. No era la simple llovizna fría que no impedía que los niños paseasen, se bañasen en el mar o, en los días más felices del *Valhalla*, fuesen a navegar. Caía en grandes sábanas verticales de unas nubes grises casi inmóviles que procedían del mar del Norte y descargaban en la ensenada.

Mientras todos se preparaban para la llegada de Harald Winter, los niños deambulaban por la casa, desanimados y entorpeciendo a los demás. El día anterior, el tío Glenn y su amigo inglés los habían entretenido con historias, trucos y juegos de cartas. A Pauli le agradaban en particular los trucos de magia del señor Piper, e incluso había aprendido a hacer algunos. Pero aquel día los dos invitados habían marchado a visitar la preciosa ciudad de Lübeck y no se esperaba su regreso hasta el anochecer. Cuando ya habría llegado su padre.

Peter encontró finalmente algo que hacer: la cocinera le dejó ayudarla a preparar la verdura, pues necesitaba que alguien le echase una mano porque estaba enferma la fregona, su ayudanta, dedicada a arreglar las habitaciones del segundo piso que ocupaban Harald Winter y su mujer cuando estaban juntos.

Tras ser rechazado por su abuela, que quería dormir, Paul fue a buscar a su madre. La encontró en el cuarto de la torreta del último piso. Era una pequeña pieza redonda con magnífica vista al campo, donde a ella le gustaba dormir cuando su marido no estaba con ellos. Veronica echaba un vistazo a la ropa del armario y estaba sacando sus vestidos uno por uno para examinarlos encima de la cama antes de que la doncella los llevase al otro dormitorio.

Paul se la quedó mirando. No tenía buen aspecto. Estaba pálida, pero tenía los ojos enrojecidos como si hubiese estado llorando.

—¿Qué quieres? —le dijo con voz que a él le pareció de enfado.

—Nada —contestó el pequeño Pauli—. ¿Te ayudo, mamá?

—No, cariño —respondió ella, pero al ver la decepción del pequeño añadió—: Puedes bajar mi joyero. Así le ahorras un viaje a Hanna.

A Pauli le fascinaba el joyero, de su madre. Era de cuero azul precioso con forro de suave terciopelo del mismo color. Dentro tenía cajoncitos, bolsitas y dedos de terciopelo en los que su madre ponía los anillos. Pauli no podía resistir la tentación de jugar con lo que contenía el joyero. Le divertía muchísimo tirar de los cajoncitos para contemplar los relucientes broches de diamantes o las sargas de perlas. Miró a su madre, pero ella estaba enfrascada en seleccionar un vestido para la llegada de su papá, pensó Pauli; y siguió jugando con el joyero. Si fuese un barco pirata y en cada cajoncito hubiese un

cañón y de pronto apareciese otro barco... ¡Huy!, se le había caído todo en la alfombra. Qué torpe. Seguro que le regañaban, aunque aquel día parecía que su madre sólo tenía ojos para los vestidos.

Pauli recogió los finos anillos de oro, los grandes pendientes también de oro, los pendientes de perlas, los pendientes de diamantes que mamá sólo se ponía con los vestidos de cola y los pendientes colgantes. Dos de cada. Los volvió a contar y luego vio un anillo de plata en la alfombra. Entonces, tenía que haber otro... habría rodado bajo la cama, claro. Se tumbó en el suelo a buscarlo. Sí, allí estaba. Pero... había algo más. Lo sacó: era un reloj de pulsera. Un reloj de pulsera grande, de oro, con manecilla de segundos.

—Pauli, ¿qué haces?

—Me he encontrado un reloj, mamá.

—Pero, Pauli, ¿qué dices?

—Estaba debajo de la cama —le mostró ufano el reloj. Era un fino modelo suizo con una pequeña correa de cuero y cifras romanas, como el reloj de la iglesia.

—¡Dios mío! —exclamó su madre.

—Es del señor Piper, mamá. Yo se lo he visto —dijo mirando a su madre. Nunca la había visto tan aterrada.

—Sí —dijo ella—, se lo pedí prestado porque el mío se me paró anoche en la cena.

—¿Se lo doy? —inquirió Pauli.

—No, dámelo, Pauli. A lo mejor se enfada si se entera de que se me ha caído al suelo.

—Yo no le diré nada, mamá.

—Es lo mejor, Pauli.

Su madre cogió el reloj con fuerza en el puño y cerró los ojos, como los niños cuando piden un deseo.

Tres días después de la llegada de papá fueron todos a Kiel y se alojaron en un hotel. Fue un viaje memorable. Mamá vestía su nuevo abrigo hasta los tobillos, para automóvil, y guantes largos. Papá conducía el coche. No era lo último, pero a él le encantaba el enorme automóvil italiano de color amarillo y no quería desprenderse de él, pese a que algunos pensaban que habría debido conducir un coche alemán. Era la primera vez que se ponía al volante en un viaje tan largo, pero sabía que Glenn Rensselaer era capaz de efectuar reparaciones y ordenó al chófer que se quedase junto al teléfono en casa de

Omi por si les sucedía algo grave. Glenn iba sentado junto a Harald Winter, el inglés, atrás con mamá, y él y su hermano en los trasportines. No iban criados porque prefirieron que hicieran el viaje en tren. Como dijo Harald Winter: «Será una aventura».

No fue una simple excursión. Harald Winter no hacía excursiones: tenía una cita en el muelle Imperial. Al día siguiente, mientras la neblina del mar cubría el muelle y amortiguaba los sonidos del puerto, él se reunía con un capitán de corbeta y dos funcionarios del consejo de la procuradoría de la marina imperial alemana. A Harald Winter no le habían comunicado el tema de la entrevista, porque estaba relacionado con un programa de dirigibles para la marina y era secreto. Ya estaba constituido el departamento —la División Aérea de la Marina Imperial—, pero de momento era poco más que un rótulo sobre una puerta de un pequeño despacho en la parte trasera del edificio de oficinas. El año anterior, la exhibición del dirigible ZII de la marina alemana en la exposición ILA de Frankfurt había suscitado rosadas perspectivas para el futuro. Pero aquel año las cosas no habían ido bien: a la destrucción en abril, por causa de una tormenta en Weiburg an der Lahn, de ese mismo zepelín —uno de los dos de que disponía la marina—, había seguido en junio la pérdida del nuevo *Deutschland* construido por el conde Zeppelin. Y para acabar de complicar las cosas, un competidor de Zeppelin había construido un aparato semirrígido que no sólo había batido en más de una hora la marca de resistencia en vuelo del zepelín, sino que había llegado al campo de las maniobras de otoño del ejército integrado en su propio hangar móvil de lona. Ahora, todos los almirantes y burócratas que antes retrasaban las decisiones para la adquisición de zepelines se felicitaban por su precaución.

Pero mientras Harald Winter estaba sentado en una gran mesa frente al joven y atento oficial de marina y dos funcionarios de cara de palo, su mujer, sus hijos y los invitados andaban por el paseo marítimo admirando la poderosa flota alemana.

—Fíjate —dijo Glenn Rensselaer señalando una docena de fantasmagóricas moles borrosas en la neblina—, nunca han trabajado tanto los astilleros alemanes. Ese que está anclado a la derecha es un *dreadnought*. —Miraba con los prismáticos pero no alcanzaba a leer los nombres de los buques de guerra.

—Tres *dreadnoughts* el año pasado y cuatro botados el año anterior —añadió Piper. El inglés iba vestido como un perfecto veraneante, con chaqueta a rayas y sombrero de paja—. Con eso, la marina alemana tiene la misma

potencia que la inglesa. —Cogió los prismáticos que le entregaba Glenn Rensselaer pero no los utilizó para otear los barcos.

—No —replicó Glenn—, vosotros tenéis ocho *dreadnoughts* y otros tres en construcción por lo menos. —Vestía un traje de franela color crema y llevaba, ladeado, un sombrero de paja, pero, debido a la neblina procedente del mar, aquella ropa era demasiado fresca y se enrolló en dos vueltas al cuello el largo pañuelo amarillo. Veronica, que lo advirtió, pensó que también ella podía haber elegido algo de más abrigo; había estrenado especialmente para aquel día el vestido de algodón con adornos de *broderie anglaise*, pero la modista no había tenido en cuenta la posibilidad de que refrescase.

—Puede que tengas razón —dijo el inglés asintiendo con la cabeza.

—Pero ¿qué es exactamente un *dreadnought*? —inquirió Veronica.

—¡Mamá! —exclamó Peter volviéndose desde el sitio en que se encaramaba a la barandilla para tener mejor vista—. Todo el mundo sabe lo que es un *dreadnought*.

El pequeño Pauli subió junto a su hermano.

—Es un nuevo tipo de acorazado —señaló el solícito Piper.

—A mí me parecen todos iguales —añadió Veronica.

—Quizá —dijo Rensselaer—, pero cuando los ingleses construyeron en mil novecientos seis el *Dreadnought*, los demás buques importantes quedaron anticuados. Estos acorazados tienen motores de turbina a vapor, mayores cañones, todos del mismo calibre, y son más rápidos y más peligrosos que todo lo construido hasta ahora. Actualmente, la potencia de una flota se mide en función de los *dreadnoughts* que tenga. Vuestro kaiser tardó un par de años en empezar, pero ahora no va a consentir que la flota inglesa le pise el terreno.

—Peter, bájate —gritó Veronica a su hijo—. Te vas a ensuciar los pantalones y no hemos traído muda. El servicio está imposible —añadió al ver que el inglés la miraba sonriendo.

Glenn Rensselaer volvió a coger los prismáticos y los dirigió de nuevo hacia el enorme acorazado.

—¿Crees que lo habrán traído por el canal o es demasiado grande? —Alemania había incrementado enormemente su potencia naval con la construcción del canal Nord-Ostsee, que conectaba su flota del mar del Norte con la del Báltico—. Creo que es demasiado grande —añadió finalmente Glenn Rensselaer, contestando a su propia pregunta, sin desprenderse de los prismáticos—. Por eso seguramente trabajan con tanto afán para ensancharlo y hacerlo más profundo. —Sin necesidad de prismáticos, se veía a los

marineros en uniforme de verano moverse por la cubierta; por lo nutrido de la tripulación no era difícil figurarse las dimensiones del enorme buque—. Es muy grande —apostilló Glenn Rensselaer—, muy grande.

Veronica siguió caminando con cierto esfuerzo por el estorbo de la falda estrecha a la moda y Piper la siguió. El vestido de algodón rizado con cuello alto y cerrado de encaje y el precioso sombrero nuevo con lazo de seda y flores artificiales le sentaban maravillosamente, y ella lo sabía. Los demás no podían oírlos cuando el inglés la alcanzó. Era la primera oportunidad que se le presentaba de hablar a solas con Piper desde la llegada de su marido, pero se limitó a decir:

—Ojalá mi hermano no hablase con tan poco respeto de su majestad. Causa tan mal efecto en los niños...

—Sí, claro, señora Winter; pero estoy seguro de que su hermano no lo hace por maldad —dijo él sonriendo, y ella le devolvió la sonrisa.

Se sentía muy feliz. Poco importaba de qué hablasen. Amaba al inglés y el inglés la amaba. No había necesidad de decirlo. En realidad, no había necesidad de decir nada.

Esperaban que la neblina se disipara, pero era uno de esos días en que la ensenada de Kiel queda cubierta hasta el atardecer. Cuando regresaron al hotel, Harry aún no había vuelto de la reunión. Alan Piper pidió el té y Glenn bromeó a propósito del curioso ritual inglés, pero todos tomaron asiento en el salón acristalado charlando de cosas intrascendentes, hasta que el inglés llevó afuera a los inquietos niños para que vieran otra vez los barcos de guerra.

Al quedarse a solas, Veronica se volvió hacia su hermano y le preguntó:

—Glenn, no habrá guerra, ¿verdad?

Él la miró, haciendo una larga pausa antes de contestar.

—Papá está convencido de que la habrá. A ellos les gustaría que volvieses a casa; supongo que te lo dicen en sus cartas.

—Sí —contestó ella sirviéndose más té. No le apetecía, pero estaba nerviosa.

—Este año no has ido a verlos a Londres —añadió Glenn reclinándose en el sillón y cruzando las piernas. Cráneo grande y huesudo, pómulos marcados y sonrisa abierta. A veces se parecía mucho a su padre; y al pequeño Paul. Era la primera vez que Veronica se percataba de que su hijo pequeño tenía cierto parecido con los Rensselaer.

—A ellos no les costaría nada venir aquí. —No quería hablar de sus padres. Se sentiría culpable, y ella no quería sentirse culpable.

—Ya sabes que a papá no le gustan mucho los alemanes, y desde la inesperada muerte del rey de Inglaterra el kaiser está decidido a convertirse en el dueño de Europa. Papá dice que es peligroso; y estoy de acuerdo.

—Eso tampoco es justo —replicó Veronica—. Todo el mundo echa la culpa al kaiser, pero él lo que pretende es que Alemania sea una potencia fuerte como otras. ¿Qué tiene eso de malo?

—La manera que tiene de hacerlo: se pavonea y da voces y siempre va vestido con el maldito uniforme militar y ese casco puntiagudo. Esa actitud militar no sienta bien en París y en Londres, ni en Nueva York. Allí, lo que gusta son los estadistas que llevan traje oscuro y un clavel en la solapa y pronuncian discursos en los que hablan de paz y prosperidad.

—Harry dice que los ejércitos europeos sólo valen para la guerra colonial.

—Que *valgan*, no digo que no. Pero se están *preparando* a toda velocidad para algo mucho más destructivo. ¿Qué me dices de esos dirigibles capaces de situarse sobre las grandes ciudades y lanzar explosivos en pleno centro? Asómate al ventanal y mira los cañones de ese *dreadnought*. Un barco así puede bombardear una ciudad costera sin que le avisten. ¿Y esos grandes ejércitos de levadas forzosas que Prusia mantiene hace más de un siglo? Para escaramuzas coloniales no se necesita un gran ejército, ¿no crees? He estado por el sur en nuestro país... He paseado por las calles destruidas de Richmond y Virginia y es para llorar. Y lo mismo en las ciudades de Georgia y las dos Carolinas. ¿Cuánto tiempo hace... cincuenta años? Pues aún no han reconstruido los destrozos de la guerra. Y persiste el rencor... Es horroroso. Y ése es el tipo de guerra en que se van a enzarzar esos malditos europeos; salvo que me equivoque.

—Glenn, me asustas con esas cosas que dices.

—Le prometí a papá hablar seriamente contigo. ¿No echas de menos a tus amistades, tus parientes, a tu familia? ¿Cómo puedes ser feliz rodeada todo el tiempo de extranjeros?

—No quisiera ofenderte, Glenn, pero todos esos «extranjeros» son ahora mis amigos y mi familia. —Glenn nunca comprendería cómo le gustaba Berlín. La encantaba la ciudad, con su ópera, su ballet, los conciertos, la vida social y el ambiente intelectual. A ella le agradaban aquellos berlineses divertidos, alegres y descarados, con su irresistible sentido del humor. La encantaban las amistades que había hecho, y su marido; sus queridísimos hijos. ¿Cómo pretendía Glenn que dejase todo lo que enaltecía su vida y

volviese a empezar de cero en un desierto cultural como era la ciudad de Nueva York?

—¿Te molesta que fume en pipa? No me vienen las ideas sin un buen Virginia —dijo Glenn sacando del bolsillo de su chaleco cruzado de franela una petaca, cerillas y una pipa curvada.

—A mí no me molesta, pero no sé si estará permitido aquí. Detrás del restaurante hay un salón de fumadores.

—¡Tonterías! Hoy en día se fuma en todos los sitios. En Nueva York la gente fuma por la calle; incluso las mujeres.

—¡Qué barbaridad!

Glenn encendió la pipa, que ya estaba cargada con tabaco.

—Empecé a fumar por las moscas —comentó Glenn entre dos bocanadas de humo—. Trabajaba en un rancho de Texas y el humo era la única manera de alejarlas de la boca y los ojos. Hay quien se vuelve loco.

—Me encantaría volver a ver Nueva York —admitió Veronica con cierta reticencia—. Un viaje de visita.

—No lo conocerías, hermanita. Sé que a tu marido se le identifica con un pez gordo por el automóvil que tiene, pero Herald Square se llena de tal manera de automóviles que es imposible circular —replicó él riendo y dando otra bocanada.

Su hermano se había acostumbrado a la pipa la primera vez que había acudido a verla a ella a Alemania, al año siguiente del nacimiento de Peter; entonces tenía diecisiete años y le gustaba dárselas de mayor, pero el humo del tabaco le había hecho toser y ella le había llevado fruta cuando él, indispuerto, se retiró a acostarse. Sintió de pronto nostalgia por haber dejado a sus padres tan joven. Habían vivido sin ella y ella sin ellos.

—¿Y a papá y mamá les gusta Nueva York? —preguntó.

—Ahora ya no pasan tanto tiempo en la ciudad. Pero sí, a papá le encanta. Mientras que tu Harry apostaba por las aeronaves, papá optó por los automóviles; invirtió en acero, petróleo y caucho y cada día es más rico. No te habrá importado que haya traído a Boy... —añadió, dando otra bocanada.

—Ni mucho menos, pero si lo hubieses avisado habría preparado mejor todo. Tenéis unas habitaciones tan pequeñas...

—Hermanita, las habitaciones están bien. Siento haberme presentado de sopetón. No sabía que tu suegra estaba tan enferma. Debe tenerte muy atareada.

—Me alegra que hayas venido, Glenn. Mucho.



—Es que tienes a Boy constantemente encima. Te habrás dado cuenta, ¿no? —espetó él de pronto.

Veronica tuvo la impresión de que desde el principio de la conversación, Glenn había estado buscando el momento de decirlo.

—Sí, ya lo sé.

—Cuando bebes con uno sabes en seguida cómo es. Y mira, hermanita, he trotado mucho y conocido a mucha gente desde la última vez que nos vimos. Boy es un tío estupendo.

Guardó silencio durante un buen rato, pero era su hermano y le pareció que debía contestar.

—Quiere que me vaya con él.

—¿Ah, sí? —replicó Glenn, desconcertado. A él le pareció que esta situación halagaba a su hermana. Ojalá no hubiese mencionado el tema.

—No sé qué hacer, Glenn. Los niños no lo entenderían. Peter lo vería como una traición y Pauli idolatra a su padre.

—No te lo reproches, hermanita. No es ninguna ignominia.

Glenn no podía aconsejarla; ella lo sabía antes de confesárselo. Glenn era su hermano pequeño y su relación impedía que hablase con ella de un asunto como aquél con suficiente distanciamiento.

—Glenn, no lo comentes con nadie, por favor. Aún no sé qué hacer. Boy quiere que me lleve también a los niños.

—Algo inesperado —dijo Glenn Rensselaer meneando la cabeza atónito.

—Le amo, Glenn. No sé cómo ha podido suceder en tan poco tiempo. Pensé que esto eran cosas que sólo se daban en las novelas y en el teatro. Pero también amo a Harry —añadió, volviendo la cabeza para ocultar las lágrimas.

—Nuestra sociedad no acepta a las divorciadas.

Se lo advertía. Era una buena persona que sólo quería que fuese feliz y ahora se encontraba ante un dilema moral, algo que era incapaz de resolver.

—No podría irme sin los niños, Glenn...

—Es un paso difícil. —El maldito Harry, a pesar de sus aventuras, seguramente no se avendría al divorcio porque detestaba al inglés. Glenn lo veía claro. Y su hermana tendría que vivir en una sociedad en la que ese pecado se purga en la tierra. Le angustiaba pensar que a su hermana le sucediese una cosa así. Y, sin embargo, Harry era un cerdo...

—No puedo quitarle a Harry sus hijos y dárselos a otro hombre. Eso sería un pecado, ¿no? —añadió enjugándose las lágrimas.

—Sólo se vive una vez... y yo no soy cura.

—¡Calla! Ya vuelven —dijo Veronica al ver a Piper y a los dos niños avanzar por el camino. Al abrir el botones la puerta, les llegaron los acordes de la orquesta de un barco en la ensenada. Era una marcha de Sousa; aquella música tan rabiosamente yanqui sonaba extraña en tierra alemana.

La reunión definitiva de Harald Winter con los representantes del departamento de compras de la marina imperial alemana no le había dejado de muy buen humor. Había concluido con un gesto que Winter consideraba una provocación, pues uno de los funcionarios mostró unas fotografías de la última aeronave del ejército, el Parseval III, sobrevolando Leipzig. El aparato, fabricado por el genial rival de Zeppelin, August von Parseval, era una máquina voladora sumamente eficaz. De gran tamaño y con una envoltura que contenía cinco mil metros cúbicos de gas, tenía dos motores de doscientos caballos y transportaba ocho pasajeros. No obstante, se desinflaba y podía transportarse en carros tirados por caballos. El milagro era debido a que no tenía una estructura metálica rígida. Para Harald Winter, sin embargo, las aeronaves sin armazón metálico no tenían gran atractivo y abandonó furioso la reunión.

Descargó su indignación sobre el personal del hotel y sus propios sirvientes, y cuando estaba a punto de tomarse una copa, antes de vestirse para la cena, incluso la tomó con los niños.

—Se están desmandando —dijo.

—¿Cómo puedes decir eso, Harry? Todos advierten lo bien que se comportan.

—Les dejáis que haraganeen por el hotel. Pauli incluso me molesta cuando estoy trabajando.

—Y tú le gritas. Deberías tener más paciencia con el pequeño. Él te adora y tú no haces más que rechazarle. ¿Por qué?

—Pauli tiene que hacerse mayor. Es como un perrillo que constantemente viene a lamerte la mano. Sólo quiere que estén pendiente de él.

—Quiere afecto.

Harald Winter nunca mostraba gran afecto por ella o los niños; decía que ganar dinero es prueba suficiente del cariño de un hombre por su familia.

—Pues que vaya con la nodriza. ¿Para qué le pago?

—¿Cómo puedes ser tan ciego, Harry? Pauli te quiere más que a nadie en el mundo. Lo eres todo para él. Y le hieres profundamente cuando le rechazas enfadado.

No quería seguir hablando de aquello. Optó por pensar si iba a ser capaz de soportar aquel apretado corsé toda la velada. Algunas mujeres comenzaban a dejar de usar corsé —la nueva moda—, pero ella mantenía la tradición.

Harald Winter se sirvió un coñac y le añadió una generosa porción de soda Apollinaris. Dio un sorbo y dirigió su atención a los defectos de sus invitados.

—Se comportan como un par de espías —dijo dolido—. ¿Crees que la gente no lo advierte cuando van de paseo con prismáticos, haciendo croquis de los buques de guerra?

—¿Espías? —replicó Veronica—. Harry, estás hablando de nuestros huéspedes, y uno de ellos es de mi sangre.

Harald Winter se dio cuenta de que había ido demasiado lejos y se retractó en parte.

—No me refería a tu hermano. Lo decía por el *Engländer*.

—No hacen ningún croquis, Harry, y los prismáticos son de Glenn.

—Seguro que Piper es un espía —insistió Winter. Nunca le habían gustado los ingleses, y aquel Piper, con sus exagerados buenos modales y lo mirado que era con Veronica, era el vivo exponente de la decadente clase alta inglesa.

—Pareces un personaje de esos libros que leen los niños. Si los buques son secreto de estado, ¿por qué están anclados ahí a la vista de todo el mundo? Y si estás convencido de que el señor Piper es espía, ¿por qué le has traído aquí?

—Es mejor que esté en un lugar en que las autoridades puedan verle —contestó Winter.

—No habrás hablado de tus sospechas a los oficiales del estado mayor...

—Era mi deber —replicó él dejando el vaso sobre la mesa con mayor fuerza de la necesaria.

—¡Harry! ¿Cómo has hecho eso? El señor Piper es nuestro huésped. Decir que es un espía es...

—¿Poco caballeroso? —inquirió Harry sarcástico, atusándose nervioso su cabello perfectamente peinado. Una esposa alemana no discutiría en un asunto así.

—Un caballero no lo haría, Harry —replicó ella—. Ningún caballero inglés lo haría, ni un oficial prusiano. Los oficiales a quienes has comunicado tus sospechas sobre el señor Piper no lo habrán considerado nada encomiable, Harry.

Era la primera vez que ella le hacía tan directas imputaciones. El rostro ya lívido de Harry se puso blanco de rabia.

—¡Maldita sea, Veronica! Le envían a Sudáfrica sin rango militar, aprende a hablar el afrikaans y recorre todas las zonas en que se han producido disturbios. Acaba la guerra, y cuando lo lógico es que sus conocimientos sean más útiles, los ingleses le dan un año de permiso y él decide venir a ver los zepelines. Y antes de eso, aquí le tienes en Kiel estudiando las unidades navales más modernas de la flota del kaiser con unos potentes prismáticos.

—¿Es que los alemanes sois siempre tan desconfiados? —replicó ella, mordaz—. Fuiste tú quien dijo de traerle a Kiel. Sabías que estaría fondeada la flota para las maniobras de verano... tú mismo me lo dijiste. Y luego le denuncias por espía. ¿Es que has perdido el juicio, Harry? ¿O intentas hallar un detestable modo de demostrar a la marina lo patriota que eres?

La acusación causó pleno efecto en Harry. Su tono de voz era tan frío como sus ojos.

—Si es eso lo que piensas de los alemanes, tal vez estés más a gusto con los tuyos.

—Quizá sí, Harry, quizá sí —replicó ella tocando la campanilla para que le preparasen el baño. Volvería muy complacida a casa de su suegra. No le gustaban los hoteles.

Aquellos días del final del verano en Travemünde marcaron un cambio en la vida de los niños. Sus lazos mutuos se estrecharon y se apartaron de los mayores. Estaban más unidos porque ambos sabían que el desesperado salto al agua de Pauli había salvado la vida de Peter y ambos guardaban esa certidumbre que, aunque se mencionaba en raras ocasiones y, si acaso, indirectamente, sería algo que influiría en sus vidas.

También se apartaron de los demás porque aquel verano marcó la época en que concluyó su vida de niños inconscientes; y ambos, de modo distinto, se enfrentaron a la perspectiva de hacerse hombres. A Pauli, complaciente y deseoso de agradar, no le atraía la idea de ingresar en una academia militar y ser oficial prusiano, y sin embargo lo aceptaba, como aceptaba todo lo que proponían sus padres, a guisa del mejor camino posible para una persona de capacidad bastante limitada como era él.

El deseo de Peter de ser explorador era, como muchas de sus ambiciones, un modo de expresar sus deseos de libertad e independencia. Peter era fuerte

y respetaba la fuerza, y el que hubiese escapado al destino de morir ahogado le hacía ver que esa fuerza no sólo procedía del intelecto y de los músculos: la fuerza podía venir de estar en el lugar adecuado en el momento preciso. A veces la fuerza procedía de que alguien quisiese bastante a otro para lanzarse al agua. Peter había considerado siempre un ser débil a su hermano pequeño, pero ahora ya no estaba tan seguro de ello.

Los dos últimos días en la casa de Travemünde fueron una plétora de promesas y adioses: falsas promesas y adioses sinceros. Glenn y su amigo inglés fueron los primeros en marcharse. ¿Cuándo irían a verle los chicos a Nueva York? Pronto, muy pronto.

Luego, Peter y Paul fueron a buscar a Fritz Esser. Estaba en el cobertizo de la playa, cortando leña y atándola en brazadas. Les dijo que sentía la pérdida del *Valhalla*. A lo mejor aparecía algún día. A veces las tormentas de otoño devolvían a la orilla los barcos naufragados.

—Hasta el año que viene —le dijeron los dos hermanos.

—El año que viene no estaré. Me habrán mandado los papeles del ejército, pero no pienso ir. Me escaparé.

—¿Y dónde vas a esconderte? —inquirió Pauli. Los dos hermanos admiraban al sorprendente Esser, pero Pauli le adoraba como un héroe.

—La gente me dará cobijo —contestó Esser con toda sencillez—. Liebknecht dice que el partido me prestará ayuda.

En un rincón del viejo cobertizo, Peter advirtió tablones bien acabados de un casco blanco, igual que el del *Valhalla*, pero no quiso mirarlos de cerca. A veces es mejor no enterarse.

Cuando iban por la playa vieron al porquero, que les dirigió una mueca enarbolando el cuchillo, y ellos echaron a correr saludándole con el brazo.

Los hermanos se despidieron también de Omi. Habían oído a su padre decir en voz baja a mamá que el próximo año Omi ya no estaría. Besaron a la abuela y prometieron venir a verla al año siguiente.

Veronica subió al cuartito de la torre y estuvo allí sola unos minutos. No volvería a ver al inglés: ahora lo sabía. No podía marcharse sin los niños, y tampoco podía decidirse a llevárselos lejos de su padre.

**1914**

## Guerra con Rusia

Pese a todos sus recelos previos, a Paul no le desagradó la academia militar. En realidad, le gustó bastante. Le gustaba la monótona rutina y apreciaba el modo en que todos aceptaban sus limitaciones de formación. Desde luego, todo era muy raro. La mayoría de los alumnos procedían de las *Kadettenvoranstalten*, academias militares preparatorias, y estaban acostumbrados a la rutina militar, a los gritos, las marchas y los uniformes, que tan limpios y perfectos se exigían. La limpieza no había sido nunca una de las virtudes de Pauli, pero, por suerte, un chico llamado Alex Horner, que venía de la escuela militar preparatoria de Potsdam, ayudó al catorceañero en aquellos primeros días difíciles de su llegada, en abril.

En Gross-Lichterfelde nada era como él había imaginado. Paul esperaba que le entrenasen militarmente, pero la rutina cotidiana no era muy distinta a la de cualquier instituto alemán, salvo que los profesores vestían de uniforme y que por las tardes había que desfilar y hacer instrucción. Él esperaba que le enseñasen a disparar, pero hasta entonces no había visto un fusil.

Su padre le había dicho que el emperador en persona aprobaba todos los ingresos en aquella única escuela de cadetes del ejército prusiano y que sólo admitían a hijos de aristócratas, de oficiales y de héroes de rango inferior. Pero la verdad era algo distinta: la mayoría de los cadetes eran, igual que él, hijos de hombres de negocios, médicos, abogados, burócratas e incluso de granjeros ricos. Sólo unos cuantos eran de familia aristocrática, y de éstos, la mayoría hijos segundos o terceros de terratenientes cuyas propiedades pasarían en herencia a los primogénitos.

Alex Horner era uno de aquellos hijos descontentos, cuyo padre tenía cuatro grandes granjas en Prusia oriental y que sólo había servido dos años en el ejército. Alex debía su ingreso en Lichterfelde a las gestiones de un tío suyo que era coronel en el Ministerio de la Guerra.

Era Alex quien siempre sacaba de la cama a Paul cuando tocaban diana a las seis y le empujaba a los lavabos antes de que apareciese el cadete de día a hacer la ronda del dormitorio. Lavarse a toda velocidad y luego repasar los

botones. Alex le enseñó a utilizar un palillo para que el líquido de limpiarlos no ensuciase la guerrera azul oscuro; un perezoso que dormía al otro extremo de la nave probó una noche a limpiarlos antes de acostarse en vez de hacerlo antes de ir a desayunar y comprobó con qué rapidez se deslustra el latón. Y sufrió un día de prevención. Gracias a Alex, Paul solía ser de los primeros en estar listo para formar antes del habitual desayuno de Lichterfelde, compuesto por sopa, pan y mantequilla. Pero por lo que más le gustaba Alex Horner a Paul era porque aquél le había visto llorar a lágrima viva el día de su llegada y no se lo había dicho a nadie.

Volviendo de desayunar por el bordé del patio de desfile aquella mañana de julio, Pauli recordó el 1 de abril, día en que había llegado. Ya hacía más de tres meses, y parecían años. Su padre se había empeñado en que no viniese mamá, y Paul agradeció la prudencia de su padre. En aquel gran automóvil italiano de color amarillo, con Hauser al volante, llamaba mucho la atención. Los Winter habían perdido dos chóferes que les habían dejado para irse a Berlín de conductores de autobuses, por eso el mayordomo Hauser había aprendido a conducir y había prometido enseñarles a él y a su hermano en cuanto creciesen y alcanzasen con los pies a los pedales.

Ahora Paul lo recordaba y se reía, pero aquel primer día en el Königlich Preussische Corps des Cadets de Lichterfelde —que ahora ya había aprendido a llamar *Zentralanstalt*— había sido perturbador. Aunque había música de banda militar, no lograba contrarrestar los gestos y lágrimas de las madres y la extraña mirada de los padres. Los pobres chicos sabían que iban a burlarse cruelmente de cualquier rasgo de sus padres y de cuanto dijeran e hicieran ante sus compañeros.

Ya era verano, eran casi las ocho y el sol color sangre en el cielo anaranjado aún no estaba muy alto. Pronto haría calor, pero la mañana era fría y aquel desfile de ida y vuelta para desayunar era casi un placer. Plon, plon, plon. Paul había aprendido a enorgullecerse de llevar el paso con precisión. Para los chicos con años de práctica como cadetes era muy fácil, pero él lo había tenido que aprender y tan bien lo había asimilado, que le habían encomendado en cierta ocasión dar las voces de mando a sus compañeros. ¡Alto! Hubo una serie de taconazos mientras el cadete de día saludaba a los tenientes y los tenientes al Studiendirektor. Luego, fila por fila, los doscientos cadetes desfilaron hacia la capilla para oír misa.

—Ha sucedido algo —musitó Alex. La capilla estaba a oscuras y la única luz era la que penetraba por las reducidas vidrieras.



—¿La guerra? —inquirió Paul. La oscuridad y los vibrantes y bajos acordes del órgano propiciaban aquellos breves diálogos furtivos. Se oyó un martilleo de botas claveteadas al incorporarse un veterano a la última fila. Luego, cerraron la puertas con un eco sordo.

El chico que estaba a su lado era un veterano del *Obertertia*, los que podían ir por las tardes al tiro.

—Los serbios han respondido al ultimátum de Austria.

—Eso ya se sabe —musitó otro de la fila de atrás—, pero ¿lucharán los miserables austríacos?

—¡Silencio! —gritó un cadete suboficial—. Horner y Winter, preséntense a mí después de la clase de latín.

Paul se puso rígido y miró su misal. Siempre lo mismo: a los nuevos los castigaban y a los antiguos no. ¿Sería porque hacían la manga ancha con ellos o es que eran más listos y hablaban sin mover los labios? Alex le dio una patada en el tobillo y Paul le miró con una sonrisa. Esperaba que no pasase de una simple sanción a medio rancho —los compañeros siempre te daban algo y la última vez que le habían impuesto ese castigo había comido mejor que habitualmente—, pero si le imponían tres horas de prevención después de comer llegaría tarde a casa y luego tendría que vérselas con su padre. Y Paul detestaba que su padre le regañase. A su hermano Peter le daban siempre igual las admoniciones paternas, pero a él le gustaba que su padre le admirase. Lo deseaba más que nada en el mundo. Y era viernes; aquel fin de semana tenía previsto que Alex Horner fuese a casa con él. Si le castigaban, todo se iba al traste.

—Cántico número ciento tres —dijo el capellán con voz lúgubre, aunque no más lúgubre de lo habitual.

Paul y Alex salieron del paso con una fuerte reprimenda. Por suerte, el que se la impuso no era un suboficial de la escuela, sino un compañero veterano que no quería perderse la clase de equitación. Generalmente, a las cuatro y media, después de dos horas de clase, se hacía instrucción en el patio, pero aquel día les dijeron a mediodía que estaban libres hasta la hora de cenar y que los que tenían pase de fin de semana podían irse a casa. Otro indicio de que pasaba algo raro.

Así, cuando Alex y Paul tomaron el tren en la estación de Lichterfeld la gente de paisano los trataba con una deferencia poco corriente. «Después de ustedes, jóvenes militares», les dijo un hombre de negocios cediéndoles el

paso en la puerta del compartimento de primera. Había algo de burla en la cortesía, pero no del todo. El revisor se llevó la mano a la gorra a guisa de saludo. Algo que no había hecho jamás.

Hicieron el viaje sin leer. Permanecieron estirados, conscientes de su uniforme, de corte igual al del ejército prusiano de 1843 y no como el nuevo gris, de campaña. Gorra militar, guantes blancos, guerrera azul, puños y cuello rojo amapola, con la doble orla dorada que distinguía a los cadetes de Lichterfelde, y una bayoneta en el cinturón de cuero negro.

En el rincón de enfrente del compartimento, el que les había cedido el paso leía el periódico del día. *Rusia se moviliza*, decían los grandes titulares en letra gótica.

Al llegar a la estación Postdamer cruzaron paseando el centro de Berlín, por delante de las lujosas y enormes tiendas de Leipziger Strasse y luego por Friedrichstrasse. Por todas partes deambulaban grupos de gente a la espera, como si fuese a suceder algo. Ahora se veían más mujeres que antes — comprando, paseando, con perros—; con aquellas faldas más cortas se desenvolvían de un modo desconocido hasta entonces. Naturalmente, siempre había movimiento en la estrecha Friedrichstrasse por sus oficinas, tiendas, cafés y clubs: un movimiento que no cesaba ni de noche ni de día. Pero aquel día era distinto, e incluso la amplia Unter den Linden estaba llena de gente como rezagada. En el cruce de las dos calles, uno de los puntos más concurridos de Berlín, estaba el lugar de destino de los muchachos: el café Victoria y los mejores helados de la ciudad.

Se sentaron a una mesa de la terraza y observaron el tráfico y la agitada multitud. Pasó un autobús del número 4 y vieron en la jardinera una docena de soldados de rostro encendido que cantaban alborotadamente. El vehículo iba en dirección a la estación de Friedrichstrasse, donde siempre había policía militar. Alex vaticinó que no tardarían ni media hora en verse en el calabozo, y, efectivamente, era de suponer que tuviese toda la razón.

Todo era de un verdor vivo, marcado por los tilos ya llenos de hojas; los pájaros no se asustaban del ruido, ni siquiera del de los nuevos autobuses de motor. Sólo al pasar una banda militar echaron a volar. Alex dijo que era la del III Garde Regiment zu Fuss, de vuelta a su cuartel en Skalitzer Strasse. Vestían pantalón blanco de desfile y guerrera azul con casco brillante. Sonaba bien la música. Detrás venía una compañía de infantería en uniforme gris de campaña. Se los veía cansados y polvorientos, como si hubiesen efectuado

una larga marcha, pero cuando alcanzaron la esquina de Friedrichstrasse, la gente de paisano que había en aquel cruce los vitoreó y los soldados se enderezaron y sonrieron.

El camarero les trajo el gran plato de helado que tanto anhelaban aquel día caluroso y comenzaron a comérselo con ganas. En la mesa de al lado dos hombres discutían si Rusia ya se había movilizado o si se trataba de otro rumor o un medio para vender periódicos. Cada hora vendían por las calles nuevas ediciones y los vendedores voceaban los nuevos titulares con auténtico dramatismo.

—¿Nos mandarán al frente? —inquirió Paul a su amigo entre una y otra cucharada de helado. El tiempo que había estado Alex en la escuela preparatoria y los conocimientos que le había mostrado le convertían en autoridad en todo lo relativo a lo militar, y Paul siempre le preguntaba a él.

—De momento no —contestó Alex acabando su helado de chocolate y atacando el de frambuesa—. Pero necesitarán oficiales cuando empiece la guerra. A lo mejor nos dan en seguida el título.

—Pero no pueden dártelo antes de cumplir los diecisiete, ¿verdad, Alex?

—No estoy seguro —respondió Alex—. Pero si luchamos contra los rusos, necesitarán todos los que puedan nombrar. Los rusos tienen un gran ejército. Mi padre tendrá que incorporarse porque es oficial de reserva de caballería. Él quiere que yo vaya a caballería, pero lo mío es volar en los dirigibles del ejército.

—Mi padre tiene una fábrica en la que hacen piezas para los dirigibles —dijo Paul limpiándose una gota de helado en la barbilla—. A mi hermano le gustan las aeronaves, pero a mí no me convence eso de volar. Prefiero los caballos. —En realidad, a Pauli le aterraba la perspectiva de volar, pero eso no era para confesárselo a nadie: ni a Alex.

Cuando acabaron los helados fueron paseando por Unter den Linden para ver lo que sucedía. Caminaron desde el café Victoria hasta la catedral, la «isla museo», y luego volvieron al enorme edificio del palacio real. Habían redoblado la guardia externa y una gran muchedumbre miraba el balcón de piedra vacío con la esperanza de que se asomara el kaiser. Pero el kaiser estaba en el mar con la flota. Alguien comenzó a entonar *Deutschland über alles* hasta que llegó una docena de policías y tras varias órdenes conminatorias y empujones hicieron circular a la gente.

Cuando finalmente los muchachos llegaron a la casa de Winter, eran las cuatro. Les abrió Hauser. Se estaba dejando barba, pero le crecía despacio y cada fin de semana Paul observaba el progreso.

—El señor está en su despacho con herr Fischer —les dijo— y a su mamá le dolía la cabeza y se ha acostado. Su padre ha dicho que vaya a ver a la nodriza inmediatamente.

Paul condujo a su amigo al último piso. La casa era grande, como había advertido Alex en su primera visita. Y olía a nuevo. En la Ku'damm habían construido en los últimos veinte años muchas casas lujosas como aquella. Tenía paredes recubiertas de madera, ricas alfombras y muebles estupendos. Y aunque en casa de Alex, en el lejano Königsberg, había también buenos muebles y el mismo número de criados, si no más, la casa de Winter era tan impecable que temía manchar con las botas las alfombras perfectamente cepilladas o dejar huellas en los brillantes pasamanos. Pero Alex era lo bastante esnob para saber que aquellas grandes casas de las cercanías de la Ku'damm eran mansiones de los nuevos ricos. Los industriales famosos tenían villas en Grunewald y la aristocracia vivía en palacios en Tiergarten.

Paul encontró a la nodriza en su habitación haciendo la maleta.

—Me vuelvo a Escocia, joven Paul —le dijo, mirándole como si esperase una reacción por su parte, pero Pauli, sin saber qué decir, se la quedó mirando inexpresivo—. Sé bueno con tu madre, Pauli —añadió; tenía los ojos enrojecidos. Se inclinó y le dio un beso en la frente; luego tomó la taza de té que siempre tomaba a las cuatro y echó leche condensada. A Pauli, a partir de aquel momento, el olor de leche condensada le recordaría siempre aquella mujer—. Resulta extraño después de casi dieciséis años con vosotros —prosiguió dando un sorbo al té—, pero tu padre cree que es lo mejor, y él sabe lo que se dice.

Tenía la voz quebrada y estaba a punto de llorar, pero Pauli no lo advirtió. La contempló mientras ella doblaba los delantales y los guardaba ordenadamente en la gran maleta desgastada. Nunca había visto aquella maleta por dentro; por fuera estaba manchada, arañada y cubierta de etiquetas de hoteles rotas, pero por dentro el cuero estaba nuevo. Los muchachos permanecieron callados viéndola hacer el equipaje, hasta que Paul lanzó una mirada a Alex haciendo una mueca, y luego, sin ocurrírsele algo más apropiado, dijo:

—Adiós, nana. —Y tras un simple beso negligente en la mejilla, se fue con Alex al cuarto de «juegos», que habían llamado cuarto de los niños cuando la nodriza había llegado tiempo atrás a la casa, antes de que él naciera.

Mientras los dos adolescentes montaban el tren de juguete, Winter, abajo en su despacho, tomaba un coñac con su invitado Erwin «Fuchs» Fischer.

Había sido un largo almuerzo, como solían serlo cuando Winter quería hablar de negocios, porque él no era hombre precipitado.

—¿Y cómo le sentó al conde la pérdida de los dos dirigibles de la marina el año pasado? —inquirió Fischer, refiriéndose a la reacción de Von Zeppelin ante los accidentes, para saber qué actitud había adoptado el propio Winter.

Winter sonrió. Era un hombre apuesto; su pelo, que ahora llevaba peinado con raya a la izquierda y más largo, ya griseaba en las sienes. Pero era guapo —indudablemente—, a pesar de que tenía cierto aspecto demoníaco con el afilado mentón y los ojos vivos y oscuros. Y siempre se mostraba optimista. Era como si nada pudiese deprimirle.

—Los zepelines han volado miles y miles de kilómetros desde mil novecientos. Los marineros del L1 han sido las primeras víctimas de un dirigible Zeppelin; y fue por una ráfaga de viento. No hubo ningún fallo estructural.

—Siempre se te dio bien el vender, Harry —dijo Fischer sonriendo. Había heredado el enorme complejo metalúrgico que su padre había construido en más de treinta años de empresario, y Harry Winter trataba de convencerle de que una buena inversión de capital en el ramo del aluminio resultaría mutuamente beneficiosa, pero a él no le parecía tan segura. Fischer no sabía mucho de aquel sector de las aleaciones ligeras y temía llevar a la ruina la obra de su padre. Las nuevas responsabilidades le habían envejecido prematuramente; había perdido mucho pelo, mostraba el cráneo rosado y tenía los ojos turbios y hundidos.

—Hubo un radiomensaje de aviso de un crucero ligero, el *Köln* —dijo Harry—, pero... después no se sabe qué pasó.

—Sí, que el L1 se estrelló en el mar y perecieron catorce marineros —replicó Fischer rascándose la nariz. No quería hacer negocios con Harald Winter. Apreciaba su amistad, pero no confiaba en su juicio. Winter era demasiado impulsivo.

—Las aeronaves son seguras, Foxy, pero contra la meteorología adversa nada se puede.

Fischer tomó un sorbo de coñac. La comida y la bebida eran siempre excelentes en casa de Winter, eso había que admitirlo. Y vivía a lo grande, se dijo mirando el magnífico escritorio taraceado, la edición encuadernada en piel de las obras de Goethe, Schiller y Shakespeare que solía leer y las exquisitas alfombras orientales que pisaba como si tal cosa. No es que diera grandes fiestas ni tuviese un palco en la Ópera, pero a su manera discreta vivía muy bien.

—Y cinco semanas después la marina perdió el L2. Una pavesa que cayó del cielo. ¿Cómo explica eso el conde, Harry?

—Es que le dieron «altura de presión» demasiado rápido y los depósitos tuvieron una fuga de hidrógeno.

—No, si ya lo he leído. Pero ¡demonios, Harry!, ¿por qué se inflamó el hidrógeno?

—La marina había montado grandes parabrisas en las barquillas para contrarrestar la corriente de aire, y el gas que se salió se dispersó por debajo de la envoltura combinándose con cierta cantidad de aire que bastó para formar una mezcla explosiva. A partir de la quilla, los malditos parabrisas lo hicieron discurrir hacia la góndola y los elementos al rojo vivo de los motores.

—En la marina dicen que Von Zeppelin aprobó esas modificaciones —añadió Fischer sin soltar prenda, pasándose nervioso la mano por los labios. Si Harald Winter insistía en que invirtiera en una empresa de aluminio, él le daría alguna suma a modo de anticipo por la amistad que los unía, pero en ningún caso superior a lo que su compañía pudiese cancelar sin problemas. E incluso en ese caso estaba decidido a regatear lo suyo.

—No —replicó Winter—, él simplemente los felicitó por lo bien que quedaban en la aeronave.

—Y esos enfrentamientos con el Grossadmiral Von Tirpitz en los funerales no dicen mucho en su favor.

—El conde Zeppelin es un anciano —dijo Winter.

—Todos nos hacemos viejos, Harry. Incluso tú. ¿Cuántos has cumplido ya?. ¿Cuarenta y cuatro?

—Sí —contestó Harry.

—Y yo tengo sesenta y dos. Harry, nos conocemos hace mucho. Yo debería jubilarme en lugar de estar aprendiendo a dirigir mi maldita compañía.

Animado por las palabras de Foxy, Winter añadió:

—Es una buena cosa, Foxy; esa inversión conmigo es buena cosa.

—¿Aluminio? El instinto me dice que hay que diversificarse en metalurgia.

—Exactamente lo que te ofrezco. Los cinco millones de marcos que inviertas serán para una empresa de motores aéreos y una planta de montaje de fuselajes.

—Me dijiste que era para aluminio.

—No, no, no. Eso es simplemente el aval. El dinero extra es para la manufactura de aeroplanos.

—¿No tienes bastantes quebraderos de cabeza con la aviación, Harry? Con dos dirigibles de la marina estrellados, ¿quién te va a comprar aluminio ahora?

—La marina tiene que cumplir el programa de aeronaves. Han construido hangares por toda la costa norte y siguen edificándolos. Los fondos están asignados y el personal entrenándose. No pueden pararlo. Seguirán construyendo cada vez más. Y el ejército también.

—Imagino que no te equivocas. ¿Y ahora también va a haber aeroplanos?

—Los aeroplanos son importantes para proteger a las aeronaves y para atacar a las aeronaves enemigas.

—Entonces, la guerra es segura, ¿verdad, Harry? ¿No es sencillamente cosa de los periódicos? —Hasta cierto punto lo decía como provocación, pero también lo preguntaba. Harry Winter se codeaba con militares y tendría impresiones de primera mano—. ¿La guerra entra en las perspectivas de la empresa?

—Vendes a la marina un crucero de combate y les dura veinticinco años; vendes al ejército piezas de artillería y aguantan diez o quince años —dijo dando un sorbo a su copa—. Pero los aviones son frágiles.

—¿Y en la guerra se gastan de un modo que no se gastan los acorazados?

—Con guerra o sin ella, los dirigibles y los aeroplanos se dañan fácilmente. Hay que formar a la gente para volar y muchos se estrellan. Eso lo sabe todo el mundo, hasta los que los pilotan. Los militares necesitarán un abastecimiento constante de aparatos.

—Eres un maldito pragmático, Harry.

—Yo no adopto las decisiones, Foxy. Me limito a reaccionar ante los acontecimientos.

—No te doy el sí definitivo, Harry. Quiero que mi hijo Richard dé su conformidad. Pero participaremos.

Harald Winter se relajó. Tenía lo que quería. Sabía que Foxy intentaría rebajar los cinco millones a uno o menos, pero tenía varios inversores que aportarían su dinero en cuanto supiesen que Fischer participaba en el negocio.

—¿Richard ya es directivo? —inquirió.

—Yo no pienso tener a mi hijo apartado del negocio como hizo mi padre hasta el día de su muerte. Tiene treinta y tres años y es socio con derecho a decisión en asuntos importantes. ¿Y tus dos hijos?

—El pequeño parece bastante contento en Lichterfelde; es un muchacho sensacional. Siempre está riendo. Le irá bien en el ejército; él no tiene cabeza para los negocios.

—¿Y Peter?

—El año que viene va a la universidad y luego trabajará conmigo. Voy a conseguir que le eximan del servicio militar y lo inscriban en la reserva. Sobra gente para el ejército; la población ha aumentado a pasos agigantados. Y ahora mis fábricas son vitales para el ejército y la marina. Si Peter trabaja con dedicación le haré socio.

—Tiene suerte. ¿Es eso lo que le gusta?

—Bueno, ya sabes cómo son los jóvenes, Foxy. Le ha entrado la locura de ser músico porque no sabe lo que es la vida de un músico.

—¿Tiene dotes?

—Eso me dicen, pero el talento no asegura el porvenir. Al contrario, cuanto más talento tiene un hombre, más difícil es que gane dinero.

—¿Seguro?

—Mira, en mi fábrica, los ingenieros que diseñan los motores y las estructuras tienen talento, y sin embargo lo único que ganarán en su vida es un salario. La mayoría podrían ganar mucho más en el departamento de ventas, pero les interesa demasiado su trabajo para cambiar. Para ellos el talento es una traba. Mira todos esos artistas sin un céntimo desesperados por vender sus obras, y los músicos que mendigan por la calle...

—¿Y le has prohibido a Peter estudiar música? —inquirió Fischer provocativo.

Winter sabía que Fischer le estaba tendiendo una trampa con sus habituales maneras amables, pero respondió alzando la voz.

—Si quiere estudiar música, es asunto suyo. Pero que no espere divertirse tocando mientras otros trabajan para darle dinero a él.

—¿Y le dejarías sin un céntimo? —insistió Fischer con una sonrisita—. Eso es muy duro para el chico, Harry.

—Si quiere heredar el negocio, tiene que trabajar. Yo no tengo la paciencia de personas como la señora Wisliceny, que infunden al chico esas absurdas ideas.

—¿Frau Wisliceny, la esposa del profesor Wisliceny? Pues su «salón» es el más famoso de Berlín. En él toman el té los mejores músicos del mundo.

—Sí, frau professor doctor Wisliceny, debería haber dicho... Músicos y toda clase de morralla: psicólogos, pintores, novelistas, poetas y hasta socialistas.



Fischer optó por no revelar que él tomaba el té allí periódicamente y pasaba muy buenos ratos hablando con la «morralla».

—Bueno, pero si frau Wisliceny cree que Peter tiene talento... ¿Qué instrumento toca?

—El piano. Como yo no quiero tener uno en casa, va allí a ensayar. Y me temo que mi esposa le anima. Al principio pensaron que me obligarían a comprárselo, pero no cedo. El profesor Wisliceny debe de ser un tipo difícil de aguantar. ¿Cómo hizo dinero?

—Ah —dijo Fischer sonriendo—, en algo que desmonta tu teoría. El profesor es un excelente químico... tintes sintéticos.

—¿Ha ganado dinero con eso?

—Esos tintes de anilina son un ahorro milagroso en tiempo, problemas y costes para obtener el tinte de plantas, minerales o animales. Gana mucho dinero con su especialidad. Deberías tenerlo en cuenta a la hora de meter a Peter en vereda, Harry.

—No tengo nada que decir de los científicos, pero no quiero ningún músico en la familia.

—¿Demasiado bohemio?

—No me gustan los Wisliceny. La gente así no debería animar a los perturbadores.

—Harry, son buena gente —quería apaciguar a Winter—. Y sus tres hijas son las más bonitas de Berlín. Lisl, la pequeña, haría buena pareja con tu hijo Pauli. —No podía evitar tomar el pelo a Winter—. Es una muchachita muy dotada: toca el piano en el *conservatoire*.

—¿Un poco más de coñac? —inquirió Harry Winter.

No hubo respuesta, pues en aquel momento oyeron gritar a una criada. Dio dos gritos y luego bajó a todo correr, a punto de caerse por la escalera principal, vedada a la servidumbre.

—¡La señora! ¡Está muerta!

Harry Winter dio unas zancadas hasta la puerta y salió apresuradamente del despacho para agarrar a la histérica doncella.

—¡Cálmate! —le gritó tan enfurecido que la muchacha enmudeció—. Siéntate y cálmate.

—Está muerta —dijo la muchacha, ya más tranquila pero asustada y sin dejar de temblar.

Winter subió los escalones de dos en dos. Ya no estaba tan ágil como antes y, por el ejercicio, llegó al cuarto de su mujer sin aliento.

Veronica, vestida con un traje largo verde para tomar el té y con el pelo rubio desordenado, estaba de bruces en la cama. Winter le dio la vuelta y le levantó con cuidado un párpado.

—¡Dios mío! —exclamó Fischer, que le había seguido—. Huele a hospital. ¿Qué ha pasado?

—Está bien —dijo Winter mirando a su amigo y dudando si contestarle—. Cloroformo. Lo toma para dormir.

—¿Llamo a un médico?

—No; sé lo que hay que hacer —dijo Winter acercándose a la puerta—. Que venga la doncella de la señora para acostarla. Y di a Hauser que frau Winter no se encuentra bien. Que se encargue de los niños y la servidumbre para que no la molesten.

Fischer echó un vistazo a la habitación. El lugar sagrado de Veronica: paredes con papel floreado y lazos y cama con dosel. El dormitorio de Harry —de decoración más severa a base de caoba y latón— era la pieza contigua.

—¿Le ha sucedido otras veces? —inquirió Fischer al cerrar Winter la puerta y volverse hacia él.

—Sí —contestó Winter acercándose a la cama y mirando su mujer. ¿Por qué le hacía eso a él? Era tan egoísta, que todos los actos de Veronica los veía como inconvenientes.

Fischer le miró con simpatía. Por eso a Veronica no se la veía mucho últimamente en sociedad. El cloroformo no se tomaba para combatir el insomnio; era una droga a la que se entregaban alocadamente los jóvenes para excitarse o gente incapaz de enfrentarse a la cruda realidad de su existencia. Claro, Veronica era americana, y sufriría la angustia de todo aquello de la guerra.

—¿Desde cuándo lo toma, Harry?

Era absurdo mentir.

—El verano de mil novecientos diez lo pasamos en Travemünde; nos acompañó su hermano Glenn. Fue por entonces —dijo recogiendo el frasco y la gasa y oliéndolo con una mueca de repulsa—. ¡Que me aspen si sé dónde demonios se lo procura!

—No es difícil de conseguir si realmente no puedes prescindir de ello —dijo Fischer, que sabía de esas cosas—. Lo tienen todos los farmacéuticos y en los hospitales lo usan a cubos. —Miró a Harry, que se había sentado en la cama abrazando a su inconsciente esposa—. ¿Van bien las cosas entre vosotros? —Fischer era uno de los pocos que podían mostrarse tan cándidos con Harry.

—Yo la quiero. La quiero mucho —respondió Winter tocando con la punta de los dedos los objetos de la mesilla de su mujer: una biblia, un diccionario alemán-inglés y unas cartas abiertas. Winter se guardó las cartas en el bolsillo. Quería saber quién escribía a su esposa. Como casi todos los tenorios, era un celoso empedernido.

—Harry, perdona, pero no te he preguntado eso.

—No hay ningún otro. De eso estoy seguro.

—¿Y entonces, qué? —Fischer se encontraba embarazosamente en el centro de aquella tragedia matrimonial, pero le ligaba una antigua amistad a los Winter.

—Tendré que enviar a por la Wisliceny. Se ha hecho íntima amiga de Veronica y fue ella quien la cuidó la otra vez —dijo mirando a Fischer—. No es un caso de vida o muerte, Foxy. Se le pasará.

—Quizá, pero es una cosa grave. Harry, tienes que hablar con tu mujer y averiguar qué es lo que la angustia. Tal vez debiera ver a un psicólogo de éstos.

—¡Ni hablar! —replicó Winter—. No consentiré que un medicucho brujo haga preguntas sobre cosas que ni le van ni le vienen. Tiene que sobreponerse. —Winter detestaba la idea de aquellos facultativos. La mayoría eran judíos austríacos. A su mujer no iban a sacarle asuntos familiares. O secretos de negocios.

—Harry, no es ninguna broma. Veronica está enferma.

Winter seguía sintiéndose herido por el comportamiento de su mujer. ¿Cómo era capaz de hacer aquella escena teniendo a Fischer de invitado? Tenía criados, dinero, hijos y un marido. ¿Qué más podía querer?

Amor, pensaba Fischer, pero no lo dijo. ¿Seguiría Harry haciendo frecuentes viajes a Viena para verse con su querida austríaca? ¿Y hasta qué punto trastornaba eso a Veronica? Por lo que él sabía de las mujeres americanas, nunca se avenían realmente a una situación así. Pero tampoco comentó nada de eso y se limitó a asentir prudentemente.

Winter miró su reloj de bolsillo.

—¡Qué tarde! Vaya momento que elige para estas gracias... Pauli ha traído a casa a un compañero de la escuela militar y mi hijo mayor Peter no tardará.

Pero por mucho que Winter tratase de poner cara de palo, a Fischer le resultaba evidente que la sobredosis de Veronica le había afectado. Hasta se le había olvidado el proyecto de inversión y la aportación que él iba a hacer; y pensó que era duro de corazón, pero no lo dijo.

A aquella hora, Peter estaba en casa de frau Wisliceny, en Kant Strasse. Había dedicado dos felices horas a ensayar al piano bajo la dirección crítica pero entusiasta de la señora de la casa. En aquel momento estaba tomando café en la sala con la mayor de las hermanas, Inge. Era una muchacha alta, de boca amplia y sonrisa fácil, y de negro cabello que le caía en rizos enmarcando su rostro oval.

—Tienes que decírselo, Peter. Tus padres se enfadarán aún más si tardas.

—Mi padre está decidido a que vaya este año a la universidad.

—¿Para estudiar qué?

—Derecho y matemáticas.

—¿Y tú crees que se sentirá orgulloso de que te hayas alistado en la marina?

—Estropearé sus planes, que es lo único que le preocupa. Me imagino que ya debe de tener pensada la fecha exacta en que me va a nombrar socio. Tiene prevista toda mi vida. Tú no sabes cómo me siento atrapado. Tu madre sí que lo comprende.

—Pero alistarse en la marina es un modo muy drástico de escapar de él.

—Va a haber guerra —dijo Peter.

—A lo mejor no. Mi padre dice que el estado mayor fomenta ese clima cuando quieren más presupuesto.

—Ahora ya es tarde —dijo Peter con una sonrisa.

La cautivaba con su pelo ondulado y sus sonrisas; ¡era tan guapo!, y con el uniforme de marino estaría estupendo. Ella era muy joven —tres meses y medio menos que Peter— pero ya se había propuesto conquistarle. Él no lo sabía, por supuesto; ella sólo dejaba ver una buena amistad. Pero cuando no lo tenía a su lado le añoraba, y cuando sabía que iba a venir, se pasaba horas ante el espejo acicalándose para él. Lisl, su hermana pequeña, era la única que sospechaba su secreto y a veces le tomaba el pelo diciendo cosas de «su» pianista tan serio y la hacía ruborizarse.

—¿Y te han aceptado?

—Sí. Voy a hacer el cursillo de oficial y luego me enviarán a la división aérea de la marina imperial.

—Un destino con riesgo —comentó Inge, no sin un tono de orgullo. Era una criatura felina. Movía la cabeza para que brillase su lindo pelo, y cuando le miraba, aquellos maravillosos ojos verde oscuro no veían a nadie más.

—Es lo que a mí me gusta. No quiero ir en barco. Una vez casi me ahogo y desde entonces no me gusta el agua.

Inge sonrió. No se acostumbraría nunca a esa forma que tenía de confiarle sus secretos. ¿Qué otro chico de dieciocho años habría admitido que le daba miedo el mar?

—Yo no diría nada en la marina, Peter —dijo—. Creo que no se fiarían de nombrar teniente a uno que no le gusta el agua.

Peter se echó a reír.

Frau professor Wisliceny, una mujer alta e impresionante, entró majestuosamente en la sala.

—Tu mamá se encuentra mal —dijo sin rodeos, acercándose al espejo antes de volverse hacia Peter—. Mejor que Vengas conmigo, Peter.

**1916**

## **«Pero ¿cómo son tan estúpidos de seguir viniendo por ahí?»**

El anciano americano y su hijo estaban sentados en la biblioteca del Travellers Club de Londres bebiendo whisky. Se hallaban solos en la sala. A aquella hora de la noche el club estaba siempre tranquilo, pues los que habían cenado tomaban café abajo y los pocos socios que iban al teatro y pasaban a tomarse la última copa aún no habían llegado. El peligro de bombardeo de los zepelines hacía que casi todos se retirasen temprano a casa. Londres —pese a la presencia de incontables oficiales jóvenes alborotadores y desocupados— no era la ciudad de antes de la guerra.

—A mí me parece peligrosísimo —dijo Cyrus G. Rensselaer. Había cumplido sesenta y cinco años, pero parecía más joven; tenía menos pelo y las sienes encanecidas, pero conservaba la chispa de sus ojos azul claro y una cintura esbelta. Y se sentía en forma como siempre. Sólo se sentía viejo mirando a su hijo de treinta y seis años.

—A veces es peligroso —dijo Glenn Rensselaer con aspecto cansado—. Casi todos son muchachos que acaban de dejar sus estudios. —Llevaba un año trabajando de instructor civil de vuelo en el Royal Flying Corps y últimamente había estado entrenando a pilotos para vuelos nocturnos. Era una especialidad nueva, con un índice de bajas alarmante—. Pero los zepelines vienen por la noche, y es cuando tienen que volar los ingleses.

—¿Y no tienen cañones antiaéreos?

—Pocos, y, por lo visto, los «hunos» conocen el emplazamiento. Pero los zepelines son lentos y los aeroplanos les dan caza. Son enormes y a veces se los avista mejor desde el aire —dijo mirando a su padre y advirtiendo que bajo aquella viveza el anciano estaba cansado—. ¿Cuándo has llegado de Suiza, papá?

—Ayer por la tarde. El tren de París iba lleno de oficiales ingleses, casi todos heridos. Pobres diablos. Muchos de ellos no volverán al combate. Me acosté nada más llegar y he dormido veinticuatro horas.

—¿Estás en un hotel?

—En el Savoy. No valía la pena abrir la casa para unos días. Si te digo la verdad, estoy pensando en venderla. Si la guerra no hubiera provocado tal depreciación en los inmuebles, me habría deshecho de ella el año pasado, cuando dijiste que no la querías para vivir en ella.

—La guerra terminará pronto, papá, y necesitas tener un sitio en Londres. —No estaba seguro de si su padre aún se sentiría joven para afrontar las molestias de la travesía transatlántica cuando los belicosos europeos hubiesen cesado las hostilidades, pero se creía en la obligación de animarle en sus planes y esperanzas. Su esposa Mary había muerto inesperadamente el año anterior y no deseaba que él sucumbiera a la decrepitud, como suele decirse.

Pero Glenn no tenía por qué preocuparse.

—Bueno, en realidad quería hablar contigo de asuntos familiares, hijo.

—¿Ah, sí, papá? ¿De qué se trata?

—¿Pensarías que estoy loco si te digo que me voy a atar otra vez?

—¿Atar? —De entrada no lo entendió. «Atar» no era la palabra que su padre emplease, y que lo hiciera ahora era señal de su turbación—. ¿Casarte, quieres decir?

—Sí. Volver a casarme. ¿Demasiado pronto? Sabes que quería a tu madre.

—Lo que más te convenga, papá. Lo sabes mejor que nadie.

—¿Te acuerdas de Bob Turner? Pues la viuda de Bob Turner.

—¿Turner Loans, Savings and Realty?

—Tiene tres hijos. Una mujer estupenda. La conocí en una cena estas navidades y nos llevamos muy bien. ¿Te parece una tontería, Glenn?

—No, papá, qué va.

—A veces me encuentro solo. Echo de menos a tu madre. Para mí lo era todo... Es por la compañía.

—Claro, papá, claro.

—No podrá reemplazar a tu madre. Eso, ninguna...

—Me parece estupendo, papá —añadió Glenn, procurando hacerse a la perspectiva de tener una madrastra.

—Ya es mayor para tener descendencia. Es por la compañía. Tiene todo el dinero que quiere y sus hijos no adoptarán el apellido Rensselaer. A ti y a Veronica no os afectará lo más mínimo.

—Claro, claro, papá —dijo mirando sonriente a su padre. El anciano se inclinó y tocó el brazo de su hijo. Estaba contento de habérselo confesado.

—Y si quieres la casa de Londres, te la cedo.



—Yo vivo en el aeródromo. Está bastante bien. El Royal Flying Corps incluso me ha asignado un sirviente; «ordenanzas», los llaman. Y me gusta estar con gente joven. Están llenos de vida y no hablan más que de volar. Pero cuéntame cosas de Suiza.

—Quería tomar un tren para Berlín y ver a Veronica —dijo el anciano—, pero el embajador se opuso terminantemente.

—Debes ser prudente, papá. No faltarían quienes interpretasen mal un viaje para ver a un socio alemán.

—¿Qué quieres decir, Glenn?

—Harald Winter es socio tuyo y fabrica aeroplanos y dirigibles para los alemanes. Los ingleses se ven metidos en una guerra sin cuartel y tu viaje de visita a Winter podría ser tomado como una traición a tus amigos de Inglaterra.

—Ojalá no le hubiera prestado el dinero.

—¿Te ha resultado una buena inversión?

—Le va bien —respondió su padre con voz hosca y vacilante—. Entró en el sector de la aviación al principio y ha sido muy listo. Sólo fabrica bajo licencia de otros fabricantes, y así se ahorra toda la problemática del diseño de nuevos aparatos y de la presentación de las nuevas ideas a los militares.

—¿Y no ha tenido dificultades para verse contigo en Suiza? En Inglaterra dicen que Alemania está prácticamente bajo la ley marcial.

—La empresa Zeppelin está a la orilla del Bodensee, en Friedrichshafen. Una breve travesía en transbordador hasta Romanshorn. Winter es un elemento importante en la economía bélica; ahora es un pez gordo.

—Me imagino los aires que se dará.

—Nunca te ha gustado, ¿verdad? —dijo el anciano—. También yo he estado siempre en contra suya, pero esta vez... —añadió encogiéndose de hombros—. Está muy envejecido; si me lo hubiese cruzado en la calle no le habría reconocido. Y le preocupa mucho Veronica. No sabía que la quisiese tanto.

—¿Sigue teniendo otras mujeres?

—¿Y cómo quieres que lo sepa?

—Ojalá ella hubiese vuelto a Estados Unidos.

—Todos lo deseábamos, Glenn, pero es su vida. No podemos vivirla por ella. Y ahora que está enferma, tengo que decir que Harald ha hecho lo indecible por ella. La han visitado especialistas de Berlín y de Viena y tiene una enfermera día y noche.

—Nunca he acabado de entender qué es lo que le pasa.

—Por lo visto nadie lo sabe. La guerra le causó una conmoción y ahora que Peter sirve en la división aérea es lógico que sufra por él. Pero es más complicado que todo, eso. Harald dice que es como si hubiese perdido la voluntad de vivir. A ciertas mujeres les pasa, desde luego. Cuando los hijos se hacen mayores se ven en edad infértil y se sienten inútiles.

—Sobre todo si el marido pasa todo el tiempo libre con sus queridas.

—Glenn, eso no lo sabemos.

—Los hombres como él no cambian.

—Todos cambiamos, Glenn. Algunos más que otros, pero todos cambiamos. Las mujeres necesitan saberse necesarias, pero quizá los hombres también lo necesiten. Tal vez por eso tenemos ese impulso que nos hace trabajar aun teniendo dinero para vivir a lo grande.

—Pobre Veronica.

—Es una tontería que se preocupe por Peter. El chico tiene sus ideas. Aún recuerdo cómo se metió conmigo porque solté unas cuantas verdades sobre el kaiser Guillermito. Y eso que era un niño, pero me insultó. Yo me puse furioso; aunque, pensándolo bien, es de admirar el pequeño diablo. Hace falta valor para enfrentarse con tu abuelo en tales circunstancias. Es un chico valiente. A mí no me sorprende que se le haya ocurrido alistarse en los dirigibles de la marina.

—Correrá menos riesgos que en un regimiento de infantería en el frente oeste. ¿Has visto las bajas que sufrieron los ingleses en el Somme en julio? Las páginas de los periódicos estaban llenas de columnas y columnas de nombres. Ninguno de los bandos podrá aguantar esto. Hace dos años, precisamente en las calles de Londres, vi a la multitud vitoreando ante la perspectiva de una guerra con los alemanes, pero ahora se oyen pocos vítores. Hasta los pilotos que yo entreno hacen siniestros chistes hablando de lo que van a durar.

—Winter me dio unas fotos de sus hijos. Habría debido traerlas. Peter se ve muy mayor; con su uniforme de oficial de marina está hecho un guapo mozo. Es alto y moreno; los mismos ojos de Veronica. Peter es el formalista, serio y estudioso. Es un alemán de pies a cabeza, pero de esa estupenda clase de alemanes que conocía yo antes de la guerra: firme, honrado y de toda confianza. Harry está muy orgulloso de sus hijos.

—Vi a Peter en Berlín el verano en que estalló la guerra. Me llevó Veronica de visita a casa de una amiga suya, frau Wisliceny. ¿Conoces a los Wisliceny?

—Vi al profesor una vez aquí, en Londres.

—La señora Wisliceny indujo a Peter a estudiar música; él tocó el piano durante nuestra visita y a mí me pareció que lo hacía bastante bien, aunque no entiendo de música clásica. Creo que a Peter le interesaban más las tres hijas. No cabe duda de que la pequeña, Lisl creo que se llama, estaba loca por él. Sí, es un buen muchacho.

—Música y matemáticas. Harry dice que es lo único que le interesa a Peter.

—Los padres no siempre saben lo que interesa a los hijos —dijo Glenn.

—A mí me encantaría que te interesase alguna hija encantadora —replicó el padre.

—Me interesan toda clase de hijas, papá. Pero no quiero casarme con ninguna, de momento.

—Glenn, los dos hijos de Harry Winter son los únicos nietos que tengo. Me has dicho que quizá no debiera tratarle tanto debido a la guerra, y tal vez tengas razón. Pero me estoy haciendo viejo y no hay indicios de que tú me vayas a dar herederos. Esos dos muchachos son los únicos.

—No me había dado cuenta de que eso fuese tan importante para ti, papá.

—Antes no me importaba, pero llegas a los sesenta y cinco y miras el trabajo que has hecho y el dinero que has acumulado y comienzas a preguntarte para qué.

—Yo no entiendo mucho de negocios...

—Hijo, no lo decía como un reproche. Has vivido tu vida y la respeto. Casi nunca me has pedido nada... Si quieres que te diga la verdad, ojalá me hubieses pedido más, y con más frecuencia. A uno le gusta que su hijo le necesite de vez en cuando...

—Es que siempre...

—Deja que me explique. Sólo pretendía decirte por qué no he ido a Alemania a vender mis acciones de las fábricas de Winter y mandarle al diablo.

—No te lo critico.

—Ya sé que no, pero en los últimos meses me has dado a entender que tú le habrías tratado de otra manera. Y quiero que comprendas por qué sigo llevándome bien con ese malnacido.

—Te entiendo, papá. —Glenn se preguntaba si el matrimonio con Dot Turner no sería un pretexto de su padre para tener los hijos de la viuda. Ese repentino interés por los niños guardaba relación con la vejez.

Cyrus permaneció unos instantes en silencio. Cuando volvió a tomar la palabra, lo hizo con voz más tranquila.

—Pauli, el pequeño, es un Rensselaer donde los haya, con ese mentón robusto y esa cabeza ancha y plana. Nunca se le han dado bien los estudios, aprueba por los pelos, me dice Harald, pero es todo un personaje. Un auténtico yanqui; siempre dije que era un yanqui en ciernes. Y es simpaticuísimo. Siempre sonriente... no se toma nada en serio: ni al kaiser, ni la escuela militar, ni la guerra, ni a Harry. Naturalmente, adora a Veronica, y ella idolatra a su pequeño. Ahora es su último año de escuela militar y pronto le enviarán al frente. Harry está preocupado por los dos y le dolió mucho que Peter ingresara en la división aérea, pero Pauli siempre ha sido el mimado de la familia. Tendrías que oír a Harry contar cosas de Pauli. Le adora. Le resulta odiosa la idea de que mande una patrulla de infantería en un asalto a la bayoneta. Y, como decías, nadie ignora la cantidad de bajas que se dan entre los jóvenes tenientes de infantería. Esa preocupación, más las que le causa Veronica, está acabando con Harry.

En aquel momento entró un criado en la biblioteca. Tras ajustar tranquilamente el cierre de las cortinas, se dirigió al anciano.

—Señor Rensselaer, el secretario le presenta sus respetos y desea informarle que hay alerta de bombardeo.

—Gracias —dijo Rensselaer sin inmutarse, echando un trago de whisky antes de dirigirse a su hijo—. ¿Qué significa eso exactamente, Glenn? Tú eres un experto en bombardeos de zepelines, ¿no?

—Los zepelines despegan de las bases alemanas después del almuerzo. Uno, dos, hasta una docena de dirigibles vuelan sobre el mar del Norte y luego quedan flotando en el horizonte, donde los ingleses no pueden verlos ni alcanzarlos los aeroplanos. Y allí esperan horas y horas hasta el atardecer. Cuando oscurece se ponen en marcha y bombardean los objetivos previstos.

—Algo horripilante.

—Puede. Avanzar rápido y esperar: ése es el modo de hacer las cosas de los militares. Pero la marina inglesa ha aprendido a sacar ventaja de ese ritual y cuenta con puestos de escucha en la costa este con los que captan los radiomensajes que se intercambian los zepelines durante la espera. A veces incluso llegan a descubrir sus objetivos.

—Y esta noche el objetivo es Londres.

—Actualmente, Londres es siempre un objetivo, y, casi siempre, el principal.

—¿Y ahora qué hacemos?

—Seguramente habrá un refugio en los sótanos; en algunos clubs hay incluso dormitorios. Pero yo suelo subir al tejado a ver los fuegos artificiales.

—Entonces, ¿a qué esperamos?

—Ahora ya comienza a hacer frío por las noches, papá. Creo que nos vendrá bien el gabán y quizá una botella de whisky.

Estar sentado en el parapeto de las chimeneas, aquella noche de 1916, con su hijo al lado y una botella de whisky a mano, fue algo que Cyrus Rensselaer no olvidaría en el resto de sus días. La extraña vida de viajes y duro trabajo que había llevado el anciano le había impedido ver crecer a su hijo del modo en que lo hacen algunos padres más afortunados, cuidando de él y ayudándole a dar los primeros pasos de adulto. Pero hasta cierto punto, aquella noche compensó la pasada falta de relación entre ellos. Aquella noche los dos se condujeron no como padre e hijo, sino como dos amigos de ideas y criterios idénticos que disfrutaban en mutua compañía.

También Glenn recordaría aquella noche durante toda su vida, no por los acontecimientos de los cuales fueron testigos, sino por ser el cénit de la relación con su padre.

—Mis muchachos estarán en ascuas —dijo Glenn.

—¿Están volando?

—Aún no. Estarán en los búnqueres a la espera del avistamiento.

—¿Y...?

—Entonces tienen que despegar en la oscuridad y subir como demonios. Actualmente los zepelines vuelan muy alto y los pilotos de aeroplano tienen que ser muy diestros para situarse entre ellos antes de que bombardeen y se escapen. Pero lo hacen. Los persiguen hasta que se les agotan los depósitos de combustible y luego viene lo más temido por todos: aterrizar a oscuras. Un horror. Hemos perdido a tantos muchachos estupendos en accidentes, que a veces me pregunto si vale la pena.

—¿Qué quieres decir? —dijo el anciano, sin poder contener un estremecimiento. Si aterrizar a oscuras era lo más peligroso de la misión, ¿qué posibilidades había de que Glenn saliera indemne de su tarea de enseñar a aquellos muchachos semejante maniobra?

—Que tal vez valdría más dejarlos llegar y que bombardeen. Ahora que los londinenses han aprendido a dejar sin luz la ciudad, el centro de Londres es más difícil de localizar en las noches oscuras, y son las únicas noches en que llegan los zepelines. E incluso en los bombardeos, rara vez aciertan a un objetivo militar importante o matan más de media docena de personas.

—Glenn, qué falta de sensibilidad...

—Los ingleses perdieron en una sola mañana cincuenta mil soldados de infantería hace unas semanas en el Somme.

—Quizá tengas razón —dijo el anciano con un suspiro—. Pero me exaspera pensar que esos alemanes pudiesen sobrevolar impunemente la ciudad.

—Es la política, papá. Los políticos no osarían dejar a Londres indefenso aunque fuese lo adecuado. Los votantes no se lo perdonarían. Ni mis muchachos tampoco... —concluyó echando un trago—. Sobre todo ahora que tenemos pingües recompensas civiles por cada dirigible que derribemos.

—Lo he leído.

—Tres mil quinientas libras esterlinas al piloto que abata un zepelín; así que en cualquier momento uno de ellos puede hacerse con una buena bolsa que le arregle la vida.

—¿Sigues volando con tu amigo Piper, el inglés que conociste en el barco?

—El que se enamoró de Veronica.

—Veronica... ¿Mi Veronica?

—Recordarás que aquel verano fui a casa de la madre de Winter cuando ellos estaban allí de vacaciones. Mucho antes de la guerra... en mil novecientos diez, creo. Empezaba mi viaje por Alemania y lo hice con «Boy» Piper, a quien acababa de conocer; y pasamos una semana con los Winter.

—Bueno, olvídate del maldito filibustero —dijo el padre—. ¿Qué pasó?

—Diablo, papá, no *pasó* nada. Pero Boy quería casarse con Veronica. Estaba loco por ella. Y lo sigue estando. No se ha casado, y en cierta ocasión en que dejó en mi taquilla su cartera y sus cosas, porque a los pilotos del Royal Air Corps les está prohibido volar con objetos personales, se le cayó una foto de Veronica. Él adujo, torpemente, en broma, que era una foto de su hermana, pero yo reconocí perfectamente a Veronica. A partir de entonces siempre la lleva consigo, como un amuleto.

—¡Jesús! ¿Y cómo reaccionó Harry?

—Ya te lo he dicho, papá. No había por qué reaccionar. Boy sólo se enamoró locamente de Veronica. Y yo creo que ella también, pero debió de pensar que se debía a Harald por los niños.

—¿Es que hablaste de eso con Veronica? —inquirió el padre, perplejo—. ¿Sabía que Piper estaba enamorado de ella? Parece un asunto muy raro.

—Estábamos en un hotel de Kiel, y Veronica me dijo que Boy le había pedido que se fuese con él. Tenía que contárselo a alguien y no iba a decírselo a Harald. Estaba enamorada de Boy, no me cabe la menor duda. Se le notaba en la cara.

—¿Y tú que le dijiste?

—Ojalá la hubiese aconsejado que se marchase con Boy. Es un tío estupendo; con él habría sido feliz. Harald es un cerdo.

—Bueno, me alegro de que me lo hayas contado —dijo Cyrus con acritud—. Menos mal que tu madre no se enteró.

—Nadie se ha enterado. Yo ni siquiera he hablado de ello con Boy.

—¿Y él sigue trabajando contigo?

—Ha tenido la suerte de que le dieran el mando de un escuadrón en el frente Oeste. ¿Te imaginas? Tiene más de cuarenta años y no aprendió a volar hasta que estalló la guerra. No sé cómo se las habrá arreglado. No está en los cazas, desde luego; pero aun así...

—¿Qué es aquello a lo lejos?

—Reflectores. Será un zepelín; siempre vienen por esa ruta del nordeste. Algunos confunden el río Lea con el Támesis y dejan caer allí las bombas. Mala suerte si uno vive en la zona.

—Más reflectores.

—Me parece que lo han cazado. ¿Ves esa especie de estrellas blancoazuladas? Son las explosiones de las granadas antiaéreas. No sé si las oyes...

—Muy por debajo del dirigible.

—No disponemos de suficientes cañones de largo alcance de alta velocidad.

El padre de Glenn advirtió aquel «no disponemos». Aunque Rensselaer padre era anglófilo confesado, era americano antes que nada y estaba decidido a mantenerse al margen de aquella contienda europea. Estuvo tentado de sermonear a su hijo al respecto, pero decidió prudentemente que no era el lugar ni el momento.

—Debe de haber allí una docena de reflectores —comentó.

—Las defensas se concentran ahí porque es la ruta por la que llegan los alemanes.

—Pero ¿cómo son tan estúpidos que siguen viniendo por ahí?

—No, son listos haciéndolo. El estuario del Támesis es amplio y los zepelines volando sobre el agua pueden aproximarse mucho a Londres antes de que los alcancen.

—Más reflectores.

Se oyeron más explosiones en dirección contraria, por la parte sur del río, probablemente en Southwark, pero eran bombas pequeñas y el sonido llegaba amortiguado. Abajo, en la calle, pasó un policía en bicicleta tocando un silbato.

—Ahí llega otro zepelín... quizá tres o cuatro —dijo Glenn—. Están buscándolos con los reflectores. A veces vienen por ahí, tres o cuatro juntos, y consiguen detectar uno, pero los otros se escapan.

—Vienen hacia aquí.

—Buscan el centro de Londres. Mira cómo dispara ahora la artillería.

—¡Lo han localizado los reflectores! —Pese a su determinación de mantenerse neutral, el anciano se puso en pie estimulado por la atávica excitación de la caza. Glenn lo sostuvo para que no perdiera pie en el musgo resbaladizo del canalón. Ahora la tela plateada de la aeronave brillaba bajo los afilados haces de luz que la asaeteaban. Eran doce reflectores y, en el vértice de la pirámide, la aeronave cercada como un pez—. ¡Le han dado! —El dirigible quedó oculto un instante por una nube de humo blanco, que al despejarse dejó ver al pez inclinado en un ángulo muy exagerado—. ¡Le han dado!

—No. No es humo; está arrojando lastre de agua...

Bom, bom, bom. Las explosiones de altura llegaban como un tronar distante, más bajas y vibrantes que el ruido de los cañones. Una sacudida hizo vibrar el edificio.

—... Y el cargamento de bombas. Ahora, aligerado, buscará su salvación ganando altura.

—¿Qué es eso? —inquirió el anciano al ver unas llamaradas que tiñeron el cielo de rojo.

—Son bengalas de pistolas Very. Es una señal de uno de, mis pilotos para que no actúe la artillería mientras atacan los aeroplanos. ¡Mira cómo se larga ese zepelín!

Sin bombas ni lastre de agua, el dirigible tomaba altura a velocidad inusitada fuera del alcance de los proyectores, perdiéndose en la oscura noche.

—¿Ha escapado?

—Tal vez. Hay dos ahí arriba jugando al escondite. Hacia el norte hay nubosidad. Si yo fuese el comandante pondría rumbo hacia allá.

—Y si fueses el piloto del aeroplano harías lo mismo.

Siguieron mirando hacia el nordeste.

—Hace mucho frío esta noche —dijo Rensselaer padre, tiritando.

De pronto apareció un fulgor rojo en el cielo. Pequeño al principio y luego como un farolillo chino de papel; el enorme dirigible se convirtió en un tubo incandescente que iba creciendo conforme estallaban en cadena los depósitos de hidrógeno incendiado, hasta que, finalmente, toda la mole fue una masa de



color bermellón. Luego, las llamas mordieron la tela en un punto y se vio que eran naranja oscuro. Sólo entonces, al fundirse el aluminio, interrumpió el zepelín su grácil ascenso. Ya parado, se transformó en una nube de gas inflamado que rodeaba a una maraña de metal casi al rojo vivo, y a continuación, despacio pero aceleradamente, la gran aeronave cayó a tierra.

—¡Dios mío! —exclamó Rensselaer padre sin animosidad para amigos ni enemigos, volviendo la espalda y tapándose la cara con las manos—. ¡Es horroroso! ¡Horroroso!

Glenn Rensselaer rodeó los hombros de su padre con el brazo y le apretó igual que él le había hecho tantas veces de niño.

## **«Es usted un buen oficial en quien se puede confiar»**

En la pared del despacho había un calendario con el anuncio de la margarina de que disfruta Alemania. Estaba allí porque algún impresor detallista había incluido las fases de la luna en un pequeño esquema, y los servicios antizepelín se marcaban en tinta roja la semana anterior y posterior a la luna nueva: saber qué noches eran oscuras y sin luna era cuestión de vida o muerte.

El teniente Peter Winter estaba sentado en el escritorio, bajo el calendario. Vestía el uniforme azul oscuro de la marina imperial con aquel cuello duro que se le hundía en la carne al inclinarse sobre los papeles. Por la ventana, en los escasos momentos que se permitía alzar la vista del trabajo, veía el fuerte sol matinal luciendo sobre los hangares de los zepelines, la planta de hidrógeno y aquel paisaje llano parecido al que había conocido de niño en Travemünde, no muy distante de allí.

—Peter, ¿puedo coger el tren de las doce menos cuarto? —dijo Hans-Jürgen, un berlinés que aquel día iba a llevar la cartera de despachos al ministerio. Si tomaba un tren más temprano podría ver a su novia.

—En quince minutos acabo —asintió Peter sin levantar la vista del trabajo.

Al alistarse voluntario en la división aérea de la marina no se había imaginado el tiempo que iba a pasar en un despacho rellenando formularios y firmando informes sobre cosas que sólo entendía a medias. Comparado con aquella espantosa rutina, el trabajo junto a su padre habría sido un placer. Aunque trabajando junto a su padre no habría podido vestir el uniforme de oficial de marina, del que en el fondo de su corazón estaba tan orgulloso, ni efectuar vuelos de bombardeo a Inglaterra, que le parecían audaces y estimulantes. Estimulantes porque se hallaba en la fase de desarrollo físico y mental en que los seres humanos descubren de pronto quiénes y cómo son. Y Peter había descubierto que era valiente. Los vuelos no le asustaban como les sucedía a algunos de sus compañeros.

Firmó el formulario y lo puso en la bandeja mientras cogía otro montón de papeles. Le parecía absurdo que los comandantes de los zepelines tuviesen que hacer siete copias de cada diario de vuelo. Luego estaban las hojas de ruta y listas interminables señalando el tiempo exacto en que se arrojaba el lastre y la cantidad específica. Se comparaban las previsiones meteorológicas con el estado real del tiempo, se consignaba el nombre, grado, número y edad de todos los tripulantes y su respectivo comportamiento durante la misión. Hora de despegue, cambios de rumbo, bombardeos y aterrizajes. Anexos, en hojas entregadas por los oficiales de navegación, se incluían las observaciones sobre los objetivos enemigos y la descripción de cualquier barco avistado en ruta. Todo ello firmado, verificado y vuelto a firmar por los comandantes. Papeles que pronto serían archivados y olvidados en una polvorienta oficina de Berlín. A veces sentía ganas de gritar y tirar el montón de informes a la papelera, pero proseguía pacientemente su tarea, mirando de vez en cuando el reloj con el fin de tenerlo todo listo a tiempo para que su amigo tomase el tren de Berlín.

Peter Winter no podía ir a Berlín a ver a su novia Lisl, la pequeña de las hermanas Wisliceny, pues aquella noche, según el calendario de la margarina, no habría luna, y él tenía que despegar a la una y media de la tarde. No tendría tiempo para almorzar.

Pero tenía que ir pronto a Berlín, porque Inge Wisliceny creía por lo visto que era *su* novia, y a él le gustaba Inge, pero sólo como amiga. Era su hermana Lisl quien realmente le atraía, y tenía que decírselo a Inge. Sabía que a ella iba a dolerle, pues la ofendería profundamente que fuese su hermana menor quien se llevase a Peter, ya que Inge era bastante altanera con sus hermanas. No es que le agradase hacerlo, pero no tenía más remedio.

Inge era demasiado seria, demasiado convencional y muy emotiva. En ciertos aspectos era muy parecida a él, aunque Peter nunca lo admitiría. Lisl era joven —infantil a veces—, descarada, irrespetuosa y bastante violenta. Pero Lisl le hacía reír y le gustaba estar con ella en sus escasos y breves viajes a Berlín.

Terminó el papeleo a tiempo para vestir el uniforme de vuelo, de cuero grueso con calzoncillos largos. Cuando llegó a la aeronave, acalorado y sudoroso, ya estaban encendidos los motores. Dentro del hangar el ruido era ensordecedor. El otro dirigible que compartía con ellos el hangar, un viejo zepelín —al que la tripulación llamaba «el *Dragón*»— que databa de las primeras semanas de la guerra, estaba ya en pista.

—*Achtung!* No te acerques a las hélices —gritó el oficial del personal de tierra. Los mecánicos fueron embragando y los enormes motores Maybach hicieron girar las pesadas cuatro hélices de madera a un ritmo modulado más bajo. Del hangar salió una nube de polvo.

Peter subió a bordo y casi tropezó con los que cargaban las bombas: cuatro mil libras de proyectiles explosivos e incendiarios. Nada más poner el pie en ella, la aeronave dio una sacudida y uno de los que la atendían quitó del costado un saco de lastre de aproximadamente el peso de Peter, con lo que el aparato continuó equilibrado en el hangar.

Peter montó en la barquilla de control, un pequeño compartimento acristalado de dos metros de largo, en el que ya los demás ocupaban sus puestos y casi no quedaba sitio. Por encima del rugir de los motores se oía el constante tintineo del telégrafo y el zumbido de los teléfonos. Disminuyó el ruido al quitar gas a los motores hasta que quedaron al ralentí. A continuación los apagaron y se hizo un silencio antinatural.

El comandante —un Kapitänleutenant de treinta y tres años— respondió con una inclinación de cabeza al saludo de Peter, pero el del timón y el encargado del ascensor ni levantaron la vista. El oficial de observación Hildmann, un veterano que lucía una perilla, dijo inmediatamente:

—Winter, echa otro vistazo al giróscopo. El maldito viento no hace más que cambiar... No, déjalo; ya lo mira Carl. Todo listo para salir del hangar —añadió dirigiéndose al comandante y saltando de la barquilla para dirigir la engorrosa tarea de sacar la aeronave.

Se oyeron unos toques de silbato y la voz de mando del comandante: «¡En marcha, aeronave!», conforme el personal de tierra tiraba de las sogas y agarraba los mangos de la barquilla delantera y trasera para sacar el dirigible por la puerta del hangar. Peter se asomó por la barquilla mirando angustiado. El mes anterior, durante la operación, la aeronave había rozado en las puertas y los desperfectos habían impedido despegar. Había anulado los permisos, y en aquellos días los permisos eran sagrados. En cuanto la popa estuvo fuera del hangar se oyó un murmullo de alivio.

—¡Largar a popa!

Soltaron las sogas terminales y el dirigible comenzó a girar con tal rapidez que los de tierra tuvieron que echar a correr para seguirlo. Luego, sujeto por todo el personal de tierra, se detuvo y Hildmann volvió a subir, mientras el comandante daba una última ojeada y ordenaba encender motores. Como en respuesta al tintineo del telégrafo, los motores rugieron en sucesión. Se oyó la

voz de mando de «¡Ascenso!», y al soltar el personal de tierra la barquilla anterior, el dirigible se alzó de proa.

—¡Motores de popa adelante a toda velocidad!

El personal de tierra que sujetaba los mangos de la barquilla de atrás tuvo que soltarlos para que la aeronave no los arrastrase. El dirigible despegó de un salto y los que estaban a bordo notaron que el puente de mando flotaba en el vacío y ascendían en aquella calurosa tarde. Transcurrirían muchas horas antes de volver a pisar tierra firme.

El oficial ingeniero saludó al capitán antes de subir por la escalerilla que comunicaba la barquilla de control con la quilla. Sus botas forradas de piel desaparecieron por el negro rectángulo del techo y el hombre se encaminó a su puesto en la barquilla posterior para pasar toda la travesía junto a los motores. Los demás se rebulleron aprovechando el espacio libre.

Cuando la aeronave sobrevolaba el techo de los hangares, pusieron los motores al máximo de revoluciones. En realidad no había prisa por llegar al punto de cita en el frío cielo del mar del Norte, pero cuando volaban juntos tantos zepelines, la misión se convertía siempre en una especie de carrera.

Componían la tripulación veintitrés hombres, que se conocían ya perfectamente, además de dos mecánicos de motores y el velero, cuyo cometido era reparar los escapes en las bolsas del gas o en la envoltura externa; todos habían hecho la instrucción y servido juntas unos diez meses. Habían volado desde Leipzig para aprender a navegar en los antiguos zepelines de pasajeros, incluido el famoso *Viktoria-Luise*. Días felices; pero de eso hacía mucho tiempo. Ahora, la guerra era como una siniestra competición de resistencia.

El oficial de observación, el Oberleutnant Hildmann, segundo oficial a bordo, era un ordenancista que había servido muchos años en la flota del Báltico. Tenía a Peter como oficial de navegación. Un cometido realmente del timonel, pero la facilidad mental de Peter para las matemáticas le procuraba gran ventaja a la hora de efectuar los infinitos cálculos a escuadra de la velocidad. Era una habilidad muy útil cuando el cuartel general les radiaba tan diversas velocidades de viento y en plena oscuridad de la noche tenían que calcular su posición sobre el campo invisible del enemigo.

A Peter le habían asignado un rincón en la barquilla de control, fría y llena de corrientes, para que desplegara sus cartas de navegación. En aquel momento anotaba en una hoja el rumbo de la aeronave y la velocidad calculada, mientras miraba de vez en cuando la costa norte alemana. A

continuación trianguló el mapa para hacerse una idea de los vientos que soplarían por la noche.

Al norte había una formación de cúmulos y cirros diseminados. Las previsiones anunciaban que al atardecer habría nubosidad en el este de Inglaterra. Eso era bueno; las nubes facilitaban el escondite.

Cuando alcanzaron Norderney, una islita en el mar del Norte que servía de referencia para la navegación, Peter avistó otros zepelines. El sol hacía brillar sus envolturas plateadas. Reconoció fácilmente en uno de ellos, muy atrasado, al *Dragón*; tenía tan gastados los motores de vuelos bélicos sobre aquellas aguas, que los mecánicos tenían que cuidar constantemente de su ruidosa maquinaria durante las misiones. Más cerca volaba el L23, y otro avanzaba en medio de la neblina a popa. Efectuaban un bombardeo importante. Se decía que intervenían una docena de aeronaves de la marina y tres o cuatro del ejército. Tal vez con aquel bombardeo obligasen a los ingleses a aceptar la paz con condiciones. Todos los periódicos decían que los ingleses estaban retrocediendo por los bombardeos aéreos de Londres y que en su temeraria ofensiva a lo largo del río Somme habían sufrido muchas bajas.

Para Peter, Londres era un recuerdo difuso. Le parecía que hubiese pasado una eternidad desde la visita que había hecho a sus abuelos en aquella enorme casa. Recordaba a su abuelo y los grandes pasteles de fruta que servían con el té a las cuatro. Recordaba las animadas calles de la City, en donde su abuelo tenía un despacho; los tranquilos parques y los músicos callejeros a quienes su abuelo siempre daba limosna. Al que recordaba como si lo estuviera viendo era al gaitero, un escocés de la montaña con su traje típico. Un hombre muy orgulloso para pedir dinero, pero que se agachaba para coger las monedas que le tiraban desde la ventana del cuarto de los niños. El gaitero acudía siempre hacia la hora del té, y la pequeña orquesta alemana un poco más tarde. El director era un hombrón de rostro colorado que dirigía con gestos furiosos, y que se sorprendía cuando Pauli respondía a su música con palabras obscenas de la jerga berlinesa.

Ahora, aquellos recuerdos no tenían sentido para Peter. Su deseo infantil de ser explorador se había casi borrado; la guerra le había hecho cambiar. Había perdido demasiados camaradas para que le ilusionasen aquellas misiones de bombardeo, y aunque sentía orgullo por su tarea activa y peligrosa, cuando llegase la victoria se consideraría feliz con pasar el resto de sus días en Berlín.

Sonó el silbido del tubo de comunicación. Peter cogió el extremo receptor y se lo llevó al oído.

—Diga.

Era el observador que comunicaba haber avistado un buque: un destructor alemán rumbo a Bremen. Peter lo anotó en el diario de vuelo y volvió a concentrarse en las cartas de navegación. Estaban en el punto de cita. Ahora comenzaba la peor fase de la misión. Allí tendrían que estar varias horas en blanco, con los motores al ralentí para mantener la posición en el aire con una tripulación mínima de servicio y apenas una docena de hombres descansando en hamacas colgadas en los corredores. Pero nadie dormía; ninguno era capaz de dormir. Te echabas sin dejar de pensar en lo que podría suceder por la noche y con el recuerdo de historias de aeronaves que habían estallado envueltas en llamas, preguntándote si los ingleses habrían mejorado la artillería antiaérea o perfeccionado las balas incendiarias que disparaban sus cazas.

Pronto oscurecería sobre la superficie picada de la mar, pero allí en el cielo el día se hacía largo y, aunque el sol iba declinando, las aeronaves seguían bañadas por su luz, brillando con esa luminosidad dorada tan parecida al fuego.

—Winter, deje lo que esté haciendo y acuda a la posición artillera número dos; no funciona el teléfono.

El oficial de observación no era mala persona, pero también él sucumbía al nerviosismo de la espera. Peter sabía que no pasaba nada con el teléfono: los artilleros estaban abajo, dentro del casco, protegidos del frío viento, procurando calentarse. Si se cogía frío, era imposible recuperar calor: en una aeronave de la marina no hay ningún sitio para calentarse. No se les podía reprochar, porque no había riesgo de artillería enemiga tan lejos de las costas inglesas.

—*Ja*, herr Oberleutnant; en seguida —respondió Peter con el saludo reglamentario. No es que fuese imprescindible el saludo en tales circunstancias, pero a Hildmann, como a casi todos los oficiales veteranos de la marina, no le gustaba el «desgalichado informalismo» de la división aérea.

Peter subió por la breve escalerilla que comunicaba la barquilla de control con la quilla. Para llegar a la posición artillera, cruzó directamente el casco de la aeronave y mientras discurría por el estrecho pasillo miró a través de las aberturas de la flameante cubierta externa y vio el mar, brillantemente moteado por los últimos rayos del ocaso. No miraba hacia abajo más que cuando era necesario. El mar le daba miedo; nunca había vuelto a gustarle navegar desde aquel día en que casi se ahoga, y le aterraba la perspectiva de que le destinasen a un buque.

Había un reflejo de luz procedente de abajo, pero el interior de la aeronave estaba a oscuras. Sobre su cabeza, los depósitos de gas penduleaban constantemente. Todo eran ruidos; como si se hallase en el vientre de un monstruo gigantesco. Aparte del roce de los depósitos de gas, se oía el crujido de la estructura de aluminio sobre la que caminaba y el sonido musical de los miles de riostras de alambre de acero.

Una vertiginosa escalerilla vertical le condujo por entre los depósitos de gas hasta la parte superior de la envoltura. Por fin estaba encima del zepelín, a la luz del día. El sol le daba de lleno, pero el viento era muy frío y tuvo que agarrarse a la barandilla de seguridad. ¡Qué curioso era estar encima del casco! La tela plateada caía en oblicuo a ambos lados y la longitud del dirigible parecía mayor. Era realmente una hazaña que el ser humano fuese capaz de construir una máquina voladora enorme como una catedral.

Peter permaneció unos instantes contemplando la panorámica hacia babor de los otros zepelines. Estaban unos treinta metros más altos. Le dio en la cara un rayo reflejado por la tela de otra aeronave. Sería el viejo *Dragon* esforzándose por ganar altura, ahora que ya se había puesto al nivel de la flota. A bordo de él iban amigos suyos. No estaban solos en el cielo.

Era ya tarde, pero los dirigibles aún brillaban al sol, que ya no tardaría en ponerse, haciendo que todos se fueran oscureciendo; oscureciéndose como luces que se apagan. Luego, cuando el más alto fuese ya invisible, se dirigirían a Inglaterra. Peter se estremeció. Allí arriba hacía frío; mucho frío.

—¡Hennig! —exclamó Peter con voz fuerte. Sabía dónde estaría escondido; todos los artilleros buscaban abrigo, pero Hennig era el más gandul.

—¿Qué pasa, herr Leutnant? —contestó el hombre saliendo a la luz entre guiños, seguido por el cargador, un joven llamado Stein, que iba con el artillero a todas partes. Stein era un agitador bolchevique, aunque hasta entonces había sido listo y no se había dejado sorprender sembrando la sedición entre la marinería. Hennig no estaba conceptuado como bolchevique, pero los dos eran irredentos individualistas y no hacían buenas migas con los otros grupos de artilleros, por lo que habían formado aquella alianza o pacto de ayuda mutua. Erich Hennig apartó discretamente a su ayudante. Era un gesto con el que explicitaba que si tenía que haber un culpable, él asumía la responsabilidad—. ¿Qué pasa, teniente? —repitió. Hennig era un joven delgado y pálido, aproximadamente de la edad de Peter, con ojos negros de pobladas pestañas y labios delgados exangües.

—Deberías estar junto al cañón, Hennig.



—*Ja*, herr Leutnant —contestó Hennig, sonriente. Era una sonrisa provocativa de superioridad, la sonrisa que exhibe una persona para demostrarse a sí mismo y a los demás que no se somete a la autoridad. Una sonrisa estrictamente para Peter Winter: los dos se conocían bien. Winter conocía a Hennig hacía tiempo, desde que ambos se habían alistado voluntarios en la marina. Erich Hennig vivía en Wedding; su padre era un buen tonelero que trabajaba en los muelles reparando barriles deteriorados. La vivienda en que se había criado, con seis hermanos varones y hembras, era lóbrega y reducida. En la escuela, Hennig no había sido muy buen estudiante, pero ganaba dinero tocando el piano en tabernas y clubs de mala ralea. El dueño de un club informó del talento de Hennig a la impresionante señora Wisliceny, y gracias a sus desvelos, Hennig había estudiado tres cursos de composición y teoría en el *conservatoire*. Al estallar la guerra, Erich Hennig estaba considerado una promesa a tener en cuenta. En abril de 1914 había dado una serie de recitales, principalmente Chopin y Brahms, en una pequeña sala de conciertos próxima al hotel Eden. Un periódico publicó una gacetilla hablando del acto: «prometedor», decía el crítico musical.

Peter había visto a menudo a Hennig en casa de frau Wisliceny. En cierta ocasión, incluso habían tocado dúos, pero no se había establecido ninguna amistad entre ambos. Hennig era muy inclinado al antagonismo y consideraba al privilegiado Peter un diletante mimado sin apasionada inclinación por la música que él conocía. Hennig había oído a Peter Winter hablar con las hijas de Wisliceny sobre si decidirse a seguir una carrera musical, estudiar matemáticas superiores o prepararse para trabajar con su padre, y eso le enfurecía, porque para él era una traición al talento. ¿Cómo era posible que un músico de talento —para sus adentros, ya que no ante los demás, Erich Hennig admitía que Peter Winter tenía igual talento que él— hablase de seguir otra carrera?

—Cuando suene el teléfono, contesta —dijo Peter.

—Ya lo hago, herr Leutnant —contestó Hennig, apoyado en el cañón.

—Deberías estar firme, Hennig.

—Sirvo la pieza, herr Leutnant.

El miserable siempre tenía una respuesta. Peter sabía que no sería bien recibida ninguna queja sobre Hennig. Tocaba el piano en el bar de oficiales, porque era muy simpático cuando quería, y tenía amistades entre los mandos veteranos. Cuando circulaba el vino y la cerveza y se entonaban las viejas baladas hasta altas horas de la madrugada, Hennig era una especie de miembro oficioso del club de oficiales. Una sanción se habría visto como

represalia de un joven oficial tonto por una simple cuestión de envidia, ya que Peter era incapaz de tocar el tipo de música que anima las fiestas. En ese sentido admiraba el talento de Hennig y envidiaba los años que había pasado aporreando pianos desafinados para borrachos tabernarios. Hennig siempre sabía entonar las melodías adecuadas para el momento adecuado, y lo recordaba todo. Recordaba la pieza que había bailado el Kapitänleutenant la noche que había conocido a su esposa, sabía las melodías de Strauss que tarareaba el oficial de observación y no ignoraba que al capitán era fácil inducirle a cantar su inimitable y desafinada versión de *Voy a Maxim's* cambiando de tono para ayudarlo; y conocía canciones para corear con unas letras que sólo podían cantarse cuando no estaba el capitán.

El talento musical de Peter Winter era el de un matemático, y como suele suceder con todos los matemáticos, Bach era su preferido. La inclinación por Bach era consecuencia de su educación, su clase social y la época y el lugar en que vivía. En la música de Bach hay orden y escrupulosidad: una promesa de pervivencia que la mayoría de los europeos daban por sentada. Interpretando a Bach, Peter mostraba una habilidad y una devoción que Hennig no podía igualar. Pero Hennig nunca interpretaba a Bach, y Peter nunca tocaba el piano en el club de oficiales, en donde Bach no era muy admirado.

Peter se acercó al teléfono y giró la manivela hasta que respondió la barquilla de control.

—Puesto artillero superior. Probando —dijo.

—Se le oye fuerte y claro, herr Leutnant —contestó el suboficial de comunicaciones.

—Vamos, Hennig, continúa —dijo Peter colgando el receptor.

—Sí, herr Leutnant —contestó Hennig, y conforme Peter comenzaba a descender la peligrosa escalerilla vertical, oyó cómo el cargador contenía una risita, pero optó por hacer como si no la hubiese oído.

Conforme descendía la escalerilla hacia la quilla reflexionó sobre su enfrentamiento con Hennig. Sabía que acabaría mal, como siempre acaban tales enfrentamientos. No tenía el temperamento adecuado para tratar con personas como Hennig. Lo había intentado, bien lo sabía Dios. En sus primeros vuelos de entrenamiento en uno de los viejos zepelines de pasajeros de la Hansa, había hablado con él aconsejándole que se inscribiera en los cursillos de oficiales, pero Hennig lo había tomado como una especie de insulto indirecto, rechazando la idea, ofendido.

Pero la primordial consideración mental de Peter era el hecho de que últimamente Hennig se había vuelto más que amigo de Lisl Wisliceny, a quien él consideraba novia suya. Y particularmente hiriente era la última carta de Lisl, que hasta entonces le había estado instando a que pidiera su mano. Peter, remiso a enfrentarse a la clase de escena que su padre le haría a causa de ello, había buscado excusas. Pero en su última carta Lisl le decía que ahora estaba de acuerdo con él, que los dos eran demasiado jóvenes para pensar en casarse, y que ella quería conocer gente mientras él estuviera fuera. Y «gente» quería decir Erich Hennig. De eso Peter estaba completamente seguro. Sólo después de que él había llevado a Lisl a la ópera se había tomado Hennig de pronto interés por la más joven de las hijas de Wisliceny. Y Hennig tenía más ocasiones de ir a Berlín que él. Para los otros grados había dos permisos de fin de semana cada mes si no estaban en las listas de combate o tenían guardia, pero en la base aérea había pocos oficiales y, como sabían todos los que eran jóvenes, eso se traducía en que ellos tenían que multiplicarse para compensar tal carencia; eran los que llevaban en la bocamanga dos o tres círculos dorados los que apechaban con el exceso de trabajo.

¡Maldito Hennig! Bien; ya le enseñaría él. Hennig no se lo imaginaba, pero su insolencia y el acoso a su novia eran los únicos estímulos que necesitaba Peter para llegar a ser el pianista de categoría internacional que auguraba frau Wisliceny. A partir de ahora ensayaría tres horas diarias. Eso le obligaría a levantarse a las cuatro de la mañana, pero no le sería difícil. En el hangar de almacenamiento había un piano, y aunque era viejo y estaba desafinado, no importaba; él podía afinarlo y en el *Dragon* había un ebanista que podía ayudarle a dejarlo en buen estado, un honrado suboficial llamado Becker, que había trabajado de aprendiz en una fábrica de pianos y sabía el oficio.

Durante la siguiente media hora, Peter estuvo ocupado con las cartas de navegación. Como no había almorzado, le entró apetito y recurrió a la bolsa de provisiones. No es que les dieran alimentos muy apetitosos en aquellas misiones, pero había huevos duros con patatas frías, trozos muy duros de salchicha y una gruesa rebanada de pan negro de centeno. También una barrita de chocolate; pero no se comería de momento el chocolate. Si ascendían mucho, a una altitud en la que hasta las rebanadas de pan negro se transformaban en planchas de hielo que había que romper a martillazos, el chocolate era lo único que no se helaba. Cogió un huevo duro y lo mordió. Si pudiese bajar a la barquilla del motor trasero quizá encontrara sopa caliente de guisantes o café. El oficial mecánico permitía a sus hombres calentarlo en

los tubos de escape. En algunos zepelines había constantemente café caliente en un hornillo eléctrico de la barquilla de control, pero en el suyo el capitán no autorizaba esos aparatos por el riesgo de incendio.

Una vez concluidos los cálculos, Peter se volvió a mirar a los que estaban en la barquilla de control. En la parte delantera, el que se ocupaba del timón estaba atento al vuelo, mientras otro tripulante, a su lado, con un volante igual, regulaba los elevadores para equilibrar la aeronave. Se decía que era la tarea más difícil de la cabina de control, si bien Peter nunca lo había probado. Un buen elevador sabía prever sacudidas y balanceos y maniobrar con la rueda para contrarrestar las ráfagas. La barquilla de control era como un invernadero lleno de maquinaria, de las que el aparato más grande, parecido a un aparador, era la radio para mantener el contacto con la base y las otras aeronaves. Estaban también la brújula con un arco para medir el ángulo del horizonte, un variómetro para medir el descenso y el ascenso, un termómetro eléctrico para la temperatura del gas de la envoltura y los importantísimos controles del lastre. En la parte delantera, en donde se veía al capitán, de pie junto al timonel, estaban los interruptores para el lanzamiento de las bombas y un panel de luces de señalización y aterrizaje.

El plan de aquella noche era sencillo: la formación principal atacaría Londres, sobrevolando en la aproximación la costa de Norfolk, mientras dos aeronaves del ejército ponían rumbo norte para engañar a las defensas simulando un ataque sobre el río Humber. Era un plan bastante bueno, aunque no tan original como para sorprender a los ingleses.

El ataque se inició demasiado pronto. Incluso el capitán, un hombre cuya formalista experiencia naval le impedía criticar al alto mando o a sus colegas veteranos, comentó que era algo temprano cuando la primera aeronave abandonó el punto en que habían permanecido inmóviles durante tres horas. La espera tenía por objeto que el cielo estuviese ya oscurecido cuando las aeronaves sobrevolasen la costa inglesa. Pero no estaba oscuro. Ni siquiera la campiña, a unos seis mil pies por debajo, estaba lo bastante oscura. A Peter no le costó identificarla con arreglo al mapa; veía los ríos, y algunos pueblos destacaban claramente. Sonarían las alarmas y en Londres, bajo la luz mortecina, la gente se guarecería en los refugios. Pero lo malo era que los pilotos estarían preparados junto a los aeroplanos y los artilleros cargarían las piezas. Los recibirían por todo lo alto.

No quitaba la vista del horizonte. Londres despedía siempre cierto resplandor, aunque la población apagase las luces. No tardó en avistarlo y, conforme se aproximaban, distinguió el curso sinuoso del Támesis. Lo tenía

todo a sus pies. De pronto comenzó el cañoneo. Primero, rayos de luz para que los artilleros situaran la línea de tiro y, luego, los fogonazos se hicieron más próximos. Mirando hacia abajo, Peter distinguió el Parlamento y en seguida reconoció la configuración de la ciudad, más por haber estudiado los mapas de objetivos que por el recuerdo que en él evocara.

—¡Preparados para el combate! ¡Abran compuertas de bombas!

Verificó la hora exacta: las 23.04. Al principio iba a ordenar que lanzasen las bombas sobre el Parlamento, pero la orden especificaba claramente estaciones de ferrocarril. Tenían dos debajo: la de Waterloo y la de Charing Cross. Peter hizo una señal y el capitán ordenó lanzar la primera andanada de bombas. Vio la serie de fogonazos que producían al estallar y, aunque se imaginaba el terror y la destrucción que causaban, no sintió ningún remordimiento. Los ingleses habían podido perfectamente mantenerse al margen del conflicto: que pagasen las consecuencias.

¡Bum! La segunda tanda de bombas explotaba sobre un punto al sur del río. Una zona llena fundamentalmente de casas de obreros. El capitán debía haber esperado su señal, pero todos estaban excitados. Se oyeron nuevas explosiones no acompañadas de los correspondientes fogonazos en tierra. Comprendió de pronto que eran los estallidos de la artillería antiaérea inglesa. Sonaban muy cerca; por primera vez en aquella guerra, Peter sintió algo de miedo.

Menos mal que no había reflectores en el centro de la ciudad, pues los ingleses los habían concentrado en el noreste sobre las rutas de aproximación. Ahora los veía, moviéndose pausadamente para localizar a los zepelines que iban detrás de ellos. A ver... se agrupaban. Habían localizado a uno. Otras dos granadas antiaéreas muy próximas. Peter oyó al capitán ordenar que disparasen una luz roja con la pistola Very. Era una argucia para simular que un caza inglés pedía que cesase el fuego de artillería, pero en ocasiones cambiaban cada hora el «color de la noche» y no solían engañar a la artillería. La bengala trazó un arco descendente en la oscuridad, como un fuego artificial que cae.

—¡Lanzamiento de lastre de agua a proa! —musitó el capitán, y de inmediato se cursaron las órdenes. Peter se asió con fuerza, sabiendo que la aeronave se alzaría exageradamente de morro al iniciar el ascenso. Se oyó el rumor del agua al salir por las compuertas. Las explosiones antiaéreas fueron apagándose bajo el dirigible como el leve clic de un encendedor que no funciona, mientras proseguía el ascenso. Allí arriba reinaba la oscuridad y hacía frío.

Una docena de reflectores se mantenían fijos en el zepelín que iba tras ellos. «¡El *Dragon!*», musitó uno de los tripulantes. ¿Cómo podía ser el *Dragon*, si había salido antes que ellos? Bueno, claro, era muy lento; sus viejos motores eran motivo de constantes chistes siniestros. Siempre les prometían motores nuevos, pero los motores nuevos eran necesarios para aeronaves nuevas.

Sonó el teléfono y respondió Hildmann.

—El puesto artillero número dos informa de aeroplanos enemigos a la vista —dijo.

—¡Apaguen motores!

Todos acusaron el impacto del repentino silencio tras tantas horas de ensordecedor ruido de motores. Toda la tripulación de la aeronave permaneció lo más quieta posible a la escucha.

Peter, al mirar hacia abajo en dirección a la ciudad, avistó un enorme biplano que ascendía en amplio círculo para situarse en posición de ataque. Los cazas procuraban ametrallar las aeronaves en una pasada de popa a proa con las nuevas balas explosivas e incendiarias.

—¡Un caza! —exclamó señalándolo.

El capitán se mordió el labio y volvió la cabeza hacia los instrumentos. El dirigible seguía levemente levantado de morro para propiciar el ascenso dinámico.

De pronto todo se volvió gris: cielo, tierra y ventanillas. El zepelín había entrado en una nube. Rápidamente fue «estabilizado», y al detenerse el movimiento ascendente, quedó parado, sin motores y en absoluto silencio, envuelto en la húmeda nube gris. La neblina que los rodeaba brillaba por efecto de los reflectores que peinaban la parte inferior de la nube y levantaban vapor de agua.

Se oía el aeroplano. Los había seguido a la nube y volaba a estribor, con el motor balbuciente por efecto de la humedad de la nube que afectaba al carburador. Dio una pasada en círculo, como si el piloto supiese dónde se escondían, y luego, tras efectuar otro círculo más amplio, el sonido del motor fue desvaneciéndose.

—¡Enciendan motores!

Embragaron poniéndolos al ralentí y las hélices giraron sin apenas imprimir movimiento a la aeronave. Aguardaron unos cinco minutos para arrojar más lastre y continuar el ascenso.

De pronto salieron de la nube y vieron las estrellas en lo alto. Ahora estaban a gran altitud y dominaban la panorámica. Al norte de Londres se

veían haces de reflectores surcando el cielo en busca de las aeronaves que se retiraban por aquella ruta.

Peter señaló un rumbo y lentamente —los motores perdían potencia por el enrarecimiento de la atmósfera— emprendieron el regreso. Todos miraban al horizonte, hacia donde estaban concentradas las defensas inglesas. De vez en cuando se producían fogonazos de artillería, como luciérnagas de verano. Era el último baqueteo.

—¡Mirad!

Uno tras otro, los reflectores fueron centrándose en un punto en el cielo, formando una pirámide con una masa plateada en la cúspide. Luego, la masa plateada se volvió roja. Al principio el fulgor rojo fue apenas más intenso que los haces de los reflectores que lo iluminaban, pero a continuación se acentuó la intensidad, del mismo modo que cobra color la punta de un puro al aspirar.

—¡Dios mío! —El capitán no pudo reprimir la exclamación. Todos miraron, olvidando por un instante el vuelo, la disciplina y el grado, fijando la mirada en la horrible escena. Ninguno había visto nada igual, de no ser en pesadillas. La aeronave alcanzada ardía incandescente como una antorcha, deslumbrándolos a tal extremo que no vieron bien aquel sol bermellón en que se convirtió antes de ir cayendo hacia tierra. Luego, la horrible maraña tomó forma de nube y ésta se volvió rosa y flameó como un homo infernal.

En el silencio que siguió, sonó de pronto el teléfono. El oficial de observación Hildmann contestó lacónico. Lanzó un vistazo en derredor y fijó la vista en Peter. Si había algo que hacer, podían prescindir de él en la barquilla. El rumbo estaba fijado, había guardado las cartas de navegación y colocado los lapiceros en el estuche de cuero de la repisa de encima de la mesa.

Y, efectivamente, fue a Peter a quien enviaron a hablar con el velero. Había perforaciones en los depósitos del gas, aunque el capitán no sabía si era grave. ¿Se trataba de los agujeritos que producían las ametralladoras o de los desgarrones más serios causados por la metralla de las granadas? Peter miró a su alrededor buscando una bufanda y también los guantes de cuero que se había quitado para utilizar los lápices. Haría frío dentro de la envoltura, más frío aún que en la aireada barquilla de control. Había localizado un guante cuando Hildmann volvió a gritarle. Bueno, se metería la mano en el bolsillo.

Volvió a subir por la escalerilla. Reinaba la oscuridad y era peligroso el camino a lo largo de la quilla, por entre las filas de bolsas de gas. Era como andar por la nave de una catedral, salvo que los enormes globos de seda flotaban llenando la nave desde el suelo hasta el techo.

Algunas de aquellas enormes bolsas colgaban flácidas y vacías. Ya estaba allí el velero parcheando las roturas. «Mi teniente», le saludó en la oscuridad. El hombre estaba encaramado agarrado a las vigas. Con dificultad, Peter subió hasta donde estaba, mareado por la falta de oxígeno.

Mientras Peter examinaba las bolsas dañadas, la artillería antiaérea dio en el blanco. Se oyó una fuerte explosión que retumbó en la estructura. La aeronave escoró y quedó un instante inclinada de costado, por lo que todo basculó y las bolsas medio vacías los envolvieron a los dos. Peter se desembarazó de los pliegues de seda mientras el zepelín recuperaba la horizontal y se estabilizaba.

—¿Qué demonios ha sido eso? —inquirió el velero.

Peter no respondió, pero sabía que los habían alcanzado; y de lleno. Era un milagro que no estuviesen ardiendo.

—Quédese aquí —dijo—. Voy a ver lo que ha pasado.

Al llegar a la barquilla de control se la encontró destrozada. La parte posterior de la cabina había desaparecido y parte de la plancha metálica del suelo no existía, por lo que, sin bajar de la escalerilla de comunicación con la quilla, veía tierra a miles de pies por debajo. No había rastro del timonel ni de su ayudante: la explosión los había pulverizado.

Se veían por todas partes fragmentos de celuloide de las ventanillas, y la estructura de aluminio estaba furiosamente retorcida como el zarcillo de un vino exótico. El cadáver del capitán —sin gorra y exhibiendo la calva— yacía espatarrado en un rincón, con la cabeza hundida en el pecho. El oficial de observación sobrevivía, naturalmente. Hildmann era una especie de zorro viejo que siempre se salvaba. Había logrado arrastrarse por los restos del entramado y estaba en la parte delantera de la barquilla, manejando la rueda del elevador. Cuando vio asomar a Peter por la escotilla, señaló la rueda de control de los timones y siguió con su tarea.

—¿Es muy grave? —preguntó, rodeando el enorme agujero para ocupar el puesto al timón y proseguir el rumbo de retirada.

—¿Las bolsas de gas? Hay dos muy dañadas y algunas perforaciones están altas. Pero el velero ya está con ellas y tiene a su ayudante.

Hildmann lanzó un gruñido.

—Podemos descender más. Mucho más —dijo con voz ahogada. Ya no era un hombre joven y a aquella altura la falta de oxígeno provocaba mareo y dolor de cabeza, y cualquier ejercicio resultaba agotador.

El descenso a la cabina le había provocado a Peter zumbido de oídos y notaba las pulsaciones al doble de lo normal. En las barquillas de motores y



en los puestos artilleros, la tripulación estaría sufriendo náuseas y vomitando. Ganar altura para escapar a la artillería era un buen recurso, pero hoy no se habían librado.

—Un disparo con suerte —dijo Hildmann como leyendo a Peter el pensamiento.

—Habrá más baterías a lo largo de la costa —comentó Peter.

—Tenemos que arriesgamos. A esta altitud perderíamos el gas, y no tardaremos en bajar, queramos o no. Además, los motores tendrán más potencia.

Peter no contestó. Hildmann pretendía engañarse. La presión dentro de las bolsas no cambiaría mucho. Decidieran lo que decidieran, la aeronave seguiría descendiendo debido a la pérdida de hidrógeno de las bolsas de gas perforadas. Ahora controlaba con gran esfuerzo el timón de la enorme aeronave. Era la primera vez que agarraba aquel volante; los marineros que se ocupaban de aquello eran cuidadosamente elegidos y especialmente entrenados. Sujetar aquella bestia que se empeñaba en seguir su propio itinerario por el cielo era muchísimo más difícil de lo que había imaginado. Ahora sentía mayor respeto por los hombres a quienes había visto hacerlo con tanta calma y sin esfuerzo. Y ya que lo pensaba, se daba cuenta de que jamás podría decírselo: hacía ya rato que los dos se habían estrellado en tierra a velocidad terminal, lo cual significaba con la fuerza de intensidad suficiente para clavarse en el suelo.

—¿Están parcheando los agujeros? —inquirió Hildmann.

—El velero con su ayudante —contestó Peter—. Pero no pueden hacer milagros.

En distintas circunstancias, Hildmann habría juzgado insubordinación aquella respuesta de Peter, pero no pareció advertir la falta de respeto.

—Continuamos descendiendo —dijo Hildmann enfrentándose finalmente a la realidad del peligro—. Más vale que se den prisa.

La aeronave descendía constantemente hasta que el altímetro —un dispositivo poco fiable, basado en la presión barométrica— les señaló el límite de la altitud recomendable en plena oscuridad. A partir de ahí no les quedaba más remedio que hacer lo posible por mantenerse en el aire. La tripulación en las otras dependencias de la aeronave, por propia iniciativa, había comenzado a tirar por la borda todo lo que no era imprescindible. Los hombres arrojaban desesperadamente combustible de reserva, cajas de munición, la munición de las armas y, finalmente, al cruzar la costa junto a Yarmouth, incluso los cañones.

—¿Sabe manejar la radio? —inquirió el oficial de observación Hildmann.

—Puedo probar, mi Oberleutnant.

La radio no parecía estar muy entera; el vidrio de los diales tintineaba y tenía una grieta reluciente en su carcasa metálica. Había pocas probabilidades de que funcionase. El reloj se había parado, mudo testigo del momento exacto en que los había alcanzado la granada.

—Seguramente caeremos al mar. Tenemos que averiguar la posición del buque más cercano.

Y encontrarlo, pensó Peter. Tenía una noción muy vaga de su actual posición, y hallar un punto tan diminuto en el mar del Norte requería una habilidad de navegante muy distinta a sus rudimentarias sumas y vectores. Pero de momento no tendría necesidad de someterse a tal prueba, porque no podía dejar el timón hasta que pasara lo peor y el teléfono estaba cortado.

—Es mejor no mirar hacia abajo —dijo Hildmann con voz casi paternal.

Era algo nuevo en el viejo, pensó Peter. El vacío al que daba aquel agujero del suelo era lo más aterrador que había visto. Tras la primera impresión, había mantenido la vista apartada de la sima.

—*Jawohl*<sup>[3]</sup>, mi Oberleutnant —apostilló.

—Es usted un buen oficial en quien se puede confiar, Winter.

—Gracias, herr Oberleutnant —contestó Peter, pensando que ojalá el oficial de observación no hubiese dicho aquello, porque sonaba como un epitafio. Tenía la impresión de que Hildmann lo había dicho sólo porque les quedaban pocas posibilidades de salvarse. Era propio de él escribir el informe final antes de presentarse ante el Creador.

—Solicito permiso del Oberleutnant para variar el rumbo cinco grados sur.

—¿Por qué? —replicó Hildmann.

—La brújula debe de estar mal. Está amaneciendo.

El oficial de observación dirigió la mirada hacia la posición que habría ocupado el horizonte si no hubiese sido una noche tan oscura. Y vio lo que Peter había visto cinco minutos antes: una hebra algodonosa rojo suave en el sedoso negror de la noche. Hildmann consultó su reloj para comprobar si el sol salía a su hora.

—Sí, cambie de rumbo —ordenó al ver que, efectivamente, tenía razón.

Amaneció en seguida y el cielo se puso naranja y luego amarillo azufre, iluminando la superficie gris del mar. En aquel contraluz, el agua tenía un aspecto siniestro.

—¿Aquello de enfrente es la costa?

—Sí, mi Oberleutnant.

—Ya no necesitamos la radio.

—No, mi Oberleutnant.

—Mejor, porque no creo que funcione.

—No creo, mi Oberleutnant.

—¿Cree que podremos aterrizar donde es debido?

—Creo que sí, mi Oberleutnant.

A Hildmann le habría ofendido oír lo contrario, pero sonrió bonachón y asintió con la cabeza. Peter se preguntaba qué edad tendría; había oído decir que era abuelo.

—Hemos perdido al *Dragon*.

—Sí, mi Oberleutnant.

Tras la desierta línea costera aparecieron unos árboles. Volaban muy bajo. Peter escrutó la oscuridad.

—Buena gente la del *Dragon*.

—Sí, mi Oberleutnant.

—¡Dios mío!

Todo sucedió tan de repente que no hubo tiempo de prever el golpe. Los cables del elevador hacía horas que estaban destrozados y Hildmann no se había percatado de que los movimientos de la rueda de control dependían de un solo cable hasta que la última hebra se rompió y los elevadores cayeron de golpe, haciendo inclinarse violentamente de morro a la aeronave. Todo sucedió en cuestión de segundos.

Primero se oyó el impacto de los cables de control: golpazos como detonaciones conforme los cables de acero rotos azotaban la envoltura destrozando las células del gas y la blanda estructura de aluminio. La sacudida hizo que la rueda de Hildmann comenzase a girar enloquecida despidiendo al oficial, que cayó al suelo con medio cuerpo fuera del agujero. En ese momento la aeronave se estrelló contra las copas de los árboles.

La cabina se llenó de ramas por todas partes, seguido de un huracán de hojas, madera y serrín, hasta que la maltrecha barquilla acabó de destrozarse contra los oscuros árboles. Se oyó un grito al desaparecer Hildmann por el vacío del agujero y la aeronave chocó con un árbol que aguantó el impacto y, con un crujido chirriante del torturado metal, Peter perdió el conocimiento al derrumbarse sobre él la inmensa estructura.

## «Mi pobre Harry»

Aquella misma mañana de septiembre, en Viena lucía el sol. El frente de bajas presiones que había procurado cobertura a los zepelines hasta Inglaterra se había deshecho y en el sur de Alemania y Austria los cielos estaban despejados y soplaban vientos fríos.

Martha Somló —o señora Winter, como había puesto en las tarjetas de visita— estaba despierta. Desde niña se había levantado muy temprano; a las cinco de la mañana a preparar el desayuno en la trastienda de la sastrería de su padre.

Harald Winter seguía profundamente dormido. Lanzó un ronquido y se dio la vuelta.

—¡Harry, despierta! —dijo Martha, entrando con una bandeja con café y pan reciente.

Él dio un gruñido.

—¡Despierta! Estás roncando.

—¿Roncando? —balbució Harry restregándose la cara para despejarse.

—Sí. Tan fuerte que vas a despertar al vecindario —dijo ella sonriendo complaciente.

Él la miró con suspicacia. Veronica nunca le había dicho que roncase; ni ninguna de las mujeres con las que tenía una relación más o menos estable.

—Un mal hábito, el roncar —dijo, abriendo los ojos para verla mejor. Vestía un estupendo camisón de seda que él le había traído de uno de sus viajes a Suiza. Una prenda negra y oro con tigres chinos en actitud de saltar. En la ocasión había pensado cómo se parecían a Martha los rugientes tigres.

—No tiene importancia, querido. Es algo que no puede evitarse —dijo ella.

Lo cierto es que Harald Winter no roncaba, pero tomarle el pelo era una de las pocas represalias a que Martha recurría al verse abandonada.

Dejó la bandeja en la cama y se deslizó bajo las sábanas. Era su momento favorito: ella y Harry desayunando. Él le dio un apretón y un beso fugaz antes de coger el panecillo y esperó a que le sirviese el café con la cantidad exacta

de azúcar y leche que le gustaba. De la calle llegaba el ruido de los cascos de los caballos, las ruedas sobre los adoquines y el tintineo de los arneses. Una nutrida formación de artillería de campaña camino del frente. El ruido persistió largo rato, pero ni Harry ni Martha se asomaron a la ventana. Ver soldados se había convertido en algo muy corriente en las calles de Viena para que mereciese interrumpir el desayuno.

—La guerra lleva mal camino para nosotros, ¿verdad, Harry? —dijo Martha, impulsada por el ruido de las piezas de artillería, dejando la bandeja en la mesilla y volviendo a la cama.

—Tiene altibajos; las guerras son así.

—Y a ti te da igual mientras vendas aeronaves y aeroplanos y ganes mucho dinero.

—Vaya con la pequeña agitadora...

Le agarró con fuerza la muñeca. Le hacía daño, pero no iba a darle la satisfacción de quejarse. En realidad, su fuerza física le causaba placer aunque le doliese. Igual que a él le fascinaba su resuelta oposición. Era la única mujer que le desafiaba abiertamente.

—He oído que ahora hay aeronaves de madera —dijo ella despechada— y unas desmontables más pequeñas, mejores que las del conde Zeppelin.

Él sonrió.

—Yo he convencido a la marina de que las aeronaves hechas con madera y cola no son prácticas para operar en el mar con mal tiempo.

—¡Tú sólo piensas en el dinero! —replicó ella.

—Zorra, ¿cómo puedes decir eso cuando tengo dos hijos luchando por Alemania? —replicó él en voz baja soltándola del brazo.

—Perdona, Harry, no quería decir eso.

Winter apartó lentamente la negligé de seda de sus hombros para contemplar su blanco cutis.

—Eres una delicia, querida Martha. Se te perdona todo por tus abrazos.

Era el modo frívolo y altanero que él adoptaba para sus escarceos amorosos; una manera para evitar una discusión seria.

Pero cuando iba a abrazarla se oyó llamar a la puerta del dormitorio. Martha se apartó y ajustándose el camisón fue hacia la puerta.

Era la doncella y él no pudo oír lo que decía. Pese a lo que aseguraba su médico, estaba convencido de estar quedándose sordo.

—¿Qué sucede? —preguntó cuando ella volvió a la cama—. Métete en la cama, tigresa. —Pero ella se quedó allí, de pie; una mujercita pálida, con

gesto desamparado y el pelo azabache caído sobre los ojos, hasta que se lo echó hacia atrás con sus menudas y perfectas manos.

—Los zepelines que salieron anoche para Inglaterra... Cinco no han regresado. Tu hijo Peter... —No pudo seguir, y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Peter... ¿qué? —Saltó de la cama, se acercó a ella y se abrazaron.

—Mi pobre Harry —dijo ella entre sollozos.

Era casi mediodía cuando Peter comenzó a recobrar el conocimiento. Mucho antes de probar a abrir los ojos olió el éter. La sala hospitalaria estaba inundada por una luz amarilla: el sol que atravesaba las persianas. Al mover los pies —un movimiento para probar si estaba entero— sintió contra los dedos las tiasas sábanas almidonadas. Sólo entonces se dio cuenta de que no estaba solo en aquella sala. Dos hombres con bata blanca junto a la ventana examinaban un gráfico en una tablilla.

—... El único que se salvó de la barquilla de control —decía uno.

—¿Y totalmente indemne, dices?

—Sólo arañazos y contusiones, y el dedo.

—¿Ha perdido un dedo?

—No, ha tenido una suerte increíble. Le he amputado la punta.

—Además, era el de la mano izquierda. Me imagino que para un joven no tiene gran importancia.

—A menos que fuese pianista...

—Y el pianista... Hennig se llama, ¿no?, es el que tiene el tobillo roto. No, si lo que yo digo: los designios de Dios son extraños.

—Es una curiosa guerra, ¿verdad? El estado mayor planifica bombardear con zepelines el ayuntamiento de Saint Omer con todos los comandantes aliados y los reyes de Inglaterra y de Bélgica, y el kaiser lo prohíbe.

—¿Te parece mal?

—Después de toda una noche viendo los cadáveres cruelmente mutilados de tantos jóvenes, lo único que digo es que es una curiosa guerra.

Peter oyó cómo colgaban la tablilla en el gancho y salían de la habitación, pero siguió con los ojos cerrados como si durmiese.

En Inglaterra, al día siguiente, la población acudió a ver los restos del zepelín abatido en las afueras de Londres. Frederick William Wile —excorresponsal

en Berlín del *Daily Mail*— escribió: «... hasta los que mayor repulsa sienten por la brutalidad de estos bombardeos sobre la población civil indefensa no han podido reprimir su horror al verlo». Y continuaba diciendo: «Es tradición de los Hohenzollern que el rey de Prusia recorra el campo de batalla en que han caído sus soldados y mire a los muertos a la cara. La guerra de trincheras y la lógica prevención por su pellejo han impedido que Guillermo II cumpla el necrófilo rito en esta guerra. Pero ojalá un cruel hado hubiese cogido al kaiser por la temblorosa mano ayer por la mañana para conducirlo a ese prado de Hertfordshire empapado por la lluvia, obligándole a contemplar los restos carbonizados de los cadáveres que horas antes formaban la tripulación de una aeronave de la Alemania imperial. Ojalá el conde Zeppelin, creador de esta curiosa rama de la Kultur que envía a los asesinos de infantes a la muerte, hubiera estado en el séquito del Supremo Señor de la Guerra. Me pregunto si contemplando de cerca aquel lastimoso montón de cráneos destrozados, brazos y piernas segados, huesos revueltos y carne desollada, el kaiser se habría desdicho del voto expresado hace ocho años en Donau-Eschingen, en la Selva Negra, cuando calificó al inventor de este horror aeronáutico de “el alemán más grande del siglo XX”».

**1917**



## «No tan fuerte, la voz se propaga en la noche»

A Paul Winter le habían llamado tantísimo «pequeño Pauli», que a sus diecisiete años aún seguía considerándose así. Tenía ese rostro angelical que a algunos hombres les hace jóvenes y atractivos toda su vida. Algunos le llamaban «Lucky». Pero era una perra suerte que un miembro del cuerpo de oficiales prusiano en servicio activo en el frente oeste estuviera destinado al maltrecho regimiento de infantería bávaro real. ¿Qué hacía el «pequeño Pauli» sentado en aquella profunda trinchera del frente oeste, escuchando las explosiones amortiguadas de los obuses enemigos? El bombardeo matinal había comenzado sobre el sector anexo, pero cada vez caían más cerca. Trató de desechar el temor y de concentrarse en escribir una carta a sus padres. La trinchera era oscura y sólo disponía de la luz temblona de la vela. Sacó punta con un cortaplumas a su lápiz de tinta y lanzó un profundo suspiro.

Mas aquel análisis interior no significaba que sintiese pena de sí mismo. Los últimos restos los había desechado durante los años en la escuela de cadetes. Pauli aceptaba la vida día a día tal cual, pero eso no quería decir que no se interrogase a propósito de por qué durante tanto tiempo su vida había consistido en comidas espartanas, férrea disciplina y tan escasas diversiones. Régimen al que últimamente se sumaban el barro pegajoso, un peligro mortal y largos períodos de aburrimiento. Pauli era un muchacho bonachón y amante del placer, que sólo quería vivir y dejar vivir.

*Queridísimos padres:*

*Gracias por el paquete. Llegó bien. Muy amable la cocinera por hacerme esos calcetines, pero son muy grandes; dos números más. Aunque, no importa, otro compañero los aprovechará. He repartido la lata de carne con mi amigo Alex, pero el resto de las cosas nos las comimos en una fiestecita. No*

*os preocupéis por mí, porque estoy a muchos kilómetros de donde se combate de veras. Casi todo el tiempo estoy en el cuartel general y ni siquiera oigo la artillería.*

Dejó de escribir, pensando en que tal vez exageraba, porque los cañonazos se oían desde Bruselas y sus padres debían saberlo. Y añadió:

*Salvo cuando el viento sopla del oeste. Peter va a venir a verme hoy y almorzaremos en el cuartel general.*

No sabía qué más decir. Varias veces, casi desesperado por el frío, la suciedad, el barro y la cruel pérdida de compañeros, había intentado escribir cartas que describiesen da auténtica realidad, pero siempre desistía y redactaba el mismo tipo de banalidades tranquilizantes que todos escriben a casa para que los padres vivan felices en la ignorancia. Y escribió:

*Aquí hace buen tiempo para esta época del año y la guerra nos es favorable. Ahora tengo que terminar, porque es muy temprano y me quedan muchas cosas que hacer.*

*Ya os escribiré otra vez —más extensamente— después de la visita de Peter.*

*Vuestro hijo que os quiere.*

La firmó cuidadosamente y la releyó antes de meterla en el sobre. Siempre les prometía «una carta más larga», pero nunca la escribía; sólo aquella especie de notas dando las gracias. Mentalmente escribía cartas maravillosas, pero nunca las trasladaba al papel. Siempre tenía mala conciencia por no preocuparse de sus padres, pues sabía cuánto les agradaba tener noticias suyas y lo que se preocupaban por él. Ignoraba si todos los hijos tenían la misma mala conciencia en la relación con los padres, y, concretamente su hermano Peter: ¿tendría él mala conciencia? Pero no hacía falta que se lo preguntase; sabía que no. Peter se preocupaba por ellos y les escribía todas las semanas largas cartas explicativas. Pauli había visto las cartas amontonadas en el escritorio de su padre. Y ellos las leían una y otra vez. Y, sin embargo, sabía que no se preocupaban por Peter como lo hacían por él, sobre todo desde que le habían dispensado de los servicios de vuelo después del accidente. Peter estaba destinado desde las navidades de 1916 a servicios de enlace en

Bruselas, y ahora su existencia corría el mismo peligro que si hubiese vivido en Berlín. Allí en el frente sí que era arriesgada la vida; el regimiento había perdido catorce oficiales en cinco semanas: cinco muertos y nueve heridos. Sacó del bolsillo la tarjeta postal en la que Peter le comunicaba su visita. Había mirado miles de veces la fecha, el lugar y la hora. Volvió a guardársela con otras tarjetas de Peter, pero abultaban tanto que no podía abrocharse el bolsillo. Desde que ingresó en la escuela de cadetes, Peter le enviaba tarjetas periódicamente: cada dos semanas como mínimo, nunca pasaban tres. A veces le escribía sólo una frase; una broma, un saludo, un recuerdo del pasado o uno de los repetidísimos proverbios escoceses de su nodriza. ¿Cómo sabría Peter lo que a él le gustaban las tarjetas postales? Porque Pauli no se lo había dicho nunca; ni se las contestaba. Peter, Peter, Peter. ¡Cómo le echaba de menos!

—¡Mensajero! —Era una voz de mando de oficial prusiano y Pauli siempre se sorprendía un poco de oírse a sí mismo.

—Sí, mi teniente —respondió el soldado casi cayéndose en los escalones de la trinchera. Les pasaba a casi todos los campesinos jóvenes que formaban en su mayoría el regimiento. El resto eran hombres mayores con familia o impedimentos físicos que los habían apartado de la guerra hasta el año anterior, cuando las bajas fueron requiriendo cada vez más hombres. Venían con una instrucción mediocre, pues el regimiento no tenía destino en un sector concreto del frente, sino que era un campamento de instrucción para enseñar a aquellos hombres a marchar y a disparar. En el tiro, la mitad de ellos nunca daba en el blanco, y no digamos hacer diana. Los pelotones de ametralladoras eran horrorosamente lentos desmontando las armas o limpiándolas cuando se atascaban. Si la infantería inglesa decidía atacar en aquel sector, les resultaría un paseo. O al menos así se lo parecía a los que no conocían el estado de los soldados ingleses que tenían enfrente. Pero Pauli había hablado con muchos prisioneros y sabía que el invierno y las interminables lluvias, con las trincheras inundadas, había rebajado tanto la moral del enemigo, que los ingleses ansiaban la perspectiva de un campo seco de prisioneros de guerra lejos del frente.

La teoría que sostenían los generales en el cuartel general del ejército imperial era que unos cuantos suboficiales y algunos oficiales prusianos bien preparados en cada compañía operarían una milagrosa transformación en las fuerzas de combate, pero no era así. Los «oficiales prusianos bien preparados» no eran mejores que los muchachos de las escuelas de cadetes, y algunos habían hecho menos instrucción que Pauli. En cuanto a los

suboficiales con experiencia, tenían demasiada. Eran veteranos desilusionados, muchos de ellos recién salidos del hospital; hombres que habían imaginado que pasarían el resto de sus días en un destino tranquilo con reclutas. Ahora se veían de nuevo en el frente y, en lugar de estar con sus camaradas, tenían que hacer de niñeras de aquel montón de campesinos desaliñados e imbéciles, algunos ni siquiera bávaros. Muchachos con acentos austríacos incomprensibles o apellidos húngaros impronunciables. No era de extrañar que hubiese murmullos de descontento, panfletos marxistas, y de vez en cuando alguna herida con todos los visos de haber sido autoinfligida.

Metió la carta en una bolsa de hule para protegerla del barro, la lluvia y la porquería de las manos del mensajero.

—Lleva esta carta al cuartel general del regimiento y dile al administrativo que la incluya en el correo de oficiales para que salga esta misma mañana. ¿Has entendido? —Se oyó una explosión que hizo parpadear la vela y caer unos fragmentos de barro seco del dintel—. No ha caído muy cerca: al otro lado de las vías del tren... o quizá más lejos. —Era la reacción instantánea, para tranquilizar al que estuviera al lado. Pauli se guardó el precioso trozo de lápiz de tinta en el bolsillo de la guerrera y se lo abotonó.

—Sí, mi teniente.

El muchacho no se lo había creído, claro; los mensajeros circulaban por todos sitios y conocían la situación. La artillería inglesa estaba batiendo las trincheras de comunicación para que no pudiesen enviar refuerzos cuando atacasen. Corría el rumor de que lo harían dentro de dos o tres días. Últimamente se veían muchas patrullas inglesas, y eso solía ser señal de ataque inminente. Pauli lo sabía perfectamente porque era el único oficial del regimiento que hablaba bien el inglés y le llamaban para interrogar a los prisioneros o examinar los efectos personales de los muertos ingleses antes de enviarlos al servicio de inteligencia. Dos días: tres a lo sumo. Se lo había prácticamente confesado un sargento de los South Wales Borderers.

El soldado cogió el paquetito de hule, tropezó con la culata del fusil y chocó con el casco contra el bajo dintel al subir los escalones de salida de la trinchera. Pauli le contempló sin decir nada: él también era torpe por naturaleza. También él tropezaba con los escalones muy a menudo. ¿Por qué serían así algunas personas, sin remisión? A Pauli le habría gustado ser mañoso y elegante, pero era incapaz de bailar sin pisar los pies a su pareja.

Al volver a cerrarse el faldón antigás de la puerta, un fuerte olor a cordita reciente y el hedor de las letrinas invadieron la trinchera. Bueno, era un

cambio respecto al perenne olor a cuerpos sucios y a putrefacción que constituía la atmósfera normal allí dentro.

—¿Qué hora es? —dijo una figura poniendo las piernas en el suelo desde uno de los búnkeres de madera del extremo de la trinchera y desprendiéndose perezosamente de la manta que la envolvía. Alex Horner, el mejor amigo de Pauli en la escuela de cadetes, también había sido destinado al regimiento. Los dos muchachos habían alimentado la esperanza de que los destinasen a alguna unidad prusiana mejor, caballería, guardias o dragones, en lugar de a aquel conglomerado de reclutas forzosos, pero estaban juntos y era el único consuelo en la existencia miserable y sufrida que llevaban.

—La próxima vez que vaya a intendencia te traeré un reloj con esfera luminosa —dijo Pauli con sorna.

—Creo que tardarás —respondió Alex, restregándose la barbilla para ver si le era imprescindible afeitarse para que no le amonestase el comandante. Decidió arriesgarse: a los diecisiete años la barba no crece mucho en un día. El teniente Alex Horner iba adquiriendo aspecto de oficial prusiano. Un duelo en la escuela de cadetes le había dejado en el mentón la cicatriz de un sablazo, y por los piojos que había en el frente casi era conveniente afeitarse incluso la cabeza. Pero aún no era el característico prusiano sobrio e inflexible: para empezar, sonreía demasiado y su nariz era insolente y respingona, más bien el tipo de nariz de hija de granjero que de un oficial prusiano.

—Son las tres treinta y dos —dijo Pauli.

—Una hora horrorosa para despertarse.

—Revista dentro de un cuarto de hora.

Al amanecer se cubrían las trincheras porque era la hora más idónea para que atacasen los ingleses, pero como las trincheras estaban llenas de tropas de infantería, era también un buen momento para bombardearlas violentamente con mortero.

Alex Horner palpó en el suelo buscando sus cigarrillos; los encontró, con las cerillas, en el casco. A diferencia de casi todos los soldados, Alex Horner no podía dormir con el casco puesto. Después de encender el cigarrillo se anudó los cordones de las botas y se abotonó el jersey de lana, la guerrera y el abrigo en que había dormido. Sus gestos eran lentos, como los de un borracho. La tensión, la falta de descanso y el monótono rancho, tan falto de proteínas, los convertían a todos un poco en robots.

—Si al menos el ejército no hubiese disuelto los zepelines... —dijo Alex echando agua de colonia en un pañuelo sucio y limpiándose la cara.

—Pero lo han hecho —replicó Pauli, que había oído contar aquello a Alex mil veces.

—Tenía la solicitud recibida y aprobada, y el examen físico habría sido un simple formulismo. Estoy perfectamente en forma; tú lo sabes, Pauli.

—Lo sé —respondió Pauli. No podía ser cortante con su amigo; los dos necesitaban tener a alguien a quien quejarse. Y como no había con ellos otros amigos, se contaban mutuamente las mismas historias una y otra vez.

—Ahora estaría volando.

—A lo mejor puedes obtener el traslado a la división aérea de la marina.

—Tú ya sabes que eso no lo autorizan.

—Hablaré con mi hermano cuando le vea. A lo mejor él puede echarte una mano.

—Tenía hasta comprados los libros sobre reparación y mantenimiento de motores.

—Las aeronaves son peligrosas. La de mi hermano Peter la derribaron.

—Tú díselo. Si me dejasen entrar de aspirante de marina...

Los dos sabían que no existían posibilidades de traslado a la marina, pero por mutuo consenso hablaban de ello a menudo.

—Alex, ¿tienes la pistolera y la linterna? Es hora de ir.

—A mí lo que me mata es esta rutina. Ahora a pasar revista una hora, helándose, y el capitán se tira una eternidad inspeccionando los fusiles.

—Hoy no; es sábado de Pascua. ¡Despierta, Alex! Tenemos que hacer la ronda de inspección de los centinelas y luego ir a la antigua línea de abastecimiento al regreso de la patrulla de alambradas.

Alex asintió con la cabeza, pero siguió quejándose.

—Luego, cuando vengan con el desayuno, los ingleses acribillarán a morteros las trincheras de comunicación y esos imbéciles lo dejarán tirado en el barro, como hicieron tres veces la semana pasada. El lunes sólo me tocó un panecillo y media taza de café.

—¿Es que nunca piensas más que en comer y beber, Alex?

—¿Y qué quieres que haga aquí? —Era la «reclamación matinal» de Alex. Pauli estaba acostumbrado al mal humor de su amigo, inmediato al despertar. Al cabo de una hora habría recuperado su ánimo habitual, pero hasta entonces necesitaba quejarse—. Me imagino que estarán a punto de aparecer los aviones.

—Es muy pronto. Los ataques de la semana pasada fueron de aviones que volvían de patrullar. Las patrullas inglesas salen al amanecer y regresan una

media hora más tarde. A lo mejor el día de Pascua los pilotos ingleses se quedan en la cama.

—¿Y dónde están nuestros aviones?

—Los ingleses son asiduos a entrar en nuestro espacio aéreo todas las mañanas. Dicen que eso mantiene su espíritu de combate. Envían a las patrullas de infantería a nuestras trincheras por el mismo motivo. Tienen miedo de que la tropa pierda la moral bélica si no la envían a menudo al combate.

—¿De eso te enteras hablando con los prisioneros?

—No lo ocultan.

—¿Está hoy de servicio el teniente Brand? —preguntó Alex como cosa casual, pese a que el inminente encuentro con el temido Brand era lo que más preocupaba a los dos jóvenes.

—Sí, es oficial de día.

—¡Dios! —exclamó Alex tocándose la barba y lamentando no haberse afeitado.

El teniente Heinrich Brand era un hombre tiránico y cruel que buscaba cualquier oportunidad para amargar la vida a sus oficiales jóvenes. Brand tenía treinta y dos años y era hijo de un panadero de un pueblo próximo a la frontera austríaca. Había ingresado de muy joven en la caballería bávara, alcanzando el grado de sargento primero en 1914, y era a lo máximo que habría podido aspirar de no haber estallado la guerra. A fines de 1914 era suboficial de primera en el campamento de instrucción del regimiento, pero había sido en el frente oeste, en la batalla a principios de 1915, en donde había salvado la vida a su comandante. Los cosacos habían destrozado el regimiento de caballería durante una retirada a través de un bosque que resultó ser un pantano y una llanura en la que la caballería rusa pudo demostrar su mayor habilidad e irreflexiva audacia. A Brand le habían concedido la Cruz de Hierro y un nombramiento por su actuación en el terrible combate de aquel día, pero los mismos oficiales que admiraban su valentía evitaban juntarse con aquel aldeano y Brand se vio muy pronto aislado. Y esta vez ni siquiera estaba en caballería.

La noche era cerrada y fría, y lloviznaba. El viento hacía sonar los innumerables alambres de espino que llenaban la tierra de nadie. Pauli y Alex no dejaban de pensar en Brand conforme avanzaban por los tablones que cubrían el fondo de la profunda trinchera. El teniente mostraba particular inquina contra aquellos dos retoños de la escuela de cadetes más selecta del ejército prusiano porque les tenía envidia. Habría dado cualquier cosa por

haber tenido el señorío, el estilo y los orígenes de los dos jóvenes, y más aún su puro acento berlinés.

—Le odio —dijo Alex Horner mientras seguían la línea en zigzag de la trinchera con los faldones del abrigo pesados por el barro acumulado. El cielo estaba despejado, con miles de estrellas y una luna casi llena muy amarilla. Hacía mucho frío. Los tablones formaban una masa helada compacta con el barro y no se hundían bajo sus pasos como solía pasar durante el día.

—No hables tan alto —dijo Pauli—, la voz se propaga en las noches como ésta. Anoche pude oír a los camilleros cuando llevaban las bajas al puesto médico junto al cuartel general, y fíjate lo lejos que está.

—¿Y el inglés que la semana pasada quedó en la tierra de nadie? ¿No le oíste sollozar?

—Le oí blasfemar —contestó Pauli.

Ahora hablaban los dos entre susurros mientras seguían avanzando por la trinchera.

—Eso fue después —dijo Alex—. Al final.

—Imagínate, estar ahí con la pierna destrozada. ¿Lo has pensado alguna vez, Pauli?

—No, no pienso nunca en eso —respondió Pauli, pero en realidad, como a todos, ese tipo de ideas le obsesionaban y le producían pesadillas. Los gritos y llantos de los ingleses heridos de muerte afectaban a quienes los oían. Incluso a Brand se le había oído maldecir al agonizante.

Llegaron al primer puesto de centinela. El soldado estaba de pie en el escalón de fuego mirando por encima del parapeto. Incluso los campesinos tenían aspecto heroico en aquella postura, arropados con una manta llena de barro y quietos como una estatua.

—¿Has visto a los de alambradas? —inquirió Pauli.

—No, mi teniente —contestó el centinela sin volver la cabeza. Los centinelas aprendían en seguida lo peligroso que era hacer cualquier movimiento que pudiesen detectar los francotiradores ingleses. La semana anterior habían matado a dos centinelas, los dos con gafas. Se suponía que la luna, o, en un caso, un destello había hecho brillar los vidrios. Un oficial había sugerido que dispensasen de servicio de centinela a los hombres que llevasen gafas, pero en una unidad de segunda como aquélla, con tanta tropa de las categorías médicas inferiores, habría sido injusto recargar al resto de los soldados.

—Ningún movimiento, mi teniente —añadió el centinela.



Igual situación en el segundo puesto y lo mismo en el tercero. Pero eso no significaba que no hubiese nadie allí en la maraña retorcida y confusa de la tierra de nadie. Las patrullas inglesas se movían con rapidez y sigilo y llevaban cuchillos de trinchera y porras. El último mes, en más de una ocasión había penetrado una patrulla inglesa en las trincheras de primera línea alemanas, logrando escapar antes de que se diera la alarma. Trataban de hacer prisionero a algún oficial; ése era generalmente el motivo de aquellas infiltraciones, pues un oficial con documentos secretos podía ser útil al servicio de inteligencia para averiguar el lugar en que se reagrupaban las tropas alemanas, y ése sería el punto idóneo a atacar en el momento de la ofensiva.

—El teniente Brand no debería haber enviado una patrulla de alambradas en una noche como ésta —dijo Pauli—. Hay demasiada luz.

—El alambre estaba roto.

—El alambre siempre está roto. Es criminal enviar hombres a repararlo una noche así.

Dieron la vuelta a la esquina y emprendieron el camino de «la antigua línea de abastecimiento». Aquellas trincheras, capturadas a los ingleses, eran muy deficientes comparadas con las alemanas. La infantería inglesa las improvisaba y montaba unos abrigos poco profundos, con techo de chapa ondulada, y no contaban con los profundos refugios, habituales en las posiciones construidas por los alemanes en primera línea. A nadie le gustaba aquel tramo de la primera línea. Aparte de estar muy mal construido, el sistema de trincheras era un perfecto error; las viejas escaleras de hierro miraban al este y «zapas», secciones de bombardeo y puestos de ametralladoras estaban en el lado contrario y expuestos al fuego enemigo. Lo peor de todo era el olor, porque aquel tramo del frente estaba lleno de cadáveres integrados en las excavaciones.

El temido teniente Brand estaba de pie en el peldaño de fuego mirando el interminable barro brillante de la tierra de nadie. No utilizaba periscopio ni la plancha agujereada de hierro que procuraba cierta protección; le gustaba demostrar su valentía, que pensasen que era de un valor suicida. Los hombres le llamaban «Heini el loco», y él estaba ufano del mote, aunque habría castigado severamente al que hubiera oído llamárselo.

—¡Horner! ¡Winter! —dijo bajando del peldaño—. Llegan tarde; les pondré en el parte.

No llegaban tarde, desde luego; llegaban con tres minutos de adelanto, pero no iban a ganar nada discutiendo. De todas formas, el mayor creería lo

que dijese Brand, o al menos fingiría creerlo. El mayor estaba quemado y hacía lo que le parecía más fácil, pues discutir con Brand era una pesadez. Brand se conocía las ordenanzas de pe a pa —se las había aprendido de joven— y el mayor había aprendido por experiencia que Brand no tenía rival en aquella especie de «lenguaje jurídico».

—Los oficiales jóvenes deben dar ejemplo a la tropa —dijo Brand. Siempre decía eso, pero cada vez que lo decía parecía una observación nueva y original de la que había que tomar buena nota—. ¡Horner! No se ha afeitado. Ustedes se creen que pueden hacer la ley, que un regimiento bávaro no tiene categoría para los prusianos. Pues yo los convenceré de que sí la tiene. Y si el castigo es el único medio, ¡pues castigo al canto!

Brand hacía todo lo posible por hablar como un caballero, pero cuando se excitaba se acentuaba su deje bávaro.

Pauli le miró. La primera vez que había oído hablar de aquel sargento primero bávaro que había ascendido a oficial en el campo de batalla había esperado encontrarse con un viejo de rostro coloradote y grueso vientre, con narizota y gran bigote. Pero Brand era más joven que los otros comandantes de la compañía, estrecho de cintura y más bien guapo. Tenía una nariz pequeña y huesuda y una frente alta con cejas bien puestas y ojos vivaces de loco. Los ojos los movía continuamente, como si alguien fuese a atacarle. Cuando se quitaba el casco, como hacía cuando miraba por el periscopio de trinchera, podía verse que no llevaba el pelo cortado al cero como él quería imponer a los que estaban a su mando. Brand llevaba el pelo ondulado, con un corte medio. Y se las arreglaba para estar aseado hasta en primera línea. Vestía una trinchera que había quitado a un oficial prisionero —«trenchcoats» las llamaban los ingleses— y, debajo, el uniforme, con Cruz de Hierro incluida, se mantenía bastante limpio y seco. Brand llevaba en la mano una fusta con la que gustaba de señalar cosas o personas, fustigar a los soldados que lo requerían o simplemente zurrarse el muslo mientras reflexionaba. Ahora se estaba zurrando el muslo.

—Van ustedes a tener hoy buena faena, amigos. Winter, vuelva al pueblo y traiga un equipo de sepultureros al puesto número tres. Ya es hora de que nos deshagamos de esos cadáveres, porque apestan —dijo fustigándose repetidamente la trinchera y volviéndose hacia Alex asintiendo con la cabeza—. ¡Horner!, el mayor necesita a alguien que vigile la reconstrucción del refugio largo. Tenía que haberse acabado hace dos días. Métales prisa. Luego iré yo a verlo.

—Mi teniente, hoy tengo que ir al cuartel general porque viene mi hermano. Tengo permiso del mayor —dijo Pauli.

—Haga lo que se le dice, Winter. Quiero que se entierren esos cadáveres *tout de suite*. —A Brand le encantaba decir cosas en francés, como había oído a los oficiales del regimiento de caballería.

—Viene mi hermano de Bruselas. El mayor lo solicitó al coronel por vía oficial.

—También la guerra es oficial —replicó Brand. Ahora se estaba divirtiendo. Los miró a los dos con una sonrisita como invitándolos a regocijarse. Luego volvió a fustigarse el muslo—. Las reuniones familiares se efectúan con autorización del comandante en jefe, pero aun así están subordinadas a las necesidades de la situación militar. No sé si su hermano es un badulaque flojo e inútil como usted, Winter. Seguramente sí. Pero si no es un completo imbécil, sabrá que lo primero es el ejército. ¿No es así, Winter? ¿Entendido?

El teniente Brand estaba excitado como nunca aquel día y el motivo se vio claramente cuando el vicesargento primero llegó a informar que aún no había regresado la patrulla de alambradas. Brand volvió a mirar hacia la tierra de nadie, pero esta vez con el periscopio. El cielo ya se había encendido y cada vez había más luz. Si los doce hombres de la patrulla aún seguían vivos en medio de aquel barro, tenían pocas posibilidades de salvarse. Los ingleses dispararían contra todo bicho viviente: era lo que hacían ambos bandos. Había que temer cualquier tipo de arma nueva desde que el año anterior habían aparecido los tanques. Y el parte meteorológico anunciaba que soplaría una leve brisa del oeste, lo que beneficiaba a los ingleses si optaban por otro ataque con gases. ¿Qué sucedería entonces con aquella patrulla? Había salido con el equipo mínimo —algunos incluso sin casco— y dudaba mucho de que llevaran una sola máscara antigás.

—¡Pueden irse! —dijo Brand al recordar que ambos esperaban sus órdenes—. Y que no los vea perder el tiempo. Recuerden lo que he dicho: tienen que ser un ejemplo para la tropa.

El vicesargento asistía a la escena con rostro imperturbable, pero Brand no estaba dispuesto a que permaneciese neutral y, mientras miraba cómo los dos oficiales se apresuraban trinchera adelante, le sonrió para demostrarle que era una buena persona, un exvicesargento que sabía que los oficiales jóvenes eran unos bribones gandules. Pero el hombre no respondió a la sonrisa.

Una vez que Pauli y Alex llegaron al principio de las trincheras de comunicaciones, Pauli dijo:

—Tenía tantas ganas de ver a mi hermano... Le echo mucho de menos. Hace casi un año que no nos vemos y viene de Bruselas...

—Pues hazlo —dijo Alex. Sabía que para su amigo contaba mucho aquella visita porque prácticamente no había hablado de otra cosa en las dos últimas semanas—. La patrulla de enterramientos no necesita tu presencia para nada. Ten por seguro que no van a eternizarse en su faena. Acabarán el repugnante trabajo lo antes que puedan.

—Es que tiene que haber un oficial para recoger las placas de identidad de los muertos —respondió Pauli pensativo.

—¡Bah! —replicó Alex—. Ya lo hará el suboficial. Está Winkel y es buena persona.

—Pero Brand se enterará.

—¿Cómo va a enterarse? ¿Se lo vas a decir tú? ¿Se lo voy a decir yo? Y por Winkel no te preocupes.

—Irás a comprobar el enterramiento.

—¿Brand?, qué va. No se acercará al puesto número tres hasta que estén todos enterrados. A Brand no le gustan esas tareas. Por eso nos manda siempre a nosotros; es lo peor que puede encomendarnos.

—Es que le prometí a Peter...

—¡Tú ve! ¡Ve! Hazme caso.

—Iré hasta el pueblo a hablar con el suboficial encargado de la patrulla de enterramiento.

—Ya te he dicho que es Winkel. ¿Qué vas a decirle? ¿Que te da miedo Brand pero que de todos modos vas a desobedecerle?

—Creo que tienes razón.

—No se lo cuentes a nadie. Coge el camión del rancho en el pueblo y te llegas al cuartel general. ¿Has quedado allí con tu hermano?

—Sí.

—Pues vete, que tienes bastante camino. Yo te cubro. Tendré muchas oportunidades de abandonar la patrulla de reconstrucción del refugio, porque aún tardarán lo suyo con lo inundado que está. Sólo a un idiota como Brand se le ocurre mandarlos seguir —añadió Alex dando a su amigo una palmada en el hombro.

—Gracias —respondió Pauli, y sus temores y dudas comenzaron a disiparse mientras apretaba el paso por la trinchera camino del cuartel general de la división. Pediría consejo a su hermano respecto a aquel trato por parte de Brand. Peter sabría qué había que hacer; Peter lo sabía todo. Cuanto más

pensaba en él, más contento iba. La perspectiva de ver a su hermano le llenaba de alegría.

Se tardaba en llegar al cuartel general. Primero había que recorrer más de medio kilómetro de trincheras de comunicaciones para llegar a la carretera, pero bajo aquella fría lluvia de abril parecía más lejos. La trinchera estaba hundida en algunos puntos y había constante trasiego de tropas en sentido contrario. Tuvo que ceder el paso a los destacamentos de rancho y dejar que circularan los refuerzos, por lo que tardó casi una hora en llegar a la carretera hundida, que en algunos tramos apenas era un tosco camino, aunque quedaba oculta incluso para los mejores puestos de observación de la artillería inglesa y a cubierto de todo riesgo, excepto las raras salvas del cañón del veinticinco que saludaban a cualquier nubecilla de polvo que se produjese en los cruces. Pero con aquella lluvia no había polvo.

En el cruce había tres policías militares. Dos estaban en cuclillas en un refugio atrincherado con techo de chapa *galvanizada*. Los tres eran jóvenes, no mayores que Pauli. Llevaban al cuello la cadena que sujetaba la pequeña gola metálica que los distinguía y que era motivo de que sus compañeros los denominasen «perros encadenados». No era un destino envidiable, porque no sólo tenían que comprobar la documentación de cualquiera que salía de primera línea, sino también hacer circular los transportes en aquel punto tan interesante para la artillería inglesa, y era una tarea que causaba una media de bajas superior a las de la infantería de primera línea. Pauli sintió cierto consuelo al considerar que había destinos más peligrosos que el suyo.

Preguntó el camino a uno de los policías. No es que no lo supiera, pero todavía se sentía nervioso por desobedecer expresamente las órdenes de Brand y quiso tranquilizarse un poco hablando con ellos. El soldado —un muchacho bien alimentado, de rostro pálido con hoyuelos y bigote ralo— le habló animado, sin insubordinación, pero no realmente con la deferencia debida al rango superior. Pauli había observado aquella actitud llana en otros soldados de su regimiento, casi siempre en hombres ya mayores con familia. Generalmente se daba en individuos ya resignados a una muerte inevitable.

—El general se ha buscado una llamativa residencia —dijo el policía militar con cierta soma. En aquel terreno de batalla no eran muy solicitados los lugares llamativos—. Un castillo con dos torres puntiagudas... Estuve allí de servicio el mes pasado. Verá las ruinas de la iglesia al llegar al pueblo.

Luego está el burdel de oficiales, ya verá el cartel, y las casetas de los centinelas quedan a la derecha. Pero aún hay bastante camino.

No requirió los papeles a Pauli y éste se preguntó si a un oficial podrían fusilarle por semejante desobediencia. Si Brand citaba la ordenanza exacta, era bastante probable; ahora casi se arrepentía, pero ya era demasiado tarde.

—Tome el carro del rancho —dijo el soldado—, que tiene que volver por aquí. Espere en el refugio, si quiere.

—Seguiré a pie —contestó Pauli, pensando en que los otros dos quizá no fuesen tan negligentes respecto a sus órdenes por escrito, o mejor dicho su falta de ellas.

—Yo no soy alemán; he nacido en Viena —añadió el soldado, sin necesidad porque su fuerte acento nasal era inconfundiblemente vienés.

—Yo también —dijo Pauli.

—¿Ah, sí? Ojalá estuviésemos allí, ¿verdad?

En ese momento Pauli consideró que la familiaridad del muchacho caía en la insubordinación, pero no quiso fastidiarle.

—Pronto estaremos —dijo.

—Sí, mi teniente —contestó el policía militar, saludando al advertir el enojo del joven oficial. La lluvia hacía brillar su casco y le caía por el rostro como lágrimas. Naturalmente que no creía que el teniente fuese de Viena, porque Pauli nunca había tenido acento vienés, aunque era capaz de imitarlo muy bien; no, él se había criado en el habla de Berlín, y su deje, aunque no sus modales, era el del cuerpo de oficiales.

Al reemprender el camino arreció la lluvia. Dejó atrás los cadáveres hinchados y hediondos de dos caballos con una rueda rota al lado, a guisa de lápida. Era un hedor insoportable y Pauli se abotonó el abrigo apretándoselo en el cuello y se quitó el casco para limpiarse el sudor de la cabeza y la cara. Se debía en cierto modo al ejercicio de la caminata, pero también al miedo.

A unos quinientos metros del cruce tomó el carro del rancho que regresaba vacío al almacén. Se sentó junto al conductor —un hombre taciturno, a Dios gracias— y contempló a los caballos holandeses avanzar trabajosamente por aquel camino bajo la lluvia. Su paso no era más rápido que el suyo, pero allí en el pescante se iba mejor que pisando charcos y barro. El paisaje era gris, brumoso y monocromo. Había poco movimiento, aparte del tráfico militar y algunos campesinos que, a pesar de todo, tenían un desesperado apego a sus parcelas.

Eran casi las nueve cuando llegó al cuartel general de la división, situado, como le había dicho el policía militar en una mansión. Tenía un gran cercado

para caballos y en él pastaban una docena de magníficos ejemplares de la caballería, que le miraron al pasar y luego siguieron con la hierba. En el huerto descansaban unos funcionarios junto a una cocina de campaña instalada en lo que debía de haber sido un jardín de hierbas aromáticas. Pauli no quería ir a la cantina de oficiales, por lo que pidió algo de comer al sargento primero y éste le dio un tazón metálico con sopa de guisantes de lata con dos trozos miserables de salchicha flotando. Estaba templada y casi no sabía a nada, pero le calentó el cuerpo.

En la majestuosa entrada con suelo de mármol había un suboficial con uniforme del regimiento de fusileros de Baviera sentado ante una mesa. A su alrededor se producía un constante ajeteo de mensajeros y al pie de la imponente escalera había un ruidoso grupo de oficiales de estado mayor. No eran las voces que Pauli había oído en el terreno de desfiles en Lichterfeld, sino las voces chillonas y excitadas de saludables jóvenes aristócratas. Todos fijaron la mirada en Pauli. Raras veces se veían en la retaguardia hombres que viniesen directamente del frente, y el suboficial de la mesa —que nunca había estado en las trincheras— tampoco había visto en su vida un oficial tan sucio.

Tras informarse, Pauli subió por la imponente escalera y encontró a Peter en un cuarto hablando con un capitán muy elegante. Era un hombre de unos cuarenta años, con las insignias de un importante regimiento de caballería. Por el galón en la manga vio que era un oficial del estado mayor de la división. Peter y el capitán reían cuando Pauli entró y saludó.

¡Peter! Era el momento por el que tanto se había arriesgado, el encuentro que tanto había ansiado. ¡Peter! Deseaba echar los brazos al cuello de su querido hermano y darle un apretón, pero no podía hacerlo delante de un desconocido, y se quedó quieto sonriéndole.

—Así que éste es el hermano... —dijo el capitán, y los dos volvieron a reírse. Pauli envidiaba la facilidad de Peter para hacer en seguida amistad. Peter sabía cómo superar la brecha creada por el rango y la edad. Peter incluso podía reírse de un chiste con su padre, mientras que a él le trataban siempre como a un niño, tanto la familia como los desconocidos. Siempre que él se libraba de un castigo por alguna faena, era por su encanto, pero Peter hablaba con los otros como iguales, y eso era lo que Pauli admiraba tanto. Aquel hermano refinado nunca habría soportado los abusos del teniente Brand; habría sabido evitárselos. ¿Cómo? Sólo Dios lo sabía.

Peter se levantó y dio un apretón de manos a su hermano.

—Pauli, Pauli —dijo.

Sin quitar un solo momento los ojos de su hermano, Pauli tomó asiento en una dura silla de madera. Resultaba raro sentarse en una silla auténtica después de tanto tiempo en las trincheras.

—Os dejo solos —dijo el oficial de estado mayor—. Este fin de semana de Pascua no hay mucho que hacer, y seguramente casi todos los del estado mayor están de permiso en Bruselas.

El jovial militar dejó en el despacho a los hermanos y les envió un ordenanza que les sirviese café y aguardiente.

—Tienes un aspecto fatal —dijo Peter cuando estuvieron a solas, mirando los ojos hundidos de su hermano, su cabeza rapada, aquel tabardo mojado y las botas llenas de barro. Al aflojarse Pauli el cuello advirtió también la sucia camiseta—. ¿Es que no has tenido tiempo de ponerte un uniforme limpio? —añadió con voz de hermano mayor que regaña al pequeño por mancharse de salsa el babero, pero Pauli no quiso que se estropease el encuentro.

Por un instante no replicó. Sabía, claro, que los civiles no se hacían idea de que la primera línea era una simple zanja asquerosa en la que el ruido de las toses bronquíticas se oía al otro lado de la tierra de nadie y en la que la neumonía era tan mortífera como las balas y granadas enemigas. Pero que su hermano pensase que era un lugar en el que dispusiesen de uniformes limpios y planchados, le sorprendió.

—No he tenido tiempo —contestó. Le habría gustado llevar a Peter a las trincheras para enseñarle cómo eran. Si no, no lo entendería. La gente no podía hacerse una idea. Era inútil explicarlo.

—La primera obligación de un oficial es dar ejemplo —dijo Peter, muy estirado—. Te lo habrán enseñado en la escuela de cadetes. —Dios mío, igual que el teniente Brand, pensó Pauli, pero Peter sonrió de repente y cambió de humor—. Cuánto has crecido, Pauli... Te has ensanchado de hombros.

¿Sería el modo cortés de Peter de decirle que no había aumentado mucho de estatura? Pauli siempre había deseado ser tan alto como su hermano, desde siempre; pero ahora sabía que nunca sería alto, esbelto y elegante. Sería siempre bajo, rechoncho, cuadrado y torpe.

—Has ascendido —dijo Pauli. A lo mejor aquel nuevo círculo dorado en la bocamanga de su uniforme naval tan limpio y planchado se le había subido a la cabeza.

—En Bruselas un teniente primero es poco más que un bedel —respondió Peter pero, con un gesto que desmentía su modestia, se tocó la manga mientras lo decía.



—Tienes muy buen aspecto, Peter. —No dijo nada de la mano mutilada; procuraba no mirarla. La herida de Peter le asustaba de un modo como no lo hacía la primera línea. Peter era de su sangre y una herida suya le mortificaba.

—No hay ningún motivo para que no me reintegren al servicio de vuelo. Siendo teniente, y con mi experiencia, probablemente me den el mando de uno de esos nuevos zepelines que vuelan a gran altura. He intentado incluso que me destinasen a la flota de alta mar, pero el maldito cuadro médico no lo autoriza. A veces me pregunto si nuestro padre no se las habrá arreglado para separarme del servicio activo.

—No te quepa la menor duda de que lo intentaría si pudiese —dijo Pauli. Los dos sabían que su padre habría hecho lo que fuese por evitarle a Pauli ser destinado al frente oeste, y era evidente que sus intentos habían sido inútiles.

—Ahora que el ejército no utiliza zepelines, seguramente él tiene menos influencia. Pero en la marina todavía tiene peso.

—¿Cuándo le viste por última vez? —inquirió Pauli rascándose. Las pulgas y los piojos estaban a la orden del día en las trincheras pero advirtió que su hermano le miraba con horror al ver que tenía piojos.

—En Navidad. Me dieron una semana de permiso. Todos esperábamos que tú vinieras también.

—Tuvimos maniobras. En Navidad me dieron un pase de veinticuatro horas, pero a nadie se le autorizó a abandonar el cuartel. Hasta el coronel se quedó aquí.

—La infantería está ganando la guerra —dijo Peter.

—No estamos ganando la guerra —replicó Pauli—. Nos disparan y respondemos, pero no estamos ganándola. La *ganaremos*, desde luego, eso nadie lo duda, pero de momento es una especie de empate. Ningún bando avanza más que unos cuantos metros y los ingleses se están dejando batallones enteros en las alambradas.

—Al menos los rusos están *kaputt* —dijo Peter.

—Aquí no nos llegan muchas noticias.

—En marzo comenzaron los desórdenes en Petrogrado por falta de alimentos, y cuando enviaron a la tropa, ésta fusiló a los oficiales y se unió a la revuelta.

—¡Dios mío!

—¿No lo sabías?

—Sólo que el zar había abdicado y se había formado un gobierno provisional. ¿Es cierto que las tropas se han sublevado?

—Incluida la guardia imperial. Hay quien dice que todo comenzó en la guardia imperial, pero incluso en Bruselas es difícil tener noticias fidedignas. Los periódicos se contradicen unos a otros. Lo poco que sé me lo contó una persona que conozco en el mando supremo en Spa.

—¿Y qué va a pasar ahora?

—Los rusos no podrán seguir luchando mucho tiempo. En Berlín corren rumores de que el kaiser ha dispuesto expedir pases de libre circulación por Alemania a los marxistas revolucionarios para que regresen a Rusia.

—¿El kaiser autorizar semejante cosa? ¡Jamás!

—Los revolucionarios se han opuesto siempre a la guerra, por su solidaridad internacional, etcétera. Y si toman el poder en Petrogrado ordenarán inmediatamente un alto el fuego. Si no hay enemigo que combatir en el este, dispondremos de todas nuestras divisiones frente a franceses e ingleses y la guerra podría concluir en un mes.

—Demasiado bonito para ser verdad.

Peter asintió con la cabeza.

—Pauli, ¿qué harás cuando acabe? —dijo—. ¿Seguirás en el ejército?

—¿Y qué si no? Yo no valgo para la banca ni los negocios, y aunque valiese, no creo que me lleve bien con papá para trabajar con él todos los días. ¿Y tú qué piensas hacer?

—Se acabó lo del piano —respondió alzando su mano enguantada—. Iré a la universidad. Si papá quiere que estudie leyes, lo haré. Luego, si no me entiendo con él, puedo entrar en cualquier bufete.

—Háblame de mamá. Hace tanto tiempo...

—Sigue con su horrible acento americano, pero ya habla mucho mejor el alemán, porque advirtió que la gente la trataba mal pensando que era inglesa. Eso le hizo mejorar increíblemente su alemán.

—¿Tratarla mal? ¿Y quién iba a tratar mal a mamá?

—La gente en las colas de racionamiento.

—¿Mamá en las colas de racionamiento?

—Pauli, mamá ha cambiado. Igual que los judíos se muestran tan resueltos a probar su patriotismo, mamá y otros alemanes de origen extranjero están convencidos de que hay que hacer toda clase de sacrificios para ganar la guerra. Ahora ayuda a los soldados heridos a escribir cartas a sus familias, prepara vendajes y hasta pronuncia discursos en las reuniones para ayuda bélica.

—Pero si estaba muy enferma...

—Pues la guerra la ha curado. Cuando vuelvas a Berlín no la reconocerás.

—¿Y papá?

—Trabajo, trabajo y trabajo. ¿Te enteraste de que Hauser se incorporó al ejército?

—¿El viejo Hauser? ¿El mayordomo de papá? Pero si por lo menos tiene cuarenta años...

—Treinta y ocho. Me extraña que le admitiesen, pero se afeitó su horrible barba y dio una edad falsa en reclutamiento. Ahora está de profesor de conducción en una escuela de transportes de Frankfurt, y por lo que me ha dicho papá no hace más que alardear de cómo conducía el viejo Itala.

—¿Y cómo se las arregla papá sin él?

—Es increíble, pero conduce casi siempre él mismo.

—¿Y de mujeres?

Su hermano dudaba. Era un tema tabú, o al menos lo había sido hasta entonces.

—Va mucho a Viena —respondió finalmente.

—Creía que eso había acabado.

—Eso creo que pensaba también la pobre mamá.

—Papá debería darse cuenta del ridículo que hace con eso —añadió Pauli. Quería a su padre y le respetaba casi de un modo reverencial, pero ya había alcanzado la edad en que también se juzga.

—¿Tú crees que hace el ridículo? Casi todos sus amigos le admiran y le envidian. Es a nosotros a los únicos que nos parece ridículo, pero es porque lo sentimos por mamá.

—Quizá habría sido más feliz con el inglés.

—¿Qué inglés?

—No me digas que no te diste cuenta de que Piper, el inglés, quería que se fuese con él...

—¿Mamá?

—Tuvo una historia amorosa con el inglés. En Travemünde; cuando perdimos el *Valhalla*.

—Pauli, ¿estás loco?

—Tardé mucho en entender lo que había habido entre los dos, pero ahora que lo pienso, me doy cuenta de lo desesperadamente desgraciada que fue durante los años que siguieron.

—¿El inglés? ¿El espía?

—No era espía. Para papá era la mejor manera de atacarle.

—¿Dices que mamá tuvo una historia amorosa con el inglés y que papá lo sabía?

—Encontré su reloj de pulsera debajo de la cama de mamá... —Lo había dicho. Había tenido aquel secreto mil veces en la punta de la lengua, pero ahora lo había dicho. Y lo sentía.

Peter cerró los ojos.

—Es increíble —dijo finalmente.

—Increíble o no, es la verdad. Yo creo que mamá temía que yo dijese algo que la descubriese.

—No lo harías...

—Hasta años después no me di cuenta de lo que significaba haber encontrado allí el reloj, pero luego, cuando mamá se tomó el cloroformo el verano de mil novecientos catorce, y frau Wisliceny vino a cuidarla... Aquella noche, cuando fui a dar un beso a papá antes de acostarme, vi que había estado juntando los trozos de una carta. Debía de ser una carta del inglés a mamá.

—Ojalá no me lo hubieses contado —dijo Peter—. Me siento sucio.

—No seas absurdo —replicó Pauli—. ¿No tiene derecho mamá a estar con alguien que la quiera?

—Tiene a papá.

—Y él tiene media docena de mujeres. Por mamá no siente verdadero amor. A veces pienso que debió de casarse con ella sólo por el dinero de los Rensselaer.

Peter se sintió injuriado. No podía creer que Pauli hubiese cambiado tanto. Pauli había sentido terror por su padre...

—Si no fueses mi hermano, te diría que salieras.

—¿Para un duelo? —replicó Pauli riendo—. ¿Crees que me iba a arriesgar a perder la vida en un duelo? Donde ahora estoy veo a diario hombres mutilados y moribundos. La semana pasada estaba al lado de un centinela al que la metralla le trepanó la cabeza. Sus sesos me salpicaron la cara. Me reprochas que lleve un uniforme sucio. ¿Sabes de qué son las manchas de la guerrera? De sangre: sangre de los muchachos que se descuidan y no agachan la cabeza en el momento preciso o hacen demasiado ruido reparando las alambradas por la noche. ¿Y sabes de qué son las manchas del pantalón, Peter? ¡De heces! Me cago de miedo cada vez que oigo el silbido de un mortero o una granada, o cuando por la noche oigo las ratas que se mueven, que en realidad pueden ser una patrulla inglesa infiltrada que viene a degollarme. Gran sigilo y, ¡zas!, a la garganta. ¿Comprendes? Aprendes a degollar a un hombre poniéndole con fuerza una mano en la boca para que no grite.

—¿Tú has hecho eso, Pauli? —Su hermano se lo preguntaba con los ojos muy abiertos y lívido—. ¿Has matado con un cuchillo?

—Seis veces. Tengo un oficial superior, un despreciable déspota, que opina que los jóvenes graduados de Lichterfelde como yo deben exponerse al máximo peligro. Eso nos dice. Y también me dijo que no viniese hoy aquí. Supongo que eso también te sorprenderá. He venido, con este sucio uniforme que tú me echas en cara, desafiando las órdenes reglamentarias de un oficial superior. Y volveré a hacerlo cuando me parezca.

—Estás loco, Pauli.

—No, no estoy loco, pero a veces pienso que su majestad sí debe estarlo para continuar con esta guerra demencial.

—Pauli, tienes que ver a un médico. Estás loco —insistió Peter mirando temeroso a su alrededor, atónito de oír hablar a su hermano en aquel tono alevoso.

—Quizá tengas razón. Pero ven a primera línea conmigo, Peter, y quizá tú también te vuelvas loco. Pero te aseguro que perderás cualquier miedo a la muerte, la desgracia o lo que el destino nos tenga reservado —replicó Pauli cogiendo el vaso de aguardiente que les había hecho servir el capitán y vaciándolo de un trago.

Cuando Peter reanudó la conversación, su voz era suave y baja y su tono más conciliador.

—Sea lo que sea, Pauli, te ruego por tu propio bien y el de nuestra familia que no expreses esas ideas. Puede ser peligroso. La gente puede incluso pensar que te juntas con esos grupos radicales excéntricos que se manifiestan abiertamente en contra de la guerra.

—Después de la guerra quiero que las cosas cambien, y mucho, pero no soy un espartaquista si es a lo que te refieres.

—Ya lo sé que no. El Liebknecht ese es un traidor y un cerdo. Bien merecida tiene la cárcel. Pero ahora que el zar ha sido derrocado, cualquier persona que habla en contra de la guerra es etiquetado como revolucionario. En la flota del mar del Norte hemos tenido ya algunas graves insubordinaciones que han llegado casi al amotinamiento. El almirante intervino enérgicamente, eso sí. A mí me enviaron a Wilhelmshaven con los del tribunal. ¿Sabes a quién vi allí? A Fritz Esser.

—¿Al bribón de Fritz? —dijo Pauli riendo—. ¿Él era el cabecilla? No sé cómo le admitieron en la marina con toda su descarada adoración por Karl Liebkecht.

—Si era el cabecilla, ha sido lo bastante astuto para que no le descubrieran. Tiene un destino tranquilo de suboficial en intendencia.

—¿Suboficial? Yo creí que era analfabeto.

—¿Esser? Qué va. ¿No te acuerdas de los libros y panfletos que nos leía sobre la inminente revolución?

—Es verdad.

—Tú le tenías un alto concepto.

—Los dos, Peter —respondió Pauli—, pero también nos reíamos de él.

—Pues yo ahora no me río, Pauli. Esser y los de su calaña son peligrosos. Ten por seguro que en Alemania hay muchos locos sin instrucción y traicioneros que venderían a su patria si llegase la ocasión.

—¿Vender a su patria? ¿A quién?

—No sé... ni ellos tampoco... por una fantasía de revolución mundial y hermandad entre los hombres. Quieren el poder, Pauli. Vi a esa gente de cerca mientras preparábamos las pruebas para el consejo de guerra en Wilhelmshaven y muchos eran hombres sencillos, fogoneros en su mayoría, pero había entre ellos agitadores profesionales, bien dotados para argumentar sus absurdas teorías políticas con abogados o con quien sea.

—¿Ya ha concluido todo?

—No —respondió Peter mirando nervioso a su alrededor—, creo que no. Hemos metido entre rejas a algunos alborotadores, pero hay demasiados Esser sueltos. En Berlín, la población trabaja veinticuatro horas y no hay casi alimentos por el bloqueo naval inglés. Tantos obreros cansados y hambrientos son terreno abonado para los que azuzan a la canalla. Si no mejora pronto la situación, me temo que aumente cada vez más la agitación entre la tropa y los civiles.

—Es la primera vez que oigo esto, Peter.

—No pensaba decírtelo.

—En el frente no nos enteramos de nada.

—Esa revolución en Rusia envalentonará a Liebknecht y a esa tal Rosa Luxemburgo. Los radicales esperarán el momento y cuando vayan a por el poder no les importará que corra la sangre. ¡Ni siquiera la suya!

Permanecieron los dos sentados mirándose y tomando el estúpido café de que podían disfrutar los afortunados que hacían la guerra detrás de un escritorio. Luego se oyeron voces en el pasillo, unas exclamaciones intempestivas extrañas en aquellos tranquilos corredores. De pronto se abrió la puerta y entró el capitán, muy excitado. Se limitó a dirigir una inclinación

de cabeza a los dos oficiales y cogió apresuradamente unos papeles de la bandeja del escritorio y otros de encima de un archivador.

—Los americanos han declarado la guerra —comentó por encima del hombro mientras examinaba los documentos.

—¿Está seguro? —dijo Peter. No lo podía creer. Estados Unidos era un país situado a miles de kilómetros y su ejército no era nada. Aunque los reforzasen, los submarinos se encargarían de que no llegasen tropas americanas a Europa.

—El Congreso americano lo ratificó ayer. ¡Vaya regalito de Pascua! —añadió metiendo unos papeles en un archivador—. ¿Se dan cuenta de lo que esto significa?

—¿Van a enviar tropas a Europa? —inquirió Pauli, que se daba cuenta de que a duras penas mantenían el frente.

—Tenemos que dejar a los rusos y aplastar a los franceses con una ofensiva rápida en todos los frentes antes de que lleguen los americanos —dijo el capitán como repitiendo unas instrucciones.

—¿Es posible eso? —inquirió Peter.

—Lo veremos a su debido tiempo —contestó el capitán dejando en el escritorio un montón de papeles—. Si para Navidad no hemos ganado la guerra, será el fin de la patria. El final de todo por lo que luchamos.

Peter miró al oficial de estado mayor y le impresionó su inquietud. Quizá los americanos hicieran cambiar las cosas. Eran muchos y con recursos ilimitados.

Cuando el capitán abrió la puerta para marcharse, Pauli pudo ver en la parte de arriba de la escalera al general de la división con dos ayudantes. Iban magníficamente ataviados: sables, cascos con punta, botas relucientes y el pecho lleno de medallas y condecoraciones. Sólo los vio de refilón, pero toda su vida recordaría la escena con todo detalle, incluso el de cómo el general fumaba un cigarrillo turco en boquilla de jade.

Los dos hermanos no habían reanudado la conversación cuando oyeron la explosión lejana de un obús enemigo. La charla se había desarrollado con el tronar de la artillería como música de fondo, pero esto ya era más cerca, a unos cinco kilómetros. Se acercaron a la ventana a tiempo de ver el penacho de humo oscuro que marcaba el punto de impacto. En aquel momento otra explosión hizo temblar los cristales. Había caído un poco más cerca.

—Es la primera vez que me bombardean —dijo Peter.

—Es un cañón de gran calibre —comentó Pauli—. Debe de haber ahí arriba un avión de observación tratando de localizarnos. Yo no entiendo cómo

les cuesta tanto siendo una gran mansión con dos torres de aguja.

—No es tan fácil desde ahí arriba —dijo Peter—. Con tan poca luz, a través de la neblina, se ve todo gris. Cuando hay sol, por la tarde o por la mañana, es más fácil por la proyección de las sombras.

—Entonces, ¿por qué siempre vienen cuando hace mal tiempo? —inquirió Pauli.

Peter sonrió. A los que estaban en tierra les parecía de lo más sencillo.

—Así los pobres diablos pueden esconderse entre las nubes si se les aproximan nuestros cazas o el fuego antiaéreo.

Apenas acababa de decirlo cuando hacia el sur se vieron en el cielo las explosiones negras del fuego antiaéreo, pero no vieron el avión detectado por la artillería.

—Esos aviadores no se entretendrán mucho —dijo Pauli—. Los cañones de largo alcance sólo pueden efectuar unas cuantas descargas seguidas, porque se les desgasta el ánimo. La guerra es un asunto muy caro, como estarán comprobando los contribuyentes.

—Cuando vencamos, los franceses pagarán reparaciones como hicieron la última vez.

—¡Ah!, cuando vencamos —repitió Pauli.

Permanecieron callados contemplando el torturado paisaje. Los alrededores del castillo habían sido amorosamente cultivados durante dos siglos, pero ahora todo lo habían destrozado los soldados. En el huerto no quedaban más que tres tocones y todo era un cenagal. Más allá, el bosque había sido talado para obtener leña en aquellos tres inviernos de guerra; los caminos, destinados a carros y carrozas, estaban machacados por el tráfico de vehículos de tracción animal de la división y los escasos camiones y coches del estado mayor.

—¿Han sido muy horribles los vuelos en zepelín para bombardear Inglaterra? —inquirió Pauli sin apartar los ojos de la ventana—. ¿Y el accidente?

—Los bombardeos, bien. Yo no me había imaginado el peligro que corríamos hasta el último vuelo en que vi arder una aeronave en el cielo. — Ahora la voz de Peter era distinta; era la voz que Pauli recordaba de cuando se hacían confidencias a oscuras en su cuarto de niños—. Me entró tanto miedo, Pauli, que me temblaban las manos. Desapareció... aquel aparato inmenso desapareció en cuestión de segundos. Con tantos amigos...

—Y el tuyo se estrelló.



—Eso no fue tan terrible, aunque me han operado la mano tres veces; me temía que volvería a sentir miedo... y que gritaría o descubriría mi cobardía bajo los efectos de la anestesia.

—¿Y qué?

—Sólo Dios lo sabe.

—Papá me dijo que murió la mayoría de vuestra tripulación.

—Nos alcanzó un disparo de artillería en la costa inglesa y la barquilla de control quedó dañada y perdimos parte de los oficiales. Regresamos como pudimos sobrevolando el mar del Norte, perdiendo continuamente altura. Yo pensé que llegaríamos enteros, pero no fue así. Casi todas las bajas se produjeron al chocar contra los árboles. El oficial de observación, un hombre mayor llamado Hindmann, al ver ahora al capitán de estado mayor me he acordado de él, sí murió. En vida era una persona en quien ni se me ocurría pensar, pero una vez muerto me di cuenta de cuánto le debía. Era quien me cuidaba en todos los vuelos de entrenamiento y en nuestras primeras misiones sobre Inglaterra. Una vez que alguien ha muerto no se le puede dar las gracias.

—¿Hennig iba contigo?

—Ese cerdo insolente no pereció.

—He oído que se ha casado con Lisl Wisliceny.

—Sí, fue una ceremonia relámpago. Todo lo arregló la señora Wisliceny; luego hubo una recepción en el Adlon.

—Mamá me lo contó en una carta.

—Mamá tuvo que ir: frau Wisliceny es su mejor amiga. Es una mujer estupenda. Sí, mamá fue, pero papá estaba en Friedrichshafen con los de los dirigibles —dijo Peter con satisfacción. Le gustaba que su padre hubiese tenido un motivo de peso para no asistir a la boda del detestable Hennig.

—¿Tú querías casarte con ella?

—¿Con Lisl? Sí, lo había deseado. O al menos me lo parecía, pero luego, al darme cuenta del juego que se traía conmigo y con Hennig, enfrentándonos, dejé de quererla.

—Son muy guapas las Wisliceny.

—Al principio yo tenía más amistad con Inge... ¡Dios mío! —exclamó de pronto volviéndose—. Se me acaba de ocurrir una cosa. Si Estados Unidos ha declarado la guerra, mamá es una extranjera enemiga. Pauli, a lo mejor nos hacen renunciar a nuestro rango.

—Eres un cerdo egoísta, Peter. En vez de preocuparte por tu grado, deberías pensar en la pobre mamá, que debe estarlo pasando muy mal.

Roguemos porque no la envíen a un campo de concentración como han hecho con los ciudadanos ingleses.

—Sí, claro, tienes razón. Tenía que haberme preocupado por ella, pero a nosotros también nos afectará, Pauli. Las cosas pueden irnos muy mal.

Se oyó una discreta llamada y la puerta se abrió inmediatamente, dando paso a un hombre de imponente aspecto; un capitán de unos cuarenta años, de ojos grises y boca enorme, que dirigió a Peter una inclinación de cabeza y sin rodeos pidió a Pauli su documentación. Nada más ver su gola metálica, Pauli comprendió que estaba perdido. Era un auténtico oficial de la Feldgendarmarie con su chacó estilo bávaro y sable con nudo de adorno.

—Está usted ausente sin permiso, teniente Winter. Ha abandonado su puesto en el servicio activo. Y del frente... Se castiga con pena de muerte. Supongo que lo sabe.

Tenía un leve acento bávaro, y no eran la voz ni los modales del militar de carrera, sino ese deje de campechanía que emplean los policías profesionales para arrestar a los hombres dóciles. Pauli imaginó que anteriormente debía de haber sido policía en Munich o una ciudad parecida.

No contestó. Sabía cómo debe comportarse un oficial prusiano. Permaneció tieso y firme, como había estado tantísimas horas en las revistas en Lichterfelde. En lo más profundo de su ser sabía que iba a ocurrir. Los intestinos le torturaban, pero en cierto modo era un alivio. Ahora sólo era cuestión de enfrentarse al castigo. Siempre le había resultado más fácil atenerse a las consecuencias que pensar en ellas.

Tuvo tiempo de sobra para pensar en lo que había hecho. Estuvo encerrado dos días en el calabozo del cuartel general de la división hasta su comparecencia ante el consejo de guerra. De no haber sido por el coronel, Pauli habría acabado seguramente ante un pelotón de fusilamiento, pero fue su coronel —envejecido prematuramente por mandar tantos jóvenes a combate— quien habló en términos encomiables de su valor y su entrega al deber, fue el coronel quien insistió en el factor de su extrema juventud y fue el coronel quien se las arregló para que no compareciese en juicio el teniente Brand.

Pero el testimonio escrito de Brand estaba minuciosamente redactado. Debió de pasar horas elaborándolo, porque en él se mencionaban todos los pormenores, incluso el nombre del policía militar con el que Pauli había hablado en el cruce de carreteras.

El veredicto fue inevitable.

La sentencia fue como una bofetada, pero Pauli permaneció imperturbable. Seis meses con un batallón de castigo. Nadie ignoraba que la condena a un batallón de castigo era como la pena de muerte diferida. Ese tipo de unidades se empleaban sólo cuando la lucha era muy encarnizada porque se consideraba a su tropa carne de cañón. Su único consuelo fue que las señas de correos no revelaban la naturaleza de la unidad, y sus padres creyeron que se trataba de un simple traslado a un regimiento normal de infantería.

Y así padeció Pauli los peores combates de aquel año, a tal extremo que, después, muchos no creían que hubiera estado en tan horribles campos de batalla. Pero aquello le marcó realmente, y, aunque su piel estaba intacta, se le endureció el alma «como el acero de Krupp», decía él mismo a veces después de haber tomado unas copas. Aprendió a sufrir sin quejarse, a hacer daño sin lloriqueos y a matar sin titubeos.

Sin embargo, paradójicamente, había aspectos en él que no cambiaron. Por fuera parecía una persona simpática, despreocupada, torpe. El torpe Pauli. Demasiado deseoso de agradar y hacerse verdaderamente sofisticado. Ahora más que nunca era el Pauli que se deleitaba en los placeres de la vida, a diferencia de su hermano Peter, que era austero, culto y lleno de ambición. Pauli cumplió la pena y volvió al servicio activo, contentándose con sentarse de vez en cuando ante un plato de estofado, fumar veinte cigarrillos diarios y disponer de media hora más en la cama el domingo por la mañana.

**1918**

## «La guerra está ganada, ¿verdad?»

El teniente Pauli Winter no había estado en una tierra de nadie como aquélla. Nunca la había visto con aquella cruda luz brumosa de la mañana. Como todos los soldados de infantería de primera línea, sólo había estado allí de noche en patrullas de las que arreglan la inmensa jungla de alambre de espino oxidado, constantemente destrozado por las granadas y los obuses, o para efectuar incursiones en las trincheras enemigas. Siempre a cubierto de la noche.

Hasta entonces su mundo lo habían constituido estrictamente las estrechas trincheras y los oscuros refugios. El cielo, gris, azul o encapotado amenazando lluvia, según las estaciones, no había sido más que una escuálida ranura enmarcada por los bordes de barro del parapeto de las trincheras. Nadie que tuviera sentido común asomaba la cabeza por encima del parapeto en dirección a las invisibles posesiones subterráneas de los ingleses.

Era imposible recordar todas las historias que había oído a propósito de la tierra de nadie. Historias de fieras al acecho en sus madrigueras, que abandonaban de noche para devorar a muertos y moribundos. Desde luego, era una creencia alimentada por los ruidos que a veces oían. Otros decían que en la torturada y machacada tierra de nadie vivían soldados, desertores de diversas nacionalidades, que formaban una comunidad, una cuadrilla de bandidos, que habitaban en profundas cuevas y robaban dinero, relojes y pertenencias de los cadáveres que cubrían aquella desolación, y se alimentaban del pillaje de aprovisionamientos a ambos bandos. Eran simples patrañas, claro, pero que adquirirían verosimilitud aplastado allí contra el suelo, bajo los silbidos del fuego de la artillería enemiga, con aquel olor a cordita, excrementos y carne humana en descomposición.

Pero aquel día era el 21 de marzo de 1918, inicio de la gran ofensiva destinada a romper la línea del frente inglés y acabar la guerra con la victoria del kaiser. Pauli y dos de su compañía —el mensajero y el joven sargento auxiliar— se hallaban acurrucados en el cráter de un obús en avanzadilla a cien metros de las líneas alemanas. El resto de la compañía se encontraba

agazapado de igual modo por allí, y también otros comandos que cubrían ocultos la tierra de nadie a lo largo del frente.

Los tres se tapaban los oídos con las manos para protegerse del ensordecedor tronar de la artillería alemana. Aquel bombardeo preparatorio duraba ya casi cinco horas; eran ya las diez menos diez; pronto cesaría el bombardeo y Pauli conduciría a sus hombres al ataque.

—Después de eso no quedará bicho viviente —gritó el sargento Lothar Koch en el momento en que empezaba a disminuir el fuego de artillería. Koch era joven, había dado una edad falsa para incorporarse al ejército, un muchacho con granos, de robustas mandíbulas que movía rítmicamente mascando una tableta de tabaco. Debido en parte al inmenso orgullo que le había conferido su ascenso, aún se mostraba optimista respecto al desenlace de la guerra. En lo más profundo de su ser, Koch alimentaba la esperanza de llegar a oficial o al menos suboficial con mando cuando participase en el prometido desfile de la victoria el día que entrasen en París. Miró a los otros dos con sus ojos tristes y ellos le devolvieron una mirada inexpresiva—. No habrá quedado nadie vivo —repitió Koch.

Pauli se tocó el par de medias de seda bajo el cuello de la guerrera; un par de medias negras atadas formando un largo pañuelo que se había enroscado en cinco vueltas para que el cuello del uniforme no le rozase la carne, y que a la vez le recordaban unas horas inenarrables que había pasado en Bruselas con una muchacha que había conocido ¡en la iglesia! Echó una mirada al reloj de bolsillo —los de muñeca no sobrevivían a la acción— y luego a la espesa niebla. Gracias a Dios... Se puso trabajosamente en pie. Tenía el uniforme lleno de barro y su bolsa de granadas de mano pesaba más que nunca.

—¡Corneta! —gritó, y de un altozano de barro próximo surgió lentamente el corneta lleno de barro—. Toque avance.

Por todos lados surgieron tropas de asalto alemanas que salían de aquel laberinto de restos que llenaba el terreno para enfrentarse al repiqueteo de las ametralladoras Lewis inglesas y a algunos disparos dispersos de fusil de los que habían aguantado la sistemática destrucción artillera de las trincheras inglesas de primera línea. Pero había demasiada niebla para que los ingleses pudiesen ver lo que se avecinaba, y aquel fuego que respondió al avance fue dirigido a la blanca niebla, por lo que sólo algunos desafortunados cayeron gritando. Pauli oyó llamar a los camilleros y un clarín tocando avance.

—¿Está avanzando la compañía? —inquirió Pauli al joven sargento. Tenía barro en la boca; lo escupió y se limpió la cara con un pañuelo de encaje sucio. ¡El pañuelo de ella! Se llamaba Monike; hablaba aquella especie de

bajo alemán belga que les servía para entenderse. Era una criatura alta, esbelta y tímida, con cara en forma de corazón y todas las misteriosas promesas del primer amor. Le había llevado a su casa, ofreciéndole la sopa de pollo que su madre había dejado en el fogón. Una sopa espesa con judías y zanahorias. Amaba a Monike. Pensaba todos los días en ella y le escribía largas cartas, que sistemáticamente rompía una vez acabadas.

—Sí, mi teniente, avanza. —Koch veía a través de la niebla no mucho más que su oficial, pero ambos sabían que la tropa hacía lo que se le ordenaba. Eran alemanes y su disposición para cumplir órdenes era exponente de su civilización y de su tragedia.

Pauli siguió corriendo por aquel terreno accidentado y cubierto por los blancos remolinos de niebla, tropezaba en baches, raíces, sacos terreros, cadáveres, vigas viejas y grandes chapas de hierro ondulado, que junto con otros objetos indescriptibles llenaban el viejo campo de batalla. Los informes del servicio de inteligencia señalaban que la tierra de nadie tenía en aquel sector una anchura de doscientos metros, pero se le antojaba mucho más ancha.

El sargento Koch, delgado y nervudo, iba unos pasos por delante de él lo más de prisa de que era capaz, pero torpemente, sin saber hacia dónde dirigirse. Llevaba la ametralladora colgada al hombro y en las manos unas enormes cizallas. Las balas silbaban a su alrededor, pero ahora el bombardeo alemán consistía en unas simples explosiones deshilvanadas en las zonas de la retaguardia enemiga. ¿Cuánto tardaría la artillería inglesa y los morteros en batir la tierra de nadie? Sin duda habrían comprendido que aquel bombardeo de cinco horas era preludio a un asalto de infantería. ¿O estarían los ingleses retirando sus obuses y artillería a zonas más seguras de retaguardia? Eso era demasiado esperar. ¿O no?

Koch ya había empezado a cortar el alambre. La artillería había hecho un buen trabajo; la inmensa superficie de alambre de espino, laboriosamente tendido de noche por patrullas de los dos bandos, estaba ahora destrozada. Koch buscó la parte más débil de la maraña metálica y abrió un sendero de anchura suficiente para el avance de la infantería. El alambre saltó como un resorte, con un ruido parecido al repique de campanas. De noche, un descuido como aquél habría provocado una descarga de fusilería y con toda seguridad alguna baja, pero ahora lo que contaba era la rapidez. El impassible Koch continuaba reptando y abriéndose camino entre aquellos sarmientos herrumbrosos.

Detrás de Pauli el corneta tocaba «reagruparse», el toque previsto para señalar el camino a través de las defensas.

—¡Koch, retrocede, maldita sea!

Una vez cruzado el último alambre, Pauli adelantó al sargento. En aquellas compañías de asalto era un pundonor que el oficial al mando fuese al combate en cabeza de sus hombres. Ahora silbaban más las balas; más cerca, porque ya no zumbaban, sino que chascaban como fustazos. A la altura del pecho. A su lado, dos hombres hicieron la profunda reverencia de la muerte, cabeza gacha, con un breve gorjeo o bufido al inundarles la sangre los pulmones. Siguió corriendo a tropezones, tocando las medias de seda, o más bien llevándose la mano a la garganta. Monike le había dicho que ella le daría suerte. Era algo pueril, porque ella era una niña, y él lo creía, porque, a pesar de aquellas crueles experiencias, era también poco más que un niño. No era ella quien le había dado las medias; eso no. No era de esa clase de chicas. Él las había cogido del cesto de la ropa, en su habitación.

Más fusilería y fuego de ametralladora. A la izquierda —y muy cerca— oyó el sonido de una Vickers pesada; una especie de estertor, como de un generador asmático. Pero ya no era momento de preocuparse por las balas. Pauli se encontró tocando el parapeto de la trinchera enemiga más adelantada, y saltó adentro. Una caída de casi tres metros. Cargado con bombas de mano y metralleta, fue a caer sobre los mojados tablones que formaban el suelo de la trinchera. La madera podrida cedió con un fuerte ruido y Pauli se hundió en el barro y tuvo que agacharse para sacar las botas de entre los destrozados tablones. Gracias a Dios no había soldados en aquel sector de la trinchera.

Corrió a lo largo de la trinchera salpicando con las botas aquel barro líquido estancado. ¡Dios, y los ingleses aguantaban allí día y noche! De pronto se encontró con un sorprendido soldado inglés. Pauli apretó el gatillo y el muchacho cayó hacia atrás por efecto de la fuerza de las balas y se derrumbó sin que su rostro macilento y pálido cambiase de expresión.

Pauli continuó corriendo por la trinchera de comunicaciones hasta la unión con la trinchera de apoyo. Allí la cosa era aún peor: estaba hundido en el hediondo barro hasta los tobillos. ¿Habrían salido los ingleses arriba para repeler el ataque, o habrían huido? Había un cartel con la inscripción *Pall Mall* en la trinchera final y otros pintados sobre madera señalando la dirección del cuartel general de la compañía, además de un puesto de socorro.

La línea de trincheras zigzagueaba para disminuir los efectos de la onda expansiva. Al siguiente cambio de dirección se encontró con seis soldados con uniforme caqui acurrucados a la entrada de un refugio. Con ojos muy



abiertos de espanto. Dos de ellos estaban agazapados en el peldaño de fuego; tenían el uniforme completamente mojado, que les caía aparatosamente como un peso muerto. Pauli se apartó y Koch, que le seguía, disparó una ráfaga con su MP18 y los soldados de uniforme marrón se irguieron muy rígidos antes de desplomarse de bruces como si fueran bolos.

Al reanudar la carrera, un oficial inglés asomó la cabeza por un refugio y disparó con gran estruendo. Era un hombre de mediana edad con bigote bien cuidado. No muy distinto del padre de Pauli.

Pauli se detuvo, indeciso, pero Koch golpeó al oficial con la culata de su arma y luego arrojó dos granadas de mano por la abertura del oscuro refugio y siguió corriendo. Oyeron una tremenda explosión y gritos ahogados. Pauli miró hacia atrás a tiempo de ver al oficial saltar en pedazos por los aires en una nube rosa sanguinolenta. El cadáver mutilado, con la manga caqui y los galones intactos, golpeó las paredes de la trinchera. En uno de los brazos llevaba un brazalete manchado de barro con la cruz roja. Claro, aquel refugio era un puesto provisional de socorro. Demasiado tarde.

En dirección contraria a la de ellos, más disparos y hombres surgiendo de la niebla.

—*Wer da?*<sup>[4]</sup> —dijo subiendo por una escalerilla de la trinchera y corriendo por el parapeto.

«¡No dispare, no dispare!». Eran alemanes de la siguiente compañía. «*Wer da?*», continuó gritando conforme surgían más tropas de uniforme gris como espectros en la niebla que comenzaba a disiparse. Pauli reconoció a algunos. El corneta volvió a dar el toque de reagrupamiento y Pauli vio al oficial al mando, un capitán llamado Graf, un hombre delgado e irritable de nariz roja, con un pesado casco de acero grotescamente grande para su escueto rostro de hurón.

—Sigan adelante, Winter. Huyen en descampada.

—*Ja, Herr Hauptmann* —respondió Pauli gritando la orden al resto de sus hombres para que se apresurasen. El batallón de castigo le había transformado. Antes le habría aterrorizado un hombre como el capitán Graf, pero ahora las cosas no le daban miedo tan fácilmente.

Detrás de ellos se oyó una especie de bramido y la estrecha trinchera se iluminó de pronto con un intenso color naranja. Pauli se volvió para ver los grandes globos de combustible ardiente abriendo agujeros en la niebla blanca. Los de los lanzallamas quemaban sistemáticamente los refugios de la trinchera de apoyo. Pobres diablos; era preferible una bayoneta en el vientre a aquello.

Siguieron avanzando a toda prisa; la tierra estaba más dura detrás de las trincheras de apoyo y la niebla ya no era tan espesa. Una vez cruzada la carretera hundida que los ingleses habían utilizado para el abastecimiento y los refuerzos, los alemanes salieron a campo abierto. Ya no les disparaban. A la izquierda había un bosque talado, con tocones cortos, rotos y desnudos como puntas de lapicero. Ante ellos las minas de un pueblo, del que sólo quedaban muros en pie a la altura de la cintura. La iglesia había sido pasto de la guerra: habían robado reliquias y objetos de valor, puertas y bancos habían acabado hechos leña, el techo estaba hundido y hasta los canalones habían servido de improvisados desagües en las inundadas trincheras; y la torre había quedado reducida a escombros por la artillería para privar a los ingleses de un puesto de observación.

Detrás del pueblo se encontraron con veinte o treinta soldados de uniforme marrón, tropas inglesas sin armas con un oficial con insignias de los Reales Ingenieros y dos hombres transportando cajones de madera. A la primera señal de los alemanes pusieron las manos en alto. Los alemanes, con demasiada prisa por robarlos, les señalaron por dónde habían llegado y los ingleses emprendieron abatidos el camino hacia el este, con paso cansino y la esperanza de que un contraataque los liberase antes de haber alcanzado la retaguardia enemiga.

En el pueblo en minas había una unidad móvil de baños, sin duda abandonada apresuradamente, puesto que vieron uniformes incompletos, toallas, cinchas y hasta un armero con fusiles Lee-Enfield. Pero ni siquiera la vista del agua limpia y el aroma del desinfectante y el jabón detuvo el avance alemán.

Prosiguieron con energía. Pauli se encontraba fuerte y en forma, pero aquel ritmo comenzaba a cansarle. Olió el aire. ¿Era gas? ¿De qué tipo? Desde luego, gas mostaza no era. Era el más temible, pero en el plan de ataque se señalaba que la artillería sólo lanzaría gas en la retaguardia de los ingleses, zona en la que ellos no tenían que profundizar. ¿Sería gas? Se detuvo y se agachó a coger un puñado de tierra para olerlo. Una temeridad, pero era lo que se esperaba de las compañías de asalto. Reanudó la carrera, colocándose la mascarilla de gas en la parte delantera del cinturón sin dejar de correr. Aunque en seguida aminoraron el paso; era demasiado correr incluso para gente joven y en forma. Y no había ni rastro del enemigo.

Ahora caminaba. Volvió a pensar en la muchacha. No había nadie en la casa, porque sus padres habían ido a ver a la abuela. Se besaron y acabaron en la cama. La primera vez para Pauli y la primera vez para ella. Qué fracaso.

Todas sus fantasías sexuales se habían esfumado a los dos minutos de estar en la cama. Ella había llorado. Soy virgen, decía. Luego cambió de humor y se echó a reír. Pero a él no le había hecho gracia. Y se había marchado corriendo de la casa con aquellas medias para contar historias a sus compañeros. En cuanto llegó a la compañía, ya se le habían quitado las ganas de hablar de ella. A nadie podía contarle aquella historia. Porque estaba enamorado, y la quería demasiado para hablar de ella. Qué tonto había sido. Ojalá hubiese dejado desarrollarse la relación a su propio ritmo. Así, a lo mejor ella no le habría escrito una carta diciéndole que no quería volver a verle. Se lo reprochaba una y otra vez: una chica a la que conoces en la iglesia no espera que la traten como a una puta.

En dos ocasiones fueron detenidos por focos de una furiosa resistencia de valientes Veteranos escoceses, cuyos rápidos y certeros disparos causaron graves bajas entre los ya confiados alemanes. En seguida llegaron los morteros antitrenches de la unidad y, tras un incansable machaqueo, los escoceses salieron gritando «*Kamerad!*».

Por entonces era ya tarde avanzada y la luz invernal comenzaba a disminuir. Avanzaron de nuevo. Ahora, ya cansados, iban con más cuidado. A la izquierda, el corneta de la otra compañía daba el toque de reorganización. Pauli se detuvo y su corneta hizo lo propio. Tiempo para reorganizar las filas y para que la flota de infantería recobrase aliento y los rezagados se reincorporasen.

Un mensajero del puesto de mando del batallón le ordenó consolidar su posición y apoderarse de la batería de obuses ingleses del doce, a unos centenares de metros hacia el oeste. La encontraron sin dificultad, y allí estaba ya el capitán Graf y sus hombres, entregados al saqueo sistemático de la intendencia enemiga.

La batería capturada fue una revelación para las tropas de asalto alemanas. Los alemanes se probaron los estupendos abrigos forrados de piel de borrego que recibían los centinelas ingleses, y muchos querían aquellos estupendos pantalones de cuero; otros se paseaban calzando botas de oficial inglés cosidas a mano. En el comedor de oficiales encontraban todo tipo de lujos impensables, como queso Siltón, jamón ahumado y doce cajas enteras de whisky escocés.

Pauli optó por dejar aquel tipo de problema a los generales y se acercó a informar al capitán Graf.

—Es una lástima —dijo Graf, quitándose el pesado casco. Era un hombrecillo con orejas puntiagudas como las de un diablillo; homosexual, se

rumoreaba. Pero, lo fuera o no, Graf era un valiente soldado a quien respetaban todos en el regimiento—. Con proyectiles y todo. Negligencia de los oficiales que no han intentado estropear los cañones: visores en posición y recámaras en perfecto estado. Una lástima.

—Sí —dijo Pauli, a quien divertía que Graf se mostrase tan indignado por la falta de entrega profesional del enemigo.

—Cobardes.

—Hemos debido de avanzar cinco kilómetros —comentó Pauli—. Nunca habíamos abierto una brecha así.

El capitán Graf lanzó un gruñido. Fumaba y tenía en la mano una caja metálica dorada inglesa de cincuenta cigarrillos.

—Pruebe uno —dijo ofreciéndole el estuche.

Pauli encendió un cigarrillo y dijo tras inhalar el humo:

—Si el avance ha progresado por igual en todo el frente, debemos de haber tomado una gran extensión de terreno.

—¿Le gusta? —inquirió Graf—. Estos cigarrillos ingleses son estupendos.

—Sí —contestó Pauli. Nunca había fumado nada tan delicioso. Miró apreciativamente el tabaco rubio y pensó que si algún día llegaba a ser rico no fumaría más que aquel tipo de cigarrillos. En el refugio, protegido por sacos terreros, un soldado había encontrado un gramófono y le estaba dando cuerda—. ¿Mi capitán, cree usted que llegaremos a la costa?

—¿A la costa?

—Hemos ganado la guerra, ¿no?

—Mire todas esas provisiones, Winter —respondió el capitán Graf volviéndose para mirar a los soldados que rapiñaban las vituallas—. La semana pasada castigué severamente a cuatro de mis hombres que habían molido forraje de caballos para hacer harina. Dijeron que tenían hambre, y era cierto, claro. Todos tenemos hambre. Racionamos los tiros de artillería y no queda caucho para hacer máscaras antigás —inhaló una bocanada de humo—. ¿Usted ha visto ese almacén, Winter? Comida para la tropa. Latas de carne, jamón cocido, pan de trigo y queso amarillo inglés. Nos dijeron que los ingleses estaban muriéndose de hambre, ¿no es cierto? —añadió dando un resoplido—. No, la guerra está perdida, Winter. El valor de nuestros jóvenes y nuestras escasas reservas de granadas y balas no podrán contra toda esta abundancia.

—¿La guerra está perdida? —repitió Pauli. El capitán Graf tenía fama de ser un buen oficial de un buen regimiento y no un hombre que se desanimase fácilmente.

—La guerra está perdida —repitió Graf—. Por mucho terreno que tomemos, no podemos vencer. —El gramófono comenzó a tocar *Pobre mariposa* y por un instante los dos oficiales callaron escuchando la canción—. Seleccione usted sus bajas. No tiene ya que tardar la infantería para retirar las compañías de asalto esta noche o antes de que amanezca.

Pauli miró hacia el sitio en que estaban sentados Koch y otros hombres de su compañía, demasiado exhaustos para unirse al pillaje. ¿Cómo iba a estar perdida la guerra? Aquello no era justo. No era justo.

## «La maldita guerra no ha acabado»

—Por Dios bendito, deja ya de decir que la guerra ha acabado —dijo Peter a su padre. Estaba apoyado en un sillón en el salón de la casa de Berlín. Vestía el uniforme de marina remendado, en una bocamanga le faltaba el galón dorado, llevaba la pierna izquierda entablillada y se le veía el rostro lleno de contusiones—. La maldita guerra *no* ha acabado y quizá no acabe nunca.

—Hace casi dos meses que se ha firmado el armisticio —respondió apaciblemente su padre. Sabía que su hijo padecía por la lesión, y la inmovilidad le frustraba.

—La marina inglesa prosigue el bloqueo, la gente se muere de hambre, en los buques de la flota ondea la bandera roja, por las calles hay partidas de rufianes armados disparándose, al traidor de Liebknecht le han paseado a hombros soldados condecorados con la Cruz de Hierro... y ha pronunciado un discurso desde el balcón del palacio real. El ejército está desintegrado, el kaiser ha huido a Holanda. ¿Cómo vamos a negociar un tratado de paz? No podemos imponer condiciones.

Era como un lamento de dolor. La derrota parecía haber afectado más profundamente a Peter que al resto de la familia Winter. En la calle le habían asaltado unos espartaquistas golpeándole con porras y la culata de los fusiles, y sin duda habría perecido a manos de la turba ebria de no haber sido porque por el otro extremo de la calle había aparecido otro grupo que se enzarzó con el primero, y él había podido escapar. Desde entonces no había salido de casa y permanecía mirando por la ventana, meditando entristecido sobre el caos que reinaba en la calle.

Pauli Winter se levantó del sillón. Vestía el mejor de sus dos uniformes del ejército, ni la sombra del elegante atuendo con que Prusia había enviado a sus oficiales a la guerra; las abigarradas manchas no habían desaparecido con el lavado y nada había favorecido al corte los sucesivos hervidos para despiojarlo. Las finas botas de cuero con que había acudido a la guerra ya hacía tiempo que no existían, y calzaba botas corrientes con polainas verdes como las de las tropas de asalto.

—Tengo que volver al cuartel del batallón —dijo—. Hasta mañana, Peter.

En realidad tenía un pase de veinticuatro horas, pero se había convencido de que en la triste mansión próxima a la Ku'damm no podía aguantar más de un par de horas. Había comprado unos regalos baratos en un almacén de Leipziger Strasse y fue a colocarlos con cuidado bajo el árbol de Navidad del rincón. Un criado había encontrado unos troncos y, ya con la fiesta tan cercana, ardía fuego en la chimenea. Vio que en el aparador todas las fotos familiares estaban adornadas con marcos de plata relucientes. Ahí estaban, en 1913: la familia más feliz del mundo; dos niños sonrientes con papi y mami muy ufanos, de pie detrás de ellos. ¡Qué lejano parecía! Desde entonces la familia había cambiado radicalmente. Ahora —con desórdenes en la calle y los bolcheviques ocupando las fábricas Winter—, hasta un tronco en la chimenea era algo muypreciado. Harald Winter estaba abatido por el brusco cambio de fortuna, y Peter se había vuelto un inválido amargado. Mamá era quien los mantenía unidos, se aventuraba a salir a la calle, conseguía con halagos alimentos de los tenderos y convencía a la servidumbre para que siguiera trabajando.

—¡Al cuartel del batallón! Y al mando de ese ridículo capitancillo Graf —exclamó Peter con desdén—. Sigues engañándote, ¿verdad? Vuestros batallones del Freikorps no son más que un puñado de gángsters con uniforme y ese Graf un simple bandolero.

—No es cierto —replicó Pauli. Se conocían tan bien, que Peter sabía poner el dedo en la llaga—. El cuerpo de voluntarios es una buena organización, perfectamente autorizada por el ejército. Somos miles, disciplinados y armados. Y no sólo en Berlín... Se están formando en toda Alemania. Todos nuestros soldados son voluntarios que se reenganchan mensualmente. En el este defenderán la frontera ahora que el ejército se retira. Los polacos y todos los demás ya habrían saqueado Berlín de no ser por las unidades del Freikorps.

—Entonces, ¿por qué no avanzáis hacia el este? —espetó Peter.

—Porque de momento estamos inmovilizados, como tú. Quizá lo hagamos cuando nos llegue el transporte y las órdenes —contestó Pauli en tono comedido, no ya porque recordase los buenos tiempos en que todo lo compartían, sino porque temía que Peter dijese sin pensar algún despropósito sobre el consejo de guerra y su destino a un batallón de castigo. Habría dado lo que fuese por evitar que sus padres se enterasen de aquello.

—¿Un batallón diezmado al mando de un capitán? —replicó Peter, sarcástico—. ¿Cuatro ametralladoras, un viejo tanque y dos coches blindados?

¿Pero qué clase de batallón es éste?

—La próxima vez que los rojos intenten tomar Berlín, ya verás —respondió Pauli, poniéndose el abrigo gris, el casco de acero y ajustándose la correílla bajo el mentón antes de coger el cinturón y la pistola.

—¿Qué es ese signo en forma de cruz ganchuda que has pintado en el casco? —inquirió su padre.

—Se llama esvástica. La llevamos en muchas unidades del cuerpo de voluntarios para diferenciamos del ejército regular.

—Ten mucho cuidado, Pauli. No olvides lo que le sucedió a tu hermano.

Pauli no lo olvidaba. A Peter le habían pegado por la «insignia imperial» de su uniforme de oficial. Muchos oficiales del ejército y de la marina habían sido apaleados del mismo modo —y algunos hasta la muerte— por la chusma vociferante en medio de rechiflas y reproches a la oficialidad, a la que hacían responsable de la guerra y de su desenlace.

—Yo llevo un gabán de paisano sin insignias —respondió Pauli.

—Pero llevas pistola de oficial —replicó su padre.

—Y además la sé usar —respondió Pauli—. Ya me gustaría atrapar a un par de esos malnacidos que intentaron matar a Peter.

—No te despidas de tu madre, que no estaría tranquila hasta que no telefonees.

—Telefonaré si puedo, ya sabes que a veces están cortadas las líneas.

—Cuídate, Pauli —dijo su padre—. Esos cerdos amotinados tienen al canciller en rehén... Dios mío, ¿quién habría podido pensar que llegaríamos a esto? El canciller en manos de esos marxistas desenfrenados... —Se abrazaron; al rodearle con los brazos, Pauli se percató de lo debilitado que estaba su padre. Aunque aún no había cumplido los cincuenta, estaba envejecido, cansado y se había vuelto aprensivo. Quizá sólo fuese transitorio, pero era una lamentable transformación en un hombre que ellos siempre habían visto dinámico, una persona que casi les infundía temor.

Harald Winter pensaba de su hijo con similar conmiseración. La guerra había convertido a Pauli en un ser grosero y brutal. Era brusco y disentía de todos los valores que para él eran sagrados. El nuevo Pauli que había vuelto de la guerra era un ser difícil de aceptar para un padre. Por mucho que hubiese repudiado aquella dependencia que el hijo había mostrado de pequeño, la prefería al carácter del nuevo joven de habla inconsiderada en que se había convertido. En otras palabras, como tantos padres, Harald Winter detestaba comprobar que su hijo había crecido.



Pauli tomó el metro hasta Alexanderplatz. Los trenes circulaban con normalidad, pero conforme se dirigía hacia el palacio iba alerta por si aparecía algún grupo de agitadores. Vio una pequeña manifestación de trabajadores de una fábrica, entre ellos mujeres, que iban camino del *Schlossbrücke*. No iban armados, pero enarbolaban banderas rojas y coreaban lemas, por lo que permaneció en las sombras hasta que pasaron. Convenía ser prudente. El airoso cuerpo de guardia de Schinkel, con su estructura de templo griego, estaba profusamente iluminado y en su interior se veían soldados, algunos de ellos liados en mantas en el suelo de piedra. ¿Serían tropas leales con servicio asignado por el alto mando o renegados bolcheviques? No había modo de saberlo, por lo que apretó el paso.

El palacio real, o lo que habitualmente se denominaba el Schloss, sólo se veía iluminado por la luz procedente de la catedral, al otro lado de la calle, pero contra el cielo ya oscurecido pudo ver la manta roja izada por los marinos amotinados. En el edificio no quedaba nadie desde que el kaiser había abdicado para huir a Holanda. Ahora albergaba a unos tres mil belicosos marinos revolucionarios de la autodenominada «División Naval del Pueblo» que mantenía como rehén al primer ministro.

Pauli prosiguió su camino por Unter den Linden. No había barrenderos y en determinados tramos tuvo que trepar por montones de nieve. Sólo habían limpiado minuciosamente los raíles del tranvía. Pese a esporádicos disparos de fusil —y a veces incluso la explosión de una granada—, las tiendas estaban abiertas y aún circulaban algunos taxis, autobuses y tranvías. No obstante, debido a la escasez de combustible se veían más caballos: viejos coches de punto con bestias enflaquecidas abriéndose paso entre la nieve. Algunos viandantes se apresuraban hacia su casa después de comprar en tenderetes callejeros rudimentarios adornos de Navidad y castañas asadas.

Pauli cruzó la calle para eludir la multitud congregada a la puerta de la embajada rusa. Desde abril de 1918 la embajada imperial rusa se llamaba embajada soviética. En el congreso del partido de 1918, Lenin había dicho a los delegados: «... sin la revolución alemana nos hundiremos», y en respuesta, el nuevo personal de la embajada, no inferior a trescientas personas, se había dedicado a difundir frenéticamente agitadores bolcheviques, dinero y cajas enteras de literatura revolucionaria por toda Alemania. El nuevo embajador —un acaudalado filántropo judío de Crimea— había mandado izar en la fachada del edificio una enorme bandera roja con el lema «¡Trabajadores de todo el mundo, uníos!». Poco después había sido deportado a Rusia, pero la bandera seguía allí.

De guardia ante el Ministerio del Interior había tres hombres con el fusil al hombro. En la esquina, un camión con más hombres armados que llevaban un uniforme andrajoso provisional con brazalete rojo que los identificaba como miembros de una banda irregular reclutada por el nuevo jefe de policía Emil Eichhorn, un radical de extrema izquierda. En la esquina de Wilhelmstrasse había unas mujeres; una de ellas lloraba inconsolablemente. Volvían de Dorotheen Strasse, en donde continuaban exponiéndose las listas de bajas del ejército, cada día con nuevos nombres. La lucha había acabado, pero continuaba la identificación de cadáveres. Pauli pasó junto a ellas y las dejó atrás para cruzar la calle hacia el hotel Adlon.

Depositó en el guardarropa el casco, el gabán, la pistola y el cinto, sin que el anciano encargado mostrase sorpresa, limitándose a colocar el casco y la pistola en una estantería junto a sombreros de seda y entregándole una ficha amarilla. Pauli entró en el bar, que estaba atiborrado, aunque no funcionaba la calefacción y algunos conservaban puesto el abrigo. Había quedado allí con Alex Horner y, efectivamente, allí estaba Alex sentado cerca de la puerta con una botella de vino en un cubo de hielo junto al codo y dos vasos. Del comedor cercano llegaba la música de una orquesta zíngara.

—¿Qué tal el mando del ejército? —inquirió Pauli, sentándose junto a él y aguardando a que el camarero le sirviese vino.

—¡Excelente! —respondió Alex—. ¿Qué tal las cosas en casa?

Alex no iba de uniforme; vestía un bonito traje nuevo de franela con camisa y corbata oscura, pero ninguno del bar —y menos berlinés— habría dejado de reconocer en él a un militar prusiano del Cuerpo de Oficiales.

—Peter sigue quejándose. Papá no quiere salir de casa, dice que es por temor a la epidemia de gripe. Mamá se ha convertido en una especie de déspota, pero aún se las arregla para tener carne en las comidas, incluso en el almuerzo. Hoy había estofado. Yo repetí.

—Tu madre es una mujer de recursos —comentó Alex.

Alex había conseguido un magnífico empleo, o mejor dicho, se lo había conseguido un influyente familiar del Ministerio de Guerra. Tras el fracaso de la gran ofensiva alemana de 1918 lo habían enviado al cuartel general del mando supremo de Spa en Bélgica, nombrándole ayudante de campo del general Schammer, gobernador militar de Berlín.

El actual gobernador militar era un civil de bastante mala reputación, pero eso no impedía que Alex presumiera ante su amigo, pues había una gran diferencia entre el servicio en el cuartel general del Ejército Imperial Alemán y el del Freikorps, un conjunto improvisado de voluntarios entusiastas,

formado casi en su totalidad por hombres para los que el ejército no tenía destino.

A Alex le gustaba contar a su amigo jugosas anécdotas sobre la vida entre generales, y durante unos minutos le entretuvo con chismes sobre el nuevo comandante del ejército alemán.

—El general Groener es un tipo excelente —dijo—. Muy inteligente y nada relamido.

—Es un suabo —dijo Pauli antes de dar un sorbo—. Te digo que hay que desembarazarse de esos malditos prusianos.

Era un Riesling alsaciano, frío, en su punto y de sabor delicioso. Dios sabía cuándo volvería a degustar otro igual: según los términos del armisticio, Alsacia era ahora de Francia.

Alex sonrió. Aunque Pauli había nacido en Viena de madre americana, su educación era por lo menos tan prusiana como la de él, pero siempre bromeaban entre ellos diciendo que Alex era el prusiano anticuado más inflexible y Pauli el meridional oprimido. Su amistad se fundaba en el tiempo que habían pasado juntos y en el mutuo respeto. Y, sin embargo, desde que se habían conocido en Lichterfelde, Pauli era el que le admiraba y a Alex, por común acuerdo, le correspondía la prerrogativa de mayor. La admiración que Pauli siempre había mostrado por su hermano Peter se hacía eco en aquel respeto por Alex, y, a su vez, Alex correspondía a aquella fe de Pauli revelándole sus más íntimos secretos.

—Aunque el canciller se halla prisionero en su despacho —dijo Alex—, hay un teléfono secreto entre la Cancillería y el ejército, y el canciller Ebert nos ha pedido ayuda.

—¡Dios Santo! —exclamó Pauli, pues todos creían que los marinos amotinados habían cortado las líneas telefónicas de la Cancillería y que Ebert, el nuevo primer ministro del gobierno socialista, estaba incomunicado.

—Que quede entre nosotros —dijo Alex—. Es un secreto que saben muy pocos y que no debes decir ni a tu padre.

—Lo que tú digas, Alex. Pero eso cambia las cosas, ¿no?

—Sí, y el ejército hará lo que debe —añadió Alex, enigmático—. Esos cerdos amotinados van a ver mañana lo que es bueno.

—¿En Nochebuena? —inquirió Pauli—. ¿Por qué?

—¿Tienes prisa? —añadió Alex indolente.

—Tengo todo el tiempo que quieras —respondió Pauli dando otro sorbo e inclinándose para escuchar lo que iba a contarle Alex.

—Todo empezó el nueve de noviembre —dijo éste.

—Ajá —dijo Pauli.

Y era cierto: todo había comenzado el 9 de noviembre de 1918. Los mandos del ejército —demasiado arrogantes para arrostrar las consecuencias de su propia derrota— habían enviado a unos desgraciados civiles a través de las alambradas de la tierra de nadie para pedir un armisticio a los aliados, como ya habían hecho turcos y austríacos. Aquel sábado, el ejército imperial alemán dejó de existir como fuerza de combate unificada. Por todo el país aparecieron banderas rojas y los comités de soldados tomaron el control. Alex Horner, en uno de sus periódicos viajes desde Berlín al cuartel del mando supremo, tuvo acceso a los informes. Era increíble: la estructura de mando del ejército se venía abajo como un castillo de naipes. «Desórdenes en Magdeburgo»; luego, a primeras horas de la tarde, «Amenaza de sublevación en el distrito de la reserva del Séptimo Cuerpo de Ejército». Halle y Leipzig se declaraban «rojas» a las 5 de la tarde, y poco después Düsseldorf, Halstein, Osnabrück y Lauenburg secundaban la iniciativa. E igual hicieron Magdeburgo, Stuttgart, Oldenburg, Brunswick y Colonia. Por entonces, los soldados del cuartel general del mando supremo habían dejado de saludar a los oficiales y algunos de éstos desertaban. A las siete de la tarde llegaron noticias de que el general al mando de la reserva del XVIII Cuerpo de Ejército en Frankfurt había sido «destituido». Era el fin. A primeras horas de la noche, el kaiser Guillermo, emperador de Alemania y «sumo señor de la guerra», estaba sentado en el vagón restaurante de su tren privado, a la espera de partir de una vía muerta y emprender el viaje que le llevaría al exilio en Holanda.

En Berlín, el gabinete socialista creado sin ningún traspaso legal de poder era incapaz de contener los desórdenes. Ordenaron al ejército cortar tramos de vías del ferrocarril para así impedir la llegada de soldados y marineros amotinados que cada vez convergían en mayor número hacia la capital. Cuando Alex llegó a la estación Lehrter, en un tren que había tardado dos días y medio en llegar de Bélgica a Berlín, le sorprendió ver baterías de ametralladoras del ejército en los andenes y en la entrada principal. Las tropas ocupaban las fábricas de gas y electricidad, los edificios gubernamentales de Wilhelmstrasse, y había soldados armados hasta en la entrada de algunos restaurantes de lujo.

Cuando el teniente Horner se presentó al gobernador militar de Berlín, éste resultó ser un civil socialista llamado Otto Wels. Como la guarnición berlinesa del ejército imperial había desertado y no contaba más que con un

puñado de policías de paisano, Wels había formado una tropa de exmilitares y civiles armados. La mayoría de los fusiles se habían obtenido comprándolos a los desertores que, junto a las floristas de Postdamer Platz, hacían un animado negocio vendiendo el fusil por dos marcos. Hasta los camiones del «ejército» se habían adquirido así a los desertores. Wels había dado a su improvisada fuerza el pomposo título de Republikanische Soldaten, pero el ejército de soldados republicanos lo constituía un conglomerado difícil de distinguir del Sicherheitswehr o fuerza de seguridad de extrema izquierda que mandaba el jefe de policía, o de cualquier otra turba armada que patrullaba la ciudad buscando víctimas y pillaje. Además, la tropa de Wels estaba infiltrada por muchos espartaquistas e independientes de extrema izquierda.

Bastó con una visita al gobernador militar para que Alex Horner quedase convencido de que su uniforme de oficial no era el atuendo más adecuado. Se compró un traje en una sastrería de Friedrichstrasse —el primer traje de confección de su vida— y volvió a cumplir sus obligaciones más tranquilo. Advirtió cómo le miraban a su llegada los pedigüeños estratégicamente situados; aquellos primeros días de la revolución se veían pocos mendigos por la calle y la mayoría de los exmilitares que se situaban a la entrada de los grandes almacenes y tiendas de alimentación en espera de que les diesen limosna conservaban aún cierta dignidad con sus bandejas de cordones de zapatos, cerillas o velas; Sin embargo, aquéllos tenían aspecto de pobres, y Alex estaba convencido de que se trataba de espías. Espías policiales, bolcheviques, espartaquistas e incluso extranjeros: la ciudad estaba llena de espías de toda laya y de todas las tendencias políticas. Berlín había sido siempre ciudad de espías e informadores, y seguramente lo sería siempre.

El problema más grave de la ciudad lo constituían los marinos amotinados llegados de las bases del mar del Norte y alojados en el palacio imperial. La decepción de aquella División Naval del Pueblo se había enconado al acentuarse su amenaza exigiendo el cobro de la «paga de Navidad». Los marinos siempre habían estado sometidos a la influencia de Karl Liebknecht desde la ocupación del palacio, y era Liebknecht quien había declarado su intención de derrocar al gobierno socialista moderado de Friedrich Ebert —un extalabartero de cuarenta y siete años— por medio de la anarquía y el caos. Que los marinos exigiesen más paga era algo muy al estilo de Liebknecht. Si Ebert se atemorizaba por la coacción y pagaba lo exigido, el gobierno daría una muestra de debilidad, y si reprimían la sublevación sería prueba de que formaban un gobierno traidor, reaccionario y antiobrero como les reprochaba

Lieb knecht. En ambos casos, a Lieb knecht le resultaría más fácil tomar el poder y establecer su régimen leninista.

Era el 20 de diciembre cuando los marinos anunciaron que iban a gastar los 125 000 marcos que les había abonado el gobierno en la custodia del palacio imperial. Ahora exigían más dinero.

Alex Horner se hallaba en el antedespacho privado del canciller cuando Otto Wels salió con Ebert. Era la primera vez que Alex veía tan de cerca al canciller. Era un individuo de aspecto impresionante, ancho y musculoso, de pelo negro como el azabache, enorme bigote y pequeña barba. El gobierno había aceptado otro nuevo pago a condición de que antes fuese evacuado el palacio y la División Naval del Pueblo quedase reducida a seiscientos hombres. Sólo se efectuaría el pago cuando se evacuase el palacio y se entregasen las llaves a Otto Wels.

La mañana del día en que se habían visto Alex y Pauli, aquél había acudido apresuradamente al despacho del canciller en respuesta a una llamada telefónica de un secretario. Una delegación de los marinos iba a entrar en uno de los salones situados en el ala del vestíbulo imperial. Un marino llevaba una cartera de cuero que contenía las llaves de palacio. Querían el dinero.

—El señor Horner es ayudante del gobernador militar —dijo el secretario que trataba con los amotinados, un hombrecito estirado, con los modales escuetos y altaneros que distinguen a los burócratas de carrera.

Era portavoz de los marinos, un suboficial de elevada estatura y de dientes torcidos, que pidió la documentación identificativa de Alex Horner. Afortunadamente, Wels se había ocupado de tales formulismos nada más llegar el joven oficial a la ciudad asediada por la revolución, y, conducido a un negociado del Reichstag por un ordenanza con librea del antiguo régimen, una funcionaría con brazalete rojo le había facilitado un salvoconducto: una tarjeta deficientemente impresa en pecio papel rojo que decía que Horner estaba «autorizado a mantener el orden y la seguridad en las calles de la ciudad». Lo complementaba una tarjeta de identidad expedida por el «Consejo de Obreros y Soldados» confirmando que era persona «de confianza y con libertad de pase». En ninguno de estos dos documentos se mencionaba su grado militar, y si la mujer que le expidió los papeles sabía que era oficial del ejército, no dio señales de ello. Por el modo en que manejaba los archivos de la oficina, daba la impresión de que debía desempeñar aquel trabajo desde antes de la revolución. La mayoría de los funcionarios seguían haciendo lo mismo que en tiempos del kaiser, cuando no llevaban brazalete rojo ni había banderas rojas. Para los berlineses, la vida se reducía a la simple cuestión de

intercambiar tiempo por dinero y dinero por comida. Incluso durante los enfrentamientos a tiros, los autobuses cumplían su horario y funcionaba normalmente el servicio de agua y electricidad.

Tras examinar los papeles de Horner, el suboficial le enseñó su propia tarjeta de identidad: *Suboficial Esser*. Era curioso cómo muchos de aquellos militares revolucionarios conservaban gran apego a las insignias y privilegios del antiguo régimen.

Cortés pero con firmeza, Esser explicó a Horner y al secretario que el comité político de la División Naval del Pueblo había decidido no tratar con Otto Wels que, pese a ser socialista, era «un enemigo de clase».

—Entonces, entreguen las llaves al señor Barth —sugirió Alex. Agradecía que el secretario no hubiese revelado que era oficial del ejército.

—El señor Barth está en una reunión y no se le puede molestar —dijo el secretario con la esperanza de que le entregasen a él las llaves y se marchasen sin más. A pesar de que en el ojal exhibía una pequeña cinta roja (accesorio indumentario adoptado por muchos funcionarios de clase media durante los últimos días), el hombre no ocultaba su impaciencia y su repulsa ante aquellos revolucionarios sucios.

—Pues hágale salir de la reunión —señaló Alex.

El secretario negó con la cabeza indicando que no se podía interrumpir al delegado. Emil Barth era uno de los delegados más radicales, pero aquellos miserables socialistas se habían adaptado en seguida a la burocracia de Wilhelmstrasse: reuniones, reuniones y reuniones. Y los burócratas se habían adaptado fácilmente a sus nuevos jefes.

—Es imposible —dijo el secretario. Era un hombre mayor con gafas sin montura, de cejas pobladas y cuello de celuloide amarillento en los bordes, como los papeles que se veían por doquier.

—Inténtelo —dijo Alex, secundado a voces por los marinos.

Prosiguieron los parlamentos y se efectuaron llamadas telefónicas. Todos los que podrían haber aplacado a los marinos se habían ido a comer, y los revolucionarios se enfurecían más cada minuto que pasaba.

Aún no se había resuelto el problema, cuando entró corriendo en el salón un mensajero con un recado urgente para Alex Horner. Tenía que presentarse sin dilación en el despacho del señor Otto Wels. Le habían raptado.

No fue difícil comprender lo sucedido. El personal del gobernador se hallaba en los pasillos hablando a voces. Algunas mujeres lloraban. Dijeron que otro grupo de marinos había entrado en el edificio por una puerta lateral y llegaron al primer piso para exigir a Wels la paga de Navidad. Habían oído

cómo Wels les contestaba que no tendrían el dinero hasta que no entregasen las llaves.

No se sabe quién fue el primero que había golpeado a Wels, lo cierto es que le habían pegado y le habían arrastrado al palacio imperial, que evidentemente no tenían intención de entregar. Según un mensaje que Alex recibió a última hora de aquel día de un confidente a sueldo, a Wels le habían propinado culatazos y le habían arrojado a un calabozo lleno de ratas.

Aquella tarde, una nutrida comisión de marinos volvió a la Cancillería. Estaban furiosos, y, forzando la entrada en el edificio, apostaron centinelas armados en todas las puertas y se apoderaron de la centralita telefónica del edificio. A partir de ese momento no dejaron entrar ni salir a nadie, incluido el canciller. Tenían a Wels de rehén y querían el dinero.

Pauli había escuchado el amplio relato de Alex con alterada atención. Se había dedicado a observar a la gente del bar, con particular interés en las mujeres jóvenes. Había tenido tan poco esparcimiento desde el principio de la guerra y había vivido tanto entre militares, que aún no se había acostumbrado a las faldas más cortas de las féminas que les dejaban al descubierto los tobillos. La mujer había llevado faldas largas desde la Grecia clásica, y, desde luego, aquella nueva moda tenía algo de apocalíptico; si no de apocalíptico, desde luego sí de provocativo, y más, dado que algunas de las más jóvenes lucían medias de color carne.

Habían acabado entre los dos una botella de vino y ya iban por el final de la segunda. Pauli comprendía ahora que Alex había llegado a una fase del relato en que esperaba una aportación suya.

—¿Qué querías decir con eso de que ya verán mañana los marinos? — inquirió.

Alex miró por encima del hombro para asegurarse de que nadie escuchaba. En el cercano salón, la orquesta interpretaba tristes baladas húngaras.

—El canciller utilizó la línea telefónica secreta para exigir ayuda al ejército, y Groener ha ordenado la salida de varios escuadrones de la caballería imperial del cuartel de Potsdam. Llegarán aquí a medianoche.

—¿Y la tropa va a disparar contra los marinos?

—La caballería imperial permanece leal a sus oficiales, y vienen también otras tropas leales, además de la artillería. Entrarán en palacio.

—Los marinos tienen pocas posibilidades frente a la artillería.



—Se lo han buscado. Yo no tengo consideración con esos gángsters.

—A ese Esser que has mencionado le conozco.

—¿El suboficial? —La máscara de indolencia de Alex desapareció y se le notó la sorpresa—. ¿Cómo diablos conoces a un tipo así? ¿Del batallón de castigo?

—No —contestó Pauli riendo—, los auténticos bribones no acaban en el batallón de castigo, Alex. Los auténticos acaban de generales. Ambos lo sabemos.

El comentario puso nervioso a Alex. Miró a su alrededor para asegurarse de que no los escuchaban, pero aun así él no compartía aquella opinión.

—Pauli, yo no sé... —musitó.

—Me gustaría intentar apartar a Esser de eso —dijo Pauli.

—¿Apartarlo?

—Es un buen tipo.

—Ahí no hay «buenos tipos», Pauli. Son todos unos canallas.

—No puedo dejar que le maten —replicó Pauli—. Fue amigo mío. Es hijo de un campesino del pueblo en que vivían mis abuelos.

—Eso es muy peligroso —dijo Alex.

—No seas tonto —replicó Pauli—, nadie va a hacerme daño por acercarme a palacio a hablar con Esser.

—Vas de uniforme.

—Un uniforme particular.

—Son amotinados, Pauli. Nada más verte se darán cuenta de que eres del cuerpo de oficiales. Y el Freikorps es enemigo declarado de la revolución.

—Tengo que ir. ¿Dices que la tropa llega a medianoche?

—Por tu honor, no debes advertirlos —dijo Alex.

—No me digas, Alex —replicó Pauli riendo—. Sabes que en esta ciudad no hay secreto que dure media hora.

—Entonces voy contigo; quizá logre convencerlos de que suelten a Wels.

—Eso te valdría un buen galardón, Alex.

Alex asintió gravemente con la cabeza y apuró el resto de Riesling.

—Cuanto más lo pienso, más me atrae. Vámonos, Pauli.

Del hotel Adlon al palacio imperial había un breve paseo por Unter den Linden. Al salir del hotel, la calle estaba iluminada por las luces de la embajada británica. Se decía que allí se reunía la comisión del armisticio, pero no se veía ningún soldado inglés. Del lado opuesto de la Pariser Platz,

próximo a la puerta de Brandeburgo, les llegó la música estentórea de una charanga: tocaban un villancico. Parecía una banda militar, pero no había modo de saberlo. Más allá del arco estaba el zoológico, utilizado como campamento militar, pero no se sabía a quién era leal la tropa. Probablemente los hombres permanecían allí por el rancho militar. En Berlín había caído medio metro de nieve y los ruidos urbanos llegaban amortiguados por aquella manta blanca, por lo que hasta la música de la banda se oía lejana y apagada. Siguieron su camino, aplastando bajo sus pasos la nieve helada.

—Has cambiado, Pauli. Mucho.

—Nos hacemos viejos —respondió Pauli eludiendo otra respuesta. Su padre siempre estaba diciendo que había cambiado. ¿Acaso no había cambiado Peter? ¿No había cambiado mamá? ¿Y no lo había hecho Harald Winter más que nadie?

—No es sólo eso —insistió Alex—. ¿Ha sido por el batallón de castigo?

Se habían visto muchas veces desde que Pauli había cumplido la pena, pero hasta aquel día el batallón de castigo había sido tema tabú.

—¿Cambiado, en qué sentido?

—Eres más duro, más resuelto. Antes no se te habría ocurrido meterte en líos y habrías dejado que un tipo como Esser se las arreglase por su cuenta.

—El batallón de castigo no fue nada. Fue un alivio librarme de aquel cerdo de Brand. A veces te compadecía porque tuvieses que aguantar a aquella bestia.

—Pero a ti te enviaron a las peores batallas.

—No fue tan horrible. Me hice hombre. Aprendí a sobrevivir; a sobrevivir con todo en contra, sobrevivir cuando mis compañeros morían.

—Y después estuviste en el batallón de asalto. Cuéntamelo. ¿Era como el batallón de castigo?

—No puedes ni imaginarte cómo era. Con más tropas como ésas, habríamos ganado la guerra, Alex.

—No ha sido por falta de batallones de asalto, Pauli. Fue por los malditos civiles que nos apuñalaron por la espalda. Como oficial, sigo fiel al gobierno, pero cuesta olvidar que esos políticos que nos mandan son unos cobardes socialistas que estuvieron en contra del ejército durante toda la guerra... —No siguió hablando; incluso en las actuales circunstancias, su formación de oficial le impedía semejantes arrebatos—. Bueno, cuéntame lo del batallón de asalto.

—No teníamos fusiles, sino carabinas y metralletas ligeras con pequeños lanzallamas. Todo estaba hecho en función del poco peso y la rapidez. Incluso

la tropa llevaba pistola. Uniformes especiales con refuerzo de cuero en codos y rodillas. Nada de cartucheras; los cargadores los llevábamos en los bolsillos; y colgadas al cuello, bolsas de granadas. Éramos imparables... implacables.

—¿Te hicieron jefe de pelotón de choque?

—No les importó que hubiese estado en un batallón de castigo, si te refieres a eso. Sí, me nombraron Stosstruppführer. Había muchas vacantes de oficial, porque los oficiales tenían que ir siempre al ataque en cabeza de la tropa. Sólo aceptaban a jóvenes solteros, y el entrenamiento físico era de lo más severo que he conocido.

—Te envidio la experiencia, Pauli. Los batallones de asalto se han convertido en leyenda. Pero has tenido suerte de no caer.

—No des crédito a todas las historias que se cuentan, Alex. Las tropas de asalto las mantenían en retaguardia hasta que hacían falta para alguna misión especial, e incluso nos llevaban en camión la mayor parte del trayecto. Y teníamos muchos permisos y siempre la mejor comida.

—Pauli, pareces añorarlo.

—Mira, Alex, voy a explicarte una cosa. Tú te criaste con el deseo de ser oficial, mientras que yo no quería ir a la escuela de cadetes. Fue idea de mi padre. Yo quería a mi padre, y le quiero, pero mi padre no me respeta; él cree que soy tonto, que me falta, sobre todo, esa especie de inteligencia necesaria para hacer dinero. A mi hermano le importa un bledo mi padre, pero es a él a quien quiere papá. Me di cuenta de que no poseo la inteligencia de mi hermano Peter y opté por la escuela militar como quería mi padre. Y ahora la única profesión que conozco es la de soldado.

—Pues ahora que los comités de obreros y soldados se apoderan de las fábricas de tu padre, poca diferencia hay en definitiva.

—Papá encontrará una solución; él siempre se las apaña.

—Pero en Lichterfelde parecías bastante contento.

—Sí; llegó a gustarme. Yo siempre he sabido adaptarme: los hermanos pequeños tienen que adaptarse a lo que quieren los demás. Y me gustaba el respeto que confería el uniforme de oficial. ¿No te acuerdas, Alex? Los miembros del cuerpo de oficiales éramos dioses. A mí aquello me encantaba, Alex. Los paisanos haciéndonos reverencias, agasajándonos. Me encantaba recibir el saludo militar y que la gente se apartase para dejarme paso en la calle y me atendiesen el primero en las tiendas.

—Supongo que eso nos pasaba a todos. Sin embargo, aquí estamos: yo intrigando en ropa de paisano y tú disfrazado como soldado particular.

Pauli miró a su amigo. Alex vestía sombrero hongo gris y una holgada gabardina gris pasada de moda con capa incorporada. No es que fuese un atuendo particularmente chocante entre las variopintas indumentarias que se veían en las calles de Berlín, pero era lo más adecuado para un oficial prusiano. Asintió con la cabeza.

—Incluso adoraba al kaiser. Me encantaba ese concepto de que hubiese alguien que sabía lo que era mejor para Alemania y lo mejor para el ejército y el cuerpo de oficiales; lo mejor para mí. Y cuando continuó la guerra y toda clase de morralla como Brand lograba ascensos, a mí no me importaba porque la mayoría de aquella gente no eran auténticos oficiales y el cuerpo de oficiales prusiano seguía siendo una reducida élite inaccesible a los demás. — Siguieron caminando en silencio unos instantes mientras Pauli ordenaba recuerdos y pensamientos—. Y luego llegó lo del batallón de asalto. Un mundo desconocido para mí. Y me dejé llevar de mis instintos. Ojalá hubieses estado conmigo, Alex.

—Me lo dijiste en una carta.

—Allí todos nos tratábamos de «tú», oficiales y tropa. A mis hombres los llamaba por su nombre de pila y muchas veces nos sentábamos a charlar juntos sin diferencias de rango. Discutíamos de política y de la clase de país que sería Alemania después de la guerra.

—¿Y pensaba alguno que sería como es? —inquirió Alex golpeando un montón de nieve con su bastón.

—¿Quién iba a figurarse todo esto? —replicó Pauli con desdén—. Nadie podía imaginarse que el kaiser iba a huir dejando que Fritz Esser y su amigo Liebknecht se sentasen en palacio... ¿Quién iba a imaginar que un puñado de pseudointelectuales y socialistas prófugos mandarían en Alemania, convertida en desvencijada república, y que la caballería imperial fuese a ayudarlos?

—Pauli, pensé que ibas a decirme que el tiempo que has pasado con la gente del pueblo te había dado otra perspectiva de los socialistas.

—Los socialistas son soñadores, y el tiempo de soñar ha pasado hace mucho. Nuestra patria se muere y nadie sale en su ayuda —replicó Pauli dando una patada a un montón de nieve que se deshizo en nube blanca.

Cuando llegaron a Friedrichstrasse tuvieron que aguardar para cruzar a causa del intenso tráfico. Era sorprendente cómo la vida continuaba como si no afectase para nada que la ciudad estuviese asolada por la revolución. A pesar de que se oían disparos, las aceras estaban llenas de gente que efectuaba compras de Navidad y circulaban autobuses. Flotaba en el aire el olor a castañas asadas y llegaba el sonido de música de jazz americana de los clubs

de la zona. Una dependienta y un chófer cargaban docenas de paquetes envueltos en papel de colores en un enorme coche mientras una señora que llevaba un abrigo de pieles los iba contando. Costaba creer que aquellos ruidos sordos que se habían oído antes hubiesen sido explosiones de granadas de mortero y que en aquel mismo momento la artillería estuviera en camino para asaltar el palacio imperial.

—Los civiles tienen sus propios asuntos —comentó Alex mientras cruzaban la calle esquivando a un taxi.

—¿Ganar dinero, quieres decir? —dijo Pauli con desdén.

—Sin dinero no se puede vivir.

—Hay cosas más importantes que el dinero, Alex. Eso es lo que aprendí con las tropas de asalto, y en lo que creen muchos voluntarios del Freikorps.

—¿Son hombres de las antiguas tropas de asalto?

—En mi batallón hay una docena de antiguos camaradas. Por eso me alisté. Si prosigue el reclutamiento, el mes que viene tendré mi propia compañía.

Alex Horner contuvo la risa.

—Fíjate, Pauli, yo pensaba que te habías vuelto viejo y cínico y, en realidad, eres el mismo optimista ferviente y soñador de siempre...

—Puedes burlarte, pero...

—No me burlo, Pauli. Todos sentimos lo mismo. Todos los que conozco y respeto sienten más o menos como tú. Todos se sienten frustrados al ver a este maldito gobierno despreciado por cualquier canalla de aquí y escupido por París, Londres y Washington.

—Pero sigues tan tranquilo... ¿O será que eres fatalista?

—Si la plebe quiere que la gobierne los espartaquistas, déjalo. Yo soy militar profesional; obedezco las órdenes legales del ejército, igual que el ejército ruso obedece a Lenin.

—Eres demasiado ingenuo, Alex —replicó Pauli meneando la cabeza—. ¿Crees de verdad que Lenin representa a los trabajadores rusos? El partido de Lenin es un reducido grupo ruidoso y violento que ha tomado el poder y ha matado a la oposición. Actualmente, aquí en Alemania, los socialistas de Ebert están en mayoría, pero los espartaquistas comienzan a ensayar trucos leninistas para hacerse con el poder. Y, entonces, que el cielo ayude a los adversarios de Liebknecht. Los llevarán al paredón para fusilarlos sin juicio.

Oyeron a sus espaldas el ruido de tropa marchando por la Linden en dirección al zoológico. En la oscuridad, las botas de clavos de los soldados levantaban chispas contra el pavimento. Eran de la Guardia Ulana. Los dos

jóvenes oficiales contemplaron complacidos cómo variaban el paso para entrar en la universidad. En Alemania quedaban pocas unidades tan entrenadas y disciplinadas.

Ya en las cercanías del palacio imperial, había mucha más gente en Unter den Linden. En las esquinas estaban los grupos habituales con uniformes improvisados; la mayoría llevaban el fusil en bandolera con el cañón boca abajo, al estilo revolucionario. Pero aquellos hombres armados eran minoría frente a la multitud que había acudido atraída por los rumores que circulaban por la ciudad. Querían ver cómo el ejército iba a reducir a los belicosos marinos. O, como decía otro rumor, ver a los monárquicos del ejército desencadenar la contrarrevolución.

Cuando Alex y Pauli llegaron a la entrada principal de palacio, se encontraron con tres centinelas, jóvenes pálidos con gorro blando de marino y cartuchera cruzada sobre el pecho. Se calentaban las manos en una fogata hecha en tierra, en la que se apreciaban restos de muebles antiguos cuyos adornos pulimentados y dorados brillaban entre las llamas. Preguntaron a la guardia por Esser y tardaron mucho en localizarle. Alex y Pauli permanecieron junto al fuego, tratando de ver en aquel patio. Aun con la vista limitada del interior, era evidente que los marinos se hallaban excitados y asustados ante la perspectiva de una batalla encarnizada con las unidades del ejército que iban a llegar de Potsdam.

Al cabo de unos quince minutos, un soldado armado los condujo al interior hasta el piso de arriba. Esser, fiel a sí mismo, se había alojado en los apartamentos privados de la emperatriz, y allí los llevaron. Aunque las habitaciones habían sufrido el pillaje, aún se veían muchos enseres personales de sus reales ocupantes. En los vestidores de la emperatriz colgaban todavía chaquetas de encaje y vestidos de cola para baile; habían forzado su escritorio y por el suelo estaban esparcidos sobres y papel de escribir. Seguramente era obra de los que vendían por la calle ejemplares de la correspondencia real. Por el suelo había también polveras, peines y marcos de plata despreciados por los que habían arrancado las fotos.

Y, sin embargo, la impresión que daba aquel santuario era de encantadora vulgaridad, una ostentosa colección de cachivaches frívolos que habría podido formar parte de la casa de algún comerciante nuevo rico.

—El presidente del comité de socorro de los marinos y los trabajadores saldrá dentro de cinco minutos —anunció un marino con barba.

—¿Es Fritz Esser? —inquirió Pauli.

—Sí, el camarada Esser —respondió el marino—. No pueden tocar nada ni abandonar la habitación bajo pena de muerte, ¿entendido?

—Sí, entendido —respondió el teniente Horner, que ya se iba acostumbrando a la extravagante retórica revolucionaria.

Para el «presidente» Fritz Esser de la División Naval del Pueblo había sido un día agitado, aun comparado con otros días llenos de acontecimientos de las últimas semanas. Pero, como con tanta frecuencia sucedía desde los primeros días de noviembre de 1918, se le habían adelantado y finalmente le habían hecho callar.

Lo malo de Esser es que no sabía evaluar adecuadamente a sus adversarios, y era algo que le sucedía desde el inicio de los amotinamientos en la marina. Fritz Esser solía ser el primero en vislumbrar las oportunidades, pero carecía de la habilidad y el cinismo necesarios para explotar la ventaja.

Los espartaquistas y el ala de la izquierda radical de los independientes, por ejemplo, siempre habían esperado que la revolución, de la que llevaban hablando años, se iniciase entre los soldados de primera línea, hartos, asustados y agotados, más que entre los marinos o los civiles. Fue Fritz Esser quien había insistido con reuniones clandestinas y panfletos incendiarios dirigidos a las tripulaciones de los buques de guerra de la flota, que había pasado casi toda la guerra anclada en los puertos del norte.

Esser —en un informe secreto a los acólitos de Liebknecht— había dicho que los combatientes serían los últimos en sublevarse. Eso resultaba evidente en los puertos, en donde existía poco interés por Karl Marx entre las tripulaciones de submarinos o los hombres que habían elegido puestos de peligro en los torpederos y destructores que periódicamente zarpaban para luchar con el enemigo. Los que acudían a las reuniones eran las tripulaciones de los grandes buques, ciudadanos alistados a la fuerza, hombres aburridos y descontentos a quienes irritaban las restricciones de la vida militar y no tenían otra cosa que hacer más que desfilar, rascar el óxido y pintar sus cárceles con torres de acero. Aquellos hombres, que nunca habían oído los tiros disparados con odio, eran los que escuchaban los sueños futuristas de Esser.

A pesar de que el verano anterior, después de que Esser arengase a la tripulación del acorazado *Prinzregent Luitpold* a desembarcar en Wilhelmshaven incumpliendo las órdenes —delito por el que sus correligionarios acabaron ante un pelotón de fusilamiento del ejército—, los espartaquistas seguían sin creer que la flota fuese terreno abonado en el que

sus agitadores pudiesen esparcir la semilla de la revolución. Y no hicieron caso de los informes de Esser. En septiembre, un dirigente espartaquista comunicó a Esser que las reformas del Alto Mando Naval —según las cuales el rancho lo distribuirían «comités de alimentación» elegidos por la tropa— habían destruido toda esperanza de sublevación.

Sólo cuando le destinaron a Kiel había podido Esser lograr que la sublevación arrancase y que los dirigentes espartaquistas comenzasen a hacer caso. Pero incluso entonces se mostraron tibios y dijeron que el amotinamiento no era más que la lógica reacción a que les hubiesen ordenado zarpar para un último combate suicida con la flota inglesa. Al comité político berlinés de los espartaquistas pareció ofenderle que los marinos careciesen de motivación política, e insistió en que aquel amotinamiento no era la revolución proletaria que esperaban.

Esser y los suyos no hicieron caso del dictado de Berlín y fueron las proclamas de los jóvenes discípulos de Esser lo que impulsó a los fogoneros del acorazado *Helgoland* a sacar las rebañaderas del carbón, dejarlas en las planchas y apagar los hornos con mangueras. Sin fuego para hacer vapor, la orden de zarpar cursada por el almirante Von Hipper no pudo cumplirse.

Y cuando el U-135 amenazó con torpedear al *Thüringen* si no se rendían los amotinados, uno de los acólitos de Esser fue quien convenció a los artilleros del *Helgoland* para dirigir las baterías contra el submarino. Que Esser no hubiese asistido a la fallida acción por la que los amotinados acabaron en la cárcel, en nada cambiaba su ufana reivindicación de ser el iniciador de la revolución, ya que en cuestión de días no sólo Kiel sino docenas de plazas y ciudades se encontraron bajo el control de los comités de trabajadores y marinos. El ejército nada hizo por aplastar la sublevación: estaba demasiado extendida.

Así fue como Esser había marchado a Berlín con la vanguardia de la marinería sublevada, que ahora se denominaba Marina Popular o División Naval del Pueblo, esperando ser recibido con todos los honores por la jerarquía espartaquista. Pero Esser quedó postergado conforme los políticos se hicieron con las riendas de la revolución en que tan poco interés habían mostrado, convirtiéndole en un funcionario de segunda del partido, presidente de un comité al que hasta entonces ninguna tarea importante se le había encomendado salvo organizar las listas de servicio y alojamiento y dirimir las disputas entre los abundantes borrachos, ladrones y delincuentes que en seguida se sumaron a los marinos.



Las decisiones importantes en la política espartaquista —o mejor dicho en la falta de política— las adoptaban los mismos que tan mal habían aconsejado en el pasado a Liebknecht y a Rosa Luxemburg. Los militantes de mirada dura, traje oscuro y acento urbano repudiaban a Esser y a los suyos tachándolos de palurdos sin la clase de refinamiento político necesario para dirigir la futura revolución que barrería del poder al gobierno socialista provisional, sustituyéndolo por otro autoritario radical.

No obstante, los hombres y mujeres que oían al Esser de deje campesino habrían hecho bien en reflexionar sobre sus conclusiones, porque Esser era astuto y perspicaz. Su informe sobre las formaciones militares irregulares —el *Freiwillige Landesjägerkorps* o *Freikorps*— que comenzaban a extenderse por todo el país era algo que los dirigentes espartaquistas habrían debido leer, pues Esser se había convertido en un especialista del descontento y sabía diferenciar las reivindicaciones de la marinería que él mismo había contribuido a convertir en sublevación y la clase de descontento que estaba dotando al *Freikorps* de mayor número de hombres de los que podía vestir y armar adecuadamente.

Pocos hombres de la División Naval habían participado en combates. Eran en su mayoría antiguos obreros de fábrica solteros, sin domicilio fijo; algunos se habían entregado a correrías periódicas, saqueando y violando domicilios y hasta exigiendo dinero por la calle a la gente bien vestida, disfrazando siempre sus delitos con etiquetas políticas. Los marinos permanecían en palacio porque el gobierno seguía abonándoles la paga —por el temor que le inspiraban— y porque era más caliente y confortable que la alternativa de andar por las calles. Mientras Liebknecht y Rosa Luxemburg los animasen, aclamarían los discursos de los espartaquistas.

Los hombres del *Freikorps* eran algo totalmente distinto, como señalaba Esser. Los reclutamientos del *Freikorps* procedían en su mayoría de soldados del frente, y para esos hombres el mundo se dividía en «el frente» y la «retaguardia». La retaguardia eran los civiles que habían ganado tanto dinero en las fábricas de guerra y los dueños de éstas. Eran los banqueros y los financieros, los pacifistas que habían pronunciado discursos en contra de la guerra, y los «criminales de noviembre» que habían firmado el armisticio. Aunque en la División Naval no se admitían oficiales, en el *Freikorps* los soldados acogían de buen grado a sus oficiales endurecidos en combate, como miembros de su exclusiva cofradía.

Quizá fuese durante la redacción de su olvidado informe cuando Fritz Esser comenzó a descubrir una cosa sobre sí mismo. Él nunca había entrado

en combate. Su servicio en la marina se había desarrollado en el contexto de la relativa comodidad y la innegable seguridad de los cuarteles de la marina imperial, y, aunque no lo admitía, se sentía incómodo por aquel papel pasivo dentro de aquella «guerra que pondría fin a las guerras», porque Esser —a pesar de sus afirmaciones revolucionarias— sentía un respeto congénito por esa figura del guerrero que tanto lastra el alma de los alemanes.

Las interminables disquisiciones y aquellas reuniones de comités deslavazados hasta altas horas de la noche sin llegar a conclusión alguna le habían cansado y desilusionado. Y aquella tarde del lunes 23 de diciembre de 1918, Esser había agotado su paciencia. La perspectiva de que el palacio imperial sufriese el ataque de unidades leales del ejército le aterrorizaba. La simple artillería ligera, que según los informadores estaban preparando en Potsdam, bastaría para hacer saltar las puertas, y no quería ni pensar lo que serían aquellos espacios cerrados bajo el fuego de las granadas de metralla.

Sin embargo, habían resultado inútiles sus esfuerzos por hacérselo comprender al comité. No es que los miembros del comité hubiesen ofrecido una alternativa inteligente a su recomendación de entablar conversaciones con Ebert y liberar a los rehenes —sobre todo a Otto Wels— como gesto de buena voluntad, es que le habían hecho callar a voces llamándole «¡traidor!» y gritando «¡no nos rendiremos!», en lugar de descalificarle con una discusión razonada. Finalmente, Esser había estallado y respondió con palabras malsonantes a aquellos pomposos burócratas, tachándolos de enchufistas y abandonando rabioso la reunión. Fue en aquel momento cuando llegó el mensajero diciendo que dos plenipotenciarios del ejército le esperaban abajo. Aquello era el principio del fin, y sintió miedo. ¿Qué haría ahora? ¿Contemporizar? Sí, pero ¿cómo?

—Soy Esser, presidente del comité. ¿Qué desean? —inquirió mirándolos con sus penetrantes ojos negros. Pauli reconoció inmediatamente a su antiguo amigo, que se había convertido en un gigante de imponente tórax, con su chaqueta de marino abierta, pañuelo rojo al cuello y gorra echada hacia atrás en aquella cabeza bien rapada.

—¡Fritz! ¿No te acuerdas de mí? Soy Pauli Winter. Travemünde...

Esser no había reconocido a Pauli. Fijó la mirada en Alex Horner, a quien conocía de la reunión en la Cancillería. Aquel hombre era una especie de ayudante militar de Otto Wels. Era de esperar que el ejército le enviase para parlamentar respecto a la liberación del gobernador militar de Berlín. Esser se había opuesto a la idea de mantener de rehén al político socialista, porque en esencia era un rapto con coacción y tales tácticas no redundarían en beneficio

de la División Naval ante la clase obrera. Esser conocía a la clase obrera: eran moralistas.

—Sal del palacio, Fritz. Quiero hablarte.

Esser se acercó a la ventana. Había oscurecido, pero veía a la multitud. Incluso creyó ver relucir cascos de acero al fulgor de las luces de la catedral. Pero los cascos de acero no significaban que hubiese llegado el ejército, pues la mitad de la población berlinesa llevaba cascos de acero y fusiles. Regresó junto a los dos hombres. Aquel tipo del despacho de Wels era el clásico oficial prusiano, pese a su sombrero hongo, bastón y gabán largo. El otro vestía un gastado abrigo militar y un casco de acero con una esvástica pintada delante. No deberían haberle dejado entrar con aquella pistola al cinto, pero ya estaba hecho.

—¡Fritz! —exclamó otra vez Pauli.

Ahora le reconocía. El chico del caserón de Travemünde: Paul Winter. A lo mejor la cosa salía bien. Estrechó la mano que le tendía.

—¿Qué demonios haces aquí? ¿Te envía el ejército?

—¿El ejército? No.

—Cielo santo, Pauli, la guardia te ha hecho pasar aquí pensando que eras un enviado del ejército para negociar con nosotros.

—Vente a tomar una cerveza, Fritz.

—¿No ha venido a pedir la liberación de Otto Wels? —dijo Esser volviéndose hacia Alex Horner.

Alex estuvo a punto de decir ¡al diablo con Wels! pero optó por dar otra explicación.

—El señor Winter es amigo mío.

—¡Pues vamos a tomar una cerveza! —dijo Esser en voz alta y mostrando sus dientes torcidos al sonreír—. Te voy a invitar a más cerveza de la que puedes beber, joven Winter.

—Sería mucha cerveza, Fritz.

—¿No será una trampa? —dijo Esser de pronto con rostro ensombrecido.

—Tiene usted mi palabra —dijo gravemente Alex Horner poniéndose firme.

—Mi amigo es un tragavirotes prusiano —dijo Pauli—, pero es hombre de buen corazón.

—Os creo —contestó Esser. Hacía mucho tiempo que no creía a nadie, pero ahora tenía ganas de olvidar las preocupaciones de la jornada y olvidar, olvidar, olvidar. Que los sabelotodo del comité siguieran discutiendo sin él.

—¿Dónde vamos a tomar esas cervezas? —dijo poniéndose a la cintura para mayor seguridad un cinturón con pistola. Se pasó la mano por el ralo pelo y notó que sudaba; luego volvió a encasquetarse la gorra.

Pauli le contestó al quite:

—Hay una taberna detrás del Spittelmarkt: la de Guggenheimer. ¿La conoces?

El lugar elegido tranquilizó a Fritz Esser. Guggenheimer era un judío con doce hijos, todos estudiantes en la universidad, con diverso éxito. La taberna era centro de reunión de estudiantes que iban allí por la comida barata y la buena cerveza. Pero acudía también gente de todo tipo. Era un lugar en el que un marino, un soldado del Freikorps y un paisano bien vestido podían beber juntos sin llamar la atención.

Alex dirigió una mirada a su amigo. ¿Lo habría planeado todo Pauli? Podía ser tortuoso y astuto; era una parte de su naturaleza que pocos conocían. Por otra parte, Pauli era sincero, y eso era lo que atraía a Esser.

—La paga no es importante —dijo Pauli Winter una vez que hubieron consumido unas cuantas jarras de la cerveza negra de Guggenheimer—. Es la camaradería: hombres en los que puedes confiar totalmente. Buenas personas todos ellos. Pero el dinero también está bien. Todos los voluntarios tenemos una paga diaria básica de cuarenta marcos, y ahora el gobierno nos aumentará cinco. Luego está la comida: doscientos gramos de carne y setenta y cinco gramos de mantequilla con un cuarto de litro de vino. Y, además, toda la cerveza que quieras y cigarrillos. En nuestra cantina esto no costaría casi nada —añadió alzando la jarra—. Pero muchos se alistán porque el servicio en el Freikorps les cuenta para la pensión. Tú, Fritz, por ejemplo, en el Freikorps, con tu actual grado y la paga de la marina, serías sargento primero, porque el mes que viene tendré mi propia compañía; y el servicio en el Freikorps te cuenta para la futura pensión. Además, tus padres volverían a recibir inmediatamente el subsidio familiar. Por cierto, ¿cómo están?

—Mi padre no anda muy bien —contestó Fritz Esser pensando en otra cosa.

—Lo siento —replicó Pauli. Era parte de su encanto, ser capaz de expresar auténtico pesar porque el «porquero» estuviese mal, pero inmediatamente reanudó la descripción de la vida en el Freikorps sin mayor preocupación—. Cuesta encontrar gente que se ocupe de las tareas administrativas, porque en los batallones de asalto no había mucho papeleo.

Pero la cuestión es que sólo podemos tener la paga, los pluses, la comida y lo necesario si se realiza bien el trabajo administrativo. Esos socialistas son unos burócratas, ¿comprendes?, y hay que seguirles el juego.

—¿Y por qué tenemos que seguirles el juego? Yo no confío en este gobierno —replicó Esser.

Alex asintió con la cabeza y se inclinó para escuchar la respuesta de Pauli.

—Eso, de momento —contestó éste—. En su debido momento Alemania tendrá la dirección adecuada.

—¿Un emperador? —inquirió Alex Horner.

—Quizá —respondió Pauli—. Pero no sé por qué creo que hemos presenciado el fin de la casa de Hohenzollern. Su alteza carece de las cualidades del soldado-rey prusiano, y nadie que conozca de cerca al príncipe heredero puede esperar que mejore.

—Totalmente de acuerdo —dijo Alex Horner con un eructo. Esser se quitó la vieja chaqueta y la colgó en el respaldo de la silla. Llevaba los brazos cubiertos de tatuajes: serpientes, nombres de chicas y frases de fidelidad en enrevesadas espirales.

—Pide más cerveza —dijo Pauli.

—Me toca a mí —añadió Fritz Esser. Era el mayor de los tres y estaba dispuesto a pagar. Se levantó y se dirigió a la barra con un levísimo tambaleo.

Alex Horner aprovechó que Esser no los oía.

—No lograrás reclutar a este miserable para tu maldito Freikorps de Graf —musitó a su amigo.

A Alex no le gustaba el capitán Graf, aquel diminuto homosexual que dirigía su propio ejército como un señor de la guerra medieval, pero tuvo la prudencia de no expresárselo a Pauli, que se había convertido en una especie de apologeta del extraño personaje.

—Es que no tenemos a nadie que pueda ocupar el puesto de sargento primero —replicó Pauli.

—Nadie, ¿dónde?

—En la compañía de que me haré cargo el mes que viene. Son buenos soldados, buenos combatientes, pero no tengo quien los meta en cintura.

—No lo conseguirás, Pauli. Este tipo es espartaquista.

—Ya lo entenderá —replicó Pauli—. Fritz no es tonto.

—Estás loco. ¿Lo tenías pensado de antemano?

Antes de que Pauli contestase Esser regresó con tres espumosas jarras de cerveza, que dejó de golpe en la mesa.

—¡A beber! ¡A beber! —exclamó mirando a su alrededor para ver quién había—. Después quiero que me digas un par de cosas sobre ese Freikorps.

Reconfortado con varios litros de cerveza Guggenheimer, el trío bajó por Leipziger Strasse, parando en varios bares, hasta que torcieron hacia Friedrichstrasse, en donde la vida nocturna era aún más cruda: prostitución masculina y femenina, mendigos, borrachos y rateros, y por todas partes el sonido frenético del jazz americano recién estrenado.

Fritz Esser no regresó al palacio imperial, y cuando, a primeras horas de la mañana del día de Navidad, la artillería del ejército abrió fuego contra el palacio, Esser ni siquiera oyó los cañonazos, pues se hallaba en una habitación de un club de la parte trasera del teatro Schiffbauerdamm, dormido en brazos de una camarera medio desnuda.

Cuando el año 1918 caminaba a su fin, Fritz Esser se alistó en el Freikorps. Al otro lado de la ciudad, Liebknecht fusionaba su grupo espartaquista con los socialistas independientes y con los dependientes de comercio revolucionarios, denominaba al nuevo ente político Partido Comunista de Alemania, y comenzaba a armar a sus afiliados.

En Berlín, la locura proseguía por doquier: ante las panaderías se formaban largas colas de gente hambrienta, y también ante las carnicerías; miraban por los cristales de los restaurantes en los que los aprovechados de la guerra y sus mujeres ricamente vestidas se atiborraban de caviar y champán. En el frente oeste, los aliados habían detenido los ataques, pero el bloqueo naval proseguía, mientras miles de alemanes morían de desnutrición. En toda Europa, el virus de la influenza diezmaba la agotada y hambrienta población; en un solo día murieron mil setecientos berlineses.

Todas las reticencias que pudiese tener Fritz Esser a propósito de servir bajo el mando de su joven amigo se disiparon en seguida cuando Pauli Winter dirigió su compañía por los tejados de la Wilhelmstrasse bajo el fuego de los francotiradores espartaquistas del otro lado de la calle. Pauli pagó pronto la deuda que tenía contraída con Esser por haberle salvado tiempo atrás de las aguas, porque más de una vez libró a su sargento primero de la muerte o de ser herido. En cierta ocasión impidió con sus fuertes brazos que Esser resbalase por las lisas pizarras y cayese a la calle. Esser seguía a Graf y a los demás por el caballete del tejado de dos aguas; era un modo de avanzar que requería equilibrio, audacia y rapidez, y Fritz Esser, cargado con un fusil, cartucheras y una pesada bolsa de granadas, no acababa de colmar tales

requisitos. Resbaló en las heladas tejas del caballete y el fusil fue tejado abajo hasta la calle. En el momento en que él también comenzaba a caer, Pauli le agarró por el tabardo y le sostuvo espantado en el inclinado tejado, mientras les disparaban desde el lado opuesto de la Wilhelmstrasse. Con gran dificultad, pudieron arrastrar fuera de peligro al lamentablemente pesado Esser. A Pauli le dio risa, y Esser, bajo el fuego, se convirtió en otro hombre: no era un simple comandante de la «compañía Winter», sino el combatiente más arrojado y hábil de aquella formidable unidad llamada Freikorps.

En otra ocasión, durante la encarnizada lucha en el centro de la ciudad, los dos se encontraron con el teniente Alex Horner. Fue durante el violento combate del 11 de enero de 1919, cuando las unidades del Freikorps se abrieron paso hasta la sede de la policía en Alexanderplatz; en donde los espartaquistas resistían furiosamente. Fue una carnicería. La moral de los defensores fue debilitándose cuando comprendieron que los comunistas de Liebknecht no podrían tomar el poder por la fuerza. Pauli y Esser fueron de los primeros que entraron al asalto en el patio de la sede de la policía. Esser lanzó una granada por una ventana de la planta baja y los dos saltaron por el agujero lleno de humo, seguidos sin vacilación por el resto. Los defensores retrocedieron cuarto por cuarto y de un piso a otro, pero los soldados del Freikorps fueron abatiéndolos sin piedad.

Alex Horner protestó por aquella matanza y presentó sus objeciones formales al capitán Graf, pero los hombres de aquel cuerpo no estaban para escuchar tecnicismos del ejército regular. No quedó un solo superviviente.

En el ejército regular había también hombres que no daban cuartel. Unos días después, un confidente comunicó la presencia de Rosa Luxemburg y Karl Liebknecht en un apartamento de clase media de Wilmersdorf. La pareja fue apresada y conducida al hotel Edén, que hacía las veces de cuartel general de la caballería. Tras un brutal interrogatorio, fueron asesinados, concluyendo con su muerte la «semana Espartaco».

Durante aquel respiro, el Freikorps se reformó y se rehízo, y el teniente Pauli Winter perdió a su sargento primero. Fritz Esser, durante su breve servicio a sus órdenes, sólo había mostrado una aptitud mediocre en tácticas de infantería, y si Pauli no estaba a su lado, no tenía la experiencia de combate ni el inconsciente arrojo de los demás. Pero sí que había tenido tiempo de demostrar los conocimientos administrativos adquiridos durante su servicio en la marina, y Fritz Esser fue ascendido a segundo del ayudante del batallón. Luego, a las dos semanas, al quedar hospitalizado el ayudante, Esser fue nombrado ayudante del batallón.

Por mucho que se hable del talante democrático en las unidades del Freikorps, el ascenso de Esser a oficial suscitó una fuerte oposición y tuvo que convertirse en ayudante merced al curioso rango intermedio que el ejército alemán inventó para esos casos y le nombraron sargento-teniente para que pudiese desempeñar las tareas de oficial con insignias y galones de oficial y paga de oficial, sin ser socialmente igual que ellos. Fue una solución que satisfizo a todos.

El hombre con el que trabajaba Fritz Esser era el capitán Graf, y no era nada fácil. A pesar de las primeras apariencias, aquel oficial de carrera, bajito y de grandes orejas, nariz roja y claras preferencias homosexuales, no era ningún hazmerreír para los que combatían a su lado, ya fuese en Verdón o en la Alexanderplatz. Era un hombre veleidoso, violento y cruel.

Fritz Esser y el capitán Graf —dos caracteres difíciles y polémicos por naturaleza— trabajaban amigablemente juntos. Pauli Winter tomaba el pelo a Esser diciéndole que Graf se había enamorado de él, y la posibilidad ponía nervioso al intachable heterosexual Esser, quien estoicamente se limitaba a contestar que admiraba a Graf por su coraje físico bajo el fuego y estimaba mucho la enorme preocupación que mostraba por los hombres a su mando. Pero, al margen de la relación que los uniera, la deferencia mutua que se tenían Esser y Graf era auténtica y duradera. Y, además, encomiable, porque el sargento-teniente Esser se convirtió en el suplente *de facto* de Graf y cuando el capitán no estaba, siempre le consultaban a él. «¿No ordenaría el capitán Graf...?». La respuesta era formulada invariablemente de una manera por la que Esser daba su opinión más que una orden, pero su autoridad inherente era indiscutible y Graf secundaba las decisiones de su ayudante independientemente de lo que pensase.

El destino del sargento-teniente Esser en el cuartel general no significó ningún cambio en la relación con Pauli Winter. Estaban muy unidos. Esser se mostraba agradecido con Pauli por haberle introducido en el batallón y, aunque aquél no podía sustituir a su hermano Peter en el papel de mentor o protector, o a Alex Horner como conciencia y ejemplo, sí que era su más apreciado compañero. Fritz era en extremo divertido y sabía captar certeramente las hipocresías y patrañas que el nuevo gobierno socialista largaba con creces a diario. Fritz no era socialista declarado, ni comunista o marxista, y fuese cual fuese el credo político que aglutinaba a los hombres del Freikorps, Esser tampoco mostraba por él franca devoción. Fritz Esser era un anarquista por naturaleza y convicción, y Pauli encontraba su actitud



anárquica frente a la vida no sólo divertida, sino esclarecedora y hasta instructiva.

Cuando el Freikorps de Graf fue trasladado fuera de Berlín, primero a Halle y luego a Munich, el papel de Esser como jefe de cuartel, madre superiora, capataz de esclavos y factótum general le valió el respeto de todo el batallón. Durante las marchas nunca faltó la cena caliente, un sitio seco para dormir y algún tipo de desayuno. La tropa tenía sus botas bien arregladas y cincuenta cargadores de munición en las cartucheras por si surgían problemas con la población local, que muchas veces preferían a los comités comunistas en vez de a los guerreros piratas. Y si a veces tenían que caminar demasiado trecho, era sólo porque ni aun el magnífico Fritz podía mantener en suficiente buen estado los viejos camiones para transportar un batallón de hombres. Además, como todo el mundo sabe, los soldados marchan. A la tropa del Freikorps le gustaba marchar, disparar y dormir a la buena de Dios. Por eso estaban en el Freikorps. La gente a quien no complacían las dificultades y la camaradería que conllevaba, seguían siendo paisanos; y todo buen guerrero del Freikorps despreciaba a los paisanos de cualquier tendencia política.

**1922**

## «Berlín está muy lejos y te echo mucho de menos»

El campo austríaco estaba desierto y frío, y a las cinco de la tarde el cielo ya oscuro se iba tiñendo con la luz rojiza del ocaso. Martha Somló y Harald Winter estuvieron patinando en redondo mucho después de que se hubieran ido los otros concurrentes, en su mayoría campesinos, porque los vieneses no se desplazaban tan lejos para encontrar hielo.

A ella la encantaba el silbido de las espátulas cortando el hielo y aquel hormigueo que sentía en el rostro por efecto del viento frío. Le gustaba la armonía con que se movían juntos y disfrutaba con el brazo de Harry rodeándole con firmeza la cintura mientras corrían alocados sobre el hielo.

La cena que les sirvieron en habitaciones privadas en el Caballo Blanco se componía de simples platos de cocina rural, pero nada mejor que un estofado de ternera en una noche fría de invierno. Sentados junto al fuego crepitante, tomaron mermelada caliente de manzana y el clásico aguardiente schnapps con cerveza negra de la granja cercana. Los troncos de la chimenea eran del huerto y olían a fruta y los restos de savia hacían crujir y estallar la madera, arrojando chispas.

—¿Tienes que regresar mañana? —inquirió ella. Habían estado en la cama y en aquel momento se encontraba sentada en el suelo a sus pies, desnuda y cubierta con un ornado chal estilo zíngaro. Él la había obligado a quitarse polvos, crema y pintura de labios. A Harald Winter no le importaba en absoluto la nueva moda: en su mundo, sólo las prostitutas y las chicas de conjunto se pintaban la cara.

—No debería haberme quedado tanto —respondió él.

—¿Por qué vas a vender el banco? —Cada vez que pasaba ante el banco de Ringstrasse sentía el orgullo de conocer a Harry.

—Sólo mis acciones —respondió él mirando fijamente al fuego como si esperase ver en él un brillante futuro.

—¿Por qué?

—A nosotros no nos afecta en nada, pequeña. Seguiré viniendo a Viena —dijo él tocándole con delicadeza el pelo mientras ella cerraba los ojos.

—Pero no tan a menudo.

—Ya no soy rico —añadió Winter. Era rico, claro que era rico; y mucho en relación con los parámetros a los que recurren la mayoría de la gente para medir la riqueza. Pero ya no podía ofrecer a Martha aquellos lujos de coche y criados de los que había gozado antaño, y esas limitaciones le causaban humillación.

—No importa —replicó ella, volviéndose para mirarle a la luz de las llamas. Parecía cansado y enfermo, pero ella sabía que las contrariedades de los negocios le afectaban del mismo modo que a otras personas la enfermedad o la muerte—. Yo siempre te estaré esperando aquí.

—Voy a abrirte una cuenta en Suiza —dijo él—. Para que vivas cómodamente pase lo que pase.

—Harry, eres un hombre maravilloso. No sé qué haría sin ti.

—Muchos dicen que las cosas van a ir aún peor y que va a haber quiebras de bancos. Es mejor vender.

—Berlín está muy lejos, Harry, y yo te echo mucho de menos.

Él se inclinó para besarla. Si aquello pudiese durar para siempre..., pensó. Pero aquella idea se desvaneció casi inmediatamente, porque a Harald Winter aquella clase de vida le resultaría insoportable al cabo de una semana. Y era suficientemente inteligente para no ignorarlo.

**1924**

## «¿Quiénes son esos hombres tan horrendos?»

La fiesta de cumpleaños que dieron los Winter por los veinticuatro años de su hijo Pauli fue la primera auténtica fiesta que tenía desde que era niño. Aunque no se dijo, sus padres celebraban con ella el primer curso universitario de Pauli, su regreso a la vida civil. La encantadora antigua mansión rebosaba de luces y del alboroto de las animadas conversaciones de más de cincuenta invitados y una orquesta de baile de diez instrumentos. Las invitaciones, a guisa de broma siniestra muy *berlinerisch*, fueron impresas en billetes de banco de mil millones. Antes de la guerra, un obrero no especializado de las fábricas de Harald Winter ganaba veinticinco marcos a la semana, pero la brutal inflación del año anterior había hecho que el valor del papel moneda alemán cayese a tal extremo que un dólar americano equivalía a más de dos mil quinientos millones de marcos. De Holanda y Checoslovaquia había gente que cruzaba la frontera y compraba tierras y casas por un puñado de divisas estables, hasta que, finalmente, cesó la locura. El Reichsbank emitió los nuevos Rentenmarks, equivalentes a mil millones de su antiguo valor. Para celebrarlo, Aschingers, el famoso restaurante de las cercanías de la estación de ferrocarril de Friedrichstrasse, ofrecía un plato, con un vaso de cerveza, postre y tanto pan como se quisiese, por un marco de los nuevos. Se había contenido la inflación.

Conforme el humo se fue disipando, se hizo evidente que las que más habían sufrido eran las clases medias: en las últimas y terribles semanas los ahorros de toda una vida de la mayoría de la población no servían ni para adquirir un sello de correos. Pero había alemanes que no habían sufrido. Harald Winter había casi duplicado su fortuna. Como muchos industriales, él contó con préstamos del Reichsbank, organismo que, al igual que la mayoría de los ministerios, reaccionó con gran parsimonia a los acontecimientos. Así, aunque el banco nacional aplicaba la más alta tasa de interés, Harald Winter podía seguir beneficiándose de créditos y devoluciones a tasas de interés muchísimo más bajas que las de la inflación. Y en 1924, la deuda de cinco millones de marcos contraída con su suegro apenas valía para pagar un

almuerzo en Aschingers, y podía prácticamente renegociarse por lo que Harald Winter quisiese.

Pero no todos los asistentes a la fiesta de cumpleaños de Pauli Winter aquella tarde habían sido tan afortunados como su padre. Muchos habían invertido parte de su dinero en obligaciones del Estado y comentaban la ley del 8 de diciembre de 1923. El gobierno socialista había decidido reevaluar ventajosamente sus propias deudas —las reparaciones de guerra a Francia, por ejemplo—, pero sin compensar a los titulares de obligaciones del Estado ya sin valor.

—¡Santo cielo! —exclamó frau Wisliceny, que había acudido con sus hijas y, para indignación de Peter Winter, con su yerno Erich Hennig—. Empiezo a creer que ese rufián de Hitler tiene razón a propósito de los bribones que nos gobiernan.

La edad no parecía haber pasado para la señora Wisliceny, que seguía siendo una imponente y hermosa matrona con un elaborado vestido parisino, decididamente pasado de moda, que ya estaba en su guardarropa de antes de la guerra. La señora Wisliceny huía de la nueva moda, en aras de la cual las mujeres sacrificaban su larga cabellera y enseñaban las piernas. Hablaba con voz firme y resuelta, jactándose de estar tan bien informada como cualquiera de Berlín y dispuesta a hablar de arte, música o política con cualquiera de los allí reunidos.

—No me diga que quiere que gobierne ese bribón... —replicó Richard Fischer. El hijo de Foxy Fischer, ya con cuarenta y tres años y al frente del imperio acerero de la familia, se había alejado de su anciano padre para cortejar a Inge hasta que la señora Wisliceny se unió al grupo. No es que ésta se opusiese al matrimonio ni objetase aquel flirteo, pues Richard Fischer era el soltero más solicitado y su hija mayor ya estaba llegando a una edad en que una mujer soltera llama la atención, pero Inge no había desistido de casarse con Peter Winter, y mientras él siguiese sin compromiso sólo tenía ojos para él.

—No hables tan alto —comentó Erich Hennig—, ese capitán Graf es uno de los hombres violentos de Hitler más destacados, y esa bestia que le acompaña es su supuesto ayudante.

—No temo expresar lo que pienso —replicó Fischer. También él era un tipo fornido, barbudo, y la seguridad que le confería su fortuna le hacía un temible adversario en cualquier tipo de conflicto.

—De todos modos, Hitler irá a parar a la cárcel —añadió la señora Wisliceny tratando de evitar cualquier fricción entre su yerno y Fischer—. Ni

los bávaros le perdonarán un golpe de fuerza contra su gobierno legalmente constituido.

—No estoy tan seguro —dijo Peter Winter. Era alto y delgado, de cutis macilento a causa de las horas dedicadas a los estudios de derecho, pero con su bien cortado esmoquin resultaba tan bien parecido como cualquiera de los presentes. En contra de la moda se había dejado crecer el pelo, que le llegaba a las orejas. Inge le miraba con adoración. Peter no era el tipo de hombre que codician todas las jovencitas, y algunas le tachaban de esnob recalcitrante y anticuado para aquella acelerada permisividad del Berlín de los años veinte. Pero Inge había decidido que no había otro hombre para ella, y ahora que su hermana Lisl se había casado...—. La semana pasada fui a Berlín con mis compañeros de clase y estuvimos con los de la acusación, que nos mostraron las pruebas.

—No hay nada que demostrar —dijo Lisl—. Hitler es culpable. Fue un intento de hacerse con el poder por la fuerza. Lo único que hay que hacer es condenarle.

Peter la miró antes de responder. Era evidente que le sentaba bien el matrimonio con aquel horrible Hennig. Tenía buen aspecto y hasta se la veía más segura de sí misma de lo que él recordaba. Casi todas sus amistades habían augurado que quedaría anulada por un Hennig dogmático y dominante, pero había sucedido lo contrario y era Lisl quien tomaba todas las decisiones, y cuando se trataba de opiniones políticas, Hennig delegaba en su hermosa y joven esposa.

—Estando media hora en Munich —dijo Peter— te das cuenta de que no va a ser un proceso criminal, sino una especie de elección. ¿Qué jurado enviaría a la cárcel a un héroe de guerra como el general Ludendorff?

—No se trata de Ludendorff —replicó Lisl—, todo el mundo sabe que está medio bobo. Estamos hablando de Hitler, un loco.

—Yo no sé si sigues en detalle los discursos de Hitler —insistió Peter con la moderación desapasionada aprendida de su profesor de derecho—, pero yo he leído algunos. Se le califica de «el nuevo Mesías» y él lo cultiva y se dedica a combatir la decadencia moral, la corrupción y el vicio, y es capaz de aglutinar a gente de muy distinta condición: ése es su mérito.

—Ya he oído esa música celestial —dijo Fischer—, pero escuchando a Hitler se diría que en Berlín se juntan todos los vicios y corrupción del mundo —añadió acariciándose la barba y dirigiendo una mirada a Inge como solicitando su aprobación. Ella le sonrió y volvió a fijar la mirada en Peter.



—Así es —asintió tibiamente Peter—. Pero eso subyuga a los bávaros. Malditos meridionales. Les gusta ver en Berlín la base del centralismo, la sede del militarismo prusiano (que temen y desprecian), y los protestantes de Berlín son el principal obstáculo a sus afanes de restaurar un reino bávaro con una monarquía católica. Hitler sabe alcahuetear perfectamente con esas motivaciones.

—Y los bávaros consideran que Berlín lo dominan los capitalistas judíos —añadió Fischer— y eso se acomoda con su carácter antisemita.

La orquesta comenzó a tocar un vals de Lehar.

—Es un crimen no estar bailando —dijo la señora Wisliceny—. Inge, ¿tienes comprometido este baile?

—No, mamá.

Frau Wisliceny miró inquisitivamente a Richard Fischer, quien inmediatamente sacó a bailar a la muchacha.

Peter habría invitado a bailar a Lisl, aunque sólo fuese por fastidiar a Hennig, pero éste se le adelantó y rápidamente llevó a su mujer a la pista despidiéndose de ellos con una simple inclinación de cabeza.

Alguien invitó a bailar a la señora Wisliceny y, al verse solo, Peter Winter se volvió a observar a dos soldados que había junto al bar. Uno de ellos era Fritz Esser, claro. Era imposible eludir el agradecimiento por lo que había hecho, pero no tenía por qué aprobar sus actividades ni la compañía con aquel horrendo homosexual bajito que había traído. A Peter le parecía espantoso que hubiesen venido con sus uniformes de opereta. El capitán Graf vestía el uniforme reformado de capitán del ejército; Esser, una especie de uniforme nuevo: camisa parda, pantalón hasta la rodilla, botas y cinturón Sam Browne con correa por el hombro derecho. Los dos formaban parte del «ejército» uniformado al mando del célebre capitán Ernst Röhm —siempre con título cambiante— como brazo armado del Partido Nacionalsocialista de Hitler. «Tropas de asalto», se denominaban.

Peter detestaba a los nazis tanto como había detestado a los comunistas. No confiaba en el ampuloso empleo que hacían de palabras como «libertad», «honor», «pan» y «seguridad». Su opinión era que sólo los imbéciles definían los logros y fracasos de aquel complejo mundo con trilladas divisas risibles.

En lo más profundo de su ser siempre había esperado despertarse milagrosamente y hallarse en un mundo ordenado dirigido desde el palacio imperial por el autócrata kaiser Guillermo, a quien nada importaba lo que decretase el Reichstag, pero, poco a poco y a regañadientes, había llegado a convencerse de que la nueva constitución de la posguerra era el marco

democrático adecuado mediante el cual Alemania volvería a ser la gran nación de siempre.

A pesar de su rechazo del socialismo, Peter Winter era aquella noche una de las escasas personas que en casa de Winter —y en toda la ciudad— apoyaba al presidente socialista Ebert. Alemania tenía que regirse por la ley; por eso él estudiaba derecho. La violencia organizada de comunistas y nazis era una amenaza para la ley, para la estabilidad de la clase media y, por consiguiente, para todo lo que Peter valoraba.

Por eso Peter Winter difícilmente pudo ocultar su hostilidad cuando se dirigió hacia donde el capitán Graf estaba charlando con Fritz Esser. Detestaba a aquellos hombres no sólo por lo que eran, sino por su constante relación con Pauli. Tenía una sensación premonitrice que le impulsaba a proteger a su hermano de aquellos desagradables bellacos. Al menos había logrado convencer a Pauli para que dejase el miserable Freikorps de Graf, pues si hubiera permanecido en Munich mucho más tiempo con ellos, seguramente se habría convertido en miembro de las tropas de asalto nazis y aquella noche habría acudido con su ridículo uniforme.

—¿No bailan, caballeros? —dijo Peter, provocador, haciendo un gesto al camarero para que les sirviese más champán. Sabían quién era, naturalmente, porque Graf ya le había visto anteriormente, y Esser le conocía desde el salvamento en Travemünde.

—Hablamos de negocios —respondió Graf, que tenía un cuadernillo en la mano, el cual leía con unas gafas de montura de acero.

—¡Venga, que esto es una fiesta! ¡Beban! ¡Bailen! ¡Diviértanse!

Ninguno de los dos sabían qué contestar a las amistosas palabras de Peter, pero ambos se daban cuenta de que les tomaba el pelo. Al volver la cabeza, los vidrios de las gafas de Graf captaron los reflejos de las arañas del salón y sus crueles ojos denotaron irritación.

Una vez que el camarero les hubo servido, Esser alzó su copa brindando. «*Prosit!*», dijo con una sonrisa. Peter hizo una inclinación de cabeza y se alejó.

—Aquí no hay más que judíos —dijo Graf a Esser una vez que Peter Winter los hubo dejado—. Los Winter se han enriquecido y han medrado a costa de los cadáveres de nuestros camaradas.

—Ya llegará nuestra hora —respondió Esser, metiendo un dedo en el cinturón y mirando a los que bailaban como si fuese un domador de leones.

El capitán Graf miraba hacia el fondo del salón, donde cuatro muchachas que vestían escuetos trajes de dos piezas comenzaron de pronto a bailar. El

capitán Graf no compartía el gusto de Esser por las chicas medio desnudas y volvió la cabeza con disgusto.

—¡Basura judeocapitalista! —exclamó.

Esser lanzó un gruñido y siguió mirando a la pista. Lo de las chicas era idea de Pauli Winter. Las habían contratado especialmente para la fiesta en un *Revue-Bar*. Esser las conocía bien, pues era cliente habitual de todos los bares de Berlín, desde el Kempf de Leipziger Strasse hasta las tabernuchas de Invalidenstrasse, en donde los proxenetes ejercían su oficio. A diferencia de Graf, a Esser le gustaban las chicas. Bebió su champán. Sabía de sobra que todo lo que al capitán Graf no le gustaba era «basura judeocapitalista» y hasta entonces no se había atrevido a contradecir a su jefe, pero ya el año anterior se había producido un cambio en su actitud, pues había tenido acceso a las altas esferas del partido nazi y sabía que Röhm, ídolo de Graf y jefe inmediatamente superior, no era ciegamente leal a Hitler. Pronto se produciría un enfrentamiento entre las SA uniformadas de Röhm, que constituían el Sturmabteilung o fuerzas de asalto, y los paisanos de rostro macilento de la dirección del partido; y Esser había decidido que, independientemente de que Hitler acabase o no en la cárcel, su futuro estaba con «Der Chef».

—Son unas bailarinas fenomenales —dijo Esser desafiante, aplaudiendo a las chicas del *Revue-Bar*. El capitán Graf lanzó un bufido de disgusto, se guardó el bloc en el bolsillo del pecho y se dirigió contoneándose hacia el bar y salón de fumadores del primer piso.

Pauli Winter había visto desde la pista el pique de Graf con Esser. Pauli había cambiado totalmente. Ya no lucía el corte de pelo que había conservado desde su ingreso en la escuela de cadetes y que le hacía parecer una bola de billar, ahora lo llevaba bastante largo y le caía sobre los ojos. Con un esmoquin nuevo, confeccionado por el sastre de su padre y bien ajustado a su musculoso cuerpo, muchos ojos femeninos le observaban mientras bailaba con una de las hijas de los Guggenheimer. Los estudios habían servido para revelar una nueva faceta de su personalidad, pues ahora era un joven sociable, más afecto a fiestas, chicas, copas y baile que a las clases y a los libros. Por ello, en sus primeros exámenes había tenido tan malas notas que aún no se lo había dicho a su padre. A veces se preguntaba por qué había consentido que sus padres le convenciesen para ingresar en la universidad, pero ellos se habían empeñado en apartarle del Freikorps. Eran unos hipócritas, porque aplaudían el método de lucha del Freikorps contra los comunistas, pero detestaban a Graf y a los que combatían con él.

No le fue fácil adaptarse a los estudios después del ajetreo del Freikorps, ya que Peter también estaba en la facultad y él solventó todas las dificultades con aquel modo imperioso con que lo hacía todo. Pero lo que no podía hacer Peter era conseguir que Pauli tuviese mejores notas. El derecho de empresas no era un tema que interesase mucho a Pauli; no obstante, quería, como siempre, complacer a sus padres. Él quería complacer a todos y, aunque sabía que era una debilidad absurda, se avenía muchas veces a lo que le imponían en lugar de entrar en prolongadas discusiones.

Al acabar el vals, Pauli aplaudió a la orquesta y dio las gracias a Hetti Guggenheimer. Era una bonita muchacha de pelo negro y ojos marrones con pestañas que batía con demasiada facilidad ante los jóvenes. Hetti Guggenheimer era compañera de primer curso de Pauli, aunque ella estudiaba medicina y siempre obtenía notas excelentes. Hetti tenía comprometido el siguiente baile con otro, pero optó por el ritual de comprobar su carné de baile antes de excusarse con Pauli, a quien no le importó mucho. Allí había muchas chicas bonitas y él tenía éxito. Aunque no había llegado a ser tan alto como su hermano, tenía la buena estampa americana de los Rensselaer; sus pómulos marcados en aquel rostro huesudo, con grandes ojos penetrantes y amplia sonrisa, le daban el aspecto del tipo de actor que Hollywood elige para los papeles de vaquero. A semejanza del cowboy estereotipado, hablaba con suavidad, mostraba buen humor y no se quejaba. Se despidió de Hetti y regresó a donde había dejado su cerveza para echar una ojeada al salón. Vio a Esser y a Graf que a todas luces discutían, y observó a Graf, enfadado, subir contoneándose al primer piso. Se alisó el pelo alborotado, se estiró la camisa y se dirigió hacia Esser.

—¿Todo bien, Fritz?

—Perfectamente.

—Es que he visto pasar al capitán Graf, y parecía enfadado.

—Ya sabes cómo es, Pauli. Se le pasará.

—Tú sueles llevarte muy bien con él.

Esser dio un sorbo de champán y Pauli comprendió que se pensaba la respuesta.

—Las cosas han cambiado —dijo finalmente—. Ya no es como en los buenos tiempos, Pauli. Desde que nos dejaste para estudiar, el batallón ha cambiado mucho.

Hacía casi un año que Pauli se había marchado para matricularse en el curso intensivo previo al examen de ingreso. Diez meses viviendo con sus padres. Pero parecía mucho más. Mucho mucho más.

—¿En qué ha cambiado?

—Demasiados jovenzuelos. Críos despechados que no han ido a la guerra y quieren demostrar lo duros que son. Y echo de menos Berlín.

—¿Y Graf?

—Se ha vuelto demasiado amigo de Röhm, y yo no estoy de acuerdo con Röhm. Es demasiado ambicioso para ser militar y juega a la política —dijo Esser mirando a su alrededor para asegurarse de que nadie le escuchaba—. Fui a ver al Führer y le conté lo que pasaba.

—¿Al Führer? ¿A Hitler?

—Le dije que Röhm está buscando la oportunidad para hacerse con el mando. Si el Führer va a la cárcel, Röhm se haría con el control.

—Quizá a Röhm también le condenen a una buena temporada en la cárcel.

—Es posible, pero Röhm tiene muy buenos amigos y apoyos en el ejército, en el gobierno bávaro e incluso el poder judicial. Y todos saben que más tarde o más temprano los nazis subirán al poder.

—Así que tú piensas que los nazis tomarán el poder —dijo Pauli. Resultaba inverosímil la idea de que aquella reducida y airada organización asumiese el poder.

—Entonces harán falta hombres buenos como tú, Pauli. Hombres de confianza como tú. Cuando acabes los estudios podrás obtener un buen empleo.

—¿Con los nazis?

—Todos los jefes son abogados. Incluso yo estoy tentado de estudiar derecho.

—Pues claro, Fritz —contestó Pauli dándole una palmada en el hombro—. Yo te ayudaría.

—Me haría falta —replicó Fritz riendo—. No he vuelto a clase desde los catorce años.

—Ya hablaremos de ello la semana que viene cuando comamos juntos. ¿Así que eres nazi?

—Sí, soy afiliado secreto. Ese malnacido de Röhm quiere mantenemos separados a los camisas pardas del partido, porque él aún sueña con echar a Hitler y restaurar la monarquía, pero el Führer sabe lo que se hace.

—Espero que tú sepas lo que te haces, Fritz —replicó Pauli. Le halagaba que Esser le hubiera hecho aquella confidencia, pues corrían tiempos en que cualquier pequeña traición bastaba para que un hombre fuese asesinado.

—Yo tengo buen instinto. No soy militar; yo soy político. Siempre lo he sido —respondió Esser.

—¿Y qué sucederá después? Porque a Hitler seguro que le cae una buena pena de cárcel, ¿no?

—Esperaremos que llegue nuestro momento —dijo Esser—. Adolf Hitler es el hombre que necesita Alemania; y hay que esperarle el tiempo que sea.

—Por Dios, Fritz, ándate con cuidado. Dices que Röhm es un malnacido sin piedad. Si descubre que le traicionas...

—Sé cómo tratarle. Es homosexual, como Graf. Hay demasiados homosexuales en torno a Röhm, y eso es una de las cosas que no me gustan de Munich. Yo los trato a todos como niños mimados. Ya los arreglaré algún día el Führer, pero hasta entonces esos mariquitas me necesitan. Röhm está haciendo acopio de armas para el ejército en depósitos clandestinos por todo el país. Hay más de veinte mil fusiles y ametralladoras... hasta artillería —dijo con una sonrisita—. Sin los archivos que yo guardo nunca sabrían dónde localizarlas.

—Alex Horner está aquí. Deberías hablar con él. Con el tiempo será jefe del alto mando y puede que llegue un momento en que te convenga conocer a alguien influyente en el Reichswehr —añadió Pauli, que deseaba que sus dos amigos lo fuesen a su vez entre ellos. Era casi una obsesión.

—Gracias, Pauli —replicó Fritz Esser vaciando la copa de un trago—, pero no te preocupes por mí; sé lo que me hago. Ya saldremos por ahí a emborracharnos y te contaré cosas sobre el putsch de Munich que te pondrían los pelos de punta. ¡Casi salió bien! Yo iba al lado del Führer. La policía abrió fuego en la Odeonsplatz. El Führer estaría a unos treinta pasos de mí y aún vestía el traje de la noche anterior con una gabardina. El que iba a su lado cayó muerto de un balazo y arrastró en su caída al Führer. El capitán Göring fue herido. El único que no hizo caso de los disparos fue Ludendorff, que cruzó el cordón de policías. Fue una experiencia maravillosa, Pauli.

—Fue un fracaso —replicó Pauli con aspereza.

—Algún día te arrepentirás de no estar con nosotros. Hacemos historia.

—Tómame otra copa, Fritz, y a ver si encontramos a Alex. Me gustaría que congeniarais.

En aquel momento, el viejo amigo de Pauli, el teniente Alex Horner, estaba fumando un puro en el despacho de Harald Winter mientras éste y el viejo «Foxy» Fischer le asediaban a preguntas. No habían vuelto a redecorar el despacho desde los tiempos en que los Winter habían ido a vivir a aquella casa; las paredes estaban cubiertas más o menos por los mismos libros y el suelo por la misma alfombra oriental de vivos colores. El mismo escritorio de caoba taraceada ocupaba el rincón, y la única iluminación era la de la lámpara

de pantalla verde que había sobre él. Todo estaba limpio y ordenado, pero los escabeles, al igual que los sillones de cuero de orejas, estaban desgastados y rotos por quemaduras de cigarrillos y la marca de los vasos. El despacho, más que ninguna otra pieza de la casa, había permanecido inalterado durante aquellos años plenos de acontecimientos, y a Harald le gustaba tal como estaba. En la pared incluso seguía el retrato del kaiser Guillermo.

Aquella noche la atmósfera estaba cargada de humo azulado de los puros de los tres hombres. La deferente atención de que era objeto halagaba al joven, pero no le sorprendía, pues el teniente Horner había podido ver con sus propios ojos lo que constituía el secreto más preciado de Alemania: las nuevas instalaciones militares germanas en la Rusia soviética. Y lo que los dos le pedían era un relato de primera mano de aquel fantástico logro político.

—¿Visitó usted todas las fábricas? —inquirió Fischer. Tenía ya setenta y dos años y se había quedado completamente calvo; pese a ser un frágil anciano, no había dejado los puros y el coñac.

—Pues no sabría decirle, pero desde luego vi las más importantes. —El rostro de Alex había adquirido la dureza y la expresión inescrutable que el ejército alemán esperaba de su cuerpo de oficiales prusianos de élite. Tenía la nariz más gruesa y la antigua cicatriz del duelo en su mejilla había empalidecido con la edad.

—Las fábricas de aviones Junkers cercanas a Moscú y Kharkov —lanzó Harald Winter para demostrar que estaba bien informado. Tenía aspecto de estar en forma; había pasado parte de la velada bailando, porque era algo que le encantaba, y aquella noche Harry se había asegurado las parejas más atractivas de la fiesta. A sus cincuenta y cuatro años seguía siendo mejor bailarín que cualquiera de los jóvenes presentes y le encantaba demostrarlo.

—Fuimos veintitrés —prosiguió Alex Horner asintiendo con la cabeza—. Viajamos por separado. Yo, por ejemplo, no fui a ver la fábrica de gas tóxico porque está en una remota localidad de Samara Oblast, ni ninguna de las factorías de proyectiles. Allí fueron los especialistas de artillería, y los aviadores a las escuelas de vuelo. Mi cometido fue visitar las escuelas de entrenamiento de tanquistas que dirigimos en colaboración con el ejército rojo.

—No me gusta eso —dijo Fischer aplastando su cigarrillo en el cenicero con inusitada fuerza—. Eso de enseñar a los asesinos bolcheviques a utilizar tanques y aviones es una locura. Esos cerdos nos atacarán a la primera oportunidad.

—Tus temores son infundados, Foxy —dijo Harald Winter sonriendo por la repulsa de su amigo—. El tratado de Versalles nos prohíbe tener aviones y tanques, pero los soviéticos no lo han firmado y su colaboración es justamente lo que necesitamos. Los rusos quieren nuestra pericia y nosotros necesitamos campos de prueba secretos —añadió complacido por la limpieza del engaño.

—Te dejas arrastrar por las posibilidades —replicó Fischer—. Yo también quisiera que mis fábricas volviesen a trabajar a pleno ritmo, pero me es imposible mantener en secreto la producción de tanques.

Winter dudó un instante y un tic atormentó su mejilla.

—Yo ya he entregado al ejército aviones modernos. Fuselaje totalmente metálico en aleación de aluminio. Estructura monocasco mucho más avanzada que esos débiles armatostes de madera que hacíamos durante la guerra. Necesito desesperadamente saber cómo funcionan en condiciones de combate en Rusia, pero el ejército no me permite enviar allá a mis técnicos —dijo Winter mirando a Horner, casi con la esperanza de que él se ofreciese a solventar el problema, pero Horner desvió la mirada.

—Quizá me esté haciendo demasiado viejo —dijo Fischer—. Mi hijo Richard opina como tú y está obsesionado con el diseño de esos malditos tanques al extremo de descuidar a otros clientes. Le digo que esos bolcheviques son traicioneros y él se ríe.

—Tenemos un enemigo común —dijo Horner expulsando un anillo de humo que contempló admirado. Se le habían subido a la cabeza el alcohol y el ambiente de conspiración.

—¿Con los rusos? ¿Se refiere usted a los polacos? —inquirió Fischer—. Nunca he creído que Polonia constituyese una amenaza grave.

Se oyó una suave llamada en la puerta; al decir Winter «adelante», entró su esposa. El tiempo había sido magnánimo con Veronica Winter. Conservaba casi indemne aquella belleza que hacía volver la cabeza a los hombres cuando Harald la había conocido. Ahora estaba más delgada y su rostro, cuello y brazos, visibles bajo el tul marrón amarillo del traje de noche, eran más pálidos; no poseía ya aquella placidez que la hacía tan deseable ni aquella sonrisa tan suya. Se la veía trastornada.

—¡Harald! —exclamó tras hacer un gesto a los dos invitados para que no se levantasen—. ¿Quiénes son esos hombres horribles?

—¿Qué hombres horribles? ¿Cuáles? —replicó Winter sacudiendo la ceniza del cigarro, como gesto de indignación por ser interrumpido.

—Hay tantos hombres horribles en su casa esta noche, Veronica, que ni su marido puede estar al tanto —dijo Fischer conteniendo la risa, tratando de



calmarla.

—¿Cómo puede usted decir eso, herr Fischer? —replicó Veronica fingiéndose ofendida—. Dos hombres con una especie de uniforme —añadió para su marido.

—Uno de ellos es un tipo que se hace llamar «capitán» Graf, uno de los rufianes que llevaron a Munich su ejército particular para combatir a los comunistas —contestó Harald Winter.

—¿El comandante de Pauli? —inquirió Veronica.

—Sí, hasta que Pauli tuvo la sensatez de vivir con nosotros y dedicarse a estudiar.

—¿Y el otro? —insistió Veronica.

—¿Hay otro? —dijo Harald, mirando a Fischer, que se encogió de hombros, y luego a Alex Horner.

—Se llama Fritz Esser —contestó Horner a Veronica—. Es amigo de Pauli, señora. Un viejo amigo.

—Me suena ese nombre —dijo ella, pensativa.

—Antes de la guerra vivía en Travemünde —añadió Alex—. Pauli le reclutó para el Freikorps y se quedó en el batallón.

—Los Esser —dijo Harald Winter—. Ya me acuerdo. Vivían en el pueblo, cerca de la casa de mi madre. Es aquel muchacho que salvó a los niños en el mar. ¿Por qué lo dices, querida?

—La gente está preguntándome quiénes son, Harald. Es que, por su aspecto, no parecen de nuestros amigos. Ahora, ese... capitán Graf ha subido a los cuartos de los criados.

Winter se puso en pie.

—¿Y para qué? —inquirió, aunque imaginando la respuesta. Había dos criados jóvenes y la conducta homosexual del capitán Graf era más que conocida. Se decía que en realidad había sacado su batallón de Berlín por escapar de la policía.

—Prefiero no decirlo, Harald —contestó Veronica, ruborizada.

—¡Echaré a ese bribón!

Ahora fueron los otros dos quienes se pusieron en pie y Fischer alargó la mano para tocar a Winter en el brazo.

—Harry, es mejor que vaya otro. Graf es un tipo peligroso.

—Si me permiten —dijo Alex Horner como quien no quiere la cosa—. Graf, por desgracia, es miembro del cuerpo de oficiales, y su comportamiento me concierne directamente.

Harald Winter no dijo nada, ni tampoco su esposa. Fue Fischer quien aceptó la propuesta de Horner.

—Sí, teniente Horner, será lo mejor.

Inevitablemente, se produjo cierto revuelo por el lamentable suceso del cumpleaños de Pauli. Invitar a una fiesta así al capitán Graf fue sin duda un error, pero no se esperaba que aceptase la invitación, únicamente acudió porque Esser iba también.

Una vez en la casa, el capitán Graf se tomó una primera copa de champán con excesiva rapidez. Era champán francés. Nadie sabía dónde lo había conseguido Harald Winter, pero Graf, una vez agotada la primera, tomó otra, y otra. Luego, Esser vio el coñac. La compañía de asalto del capitán Graf había tomado una destilería en Francia durante las ofensivas de 1918, y su aroma le trajo apasionantes recuerdos de aquellos viejos tiempos. Y Graf era un hombre fácilmente sensible a los recuerdos y al alcohol. Cuando vio al joven ayudante del mayordomo y le siguió escaleras arriba, ya estaba lo bastante borracho como para perder pie varias veces en los escalones.

Posteriormente, el capitán Graf afirmó que sólo buscaba una cama para descansar durante una hora, pero cuando Hauser —el antiguo mayordomo y factótum de Harald Winter— le quiso impedir la entrada a un cuarto de la servidumbre en el segundo piso, el capitán Graf le clavó en el pecho una navaja plegable.

Hauser —ya cuarentón y con las secuelas de haber sufrido en la guerra el efecto de los gases— lanzó un grito y se derrumbó, sangrando profusamente. Una doncella oyó el forcejeo, encontró a Hauser inconsciente en un charco de sangre y corrió a gritos detrás de Graf, que ya escapaba por la escalera de servicio con la navaja ensangrentada en la mano.

Fue el teniente Alex Horner quien interceptó a Graf, pues, conociendo la casa por las visitas que había hecho, imaginó por dónde iba a huir.

—¿Capitán Graf...?

Graf arremetió contra Horner con la navaja y éste esquivó la hoja por tan poco que la punta le rasgó el esmoquin.

Pero Alex Horner no era el pelele por quien le había tomado el capitán Graf; los años en el frente con Pauli y los crueles asaltos a las trincheras ordenados por el teniente Brand le habían dotado de unas reacciones tan instintivas como eficaces.

Horner esquivó el navajazo y propinó al capitán un fuerte puñetazo en la cabeza que le hizo tambalearse, pero Graf también era un luchador y, recuperando el equilibrio, volvió a la carga, obligando a Horner a retroceder por el estrecho pasillo del cuarto de los criados para esquivar los navajazos. Graf sonreía, pero era la sonrisa de un borracho, y esto animó a Alex, que se arriesgó a lanzar una fuerte patada alta con la que logró arrebatarse el arma. Horner se apoderó de la navaja y entonces fue Graf quien echó a correr.

Huyó por la escalera de servicio, cruzó la despensa y la puerta de entrega de los tenderos y cerró de golpe a sus espaldas la pesada puerta. El marco de madera se había hinchado con la humedad del invierno, y cuando Alex logró abrirla, cruzando el patio y saliendo a la calle, no quedaba rastro de Graf, salvo unas pisadas en la nieve que acababa de caer.

Alex Horner se detuvo y recobró la respiración. Su veteranía como combatiente le dictaba cuándo había que detenerse. Miró la calle iluminada por la luna y vio los carruajes a la espera de recoger a los invitados, en los que los cocheros estaban acurrucados combatiendo el frío, con sus rostros iluminados por los cigarrillos, en medio de las nubes de vapor de la respiración de los caballos. Hacía mucho frío; como sólo en Berlín lo hace. El viento arrastraba copos de nieve y todo estaba cubierto por una fina capa de hielo. No se oía nada en la ciudad, y, sin embargo, no era la calma vacía del campo. De cerca llegó el ruido del potente motor de un automóvil que arrancaba y chirrido de neumáticos. Debía de ser Graf; se le veía a menudo con un gran automóvil.

Alex metió la mano en el bolsillo para sacar un cigarrillo y permaneció fumando en la calle, pensando en lo sucedido. A Dios gracias, Graf había bebido lo suyo, porque sobrio habría sido un temible adversario. Mejor olvidarlo todo. Graf y los de su ralea tenían amigos en puestos importantes y en el Bendlerblock los burócratas del ejército hablaban ya de las tropas de asalto de Röhm con el calificativo de «Ejército negro», a guisa de reserva militar clandestina. Testificar en contra de Graf podría lesionar su carrera, y ya se había desvanecido toda esperanza de que el ejército se mantuviese apartado de la política. Ascender en aquel curioso ejército de posguerra era como caminar por un campo minado.

Cuando Alex hubo acabado el cigarrillo y regresó a la fiesta, era como si no hubiese sucedido nada desagradable. Hauser estaba en cama atendido por un médico, habían limpiado la sangre de la alfombra, la orquesta tocaba y los invitados bailaban como si nada. En realidad, muchos de ellos no se habían percatado de la trágica reyerta en la escalera de servicio.

Peter Winter bailaba con una muchacha esplendorosa que vestía un precioso traje de noche, poco frecuente en Alemania en aquella época de austeridad. Era la muchacha quien se había acercado desenfadadamente a Peter para pedirle un baile.

—Me han dicho que es usted buen bailarín, herr Winter. ¿Le gustaría demostrármelo?

No hablaba bien el alemán. Construía bien las frases, pero tenía acento extranjero. Y no era aquel duro gruñido consonante de los húngaros o de los checos; era un extraño acento plano arrastrado que de momento no supo identificar.

—¿Es usted austríaca? —inquirió Peter.

Ella se echó a reír de un modo casi impropio de una dama.

—¡Qué halagador! Ya me habían dicho que era usted un donjuán, Peter Winter, y veo que es cierto. Sabe que mi alemán no es lo bastante bueno para que sea austríaca. ¿Es lo que dice a todas las chicas que tienen un acento raro que no conoce?

Peter se ruborizó. Era exactamente lo que decía a las chicas con acento inidentificable.

—Ni mucho menos —musitó, confuso.

—Soy americana. De California —dijo ella—. Somos casi parientes; su madre fue al colegio con mi tía.

—Ahí no hay ningún parentesco —dijo Peter.

—Qué buen sentido del humor tienen los alemanes —replicó ella riendo, pero a Peter no le hizo gracia la pulla—. Bien —añadió alargándole su largo brazo blanco—, ¿no me va a invitar a bailar?

Peter chocó los tacones y ejecutó una formal reverencia. Ella volvió a reír y Peter se sintió confuso, casi atemorizado; una curiosa sensación nueva en él. Deseaba huir, pero no podía. Le daba miedo aquella chica, miedo de que pensase que era tonto. Deseaba que ella sintiese atracción por él y le respetase y, naturalmente, ése es el modo en que el amor sorprende a los desprevenidos.

—Sí, baila bastante bien —dijo ella cuando entraron en la pista a los románticos acordes de *Pobre mariposa*. Se llamaba Lottie Danziger y su padre era propietario de dos hoteles, tres cines y unos naranjales en California. Llevaba el traje de noche más llamativo de toda la fiesta. Un traje en forma de tubo, corto y sin mangas, que le ocultaba los senos y el trasero; el corpiño estaba bordado con abalorios y perlas barrocas de imitación con la clase de motivo egipcio que hacía furor desde los fantásticos descubrimientos de Howard Carter en el Valle de los Reyes. El problema era que los abalorios

eran tan pesados que Lottie estaba deseando sentarse, cosa que por otra parte temía, dada la fragilidad de los mismos.

Lottie era distinta a las mujeres que Peter había conocido. No era como las chicas alemanas a quien trataba, ni siquiera como las de la familia Rensselaer. Era guapa, de cutis claro y pelo negro azabache con ondas naturales, muy corto, en un estilo nuevo en Berlín, aunque no como aquellos peinados cortos, obligados para ponerse los sombreros casco, sino corto como el de un hombre. Tenía unos pícaros ojos oscuros y una boca quizá algo grande, con dientes muy blancos que relucían cuando sonreía. Y sonreía mucho. No con la clase de sonrisa cortés de labios apretados que enseñaban a las chicas alemanas bien educadas, sino con risa fuerte y contagiosa con la boca bien abierta. Peter también acabó riendo. Pero, por encima de todo, Lottie era intensa, una fuente de energía. Todo lo que hacía, desde bailar hasta contar chistes sobre los chicos que había conocido en el transatlántico, era único y maravilloso, y a Peter le fascinaban todos sus movimientos.

—Pero vengo con carabina, cielo. No creo que podamos escaparnos.

Con su estilo transatlántico, ya le llamaba «cielo» desde el primer momento, pero el uso despreocupado de la palabra no la hacía menos prometedora. Todas sus propuestas de volver a verla se estrellaban con el obstáculo de la carabina. Estaba jugando con él, porque los dos sabían que podían verse a solas si verdaderamente ella quería, y fue eso lo que añadió más incentivo a la conversación. Era tan deseable, que el deseo barrió toda idea y propósito de la cabeza de Peter.

—No pareces un Rensselaer —dijo ella, tras silenciar unos momentos sus tentativas de una nueva cita. Le hablaba echando la cabeza hacia atrás para verle mejor, y ladeándola de modo que su negro y ondulado cabello brillase a la luz—. No pareces un Rensselaer en absoluto.

Le estaba tomando el pelo, claro, pero él, complacido, le siguió el juego.

—¿Pues cómo son los Rensselaer?

—Estupendos. Basta con ver a tu madre para darse cuenta.

—Los Rensselaer son la familia más hermosa de todo Nueva York. Mira, cuando tu tío Glenn volvió de la guerra debía de tener sus buenos cuarenta años; pues no había una sola chica en la ciudad que no soñara con cazarle. Cuando se casó se oyó el gemir y crujir de dientes desde Hoboken hasta Hollywood. Tu tío Glenn vino aquí después de la guerra, ¿verdad?

—Era mayor en la fuerza aérea, agregado a la comisión del armisticio. Quería que mamá volviese a Nueva York, pero mi padre no la dejó.

—¿Por qué?

—Dijo que no estaría bien. Durante la guerra no se cansó de decir que mi madre era alemana de corazón. Así fue como impidió que la internasen. Según él, qué iban a pensar si al ganar los aliados se fuese corriendo a Estados Unidos...

—Sus padres son muy mayores para viajar, pero darían cualquier cosa por verla.

—Papá se puso muy terco.

—¿En Alemania obedece todo el mundo así al padre?

—No lo sé —contestó Peter.

—En Estados Unidos tu padre no lo tendría tan fácil. Tendrías que haber visto cómo se puso el mío cuando le dije que me iba a Europa.

—¿Qué te dijo?

—Me dejó sin un céntimo, cielo —contestó ella y soltó una carcajada—. Pero finalmente se volvió atrás —añadió tarareando la melodía—. *Pobre mariposa...* es una bonita canción, ¿verdad? Siempre que la oigo me acuerdo de la guerra: todas las pobres mariposas que no volvieron.

—Sí —contestó Peter sin estar muy seguro de entenderlo. Hasta entonces no le habían gustado los americanos; ni los Rensselaer, ni el presidente Wilson. Nada. Le costaba entenderlos. Pero ésta, con el pelo peinado como un hombre y aquel flequillo hasta las cejas... era encantadora. Al pasar bailando junto a un enorme florero, ella alargó el brazo para rozar con los dedos los pétalos. Era un gesto de colegiala, pero quería mostrar a todos lo contenta que estaba. Quizá todos los americanos fuesen así: incapaces de guardar algo en secreto y de ocultar sus emociones...

Siguieron bailando hasta que coincidieron con Inge Wisliceny en brazos de Richard Fischer. Aquella noche Inge estaba particularmente hermosa. Los trajes largos y los escotes generosos le sentaban bien. Lottie apartó el brazo de Peter para dirigirle un saludo, al que Inge sonrió entristecida, mientras ellos evolucionaban por la pista alejándose.

—¿Y dónde está ahora tu tío Glenn? —inquirió ella.

—Dios sabe. Por Europa. De vez en cuando recibimos una tarjeta suya. Nos hace alguna visita y siempre nos envía regalos alimenticios. Piensa que nos morimos de hambre.

—Muchos alemanes están en la indigencia —le recordó Lottie—. Glenn siempre ha sido generoso. Era mi ídolo. Yo tenía dieciocho años cuando se casó y lloré como una tonta. Fui a la costa este para ser la madrina de boda de ese hombre tan guapo, listo y valiente.

—Y rico —añadió Peter, irónico. Le estaba fastidiando un tanto con sus ditirambos sobre Glenn Rensselaer.

—Tu tío Glenn, no. A él le tiene sin cuidado el dinero, pero su padre sí que es rico, claro.

—Ah, mi abuelo; sí, se hizo rico en la guerra —dijo Peter—. Dicen que uno de cada diez camiones del ejército americano procedía de las factorías Rensselaer.

—No serás uno de esos pesados que echan la culpa de la guerra a los que han ganado dinero con ella...

—Ha muerto mucha gente —replicó Peter— y resulta inmoral que haya gente que se enriqueciera con el conflicto.

—Entonces, ¿tú qué propugnas? ¿Que el gobierno sea el dueño de todo, lo haga todo y decida el dinero que merece cada ciudadano?

—Sería mejor.

—Más vale que te olvides de la política, Peter Winter. Nadie se creerá que seas tan tonto como para entregarte a los políticos.

—Cierto. Hace mucho tiempo mi hermano Pauli me dijo más o menos lo mismo.

Había algo enternecedor en aquel Peter Winter que admitía sus defectos.

—Eres adorable —dijo ella rozándole la mejilla con los labios. Peter sintió el soplo de su perfume.

—¿Por qué me miras? —le preguntó.

—Es que te conozco muy bien en fotografía. Tu abuela tiene la casa de Nueva York llena de fotos tuyas. En la habitación en la que toco el piano hay una foto tuya encima de la tapa. Tendrías diez o doce años. Me han dicho que ensayabas tres horas diarias. ¿Es cierto?

—Lo dejé. Hace años que no toco un piano.

—¿Por qué?

—Me herí en la mano.

—¿Dónde? Enséñamelo —dijo ella cogiéndole la mano para mirar—. ¿Esto? Si no es nada... Para un auténtico músico, no tiene gran importancia.

—No puedo interpretar a Bach faltándome una falange.

Por primera vez notó la rabia en su voz, y sintió lástima.

—No seas tan arrogante. Quizá te impida ser un pianista profesional, pero ¿cómo has podido dejar de tocar? Debe de gustarte la música... ¿O no?

—Me encanta la música.

—Pues claro. Mira, mañana vienes a visitarme y te pondré unos discos. ¿Te gusta la música de jazz?

—No está mal.

—Si opinas que no está mal es que no la has oído. Mañana oirás la mejor música de jazz en disco. Los he traído de Nueva York. ¿Vendrás? Vivo en casa de los Wisliceny.

—Lo sé. Será un placer —respondió Peter, pensando que no era un precio demasiado alto escuchar música de jazz para estar a solas con aquel encanto en su cuarto.

—El auténtico jazz no se escucha en discos. Tendrías que oírlo en Harlem. Aunque para oír el bueno de verdad hay que ir a los burdeles de negros en Memphis o Nueva Orleans.

Peter Winter volvió la cabeza para que no advirtiese su embarazo. Incluso en aquella degenerada y cosmopolita ciudad de Berlín, era impensable que una joven bien educada supiese lo que era un burdel, y no digamos mencionarlo en una conversación con un hombre.

—¿Buscas a alguien? —inquirió ella.

—A mi hermano —contestó para salir del paso.

—Tu padre le mandó llamar antes. ¿Sucede algo?

—Es que Pauli invitó a unos tipos extraños.

—Ah, sí, pero es su fiesta.

—Sí, su cumpleaños. Pero a veces los amigos no se integran bien en la familia de uno.

—¿Le echarán la bronca?

—Ya saldrá del paso. Pauli sabe salir airoso de cualquier situación —contestó Peter.

—No le tendrás envidia...

—No —respondió Peter sonriendo. ¿Cómo iba a tener envidia de Pauli, salvo por la manera en que a veces sus padres le consentían?—. Siempre se mete en unos líos que ponen a prueba al límite su capacidad de persuasión. No sé cómo va a poder aprobar los exámenes de derecho.

—No me imagino a tu hermano Pauli de abogado.

—¿Y a mí?

—Es posible... abogado de tribunales, quizá. Tienes estilo para ello.

—¿Y Pauli no?

Sería prudente. Ya le habían advertido las hijas de los Wisliceny la predisposición de Peter a defender a su hermano de cualquier tipo de crítica.

—¿Y qué necesidad tiene de hacer nada? ¿No le basta con heredar la mitad de la fortuna de los Winter y mantener esta estupenda mansión mientras tú diriges el negocio?



—Mi padre te daría una buena respuesta a eso. Es un hombre de los tiempos del kaiser... Igual que yo, supongo.

—Sí que lo eres.

—¿Y tú no tienes nada que objetar a estos teutones formales y carentes de humor?

—¿Objetar? Dios mío, ¿qué iba a objetar? No voy a casarme ni vivir aquí. Soy una simple turista.

Peter pensó aceleradamente algo que decir.

—Pauli no es tonto. Es listo y más valiente que un león.

—*Pobre mariposa...* —Acompañaba con su voz la melodía conforme bailaban. Se sabía la letra y su canto dulce e insinuante le hechizaba.

## «Quédate con tu dinero»

Pauli quería y temía a su padre, pero había llegado el momento de hablar por sí mismo o dejarse aplastar por la personalidad paterna. Miró al retrato del kaiser que colgaba de la pared, respiró hondo y se encaró con su padre.

—Dices que es mi fiesta, pero ¿a quién invitas a tu mansión? A tus amigos ricos y a gente que quieres impresionar. Nada más. ¿Sabes lo que pienso de tus amigos y de tu fiesta...? —Se detuvo. Su madre estaba lívida y mostraba tal mirada de angustia que no pudo seguir hiriéndola. Oía a través de la puerta a la orquesta interpretar *Pobre mariposa*. Recordó el primer día de la ofensiva de 1918, la batería inglesa capturada, el gramófono.

—Continúa —dijo Harald Winter sin perder la calma. Le había herido profundamente aquel exabrupto filial, y no pudo reprimir un secreto sentimiento de satisfacción porque Veronica fuese testigo de que sus predicciones se cumplían. Él había dicho más de una vez que Pauli era un maldito desagradecido. Era por sus horribles experiencias en la guerra, desde luego; porque Harald Winter siempre había sido muy expeditivo en explicar las faltas de quienes le rodeaban, y Pauli había pasado por todo tipo de situaciones terribles, cosa que le había afectado. Si no, habría sido para que el muchacho se hubiese sentido complacido por aquella sensacional fiesta dada en su honor. En cuanto a que Pauli le reprochase que la mayoría de los invitados fuesen amigos de ellos y no suyos, pensaba que habría debido tener la sensatez de comprender que era una ocasión que le ofrecía para volver a tratar a gente importante. En cualquier caso, una cena formal de aquella categoría no era algo que supiesen apreciar los pendencieros del Freikorps ni sus jaraneros compañeros de estudios. A juzgar por lo que a él le habían dicho en el club, la fiesta se habría convertido en una orgía en cuestión de minutos.

Así, Harald Winter optó por decir a su hijo:

—El capitán Graf fue invitado porque te empeñaste tú, tengo entendido. ¿Puedes explicarme su lamentable conducta criminal?

—Yo he combatido con Graf y hay muchos otros que le aprecian. Lucharon contra los comunistas y siguen haciéndolo... para que Alemania sea

un país seguro para ti y los tuyos. ¿Quién eres tú para juzgarle? ¿Qué has hecho tú en la guerra, salvo ganar dinero?

—Pues no he observado que declines la oportunidad de gastar parte de él. Tienes una asignación generosa, una motocicleta... te pago las matrículas, los libros, tienes cuenta en mi sastre... —Harald se detuvo, sofocado de indignación y cólera.

—Quédate con tu dinero...

—No, Pauli, no. No digas cosas de las que puedas arrepentirte —intervino la madre.

—¿Qué lealtad muestras tú a tus amigos? —insistió Pauli—. Esta noche has invitado a todos tus amigos aristócratas rusos refugiados: príncipes, duques y duquesas, y hasta a ese idiota que dice ser sobrino del zar. ¿Sabes ellos que los aviones que se construyen en tus fábricas sirven para entrenar al ejército rojo que los echó de sus grandes fincas?

—El ejército no me pidió mi opinión sobre dónde utilizar sus aviones —replicó Harald Winter sin perder la calma.

—No puedo seguir viviendo aquí —añadió Pauli—. Nunca debí volver. Es sofocante, aplastante, como una cárcel... un museo. Mejor es que me marche, mamá —añadió con voz suave dirigiéndose a su madre—. Vivimos en dos mundos muy distintos. Detestáis a mis amigos y yo he llegado a repudiar vuestros valores.

—¿La decencia y el respeto? ¿Son éstos los valores que dices? —replicó Harald Winter—. Al pobre Hauser le apuñaló ese loco de Graf, tu amigo Esser ha bebido sin freno, ha vomitado en la alfombra de la sala de estar y ha tirado una vitrina llena de porcelana. ¿Cómo te atreves a decirme que detestas a mis amigos y mis valores?

Pauli se encogió de hombros. Siempre sucedía lo mismo cuando se dejaba arrastrar a una discusión: se encontraba despotricando en apoyo de conclusiones en las que no creía. Quería a Hauser y despreciaba a Graf, pero eso no cambiaba el hecho de que el mundo de su padre fuese arcaico, un lugar ajeno del que deseaba escapar.

—Lo siento, papá. Perdóname, pero es mejor que me vaya. Iré a Hamburgo, a Munich o a donde pueda volver a empezar. De todos modos no habría aprobado los exámenes. Soy demasiado bruto para el derecho. Peter colmará tus esperanzas.

—Pauli... —dijo su madre.

—Déjale que se vaya —dijo Harald Winter—. Ya volverá cuando se le acabe el dinero. Es una historia que me conozco. Déjale que compruebe lo

que es ser un mendigo en esta época horrorosa. Ya verás cómo llama a la puerta antes de que acabe el mes.

Veronica no dijo nada. No creía que Pauli fuese a volver suplicando ayuda a su padre. Y, en realidad, tampoco el padre lo creía.

Pauli trasladó, efectivamente, sus cosas de la casa, pero no fue ni a Hamburgo ni a Munich. Se fue a vivir a un cuarto en una pensión del cercano barrio de Wedding dirigida por una viuda de guerra, una amiga íntima de Fritz Esser. No quiso aceptar ninguna subvención más de su padre, pero no abandonó los estudios de derecho.

Fue Peter quien pasó horas rompiendo lanzas en favor de su hermano y quien recordó a su padre lo mal que Pauli lo había pasado en la guerra, y era Peter quien en contubernio con su madre intercedía ante Harald cuando éste se encontraba de buen humor.

Aunque Pauli no aceptó más dinero de su padre, su hermano Peter ingresaba mensualmente dinero en su cuenta. Los padres de Pauli aceptaron aquel arreglo financiero encubierto y el honor quedó a salvo. Pauli se hallaba satisfecho de creerse que no recibía dinero de su padre, y éste, contento de que en realidad sí lo aceptase. Como Harald Winter señaló a su esposa, no quería que Pauli se viese arrastrado a una situación de penuria que le obligase a vender la casa del Obersalzberg.

Pero lo más importante fue que Pauli obtuvo permiso en la universidad para cambiar al siguiente curso de derecho de empresas a derecho criminal. Era una materia que en seguida le interesó por la importancia que vio en ella, y para sorpresa de todos, incluido el propio interesado, pronto se puso a la altura de sus compañeros de curso y en los exámenes obtuvo el quinto puesto.

No tuvo igual éxito en la ayuda que facilitó a Fritz Esser, aunque éste, con gran esfuerzo, logró aprobar el examen preparatorio antes de abandonar los estudios. Esser se juró volver algún día a estudiar derecho para obtener el título, pero entretanto entraría de funcionario con paga fija en el partido nazi para dedicarse por completo a la política.

Poco después de que Pauli se marchara de su casa, su tío, Glenn Rensselaer, le localizó en la mísera pensión. Glenn trabajaba para una firma americana de maquinaria cuya agencia principal estaba en Leipzig y en sus frecuentes visitas a Berlín traía regalos a su sobrino. A Pauli le gustaba Glenn; le gustaba la manera de presentarse en su habitación de la buhardilla sin fijarse en el linóleo roto, las hojas de periódico con que tapaba los

cristales rotos de la ventana, el orinal bajo la cama ni la desnuda bombilla. Glenn parecía encontrarse perfectamente a gusto en aquella vivienda llena de ratas. Siempre que llegaba, aprovechaba para obsequiar a la patrona y a otros inquilinos con botellas de aguardiente. Él decía que le salían baratas, pero Pauli sabía que las compraba a precio normal en la tienda de la esquina. Glenn era así.

Cuando Pauli aprobó el examen de fin de carrera, Glenn convenció a Harald para que asistiera a la ceremonia de entrega de diplomas; el propio Glenn organizó la cena para veinticuatro comensales en Medvej, un bonito restaurante de Bayreuther Strasse, y complementó la celebración con blinis y caviar, borschy y kulibiaki, un trío zíngaro y todo lo necesario, en aquel local de moda al que los exiliados rusos de Berlín solían acudir cuando su bolsillo se lo permitía. Cuando Glenn preguntó a Pauli, como quien no quiere la cosa, qué pensaba hacer, y Pauli le dio una larga y encarecida explicación a propósito de una empresa que le había prometido despacho y secretaria para que trabajase en sus asuntos jurídicos, la enhorabuena de Glenn pareció entusiasta y sincera. Pero Glenn Rensselaer no era tonto, y en seguida se dio cuenta, igual que Peter y Harald Winter, de que la «empresa» que iba a hacer de hada madrina de Pauli era el partido nazi, y que su sobrino iba a trabajar de defensor de algunos de los peores malhechores implicados en todas aquellas reyertas callejeras, asaltos y asesinatos, que ya formaban parte habitual de la política alemana de entonces.

Cuando, al llegar octubre, Peter anunció que quería pedir la mano de Lottie Danziger, Glenn Rensselaer regaló a la muchacha un broche de jade con las iniciales de Peter en el engarce de oro y a Peter un reloj con la fecha grabada de la fiesta de compromiso. «Ahora tenéis que seguir adelante», les dijo Glenn Rensselaer. Y lo hicieron. Hubo otra gran fiesta, esta vez en casa de los Wisliceny, pero los padres de Lottie no acudieron. Tenían previsto de mucho tiempo atrás que Lottie se casase con el hijo mayor de un magnate petrolero de la costa oeste y les indignó aquel matrimonio de su hija con Peter Winter, un alemán. «No tanto como a mí», comentó Harald Winter a su mujer cuando se enteró; después, repetiría infinidad de veces: «No sé qué me aterra más, si verle casado con una americana o con una judía».

Su esposa no lo tomó como ofensa personal. Durante la guerra se había acostumbrado a oír insultar y denigrar a sus compatriotas, por lo que le contestó tranquila:

- ¿Cómo puedes decir eso cuando los Fischer son tan amigos nuestros?
- Los Fischer son distintos —contestó él.

—Y Peter y Lottie van a vivir en Alemania. Piensa en esos pobres padres, a nueve mil kilómetros, que no volverán a verla.

Con ello Veronica expresaba su propia culpabilidad, pues ahora que su padre ya iba siendo anciano, cada vez pensaba más en él.

Harald Winter lanzó un gruñido. No sentía agradecimiento por el destino ni por la muchacha. *Por supuesto* que vivirían en Alemania. A Dios gracias, Peter no había perdido totalmente el sentido.

**1925**

## «No se necesita ser matemático»

—¿Explicarlo? —dijo Glenn Rensselaer—. No puedo explicarlo mejor de lo que lo expongo en el informe por escrito.

El joven americano calvo de detrás del escritorio le miró perplejo, y Glenn Rensselaer prosiguió.

—Supongo que se refiere a exponerlo comparándolos con sus equivalentes americanos. Pues tampoco puedo. Esos grupos del Freikorps son bandas de hombres armados con uniformes de pacotilla. Sus jefes suelen ser capitanes o mayores, a veces algún coronel y, en raras ocasiones, un sargento. Actúan a las órdenes de quienes les pagan, y algunos oficiales se comportan como gánsters; hay voluntarios que son carne de horca, aunque los hay también patriotas e idealistas. Es imposible generalizar a propósito del Freikorps, salvo decir que, a Dios gracias, no hay nada en Estados Unidos que se le parezca.

El de detrás del escritorio siguió sin decir nada. Glenn Rensselaer miró a su alrededor en el triste despacho de la calle K de Washington. Paredes cubiertas con viejo papel de motivos florales, un escritorio antiguo, unos archivadores abollados, una alfombra gastada y en el rincón una enorme escupidera de latón, muy brillante. Así que aquello era el concepto que tenía el Departamento de Estado de la oficina idónea para la «subsección de investigación e inteligencia»... ¿Sería cosa de clandestinidad, parsimonia o abandono?

—Por otra parte —prosiguió Glenn Rensselaer, más por romper el silencio que porque le pareciese que al de detrás del escritorio le interesase—, para mucha gente, en este momento Alemania es el centro del mundo. Películas, buen teatro, ópera, música popular, opereta, música selecta, ciencia, desde física atómica hasta psicología, arquitectura, diseño industrial, pintura... todo lo que se quiera. —Aplastó el cigarrillo y continuó—. ¿Le aburre todo esto? Tengo la impresión que tiene otros asuntos que hacer...

—Ni mucho menos —respondió el joven funcionario—. Encuentro fascinante todo lo que me cuenta, pero es muy probable que sea yo el único



del Departamento de Estado que lea su informe de cabo a rabo.

—¿Ah, sí?

—Estados Unidos ha perdido interés por Europa, salvo por saber los acorazados que construyen los ingleses según las cláusulas del nuevo tratado.

—Me habla usted en clave.

—Perdone, pero no era mi intención. Lo que quería decir es que en este momento lo único que interesa es la potencia naval de Japón. Estará usted al corriente de las cláusulas de la conferencia de mil novecientos veintidós, relativa a la proporción de cinco buques importantes ingleses y tres japoneses por cada cinco nuestros. No hay que ser matemático para comprender que, según ese tratado, la potencia naval combinada de japoneses y británicos nos desplazaría de los dos océanos.

—No hay que ser matemático —asintió Glenn Rensselaer—, basta con estar loco.

De nuevo aquella mirada inescrutable y ninguna respuesta. Quizá no habría debido presentarse con aquella vieja chaqueta de franela, la vistosa corbata de lazo y el jersey de punto. El de detrás del escritorio vestía un traje formal con cuello duro. A Glenn se le había olvidado lo que era Washington DC.

—No estará usted insinuando en serio que es probable que tengamos que hacer la guerra a los ingleses, ¿verdad? —insistió Glenn.

—Nuestro deber es tener en cuenta la más improbable eventualidad, señor Rensselaer.

—Están ustedes locos. Si nos enzarzamos con los japoneses, los ingleses estarán de nuestra parte —dijo poniéndose en pie, secundado por el funcionario.

—Estoy convencido de que tiene razón, señor Rensselaer —dijo el hombre en un tono que no dejaba traslucir sus pensamientos—. De todos modos, ha sido muy atento en venir. No obtenemos muchas noticias de primera mano en los tiempos que corren.

Glenn Rensselaer regresó con satisfacción a la casa de sus padres, en Nueva York. Para él era su hogar, pues sus viajes al extranjero hacían que para su esposa fuese conveniente y más sociable compartir la gran mansión de su padre. Ella se llevaba bien con Dot, la segunda esposa de Cy Rensselaer, y ahora que los tres hijos de Dot habían crecido y vivían su vida, hacía compañía a la anciana.

Al regreso del viaje a Washington, su padre le preguntó qué tal le había ido, pero Glenn no fue muy explícito. Le contó cómo le habían recibido en la oficina «secreta» de los burócratas, aunque su padre seguramente le habría agradecido que eludiese aquella descripción. El partido republicano controlaba con firmeza el Congreso y el Senado, con Calvin Coolidge en la Casa Blanca, y el anciano prefería creer que los que mandaban en Washington sabían lo que se hacían. Pero era un punto de vista difícil de sostener después de un viaje a la capital; motivo por el que quizá su padre nunca viajaba allá.

Por consiguiente, Glenn habló de Alemania con su padre.

—Desde la guerra, las calles están llenas de proletarios desenraizados. La mayoría, del este de Europa: polacos, checos, rusos, húngaros, rumanos, gitanos, pequeños propietarios y campesinos desposeídos, obreros de fábricas y Dios sabe qué. Para echar a esas gentes mal vestidas y forasteros molestos la culpa de todos los males, desde delitos menores hasta cierres de fábricas, se necesitaba una etiqueta y los alemanes han decidido que sea la de «judíos».

—No hagas chistes con los judíos, hijo. Nunca los he soportado ni los soportaré.

—Hablo en serio. El antisemitismo lo domina todo; se respira en el ambiente.

—Pero Glenn, eso no es sólo en Europa.

—No, pero en Francia, Inglaterra y aquí en Estados Unidos el antisemitismo es una especie de envidia. Va más dirigido a los ricos, los inteligentes y los triunfadores. Los antisemitas desprecian al judío que lleva alfiler de corbata con diamante, un gran automóvil, fuma puros y pasa por su fábrica a recoger las ganancias. También en Alemania existe esa envidia antisemita. Y es particularmente fuerte porque los judíos desempeñan un papel vital en la vida cultural alemana, El mundo del cine, el teatro, la edición y el arte lo dominan claramente los judíos. Pero hay también otro tipo de antisemitismo.

—Bueno, ¿y qué importa?

Su padre estaba molesto, pero Glenn prosiguió.

—Es un antisemitismo de cabeza gacha. Me refiero al temor de cualquier viandante de aspecto extraño, sin dinero. Súmalo a la envidia y la mezcla es explosiva. Por eso es singular Alemania, por ese doble antisemitismo que procede de la situación geográfica del país tan distinto al que se observa en cualquier otra nación. Y yo te digo que hay muchísimos políticos alemanes que saben perfectamente cómo remover la mezcla.

—¿Te refieres a los nazis? Precisamente la semana pasada aparecían fotos de ellos en las revistas.

—No son los únicos, pero los nazis son los más tercos y los más peligrosos. Ese Hitler ha cobrado mayor fuerza desde que está en la cárcel. Políticamente es lo mejor que podía haberle sucedido. Ese tipo es una especie de romántico que entiende muy bien esa mezcla de sentimentalismo y crueldad característica de los alemanes; él sabe cómo atraerse a muchos descontentos bávaros de toda laya. ¿Que hay partidarios de restaurar la monarquía? Hitler es su hombre. ¿Gente convencida de que los buenos católicos bávaros están oprimidos por los perversos protestantes prusianos? Hitler. ¿Gente que desea oír que los burócratas de Berlín son la causa de los desórdenes de Baviera? ¿Que el alto mando, todos protestantes, fue el culpable de que perdieran la guerra? ¿Que te has quedado sin empleo? Te lo ha quitado un judío. ¿Tu fábrica ha dejado de funcionar? Por culpa de un judío que se ha beneficiado. ¿Que los socialistas organizan una huelga que no te gusta? ¿Que los comunistas luchan en la calle? Claro, ya se sabe: en Moscú mandan los judíos. ¿Que no estás de acuerdo? Pues es que eres tonto o judío y formas parte del contubernio.

—Puede que eso les suene bien a los electores bávaros, pero no creo que el señor Hitler llegue muy lejos si aspira al gobierno central. Por lo que me dices, Hitler es prácticamente un desconocido fuera de Baviera y a mí me parece que seguirá siéndolo.

—Tú no lo conoces. No creas que ha redactado una especie de manifiesto que pueda rebatirse. Ese hombre es el ídolo de todos y juega con los sentimientos, nada de hechos. Cuando se presente a las elecciones al Reichstag tendrá respuesta para todo. Es auténtica dinamita. Mi empresa tiene una oficina en Munich y yo he oído algunos discursos suyos. La gente los escucha embobada. Es un tipo lleno de despecho, que rebosa odio y desprecio, y en todo lo que dice no hay nada constructivo; no sabe más que amenazar con lo que va a hacer a aquellos a quienes achaca todos los males.

—Todos los políticos son negativos —dijo su padre—. La promesa de castigar a los afortunados y vapulear a los ricos siempre procura unos cuantos votos.

—Pero en Alemania hay demasiada gente dispuesta a creer en la solución rápida y fácil.

—Ya pasará —dijo su padre. Se notaba en su voz cierto cansancio. Era un hombre con tanta energía, que costaba creer que tuviese setenta y cuatro años,

salvo cuando a veces se le caía la máscara—. Es la herencia de la guerra: la derrota, la frustración, el hambre. Ya pasará.

—Ojalá sea así, papá, pero lo cierto es que ese veneno se da más entre los estudiantes que entre otros sectores sociales. Los estudiantes, universitarios en su mayor parte, demasiado jóvenes para haber vivido la guerra, están más resentidos que los soldados que lucharon en el conflicto. Los veteranos, en el fondo de su corazón, saben que Alemania fue vencida en el campo de batalla, pero los muchachos que no participaron optan por creer eso de la «puñalada a traición». Y esos muchachos son los violentos. Están llenos de energía y de odio. Buscan una bandera, y Hitler se la va a dar.

—Por Dios, Glenn, no les cuentes nada de esto a los Danziger. El padre de Lottie está preocupadísimo porque ella se quede a vivir en Berlín. Siempre que viene a la ciudad me llama y solemos almorzar en el club. Algún imbécil amigo suyo le envió unos recortes de periódicos alemanes y en su oficina se los tradujeron. No sé lo que dirán, pero está muy preocupado. Así que no le digas nada, ¿eh?

—¿En el club? ¿El señor Danziger es ahora socio del club?

—Pues... no —contestó su padre, abochornado—. Aún existe ese reglamento absurdo, pero no hay inconveniente en invitar a un judío.

Glenn no sabía qué decir, y permanecieron callados unos instantes. De fuera llegaba el ruido continuo del tráfico; parecía mentira que cuando él era pequeño aquella casa hubiese sido tan tranquila.

—Ahora ha cedido sus naranjales a no sé qué compañía cinematográfica que construye unos estudios.

—¿Danziger? —inquirió Glenn.

—Por un puñado de dinero y el veinticinco por ciento de la compañía cinematográfica.

—¿Es un buen negocio?

—A mí me parece que ha perdido el juicio. El veinticinco por ciento de nada es cero. ¿Qué activo tiene una empresa de cine, salvo los terrenos?

—¿Tú se lo has comentado?

—El dice que hay contratos. Contratos con los actores. ¿Te imaginas cómo se inscribe eso en los libros de contabilidad?

—Pero las películas son un buen negocio, ¿no?

—¿Sabes lo que tardará en volver a obtener fruta de calidad?

—Bueno, Danziger se puede permitir algún error.

—No estoy tan seguro —replicó su padre—. Los Danziger no son ricos. Glenn sonrió.

—En serio.

—Te creo, papá, pero recuerdo que me comentaste que tenía un activo de unos cinco millones de dólares. ¿Eso no es ser rico?

Al anciano no le hacía gracia la objeción y no contestó de inmediato. Glenn Rensselaer había advertido que su obsesión por el dinero, el crudo parámetro que representaba el dinero, era uno de los pocos signos por el que se advertía la edad de su padre.

—Hablando con franqueza, no me gustó que su hija mayor se casase con un miembro de nuestra familia. Lottie está muy bien, sí, pero no es la mujer adecuada para el pequeño Peter.

—Ese «pequeño Peter» que tú dices es ya un abogado con título y socio en el holding de Winter.

—Eso no puedo decírselo a Danziger, claro —prosiguió su padre como si no hubiese oído.

—No, claro —asintió Glenn. Lo cierto es que nadie había pedido la opinión del anciano Cyrus Rensselaer sobre si Lottie Danziger era o no adecuada para aquel matrimonio: ni Harald Winter, ni Veronica, ni Peter. Y eso le había dolido.

—Echo de menos a tu hermana —dijo de pronto el anciano.

—¿A Veronica? Ella ya tiene su vida...

—No debí dejarla marchar a Europa. Tenía una extraña premonición.

—¿Ah, sí?

—Pero ella estaba decidida a ir y yo deseaba que fuese feliz. —Lo decía con una pasión que Glenn no le había visto nunca. Haber perdido a su hija era un tormento que le abrumaba constantemente.

—Papá, pero de eso hace más de treinta años...

—Ya verás lo que es cuando tus hijos se marchen de casa.

—¿Y a mí? ¿Me echabas de menos?

—Claro, pero Veronica me preocupaba. Era una chica tan dulce, tan desamparada, tan inocente... Odio a ese malnacido. Lo sabes, ¿verdad?

—¿A Harry?

—Pero se lo haré pagar. —Por primera vez el anciano sonreía. Era esa sonrisa artificial propia de los viejos—. Sufrirá lo que yo he sufrido, y así sabrá lo que me hizo.

—No le echas la culpa a Harry. Él era un hombre atractivo; poderoso y sin escrúpulos, de un modo que a Veronica le recordaba... —replicó Glenn, deteniéndose de pronto.

—¿Le recordaba a mí? ¿Es eso lo que ibas a decir?

—Sí —admitió Glenn, reticente—, Harry tiene un estilo parecido.  
—¿Y tú no lo admirabas?  
—No es lo mío, papá. Y es mejor así, porque habríamos reñido.  
—Tienes razón, Glenn. Tú nunca has reñido conmigo; has sido un buen hijo. ¿No te lo había dicho?  
—Nunca, papá.  
—Un hijo fiel. Y la fidelidad me gusta. Del mismo modo que me vengo de una traición. ¿Quieres saber lo que le he hecho a Harry?  
—Pues, no sé.  
—Me las he arreglado para que a Peter le ofrezcan un empleo fijo. Y Harald adora a su hijo mayor.  
—¿Un empleo?  
—En un banco de Los Ángeles. No hace mucho compré unas acciones. A Peter le ofrecerán una vicepresidencia, y así vendrá a vivir a Estados Unidos.  
—¿Un banco en Los Ángeles?  
—Allí les conseguí empleo a dos hijos de Dot, y les va muy bien. — Glenn asintió con la cabeza; sabía que el anciano se había preocupado mucho por sus hijastros y que éstos en agradecimiento habían aceptado el apellido Rensselaer—. Y a Peter le irá bien también.  
—Yo no habría hecho nada, papá. Eso es interponerse entre padre e hijo.  
—¿Y entre padre e hija, qué? —replicó el anciano con voz chillona—. Eso es lo que hizo el cerdo de Harald Winter.  
—Fue algo natural; se enamoró. No fue por hacerte daño, papá.  
—Se enamoró del dinero de Rensselaer, de eso se enamoró. Lo sabe todo el mundo.  
—Le iba perfectamente sin ese dinero.  
—Camino de la ruina, iba. Avalé a ese farsante dos veces nada menos, y ha tenido el descaro de devolverme una miseria.  
—Déjalo, papá. Veronica te quiere y te vendrá a ver. Ten paciencia.  
—Ahora ya es tarde. Así se enterará. Se enterará y yo me reiré de él.  
—No seas así, papá.  
—Así sabrá lo que es perder el hijo preferido.  
Glenn Rensselaer asintió con la cabeza sin decir nada. Siempre había sabido que no era el hijo preferido, pero le dolía oírlo. Le dolía mucho.

## «No hay por qué llorar»

Veronica Winter lo supo antes que su marido, porque se lo dijo Lottie Winter. Las dos se habían hecho muy amigas desde la boda de Lottie con Peter. Al principio no había sido más que el hecho de oír una voz americana, pero con el paso de los meses la relación había derivado más a la que se da entre madre e hija. A Harald Winter no le gustaba, por supuesto, porque nunca le había gustado Lottie como nuera, pero desde el principio se había percatado de que nada podía hacer para influir en aquella relación. Veronica y su nuera tomaban asiduamente el té juntas y eran unos encuentros en los que ambas disfrutaban realmente.

Fue dos semanas antes de Navidad cuando Lottie le dio la estupenda noticia del empleo. Un vicepresidente del banco, de origen italiano, había efectuado un viaje especial a Milán —donde estaba ultimando la negociación de un importante empréstito y visitando a unos familiares— para hablar personalmente con Peter.

—Eso es estupendo, Lottie. Así estarás de nuevo con tus padres.

—Sí que lo es.

—¿Por qué lo dices con tan poco ánimo? —Nunca había visto así a su nuera.

—Es que me encuentro tan a gusto aquí... Ha sido tan estupendo montar la casa, que no me veo con ánimos para dejarlo todo y volver a empezar.

—Piensa en el sol y en tu familia.

—Sí, ya. No hago más que repetírmelo. Pero aquí soy alguien, una persona; allí, mis padres me tratan como a una niña.

—Ahora que estás casada no lo harán, Lottie. Y a tu madre la encantará volver a tenerte allí.

—No es mi madre auténtica. Mi madre murió en un accidente de tren en Chicago cuando yo tenía cinco años.

—Lo siento, Lottie; lo había olvidado.

—Y a mi madrastra no le hará ninguna gracia que compartamos a papá.

—Seguro que te equivocas —dijo Veronica.

—No, la conozco muy bien. Ella me quiere y yo también, pero en todas las cartas que me escribe me dice que está muy contenta de que viva aquí.

—¿Y tu padre?

—Me gustaría ir a ver a papá, pero sólo de visita. Hacer un viaje entre enero y marzo, cuando aquí hace tan mal tiempo.

—¿Y Peter?

—No quiero influirle para nada. Es su vida, su carrera. Y más difícil aún cuando hay de por medio un negocio familiar.

—Lottie, su padre no le desheredará.

—No, señora Winter, no me interprete mal. No lo digo por el dinero; de lo que no cabe duda es de que una esposa que se precie no da consejos a su marido respecto a su trabajo porque, si las cosas van mal, es ella la que carga con la culpa. Los hombres son así. Bueno, eso creo yo.

—Mucho me temo que tengas razón, Lottie.

Entró la doncella. Veronica había cambiado hacía poco el uniforme de la servidumbre y ya no llevaban falda hasta el tobillo. La muchacha vestía un traje moderno negro de falda corta con un magnífico delantal de encaje y cofia. Viéndolo, Lottie decidió modernizar a su vez a su servidumbre.

Era un servicio de plata completo. Aunque las dos sabían que sus maridos no las acompañarían, siempre disponían platillos, tazas y cubiertos para cuatro. Aparte del pastel de pasas estilo alemán, había tortitas de chocolate y nueces. Desde el primer té que habían tomado juntas, Veronica había procurado tener pastelitos o pastas americanos para complacer a Lottie. Era una especie de alianza que complacía a ambas, un detalle nostálgico previsto.

Una vez que la doncella hubo servido el té, Veronica se volvió hacia su nuera.

—¿Qué sucede, Lottie? Me da la impresión de que te preocupa algo. ¿Algún conflicto entre tú y Peter? ¿Deseas hablar de ello?

—Oh, señora Winter...

—¿Por qué no me llamas Veronica?

—Oh, Veronica —repitió la joven con lágrimas en los ojos—, ha sido usted tan buena...

—Lottie, querida, ¿qué sucede?

—Estoy embarazada.

—¿Estás segura?

—Segura.

—¿Se lo has dicho a Peter?

—Usted es la primera que lo sabe.



—No hay por qué llorar, Lottie querida. Es una noticia para celebrarla. — Lottie seguía llorando y las lágrimas bañaban sus mejillas, sin que siquiera se preocupase de secárselas. Veronica buscó algo que decir—. Peter se volverá loco de alegría. Desde luego, en estas circunstancias no podrá aceptar ese empleo en California. Para ti sería demasiado... a menos que le esperen un año.

—No le esperarán —contestó Lottie secándose las lágrimas con un pañuelito de encaje—. El cargo tiene que estar cubierto a finales de enero; así lo especificaron.

—Peter no se irá solo. No te dejará; de eso estoy segura. Yo, desde luego, no se lo consentiría.

Lottie continuó sollozando casi hasta ahogarse. Veronica la rodeó con los brazos para consolarla.

—Lottie, querida, cálmate. Siéntate y toma el té.

—Renunciará al empleo —dijo Lottie una vez recuperada—. Peter renunciará al empleo por el niño. Y luego me lo reprochará toda la vida.

—No seas tonta. No va a hacer eso. Será el hombre más feliz del mundo.

—¿De verdad lo cree?

—Pues claro. Y será un padre maravilloso. Debes decírselo en cuanto llegue. Ya os dejaré solos un rato. Y tenemos que enviar un telegrama a tu padre... y al mío también. Ya verás qué contentos se ponen todos con la noticia...

**1927**

## «Eso es lo único que piden a cambio»

Era a finales de mayo, una época en la que el olor de los tilos floridos inunda Berlín. El sol asomaba esporádicamente entre nubes grises deslavazadas, pero no hacía calor. Pauli estaba sentado fuera tomando el té y perdiendo unos minutos viendo pasar la gente.

Su cara era conocida en todos los cafés de moda de Berlín: el Monopol, el Jostly, el Schiller, el Café des Westens, pero el que a él más le gustaba era el que estaba enfrente de la iglesia de los caídos por la patria, el Romanische Café. Muchos decían que era el café más famoso de Alemania, pero no faltaba quien afirmaba que era el más famoso del mundo. Sin embargo, siempre había sitio para sentarse, porque tenía capacidad para más de mil personas. Era un establecimiento abierto día y noche y siempre animado; un lugar al que acudían intelectuales a hablar de filosofía, parejas a hablar de amor y gente a discutir de política, escribir cartas o memorias, críticas de teatro o poemas. Allí se veían rostros famosos, y en el altillo se acomodaban los jugadores de ajedrez, y era frecuente ver entre ellos a Emanuel Lasker, campeón del mundo durante treinta y tres años.

Algunos clientes eran de aspecto atroz; o lo habrían sido de haber habido alguien en Berlín que se hubiese sentido ofendido por ver cráneos rapados, pelos teñidos y atavíos llamativos. Afuera en la calle sí que uno podía sentirse incómodo al ver el espectáculo de exveteranos mutilados pidiendo limosna en sus andrajosos uniformes, las caras pintadas de los homosexuales o los rostros empolvados de las prostitutas menores de edad.

En el interior había siempre vendedores ambulantes que iban de una mesa a otra: cordones de zapatos, cerillas, el *Literarische Welt*, *Die Rote Fahne* o algún ejemplar del *Times* londinense cuatro días atrasado. Un joven de aspecto airado ofrecía dibujos. Dibujos también airados: exsoldados contrahechos y puntiagudos, mujeres mayores lascivas con ligueros y medias negras y oficiales llenos de medallas, sin pantalones y con rostro porcino. Se detuvo a mostrar los dibujos a dos turistas suecos bien vestidos, que los examinaron solemnemente sin comprarle nada. Los turistas no solían

comprar. Quizá no quisiesen tener que enseñar aquel tipo de cosas en la aduana. El joven se los ofreció más baratos y el hombre meneó negativamente la cabeza, mientras la mujer se reía. El joven recogió sus dibujos. Algunos clientes comentaban que era un simple vendedor, pero otros decían que era el autor, aunque no se sabía exactamente; del mismo modo que nadie sabía la verdad sobre nada de lo que sucedía en Berlín. Mejor no saberlo.

Junto a la puerta colgaban periódicos sujetos por el lomo a listones de madera. Pauli no cogió el portavoz nacionalsocialista y dedujo por su excelente estado de conservación que nadie lo leía. Optó por el *Berliner Zeitung am Mittag*, un tabloide poco complicado, y tomó asiento. La camarera que habitualmente le servía le trajo un vaso de té con limón y aguardiente schnapps. Siempre iba a tomar allí el té después del almuerzo a base de bocadillos que hacía en el trabajo; solía estarse sentado una media hora antes de volver a la oficina. Era la única manera de hacer una pausa en el trabajo, porque todo el día sus compañeros asomaban la cabeza por la puerta diciéndole: «Pauli, perdona que te interrumpa, pero...».

Y en la oficina no marchaban mejor las cosas desde que el nuevo Gauleiter de los nazis, Josef Goebbels, se había encargado de Berlín. Era un hombre excesivamente entusiasta y a las bases no les gustaba el tributo de tres marcos mensuales que les imponía. En Berlín los miembros del partido no alcanzaban el millar y aquello no era el modo de ganar adeptos, aparte de que su deje de Renania —que tan curioso suena a los berlineses— tampoco le favorecía. Strasser, el jefe regional, se oponía a casi todo lo que sugería Goebbels, y el dirigente de las SA, Kurt Daluege, con su ejército de camisas pardas, tampoco se avenía con ninguno de los dos. Por consiguiente, con tres jefes pugnando por dirigir la sede de Berlín, era imposible una buena gestión, pero no había manera de que ninguno de los tres atendiese los consejos de Pauli Winter. Y más teniendo en cuenta —como se lo recordaba Goebbels— que ni siquiera se había preocupado por afiliarse al partido.

Anteriormente, Pauli dedicaba media jornada a sus clientes particulares y el trabajo del partido lo hacía por la mañana, pero ahora llevaba ya más de un mes que no atendía casos particulares. A muchos clientes no les gustaba la proximidad del despacho del partido ni el modo en que los SA uniformados entraban y salían dando portazos sin apenas pedir permiso. Y a los que no les importaba su tendencia política, se cansaban de constituir casos evidentemente secundarios en las actividades de Pauli. No es que fuese vago, pero el mes anterior se había quedado dos veces dormido durante un juicio por exceso de trabajo. Y, por otra parte, tanta dedicación laboral tampoco le

reportaba grandes ganancias. El ajuste que percibía del partido nazi no daba para mucho, y los clientes particulares siempre discutían la minuta.

—Es usted el señor Paul Winter, ¿verdad?

Levantó la cabeza y vio a una mujer de unos sesenta años, quizá mayor. Llevaba un abrigo bueno pero viejo con cuello de astracán. El enorme sombrero negro, con velo malva, iba sujeto con grandes horquillas de adorno. Era un modelo muy anticuado, del tipo de los que la abuela de Pauli llevaba en Travemünde antes de la guerra.

—Sí —contestó dejando torpemente el periódico y poniéndose en pie.

—No sabe quién soy, ¿verdad?

Sabía exactamente quién era y en otro tiempo lo habría dicho, pero no era así como actuaban los abogados.

—No, creo que no.

—Soy la señora Guggenheimer.

—Siéntese, por favor.

—No quiero entretenerle —replicó la mujer, pero dejó en la mesa el paquete, un bulto envuelto en papel oscuro muy bien atado con profusión de cordel, y tomó asiento en la silla que él le ofreció. Era la esposa de Guggenheimer, el dueño de un bar frecuentado por estudiantes. Hetti Guggenheimer, una antigua novia suya, era hija de aquella señora.

Aguardó a que le dijera qué deseaba, pero ahora que se había atrevido a acercársele, parecía enmudecida.

—¿Cómo está su marido? —le preguntó.

—El negocio que nos dan los estudiantes es insuficiente —respondió la mujer aprovechando que le daba pie—. Nunca lo fue. Y esa parte de la ciudad ya no está tan animada ahora que el palacio real está vacío. Ni siquiera Friedrichstrasse es lo que era. El centro de la ciudad se ha desplazado y hoy día toda la animación está en la Ku'damm.

—Es verdad. Cuánto lo siento...

—Y los nazis no vienen, claro, porque somos judíos.

—Tal vez a su marido le convirtiese vender y retirarse.

—No tiene dinero, señor Winter. Perdimos todos los ahorros en la terrible inflación. Ni siquiera somos dueños del bar. En fin, no es que vivamos mal, pero sí estrictamente con lo justo.

—¿Desea usted alguna cosa, señora Guggenheimer?

—Los nazis solían venir al bar a pelearse. Peleas horribles. Venían las tardes en que el local estaba lleno y gritaban barbaridades contra Karl Marx y Lenin y siempre había alguien que se les enfrentaba. A algunos de esos

jóvenes les gusta la gresca aunque salgan muy mal parados. Destrozan los muebles y se sacuden con una pata de silla o una botella rota...

—¿Así que eso hacían? ¿Y ahora ya no?

—Ahora mi marido les paga dinero todas las semanas; una contribución a los fondos del partido. Pero no podemos más, señor Winter. Nos exigen demasiado y en esta época del año el negocio es muy flojo.

—Ya sé que suceden esas cosas.

—Usted está con los nazis, señor Winter. ¿No podría usted hablar con uno de los jefes? Es que no podemos pagarlo, y mi marido está preocupado. Se pasa las noches en blanco pensando qué hacer. Estamos contrayendo deudas y nunca las habíamos tenido. Nunca.

—Verdaderamente nada puedo hacer, señora Guggenheimer. Yo no soy más que un abogado al que pagan por su trabajo.

—La señora Weiss, la que tiene el quiosco de flores, me dijo que usted la ayudó cuando esos jóvenes comunistas le quitaban dinero de la caja.

—Ojalá no se lo hubiera contado —respondió Pauli con toda franqueza.

—Me dijo que usted envió unos nazis a que les pegasen.

—No lo hice yo, se lo aseguro.

—Y a partir de entonces no ha vuelto a tener problemas.

—¿Sabe su esposo que ha venido a verme?

—Por supuesto que no.

—Entonces, por favor, no le diga nada. En realidad, no se lo diga a nadie. ¿Me lo promete?

—Lo que usted diga, señor Winter.

—Haré lo que pueda, pero no le prometo nada.

—Recuerdo cuando volvió usted de la guerra... Hace mucho tiempo, ¿verdad?

—Mucho tiempo.

—Mi Hetti fue a su fiesta de cumpleaños hace unos años y me dijo que había sido estupenda.

—¿Qué tal está Hetti? —inquirió, cortés.

—Está bien.

—Me alegro.

—Señor Winter, esto no puede seguir así... Todas esas peleas y ese daño a la gente, los precios y todo...

—No, señora Guggenheimer, no puede seguir. Algo tiene que pasar.

Acabó su té y el schnapps y volvió a la oficina. Estaba atestada, como de costumbre. En la antesala había miembros del partido, gente sin trabajo, leyendo, fumando y contando una y otra vez las mismas historias. Se dirigió al despacho del jefe regional. Strasser no estaba, pero sí Fritz Esser.

—¡Hombre, Fritz! A ti te buscaba. ¿Dónde están esos dos gorilas que detuvieron en la reyerta del Pharus?

Fritz Esser levantó la mirada del plato de rodajas de salchicha y pan de centeno que tomaba todos los días.

—Están esperando abajo —dijo con la boca llena.

—Mándamelos.

El Pharus era una gran sala destartada de la Müllerstrasse, en el barrio de Wedding, que se alquilaba para reuniones. No había un barrio berlinés más rojo que el de Wedding ni sala de reuniones más utilizada por los comunistas que el Pharus. Por eso el nuevo Gauleiter la había elegido para un mitin montado con gran publicidad. Los comunistas, naturalmente, estaban esperando la llegada de los nazis y la reyerta que siguió fue larga y sangrienta. Josef Goebbels había anunciado que iba a conseguir más propaganda para el reducido partido en Berlín y lo había logrado. Sólo con la presencia de un fuerte contingente de policía se había restablecido el orden, evitándose una carnicería. Ahora se había puesto de moda hablar de la «lucha del Pharus», y aquellos dos matones —detenidos por golpear a un policía hasta dejarle inconsciente— esperaban que su caso saliera a juicio.

Aunque muy distintos, los dos individuos formaban parte de los voluntarios característicos de las SA. Uno andaba cerca de los cuarenta y era un viejo soldado de rostro gris arrugado, ojos oscuros hundidos y bigote grisáceo. Llevaba limpia y planchada la camisa parda del uniforme, aunque el cuello estaba zurcido. Era un hombre de historial militar intachable; herido dos veces y gravemente gaseado durante aquellos tres años de servicio en la infantería de primera línea en el frente oeste. Había pasado casi un año en un hospital militar. Todo figuraba en el expediente. Pauli necesitaría todos aquellos detalles para exponerlos ante el tribunal y evitarle la cárcel. Generalmente, los tribunales eran más condescendientes con los partidos políticos de derechas que con los comunistas, pero cuando la víctima era un policía, no podía contarse con tan sutiles diferencias.

El otro no era un adulto, sino un muchacho de casi veinte años, pálido, con pecas; un adolescente de corpachón enorme sin la fortaleza básica propia de la buena alimentación. Había dejado el colegio a los catorce años y nunca había tenido trabajo fijo. Llevaba el pelo sucio y la cara mal lavada; el

uniforme manchado y arrugado. Probablemente dormía en el suelo en cualquier sitio, o quizá en la calle. Mostraba un rostro excesivamente relajado con esa sonrisa insolente, máscara de los inseguros e incultos. Pauli lo pensó: una sonrisa sardónica y el caso estaba irremediabilmente perdido.

—Bueno, no sé quién ha estado en el bar de Guggenheimer a exigirles dinero. Y si lo pregunto no creo que nadie me lo diga —los dos hombres intercambiaron una mirada—, pero vais a ir a los Guggenheimer a decirles que ha sido un error. Vais a decirles que no tienen que pagar más a ningún camisa parda ni miembro del partido. Y quiero que quien haya iniciado esa especie de capitalismo privado borre para siempre de la lista a los Guggenheimer. ¿Entendido?

—Las directrices oficiales es que todos los judíos...

—Callad y escuchadme. No quiero conocer los detalles. Lo único que nos interesa ahora mismo es lo que pueda pasaros cuando comparezcáis a juicio. ¿De acuerdo?

—Sí, señor abogado. Eso es —dijo el mayor.

—Y si a los Guggenheimer se les vuelve a molestar, os vais a encontrar los dos sin una buena defensa legal.

—Eso suena a amenaza —replicó el joven.

—¿Ah, sí? —insistió Pauli—. Estupendo, porque eso es lo que es.

El del bigote gris planteó una objeción más sutil.

—Va a resultar difícil explicar por qué esos malditos judíos quedan exentos de contribuir.

Pauli se puso en pie, se inclinó sobre el escritorio y señaló al hombre poniéndole el dedo en el pecho.

—Pues bien, amigo, al que te planteo esa «difícil» pregunta le dices que es porque yo te lo he dicho. ¡Que se enteren todos!

—Sí, señor abogado.

Era un veterano y le gustaba acatar órdenes. Aquellos hombres de las SA eran todos iguales; por eso les gustaba vestir las camisas pardas y llevar gorros picudos y enormes botas. Les gustaba que alguien se encargase de sus vidas y les diese órdenes.

—Ahora, marchaos. Obtendré un aplazamiento de unas semanas. Volved el primero del mes que viene.

—¡Heil Hitler! —exclamaron los dos al unísono.

—Muy bien —contestó Pauli—. *Heil Hitler*.



—Tu hermano es un tipo muy decente —dijo Fritz Esser a Pauli; una conclusión a la que evidentemente había llegado hacía poco. Sacudió el puro para liberarlo de la ceniza, que cayó en el mantel.

—Es un poco picajoso, pero nunca ha dejado a nadie en la estacada —dijo Pauli. Aquel afecto por su hermano le creaba un complejo, porque no quería que pensasen que dependía de Peter.

El cuarto —iluminado tan sólo por la luz verdosa de dos sibilantes apliques de gas— estaba recubierto de una madera oscura cuyo verdadero origen vegetal ocultaban medio siglo de humo de tabaco y un viejo barniz. En la pared había fotos enmarcadas de un club de ciclismo, en grupos con sus máquinas, tras las carreras anuales de Friedenauer Volkspark. Los dos estaban sentados ante una larga mesa de banquetes; la comida había concluido y no quedaba ningún comensal. Una mesa llena de ceniceros, platos, vasos y botellas con el mantel de lino color crema manchado de vino.

—¿Por qué ese maldito tonto se casó con una judía?

—Son muy felices —dijo Pauli.

—Oh, claro. Es una chica preciosa y lista; ingeniosa y rica, pero es judía. Los judíos deben casarse entre ellos.

—Pareces uno de esos que le escriben los discursos a Goebbels —replicó Pauli mirándole—. Tú no creerás esas cosas, ¿verdad?

—Tú me salvaste, Pauli —dijo Fritz cogiéndole por la manga—. No me refiero a que me salvaras la vida durante los puñeteros combates callejeros de mil novecientos diecinueve, aunque también por eso te estaré eternamente agradecido. Lo que quiero decir es que si no hubieses venido al palacio imperial aquella tarde, habría acabado vendiendo cerillas en el arroyo como esos puñeteros estúpidos de la división naval que se ven por ahí. Después de ti, todo se lo debo al partido. Me lo han dado todo. Yo carecía de instrucción, no tenía dinero, amigos o familia influyente; nada. El partido me acogió y me dio todo lo que tengo. Y lo único que me pide a cambio es que deteste a los judíos. ¿Quieres que plantee objeciones? —añadió soltando la manga de Pauli y echando un trago de schnapps.

—No he sido yo quien se ha casado con ella, sino mi hermano.

—¿Así que le salvaste la vida? —dijo Esser, derramando parte del vaso en su camisa, bebiéndose el resto y sirviéndose más—. No sabía yo eso el día que os pesqué en el mar. ¿Te lanzaste al agua para ayudarle?

—No sé lo que sucedió —respondió Pauli. Era un tema embarazoso, igual que había sido embarazoso a primera hora de aquella tarde cuando Peter había propuesto un brindis por el hermano que le había salvado la vida con riesgo

de la suya propia—. Y tampoco lo sabe él. Éramos niños, ¿no? Él dice que fue así y yo le sigo la corriente.

Fritz entornó los ojos en medio de las volutas del humo de puro y sonrió. Era un tipo recalcitrante y algo solitario. Incluso a aquel banquete había acudido sin pareja. A pesar de los chistes e historias que contaba sobre sexo, pocas veces se le veía con mujeres. Él decía que era porque todas sus amantes se habían casado con otros, pero Pauli se preguntaba a veces si sería verdad. El banquete había sido para celebrar la marcha de Fritz Esser a Munich. Nadie sabía exactamente en qué consistía su nuevo empleo, pero no había duda de que se trataba de un ascenso. No cabía duda de que Esser, igual que el capitán Graf y otras figuras ascendentes, estaba llamado a un buen destino en las esferas del partido nazi.

Pauli había organizado aquella fiesta de despedida, celebrada en un comedor privado de Leipziger Strasse. Los Guggenheimer habían servido la comida y la bebida desde su cercano establecimiento, y a Pauli le divertía pensar que aquellos furibundos nazis habían devorado los deliciosos platos de la señora Guggenheimer. Algunos eran platos tradicionales judíos, pero ninguno de los comensales sabía distinguir los platos tradicionales judíos de los alemanes. Pocos alemanes sabían diferenciarlos.

Pauli sabía que el hecho de ser los Guggenheimer los proveedores era motivo más que suficiente para que acudiese Peter y su esposa judía, Lottie, y ésa había sido la razón principal del banquete. El doctor Josef Goebbels había elogiado los platos e incluso se había quedado a pronunciar un breve discurso de enhorabuena del que supo excluir todo rastro de su deje renano. Por tan magistral actuación —y por el hecho de ser el único de los capitostes nazis con un agudo sentido del humor— se había ganado un cerrado aplauso de todos los presentes.

Después, Fritz le comentó a Pauli que un hombre capaz de cambiar su acento de origen podía cambiar a cualquiera o cualquier cosa.

Eran ya las dos de la madrugada y no quedaba ningún invitado. Y ellos dos estaban muy borrachos. Fritz alargó la mano para coger una botella de aguardiente de manzana de una caja en la que aún quedaban bastantes. Rompió el lacre del tapón y, después de abrirla con el sacacorchos, llenó los vasos de ambos.

Todos los varones habían acudido con traje oscuro, y algunos, como Peter Winter y el doctor Goebbels, aparecieron con elegantes trajes de última moda, con marcadas hombreras y pantalón ancho. Sólo Fritz se había presentado con

traje de paseo, camisa de diario y corbata de color. ¿Era indiferencia o una manifestación calculada de igualitarismo? Pauli no sabía a qué atenerse.

—No querría tener el cargo de Goebbels por nada del mundo —dijo Fritz Esser—. Ha venido aquí con una misión, casi ultimátum.

—Eso parece —asintió Pauli ofreciéndole un cigarrillo que Fritz aceptó.

—Gracias. Sí, Strasser se está pasando con eso de las nacionalizaciones y la alianza con el proletariado ruso; y no trabaja tan bien: en Berlín no hay tantos ingresos en el partido. Por el contrario, “Dummi-dummi” Daluege lo está haciendo bien, porque las SA aumentan a ojos vista. No se sabe la cifra exacta, pero yo calculo que hay más hombres que afiliados al partido. Y si eso sucede en Berlín, puede suceder en cualquier sitio. Si sigue ese ritmo en toda Alemania, Röhm desplazaría a Hitler y los camisas pardas tomarían el mando.

—Y el perro mandaría en el amo —añadió Pauli. Hacía tiempo que Fritz había unido su destino a Hitler y al partido, y si Röhm y los camisas pardas cobraban importancia, sus esperanzas se irían al agua—. Pero no sucederá.

—¿Por qué no? —inquirió Fritz, que quería oír una respuesta tranquilizadora.

—El partido no llegará al poder mediante un golpe de Estado. Eso lo ve hasta el mismo Hitler.

—¿Entonces?

—Tendrá que conseguir votos, lo que significa que el partido conservará siempre el control. Y que, además, pronto tendrá que trasladarlo todo a Berlín.

—¿Tú crees?

—Imagínate que hubiese prosperado el *putsch* de Munich. ¿Crees que le habrían permitido formar una base nazi en Baviera por medio de las armas? Claro que no; el gobierno central habría enviado al ejército. No habría durado un mes.

Fritz se puso torpemente en pie y abrió la llave de paso de las luces de gas, que fulguraron en un blanco verdoso. Era como si con más luz se fuesen a iluminar las ideas.

—Pero ¿y si el gobierno de Berlín no hubiese hecho nada?

—El ejército habría marchado contra él, de todos modos. Y si nadie hubiese hecho nada, los franceses se habrían valido de la excusa del golpe de Estado de Hitler para ocupar Baviera, igual que ocuparon el Ruhr.

—Seguramente tienes razón —respondió Fritz con un suspiro. En cierto modo, prefería pensar en un golpe de Estado por medio de las armas. Era más sencillo y rápido que ganarse a los electores, y mucho más acorde con sus

ideas—. Supongo que ha mandado aquí a Goebbels porque Berlín es muy importante.

—¿Qué es lo que te tiene reservado a ti, Fritz?

—Algún día tendré un cargo importante, Pauli, y tú vendrás conmigo.

—Deberías tratar de que el partido te propusiese de candidato al Reichstag.

—Me gustaría. Figúrate lo que diría mi padre —reflexionó sobre ello, asintiendo con la cabeza—. El Führer premia a sus leales, y yo sé que cuenta conmigo.

—No estés mucho tiempo fuera de Berlín, Fritz. Munich se va a convertir en un bunker.

—Mira, nos conocemos hace mucho —dijo medio farfullando pero con toda sinceridad—. ¿Sabes que eres mi mejor amigo? —añadió pasándole el brazo por el hombro.

—Claro, claro —respondió Pauli, aunque aquello era una auténtica sorpresa. Fritz Esser tenía muchos amigos, y cuanto más ascendía en el partido, más aún.

—La mayoría son unos cabrones —añadió Esser como si hubiese leído el pensamiento de su amigo—. ¿Sabes que tú eres el único que nunca me ha pedido un favor?

—No.

Fritz le miró. Pauli nunca trataba de hacerle sombra, engañarle o marginarle. Pauli era la única persona que conocía que se alegraba de verdad con sus triunfos.

—Y necesitarás tener amigos, cabronazo —añadió Esser dándole unas palmadas en la espalda y haciéndole casi atragantarse con la bebida—. Precisamente el otro día me preguntaron por qué habías intervenido para que los Guggenheimer dejasen de pagar su contribución.

—Ah, sí.

—Y el partido necesita dinero. Lo necesita y mucho.

—¿Y tú qué dijiste?

—¿Que qué dije? —Esser tosió y soltó una carcajada—. Dije que protegías a un confidente.

—«Protección de confidentes». Me alegro que me digas lo que hice.

—Eso lo aprendí de ti, astuto marrano. Todo lo he aprendido de ti. ¿Qué más sabes que no me hayas dicho? —añadió Fritz sirviendo más aguardiente de manzana, mientras Pauli sonreía.

—Ponte en la órbita del capitán Göring —contestó Pauli—. Si Hitler llega al poder, será gracias al esfuerzo de Göring. Göring es una figura aceptable para la clase media y Göring será, de todas todas, el centro del poder. Hitler necesita a Göring. Los demás quedarán de simples satélites.

—Tú sabes quién apretaba a los Guggenheimer, ¿verdad?

—No —contestó Pauli, aunque sintió una punzada premonitoria en la boca del estómago.

—Tu amigo Brand. Ahora es Sturmbannführer bajo el mando de Victor Lutze en Elberfeld. Está escalando puestos, tu viejo camarada Brand.

—Había oído que estaba en las SA del Ruhr.

—Te odia, Pauli. No puede verte. ¿Qué le hiciste?

—Yo nada —respondió Pauli—. Odia por naturaleza.

—Ten cuidado, Pauli. Si alguna vez sucede algo, yo haré lo que pueda. Lo sabes, ¿verdad?

—Claro, Fritz. Gracias.

—Él va a por ti —añadió Esser acabando de un trago el licor y tirando el vaso contra la pared. Era un vaso tosco del tipo de los fabricados para el uso de hoteles, pero tan violento fue el impacto que se deshizo en pequeños fragmentos.

Fritz intentó ponerse en pie tambaleándose y tiró la silla. Pauli lanzó una carcajada. Fritz estaba muy borracho para haber dicho todo aquello.

—No te da miedo, ¿verdad? —inquirió Fritz con su habitual naturalidad brutal.

—Miedo, ¿de qué? —replicó Pauli, ayudándole a mantener el equilibrio, pese a estar igual de borracho.

—Di que sí —apostilló Fritz, aunque los dos sabían que sí tenía miedo. Echaría a faltar a Fritz en la oficina del partido en Berlín para que le protegiese de enemistades y envidias, de los espías y las periódicas revanchas que se habían convertido en el sistema de funcionamiento del partido nazi, pues la cúspide opinaba que la ley de la jungla dotaba de fuerza propia al partido.

¿Cómo lo superaría Pauli? Sin Fritz se quedaba sin nadie que le guardase las espaldas.

**1929**

## «No hay nada más seguro que un zepelín»

La tapicería estaba en las últimas; por eso repercutía el sonido del piano en los recovecos dorados llenos de suciedad de la cúpula del techo y en el destartado espacio de detrás de la primera fila de butacas, que antaño ocupaba un magnífico mostrador de roble y un bar de elaborados espejos.

Antes había sido un gran teatro, pero ya no era un teatro en el sentido que se le daba en Londres, París o Nueva York. Había sufrido los efectos de alborotadores y ladrones. En 1920, el Freikorps lo había utilizado de cuartel y luego el ejército de almacén de municiones que los generales escamoteaban a la comisión aliada de armisticio. Un director vanguardista de los más famosos lo había arrendado por un año y, al no tener con qué pagar el alquiler, optó por desguarnecerlo vendiendo muebles, apliques y alfombras para obtener dinero. Ahora era un local frío, lleno de corrientes y poco cómodo, que, además, olía a los gatos que albergaban los sótanos. Sin embargo, en el invierno de 1929, el más frío que se recuerda, la gente pagaba por entrar si el espectáculo era bueno.

Era casi medianoche y habían concluido los ensayos y audiciones de última hora; no quedaba casi nadie y escenario y sala estaban sin luz, con excepción de la desnuda bombilla que colgaba de un largo cable a un lado de la escena iluminando el piano. En el local no estaban más que el pianista y una mujer inclinada sobre él, mirando la partitura y la letra de lo que interpretaba.

—Me encanta —dijo Lottie, comenzando a tararear la melodía que su marido tocaba al piano.

—Sí, es una bonita melodía —contestó Peter, que vestía un traje gris oscuro de paseo con un sombrero hongo echado hacia atrás. No era su forma habitual de llevar aquel tipo de sombrero, pero Peter se lo había visto a los americanos, y a veces los imitaba.

—Y tiene letra, ¿no? —Ella lucía un enorme abrigo de pieles doradas, y hacía allí mucho frío para quitárselo.

—Ya sabes cómo funciona Brecht: primero la letra y luego Kurt<sup>[5]</sup> —dijo Peter cantando sin desafinar pero con voz tenue y vacilante—. «El tiburón tiene buenos dientes, qué cortan como cuchillos...».

—Oh, para, para. ¿Por qué escribe siempre letras tan idiotas?

—Es un poeta.

—Le idolatráis demasiado.

—Que va. Tendrías que verle dirigiendo a los actores, Lottie. Las chiquillas tontas se transforman en estrellas cuando él les habla.

—Me gusta verte tocar el piano porque te veo feliz.

—Fue idea tuya, Lottie. Había renunciado a la idea de volver a tocar, pero ahora pienso a veces que me gustaría dejar a mi padre y entrar en el mundo del espectáculo —contestó Peter intercalando hábiles cadencias.

—Peter, cariño, espero que no hables en serio. La gente del teatro se muere de hambre, y tú tienes mujer e hija que alimentar.

—Lo sé, Lottie. Lo decía en broma. Si me dedicase por completo al teatro, tal vez no le encontrase tanto interés y atractivo. Pero es un privilegio trabajar con los famosos: Piscator, Brecht, Kurt, y también con Reinhardt, Jannings y Peter Lorre... —añadió cambiando de melodía para iniciar *Moon of Alabama*, desarrollándolo en una fantasía altisonante. De pronto se detuvo—. Jamás habría podido aceptar aquel empleo en California y dejar todo esto atrás. Lo sabes, ¿verdad?

—Ahora me doy cuenta, pero entonces no sabía que te interesase tanto trabajar con Brecht. Te estás haciendo muy famoso.

—De famoso, nada; salvo por ser el pianista al que falta un dedo —replicó Peter ordenando las partituras y quitándose las gafas para mirarla sonriendo. Ella aún no se había acostumbrado a verle con aquellas gafas de concha. Y Peter tampoco se había acostumbrado a ellas; se frotó las señales rojas que le habían quedado a ambos lados de la nariz—. Estoy con ellos porque soy barato; bueno, les salgo gratis.

—No es eso, cariño. Es fantástico que sepas leer de corrido esos garabatos y toques el piano como si fuese una orquesta.

—Está bien para audiciones y ensayos, que son muy interesantes. Pero una vez que el espectáculo está montado, no me atrae tanto.

—¿Cómo te mantienes con tan buen humor ante toda esa propaganda comunista? Recuerdo una época en que te habrías salido del local al oír canciones como las de *Mahagonny*. No sólo son comunistas, sino antiamericanas.



—¿A ti te molesta? —inquirió Peter con franca preocupación, que a ella le llegó al alma.

—Sí, a veces sí —replicó Lottie—. Brecht es un cerdo, y su ignorancia respecto a Estados Unidos es fenomenal. ¿Por qué escribe siempre sobre cosas que no conoce?

—Él no es un político, querida. Es un poeta. A mí no me importa tanto el contenido de las canciones, ni creo que al público le importe. La gente quiere diversión y viene al teatro a evadirse de la miseria y pasar unas horas de fantasía. Brecht traduce Estados Unidos con arreglo a su fantasía.

—Peter, eres demasiado complaciente —respondió ella ajustándose más el cuello del abrigo de pieles.

—Me sienta bien estar casado. Otra vez desafina este maldito piano. Fíjate... —dijo tecleando una falsa nota.

—Te quiero.

Él alzó la vista, frunció los labios para evidenciar que también la quería y siguió tocando.

Ella fue a buscar el abrigo de Peter, con los guantes y el bastón de la silla en la que los había dejado muy colocaditos. Sabía que podía pasarse otra hora tocando el piano si no tiraba de él.

Peter Winter podía haber estado tocando cómodamente el piano en su propia casa —Lottie le había regalado un magnífico Bechstein de cola para su treinta y tres cumpleaños—, pero parecía obtener un placer especial tocando aquel viejo instrumento baqueteado, por el solo hecho de hacerlo en el escenario de aquel famoso teatro. Peter lo habría negado taxativamente de habérselo reprochado ella, pero, desde luego, le atraía «la escena». Para Lottie no era la primera experiencia, porque su madrastra había dedicado años al baile, desesperada por entrar en el mundo del espectáculo. La casa de California aún seguía llena de fotos de Dot en traje de escena. Lottie siempre había sospechado que era su madrastra la que había impulsado a su padre a consentir que los del cine construyesen horrendos estudios en sus hermosos cultivos de naranjos.

Le colocó bien a Peter el sombrero y le puso el abrigo sobre los hombros.

—Vamos, cariño, voy a pensar que no quieres estar en casa.

—Mi maravilloso hogar —dijo él besándola—, el sitio en que mejor estoy contigo y la pequeña Helena. Y pronto estarán también tus padres y comprobarán lo estupenda esposa y madre que eres.

—Ojalá no viniesen en ese armatoste de aeronave. Me produce pesadillas.

—No seas tonta, querida. No hay nada más seguro que un zepelín. Llevan volando veintinueve años y nunca les ha sucedido nada a los pasajeros, cosa que no puede decirse de los trenes, los coches o los transatlánticos.

—¿Y la gente que ha muerto en la guerra? ¿Y la herida de tu mano?

—Eso fue distinto —replicó él con el entrecejo fruncido—. No se trataba de pasajeros; eran soldados y marineros y les disparaba la artillería. Al *Graf Zeppelin* nadie va a dispararle.

—¿Y si enferman? Mamá no es capaz de aguantar ni un viaje marítimo.

—Por este viaje alrededor del mundo, el zepelín va a salir en primera página en los periódicos. El viaje a Palestina lo publicaron los diarios ingleses y americanos; figúrate lo que será dar la vuelta al mundo, con escalas sólo en Tokio, Los Ángeles y Lakehurst, en Nueva Jersey...

—Peter, ya no son unos niños...

—Un vuelo de Los Ángeles a Friedrichshafen en una semana, con un fin de semana en Nueva York... Es fantástico, Lottie. Sólo lleva veinte pasajeros, y a mi padre le costó lo indecible conseguir esos dos billetes, porque la mayor parte de las plazas están reservadas para personajes oficiales importantes y para los periodistas.

—No quiero que pienses que no te lo agradezco, cariño. Ha sido una idea fabulosa y papá está contentísimo. Dice que le ha convertido en el hombre más popular de California.

## «Invierte cinco dólares conmigo»

El *Graf Zeppelin* brilló al sol. La fantástica máquina voladora tenía casi un año. Era una aeronave que había volado por primera vez en septiembre de 1928 y desde entonces acaparaba la atención mundial. Pero nunca había efectuado un viaje tan espectacular como aquél, y aquélla era la última etapa del viaje alrededor del mundo. El dirigible había sobrevolado casi sin ruido las inmensas estepas rusas, el temible océano Pacífico, las blancas praderas americanas y las grises aguas del Atlántico. En las animadas calles de Nueva York y Tokio, igual que en la tranquila tundra y en la pampa, la gente había estirado el cuello, saludando al enorme pez de plata que flotaba a la velocidad constante de ciento treinta y cinco kilómetros por hora, imponente y raudo. Ahora, antes del anochecer, la aeronave habría regresado a su base de partida.

Ya habían retirado el servicio de desayuno y no quedaba otra cosa que hacer más que contemplar allá abajo el paisaje de Alemania y acumular apetito para el almuerzo. El cocinero había sido seleccionado entre los mejores de la línea transatlántica Hamburgo-América y los vinos estaban en consonancia con los excelentes manjares preparados en la reducida pero bien equipada cocina eléctrica.

El *Graf Zeppelin* volaba a mil quinientos pies y su sombra discurría majestuosa sobre bosques y campos agrícolas. Era a finales de verano; el cielo era azul y límpido; abajo, árboles, granjas y animales parecían de juguete.

—Me da pena que se acabe el viaje —comentaba la señora Danziger cuando el dirigible entró en el espacio aéreo alemán rumbo al Bodensee, para aterrizar en Friedrichshafen, base de la compañía Zeppelin.

—¿No te lo decía yo? —respondió su marido conteniendo la risa. Simon Danziger era un hombrecito regordete de pelo blanco y aspecto angelical, con traje color melocotón claro, inequívocamente californiano.

—Si me hubiesen dicho que iba a ser tan tranquilo... —contestó su esposa sin acabar la frase como era habitual en ella—. Y con motores tan suaves...

Conforme el brillante dirigible se aproximaba a su destino, la señora Danziger comenzó a preocuparse por su pelo. En Estados Unidos iba tres

veces por semana a la peluquería, y no le apetecía presentarse ante su hija y su yerno —y quizá otros miembros de la familia— con la cabeza sin una permanente hecha por alguien de su entera confianza.

Miró a su alrededor por la cabina. Aquel espacio no era mayor que el salón de recepción de su casa de Ventura County, o «casa rancho», como ellos preferían llamarla, pero perfectamente capaz para veinte pasajeros durante todo el vuelo. Allí les habían servido las comidas todos los días y era el único lugar en que se podía uno sentar, aparte de las dos estrechas barquillas de pasajeros. Naturalmente que había recorrido la aeronave de proa a popa; todos lo habían hecho para romper la monotonía de contemplar hora tras hora el océano verdegris. Pero ella tenía de sobra con una vuelta de inspección al zepelín. Después, se había pasado la mayor parte del tiempo sentada en la espaciosa cabina, charlando con los otros pasajeros o los oficiales de la tripulación.

Había sido una agradable sorpresa el hecho de que uno de los pasajeros que habían embarcado en Lakehurst fuese hijo de un viejo amigo y a la vez tío del marido de Lottie. Se trataba del mayor Glenn Rensselaer; el hombre no solía recurrir a su grado militar, pero resultaba útil cuando se trataba de activar las gestiones para conseguir billete para aquel importante vuelo. Les había explicado modestamente —callándose los peligros y dificultades de los vuelos en los cazas ingleses— que la mayor parte de la guerra la había pasado lejos de las armas, pero que en los últimos meses de 1918 había sido oficialmente adscrito al ejército americano para poner al servicio de la comisión de armisticio sus conocimientos sobre la industria alemana de aviación. Actualmente estaba en la reserva.

Glenn Rensselaer era un hombre fornido que, a pesar de que no andaba lejos de los cincuenta, se mostraba tan puerilmente excitado por aquel vuelo como cualquiera. Aún conservaba mucho pelo y sus azules «ojos Rensselaer» eran grandes y de mirada sincera. Era muy parecido a su padre Cyrus en muchos aspectos, salvo que a Glenn nadie le habría tomado por un pintor famoso, como sucedía con su padre a la misma edad. Glenn tenía ese cutis curtido de la gente que pasa mucho tiempo al aire libre; y además de no parecer en absoluto un artista, ni siquiera tenía aspecto de triunfador: no vestía ropa de calidad ni bien cortada. Llevaba un traje a rayas gris oscuro que desentonaba de la moda vigente de hombros exagerados y pantalones anchos tipo Oxford. Era la clase de prenda que podía adquirirse en cualquier gran almacén, como Wertheims de Berlín, donde él lo había comprado.

Glenn Rensselaer era una persona sociable y se pasó la mayor parte del viaje charlando incansablemente con todos los pasajeros. La mayoría de ellos tenían algún tipo de vinculación con la aeronáutica, ya fuese como militares, funcionarios estatales o periodistas, y a Glenn le interesaba saber su opinión sobre el zepelín. Los Danziger debían ser los únicos a bordo sin ninguna relación profesional con el dirigible, y con ellos Glenn se dedicó a hablar de la familia de la que ahora formaba parte Lottie por su matrimonio y de la nieta que tantas ganas tenían de conocer. El pequeño hijo de Glenn, Cyrus, de ocho años, era un niño precioso y feliz, y la mesa estaba llena de fotos suyas.

Pero Glenn pasaba gran parte del tiempo dando vueltas a los pulgares, bebiendo café cargado y jugueteando con los cubiertos. Como otros muchos pasajeros, encontraba fastidiosa aquella prohibición absoluta de fumar, pero con varios millones de metros cúbicos de hidrógeno peligrosamente inflamable sobre sus cabezas no podía transgredirse el reglamento.

—A mi marido Simon le sucede lo mismo —decía la señora Danziger—. Él fuma puros. Desde que nos conocimos tiene la costumbre de encender un gran habano después de comer y otro acabada la cena. No recuerdo que haya dejado nunca de hacerlo, salvo si ha estado enfermo; es decir, nunca hasta ahora.

—Nita —dijo el señor Danziger a su esposa—, antes de una hora debes tener listas las cartas para que te las acepten en la oficina de correos de la aeronave.

—¿Verdad que es estupendo? —comentó la esposa a Glenn Rensselaer—. Cuando Simon se enteró de que se podía cursar correspondencia a bordo, empezó a escribir cartas con sobres del negocio a todos sus amigos y asociados. Más de cien cartas.

—Dos para cada uno —añadió el señor Danziger, ufano—. La mitad a cada sector. El correo enviado al sector Los Ángeles-Lakehurst lleva distinto franqueo del que va al sector transatlántico. Seguro que muchos de los destinatarios guardarán como oro en paño un recuerdo como éste. Quién sabe si con el tiempo será algo que adquiere gran valor...

—Simon colecciona sellos alemanes —dijo la señora Danziger—. Los sellos del correo enviado en los primeros viajes de la aeronave el año pasado ya valen mucho.

—Bueno, no tanto —replicó Simon Danziger.

—El doble de su precio —insistió su esposa—. Ojalá el resto de nuestras inversiones siguiera ese camino.

—Pues te sorprendería saber, querida, que tenemos bastantes inversiones que seguramente producirán mucho más que eso antes de que acabe el año. Últimamente la bolsa de Nueva York va a lo loco.

—Simon es quien se ocupa de esas cosas —dijo la señora Danziger, pensativa—. Yo no tengo cabeza para los números. Nunca la he tenido —añadió riendo.

—Hay gente que empieza a preocuparse por la tendencia del mercado —dijo Glenn Rensselaer—. Hay acciones que se están disparando exageradamente para su valor real, y eso es un indicio peligroso.

—No veo qué quiere decir —comentó Danziger.

Glenn dudó un instante. No era cosa que le agradase hablar de dinero.

—Yo me guío por la sencilla regla de que una acción debe valer unas diez veces el dividendo, y ahora veo que hay quien paga el equivalente a diez veces el dividendo anual. Las de Radio Corporation of America han subido de ochenta y cinco a cuatrocientos coma veinte... ¡y la RCA nunca ha pagado dividendos!

—¿No basta con que suba el precio de las acciones? —replicó Danziger sonriente.

—No, si realmente no lo valen.

—Las acciones valen lo que suben —dijo con patente autoridad el señor Danziger—. El gobierno sigue la política de dinero barato porque es buena para los negocios. Qué demonios, es bueno para los negocios; y la gente compra acciones a toda prisa. Es el sistema americano, y yo creo en él.

—Yo no tengo grandes ahorros —añadió Glenn Rensselaer—, pero hace un par de meses mi padre me aconsejó que lo invirtiese todo en obligaciones del Estado; y es lo que hice.

—Su padre es un viejo amigo mío, como usted sabe. No hay viaje que haga a Nueva York que no almorcemos juntos. Nita puede decirle cuánto le admiro como hombre de negocios —dijo Danziger—, pero los hombres de negocios se vuelven prudentes y yo diría que su padre se pasa de prudente, Glenn. Siga mi consejo, amigo mío: invierta todo lo que tenga y gane limpiamente mientras haya oportunidad. En cualquier momento el gobierno decidirá subir las tasas de interés, pero mientras tanto hay que invertir en Wall Street, no en obligaciones del Estado.

—Seguramente tiene usted razón —respondió Glenn sonriendo, pero sin quedar muy convencido.

La actitud de Glenn estimuló una explicación más convincente por parte de Danziger; éste le pidió un billete de cinco dólares y lo puso en la mesa para

alisarlo con la mano.

—Mire, quiero que invierta cinco dólares conmigo... es lo mismo que hice con mi sobrino en Navidad, una lección práctica... y dentro de seis meses se lo devolveré con los beneficios que haya obtenido en la bolsa... Ya verá cómo le sorprende la ganancia.

—Bien, de acuerdo, señor Danziger.

Glenn advirtió el celo de los nuevos conversos en el señor Danziger, pero a la esposa de éste no se le escapó la turbación de Rensselaer.

—Bueno, voy a ocuparme del correo —dijo la mujer—. Os dejo para que sigáis hablando de negocios —añadió levantándose—. ¿Tiene usted cartas para enviar, señor Rensselaer?

—No, no tengo. No se me da muy bien escribir; me temo que no es mi fuerte.

—Usted conoce bien a la familia Winter, señor Rensselaer —dijo Simon Danziger cuando estuvieron solos—, y debo confesar que me atemoriza la perspectiva de conocerlos. ¿Puede hacerme alguna recomendación concreta? —añadió como en broma, pero indudablemente se le notaba que hablaba en serio.

—Estoy seguro de que le gustará su yerno, señor Danziger. Peter Winter es un joven muy sincero.

—Y por las fotos que hemos visto, también bien parecido —comentó guardando cuidadosamente los cinco dólares de Glenn en la cartera.

—Sí que lo es. Y su madre es una mujer excepcional.

—No lo dudo —dijo Danziger—. Mi hija en sus cartas canta alabanzas de la hermana de usted. Yo creo que de no ser por su hermana, a Lottie le habría costado muchísimo adaptarse a Berlín.

Era un cumplido de doble filo y Glenn contestó con cautela.

—Yo creo que a su esposa le habría gustado más que volviese a Estados Unidos.

—Desde luego. A los dos. Pero las casadas tienen que organizar su vida supeditándola a la actividad del marido. Nita lo sabe; es normal. No, Nita aprecia el modo en que se ha desvivido su hermana por Lottie. Para nosotros ha sido un alivio.

—Los Winter son una familia estupenda. Además, Harald, el padre de Peter, es conocidísimo en Alemania.

—Un hombre que se ha hecho a sí mismo, según tengo entendido. Que empezó con cuatro cuartos y ha hecho una fortuna.

—Bueno, siempre se exagera —replicó Glenn—. Harald Winter no era ningún pobre cuando empezó...

—... Ni tiene ahora ninguna fortuna —añadió Danziger—. ¿Era eso lo que iba a decir?

—La industria alemana ha tenido sus buenos momentos —contestó Glenn midiendo sus palabras— y las empresas de Winter hicieron un dineral durante la guerra, pero con la derrota de Alemania le quedaron muchos impagados. Tenía dos fábricas en Alsacia y, al quedar la región incorporada a Francia, perdió ese activo. Luego, después de la guerra, las huelgas, los disturbios y la revolución arruinaron totalmente al país, y Winter acaba de recuperarse hace poco.

—Por lo que me dice supongo que Harald Winter sufrió un duro golpe en la gran inflación de mil novecientos veintitrés.

—Exacto, pero al año siguiente, una vez implantada la nueva moneda, el gobierno exigió los pagos a los industriales que se habían beneficiado en demasía de los empréstitos oficiales, y Harald Winter tuvo que satisfacer esas antiguas deudas.

—No me diga... De eso no teníamos ni idea.

—Bueno, no me interprete mal, señor Danziger, pero Harald Winter es un industrial acaudalado y en buena posición, aunque tiene sus altibajos. Últimamente ha tenido que enfrentarse a numerosas críticas de sus codirectores y podría ser desplazado. Le digo todo esto para que vea usted que necesita a su hijo Peter para solucionar esas dificultades.

—Es usted muy amable, señor Rensselaer. No sé si sabe que hace unos años a Peter le ofrecieron un puesto de vicepresidente en un banco de Los Ángeles. A mi esposa y a mí nos decepcionó mucho que no viniese a vivir a California.

—Es natural.

—Pero es ahora cuando entiendo su negativa bajo otra perspectiva. El muchacho guardaba fidelidad a su padre y eso es aún más encomiable.

—Exacto.

—Pero mi hija me escribió diciéndome que fue usted quien le aconsejó que no aceptase el empleo.

Glenn no sabía qué decir. Fue cogiendo fotos de su hijo y dejándolas en la mesa como quien hace un solitario. No había pensado en que Peter se lo dijese a su mujer y que ella se lo contase a sus padres.

—Es que... esperaban el nacimiento de la niña.



—Tengo entendido que disponía usted de información confidencial a propósito del banco, y que hizo usted expresamente un viaje para informar a Peter de que el empleo podía ser decepcionante.

Glenn se mordió el labio. Era un aspecto desconocido de Simon Danziger: podía ser tajante.

—Así es; le aconsejé que siguiera con su padre.

—Y él le hizo caso, pero, según tengo entendido, ese banco prospera muchísimo.

—Tiene usted razón. Creo que fui exageradamente prudente.

—¿Igual que con sus obligaciones del tesoro? —inquirió Danziger volviendo la cabeza para contemplar el paisaje que discurría a sus pies. Era una tierra rica y fértil, verde y lujuriente en un aspecto muy distinto a la de California. Pero aquella tierra alemana estaba dividida en pequeñas parcelas muy parecidas.

—Igual —contestó Glenn.

—Creo que es una prudencia connatural a los Rensselaer —apostilló Danziger.

Glenn sonrió sin contestar. No sabía si atribuir aquel comentario a una actitud hostil. Quizá no. Tal vez a Danziger había que evaluarle por lo que representaba, como un billete.

## «No se los puede hacer desaparecer»

Al señor Simon Danziger se le consideraba hombre de enorme sentido común y juicio o un astuto holgazán parásito. La discrepancia se debía a que Simon Danziger vivía exclusivamente de sus ganancias y las rentas por inversiones. Hubo una época en que había tratado de hacerse con el control de las empresas en las que invertía, pero lo encontró difícil y aburrido. Incluso de vez en cuando había adquirido pequeñas empresas, incluidos tres hoteles, para ejercer decisiones de directivo y, aunque aquello le interesaba más, rara vez había sido capaz de aportar ideas que diesen fruto en forma de prestigio o beneficios. Había optado por dejar que los demás ganasen dinero sin importunarle.

No obstante, Simon Danziger no pasaba las horas muertas y era raro que se aburriese. Le gustaba dar largos paseos por el campo; celebrar cenas cuidadosamente planificadas con una buena sobremesa; organizar, reorganizar y ampliar la colección de sellos alemanes heredada de su padre; cuidar su pequeño pero interesante jardín; escribir largas cartas (casi todas a colegas coleccionistas de sellos) y, sobre todo, leer.

Danziger era un lector voraz y omnívoro. Un librero de Santa Barbara había llegado a conocer tan bien a los Danziger, que les elegía los libros y se los enviaba por docenas sin que prácticamente le objetasen la selección. En términos generales, la mayoría de los libros eran sobre arte, biografías o historia, y ayudaban al matrimonio a «permanecer en contacto con la cultura» en su propia casa al otro extremo del mundo.

Por consiguiente, los Danziger no viajaron en blanco a Europa. La visita con ellos a las colecciones griega y egipcia del Nuevo Museo dejó a Peter derrengado: sus suegros iban de sala en sala a paso de caracol y hablaban de las piezas con detalle abrumador.

—¡Ya te dije que no fueses! —le dijo riendo Lottie mientras él se derrumbaba en un sillón, lanzando un profundo suspiro. Esperaban los dos en la antesala de la enorme y lujosa suite de los padres de ella en el hotel Adlon

— Mi padre siente una inclinación patológica por la cultura; es una enfermedad endémica en ciertas zonas de California.

—Es que no se cansan.

—¿Sabes lo que se tarda en tren de Los Ángeles a Chicago? Pues aun así, sólo estás en Chicago. Mis padres tienen hambre de cultura. ¡Hambre!

Lottie se hallaba junto a la ventana mirando el tráfico en Pariser Platz. Había llovido y las hojas muertas pegadas al suelo brillaban como monedas de oro recién acuñadas. La encantaba aquella vista; para ella era como la esencia de Berlín. Al otro lado de la plaza estaba la puerta de Brandeburgo y la larguísima avenida que cruzaba el zoológico.

—Me gustaría vivir en esta parte de la ciudad. ¿A ti no, querido?

—El otro día le decías a tu madre que todos los buenos restaurantes y las tiendas chic están en la Ku'damm.

—Claro que lo dije, Peter; pero esta parte vieja de la ciudad es el auténtico Berlín. Unter den Linden, el palacio, el Reichstag... Son los lugares que caracterizan a la ciudad.

—No sé cómo no me he dormido en el concierto —dijo Peter restregándose la cara.

—Ah, cariño, es que era Bruckner: súbito, fuerte y discordante. Bruckner compuso música para la gente a la que tienta el sueño.

—Tendrías que haber visto a tu padre cuando descubrió el busto de Nefertiti. Me fijé bien y se le saltaban los ojos. «¡Caray!», dijo en voz alta. Así como suena: «¡Caray!».

—Yo misma sentí deseos de decirlo la primera vez que lo vi.

—Y sabe todo lo inimaginable sobre vasos griegos. Mucho más de lo que realmente a mí me interesa.

—Pobrecito mío —dijo ella riendo.

—Además, tu padre me corrigió en una cosa que dije sobre la casa de los Hohenzollern. Sabe más que yo sobre historia de Alemania.

Bueno, tú no sabes mucho de historia de Alemania... No sé por qué te sorprende tanto. Ya te dije mucho antes de que viniesen lo locos que son mis padres.

—Es verdad, Lottie, cariño, pero no acababa de creérmelo. Ah, Lottie, recuérdame que hable con el jefe de camareros del comedor de abajo antes de sentarnos. Esta noche soy el anfitrión, y sería un absoluto desastre que le cargasen la cena a tu padre. Si el tío Glenn vuelve a tiempo de Hamburgo, seremos dieciocho. Mucha gente. Seguro que acabaremos tardísimo, y mañana por la mañana tengo que ir a la oficina sin falta. He faltado muchos

días desde que llegaron tus padres y mañana hay una importante reunión del consejo de administración.

No quiso seguir dando explicaciones. Mejor era no mencionar las encarnizadas discusiones de la sala de consejo; un enérgico grupo de directores pugnaba por hacerse con el control de las empresas. Y no era por el dinero. Su padre disponía de fortuna suficiente para que le quedase una holgada renta, pero sería un golpe terrible al orgullo de Harald Winter. Peter rogó al cielo porque no sucediera.

—Espero que mamá no se retrase —murmuró Lottie, ausente, sin dejar de mirar por la ventana—. Tengo que bañarme y cambiarme y espero a la peluquera. —Vio cruzar la Pariser Platz a un grupo de hombres de las SA con sus camisas pardas y botas altas, desfilando tras una bandera con la esvástica. Dio la espalda a la ventana y miró su reloj—. Tu hermano no vendrá con ese uniforme, ¿verdad?

—¿Pauli con uniforme? Ahora ya está en otras esferas para ir así.

—Me dijiste que se había hecho camisa parda.

—No, cariño, te dije que había ingresado en el partido nazi.

—¿Y no es lo mismo?

—No, las SA o camisas pardas son algo aparte. Una chusma que ese nefasto capitán Röhm reclutó entre la morralla del Freikorps y los parados. Están muy vinculados al partido nazi de Hitler, pero existen muchas fricciones entre ellos.

—Pues vaya diferencia...

—Mira, el partido nazi es una organización política, como los socialistas, los comunistas, los centristas, etc., y no llevan uniforme; si acaso una insignia redonda con la esvástica en la solapa.

—Ojalá no se hubiese afiliado tu hermano.

—Tú ya conoces a Pauli —replicó Peter encogiéndose de hombros—. No es ningún fanático precisamente, ¿verdad? A Pauli le interesa la política menos aún que a mí. Se afilió al partido porque actualmente casi todos sus ingresos los obtiene de él, y pensó que no le convenía seguir negándose a ingresar. Comprende que, como abogado, tiene que tener acceso a muchos secretos de la organización.

—Ojalá tuviese otro trabajo. Me gusta tu hermano: es un buen muchacho.

—Lo sé. Le dije a mi padre que debería darle participación en los negocios de la familia, pero ahora las cosas están difíciles y ese empleo con los nazis ha sido lo que le ha formado. Cuando salió de la facultad yo no sabía

si iba siquiera a ser capaz de ganarse la vida. Pero ahora se está convirtiendo en una persona influyente en los ambientes políticos de Berlín.

—¿Ah, sí?

—Bueno, no es que vaya a acabar de político, pero cuenta con la anuencia de los jefes del partido en Berlín. Cualquiera que necesite un favor de Goebbels o de Strasser, o de Daluege, dirigente de las SA, tiene que pasar por Pauli Winter. Se está transformando en una especie de puente entre los nazis y muchos personajes importantes.

—Lo peor de todo es la propaganda antisemita.

—Yo a eso no le doy mucha importancia.

—Peter, no olvides que tu hija Helena es medio judía...

—Es cosa de la estrategia. Pauli los conoce y dice que es un simple recurso para captar votos. Todos saben que esa tontería del antijudaísmo desaparecerá si se aproximan a la mayoría parlamentaria. El año que viene comenzarán a eliminarlo del programa.

—¿Qué programa? Si no tienen ningún programa más que el odio a los judíos...

—A los judíos no va a pasarles nada, Lottie. Por eso no te preocupes. Mira a tu alrededor: la economía alemana, sin los judíos, se hundiría.

—¿Pero saben eso los nazis?

Peter miró preocupado a su mujer. No había advertido hasta qué extremo la afectaba la propaganda nazi. Naturalmente, era por la presencia de sus padres en Berlín. Ahora tendría que dar explicaciones de cosas en las que antes había evitado pensar.

—Bueno, de todos modos —continuó tratando de tranquilizarla y disipar aquellos temores pueriles—, ¿cómo van a deshacerse de los judíos? Son alemanes y viven aquí, ¿no? No pueden hacerlos desaparecer.

## «Al mando del coronel Horner»

Se había recogido la cosecha y era la época del año en que, desde que comenzó la historia, el guerrero se había ganado la soldada. El agua del río discurría perezosa por el paisaje ondulado, serpenteando por los prados que ascendían suavemente hasta los montículos arbolados en los que los brillantes abedules ya habían perdido las hojas. Se oyó un silbato tres veces, y antes de que hubiese concluido la última nota, los tres soldados echaron a correr al frente, desapareciendo entre el humo y reapareciendo cuando una súbita ráfaga de aire lo disipó, dejando al descubierto una patrulla de ingenieros junto a la orilla. Del grupo llegó el ruido de un generador, conforme los soldados inflaban unos apoyos de pontón para improvisar una balsa.

Un gran coche de color gris, con el motor ya caliente, arrancó a la primera vuelta de la manivela de arranque y, sin soltar la manivela, un oficial con casco plantó la bota en el estribo, se acomodó en el asiento junto al conductor y cerró de golpe la portezuela.

El coche patinó en la hierba hasta que sus fuertes neumáticos hicieron agarre; cuando alcanzó la orilla, los pontoneros ya tenían dispuesta la rampa. El coche entró en la balsa y su peso hizo que el agua cubriese los apoyos inflados. A popa de la balsa, un ingeniero accionó una lancha fuera borda.

Cuando ya el coche estaba asegurado en la balsa, apareció otro coche cruzando el prado. Y luego otro. Estaban ocultos detrás de unas cabañas junto al deshecho muelle de madera medio sumergido de un antiguo transbordador.

Los del puesto de mando observaban todos los movimientos.

—Listo para salir el primer tanque —dijo el joven teniente. Se llamaba Rudolf von Kleindorf y era un muchacho con cara de niño, segundo hijo de un general de la primera guerra mundial. Von Kleindorf no se había graduado a tiempo en la escuela de cadetes para entrar en servicio activo y ahora mostraba un exagerado respeto por los hombres que, como Horner, habían luchado en la guerra.

—Es poco humo —añadió el teniente primero Alex Horner, que en aquellas maniobras hacía el papel de un coronel al mando de un batallón de

tanques—. ¿Dónde están las tropas del humo?

—No tenemos más humo —replicó Von Kleindorf, su «jefe de estado mayor».

—¡Maldita sea! —exclamó Horner—. Prended fuego a una de esas casuchas de madera. Que os den combustible los de transportes: aceite en cantidad. Y me hacéis humo negro. Si el enemigo ve esas balsas adivinará que es el punto de ataque y que los movimientos río arriba son una estratagema.

—En esas cabañas vive gente —replicó el «jefe de estado mayor».

—¿Y qué? Necesitamos humo.

Von Kleindorf giró enérgicamente la manivela del teléfono de campaña y dio la orden de quemar las chozas, pero el oficial al otro extremo contestó que no se podía porque todos los vehículos actuaban de «tanques». Le podía enviar hombres en bicicleta, pero tardarían en llenar los depósitos con combustible y resultaría difícil transportarlos en bicicleta.

Alex Horner lanzó otra maldición al oír la respuesta.

—Son Arbeitskommandos —dijo Von Kleindorf para explicar la carencia de unidad de transporte. Los AK eran un ejército clandestino de reserva constituido con los restos del Freikorps. Camuflados inicialmente como organizaciones de trabajo y asociaciones deportivas, vestían ahora uniformes paramilitares y estaban al mando del teniente coronel Von Bock, jefe de estado mayor de la III división del ejército. Oficialmente, los AK eran obreros civiles asignados al servicio del ejército de cien mil hombres autorizado por el Tratado de Versalles, pero cuando no había moros en la costa actuaban de soldados.

—Que sigan los tanques —dijo Horner. El humo se iba disipando aún más y con los prismáticos vio a los defensores de la otra orilla. Si los veía desde el puesto de mando en la ladera, era lógico pensar que ellos vieran las balsas. Fuera del alcance de los prismáticos, río arriba, pronto arrastrarían las seis carretillas asignadas como cañones antitanque de alta velocidad para situarlas en posición.

—¡¡Maldita sea!! —exclamó Horner, poco dado a tales expansiones emocionales.

Al cabo de tres horas la batalla estaba decidida; el vadeo del río había sido repelido y habían ganado los defensores.

—Era una buena idea —dijo Von Kleindorf tratando de animar a su comandante—. A nadie se le había ocurrido nunca transformar los apoyos de pontones en balsas. Si la compañía de transportes hubiese quemado las casas...

—¿Quién es el comandante de esos AK? —inquirió Alex Horner sin dejar traslucir emoción alguna.

—Brand —dijo Von Kleindorf tras consultar su bloc de notas—. Aquí dice que es Sturmbannführer. Un Sturmbann es un batallón de camisas pardas. El rango equivalente es el de mayor —añadió para indicar a Horner que el oficial de los AK era superior a él.

Horner no hizo ningún comentario.

Brand. Era un apellido bastante corriente, pero el oficial que finalmente hizo acto de presencia era el déspota que Alex Horner conocía de tanto tiempo atrás y que jamás había olvidado.

—¿Me ha mandado llamar, teniente? —inquirió formalista el Sturmbannführer Heinrich Brand. No había cambiado mucho: era el mismo «Heini el loco», con sus espesas cejas y aquellos ojillos rápidos demasiado próximos a la nariz. Impecablemente vestido: Cruz de Hierro de primera clase en el bolsillo y la fusta en la mano. Las únicas notas desentonantes eran los dedos manchados de nicotina y, más evidente, el bigote gris con la parte inferior amarillenta por el empedernido vicio de fumar.

—¿Dónde estaba el personal de transportes, Brand? —inquirió Von Kleindorf. Brand se le quedó mirando. Tenía casi cincuenta años y era un veterano de las SA, y aquellos dos jovencitos oficiales, que no llegaban a los treinta, le trataban como una basura. Reconoció a Horner, por supuesto, y sabía que éste le había reconocido. Era característico de aquellos cerdos prusianos arrogantes el que Horner, el supuesto comandante, permaneciese impasible y en silencio, al estilo de algún famoso general de los libros de historia.

—No disponible, teniente —respondió Brand. No sonreía, pero les hizo ver que no pensaba pedir excusas. «Teniente», al estilo de los camisas pardas; nada de «señor teniente». Esas tonterías se habían acabado.

—Las órdenes escritas del comandante decían que había que conservar un vehículo para transporte.

—Estaba ocupado.

—¿En qué?

—Estaba yo con él en la unidad del pontón.

—¿Para qué?

—Para inspeccionarla. Casi todos son tropa mía.

—Brand, ¿todos sus hombres del AK son camisas pardas?

—Sí, teniente; todos bávaros. —No era totalmente cierto, porque casi la mitad eran del Ruhr, pero sabía que la respuesta fastidiaría a aquellos dos



prusianos. Brand no veía motivo para permanecer firme. Como comandante del AK debían tratarle con respeto—. Los SA son más numerosos que el ejército —añadió gratuitamente fustigándose la pierna.

Von Kleindorf no dijo nada y el rostro de Alex Horner era como de piedra.

—Cuando lleguemos al poder —prosiguió Brand—, el Sturmabteilung será el único portador de armas nacional. Seremos un nuevo tipo de ejército.

—¿Que desobedecerá deliberadamente las órdenes como ha hecho hoy usted? —inquirió Von Kleindorf, lamentándolo inmediatamente al ver la cara de satisfacción de Brand.

Brand no contestó, y Von Kleindorf, con rabia mal disimulada, saludó y se fue. Brand respondió al saludo con un minucioso esmero totalmente insolente. A él le daba igual. Poco le importaba que su mofa deliberada de las órdenes hubiese sido la causa de que fallase el vadeo del río. Tocaban rápidamente a su fin los tiempos de aquellos estereotipos prusianos como Horner y Von Kleindorf. Estaba a punto de nacer un orden nacionalsocialista. A Brand le reconfortaba la fe del creyente, y a tales individuos no se les plantean reservas.

Hasta el anochecer no se devolvió el campo de batalla a los campesinos que en él vivían. Ajenos al peligro que habían corrido sus casas, los humildes labriegos de los huertos próximos al viejo transbordador dieron a los exhaustos soldados trozos de salchichas caseras y de pan negro de varios días.

El teniente primero Alex Horner acudió a informar al «comandante de la división» capitán Niemann, un hombre de mirada severa que había acabado la guerra de coronel de húsares, aceptando la degradación para permanecer en el ejército de tiempo de paz. Luego, iniciaron la larga marcha nocturna hacia el cuartel. La tropa asumió en seguida el ritmo de marcha que la infantería entrenada es capaz de mantener durante horas. El crujir de las botas en la carretera rural de firme irregular producía un sonido que atontaba y amortiguaba el dolor y la molestia que producen una caminata semejante.

El último soldado de la tropa de infantería llevaba el farolillo de aceite que prescribe el reglamento como medida de seguridad contra los accidentes de tráfico, pero había luna de sobra para que el teniente primero Horner y Von Kleindorf viesan toda la columna mientras cruzaban penosamente pueblos en medio de los ladridos de los perros. Horner y Von Kleindorf iban montados en acémilas, unas bestias magníficas que bufaban y resoplaban trotando, sin saber que su papel en la guerra quedaría limitado a algo simbólico y ornamental.

—¿Conocías a ese tipo? —inquirió Von Kleindorf, renunciando por primera vez desde la conclusión de las maniobras al papel de jefe de estado mayor.

—Hice la guerra con él —contestó Alex Horner.

—¿Estaba en tu regimiento? ¿Era oficial? —añadió Von Kleindorf incrédulo, diciéndose que los modales bruscos y aquel basto acento de Brand no eran características de los componentes de buenos regimientos.

—No, yo estaba en el suyo —respondió Horner.

—Ah, ¿los reservas bávaros de que me hablaste?

—Exacto.

—Te compadezco —dijo Von Kleindorf—. No pensarás que esos rufianes de las SA van a formar parte del ejército, ¿verdad?

—No, mientras yo esté en él —respondió Horner.

No hacía más que pensar en los días venideros: pesquisas, razonamientos *a posteriori*, informes y conferencias. Aquel fallido vadeo del río no iba a ser nada agradable para Alex Horner.

—¿Qué batallón es éste? —se oyó decir al capitán Niemann en la oscuridad. Avanzaba para ponerse a la cabeza de su «división».

—Primer batallón de Panzers pesados —respondió Horner, manteniendo la terminología de maniobras—. Al mando del coronel Horner.

Era ridículo, desde luego. Miró a la columna en marcha, que no totalizaba una compañía. Con un ejército de sólo cien mil hombres sería difícil —aun contando con tropas de apoyo y la debida logística— organizar un par de divisiones de infantería decentes y no digamos unidades de Panzers, infantería motorizada y otros detalles previstos en las maniobras. Pero el capitán Niemann estaba decidido a mantener su división fantasma hasta el último momento. ¿Quién se lo podía reprochar?

—Buenas noches, mi general —dijo Horner.

## «Su asesor financiero dimite»

Veronica había mantenido la casa de los Winter en el espléndido estilo *fin de siècle*. Con los años le habían añadido nuevos muebles, objetos de decoración y alfombras, pero el estilo no había cambiado. Ahora, ya en puertas de la década de los treinta, se daba cuenta de que el lóbrego salón, del que siempre había estado tan orgullosa, a los ojos de su hermano americano era como un museo.

Tenía las ventanas con pesadas cortinas de seda amarilla con borlas color chocolate, que sólo dejaban pasar algo de luz que se proyectaba sobre las alfombras orientales. Apenas había una porción libre del empapelado, casi todo cubierto por los grabados, cuadros y retratos sepia de la familia en estudiadas poses, aparte de platos decorativos y abanicos. En la repisa de la chimenea, rematada por un gran espejo, se acumulaban cachivaches de porcelana, marfil y plata, colección que se ampliaba ordenada y profusamente en mesitas y vitrinas, por lo que Glenn Rensselaer se movía con el constante temor de tirar algo.

—Harald debería retirarse —dijo Veronica a su hermano.

—Sólo tiene cincuenta y nueve años, y no está enfermo...

—Está cansado, hartado y preocupado.

—¿Por el negocio?

—Por la situación mundial, por Alemania, por todo lo que está sucediendo. Fuma, fuma, Glenn; veo que te mueres de ganas.

—No sé si te entiendo, hermanita —comentó Glenn Rensselaer—. Sí, me encantaría fumar si no te importa —añadió metiendo la mano en el bolsillo del traje que había comprado a propósito para aquel viaje. Quería estar presentable ante su hermana, y en el maniquí del escaparate aquel modelo a cuadros parecía muy adecuado, pero ahora, una vez puesto, le caía deforme y arrugado. Estaba sacando la pipa y la petaca, cuando llamaron a la puerta. Una doncella con cofia y delantal almidonados entró a mirar la estufa. Echó carbón y recogió la ceniza en un recipiente que luego se llevó.

Sólo después de que hubo salido la sirvienta contestó Veronica.

—Vuelve a aumentar el paro —dijo.

—Todo el mundo dice que Alemania está en auge.

—Eso se ha acabado. Harald calcula que habrá tres millones de parados este invierno, y generalmente no se equivoca en cosas de éstas. Y dice que este aumento del desempleo dará mayor fuerza a los comunistas y a los nazis.

—Probablemente.

—Y los nazis le están pidiendo dinero. Hasta ahora se ha negado, pero casi todas las grandes compañías contribuyen.

—¿Por qué?

—No seas tan ingenuo, Glenn. Porque no quieren que los comunistas se hagan con el poder y les expropian las fábricas. Pero en el caso de Harald existe otra complicación: tiene que pensar en Peter y Lottie.

—Pues no va a ayudar en nada a Lottie y a la pequeña Helena financiando a los nazis y haciendo que alcancen el poder, ¿no crees?

—Los nazis incluirán las empresas de Harald en la lista de las que tienen «directiva judía» si no les entrega una importante suma. Podrían producirse boicots y manifestaciones... huelgas, quizá.

—¿Lo sabe Peter?

—Peter le dice que resista, pero la mayoría de los otros directores insisten en que pague. Es posible que pueda conseguirse que esa cantidad sea deducible de los impuestos para que no le cueste nada a la compañía.

—Pobre Harald.

—Hasta ahora ha plantado cara a los nazis, pero cada día son más poderosos, y un mal invierno con aumento del paro puede empeorarlo todo.

—¿Ha hablado Harald a Pauli de esto?

—Por Dios, Glenn... Harald preferiría morir antes que pedirle a Pauli un favor así. Aquella discusión que tuvieron la noche de la fiesta de cumpleaños de Pauli los ha distanciado.

—Estoy seguro que Pauli no le guarda rencor a su padre —dijo Glenn—. La otra noche, en una fiesta en homenaje a los Danziger, se los veía muy amigables.

—A Pauli se le olvidan las cosas hirientes que dice, pero a su padre no.

—En Estados Unidos la gente piensa que por fin Alemania ha comprendido las ventajas de la democracia parlamentaria —dijo Glenn chupando la pipa.

—Eso tardará lo suyo. La voz de un emperador poderoso ha sido siempre muy del gusto alemán. A los alemanes les resulta confuso y molesto las

discusiones y los conflictos de la política. No les gusta el debate: quieren decisiones.

—Con el tiempo que llevas viviendo aquí debes conocerlos bien, hermanita.

—Quizá demasiado tiempo —contestó ella.

—¿Ah, sí?

—He estado pensando en regresar a Estados Unidos.

—Los viejos se quedarían pasmados. Papá cumple este año los setenta y ocho, y creo que ha perdido toda esperanza de volver a verte.

—Háblame de él.

—Dot le cuida.

—¿Cómo es ella?

—No sé. A veces pienso que es una intrigante. Ha conseguido que sus tres hijos tengan nuestro apellido, y papá ha invertido mucho dinero en ese banco para que ellos sean socios. El pequeño del hijo mayor vive con nosotros y a papá parece interesarle más que mi hijo. —Levantó la vista y le sonrió. No era muy propio de él quejarse—. Sí, deberías volver.

—No sé si no habré hecho mal en esperar tanto, pero es que antes no veía la manera...

—¿Quieres hacer un viaje de vacaciones?

—No sé, Glenn. Yo quiero a Harald y a los dos chicos, y Lottie se ha convertido en una especie de hija para mí. Los echaría mucho de menos, pero...

—Pero ¿qué?, hermanita.

—Glenn... no quiero morir aquí.

—¿Morir? Pero ¿de qué hablas? Sólo tienes... —Frunció el entrecejo y velozmente sumó cinco años a su propia edad— cincuenta y cuatro. Tienes toda una vida por delante.

—Lo sé. No es que tema morir ni se trata de ninguna premonición, lo que sucede es que me gustaría envejecer en Estados Unidos. ¿Te parece una tontería?

—No, hermanita. Lo comprendo perfectamente. Conozco mucha gente a la que le ha sucedido lo mismo por haber vivido mucho tiempo en el extranjero. ¿Has hablado de ello con Harald?

—Está muy ofendido, Glenn.

—Pero tú no eres feliz.

—Cierto.

—¿Iría él también?

—Para una estancia larga, no. En Estados Unidos se encontraría como gallina en corral ajeno. No habla muy bien el inglés y sigue siendo el alemán más alemán que conozco.

Era la primera vez que Veronica hablaba con Glenn del proyecto de volver a Estados Unidos. Cada vez que lo hacía lo enfocaba bajo un nuevo aspecto, y en todas las ocasiones su hermano comenzaba por creerla, pero, como en otras conversaciones de esta naturaleza, Glenn acabó por dudarlo y, finalmente, llegó a la conclusión de que nunca volvería, pues vio que le faltaban las ganas y la energía necesarias para desvincularse, por poco tiempo que fuese, de su vida en Berlín.

Pero también veía lo mucho que necesitaba su hermana recurrir a aquella curiosa fantasía de regresar a su país, y estaba dispuesto a seguirle la corriente, a pesar de que era una conversación que se repetía una y otra vez, sazónada con las contrariedades reales y las que ella se inventaba para demorar una decisión. Glenn decidió que la próxima vez que ella lo sacara a colación, le expondría las contradicciones.

Pero la siguiente conversación que Glenn Rensselaer sostuvo con su hermana fue en circunstancias muy distintas. Tuvo lugar la tarde del viernes 25 de octubre. Rensselaer acababa de llegar a urgencias del hospital de la Caridad a instancias de una llamada telefónica del director del hotel Adlon, quien le informó que se había presentado un policía para decir que uno de sus clientes —el señor Simon Danziger— había sufrido un accidente de tráfico.

Los expertos en la materia decían que la Postdamer Platz se había convertido en el punto urbano de mayor tráfico de Europa. En la plaza confluían coches, furgonetas de reparto y camiones procedentes de doce direcciones distintas, y en medio de aquel torbellino de motores y carros de tracción animal circulaban los ruidosos tranvías, más los veloces ciclistas y los ligeros peatones.

Y había sido allí, en el cruce de la recientemente bautizada Friedrich Ebert Strasse, donde, a las doce menos diez de aquella mañana del viernes, herr Simon Danziger fue atropellado por un carro de caballos cargado con veintiséis barriles de cerveza de la cervecería Neukölln.

Seguía consciente y presa de grandes dolores cuando le trasladaron sin tardanza al hospital de la Caridad en un taxi. Le ingresaron rápidamente y le condujeron a un quirófano en el último piso para practicarle una intervención de cirugía mayor.

El complejo constituido por el hospital de la Caridad se extiende por el centro de Berlín y los imponentes edificios forman una especie de fortaleza de piedra gris encajada entre las lentas aguas grasientas del río Spree y el canal. No había sala de espera y Glenn Rensselaer pasó la primera media hora de pie entre los pacientes que esperaban consulta en un pasillo frío y lleno de corrientes. Como era un piso alto, disfrutaba de la vista del patio adoquinado, en el que dos mecánicos rebuscaban en las entrañas de una ambulancia Magirus.

Glenn Rensselaer era consciente de que llamaba la atención con su abrigo forrado de piel, su sombrero de fieltro, guantes grises y bastón de empuñadura de plata, entre aquella gente pobremente vestida, acurrucada y tensa en los fríos bancos con sus dolores y padecimientos. Le miraban con manifiesta curiosidad, igual que a los médicos que cruzaban por el pasillo o a las camillas tapadas con una sábana que circulaban empujadas por personal con batas manchadas y relucientes delantales de caucho. Sólo dos policías uniformados de verde parecían tranquilos y despreocupados. Estaban junto a la puerta, fumando un cigarrillo que escondían en el hueco de la mano y echando el humo hacia el techo.

Luego llegó su hermana Veronica. Llevaba un estupendo abrigo de marta cebellina, adornado, igual que el sombrero, con copos recientes de nieve. La acompañaba un aturdido funcionario del hospital, que vestía levita, transportaba unos legajos y no dejaba de hacer ceremoniosas inclinaciones, mostrando la calva de la coronilla.

Veronica llamó a su hermano y Glenn se les acercó; los hicieron pasar a un despacho caldeado dotado de la intimidad y comodidad que el funcionario consideraba que tan distinguida dama merecía.

—¿Son ustedes familia? —inquirió el atolondrado funcionario.

—No, no somos familia —contestó Glenn.

—¡Claro, claro que no! —añadió el hombre, más confundido aún por la posibilidad de que lo fuesen.

Veronica estaba sentada en el sillón de las visitas y Glenn en la silla giratoria de detrás del escritorio cuando el hombre regresó con el pronóstico del cirujano de guardia. Tras una exhaustiva descripción de las lesiones mortales de Danziger —una letanía que Glenn no entendió y a la que Veronica no quiso prestar oído—, el hombre añadió que no había posibilidades de que herr Simon Danziger se salvase. Miró cabizbajo los papeles que tenía en la mano y predijo que expiraría en el plazo de una hora.

—¡Pobre diablo! —exclamó Glenn Rensselaer una vez que el funcionario los hubo dejado.

—Estaba tan lleno de vida... —dijo su hermana.

—Me refería al cochero del carro de cerveza.

—Ah, claro —añadió Veronica, vacilante.

Hubo un largo silencio.

—Danziger se había arruinado —dijo Rensselaer—. Los primeros telegramas los recibió el sábado por la noche. Había invertido hasta el último céntimo en acciones de la bolsa de Nueva York. Hablamos de ello durante el viaje en la aeronave.

—El «crash»... Lo he visto en los periódicos, pero no sé lo que es...

—Los tontos compra que te compra, y las acciones venga a subir sin parar. Tenía que explotar, y sucedió este fin de semana.

—¿Y no sabían que era inminente?

—En la bolsa lo sabían todos, menos los tontos de remate, pero la bolsa gana dinero en todas las operaciones y los corredores saldrán más ricos que nunca de este desastre.

—¿Quieres decir que el señor Danziger se echó expresamente bajo...? Oh, no, Glenn, eso es horrible.

—Desde luego no se lo diré a Lottie ni a su esposa, pero apostararía un millón de dólares a que ésa es la verdad.

—¿Se había arruinado?

—Algo así, ya te digo. Él me contó que había juntado todo lo que tenía y más para jugar a la bolsa. Papá me envió un extenso telegrama al cierre de la bolsa el lunes y me contaba lo que estaba sucediendo. Por la diferencia de hora, recibí el telegrama poco después de la medianoche.

—¿Se lo dijiste al señor Danziger?

—Le telefoneé al Adlon y se lo leí sin darle los nombres de los capitostes de Wall Street que se habían suicidado al saberse la noticia. Era la una de la madrugada del martes. Debí despertarle, y él me dio las gracias con un gruñido; supongo que lo sabría por su corredor, pero ya era demasiado tarde. Esa fue la última vez que hablé con él. Le dije que me llamase si necesitaba algo, pero no lo hizo.

—Es horrible —exclamó Veronica—. ¿Cómo se las arreglará la señora Danziger?

—No lo sé. Lo único que tiene son acciones de unos estudios de cine y eso es difícil realizarlo —contestó Glenn. Pensaba en su sobrino Peter. Si no



había perspectivas de herencia por parte de Lottie, Peter iba a tener que depender de su padre y del empleo seguro y bien pagado de su empresa.

—No sé si le llegará el dinero para pagar la cuenta del Adlon. Mejor será que le ofrezca las dos habitaciones del tercer piso. ¿Tú crees que querrá celebrar el funeral aquí en Berlín?

—No creo que tenga otra opción.

La señora Danziger habría preferido trasladar el cadáver de su marido a Estados Unidos, y Lottie quería que su padre fuese enterrado con el ceremonial adecuado en el viejo cementerio nido de Grosse Hamburger Strasse, detrás de la Rote Rathaus, donde estaba enterrado Moisés Mendelssohn, pero eran dos opciones inviables. El funeral se celebró en el gran cementerio judío de Weissensee.

Algunos comentaron que Pauli apreciaba demasiado su empleo con los nazis para dejarse ver en un funeral judío, pero se equivocaban. Pauli asistió al entierro, elegantemente vestido con el traje oscuro que usaba para asistir a los tribunales. Además, Pauli dedicó unos instantes durante el funeral para hacer un favor a su padre, diciéndole de un modo estrictamente confidencial que los nazis quedarían más que satisfechos con la cuarta parte de la cantidad que exigían a Winter Metal Alloys.

La señora Danziger aceptó complacida el ofrecimiento de Veronica y Glenn Rensselaer se hizo cargo de la factura del Adlon. La viuda se quedó en Berlín hasta las navidades para no tener que enfrentarse sola en California a la temporada de fiestas sociales.

Poco antes de Navidad la señora Danziger recibió una carta de la compañía aseguradora con la que su marido tenía suscrita una póliza de seguro de vida notificando que pagarían. Glenn Rensselaer dio un suspiro de alivio y tiró al retrete el billete de cinco dólares que le había remitido el señor Danziger antes de morir. De haber conocido los peritos la críptica nota que lo acompañaba —«Apreciado Glenn: Su asesor financiero dimite con fecha de hoy. Por favor, manifieste cuánto lo siento a todos los afectados por las consecuencias. Hice lo que pude. Simon Danziger»—, no habrían dictaminado tan fácilmente muerte accidental.

Cuando la señora Danziger tomaba el tren con destino a Bremen para embarcar en el *Albert Ballin* que zarpaba hacia Nueva York, comenzaban a materializarse algunas de las pesimistas previsiones de Harald Winter, pues las consecuencias expansivas del hundimiento de la bolsa neoyorquina ya repercutían sobre las naciones europeas, y su situación económica, de por sí inestable, fue sacudida por un auténtico vendaval.

Sólo en el mes de enero de 1930 el número de parados en Alemania pasó de un millón y medio a casi dos y medio. En Berlín las fábricas despedían obreros a tal ritmo que había barrios en que las calles estaban llenas de gente sin trabajo que deambulaba desalentada mirándose sin saber qué hacer con su miseria. En los campos situados en las afueras de la capital los granjeros contrataron guardas armados para vigilar las cosechas.

El gobierno de coalición manifestó que no disponía de fondos para subvencionar a los parados sin incurrir en una deuda de casi un millón de dólares. La crisis económica y política se producía poco después del décimo aniversario de la implantación en el país del sistema democrático parlamentario y resultaba difícil contradecir a los que afirmaban que serían mejor los comunistas o los nazis.

Unos tres años antes, en 1927, en el centenario de la muerte de Ludwig van Beethoven, Artur Schnabel causó sensación en Berlín tocando las sonatas para piano completas del compositor. Fueron una serie de siete conciertos dominicales vespertinos, que Schnabel dio en el Volksbühne, un teatro club creado gracias al apoyo financiero de los sindicatos y generalmente vinculado a la extrema izquierda.

El gran éxito de Schnabel causó impacto en el mundillo musical de Berlín y cambió la vida de Erich Hennig. En febrero de 1930, principalmente como consecuencia de la terca insistencia de su esposa Lisl, Erich Hennig interpretó sonatas para piano de Mozart ante un selecto público.

En cierto sentido fue un error, porque Erich Hennig no poseía el sutil y disciplinado lirismo que Mozart requiere, y su fuerte era más bien la ardorosa entrega de los conciertos para piano de Beethoven, aunque aquellas dos sesiones no fueron ni mucho menos un fracaso. Fue su suegra quien envió las invitaciones, y frau Wisliceny era un nombre relevante en los enrevesados círculos de poder que siempre habían caracterizado la vida cultural berlinesa.

Los que habrían osado criticar la interpretación que hizo Hennig de Mozart no asistieron a los conciertos, y los comentarios que pudieron hacer se consideraron producto del despecho. El Mozart que había interpretado Hennig era bueno y delicioso y fue un hito en su carrera de pianista. Hasta aquel momento había trabajado en la empresa de un editor musical, pero a partir de entonces se puso en manos de un empresario. Con tres alumnos y la promesa de más conciertos, Hennig dejó su aburrido empleo de oficina y se convirtió en músico profesional.

Y su vida laboral cambió del mismo modo que su ideario político. Había sido hasta entonces un izquierdista radical que asistía con frecuencia a los

mítines del partido comunista, pero a partir de aquellos recitales de Mozart su actividad política se entibió. Ya no exhibía la insignia de la hoz y el martillo en la solapa del traje oscuro que se ponía cuando tocaba el piano, y sustituyó la llamativa corbata roja por otra más formal elegida por su suegra.

Además, otros cambios de más importantes consecuencias se derivaron de aquellos recitales mozartianos que dio Hennig en febrero de 1930. Fue la presencia de Pauli en el teatro de la Ku'damm lo que indujo a la señora Wisliceny a invitarle habitualmente a su casa, aunque no siempre a su «salón», porque Pauli Winter no era ni pretendía ser un intelectual. «Mozart es a lo más que llego», decía a la señora Wisliceny y a quienquiera que pretendiese hablar con él de música.

Por entonces era bien recibido en muchos sitios, pues Pauli Winter no era ya el pequeño Pauli que había partido para la guerra. Para empezar, ahora acudía a todas partes en un precioso Horch convertible negro, y en los días hábiles, cuando iba a gestiones oficiales, el coche lo conducía un joven de rostro impasible con botas altas relucientes, pantalón bombacho y una camisa parda con un brazalete con la cruz gamada.

A Pauli Winter le agradaba ir a las reuniones de la señora Wisliceny, porque era una anfitriona que seleccionaba a sus invitados y allí siempre había gente que atendía complacido sus chistes y su charla. Generalmente, después del té, la señora Wisliceny le convencía para que hiciese trucos de magia. Él se hacía de rogar, pero ella sabía que a él le complacía que se los pidiesen porque siempre tenía alguno nuevo y sabía acompañarlos de graciosos comentarios. Siempre contaba algo divertido y al final los presentes no sólo quedaban agradablemente sorprendidos, sino que soltaban la carcajada.

Pauli poseía la envidiable cualidad de entrar en un salón lleno de desconocidos con la seguridad de que haría amistades, y casi siempre lo lograba. Era capaz de profundizar en la personalidad de un desconocido y liberar un aspecto inopinado que no correspondía a su etiqueta social. Nadie que no fuese Pauli podría haber convencido al pomposo Erich Hennig para que tocara una canción trivial como *Yes, we have no bananas* y que un respetado actor como Emil Jannings le acompañase cantando la insustancial letra.

Sus enemigos decían que lo que sucedía era que deseaba el halago fácil, y su padre en más de una ocasión le previno con el aforismo clásico de «el aplauso es la espuela de las mentes nobles y el designio de las débiles», pero a Pauli le dio igual. Él era él, y no podía cambiar de carácter.

Cómo sucede con la mayoría de personas que saben ganarse las simpatías, su aparente naturalidad ocultaba el gran cuidado con que observaba a su audiencia. Sabía qué personas de las presentes estaban predispuestas a sus trucos e historias y quiénes estaban decididas a no dejarse impresionar, y no ignoraba que a Inge era a quien más divertían.

Y a la señora Wisliceny le complacía ver a su hija Inge riéndose. Ojalá Lottie no hubiese celebrado su fiesta de boda en casa de los Wisliceny; pero era su invitada y no pudo evitarlo. Habían sido los preparativos de la boda los que habían removido la herida en el corazón de Inge. Su madre había llorado por ella, comenzando a dudar si la muchacha volvería a ser feliz. Estuvo semanas sin poder salir de casa y su madre sufrió con ella. Era una agonía profundamente exacerbada por el empeñamiento de las dos en negar que sucediese nada. A veces la señora Wisliceny se preguntaba si Peter Winter habría sido consciente de aquella adoración extremada que Inge sentía por él. Quizá sí, porque parecía evitar coincidir con ella en cenas, fiestas u otras reuniones.

Por todo ello, a la señora Wisliceny le alegraba ver que a Pauli le gustaba entretener a Inge y que algunos de sus trucos parecían expresamente preparados para ella. Cuando Inge comenzó a ir varias veces por semana al Romanische Café para acompañar a Pauli en su frugal almuerzo, o incluso cuando los almuerzos resultaban menos frugales y más prolongados, nadie prestó particular atención. Era un alivio para la señora Wisliceny ver que Inge volvía a interesarse por el mundo que la rodeaba, e imaginó —acertadamente— que muchas de aquellas primeras conversaciones estaban exclusivamente dedicadas a hablar de Peter.

Y a la muchacha le vino bien, naturalmente. Pauli sabía escuchar y era mucho más fácil explicarle a él el amor que sentía por Peter, porque él quería a su hermano. Ninguno de los dos preveían un posible desenlace romántico de sus encuentros, aun después de que el tema de Peter hubiera ya quedado prácticamente agotado; les gustaba estar juntos, y todos sabían que Pauli tenía muchas amigas. Chicas alegres, bonitas, impersonales, ninguna como la seria, hermosa e intelectual Inge. No era la clase de chica para Pauli Winter, aunque él no fuese inmune a la belleza de la muchacha. Sus esplendorosos ojos verdes, con aquella mirada tan profunda y triste, su largo cuello, esbeltos brazos e impecable cutis de porcelana le hacían sentirse orgulloso de exhibirse con ella. Por su parte, Inge descubría en Pauli a un desconocido, un hombre que de momento le hacía olvidar sus sentimientos por Peter.

Fue la camarera rubia de Pauli del Romanische Café la que dio un vuelco a la situación. Normalmente intercambiaba chistes groseros con los clientes varones, y un día dio la enhorabuena a Inge y a Pauli con una característica broma berlinesa que insinuaba lo que iban a hacer aquella tarde después de comerse una docena de ostras por cabeza con una botella de Sekt.

Pauli se sintió cohibido, pero, para su gran sorpresa, Inge respondió a la camarera en jerga berlinesa que estaba deseándolo. Inmediatamente establecieron una nueva relación y al día siguiente fueron a Friedländer, una joyería próxima al hotel Bristol, y eligieron un anillo. Después, se dirigieron a la terraza-jardín del hotel Edén. Pauli sabía bailar bien cuando quería, y aquel día quería. A las dos semanas, Inge y Pauli se prometieron oficialmente y en mayo se casaban.

La familia de ambos no se opuso, y cualquier reserva que hubiesen podido mostrar los Wisliceny por los gustos antiintelectuales de Pauli o su filiación política, quedó totalmente supeditada a la incontenible felicidad de Inge. En la familia Winter hubo unanimidad en que Inge Wisliceny era una conquista muy por encima de lo que Pauli habría podido esperar.

Lottie estaba decidida a ser amiga de Inge y, pese a la reserva que ésta presentó en principio, fue ella, en mucho mayor medida que la señora Wisliceny, quien la ayudó a organizar la boda.

Fue un relevante acontecimiento social. El amigo de Pauli, Alex Horner, movió resortes en Bendlerstrasse y consiguió que le inscribiesen como teniente primero de la reserva para que tuviese derecho a una guardia de honor en la ceremonia. Todos los jóvenes oficiales iban emparejados con una madrina de boda elegantemente vestida con traje típico y los novios salieron de la iglesia bajo un arco de sables. Aquello fue idea de Lottie, pues, como señaló, aquel ceremonial exigía que Pauli vistiese uniforme militar, porque no podía casarse luciendo la camisa parda y la cruz gamada de las SA, en las que hacía poco había obtenido un grado honorífico. Ni siquiera el doctor Goebbels, cabeza visible del partido en Berlín, podría objetar que hubiese nada más digno para un alemán que casarse vistiendo uniforme militar. Y Pauli, con su estupendo pelo rubio, era el arquetipo del «ario» tan admirado en la mitología germana.

Inge y Lottie habían trabajado al detalle la lista de invitados para que la fiesta trascendiese el ámbito familiar y fuese un encuentro de los viejos amigos de Pauli. Hubo invitados que habían sido cadetes en su promoción de

Lichterfelde, media docena de sus compañeros de 1918 en la compañía de asalto y amigos íntimos, como Fritz Esser.

Los invitados estuvieron a la altura de la ceremonia y la fiesta. Richard Fischer les regaló una vajilla antigua de Meissen de veinte servicios, herencia de familia. Inge había rechazado la propuesta de matrimonio de Richard y pensó si aquel obsequio no sería una manera de decirle que jamás se casaría con otra.

Harald y Veronica Winter les regalaron un gran turismo Mercedes y mandaron ampliar y reformar a fondo la casa de Obersalzberg para que pasasen en ella la luna de miel. Hasta entonces había sido poco más que un pabellón de caza con pesados muebles rústicos y tapicerías estampadas baratas, pero ahora era una auténtica casa de campo con un gran comedor, un inmenso salón y nada menos que cinco confortables dormitorios. Y, maravilla de las maravillas, Veronica, con el cheque que enviaron sus padres, impuso un detalle de prodigalidad transatlántica y cada dormitorio contaba con cuarto de baño independiente. Esta extravagancia sin precedentes convertía a la casa en una de las maravillas de Obersalzberg. Pauli mostró complacido la casa a la novia y, para su gran contento y alivio de Veronica, a ésta la encantó. La encontró deliciosa y, dada su proximidad a la casa de vacaciones de Adolf Hitler, le hizo, además, prometer a Pauli que irían a menudo en invierno y en verano.

**1930**

## Navidades en familia

El ruido del motor de una motocicleta se difunde a lo largo de kilómetros en la alta montaña del Obersalzberg. Lottie Winter fue la primera en percibirlo —tenía un oído casi sobrehumano—; cuando llegó a la ventana y apartó el visillo, vio el faro muchos kilómetros abajo en la carretera del Berchtesgaden. Inge, Pauli y Peter vieron cómo se colocaba las manos rodeándose el rostro para atisbar en la oscuridad.

—¿Esperáis visita? —inquirió Lottie sin volver la espalda a la ventana.

La pregunta quedó un instante sin respuesta y luego fue Inge quien contestó.

—Tal vez vaya a la pensión, al hotel Türken o a alguna granja.

—Viene aquí —dijo Lottie estremeciéndose. Tenía la premonición de que era un mensajero con malas noticias.

—No sé quién podrá ser —replicó Inge. También ella estaba ahora convencida de que el motorista se dirigía a su casa. Apagó la luz y descorrió la cortina de seda roja. A través de las ventanas se veían las cumbres de las montañas con la nieve brillando a la débil luz de la luna. En el aire flotaban copos de nieve. Durante la mayor parte del año sucedía lo mismo: el viento arrastraba la nieve de las montañas y en la atmósfera había constantemente pequeños remolinos brillantes.

Era la Navidad de 1930 cuando Inge y Pauli invitaron a Lottie y a Peter a Obersalzberg, y en esta ocasión el famosísimo vecino ocupaba su cercana residencia. Desde 1923, Adolf Hitler había acudido asiduamente al pequeño pueblo en la falda del Hohe Göll próximo a Berchtesgaden. Allí se había refugiado después del *putsch* y, tras salir de la cárcel de Landsberg, allí se había retirado a acabar la redacción de *Mein Kampf*. Ahora había decidido contar con una residencia fija en aquel lugar y había alquilado un modesto chalet a su media hermana.

Adolf Hitler se había convertido de pronto en un importante dirigente político. En las elecciones de septiembre había obtenido seis millones y medio de votos, con lo que los doce escaños del partido nazi en el Parlamento



alcanzaban ahora la abrumadora cifra de ciento siete. Después de los socialdemócratas, los nazis eran la fuerza política más importante de Alemania. A partir de dichas elecciones, pequeños grupos de forasteros, que efectuaban expresamente el viaje, se asomaban en la curva por debajo del hotel Türken con la ilusión de ver a aquel individuo que se autodenominaba Führer.

La prensa mundial se hizo eco. En Inglaterra, *The Times*, el *Sunday Express* y el *Daily Mail* publicaron en seguida entrevistas con él. Hitler declaraba ser baluarte contra el bolchevismo y advertía a Inglaterra que se vería militarmente amenazada por la Unión Soviética si Alemania caía en manos de los comunistas.

Desde su fracasada intentona golpista de Munich, Hitler no cesaba de reconocer que necesitaba el apoyo del ejército alemán para hacerse con el poder, y a los pocos días de las elecciones de septiembre prometió que bajo el régimen nazi el ejército sería más poderoso e importante y estaría mejor equipado que nunca. Como de costumbre, a todos les prometía algo menos a judíos y comunistas.

La casa de Inge y Pauli en la ladera de la montaña estaba a mayor altura que el Berghof del Führer, por lo que Inge solía verle cuando daba su paseo habitual sobre la nieve todas las tardes antes del té. En cierta ocasión, como una tonta, le saludó agitando la mano, pero si él la vio, no dio la menor muestra de ello.

Era sábado. Peter y Lottie habían llegado el día antes, y, sabiendo que Lottie siempre seguía la moda, Inge vestía al último grito: un vestido de gasa cortado al vies, muy ajustado en busto y caderas. Ya se le había pasado su angustioso enamoramiento por Peter y sólo le quedaba una vaga comezón; pero era una comezón soportable y estaba dispuesta a lograr que Peter y Lottie se sintiesen como en su casa. Aquella noche, tras una gran cena a base de cabrito asado con patatas rellenas y tarta de manzana, la cocinera y la doncella se habían marchado, y estaban los cuatro sentados tomando café y coñac en torno a la chimenea, escuchando a Peter contar anécdotas de Bertolt Brecht, el dramaturgo que se había convertido en uno de los personajes anarquistas más pintorescos de Berlín. En octubre, Brecht había presentado una querrela contra la productora cinematográfica Nero, que estaba rodando una versión de su *Ópera de cuatro cuartos*. Las vistas ante el tribunal no tardaron en convertirse en algo divertidísimo y con un reparto mucho más profuso que el de las obras escenificadas hasta entonces por Brecht. Actores, actrices, escritores, poetas y toda clase de personajes menos relevantes pero

en busca de publicidad aseguraban el espectáculo con su presencia y los periódicos seguían todas las incidencias.

—Brecht es un monstruo —dijo Peter, que había asesorado a Brecht en aquel drama judicial—. Un monstruo divertido e ingenioso, pero un monstruo. Cuando le dije que llevaba las de perder y le aconsejé que aceptase los veinticinco mil marcos que le ofrecían en compensación, me llamó lacayo del capitalismo, se puso en pie de un salto y abandonó la sala a toda prisa.

—Pero ¿por qué no podía ganar? —inquirió Pauli en tono profesional.

—La productora compró a testigos para que depusieran ante el tribunal que Brecht casi no había colaborado en el guión, y Brecht no me facilitó ninguna prueba para refutarlo.

—Mala suerte —dijo Pauli. Conocía bien el problema: había habido semanas en que todos los clientes que le confiaba el partido nazi eran tan culpables que nadie podía salvarlos, y algunos ni siquiera sabían aportar nada en beneficio propio.

—Oh, Brecht ha hecho muy bien —añadió Peter—. Convencí a la productora cinematográfica para que le diese dieciséis mil marcos a cambio de no recurrir. Yo sabía que querían llegar rápidamente a un acuerdo para poder iniciar el rodaje.

—¿Verdad que es listo mi marido? —dijo Lottie, que estaba sentada junto a él, abrazándole. Inge sonrió.

—He aprendido bastante sobre cine y teatro estos últimos años —prosiguió Peter.

—Pero no has ganado mucho dinero —replicó Pauli.

—Dile que les cobre las minutas como debe ser —dijo Lottie dirigiéndose a Pauli.

—Es más divertido que el trabajo con papá —replicó Peter—. Y cuando estrenaron *Mahagonny* en Leipzig me dieron las mejores localidades del teatro.

—Ojalá no hubiésemos ido —dijo Lottie—. Fue tremendo. Afuera había centenares de soldados de asalto, con pancartas de protesta y banderas con la esvástica. Nos abrimos paso entre ellos, pero dentro había más. En la sala hubo puñetazos y varias personas resultaron heridas. Y luego llegó la policía; policía por todas partes. Fue horroroso.

—No deberíais haber ido —dijo Pauli—. Brecht es comunista y busca ese clase de disturbios porque le dan la publicidad que le interesa.

—Es un genio —alegó Peter.

—Puede que sea un genio —replicó Pauli—. Pero ¿por qué no utiliza su genialidad para decir algo bueno sobre su país? Si le dejaran, entregaría Alemania a sus amigos de Moscú.

—Lo que él trata de hacer es motivarnos para que pensemos —insistió Peter—. Le gusta provocar.

—Que vaya a provocar a Rusia y verás lo que le pasa —dijo Pauli—. Stalin está asesinando a sus adversarios por millares. ¿Por qué tu amigo Brecht no escribe una obra sobre eso?

—Brecht va demasiado lejos a veces —admitió Lottie.

—Es posible —añadió Peter.

Fue en aquel momento cuando Lottie oyó el ruido de la moto y se acercó a la ventana.

El visitante era Fritz Esser, que aparecía de imprevisto, como siempre. Al igual que muchos dirigentes nazis, había alquilado una casa de campo en Baviera, pero para dedicarse a su antigua pasión de navegar había optado por el Ammersee, al sur de Munich. Había tardado más de una hora en llegar hasta allí con su BMW y, a pesar de su abrigo largo de cuero y el casco forrado de piel, tardó un buen rato en calentarse junto al fuego, consumiendo varias copas.

Esser era una especie de oso: alto, omnívoro, de abultadas vestiduras y de garras afiladas. También, igual que un oso, podía ser elegante, cariñoso, rápido y maligno. Los miraba: los dos hermanos en esmoquin, sus esposas con vestidos caros de moda. Si necesitaba algo que le recordase que sus amigos pertenecían a otro mundo, la escena era suficiente.

Pauli presentó a Esser a su cuñada y ambos se estrecharon la mano con displicencia.

—Diputado del Reichstag —repetía Pauli—. Es estupendo, Fritz —añadió sirviéndole café y acercándole la botella de ron con la leche y el azúcar. Fritz prefería el ron al coñac.

—Ni el Führer lo creía posible —dijo Esser, ufano—. Ojalá viviera mi padre.

—Se habría sentido muy orgulloso de ti —dijo Peter atento, aunque difícilmente se imaginaba al porquero, que había sido socialista toda su vida, orgulloso de un hijo nazi, por muy diputado que fuese.

—Fue una sorpresa para todos —dijo levantando la vista de la copa y mirando a Pauli de hito en hito. Los dos sabían que era precisamente Pauli quien había aconsejado que presentase la candidatura, y él mismo había hecho interminables gestiones bajo mano para convencer a los nazis de que le

prestasen apoyo—. Por mucho que hayan dicho después, todos se han quedado atónitos. Antes de las elecciones calculaban unos treinta escaños... cincuenta como máximo.

—Y eso es lo más que habríais conseguido con el sistema americano o inglés del primero de lista —dijo Lottie—; lo que ha inflado vuestras cifras ha sido la representación proporcional.

—No estamos en Estados Unidos —dijo Pauli tajante, como tratando de proteger a Fritz de la pulla de su cuñada.

Pero el diputado Fritz Esser estaba demasiado contento para ofenderse por aquella objeción.

—No confiaban en que saldría elegido —dijo—. Dicen que Göring ayudó al jefe a asignar los escaños. El mío me lo situaron en Schleswig-Holstein, no porque yo sea de allí, sino porque no tenían la más mínima esperanza de que lo ganásemos. ¡Schleswig-Holstein! ¡Santo cielo, el distrito con menores posibilidades para el partido! Allí han votado liberal toda la vida, y todos se han quedado de piedra al saber los resultados.

Miró a los demás y sonrió. Pese a su traje viejo, su corpachón y sus ojos oscuros amenazadores, Fritz poseía una energía y una voluntad que le hacían atractivo a hombres y mujeres. Los que escuchaban sus discursos captaban esa virtud cautivante, tan evidente para sus amigos. Pero, a pesar de todo, Fritz Esser no tenía al parecer una relación duradera con las mujeres. A veces aparecía con una chica despampanante del brazo, pero ninguna le duraba. Pauli se preguntaba si no habría algo raro en él, algún fallo de personalidad que le descompensase.

—¿Y qué es lo que pasó? —inquirió Peter.

—No se sabe; los derrotados han sido los centristas. Los votos han ido a los comunistas y a nosotros. El factor determinante deben haber sido los parados, pero el jefe dice que muchos de los que votaban por primera vez nos han preferido a nosotros, y en estas elecciones había muchos.

—¿Piensa actuar Hitler dentro del sistema parlamentario? —inquirió Lottie.

—Tal vez —contestó Esser, sirviéndose un buen chorro de ron en el café y añadiendo leche con azúcar.

—El sistema que habéis prometido destruir —insistió Lottie.

—Volveremos a hacer grande a Alemania —respondió Esser. No quería entrar en discusiones con aquella intelectual judeo-americana; la despreciaba. Se mostraba cortés con ella porque Pauli era su amigo más íntimo, su consejero y confidente.

—¿A qué viene entonces ese lamentable espectáculo en el Reichstag? —preguntó Lottie.

—Ah, eso fue idea de Pauli —contestó Esser, mirando a Pauli, sonriente.

—No fue idea mía, Fritz —replicó Pauli, azorado, enrojándose.

—No seas modesto —añadió Esser. Le divertía tomar el pelo a Pauli—. La noche de las elecciones dieron los resultados por la radio y yo le dije a Pauli lo enfadado que estaba el Führer porque en Prusia nos hubieran prohibido vestir nuestro uniforme; a él le habría gustado ver a nuestros diputados ocupar los escaños llevando el uniforme. Así me lo dijo el Führer, y pensaba que no había manera de solucionarlo; pero, aquí, el joven Pauli encontró la solución. Él siempre la encuentra, es el tipo más listo que tenemos en el partido.

—¿Y qué es lo que se le ocurrió a Pauli? —inquirió Peter.

—Que nos llevásemos el uniforme y nos cambiásemos en los lavabos.

—No acabo de entenderlo —dijo Lottie.

—Una vez dentro del Reichstag, los diputados gozan de inmunidad parlamentaria y nadie puede impedirles que lleven el uniforme nazi pese a lo que estipule la ley.

—Fue una auténtica pantomima —dijo Esser, ufano—. Gritamos y cantamos nuestros himnos y les dijimos lo que pensábamos de ellos. Trataron de seguir adelante con la ceremonia, pero éramos muchos y nuestras camisas pardas les ponen neuróticos —añadió riendo.

—Es una estupidez —comentó Lottie, airada.

Esser volvió a reír al ver su disgusto y también Pauli. Eran como escolares traviosos: imposible hablar con ellos, pensó.

—No tiene gracia —les dijo, pero cuanto más se enfadaba más se reían ellos.

Cuando se calmaron y Pauli hubo llenado de nuevo las copas de todos, preguntó a Esser:

—Fritz, ¿has venido a ver al Führer?

—Te lo presentaré mañana —respondió Esser, ufano, con un especial tono de respeto—. Y a Inge también; me ha pedido que lo organice yo. Quiere conocer a todos sus vecinos, y, naturalmente, conoce el trabajo que desarrolla Pauli en el despacho del Gauleiter en Berlín —añadió apurando su segundo café con ron, esta vez casi totalmente ron.

—¿Ah, sí? —inquirió Inge. Nunca había sentido interés por la política, pero ahora que estaba casada con Pauli era partidaria de los nazis para los que

trabajaba su marido. Y, como buena esposa, deseaba que las cualidades de Pauli fuesen debidamente recompensadas.

—Todos sabemos lo duro que ha sido este año —dijo Fritz frotándose las manos antes de calentárselas otra vez al fuego.

Inge no lo sabía. Pauli no solía hablar con ella del trabajo. Volvía cada día a casa como si no tuviera ninguna preocupación.

—Lo primero, justo después de vuestra boda, cuando el Führer tuvo aquel enfrentamiento con Strasser. ¡No os creáis que no nos preocupó!

—¿Qué es lo que pasó? —inquirió Inge mirando a Fritz con gran interés. Era una anfitriona excepcional para sonsacar a la gente.

Fritz sabía que estaba tirándole de la lengua, pero no le importaba; Inge era bonita y era la esposa de uno de sus mejores amigos, y el ron le estaba haciendo efecto.

—Yo estaba en el hotel Sanssouci cuando sucedió. Casi llegan a las manos. Strasser quiere un programa de nacionalización de la industria y muchas cosas de las que piden los comunistas; el jefe le llamó rojo y dijo que no pensaba nacionalizar la Krupp, porque los funcionarios estatales lo llevarían a la quiebra en cuestión de semanas. Fue como un duelo. Luego, un par de días después, las SA de Berlín fueron a la huelga pidiendo aumento de sueldo... —explicó encogiéndose de hombros.

—¿Qué va a pasar con las SA? Cuánto me alegro de que Pauli no llevase la camisa parda cuando nos casamos. Con esa gente siempre hay líos —dijo Inge mirando a Pauli, que sonrió sin decir palabra.

—Y aún no han acabado. El Führer ha encargado de nuevo a Röhm el mando de las SA.

—Creía que se había marchado a Sudamérica.

—Sí, todos pensábamos que nos habíamos librado de ese cerdo, pero aquí está otra vez.

—Pauli le detesta.

—Todos; es un marica astuto y traicionero, y ahora hará que sus amigos homosexuales vuelvan a ocupar los altos cargos en las SA. Va a dar guerra a sus enemigos, y yo soy uno de ellos.

—¿Y por qué el Führer utiliza a un hombre como ése?

—Después de las elecciones la gente se está afiliando de tal manera al partido y a los camisas pardas que no damos abasto. Con el partido no hay problema: registramos el nombre y la dirección en un libro y comienzan a cotizar. Pero a las SA hay que uniformarlas, entrenarlas y organizarías, y

Röhm sabe hacerlo; por eso él es la solución más rápida a ese urgente problema.

—¿Va a venir Röhm aquí?

—Espero que no. Mañana tengo que entrevistarme con el Führer. Me gustaría...

—¿Una habitación para pasar la noche? Por supuesto, Fritz. Subiremos las bolsas al cuarto del rincón, el que tiene el balcón; sé que te gusta.

—Gracias, Inge. No hay mucho equipaje en la moto; sólo la bolsa que he dejado en el vestíbulo —dijo apurando la taza de café con ron y buscando en su estropeada chaqueta escocesa con cremallera los cigarrillos y las cerillas, mientras Pauli, solícito anfitrión, le ofrecía puros de un humidificador taraceado; pero Fritz prefería los cigarrillos baratos de horrible aroma que fumaba habitualmente.

—¿Cuándo le veremos? —inquirió Inge.

—Mañana a la hora del té. Vive con su media hermana, que hace de ama de llaves. Antes trabajaba de pastelera y hace unas tartas de crema deliciosas; al jefe le gustan muchas las tartas de crema.

—Ah, sí; nos han dicho que su hermana viuda vive allí. Se llama Angela, ¿no? ¿No tiene también un hermano?

Fritz se puso en pie, casi conteniendo la risa.

—El medio hermano del Führer, Alois, es un individuo un tanto quisquilloso, Inge. Ha estado varias veces en la cárcel por pequeños hurtos y bigamia, y lo último que sabemos de él es que se ha ido a vivir a Inglaterra.

—¿El hermano del Führer vive en Inglaterra? ¡Qué cosas!

—Sí, bueno —añadió Fritz mirando a Inge a los ojos—, no es una cosa que se sepa y te agradecería que te la reservases.

—Claro, Fritz —respondió ella tocándole en el brazo con gesto tranquilizador.

—Estos últimos años he tenido bastante intimidad con el jefe, Inge. Le he sido leal y él respeta la lealtad. El jefe está rodeado de gente estupenda, y ahora más que nunca, claro. Pero cuando el Führer tiene un problema, me enorgullece decir que recurre a Fritz Esser. Y Fritz nunca le falla.

—¿Y qué hace Fritz Esser? Recurrir a Pauli Winter —dijo Inge.

Pauli sonrió complacido. Aunque sabía que era algo pueril, dio en pensar lo ideal que sería vivir todos en una casa como aquélla, siempre juntos. Estar constantemente con Inge, Fritz, Peter y Lottie era su delirio.

Aquella noche las dos mujeres prepararon la habitación. No tenían servidumbre en la casa y las dos pueblerinas que cocinaban y limpiaban no llegarían hasta las siete y media de la mañana; y como era domingo, vendrían después de misa.

—No pensarás ir, ¿verdad, Inge?

Inge estaba sacudiendo los almohadones.

—¿A ver al Führer? —inquirió abandonando la tarea.

—Ese hombre es un monstruo.

—Igual que Brecht. Lo dijo Peter.

—Pero es distinto. Brecht no injuria a los judíos ni amenaza a sus adversarios.

—Sí lo hace, Lottie. Brecht odia fervientemente todo lo que yo aprecio. Desprecia a los soldados que lucharon en la guerra por nosotros; dice cosas horribles de los oficiales, y Pauli y Peter fueron oficiales. Odia a la patria, a la Iglesia, ¡odia a todo el mundo!

—No debería haber venido —dijo Lottie. Era una pena. Inge era una de las alemanas más inteligentes que conocía, pero...

—No seas tonta, querida Lottie.

—¡No soy tonta! —exclamó Lottie con ira sorda en la voz.

Inge la miró, sin saber qué decir. Nunca había visto a su cuñada a punto de llorar. No sabía que pudiese ser presa de emociones tan fuertes.

—¿Has leído los discursos que acaba de pronunciar Hitler en Offenburg y en la universidad de Erlangen? —le preguntó Lottie—. Todos los pueblos luchan por expansionarse, les dijo, y toda nación lucha por dominar el mundo. ¡Dominar el mundo! Te digo que está loco.

—No debes tomártelo tan en serio, Lottie —respondió Inge con gran alivio al ver que sólo era la retórica hitleriana lo que la había turbado—. Eso es lo que les gusta oír a los alemanes. Yo soy alemana y lo entiendo. Por favor, no sufras por eso.

—Quizá sea mejor que volvamos a Berlín.

—No, por favor —dijo Inge—. Es tan agradable ver a Peter y a Pauli juntos... Y es Navidad.

—¿Y a mí qué me importa la Navidad? Yo soy judía. ¿O lo has olvidado?



## «Ese odio obsesivo al Führer»

Veronica Winter, suegra de Inge, había conocido a Adolf Hitler casi dos años atrás, también en su casa de Obersalzberg y en circunstancias similares. A Veronica le pareció un hombre horrendo, servil y sonriente como los que solía tratar en los salones vieneses, esa clase de individuos que, en el mundillo del arte, besan la mano y se muestran complacientes con las damas ricas.

Pero Inge y Pauli conocieron a un Hitler mucho más seguro, pues, aunque el éxito en las elecciones no le había dado el poder, sí le había conferido la esperanza del mismo. Ahora ya no se excedía en el besamanos. Era un hombre de mediana edad, con indudable energía y resolución. No como un campesino; era con toda evidencia un ingenioso hombre de ciudad a quien fácilmente se habría tomado por un capataz semiespecializado de las factorías metalúrgicas de Harald Winter. Su pelo, cuidadosamente peinado con raya en medio, era de un negro casi artificioso y tenía ojos vivaces, pero su cutis era macilento. Vestía un traje cruzado con la insignia del partido nazi en la amplia solapa y hacía constantemente leves gestos de ansiedad: mano apoyada en la cadera, metida en el bolsillo, puño alzado, índice enhiesto y manos apretadas.

A pesar de los discursos violentos y espectaculares que había pronunciado durante el período preelectoral, y los más recientes en Offenburg y Erlangen, Hitler, aquel día, mostraba una actitud de estadista respetable.

Para los obreros y los estudiantes, Hitler se concentraba en lo que querían oír. Prometía trabajo obligatorio para todos y la abolición de intereses en las inversiones; los trabajadores se verían libres para siempre de la «esclavitud» de los reembolsos, se nacionalizarían todas las corporaciones y los grandes almacenes serían cedidos a comerciantes particulares. La tierra sería repartida a los campesinos.

Pero aquel día, ante sus ricos vecinos, habló de la injusticia del Tratado de Versalles, de la colaboración entre trabajadores y empresarios para hacer una Alemania más próspera, de su pasión por la montaña, de la penuria en sus años mozos y de su ambición de ver unificadas Alemania y Austria.

Al oír que Pauli Winter había nacido en Viena, el dirigente nazi inició un interminable relato de lo mal que lo había pasado allí; sólo una luz le había guiado en las tinieblas: la inspirada carrera de Karl Lueger, un hombre al que Adolfo Hitler admiraba mucho. Una vez concluida la apología, sus ayudantes uniformados le abrieron paso y el Führer dejó a las visitas sin más.

Inge quedó muy impresionada. Fue como si rejuveneciese y su rostro adquirió como un resplandor infantil; excitada como una niña, se llevó nerviosa la mano a la mejilla y a la nuca, cogiéndose la cabeza cual si tratase de despertar de un sueño.

En la casita de paredes enteladas, flores secas y celosías de madera había mucha gente. Demasiada para sus pequeñas habitaciones, y habían tenido que apartar sillas y mesas para hacer sitio. Se veía en un rincón un piano —regalo de la familia Bechstein, que vivía cerca—, que Hitler tocaba en ocasiones. Aparte de ayudantes, camaradas, secretarios, guardaespaldas y advenedizos, había un montón de invitados. Seis de ellos eran diputados recién elegidos, entre ellos Fritz Esser. Inge tenía interés por ver a la media hermana de Hitler, frau Angela Raubal, que era una mujer mayor, jovial, quien, a juzgar por su aspecto —pensó Inge—, no había perdido la esperanza de casarse. Estaba también su hija Geli, y si Inge hubiese sido más perspicaz, habría observado con mayor detenimiento a aquella rubia regordeta de veintidós años que ofrecía pasteles de crema a los invitados. Antes de que transcurriera un año, encontrarían a Geli Raubal muerta de un tiro en el apartamento de Hitler en Munich, y a su lado la Walther de 6,35 mm que pertenecía al Führer, lo que dio pie a todo tipo de especulaciones a propósito de los amoríos de «tío Alf».

Para Pauli, sin embargo, la media hermana y la sobrina de Hitler, junto con otros habitantes de la casa y los capitostes nazis, eran de interés secundario en comparación con la presencia entre ellos de Heinrich Brand. Aquello le aterró. Había oído las anécdotas de Esser y había leído informes en los periódicos del partido sobre la fulgurante carrera de Brand como oficial de los camisas pardas, y Alex Horner le había contado su encuentro durante unas maniobras; pero volver a ver a Brand cara a cara era muy distinto.

Ahora era un Obersturmbannführer de las SA —teniente coronel— y lucía unos elegantes y bien cortados pantalones de montar con una no menos elegante camisa parda en cuyo bolsillo ostentaba una Cruz de Hierro de primera clase, exactamente igual que la del Führer. Si hubiese estado preparado para el encuentro, podría haberlo soportado, pero la repentina aparición de aquel sádico le revolvió el estómago.

Pauli y Brand se dieron la mano y sólo una sombra de sonrisa en el rostro de éste reveló el odio que deseaba evidenciar al joven. El Obersturmbannführer Brand, explicó Fritz Esser, estaba organizando el cuartel general para el regreso del recientemente nombrado jefe de las SA, Ernst Röhm.

«El loco Heini» tenía cuarenta y cinco años y, del mismo modo que su Führer, se había ido normalizando progresivamente a su ascenso en la escala de la fortuna. Brand había envejecido como todo el mundo; tenía grises el pelo y el bigote, pero conservaba los mismos ojos que tantas veces había visto Pauli en pesadillas. No era sólo que los tuviese demasiado pegados a su huesuda nariz, es que eran unos ojos duros y como de vidrio, casi inánimes, aunque siempre movedizos y parpadeantes como los de una muñeca cara.

Pauli hizo corteses comentarios a propósito de la importancia del nuevo cargo, manifestándole sus mejores deseos de volver a verle en Berlín. Brand se tocó el bigote y le miró, respondiendo a su cortesía prácticamente con un gruñido. Pauli se puso nervioso; necesitaba angustiosamente un cigarrillo, pero les habían advertido que el Führer no dejaba que se fumase en su presencia.

De pronto vio a Fritz Esser a su lado, animándole a que contase un chiste que terminaba con una larga cantinela en dialecto austríaco, que él tan bien imitaba. Iba por la mitad, cuando recordó el pronunciado deje de Hitler. Dirigió la mirada al otro lado de la atestada habitación. Hacía mucho calor con la chimenea y toda aquella gente. Hitler estaba junto a la ventana rodeado de aduladores sonrientes y complacientes; no podía oírle, pero Pauli tenía la impresión de que alguien repetiría al Führer el inoportuno chiste, y era sabida la animadversión de Hitler hacia los abogados.

Ya era de noche cuando regresaron a casa. En la montaña anocheceía pronto; eso era allí lo peor del invierno. Inge subió a cambiarse para la cena y Pauli se sirvió una buena copa de coñac y la apuró en seguida. Le había trastornado el encuentro con Brand y necesitaba hablar de ello con alguien, pero era un temor que no quería confiar a Fritz Esser. Esser le respetaba y Pauli deseaba que siguiera haciéndolo. Se miró las manos; le temblaban de tal modo que había derramado coñac al servirselo. Tal vez debiera consultar a uno de aquellos psicólogos que estaban de moda.

Aunque primero hablaría del asunto con su hermano. Peter le entendía mejor que nadie. Peter no se reiría de sus temores. Le tranquilizaría y le aconsejaría; le aconsejaría racionalmente, no le echaría un sermón santurrón como hacía su padre sin que nadie se lo pidiera. Era un verdadero milagro que

Peter se hallase allí en aquel momento en que le necesitaba. Subió a la habitación principal de invitados, la que tenía el balcón con vistas al legendario Untersberg. Como no respondían a su llamada, probó a abrir la puerta. No estaba cerrada, pero Peter no estaba y Lottie tampoco. No se veía rastro de ropa ni de objetos personales. Había un sobre en el tocador. Lo abrió.

Era una nota de cortesía dándoles las gracias por la hospitalidad y las molestias que les había causado su visita, con una propina para la servidumbre. Habían tenido que regresar repentinamente a Berlín. Estaban seguros de que lo comprenderían.

Pauli releyó la nota dos veces seguidas. Oía correr el grifo del baño de Inge, pero era una tontería acudir a ella. La quería mucho, pero Inge no le entendería: necesitaba a Peter. Deseaba gritar, o al menos sollozar, pero sus lágrimas se habían secado en los días en que lloraba para dormirse en la escuela de cadetes de Lichterfelde.

Volvió a bajar y se tomó otra copa. Inge siempre tardaba mucho en tomar el baño, cambiarse y acicalarse. Le gustaba tomarse su tiempo. Cuando Inge bajó, el fuego estaba casi apagado y Pauli dormía en el sofá. Le zarandeó y vio que la botella de coñac estaba vacía y él muy borracho.

—Pauli, ¿tienes hambre? Hay jamón y pollo —dijo tocándole el brazo para despertarle—. No te has cambiado... ¡Pauli! —exclamó encendiendo la lámpara rinconera—. ¡Pauli!

—Peter se ha marchado —balbució.

—Lo sé.

—Quiero a Peter —farfulló Pauli.

—Sí, quieres a tu padre y quieres a Peter, pero ¿no te das cuenta que eso demuestra lo mucho que dependes de ellos?

—Dependo de ellos.

—¡Pues ya está bien! Tienes que sobreponerte, Pauli. Sé un hombre. Empieza a vivir tu propia vida y a tomar decisiones propias. No aguanto ver cómo te rebajas ante Peter. Tú vales tanto como él; más, en realidad.

—¿Por qué se ha ido?

—Se han enfadado porque hemos ido a ver al Führer —respondió Inge—. Le oí pedir un coche por teléfono. Fue cosa de Lottie, claro, con su odio obsesivo por el Führer.

—Deberías habérmelo dicho —dijo Pauli—. No habría ido si hubiese sabido que iban a tomárselo así.

—¡Ah, claro! Te habrías negado a ir, ¿y entonces qué nos habría pasado? —exclamó arrodillándose en la alfombra a su lado, abrazándole con fuerza y besándole. Quería a aquel torpe y tonto de Pauli, que nunca le enviaba flores ni se acordaba de su cumpleaños y que daba por sentado que la quería, igual que suponía que hacía ella. Le quería tanto porque sabía que necesitaba su cariño. Alemania era un país con millones de parados, muchos de ellos abogados. Ojalá Pauli se diese cuenta de la suerte que tenía con aquel estupendo sueldo por su empleo con los nazis. De acuerdo que Lottie diera su opinión de cómo debían ser las cosas, pero su marido Peter estaba bien tranquilo con la seguridad de los negocios de la familia Winter. A veces sentía resentimiento por el trato que Pauli había recibido de sus padres—. Pauli, cariño, te quiero. Te quiero.

**1932**

## «¿Qué es ese alboroto en la calle?»

En Berlín-Schöneberg, la tarde del domingo 10 de abril de 1932 fue horrenda. El cielo había estado encapotado todo el día, anocheció en seguida y la pertinaz lluvia bastó para disuadir a muchos de ir a votar en la segunda elección presidencial. Toda la ciudad estaba llena de carteles de propaganda electoral. Bajo la luz de las farolas se veían regimientos de retratos de Hitler y filas de cruces gamadas que brillaban empapadas por la lluvia. No había mucha gente por la calle, salvo reducidas patrullas de SA uniformados, que dejaban oír el ruido de sus botas claveteadas y a veces sus voces estentóreas cantando sus himnos, o buscando judíos para apalear o comunistas con quien pegarse.

En la elegante Haberlandstrasse, unas cuantas casas más allá del piso en que había vivido el famoso científico Albert Einstein, los Volkman se preparaban para una cena de gala. El anfitrión era Isaac Volkman, un hombre de treinta y seis años, calvo prematuro, y que debía haber sido muy guapo si no le hubiesen partido la nariz en un combate de boxeo en la universidad. No obstante, la malparada nariz y una cicatriz en la mejilla le daban un aspecto de púgil que muchos, incluida su mujer, encontraban muy atractivo. Pero Volkman no era un luchador profesional, sino un dentista famoso entre cuya clientela se contaban numerosos actores y actrices de cine y teatro de Berlín. Su especialidad eran unas cuidadísimas coronas y estaba dotado de manos de plata con las cuales, mediante mágicos trucos, convertía las bocas descuidadas de dientes torcidos y amarillos en perfecciones blancas y hermosas.

La señora Volkman —una mujercita de cejas cuidadosamente depiladas y boca sensual, muy dada a hacer pucheros— era doce años más joven que su marido y todavía encontraba algo cargante el papel de anfitriona. Por eso los Volkman llevaban muchas veces a sus invitados a un restaurante. Últimamente solían ir al recién reformado restaurante Traube de Leipziger Strasse, con jardines tropicales y mesas dispuestas en torno a un estanque con lirios, o al cercano Café Berlín, con su orquesta dirigida por Emil Schugalté,

quien, antes de la revolución, había sido uno de los más destacados estudiantes de violín del conservatorio de San Petersburgo.

Pero aquella noche los Volkman recibían en casa, en el apartamento en el que Isaac exhibía su magnífica colección de pintura y grabados de Feininger, Nolde, Grosz y todo tipo de curiosas obras dadaístas. Se rumoreaba que aquella magnífica colección explicaba que muchos artistas berlineses gozasen de una estupenda dentadura.

Pero Isaac Volkman no había recibido a sus invitados para que viesen su colección de arte. Estaba comprometido en una compleja maniobra de ingeniería social para tratar de restablecer la buena relación que había existido entre los hermanos Winter. Éstos no habían comido juntos desde la visita de Peter a Obersalzberg en las navidades de 1930. Si la operación fracasaba y sus dos amigos reaccionaban adversamente al forzado encuentro —él no los había prevenido— y se producía un lamentable enfrentamiento, era mejor que sucediese en su casa que no en un restaurante, delante de todo el mundo.

El razonamiento de nada sirvió para disipar los temores de su esposa Lily, pues ésta ya estaba más que preocupada preparando la cena, la mesa y por el hecho de que a las seis de la tarde aún no había llegado el pescado para el segundo plato; y lo que menos deseaba era una pelea entre sus invitados.

—Ah, Lily. Se me olvidó decirte que he invitado también a ese joven inglés paciente mío.

—Oh, Izzy... ¿Cómo se te ha ocurrido? —exclamó ella dando un pisotón de indignación.

—Es un joven muy agradable, y pensé que a Lottie le agradaría hablar en su idioma para variar.

—Hace horas que tengo ya arreglada la mesa.

—Sólo es un comensal más, Lily, cariño.

—El que haya un hombre sin pareja es peor que tener dos invitados más. No sé cómo voy a colocarlo.

—Cariño, no digas tonterías. Quitá esas flores.

—Izzy, me he pasado toda la mañana arreglándolas...

—Quedarán igual de bonitas en esa mesita supletoria.

—No tengo bastante comida.

—Tienes más que de sobra. Siempre encargas demasiada comida; el doble para los que invitamos. A veces pienso que en tu infancia debiste de pasar escasez.

—Izzy, ¿cómo has podido hacerme esto? ¿Tanto me odias?

—Cariño, ¿cómo puedes decir eso?



—Explícame cómo es para que no meta la pata.

—Pues vino a la consulta hace una semana, sufriendo. Tenía una fisura capilar en un incisivo superior e inmediatamente vi que era un raigón.

—Izzy, no tengo tiempo ahora para que me des una conferencia sobre odontología moderna.

—Es inglés, tiene veintitrés años, es de familia pobre...

—¿Se lo preguntaste?

—Tiene los dientes fatal. Padres pobres; no hay duda. Trabaja en Dornier. Es un joven muy listo y jovial. Hoy ha venido para que le hiciera la revisión final, y como tenía una anulación, estuve charlando con él. Y me vino el impulso de invitarle. Sé amable con él, Lily.

—¿Es que alguna vez no soy amable? Demasiado lo soy; eso es lo malo. Y así me va. Acabo casándome con un monstruo que va a hacer que me salgan canas. ¿Por qué no me telefoneaste para decirme que habría un invitado más? Podía haber invitado a Lisl Hennig. Su marido está dando un recital en Breslau y no volverá hasta el fin de semana.

—Ah, llaman. Alguien que llega muy pronto.

—Izzy, no tiene ninguna gracia que me pongas más nerviosa de lo que estoy. Es el pescado.

—Ya lo sé. Tienes horas por delante.

—Aún no sé qué voy a ponerme.

—Estás preciosa así, cariño —dijo él rodeándola con sus brazos.

—Izzy, estate quieto... no vaya a entrar algún criado.

El «experimento» del doctor Volkmann salió bien. Volkmann no era persona que intentase cosas así sin tener confianza en los resultados. Tenía la misma edad que Pauli, aproximadamente, y había sido compañero suyo en el batallón de asalto en las últimas semanas de la guerra; se habían vuelto a encontrar posteriormente y Pauli había sido uno de sus primeros pacientes, igual que Peter Winter, que acudió a su consulta poco después. Los contactos de éste con el mundo del teatro le habían procurado a Isaac algunos de sus primeros pacientes famosos. Por ello, Isaac Volkmann se sentía obligado con los dos hermanos, y las molestias que se había tomado para propiciar la reconciliación de aquella noche eran una muestra de su aprecio.

Los hermanos, con sus respectivas esposas, Lottie e Inge, estuvieron charlando y riendo juntos como si nunca hubiera habido entre ambos ningún contencioso por aquella visita a la residencia de Adolf Hitler. La mujer de Peter, Lottie, que acababa de cumplir treinta años, había prescindido del flequillo tan habitual en ella y llevaba bastante largo su brillante y ondulado

pelo negro; lucía un vestido amarillo mostaza de seda-crespón con bordados metálicos dorados, un atrevido color que sólo la exuberante Lottie era capaz de llevar con tanto estilo. Sin irle a la zaga, Inge, que mantenía su corte de pelo a lo *garçon* desde que se había puesto de moda, lucía un vestido negro sin mangas clásico con doble hilera de perlas auténticas. Peter estaba más delgado y su aspecto demacrado le favorecía. Con los años sus rasgos se habían afilado y tenía el rostro enjuto característico de los germanos. Estaba —como comprobó Inge— más guapo que nunca. Los dos hermanos vestían esmoquin, igual que el anfitrión, mientras que el inglés, derrochando excusas, venía con traje de calle; el más serio de los que tenía.

Con los espárragos del tiempo, la conversación versó sobre el nuevo filme de Federico el Grande. Otto Gebühr, que había interpretado ese papel en la comedia de la UFA *Das Flötenkonzert von Sanssouci*, iba a repetirlo en la película más seria titulada *Der Choral von Leuthen*. Según decía Peter, no es que el actor fuese una réplica exacta del monarca dieciochesco, pero era exactamente como todos los alemanes imaginaban al gran Federico. Pauli, con su característica actitud provocadora, dijo que Richard Tauber, el cantante del teatro Metropole, estaría mucho mejor en el papel de Federico el Grande. Y, por supuesto, fue Lottie quien sarcásticamente añadió que ella conocía a alguien capaz de representar el papel mejor que ninguno de los dos. Las risas cesaron. No tuvo necesidad de decir a quién se refería. Era el día de las elecciones, y aunque el nombre de Hitler no se pronunció en la conversación, estaba en la mente de todos los presentes.

—No ganará —dijo Pauli—. Es algo evidente hasta para el propio Führer, pero quedará demostrado que muchísimos alemanes le quieren como dirigente —añadió pasando la mantequilla a Lottie sin servirse él. Estaba engordando y aquella noche le había costado embutirse los pantalones.

—¿Cuánto calculas? —inquirió Peter—. ¿Un tercio de los votos?

Peter podía tomar mantequilla y cualquier cosa y seguir delgado. ¿Por qué la gente engordaría con tanta facilidad? Peter era larguirucho, y con su pelo largo, la corbata de lazo y el pañuelo de seda color azafrán en el bolsillo resultaba «artista». El pañuelo hacía juego con el vestido de su mujer. Era excesivo. Peter procuraba imitar a la gente de teatro con la que se codeaba. Su abuelo americano era igual: le encantaba que le confundiesen con un pintor.

—Sí, aproximadamente un cincuenta por ciento para Hindenburg, y el resto a los comunistas —dijo Pauli con tono monocorde carente de emoción.

—Me entran escalofríos —dijo Volkmann— de pensar que los nazis accedáis al poder...

—No tienes nada que temer, Isaac —dijo Pauli.

—¿Estás loco, Pauli? —replicó Volkmann—. Ante los grandes almacenes veo todos los días a vuestros camisas pardas con pancartas que dicen «No compréis a los judíos». ¿Cuánto tardarán en plantarse ante mi puerta diciendo «No vayáis a un dentista judío»?

—Son sólo pancartas —replicó Pauli, pero se le notaba incómodo.

—No son simples pancartas, Pauli; cuando hace una semana pasaba por Wertheims vi a unos matones de los camisas pardas pegando puñetazos a un par de clientes que pretendían entrar en el establecimiento —dijo Volkmann enrojecido; siempre se ruborizaba cuando se excitaba.

—Pues deberías haber acudido a la policía —dijo Pauli—. No queremos estar fuera de la ley.

—¿Cuándo se te van a abrir los ojos, Pauli? —dijo Isaac. Se había quedado callado con el cuchillo y el tenedor en el aire y los ojos muy abiertos clavados en su antiguo compañero del ejército, para mejor subrayar sus temores—. Allí había dos policías contemplando la escena y no intervinieron. Los alemanes ya no pueden confiar en su propia policía. Es trágico.

Nadie dijo nada y Volkmann se calmó y comió unos espárragos.

—¿Qué piensa usted de todo esto, señor Samson? —preguntó en inglés a su invitado.

Brian Samson era un joven bien parecido de pelo castaño ondulado y con la clase de bigote ralo y asimétrico que a veces se dejan los jóvenes. Habría sido muy guapo de no ser por el cutis rubicundo que suele afean a los ingleses. Vestía un traje gris de estambre muy británico; de bastante buena calidad —pensó Volkmann—, aunque le habría gustado decirle que aquel cuello duro, por muy blanco y nuevo que fuese, lo echaba todo a perder. No obstante, Volkmann era lo bastante cosmopolita para saber que la corbata de seda azul de Samson bastaba para definir al joven. Había conocido a muchos ingleses que aseguraban que los hombres que mandan en Inglaterra llevan corbatas a rayas o con dibujo, «corbatas de la vieja escuela», las llamaban los ingleses. Y Samson tenía manos de obrero, con cicatrices y callos, aceite y suciedad que parecían integrados en su piel y que por mucho que se las lavase no serían las manos de un caballero.

—No sé qué pensar, doctor...

—Isaac. Llámeme Isaac, como mis amigos...

—Yo soy mecánico, y el diseño, el cálculo de costes y la prueba de prototipos es lo máximo que sé hacer. Me gustan las cosas a las que se puede

aplicar el micrómetro y la regla de cálculo. No tengo tiempo, y menos aún inclinación, por la política.

Se produjo un barullo porque tres o cuatro comensales comenzaron a replicar a la vez; luego, callaron todos y soltaron la carcajada.

—Ya ve usted que todos tenemos una solución —dijo Isaac dirigiéndose a Samson—, pero distinta. Ésa es la pega de Alemania.

—Nunca he sido muy religioso —dijo Samson—. Mi madre era católica y mi padre protestante, así que acordaron el término medio de educarme como agnóstico... —añadió con una breve carcajada, cual si tal vez guardase cierto resentimiento a sus padres—. Por consiguiente, no entiendo la persecución religiosa de Hitler hacia los judíos. No sé qué esperan ganar con ello los nazis.

—No es una persecución *religiosa* —replicó Lottie—, sino racial.

—Explíqueme usted la diferencia —dijo Samson.

—En Europa se ha perseguido a los judíos desde hace siglos —dijo Lottie—; antiguamente, sin embargo, si un judío se convertía se le dejaba de perseguir. Pero Hitler no da cuartel. Hitler odia a los judíos por ser de raza judía, no por sutiles disquisiciones de creencias religiosas.

Se detuvo, y era evidente que lo hacía para no seguir hablando. Miró a Peter; siempre le preocupaba ponerle en un aprieto. Costaba saber cuánto le incomodaba y aún le remordía haberle obligado a abandonar precipitadamente en Navidad la casa de Obersalzberg. Peter le sonrió; sabía que aprovechaba la presencia del inglés para desahogar sus temores y su indignación, pero era mejor así.

—No lo deje ahí —dijo Samson—, explíquese, por favor.

Samson era un observador atento y experto y advirtió que Lottie estaba constantemente pendiente de su marido. No es que fuese tan evidente, pero Samson pensó que no había visto nunca a una mujer tan profundamente enamorada, y sintió un irracional arrebato de celos de Peter Winter, preguntándose si éste se daría cuenta de lo afortunado que era.

—El nazismo de Hitler —prosiguió Lottie—, igual que el fascismo de Mussolini, propugna una sociedad en guerra. Se pide a sus miembros que se sacrifiquen, obedezcan las órdenes y acepten toda clase de vilezas y privaciones porque la sociedad está en guerra. —Lanzó una rápida mirada en tomo a la mesa para observar la reacción de los demás. Todos la miraban, menos Inge, que tenía la vista clavada en el plato—. Nietzsche idealizaba al guerrero y decía que el único propósito del hombre era la lucha y el único objetivo de la mujer dar a luz guerreros. Para tragar esa basura uno tiene que

autoconvencerse de que se está en guerra, bajo la amenaza de un enemigo astuto e inmisericorde. La Alemania de Hitler, si llega, estará en guerra permanente con los judíos.

—Espero que se equivoque, señora Winter —dijo Samson.

Pauli se echó a reír. No podía aceptar seriamente aquella lucubración intelectual.

—No sé por qué os da por leer entre líneas. No atribuíis importancia a cada línea del manifiesto comunista ni os tomáis en serio las promesas y amenazas de los discursos socialdemócratas. Sólo a Hitler lo tomáis por el ogro, cuando Hitler es un político tan taimado como los demás. Sabe cómo ganarse a las multitudes y les dice lo que les gusta oír. Una vez que esté en el poder, hará lo que todos los políticos que han logrado su ambición: prescindir de todas esas tonterías. Será un buen canciller, el único capaz de defender a Alemania de las otras naciones.

—No sé por qué necesitáis que alguien defienda a Alemania —dijo Lottie—. A mi entender, las demás naciones tratan generosamente a Alemania.

—No seas ingenua, Lottie —replicó Isaac Volkmann, sonriente—. Mira el Tratado de Versalles y verás lo «generosamente» que nos tratan —añadió mirando a los demás buscando el consenso. Incluso Samson asintió con la cabeza.

—¿Y habéis olvidado las condiciones que Alemania impuso a Francia después de ganar la guerra franco-prusiana?

—Peores aún, sí, pero de eso hace mucho tiempo —replicó Lily Volkmann, cuya etapa de colegiala era más reciente que la de la mayoría de los comensales.

Lottie sonrió. Era exactamente lo que esperaba que dijese.

—Y ¿qué me decís de las condiciones que Alemania impuso a Rusia cuando dejó de combatir en mil novecientos diecisiete? ¿Y las enormes zonas de Rusia ocupadas por el ejército? Comparado con ese tratado, las condiciones de los aliados son indulgentes.

—Todo eso ya es historia —dijo el doctor Volkmann para cerrar la conversación—. Ya no tiene importancia.

—Sí la tiene —replicó Lottie, enardecida—. Los colegios alemanes tienen la culpa de todo. Los maestros no cesan de inculcar que los alemanes son una raza superior destinada a dominar Europa. Nada más acabar la guerra, el gobierno de Weimar fomentó que en los colegios se dijera que Inglaterra, Francia y Rusia obligaron a Alemania a ir a la guerra. En clase se presenta al

kaiser Guillermo II como un apóstol de la paz. Y de esa memez al antisemitismo hay un paso.

—Lottie, no exageres —dijo Inge.

—Sabes muy bien que no exagero —replicó ella sonriéndole amargamente.

La señora Volkmann pulsó el botón oculto de un zumbador para que acudiesen los criados a retirar el primer plato y servir el siguiente.

Para suavizar la emocional discusión política, Isaac Volkmann comenzó a plantear preguntas capciosas a su invitado inglés. Brian Samson les habló de su niñez. Era hijo único de una pareja de sirvientes en la finca de un barón inglés en las Midlands. Cuando el barón se compró un Rolls-Royce, a su padre le enviaron a Derby para que hiciese un cursillo de conducción y mantenimiento, puesto que en la época estaba incluido en el precio del vehículo ese complemento formativo para un criado del comprador. Al niño le maravilló la suerte del padre y acogió con apasionado interés el magnífico coche, de manera que cuando dejó el colegio, a los catorce años, sabía lo bastante para conseguir un empleo en el taller de la localidad. Luego había cursado estudios en la escuela nocturna y se había medio graduado en ingeniería, porque ante la oportunidad de obtener un empleo en el departamento de diseño de la fábrica de motores Diesel de Dornier, en Bodensee, había optado por posponer el examen final un año o dos. Ahora hablaba muy bien el alemán (y había aprendido bastante francés en sus viajes a Francia) y no sabía si regresar o no a Inglaterra.

—Si se harta de su empleo actual, Samson, venga a verme —dijo Peter Winter—. En la fábrica que la compañía de mi padre construye en Bremen necesitamos personal cualificado y tendría muy buenas posibilidades.

—¿De qué clase de trabajo se trataría, señor Winter?

Winter siguió separando la espina del lenguado a la parrilla, y luego, animado por la observación anterior de Samson de que no le interesaba la política, respondió:

—Motores de aviación. Modelos de mucha potencia, refrigerados por agua, cilindros en línea... inyección, pero de gasolina, no Diesel.

—¿Para cazas de las fuerzas aéreas? —inquirió Samson vivamente interesado.

—No hay fuerza aérea —respondió Peter sin levantar la vista del plato—. Lo prohíbe el Tratado de Versalles. Son motores para exportar a Suecia y a otros países.

—No tengo ninguna objeción en ayudar a Alemania a fabricar motores de aviación para la exportación u otro destino, señor Winter. Esos motores de que habla son exactamente en lo que trabajo actualmente. Le quedaría agradecido si me procura una presentación.

—Venga a verme —dijo Peter Winter entregándole una tarjeta—. Telefonéeme la semana que viene y mi secretaria le dará hora. Para el almuerzo, si le viene bien.

—Ah, estupendo —respondió Samson. No se hacía ilusiones respecto al almuerzo ni al empleo. Las empresas Winter se dedicaban hacía poco al diseño de motores de aviación y uno que hubiese trabajado en Dornier les serviría de fuente de información, incluida la de lo último que se traía entre manos la competencia. Peter Winter le sondearía durante el almuerzo. Así funcionaban esas cosas: era como el espionaje.

—Bien —dijo Peter.

Hasta aquel momento no había habido ningún indicio de que fuese el día de las elecciones, pero ahora llegaba desde la calle ruido de tropa desfilando y luego unos gritos. La Bayerischer Platz, al final de la calle, era el lugar de reunión preferido para los mítines y desfiles nazis.

—¿Se sabrán ya los resultados? —inquirió Lily Volkmann dirigiéndose a su esposo, que siempre lo sabía todo.

—Es demasiado pronto —respondió el doctor Volkmann.

Se oyeron más gritos, pero nadie se levantó de la mesa.

—Mañana me afilio a los socialdemócratas —dijo Peter Winter.

—Hemos tenido a los socialdemócratas desde que acabó la guerra, y ¿qué nos han traído sino millones de parados e inseguridad en las calles? —objetó Pauli.

—¿Qué es ese alboroto en la calle? —dijo Lily Volkmann, nerviosa.

—Parecen gritos —dijo Brian Samson.

El doctor Volkmann sirvió más vino y nadie dijo nada ni se levantó para mirar por la ventana.

## «¿Sé cómo se llama?»

Para Pauli, la cena con su hermano fue como un auténtico rejuvenecer. Al día siguiente Peter le telefoneó y le invitó a comer en el lujoso restaurante que Lutter y Wegener (dueños del famoso restaurante Gendarmenmarkt que databa del siglo XVIII) habían abierto en el extremo oeste de Berlín.

El almuerzo fue bastante modesto y sólo bebieron una botella de vino del Rin y algo de coñac francés, pero Pauli agradeció el poder charlar largo y tendido con su hermano. Le contó sus problemas en el trabajo; le habían trasladado de la sede central del partido a una oficinita oscura cerca de la estación Tempelhof, que le quedaba muy lejos de su domicilio en Pankow, y ahora que no tenía coche con chófer se pasaba a diario varias horas en tren. Tampoco tenía secretaria. Decían que todo aquello formaba parte de un programa para recortar gastos, pero Pauli había visto la orden en la que se citaba concretamente a Paul Winter como empleado que no requería secretaria ni ayudante. Había habido muchas quejas y la mayoría de los colegas de Pauli decían que aquellas directrices económicas eran cosa del doctor Goebbels, pero Pauli no lo creía. Naturalmente era Brand, que intentaba obligarle a que se marchase, o quizá esperaba que se quejase o hiciese alguna tontería para tomarse la revancha.

—Pues, por Dios, Pauli, déjalos —le instó su hermano—. Ya te encontraremos un empleo en la compañía.

—¡Otro abogado! Os sobran por todas partes; te lo he oído decir.

—Despediremos a algunos.

Peter siempre había sido inmisericorde en cosas así. No las veía desde el punto de vista moral, sino como simples cuestiones administrativas.

—No, eso no me gustaría. Gracias de todos modos.

—Entonces, ¿qué piensas hacer?

Pauli jugueteó con la copa de vino antes de contestar.

—He estado pensando en todos los que conozco en la cúpula.

—Claro, vete a ver al Führer.

—No, no podría...



—Pauli, era en broma.

—Ah, claro.

—Pero ¿cuánto va a durar eso, Pauli? Esos escándalos van a hacer caer a Hitler. Habrás leído las cartas de Röhm que publicó en marzo el *Münchener Post*... ¿No irás a decirme que eran falsas?

—No; Röhm es un homosexual empedernido y no lo oculta.

—Y ahora *Vorwärts* publica un artículo sobre una conjura para asesinar a Röhm. Parece una casa de locos; como si las SA estuvieran al mando de asesinos, lunáticos y homosexuales. No sé cómo puedes estar con esa gente...

—No creas todo lo que lees en los periódicos, Peter.

—¿Qué vas a hacer?

—Mira, conozco un militar en Munich que dicen que tiene influencia con Röhm y otros gerifaltes de las SA. Le conozco bien. Mañana voy a tomar el tren.

—¿Sé cómo se llama?

—No —contestó Pauli con mala conciencia, porque Peter conocía muy bien su nombre.

## «Él y muchos más»

Pauli había vuelto a entrar en contacto con el capitán Graf con ocasión de una carta que llegó a la sede central del partido en Berlín pidiendo que le remitiesen a su dirección de Munich una serie de libros de una lista adjunta. El funcionario que autorizaba el pago de tales demandas requirió el visto bueno del pedido porque los libros eran muy distintos a los que solían solicitar las unidades de las SA. El capitán Graf quería antiguos libros de texto editados por el ejército del kaiser. En la lista figuraban manuales tales como *Forraje y abrigo para caballos de combate y acémilas en condiciones de servicio activo*, *Construcción y mantenimiento de letrinas de campaña*, *Órdenes de desfile para oficiales de infantería* y *Operaciones de la división: exámenes para instrucción de oficiales*.

Las noticias sobre el capitán Graf —antiguo camarada de armas y comandante en el Freikorps— siempre interesaban a Pauli Winter, y no pudo evitar advertir que el visto bueno al pedido del capitán lo daba una carta oficial del jefe de personal de las SA. Decía el escrito que el capitán Graf realizaba un trabajo de suma importancia y se le debía procurar cualquier libro o materiales que solicitara; y lo que era aún más singular, la carta la firmaba no sólo el secretario de Röhm, sino que éste había también estampado su firma.

Pauli se fijó en la dirección y, diciéndole a Inge que tenía que ir a Munich «por negocios», tomó el coche-cama del tren que llegaba a la estación central de Munich a las ocho de la mañana.

Pauli no solía ser persona que se preocupase en exceso, pero la tensión de los últimos meses le había hecho engordar unos seis kilos. Pauli era de los que pican entre comidas y comen cada vez más en situaciones de tensión. Debido a aquellos kilos de más, vestía sus pantalones bombachos *Tracht* de loden verde y una vistosa chaqueta que siempre le había venido grande.

Los *Tracht* eran lo idóneo para un viaje a Baviera. Cualquiera que vistiese el traje local era bien recibido en el sur. Era la indumentaria adecuada para

cualquier actividad: trabajo o boda; y Pauli, nacido en Viena, tenía un inalienable derecho a tal atuendo.

Salió de la estación de Munich y vio que hacía una mañana espléndida y nítida, con ese viento frío de los Alpes que tan imprevisible hacía el tiempo de la capital de Baviera. Normalmente, Pauli se habría dirigido a la Casa Parda —antiguo palacio Barlow, ahora sede central del partido—, pero la noticia de su presencia habría llegado a Brand, y eso quería evitarlo. Tenía que ser una visita estrictamente privada; ni siquiera Inge sabía a dónde iba. Era en el barrio de Giesing, un antiguo pueblo absorbido por la ciudad. Al final de la calle había un puentecito sobre un arroyo y un par de granjas, ahora ensombrecidas por los grandes bloques de apartamentos del siglo XIX. Pauli abrió la cancela de uno de los mugrientos edificios y entró en un portal oscuro de paredes recubiertas de azulejos verdes rayados. Se abrió paso entre una docena de bicicletas que casi formaban una maraña y cruzó las puertas que daban a una escalera con poca luz.

Localizó el nombre de Graf en uno de los veinticuatro buzones y subió la escalera. Estaba sin aliento cuando llegó al último piso; muy distinto a sus tiempos en el ejército, en que corría cinco kilómetros antes de desayunar con auténtico placer. Tocó el timbre y esperó. Se oyeron voces detrás de la puerta y le hicieron aguardar un buen rato. Pauli miró por la sucia ventana; se veía el patio con una fila de cubos rebosantes de basura y un perro inquieto.

—¿Qué desea? —Era un atractivo joven rubio quien había abierto la puerta—. ¿Cuál es su nombre? —El joven llevaba pantalones de cuero y una camisa estilo bávaro. Estaba prohibido el uniforme de las SA.

—Winter. Teniente primero Winter. He telefonado.

Inmediatamente se dio cuenta de que habría debido decir su rango honorífico de las SA, pero era lo bastante esnob para seguir prefiriendo el grado militar. Y, a juzgar por la placa de la puerta, igual sucedía con el capitán Graf.

—El capitán le espera. Pase. Es la tercera puerta a la derecha.

Pauli recordaba al capitán Graf como hombre de acción, un hombre con el que había realizado varias marchas, junto al que había luchado; un comandante duro, implacable y cruel que imponía el mando por temor y combatía inmisericorde. No esperaba verle en aquel marco.

La amplia habitación tenía las paredes llenas de libros: centenares, quizá miles, colmando unas rudimentarias estanterías y apilados en el suelo. Graf estaba sentado detrás de un anticuado escritorio tallado, rodeado de montones de volúmenes. Había algunos libros abiertos para consulta y otros con tiras de

papel como señal entre sus páginas. Ante él tenía un cuaderno de páginas intercambiables en el que escribía. De la habitación anexa llegaba el teclear de una máquina de escribir.

Graf miró impertérrito a Pauli antes de saludarle. Los *Tracht* que Pauli había elegido como atuendo eran significativos. En aquellos tiempos los vestían los hombres y mujeres partidarios de la autonomía de Alemania meridional. El traje se había convertido en un símbolo patriótico y tradicional de la vida rural y los nazis eran muy dados a poner de relieve tales valores.

—¡Winter! Siéntese. ¡Quite esos libros de la silla! Me alegro de verle. ¿Café o schnapps? ¿O las dos cosas?

Graf seguía siendo aquel hombrecito de cara de hurón, pero ahora aquel rostro curtido tenía arrugas y su torso acusaba el encorvamiento. Se quitó las gafas de montura dorada y las dejó en el escritorio. Calzaba botas altas de cuero brillante y cazadora ajustada. Habiendo vestido uniforme toda su vida, no se habría sentido cómodo de otra manera.

—Las dos cosas —dijo Pauli.

—¡Hans! —gritó Graf—. Café y mi botella. —Observó a Pauli desplazar los volúmenes para sentarse—. Está gordo como un cerdo, Winter. Ejercicio. Hay que hacer ejercicio. Está fondón. Todo el mundo está demasiado fondón en estos tiempos.

—Tiene razón, mi capitán.

—Media hora cada mañana. ¡Mire estos músculos! —dijo tensando el brazo y volviendo a mirar a Pauli—. Dios mío, Winter, está fofo. Es una pena.

—Sí, mi capitán. He venido a consultarle y sé que está usted muy ocupado.

—¿Ah, sí? «Muy ocupado». ¿Y qué más sabe?

—Que el jefe de estado mayor ha cursado órdenes para que se le envíe lo que pida.

—Lo sé, lo sé. Hablé con él por teléfono. No tolero que ningún mierda de chupatintas cuestione mis instrucciones. ¿Le dio usted una patada en el culo?

—No trabaja conmigo —dijo Pauli—. Yo estoy en el departamento jurídico.

—Bah —exclamó Graf—, telefoneé directamente al jefe. Conozco a Röhm desde que era niño. Le podría contar unas cuantas historias... No lo haré, pero podría. Yo le castigué a diez días de calabozo. Bueno, de eso hace mucho tiempo.

Trajeron el café y el aguardiente en una bandeja de teca con un mantelito de lino, cucharillas de plata y un jarrito de leche. El joven que lo entró se

mostraba receloso y mantenía la vista baja.

—¿Azúcar, leche... schnapps frío? Bien —dijo Graf verificando la bandeja al estilo castrense—. Vete.

El muchacho salió sin decir palabra. Pauli estaba nervioso. Se lo diría en seguida.

—¿Conoce usted a un oficial llamado Heinrich Brand, que es Obersturmbannführer...?

—¿Que si lo conozco? Claro que lo conozco. ¡Un insolente malnacido! Lo sé todo de él. Empezó de soldado raso en un regimiento de caballería... Y algún imbécil le nombró oficial. Lleva buena carrera. De casta le viene al galgo, Winter. Siempre lo he dicho.

—Lo recuerdo.

—Brand. Un palurdo ambicioso. Claro que le conozco.

—Me está haciendo la vida difícil, capitán Graf.

—¡Un palurdo! ¿Quién le nombró oficial? ¡A ver, dígamelo!

—Ahora es Obersturmbannführer.

—El grado no tiene nada que ver. Es cuestión de influencia.

—Brand está vinculado al jefe de estado mayor.

—¿Ah, sí? —exclamó Graf, inquieto—. ¿Quién se lo ha dicho? ¿Sabe lo que estoy haciendo yo, Winter? Se lo voy a enseñar —dijo dirigiéndose a un armario y sacando un rollo de papel que enarboló ante Pauli—. En cuanto llegemos al poder, las SA quedarán incorporadas al ejército. Todos nuestros hombres se convertirán en soldados. El jefe de estado mayor me ha designado para que trace los planes de ese gran día —añadió desplegando el organigrama, que extendió sobre el escritorio sujetándolo por las esquinas con libros. Era un complicado esquema de las unidades del ejército alemán hasta el nivel de compañía, con su actual acantonamiento por *Wehrkreis* o regiones militares.

En la parte superior, en tintas de colores, figuraban los nombres y cifras de las unidades de las SA; a los *Standarten* de las SA se les habían asignado siempre cifras equivalentes a los antiguos regimientos del ejército imperial, y el organigrama de Graf mostraba cómo cada regimiento del ejército contaría con un nutrido contingente de camisas pardas para garantizar su lealtad al régimen nazi.

Graf se ajustó las gafas en las enormes orejas y clavó ufano el dedo en el organigrama.

—El Reichsheer<sup>[6]</sup> será ampliado para que cada regimiento cuente con un batallón corriente, *Allgemeines Bataillon*, y un batallón de camisas pardas —

dijo desplazando el dedo por la hoja—. Las disposiciones relativas a la oficialidad son algo más complejas. En definitiva, los oficiales de los camisas pardas estarán representados en todas las armas, pero de momento los cuerpos técnicos, ingenieros, artillería y Panzers seguirán siendo monopolio de los oficiales con instrucción del Reichsheer.

—¿Y el Führer está de acuerdo con esto? Yo creía que había prometido a los generales que serían los «únicos portadores de armas».

—¿El Führer? Vamos, muchacho, ¡despierte! Las SA son cuatro veces mayores que el ejército, casi medio millón de hombres. No tenemos que hacer ninguna reverencia a los militares, ni al Führer. Nosotros somos el nuevo ejército del nacionalsocialismo. Cuando el pequeño austríaco llegue al poder será porque le hemos puesto nosotros.

Pauli reprimió un estremecimiento. Ya había oído hablar de esas cosas, y a pesar de que Ernst Röhm era un soldado intrépido y un oficial competente, la idea de que aquel homosexual regordete con el chirlo en la cara y sus modales groseros fuese el comandante en jefe del ejército alemán era impensable.

—¿Eso lo dice Röhm? —inquirió.

—¿No será usted un maldito espía, verdad, Winter?

—No, claro que no, capitán Graf, pero no sabe cómo me sorprende todo esto.

—Y sorprenderá a más de uno en Berlín, ¿eh? —dijo Graf con un guiño.

—¿Y Brand?

Graf miró un instante a Pauli dudando en confiárselo.

—Ya nos ocuparemos de Brand. No se preocupe por el amigo Brand. Está en la lista.

—¿La lista?

—La lista de enemigos, muchacho. No se hace la tortilla sin romper los huevos. ¿Había oído esa expresión? Sí, Brand es uno de ellos. El jefe de estado mayor mantiene a Brand en ese puesto para tenerlo vigilado. Sabemos que Brand informa a su maldito Führer de todo lo que ve y oye —añadió Graf contemplando el organigrama, muy ufano e interesado.

—¿Van a matarlo?

Graf alzó la vista.

—No hay más remedio. Está decidido en las altas esferas. A él y a otros muchos como él.

—¿Cuándo?

—¿Cuándo...?

—¿Cuándo será eso? —insistió Pauli.

—Cuando asumamos el poder —respondió Graf, quitando los pesos del organigrama y volviéndolo a enrollar.

—¿Este año?

Graf se encogió de hombros.

—Yo no soy político. Pregúntele a su amigo Esser, que es uno de los gerifaltes.

—¿Ve usted a Fritz? —inquirió Pauli. Era una pregunta que en el fondo quería decir «¿conoce Fritz Esser los planes de Röhm para apoderarse del ejército sin importarle lo que digan o hagan los demás?».

—¿A Esser? Hace años que no le he visto —respondió Graf rascándose pensativo la cabeza—. Me debe un par de favores. Espero que lo recuerde.

—Fritz nunca olvida a un amigo.

—Yo no soy amigo suyo —replicó Graf con pedante precisión—. Pero me debe favores.

—Brand me está haciendo la vida imposible —insistió Pauli.

—Podría hablar con Röhm, pero detesta ese tipo de quejas.

—No, no diga nada a nadie; yo sólo quería su consejo.

—Aguante. Ése es mi consejo. Brand y sus compinches desaparecerán de su vida para siempre al mes siguiente en que accedamos al poder. Aguante, muchacho.

—Sí —contestó Pauli dispuesto a hacerlo. Respetaba el consejo de Graf y necesitaba a alguien a quien recurrir: en la escuela de cadetes, cuando Peter no podía ayudarle, confiaba en Alex Horner, en asuntos del partido solía tratar con Fritz Esser, y en este caso, como Esser no podía ayudarle, recurría a Graf. Admiraba a los hombres seguros y decididos. Ojalá él fuese así, pero era muy agobiante ser decidido, y los decididos se buscan muchos enemigos. Él prefería seguir la corriente; la vida era demasiado corta para tomársela en serio. ¿Cómo era aquello que decían sus hombres durante los terribles combates de 1918? «Si te lo tomas demasiado en serio no saldrás de ello vivo». Por eso los soldados rasos no querían ascensos; era más fácil ser soldado y vivir al día cumpliendo órdenes, sin tener los problemas que planteaba la obligación de adoptar decisiones. ¡Qué demonio, claro que aguantaría!

—Tómese el café, Winter.

—Veo que está usted ocupado, mi capitán.

—Pero no como para no poder charlar un rato con un antiguo camarada. Tómese el café.

—Luego me marcharé para que pueda trabajar.

Estuvieron sentados unos minutos en extraño silencio; luego fue Graf quien habló.

—Aquel hombre de la puñalada...

—Hauser. El mayordomo de mi padre.

—¿Está bien?

—Muy bien. Sigue con mi padre.

—Había bebido mucho, Winter.

—Es cosa pasada, capitán Graf.

—Gracias a usted se ha olvidado, supongo.

—Está olvidado —insistió Pauli, molesto por la mención del antiguo incidente del navajazo en su fiesta. Apuró el café y el schnapps de un trago y se puso en pie.

Cuando estaba en la puerta, Graf añadió:

—Nunca olvido un favor, Winter. Déjeme ese Brand a mí. Hablaré con el jefe de personal.

—Gracias, capitán —dijo Pauli.

Tenía tiempo, y Munich era una de las ciudades medievales más bonitas de Europa. Fue dando un paseo; cruzó el río y se internó por el casco antiguo. Detrás de Marienplatz se estaba formando una manifestación nazi con sus grandes estandartes, pancartas y docenas de banderas con la cruz gamada. En un lado de la plaza abierta formaban los camisas pardas, con banda incluida; tras ellos, docenas de hombres y mujeres con el típico traje de encajes de la alta Baviera. Era corriente que los nazis aunasen su nuevo credo autoritario a signos sentimentales de su afición por las cosas naturales, tradicionales y rurales.

Pauli se desvió del lugar para no encontrarse con alguien conocido. Bajó hasta el Viktualienmarkt: le gustaba el olor de la fruta y las verduras, y allí había tenderetes abiertos en los que vendían cerveza y gran cantidad de buenas salchichas. Era casi la hora del almuerzo y el sol era agradable. Se sentó ante una mesa de hierro y pidió *Maibock*, la cerveza negra muniquesa que se hace en mayo y salchichas con pan de centeno.

Estaba comiendo tranquilamente y contemplando a las chicas que paseaban por la plaza del mercado, cuando oyó decir a sus espaldas:

—En Munich se pelan las salchichas antes de comerlas, Winter, viejo camarada.



—¡Koch! —exclamó Pauli. Era Lothar Koch, su sargento primero de la compañía de asalto, luciendo un elegante abrigo de cuero negro y un sombrero tirolés. Ya no era aquel jovenzuelo con acné; se había hecho un hombre de mirada triste de treinta y tantos años, con una gran nariz bulbosa, pobladas cejas negras y bolsas oscuras bajo los ojos.

Se dieron la mano y el rostro de Koch se iluminó con una sonrisa que dejó ver un molar de oro entre sus sanos y blancos dientes.

—¿Qué haces en Munich? ¿No vivías en Berlín?

—Viaje de negocios. Vuelvo en el tren de la tarde. ¿Y tú?

—Hace más de cinco años que vivo aquí. Trabajo en el partido —dijo Koch, evitando la palabra nazi, como hacían muchos por entonces, y sentándose sin que Pauli se lo indicase. Koch no era nada puntilloso en urbanidad.

—Yo también —dijo Pauli, tranquilizado por no tener que aguantar una carga que a veces dificultaba las relaciones sociales.

—Lo sé. He oído hablar de ti. Yo estoy con el Sicherheitsdienst Reichsführer de las SS —dijo sonriendo como si fuese un trabajo inadecuado para él. El Sicherheitsdienst o SD era el nombre oficial del servicio de seguridad privado del partido nazi.

—¿Y qué haces, Lothar?

En aquel momento llegó la camarera y Pauli pidió salchichas para su amigo.

—Trabajo para un joven campeón de esgrima llamado Reinhard Heydrich. ¿Le conoces? Uno que era demasiado joven para ir a la guerra... es de esos jóvenes lunáticos que piensan que se han perdido algo. Ya sabes cómo son; Alemania está llena de ellos.

—¿Y qué es ahora? —inquirió Pauli.

Les trajeron las salchichas, con cerveza, pan y la mostaza especial dulce y oscura.

—Mi superior pertenece a la jefatura del Reichsführer Himmler; tenemos una oficinita en el veintitrés de Türkenstrasse, aquí en Munich, y como el gobierno ha prohibido las organizaciones nazis, oficialmente nos denominamos Presse und Informationsdienst.

—¿Y oficiosamente? Bueno, ¿qué es lo que haces, Lothar?

—Mi admirable «Reini» convenció al Reichsführer de que toda la organización está infestada de infiltrados comunistas y de la policía y nos dedicamos a localizar elementos indeseables dentro del partido. Descubrimos a los comunistas y llevamos un archivo con los sospechosos —dijo riendo y

pinchando una salchicha del plato con agua caliente, que a continuación peló hábilmente y comenzó a comer. Lothar había sido siempre un comilón entusiasta: era raro que no estuviese gordo. Quizá tenía muchas preocupaciones, pensó Pauli; pero no tenía aspecto de ser persona que se preocupase. Triste, quizá, pero no preocupado.

—¿Tantos espías hay dentro del partido? —inquirió Pauli.

—Si Reini Heydrich quiere que los haya, yo se los doy —contestó Koch.

—Vamos, Lothar, seriedad.

—Lo digo en serio. Por Dios, Pauli, ese Heydrich acaba de ingresar en el partido y en cuestión de nada entra en la jefatura del Reichsführer y, bueno, a partir de ahí ya es imposible seguir sus ascensos. Anoche se recibió un télex diciendo que a partir del diecinueve de julio se le nombra jefe supremo del SD con el rango de Standartenführer, con efecto oficial diez días después. ¿Te imaginas lo que ganará? Y ahora, para remate, está haciendo un viaje para visitar las oficinas del SD en todo el país.

—¿Cuántas oficinas tenéis?

—Bah, un puñado de confidentes aquí y allá —respondió Koch metiéndose un trozo de pan en la boca sin dejar de hablar—. Un simple pretexto de Reini para hacer una excursión: mujeres, hoteles de lujo y buenos restaurantes a cuenta del partido —añadió comiéndose un trozo de salchicha.

—¿Y se lo consienten?

Lothar tenía la boca llena, pero sonrió.

—¿Quién va a decirle que no? ¿Tú? ¿O un oscuro funcionario del despacho del cajero? No. Ya sabemos cómo se hacen las cosas en el partido, Pauli, ¿no? El que se interponga en el camino de esta apisonadora se verá incluido en un archivo y al borde del agua, muy caliente además.

—¿Qué agua caliente?

—No me refiero a un baño con sales. Reini sabe como tratar a sus oponentes: eso sí lo sabe. —No había servilletas y Koch metió la mano en el bolsillo y se quitó la mostaza de los labios con el pañuelo.

—Qué barbaridad —dijo Pauli.

—Es un cachondeo —prosiguió Lothar—. El cachondeo más grande que he visto desde que al cabrón de Woermann le alcanzó un tiro en tierra de nadie, ¿te acuerdas?

—Sí. —Claro que se acordaba; de aquello y de otras mil pesadillas, pero nunca le había hecho gracia recordarlo.

Desde Marienplatz llegó el sonido de la banda de los camisas pardas. Comenzó a tocar una vigorosa marcha bávara del tiempo de la monarquía

para congregarse a la multitud: viejos y jóvenes. Después atacarían los solemnes himnos nazis y al final las canciones sentimentales, creando un ambiente de respeto para los discursos. Y luego, al final, las melodías alegres y pegadizas para pasar las huchas de la colecta. Todo estaba minuciosamente previsto.

—Maldita sea, Pauli, relájate, hombre. Si eso del promedio fuese cierto, no estaríamos aquí. Seríamos estiércol en tierra francesa. Si esos cabrones imbéciles quieren espiarse unos a otros, yo no digo nada. Y la paga es buena.

—¿Ah, sí? —comentó Pauli.

Koch se echó a reír de nuevo y enarboló un dedo ante la nariz de Pauli.

—Mucho más del doble de lo que habría ganado si me hubiese quedado en la policía de Munich; y era inspector. —Así que era policía... Eso explicaba aquella manera de devorar la comida: los policías comían sobre la marcha por imposiciones de su trabajo—. Tú eres abogado, ¿verdad?

—Sí —contestó Pauli.

—Reini busca un abogado. Hace una semana me lo dijo. Después tendremos una buena oficina en Berlín. Si sigues mi consejo, ahí podrías tener un buen cargo.

—No estoy muy seguro de poderlo conseguir.

—No seas tonto. Nadie mejor que tú. Tienes experiencia ante los tribunales, no eres un abogado de bufete y estás al corriente de la realidad.

Pauli asintió con la cabeza y se preguntó cómo sabría Lothar Koch tanto sobre su persona.

Como si le leyese el pensamiento, Koch añadió:

—Te he visto más de una vez actuar en los juicios cuando me enviaban de servicio a Berlín. Eres muy inteligente, Pauli. He visto cómo te desenvuelves y eres rapidísimo.

—¿Y en qué consistiría mi trabajo?

—Mira lo que te digo: en casi nada. A Reini se le abren las carnes de pensar que pudiese caer en manos de uno de esos abogados liberales que actualmente se dedican a crear problemas a todo el mundo. Quiere que todo sea legal; ah, sí, sí, él sí. Ahora nos llevan los asuntos los abogados de la Casa Parda, y eso es una seguridad para no fiarse. Queremos tener un abogado propio que nos supervise y avale los planes. Serías nuestra tapadera legal.

—No me parece mal.

—Más fácil que pelar una salchicha, viejo camarada. ¿Quieres que le dé tu nombre a Reini cuando vuelva exhausto de su olimpiada femenina?

—Sí, gracias, Lothar.

—Estarás más a gusto con nosotros, Pauli. Más divertido y con más libertad. A ti no te va eso de trabajar con esa morralla de los camisas pardas ni esos tíos raros estirados del partido.

Siguieron tomándose otra cerveza, charlando de los viejos tiempos. De las trincheras de 1918 y de los amigos que habían perdido en ellas.

—Ahora tengo que irme si no quiero perder el tren —dijo Pauli mirando el reloj de bolsillo.

—Te acompaño hasta la parada de taxis —dijo Lothar Koch.

Cruzaron la plaza del mercado, y al despedirse, Lothar Koch dijo:

—No te arrepentirás de trabajar con nosotros, amigo; tú eres de los nuestros.

De pronto la banda de Marienplatz dejó de tocar y se produjo una breve pausa antes de iniciarse el siguiente discurso. Tenían amplificadores y altavoces, y desde tan lejos la voz llegaba distorsionada en una incomprensible vibración de sonidos en la que sólo se distinguían algunas palabras.

—Lothar —dijo Pauli dejándose llevar por una súbita idea—, ¿sabías que yo iba a venir a Munich? ¿Me has estado siguiendo? ¿Me has seguido desde la estación hasta el sitio a donde fui y luego hasta el *Viktualienmarkt* antes de saludarme?

Lothar se echó a reír y esta vez Pauli le vio dos dientes de oro.

—¡Así me gusta, Pauli, viejo camarada! Ya te dije que con nosotros te encontrarías a gusto.

**1933**

**«Pensamos que, indudablemente,  
algo se está cocinando»**

—A veces pienso que he desperdiciado mi vida —dijo Alan Piper. Aunque ya había cumplido sesenta años, conservaba su rostro rosado de niño y aquellos ojos inocentes que en Oxford le habían valido el mote de «Boy». Vestía un traje de mezcla de lana verde, la clase de atuendo anodino que un inglés de su condición viste en sus fincas más que en un despacho oficial de Londres. Piper ofreció un puro a su visitante—. La he echado a perder —insistió, marcando despacio las palabras con ese tono tan característico que los ingleses como él utilizan cuando no quieren que lo que dicen se interprete absolutamente al pie de la letra.

Brian Samson aceptó agradecido el cigarro. Sabía que pocos agentes del montón tienen acceso directo al Control europeo, y menos aún se los invita a su despacho a charlar, ofreciéndoles un puro. Era un despacho agradable, aunque algo oscuro y amueblado con un estilo más propio de la consulta de un médico Victoriano.

—¿Desperdiciado, señor? —repitió Samson pasándole las cerillas y la cortadora. Piper cortó la punta del puro y se lo llevó a la boca.

—Porque los políticos no hacen caso de lo que les decimos, Samson. Ellos creen que estoy aquí sentado inventándolo todo.

Samson dejó escapar una risa nerviosa. Vaya, ésa era la máxima insubordinación a que podía llegar un jefe del MI-6.

—Seguro que no —replicó, vacilante.

—Sí, sí, Samson, eso es lo que piensan. —Ahora lo decía con tono más taxativo—. Por eso no hacen caso. ¿Verdad, Glenn? —añadió dirigiéndose a un personaje que fumaba en pipa sentado en un rincón.

—Ya lo creo —contestó éste sonriendo. Así que «el señor Rensselaer» era americano, pensó Samson; ya había advertido el acento en el momento de las presentaciones. Ahora lo veía claro: un vaquero de mediana edad de rostro

curtido y sonrisa desmadejada. Era más joven que Piper; un rostro amplio, huesudo y abundante pelo negro que comenzaba a encanecer en las sienes.

—Y ahora Hitler lo ha conseguido: ya es el canciller Hitler —dijo Piper—. Supongo que era inevitable.

—Sí —dijo Samson encendiendo el puro—, gobernará Alemania para siempre. No se lo quitarán nunca de encima. Pero era inevitable —repitió—. Él sabe cómo ganarse a la clase media alemana: los granjeros, los maestros, los médicos, etcétera. Los comunistas no pueden hacerse con esos votos.

—¿Por qué no me lo explica? —dijo Glenn Rensselaer—. Yo no acabo de entenderlo.

Samson se volvió para ver mejor al americano.

—La violencia se adueñaba de la calle. Las turbas, comunistas, nazis y agitadores, asolaban las ciudades buscando gresca. No existía seguridad. Y a las clases medias, y a mucha otra gente, lo único que les importaba era la tranquilidad para andar por la calle; por eso consideraban que sólo un gobierno nazi podía restablecer la ley y el orden.

—¿Y se ha restablecido? —inquirió Piper.

—Sí y no. En Berlín han nombrado a miles de afiliados al partido auxiliares de policía. Y desde luego han suprimido a los comunistas, pero casi todos los actos fuera de la ley los cometen sus millones de camisas pardas. Han organizado cárceles provisionales en viejas fábricas, almacenes y sótanos donde encierran a todos los disidentes, y a muchos los torturan hasta la muerte. Son ellos quienes hacen la ley y sólo obedecen al jefe de estado mayor Röhm.

—¿Y qué piensa hacer Hitler? —inquirió Piper.

—¿Quiere mi opinión sobre los hechos? —dijo Samson.

—Los hechos los tengo en su informe —contestó Piper—. Le he mandado llamar para que me dé sus propias impresiones.

Samson dio una chupada al puro.

—Desde que ha accedido al poder se ha movido más que los monos en una jaula. Por medio de decretos urgentes, Hitler ha prohibido las reuniones públicas y los periódicos, ha intervenido los teléfonos, violado la correspondencia, efectuado registros domiciliarios y qué sé yo. Pero sé por una fuente digna de crédito que, además, está haciéndose con el control de la policía política en todos los estados de Alemania para reunificarla bajo un mando único. Y eso es una maniobra para llegar al control absoluto. ¡Control absoluto!

—No conozco muy bien la constitución alemana —dijo Piper—, pero supongo que es ilegal.

—¡Claro que es ilegal! —añadió Samson—. Por eso lo hacen bajo cuerda. Ni el propio ministro del Interior, Frick, está al corriente de lo que sucede.

—¿Quién *está* al corriente?

—Himmler. Será el jefe de la policía política de toda Alemania.

Samson miró por la ventana. En la acera de enfrente había una preciosa casa de estilo georgiano y tras ella se veían las copas de los árboles de Green Park. Ya era invierno, cerca de las navidades, y los árboles no tenían hojas. Pronto habría fiestas, gorros de papel, dulces navideños, pavo y pudín regado con ron. De pronto sintió nostalgia: le habría gustado volver a vivir en Inglaterra; ya estaba harto de pensiones y hoteles baratos e interminables voces extranjeras.

—A lo mejor Himmler está actuando por cuenta propia —dijo Glenn Rensselaer.

—No creo, señor Rensselaer —replicó el joven—. Es el Gauleiter de cada estado el que tiene que dar la aprobación a esos cambios de las fuerzas de policía, y los Gauleiters son nazis veteranos, muy suspicaces y muy celosos de su poder. Sólo Hitler puede convencerlos de que se presten al cambio.

—Sí, y, en definitiva, también tendrá que aprobarlo Göring —añadió pensativo Rensselaer—. Sí, Hitler tiene que estar en ello.

—No se crea, señor, Röhm podría ganar; y entonces rodarían las cabezas de Hitler, Goebbels, Göring y Himmler. Röhm es muy enérgico y cuenta con millones de hombres que le apoyarían en contra de Hitler.

—Cuéntenos cómo obtuvo el empleo en las empresas Winter —dijo Piper, que ya había oído cuanto quería saber sobre las ambiciones de Röhm.

—Realmente fue pura suerte. Un dentista, un tipo francamente estupendo, me invitó a cenar y Peter Winter era uno de los comensales. Estaba también un abogado del partido nazi hermano suyo, de nombre Pauli, y fue precisamente él quien dejó escapar un par de observaciones que confirman mi información confidencial. Peter Winter me preguntó por mi trabajo, yo le solté lo de Dornier y mordió el anzuelo. Resultó fácil.

—¿Qué piensa de Peter Winter? —inquirió Glenn Rensselaer.

Samson reflexionó un instante antes de responder.

—Muy alemán. Aspecto germano. Autoritario, muy correcto y... ecuánime, diría yo. No es la clase de persona que engaña a cualquiera...

Boy Piper asintió con la cabeza. La descripción que hacía Samson de Peter podía corresponder a la que habría hecho de sí mismo el propio Samson.



Siempre sucedía lo mismo: el ser humano destaca en primer lugar sus propias virtudes cuando considera a sus semejantes. Pero Glenn quería saber más.

—Siga, siga —dijo.

—Sofisticado, individualista, quizá estrecho de miras en algunos aspectos —dijo Samson—. Habla estupendamente el inglés y su mujer es americana, naturalmente.

—¿Artista?

Brian Samson vaciló. Él no entendía de arte.

—¿Si toca el piano y cosas así...? Sí, me han dicho que es un fanático del teatro y que toca jazz al piano. Pero después de aquella cena sólo le he tratado en plan de trabajo.

—¿Y su mujer? —Ahora era Glenn Rensselaer quien preguntaba.

—¿La americana? Bien, ella es...

—Judía; efectivamente.

—Contó chistes estupendos durante la velada. Es una mujer muy inteligente. Y muy guapa. Y sabe mucho de historia; yo no discutiría con ella de política. Habló de los nazis sin pelos en la lengua; demasiado a mi entender. Su marido se mostró inquieto por algunas de las cosas que dijo —concluyó Samson mirándolos a los dos como si quisiera adivinar qué querían que dijese. No entendía por qué las preguntas se habían vuelto tan personales.

—Los nazis les van a hacer la vida muy difícil, ¿verdad, Samson?

—Insoportable, señor.

—Estamos pensando en un posible contacto con Peter Winter. Podría sernos útil. Él sabe muchas cosas que a nosotros nos convendría ampliar.

—¿Ofrecerle un trabajo en Inglaterra? —inquirió Samson.

—O en Estados Unidos. Tiene familia allí.

—Ah, sí. Me dijeron que su madre es americana.

Piper no negó ni confirmó la sugerencia.

—¿Cree usted que puede estar maduro? —dijo—. Usted ha trabajado con él. ¿Qué opina?

Samson fumó el puro durante unos instantes.

—Es muy fiel a su padre, señor. Podrá tomárselo como una traición a éste. Pero el régimen seguramente comenzará a agobiar a su esposa. Ella le ama, eso desde luego, pero ¿hasta qué extremo la quiere él?

—Ya entiendo —dijo Piper, al tiempo que Samson advertía que el americano se mordía el labio.

—Pero también existe una estrecha relación entre los dos hermanos, muy poco habitual. El mayor trata al pequeño con excesiva consideración. En

cualquier cosa que se planee habrá que tener en cuenta al hermano menor.

—Muy interesante, Samson. Le damos las gracias. —La reunión concluía y Samson se preguntó qué haría con el magnífico puro. Lo colocó cuidadosamente en el cenicero de cristal tallado antes de ponerse en pie y estrechar la mano a sus interlocutores—. ¿Ha conocido a los padres, Samson? —inquirió Piper sin poder contenerse antes de que Samson abandonara el despacho.

—Los he visto una sola vez, señor; cuando vinieron a la factoría de Bremen. El señor Harald fue a entregar los certificados a los que habían acabado el período de aprendizaje.

—¿Qué le parecen? ¿Vio a la madre, la americana?

—Un matrimonio muy agradable, señor —respondió Samson mirándolos de hito en hito. Piper parecía un tanto aturdido y el americano mostraba su sonrisa desmadejada.

—Gracias, Samson. Pásese el martes por la mañana. Quiero verle antes de que regrese.

Samson miró el puro, pero optó por no cogerlo.

Una vez que se hubo marchado, Glenn Rensselaer sonrió y dijo:

—Un matrimonio muy agradable. Te lo tienes bien merecido, Boy. Para ese joven no somos más que fósiles.

—¿Qué te ha parecido? —dijo Piper haciendo caso omiso del comentario.

—Un buen muchacho.

—Un muchacho así debería haber estudiado en la universidad. Dejó el colegio a los catorce años y se ha formado en las bibliotecas públicas y en la escuela nocturna. Es una verdadera lástima. Con unos estudios como es debido, estaría desempeñando mi cargo. Pero, tal como están las cosas, a menos que suceda algo extraordinario, puede considerarse afortunado si acaba abajo en Registro.

—Puede considerarse afortunado si logra sobrevivir —añadió Glenn Rensselaer—. Los nazis hilarán cada vez más fino y correrá mayor peligro. ¿Te has dado cuenta de lo que decía de la policía política? Le salía del alma, Boy.

—Lo sé, pero aún no puedo desplazarle de ahí. Es uno de nuestros mejores agentes y un experto ingeniero, compréndelo. Él encontraría empleo en sectores en que otros no podrían.

—Te agradezco que me hayas dejado asistir al encuentro.

—Ya sé que te marchas a Berlín la semana que viene. Concretamente quería que oyese lo de la centralización de la policía política.

—Eso no compete a mi departamento, Boy.

—Yo creo que sí, Glenn, porque, si mis informes son correctos, tu sobrino Paul Winter es uno de los abogados de las SS que trabajan en el proyecto.

—¿Ah, sí?

—Así que, si te enteras de algo que nos pueda servir...

—Claro, Boy, claro.

Típicamente inglés: nunca soltaban algo sin amarras. Glenn lamentaba a veces iniciar aquellos intercambios oficiosos de información. Si el Departamento de Estado se enteraba, le caería una buena.

—Pensamos que, indudablemente, algo se cuece; algo gordo. Sabemos con certeza que Röhm cuenta actualmente con un millón de camisas pardas en activo con paga y no menos de tres millones y medio de hombres en reserva. Es decir, cinco veces más que el ejército alemán. Queremos saber todo lo que haya que saber sobre esa nueva formación de las SS al mando de Himmler. ¿De qué lado se pondrán si se produce la crisis?

—*Okay, okay, okay.* Ya me enteraré de lo que se está cocinando. Y te informaré de ello.

—Te lo agradecería, hombre.

## «Me alegra volver en Berlín, hermanita»

Glenn contempló el salón reformado y con nuevo mobiliario de la casa berlinesa de los Winter. No quedaba ninguno de los muebles antiguos; todo era nuevo. Lanzó un suspiro. Pese a ser partidario del progreso, había cosas antiguas que le gustaban.

Estaban en navidades y el montón de regalos que había traído para toda la familia casi tapaba el árbol de Navidad del rincón. De la calle llegaba la música de una banda tocando villancicos y el tintineo de las huchas de colecta.

—Estás más joven y bonita que nunca, hermanita —dijo.

—¿Cuándo vas a traer a tu mujer y al pequeño Cyrus a Berlín, Glenn? Las fotos que nos mandaste me han dado ganas de conocerlos y abrazarlos.

—Se nos había ocurrido la tontería de viajar en el *Graf Zeppelin* a su regreso de la exposición universal de Chicago, pero había una lista de espera larguísima para obtener billete. La empleada nos apuntó, pero yo sabía que sería imposible.

—Glenn, habrías debido escribirnos. Harald sigue trabajando para la compañía Zeppelin y podría haberlo arreglado.

—Lo habría hecho, pero al saber que había estado enfermo no quise molestarle. Otra vez será. ¿Te has enterado que proyectan un nuevo dirigible para vuelos transatlánticos regulares? Imagínate; así podremos vernos a menudo.

—Sería estupendo, Glenn. Háblame más de papá.

—Ya te he contado todo. Lo llevaron al hospital aquella noche y le hicieron todos los análisis del mundo. El médico dice que está más fuerte que un roble y que vivirá por lo menos otros diez años; eso dijo. Naturalmente, tendrá que cuidarse y no fumar ni beber, pero por lo demás está muy bien, hermanita.

—Debe de estar encantado con un nieto a quien mimar.

—Claro, y Cyrus ha cumplido ya doce años. Papá le llevó a almorzar a un restaurante el día de su cumpleaños. Le llamamos «Cy», y papá dice que mimar a los nietos es la única venganza que se toman los padres.

—Cy... Me alegro que le hayas puesto el nombre de papá. Ha sido un detalle.

—Sí, a papá le encantó.

—Bret, el nieto de Dot, debe de tener siete años, ¿no? Igual que la Helena de Peter.

—Sería estupendo reunimos toda la familia...

—No me imagino a Harry cruzando el Atlántico ni aunque sea en un dirigible.

—Cuéntame lo de Harry. ¿Qué tuvo?

—Todo empezó con lo de los Fischer. El año pasado, después de las segundas elecciones presidenciales, cuando Hitler obtuvo la mayoría de votos, Richard Fischer decidió venderlo todo.

—¿Y marcharse de Alemania?

—Sí, para irse a París.

—Pero... ¿casa y todo?

—Sí, pero Foxy no podía hacerse a la idea. Tiene casi ochenta y dos años, un poco menos que papá, y no quiso abandonarlo todo.

—Pero ¿por qué querían marcharse?

—Por el régimen —dijo Veronica. Últimamente era la explicación a todas las desgracias que acontecían.

—Pero los Fischer son católicos. Lo eran ya antes de que naciera el anciano Foxy.

—Pero los nazis no razonan así. Si tus antepasados son judíos, tú eres judío.

—¿Y qué sucedió?

—Que no se marcharon y a Richard le detuvieron en agosto. «Fuchs» casi se muere del disgusto, y Harry recurrió a todas sus amistades.

—¿De qué acusaban a Richard?

—No se ha podido saber. Dicen que estuvieron interrogándole cuatro días.

—¿Y le soltaron?

—A cambio de traspasar todas sus propiedades a los nazis.

—Habrán sido millones...

—También se han quedado con los grandes almacenes Wertheims. Están expropiando bienes judíos en todas partes.

—¿Pero Richard está seguro?

—No lo sé. Volvieron a detenerle en septiembre. Dicen que le acusan de cambiar marcos por francos suizos, pero puede que sea un montaje. Lo hacen a veces; se inventan un delito y allá te las compongas para demostrar tu inocencia.

—¿Y ahora qué va a pasar?

—La pobre Fuchs está con unos familiares en el campo y de Richard no se sabe nada. La policía no dice si está o no en su poder. Tal vez se encuentre en el extranjero. Tenía unos primos en Inglaterra.

—¿Y no podría Pauli averiguar algo?

—No. Quien manda en la policía aquí en Prusia es Göring; Himmler, con quien trabaja Pauli, dirige la de Baviera. Peter fue hace tiempo a la dirección general de la policía en Alexanderplatz y dijo que quería actuar como abogado de Richard Fischer, para lo cual solicitaba verle, pero no consiguió nada. Temí que también Peter se viera en un lío.

—A Dios gracias que Lottie conserva su pasaporte americano. ¿Y la pequeña Helena? ¿Tiene pasaporte alemán?

—Glenn, sólo tiene siete años; de momento no hay que preocuparse por ella.

—Esta gente son maníacos —dijo Glenn.

—A los nazis les apoya mucha gente —dijo Veronica—. Bueno, eso es lo que me dicen. —Se sonrojó por su modesta crítica del nuevo régimen. Los nazis no eran como otros partidos políticos que habían accedido al poder; los nazis eran vengativos, despechados y terriblemente violentos. Incluso en Berlín, la gente con menos pelos en la lengua en seguida había aprendido a callarse. Por entonces, sólo extranjeros como Glenn y algunos de sus adversarios más temerarios se atrevían a decir lo que pensaban.

—Comprendo que Harry enfermase.

—Se sintió tan impotente, Glenn... Él siempre había sabido tocar las teclas necesarias, valerse de abogados o enterarse de las cosas, pero los nazis fomentan el misterio. Se puso enfermo, y el médico le dijo que declinaba toda responsabilidad si no guardaba reposo absoluto.

—¿Y ahora ya vuelve a trabajar?

—Hauser le lleva en coche al despacho hacia las diez y media, pasa allí unas horas y vuelve a casa a las tres. Para Peter es mucho trabajo.

—Pero las empresas tienen todas sus respectivos directores, ¿no? Peter podría tomarse unas vacaciones. Me dijiste que no ha salido desde hace años...

—Pobre Peter. Detesta el trabajo en la compañía. Antes Harry lo llevaba todo, pero hoy día son los directores los que tienen sus propias ideas en todo tipo de cuestiones. Y aunque Peter se esfuerza para que el consejo de administración apruebe lo que quiere Harry, muchas veces él mismo discrepa de su padre. A Peter lo que le gusta es tocar el piano, pero en septiembre el Ministerio de Propaganda de Goebbels instituyó una Cámara de Cultura con departamentos que controlan el teatro, la radio, la prensa, el cine y todo lo demás, y como Peter está casado con una judía y en relación con Brecht, y otros marxistas que han huido a Estados Unidos, seguramente le resultará difícil seguir en eso del espectáculo —dijo Veronica con un suspiro—. Al joven Hennig le ha ido muy bien con los recitales de piano, y muchos opinan que Peter tiene mucho más talento. Glenn, me gustaría que hablastes con él, a ver si logras convencerle para que se tomen unas vacaciones en Estados Unidos, sólo un viaje de descanso. A veces pienso que se le ha olvidado que somos medio americanos.

—Estando casado con Lottie, yo creo que sería difícil.

—Sí, tienes razón —contestó Veronica sonriendo—. Querida Lottie...

—¿Y Pauli? De Pauli no hemos hablado.

—Pauli... ¿Qué puedo decirte de él? Sigue siendo el mismo y no cambiará. Es el nene de la familia. Aunque no puedes imaginarte cómo ha cambiado al casarse. A Dios gracias, tiene a Inge, que le cuida.

—Pero vive en Munich, ¿no?

—El año que viene estará en Berlín. Con los nazis en el poder, todos sus despachos de Munich los trasladarán a Berlín.

—¿No me has dicho que la policía de Berlín la dirige Göring?

—Sí, pero todo va a cambiar. El próximo verano, el departamento de Pauli se encargará de la coordinación de todas las comisarías de la policía política y vendrá a Berlín. Ya me han pedido que les busque un piso. Será estupendo que vuelvan a estar aquí.

—La semana que viene voy a Friedrichshafen. Se va a hacer una revisión completa del *Graf Zeppelin* y tengo pensado pasar por Munich.

—Sí, ve a verle. A Pauli le encantará, Glenn. Él te aprecia mucho. Es un Rensselaer, y muchas veces pienso que tú le entiendes mejor que nadie.

—Me gusta el chico, hermanita, de verdad que me gusta —respondió Glenn mirando el salón. Habían desaparecido todos los antiguos muebles Bidermeier, sustituidos por modelos modernos. La sillería era baja y angulosa, con tapicería moderna; todo eran cromados y espejos, sobre una alfombra blanca, en la que uno temía constantemente dejar caer café o ceniza.

Imaginó que debía de ser idea de Harry. Harald Winter tenía a gala su gusto por el arte moderno. Desde luego, el salón no quedaba tan recargado, pero para él aquello no era Berlín; parecía más un chalet llamativo de la autopista de Nueva Jersey.

—Si al menos tuviesen un niño... Yo rezo por ello. A Inge la transformaría, y ¿verdad que Pauli sería un padre adorable?

Glenn asintió con la cabeza y se puso en pie. Sí, era cierto. Pauli, con sus trucos, sus bromas y su risa contagiosa, haría la felicidad de cualquier pequeño. Pensó que le habría gustado pasar más tiempo con sus dos sobrinos, pero ya no tenía tiempo. Ahora ya eran hombres que vivían su propia vida y de poco les serviría un tío, por muy buena voluntad que él pusiera. A veces había tenido la idea de traer a su mujer a Alemania para que pasase unas vacaciones, pero ahora no. No le gustaba el rumbo que tomaban los acontecimientos.

Miró por la ventana y vio la calle llena de gente. Ya tenían la Navidad a las puertas y todo estaba cubierto de nieve, menos los caminos abiertos en las aceras y en la calzada. Los tenderos tenían aire jovial; se los veía simpáticos, bien vestidos, activos. En el escaparate de una tienda de enfrente había un elaborado nacimiento, con un burrito autómatas que movía la cabeza. La única nota discordante era un camisa parda en la esquina de la tienda de ultramarinos Schachtmeister con una gran pancarta que decía: *Los auténticos alemanes no compran a los judíos.*

Pero Berlín no era un feudo de Hitler. Los berlineses habían visto demasiados farsantes y charlatanes para dejarse engañar. Y las promesas de Hitler de devolver la tierra a los campesinos no hacía mella en los obreros de las fábricas, que no hacía mucho se habían librado de la esclavitud aún peor de las faenas agrícolas no mecanizadas. Tampoco la idea nazi de nacionalizar las fábricas atraía a la población berlinesa, que veía en la capital el mediocre resultado de la gestión empresarial de los burócratas. Y si Berlín estaba dispuesto a sucumbir a las rosadas promesas de los políticos, sería a los de izquierdas, porque Berlín era «el Berlín rojo». Siempre lo había sido.

—Me alegra haber vuelto a Berlín —dijo Glenn.



**1934**

## «Gesundheit!»

Pauli contrajo aquella horrible gripe. Inge decía que era culpa suya por no abrigarse bien, pero el caso es que no se la quitaba de encima. Llevaba dos días con fiebre y habría debido quedarse en cama, aunque, por supuesto, Lothar Koch le hubiera echado la bronca. En cualquier caso, el único sitio en que no debía haber estado a las cuatro y media de la madrugada del sábado 30 de junio de 1934 era en la terminal de pasajeros de Oberwiesefeld, el silencioso, vacío y helado aeropuerto de Munich.

El hálito de los dos hombres se condensaba en la atmósfera nocturna.

—Ha despegado de Bonn a las dos —dijo Lothar Koch. Tras las dependencias del aeropuerto se veía una hilera de grandes coches. Los chóferes habían descabezado un sueño, pero los habían despertado y se dedicaban a desempañar con un trapo los parabrisas y a calentar motores.

Pauli se sonó y no contestó. A Koch no le importaba estar allí, porque estaba acostumbrado a trabajar de plantón en la calle y llevaba ropa interior de lana hasta las muñecas y los tobillos, aparte de su nuevo abrigo grueso de cuero negro. El cuero era lo único que resguardaba de aquel viento frío, y Pauli había decidido comprarse uno en la misma tienda en que Koch había adquirido el suyo. Tenía un forro de lana que podía quitarse, aunque a cuadros vulgares, no escoceses genuinos. Su nodriza escocesa le había enseñado a distinguir aquellas imitaciones; por eso, luego, había renunciado a comprárselo. Pero aquel día no le habría importado si el forro era bueno o no. Cualquier cosa le habría abrigado más que su gabardina.

—¿Estás seguro que también viene el Führer? —inquirió Pauli, acurrucándose contra un generador portátil, que poco le resguardaba del cruel viento—. ¿Cómo llegan tan pronto? No tienen que estar en Bad Wiessee hasta las once.

—Está pasando algo muy especial. Los télex no han dejado de funcionar en toda la noche —respondió Koch—. Estuve anoche en la Casa Parda poco después de la llegada de Sepp Dietrich con dos policías berlineses del departamento criminal; venía directamente de una reunión con el Führer y

dijo que llegan dos compañías de Leibstandarte de Berlín-Lichterfelde. ¿No te trae eso buenos recuerdos?

Pauli asintió con la cabeza y volvió a sonarse. El cuartel de Lichterfelde. Era curioso imaginarse a los LAH —Leibstandarte Adolf Hitler o guardia pretoriana de las SS— con sus uniformes negros ocupando la vieja academia prusiana de cadetes. Mil novecientos catorce: de eso hacía mucho tiempo. Él era entonces un niño, un niño en un mundo absurdo e inocente. Si entonces hubiera podido imaginar su destino...

—Sí, sí —añadió Koch—, los Leibstandarte llegan en tren a Kaufering, cerca de Landsberg am Lech. Sepp Dietrich va a recibirlos allí con un transporte para conducirlos a Bad Wiessee.

—Yo no veo nada especial en eso —dijo Pauli—. Los Leibstandarte son las compañías que garantizan la seguridad de la entrevista del Führer con Röhm.

—Röhm y todos los Obergruppenführer de las SA y los Gruppenführer y los inspectores. Se van a juntar todos los peces gordos de las SA —añadió Koch—. Mi amigo de la policía criminal me dijo que anoche el Führer estaba de muy mal genio.

Pauli asintió con la cabeza y estornudó en el pañuelo.

—Pero lo más importante —prosiguió Koch— es lo que sucedió el lunes, amigo. La Asociación de Oficiales Alemanes expulsó al capitán Ernst Röhm. ¡Lo expulsó! ¿Por qué el ejército toma sus distancias? Me imagino que esos cabrones saben algo que nosotros no sabemos.

—Pero que pronto sabremos —dijo Pauli, limpiándose la nariz. Además, le lloraban los ojos con aquel viento criminal. Se sentía fatal. Suciedera lo que sucediese, deseaba ardientemente que fuera cuanto antes para poder irse a su casa y meterse en la cama.

Se oyó un portazo y del edificio a sus espaldas surgió un chorro de luz amarillenta. De una puerta con la inscripción *Meteorología* salió un hombre con mono azul y cazadora de cuero a decirles que el avión aterrizaría al cabo de diez minutos. Poco después se encendían las luces de la pista, revelando una capa de neblina que las hacía parecer difusos dientes de león. Luego encendieron los potentes focos que iluminaban el punto de desembarque de pasajeros.

A continuación, de los edificios del aeropuerto salió un grupo que se puso a mirar el cielo hacia el noroeste. No se hablaban; permanecían como estatuas, quietos y en silencio. Reconocieron fácilmente a algunos componentes de aquel comité de recepción; casi todos personalidades de la

burocracia muniquesa que tenían una ficha densamente anotada en los archivos constantemente al día del SD de Lothar. Había un par de oficiales del ejército y altos cargos de las SA, las SS y el partido. Los únicos sin uniforme eran dos funcionarios del aeropuerto que no paraban de consultar el reloj.

Pauli fue el primero que atisbo el aparato en el cielo surcado de franjas púrpura. Era un gran trimotor Junkers que la Lufthansa había reformado especialmente para Hitler. Aterrizó suavemente y rodó hasta donde habían dispuesto la escalera de mano. Lothar Koch y Pauli Winter estaban muy alejados del comité de recepción. Ellos recibían órdenes del despacho del Reichsführer de las SS Himmler, porque la importancia del acontecimiento no era para menos. Mientras, Koch anotaba en un cuadernillo el nombre de todos los del grupo. Koch lo apuntaba todo; era casi una obsesión.

Se abrió la puerta del aparato y, conforme salieron los dos primeros pasajeros, el comité de recepción formó en fila, agitándose como reclutas que se preparan para un desfile y se disponen a situarse correctamente. El tercer pasajero —una figura con abrigo de cuero— se detuvo al bajar la escalerilla de metal para echar una mirada como un actor que hace su aparición en un nuevo decorado. Era el Führer —no había duda— y aun desde tan lejos se notaba que estaba nervioso. Tras él salió Josef Goebbels, cojeando y bajando los escalones con cuidado, luego, Otto Dietrich, jefe de prensa de Hitler, y a continuación —con una cartera de ministro bien sujeta bajo el brazo y distanciado de los demás—, Viktor Lutze, el jefe de las SA de Hannover.

El Junkers paró los motores uno tras otro y, en el silencio que siguió, Pauli oyó a Hitler decir a los oficiales del ejército: «Éste es el día más negro de mi vida. Pero iré a Bad Wiessee y haré un juicio severo. Díganse lo al general Adam».

Koch y Pauli sonrieron con soma. Ahora ya iban entendiendo lo que pasaba. Ambos sabían que el teniente general Wilhelm Adam, comandante de la VII división acantonada en Munich, era una fuente habitual de información respecto a las actividades de las SA. Si Röhm y sus hombres iban a ser objeto de algún castigo, el general Adam aportaría muy gustoso sus tropas para el caso. Sin duda era de él de quien Dietrich, el comandante de las LAH, iba a obtener los camiones.

Un hombre alto, con abrigo negro largo y casco con punta de las Allgemeine SS, se apartó del séquito de Hitler y se dirigió a ellos.

—¿Quién es el abogado? —preguntó. Llevaba los galones de estado mayor, una insignia que le identificaba como uno de los ayudantes con los

que formaban equipo las oficinas de Himmler.

—Yo —contestó Pauli.

—Pues más vale que empiece —dijo—. La guardia del cuartel general de Röhm puede bloquear la carretera. Más vale que tenga dispuesto lo que sea.

—Llevo documentación falsa —dijo Koch. Hasta Koch se mostraba deferente con aquel respetable personaje del despacho del Reichsführer.

—No aparquen junto a la pensión Hanselbauer. No queremos que se alarmen.

—Todo está preparado —contestó Koch—. Ya he elegido el lugar.

—Muy eficiente —dijo el hombre en un tono que igual podía haber sido sarcástico—. ¿Van armados sus hombres?

—Sí —respondió Koch.

—¿Y usted, abogado? —Al preguntarlo se volvió para ver adónde se dirigía el séquito de Hitler.

—Llevo una pistola —contestó Pauli.

—¿Y sabe usarla? —preguntó el ayudante. Era demasiado joven para haber participado en la guerra. Era característico de aquellos advenedizos portar un sable del ejército en lugar de una espada de las SS como prescribía el reglamento.

—Sí —contestó Pauli—, desde luego. ¿Va el Führer a Bad Wiessee? —añadió superando el temor que el personaje inspiraba a Koch.

El alto ayudante de las SS le miró con desdén.

—Más vale que se pongan en marcha —dijo, dándoles la espalda y uniéndose al séquito de Hitler, que ya empezaba a montar en los coches.

—No hagas preguntas —dijo Koch cuando ya iban por la carretera hacia el sur. Cada vez había más luz, y el cielo iba cambiando a ojos vista de rojo a rosa rizado como un tazón de nata cortada—. Es una de las reglas básicas.

—Es una regla totalmente idiota.

—Puede —dijo Koch, pensativo—, pero no deja de ser una regla. Si tanto querías saber adónde iba el Führer, podías habérmelo preguntado a mi.

—¿Ah, sí? ¿Tú sabes adónde van?

—Se dirigen al Ministerio del Interior de Munich. El Führer va a decirle cuatro cosas al ministro Wagner. Y después van todos a Bad Wiessee.

—¿Cómo lo sabes?

—Se lo pregunté a un chófer. Ese «mono» al que tú preguntaste no tiene ni idea, por eso se enfadó.

Pauli se echó a reír a pesar de lo mal que se encontraba. Le gustaba Koch. Koch lo enfocaba todo con pragmatismo; por eso había falsificado la edad

para incorporarse al ejército, y por eso había sido sargento mayor a una edad increíble.

—Y olvídate de eso de las barreras —añadió Koch—. La guardia del cuartel general de Röhm está en Munich. ¿Es que ése se cree que no hemos estado vigilando sus movimientos constantemente?

Bad Wiessee era un pueblo cerca de la frontera austríaca al que acudían los jubilados y los enfermos a tomar los baños de yodo. Cuando llegaron Pauli y Koch en el coche las calles estaban vacías. Bajo la luz sanguina del amanecer, las aguas tranquilas del lago reflejaban las montañas que lo rodeaban y la alta cumbre del Wallberg, que sólo durante unas breves semanas en el verano se encuentra sin nieve.

Aparcaron detrás del hotel Goldenes Kreuz, desde donde podían ver la carretera sin ser vistos. Bad Wiessee está a tan sólo cincuenta y cuatro kilómetros de Munich, pero a buena altura, y Pauli tiritaba de frío en aquel coche sin calefacción.

Inge les había preparado algo de comer con panecillos y un termo con sopa. La sopa le sentaría bien; la sopa de Inge siempre le reconfortaba. No había mucha, y se la repartieron en las tazas metálicas de excursión.

Durante un rato se dedicaron a comer en silencio sin quitar la vista de la carretera.

—Ahí vienen —dijo Koch. Eran las seis y media. Abrió la portezuela y tiró cuidadosamente la sopa que no había tocado; Pauli le habría matado.

—¿Dónde? —inquirió volviendo la cabeza hacia la carretera.

—¡Ahí! Vienen sin luces —contestó Koch.

Ahora los veía; eran tres vehículos que avanzaban despacio por el último tramo de la carretera.

—¿Dónde están Dietrich y sus Leibstandarten? —inquirió Koch, inquieto—. ¡Dios mío! ¿Pero dónde está? ¿Gimo vamos a proteger al Führer si entra ahí?

Los tres coches se detuvieron enfrente de la puerta de la pensión Hanselbauer. Alguien los debía estar esperando porque la puerta se abrió inmediatamente. De los coches saltaron unos hombres. Además del Führer y sus allegados, había seis fieles gorilas de la policía política de Munich.

—¡Vamos! —dijo Koch—. Ahora nosotros.

Pauli se tomó de una vez el resto de la sopa, que le quemó la garganta, y saltó del coche; sintió el frío viento procedente del lago. Siguió corriendo a

Koch, cruzaron el patio y entraron en el hotel con Hitler y su comitiva.

Los propietarios, un matrimonio, estaban levantados y vestidos. Quizá estuvieran preparando los desayunos para el hotel, plenamente ocupado. La mujer se quitó apresuradamente el delantal y quiso saludar solícita al Führer, cogiendo incluso el libro de registro, pero alguien la apartó de un codazo mientras Lutze se hacía con el libro y todos se lanzaban escaleras arriba. Todos habían sacado la pistola, hasta Hitler.

Comenzaron a dar fuertes golpes en las puertas: buscaban a Röhm. Se oyeron voces y gritos. «No, ahí no». Más voces. «Ahí tampoco está». Se oyó un golpe sordo de alguien o algo que caía al suelo. Muchos de los dirigentes de las SA estaban acostados con chicos jóvenes. Lutze vociferó el número de la habitación de Röhm, que leyó en el libro de registro que había arrebatado a la anciana. Ahora estaba claro el papel de Lutze: era el Judas.

Uno de ellos llamó a la puerta de Röhm diciendo a voces que tenía que hablar de algo urgente. Se hizo una pausa y la puerta se abrió de par en par. Röhm estaba en pijama y se le vio allí, quieto en el umbral, adormilado y parpadeando molesto por la luz. Hitler le llamó traidor y Röhm gritó: «No». Hitler dijo: «Vístete; quedas detenido». La voz le temblaba de emoción; Röhm era su amigo más antiguo, colega y partidario desde el primer momento, y seguía siendo el único que le tuteaba.

Röhm, con el rostro surcado por la cicatriz enrojecida de ira, le miró hasta que Hitler le dio la espalda y se puso a dar golpes en la puerta de la habitación de enfrente. La abrió el Obergruppenführer Edmund Heines; detrás de él había un joven desnudo sentado en la cama, con los ojos muy abiertos y buscando entre las arrugadas sábanas algo que ponerse. Lutze entró en el cuarto apartando a Heines y fue a abrir la cómoda y el armario en busca de armas, pero no había. Al margen de lo que los dirigentes de las SA hubieran estado haciendo, no había pruebas de sublevación armada.

Como Hitler no decía nada, Goebbels, su portavoz, voceaba al final del pasillo: «¡Nauseabundo!». «¡Asqueroso!». Pauli contemplaba la escena. Otto Dietrich, secretario de prensa, vio que le miraba y se encogió de hombros. Los dos tenían un cometido similar: a Pauli Winter le iban a pedir que justificase en términos legales aquel delirio y el secretario de prensa tendría que transformarlo en algo creíble para el público. Hitler trino «Sacadlo y fusiladlo», pero nadie sabía a quién se refería exactamente.

Pero Heines lo había oído y se volvió hacia Lutze diciendo: «Lutze, yo no he hecho nada. ¿Por qué no me ayudas?». Lutze, que seguía revolviendo en el armario, contestó: «No puedo hacer nada, no puedo hacer nada».

Koch se abrió paso por el pasillo. «Pauli, ven», dijo muy decidido como quien sabe a dónde va. Pegó una patada a la puerta de una habitación y entró en ella. Pauli le siguió, pistola en mano. En aquel dormitorio no había ningún SA, sino un muchachito en la cama: delgadito, muy joven, apenas un niño. Koch dio un tirón a las sábanas y el muchacho desnudo se encogió, tapándose la cara con las manos como quien espera un golpe. Koch dio la espalda a la cama y abrió el armario. Al principio parecía que sólo había ropa colgada, pero Koch gritó: «¡Fuera, fuera, cabrón!», y un hombrecillo encogido salió de entre las prendas.

Estaba totalmente desnudo. Un cuerpecillo blanco y arrugado en gran contraste con las manos y la cara, curtidas por el sol. Era Graf. Sin las gafas, tuvo que contraer los ojos para ver mejor a Koch y a Pauli.

—Winter —dijo con voz queda—, me imaginaba que era usted.

Pauli no dijo nada; por un instante los dos se limitaron a mirarse. Graf no se quejaría. Aun así, humillado y vencido, no pediría ningún favor.

—Venga, vístase —dijo Pauli, entregándole las gafas de montura dorada.

Koch observaba interesado la escena. Él ya lo sabía, naturalmente. Y Lothar Koch era incapaz de resistir la tentación de decir que lo sabía. Un fallo en un policía; quizá el único fallo de Koch.

Afuera en el pasillo alguien dijo: «Encerradlos en el sótano. Los llevaremos a Stadelheim». No se supo bien quién lo había dicho. Hitler estaba turbado por la emoción y casi no podía hablar. Quizá había sido Goebbels.

Pauli Winter y Lothar Koch siguieron en coche al camión que llevaba a los detenidos a la cárcel de Stadelheim. Tomaron el camino largo por el borde sur del lago, a través de Rottach-Egern y Tegernsee, pues habían tenido noticia de que los hombres de la guardia del cuartel general de Röhm estaban esperando en el itinerario previsto para rescatar a los detenidos.

Cuando llegaron a Munich, la ciudad ya estaba en actividad. Por todas partes se veían hombres armados. La sede central del partido nazi en Briennerstrasse estaba totalmente rodeada, no por camisas pardas de las SS, sino por tropas del ejército. También había soldados en la estación y policías de paisano a la llegada de cada tren, deteniendo a los dirigentes de las SA que acudían a la reunión con Hitler a las once.

En la cárcel, Pauli reconoció a los camisas pardas detenidos. Aquel día en el registro de la cárcel se inscribieron algunos de los apellidos más ilustres de Alemania, porque los SA contaban con partidarios en las alturas: Ritter von Krauser, Manfred von Killinger, Hans Peter von Heydebreck, Hans Heyn, Georg von Detten, Hans Joachim von Falkenhausen... Los rumores se



difundieron por la ciudad, nadie sabía qué hacer y en casi todos los rostros se reflejaba el miedo.

En el despacho del SD, Pauli Winter recibió una lista de nombres con direcciones. Él redactaba la orden judicial —una simple nota mecanografiada— para que Koch efectuase las detenciones. Faltaban coches de policía y tuvieron que tomar un taxi. Habían ya detenido a seis cuando hicieron una pausa para tomar un rápido almuerzo. Fueron a la gran cervecería de enfrente de la cárcel, que estaba llena de policías, casi todos con igual misión que ellos. La cárcel de Stadelheim, en el centro de Munich, estaba repleta y a los detenidos los estaban conduciendo a la antigua Real Factoría de Pólvora de Baviera, que se utilizaba como campo para los «enemigos del estado». Campo de concentración de Dachau, lo llamaban. Koch maldijo repetidas veces su mala suerte: Dachau estaba a diecisiete kilómetros y eso les iba a dar mucho trabajo.

Pauli se recostó en el asiento, agotado. La gripe le había debilitado y le costaba un esfuerzo ímprobo moverse. Se tomó un «caldo con yema» con la esperanza de recuperar algo de fuerzas. No era como la sopa casera de Inge, perfecta como todo lo que hacía. Quería a Inge, y la necesitaba, sobre todo cuando no se encontraba bien. Era una suerte tener una esposa tan estupenda y guapa. A veces refunfuñaba, pero en el fondo siempre hacía lo que él quería.

Koch, que parecía disfrutar con la excitación de la jornada, estaba contando historias con los policías de paisano de la sección política de la mesa de al lado. Uno de ellos dijo que a Viktor Lutze la habían nombrado jefe de estado mayor de las SA, así que las cosas se presentaban mal para Röhm. Corría el rumor de que las autoridades de la cárcel de Stadelheim habían encerrado a Röhm en la misma celda que había ocupado cuando le habían detenido por apoyar a Hitler en el fallido *putsch* de 1923. Si era cierto, resultaba una broma siniestra, pero era la clase de humor negro que complacía a los policías. Koch y sus colegas se partían de risa contándolo.

Y otra anécdota mejor era que los que habían ido a detener al doctor Ludwig Schmitt, un aliado de Strasser, el viejo adversario de Hitler, habían vuelto con el doctor Wilhelm Eduard Schmid, el conocido crítico musical del *Muenchener Neuste Nachrichten*. «Y —decía el policía que lo contaba— nada más llegar a Dachau, han ejecutado al pobre desgraciado; así que ahora ya no se puede hacer nada». Los demás bebían sus cervezas intercambiando

conspicuas sonrisas. No se sabía si era verdad, porque circulaban muchos rumores. Y no solamente en Munich. En todas partes se llevaban a cabo ejecuciones sumarias o asesinatos sancionados oficialmente. Corría la noticia de que en Berlín el doctor Erich Klausener —encargado del Ministerio de Transporte del Reich y antiguo director de la policía del Ministerio del Interior de Prusia— había sido abatido de un disparo en su despacho a manos de un SS uniformado.

Pauli cerró los ojos escuchando a Koch y a sus compañeros, intentando destaponarse la nariz. Se encontraba muy mal. Koch le decía que comiese, pero le era imposible. Cuando volvieron al coche, Koch miró la lista y dijo:

—¡El siguiente es el Obersturmbannführer Heinrich Brand!

A Pauli casi le da un vuelco el corazón.

—¿Qué? ¿Brand?

—Es una broma, Pauli. No, tu Brand es demasiado listo para dejarse cazar. Por lo que he oído, Brand formará parte del personal de Lutze.

Koch miró a su amigo lloroso y con la nariz enrojecida y sonrió. Koch sabía lo del consejo de guerra y lo del batallón de castigo, porque Koch tenía un confidente en los archivos militares que le informaba de todo, pero nunca se lo había dicho a Pauli, y había hecho que en el expediente personal de éste en el SD la ficha militar figurase sin tacha. Koch consideraba aquellos pequeños favores como cosa natural entre viejos camaradas.

Por la tarde detuvieron a otros cuatro dirigentes de las SA. Los ancianos camisas pardas se mostraron sumisos y apenas protestaron. Sólo el viaje a Dachau resultaba pesado. A las seis de la tarde, ambos se presentaban en el despacho del SD en el número 4 de Zuccalistrasse. Pauli se derrumbó en el asiento de su escritorio mientras Koch echaba mano a la botella de schnapps que guardaban en el archivador.

—¡Vaya día! —exclamó Pauli, pero justo cuando estaba firmando la salida, un funcionario entró para decir que hacía falta un abogado en la cárcel de Stadelheim. Tenía que presentarse al Gruppenführer de las SS Sepp Dietrich.

Encontró al conocido comandante de los Leibstandarten en el patio de la vieja cárcel. Había ya poca luz en el patio adoquinado; el atardecer de verano doraba los tejados y confería una tonalidad azul al recinto. Dietrich, de cuarenta y dos años, era un hombre de anchas espaldas que había sido obrero manual la mayor parte de su vida: bracero agrícola, empleado de gasolinera, aduanero y obrero de fábrica. Hitler le había contratado de guardaespaldas en los tiempos en que necesitaba protección en los mítines. Ahora Dietrich era

general de las SS, pero no había perdido su campechanía. Cuando Pauli se presentó, fumaba un cigarrillo charlando en dialecto bávaro con seis soldados de uniforme negro y un subalterno de gran estatura con galones recién estrenados.

—Hola, Pauli —dijo Dietrich con su marcado acento bávaro, ufano de su campechanía—. Bueno, ya podemos irnos —añadió tirando el cigarrillo y aplastándolo con el tacón de su reluciente bota, al tiempo que el pelotón de fusilamiento cogía las armas—. Quiero que todo sea limpio y claro —prosiguió pasándole a Pauli un brazo por los hombros y alejándose de los soldados y el oficial.

—Sí, Gruppenführer —contestó Pauli.

—Tú eres el asesor jurídico y quiero que todo sea limpio y claro —dijo Dietrich mirándole a los llorosos ojos—. Vamos a ejecutar a esos de las SA —prosiguió para que estuviese claro—. A Röhm no; quedará preso mientras el Führer toma una decisión. ¿Cuál es el procedimiento a seguir?

—Un juicio y un veredicto —respondió Pauli.

Dietrich era un hombre sencillo, y sonrió como si Pauli hubiese hecho un chiste.

—El Führer los ha juzgado y los ha encontrado culpables —dijo.

Pauli se sonó y se enjugó los ojos. Dietrich le miraba pensando que lloraba, y se sintió ridículo.

—¿Tiene usted alguna orden?

—No quiero que el fiscal se me eche encima —dijo Dietrich volviéndose y bajando la voz. El fiscal público de Munich, con gran valentía, había convencido al Ministerio de Justicia para que abriera expediente por «incitación al asesinato» contra el comandante del campo de Dachau y dos de sus oficiales.

—No se preocupe —dijo Pauli—. El ministro del Interior ha informado al consejo de ministros que a las investigaciones sobre Dachau se las debe dar carpetazo por razones de estado. Con esto se hará igual.

—Pero al comandante del campo le han destituido —replicó Dietrich frunciendo el entrecejo. Él no quería correr la misma suerte.

—No pasará nada —prosiguió Pauli, que no deseaba más que irse a casa —; pero, por motivos legales, que su oficial lea a cada condenado la sentencia antes de la ejecución. —Pauli sintió aquel terrible picor en la nariz y sacó el pañuelo para contener el estornudo.

—*Gesundheit!*<sup>[7]</sup> —dijo Dietrich, cortés, haciendo seña al oficial para que se acercase—. Dile a él lo que tiene que hacer —añadió dirigiéndose a Pauli.

Pensando a toda velocidad, Pauli dijo:

—Algo así como: «Habéis sido condenados a muerte por el Führer» —y volvió a sonarse.

—¿Basta con eso? —inquirió Dietrich, dubitativo.

—Hay que comunicarles la sentencia —dijo Pauli—. Es la ley.

—Y al final: «¡Heil Hitler!» —añadió Dietrich—. «Habéis sido condenados a muerte por el Führer. Se procederá a la sentencia de inmediato. ¡Heil Hitler!». ¿Lo entiende?

—Sí, Gruppenführer —contestó el oficial.

El eco repitió el ruido de los fusiles en el reducido patio de la cárcel. Las pequeñas ventanas enrejadas estaban en silencio y sin luz, con los ladrillos grises manchados de herrumbre color naranja. No obstante, Pauli no pudo desechar la impresión de que le miraban cientos de ojos.

¡El siguiente! ¡El siguiente! ¡El siguiente! ¡De prisa! ¡De prisa! ¡De prisa! Fríos y mojados por efecto de una ducha, los dirigentes de las SA llegaban uno a uno a la puerta del patio, asustados y perplejos. El joven oficial de las SS mostraba un rostro imperturbable, pero leía precipitadamente las sentencias y a veces se atropellaba en las palabras.

Hubo algunos que se mantuvieron firmes y recibían la descarga con el saludo nazi y el grito de «¡Heil Hitler!», creyendo que eran víctimas —igual que el Führer— de un golpe de las SS.

A Pauli le asaltaron escrúpulos de conciencia al ver a Edmund Heines derrumbarse bajo los disparos. Además de ser Obergruppenführer de las SA, Heines era jefe de policía de Breslau. Hasta los nervios de acero de Dietrich parecieron ceder cuando el Obergruppenführer de las SA Schneidhuber fue colocado ante el pelotón. Schneidhuber era el jefe de policía de Munich.

Pero las ejecuciones continuaron. Pauli las contempló impávido. Mejores hombres que aquellos habían muerto a su lado en la guerra, se dijo. A decir verdad, algunos ingleses y alemanes que él había matado eran más dignos de lástima. Sólo cuando el capitán Graf entró en el patio sintió la necesidad de volver la vista, pero no lo hizo. Contempló a Graf mantenerse firme ante la tapia ya desconchada por los impactos de las balas. El polvo de los ladrillos rotos flotaba en el aire como humo, mezclándose con la cordita y provocando un olor que nunca olvidaría.

Graf se negó a que le vendasen los ojos, y estuvo mirando a Pauli hasta el final. Pauli le sostuvo la mirada. El capitán no gritó «¡Heil Hitler!» ni hizo el saludo nazi; nunca había admirado gran cosa a Hitler ni a los que le rodeaban. Graf era un militar al cien por cien, y su paso por el Freikorps y las SA había

sido un medio de mantener el estilo de vida castrense. Al sonar la descarga, se dobló sobre sí mismo y la sangre surgió a borbotones. Su muerte era más sangrienta que la de los demás; quizá porque una bala le hubiese destrozado una arteria o quién sabe si porque Pauli la sintió más profundamente. Graf había sido un camarada, un buen camarada, y un hombre no pierde a un amigo sin más ni más. Pero Graf era un soldado, y fue un final bastante acorde para un soldado.

## «Dejar vacante la presidencia, qué gran idea»

No estaba dando resultado aquella cena planeada por Inge, y no se la veía contenta. Era la primera vez que recibían en él nuevo apartamento de Berlín, que habían reformado a su gusto, y ella se había hecho un vestido expresamente para la ocasión; un vestido largo ajustado de satín dorado cortado al bias, sin mangas y con un amplio escote que descubría su magnífico cutis. Había invitado a su hermana Lisl y al marido de ésta, Erich Hennig, pero el comensal de honor era el Reichsminister Fritz Esser, que era ya una de las estrellas del partido, miembro del gobierno y buen colaborador del Führer. Pero Fritz Esser había enviado un ramo de flores con una nota diciendo que tenía unas reuniones y que no llegaría hasta después de comer.

—Es porque el presidente está muy enfermo —comentó Inge a su cuñado Erich, como si estuviese muy informada a propósito de la salud del presidente Hindenburg—. Me preocupa el Führer; tiene aspecto de estar cansado. —Las dos hermanas hablaban siempre de Hitler como un par de admiradas colegialas de un guapo entrenador de hockey. Era una competición entre las dos, un curioso pugilato en el que participaba un gran sector de la población femenina alemana.

—Lo sé —respondió Lisl Hennig—. Nosotros tenemos mucha ilusión porque Erich toque ante el Führer en el festival Bach de Leipzig del año que viene.

Lisl andaba siempre diciendo que su marido iba a tocar en algún concierto de los que asistía Hitler. Sería un tanto definitivo de Hennig frente a sus rivales, pero Adolf Hitler no asistía a muchos acontecimientos musicales y la carrera de Erich pasaba por un período de estancamiento. Sus recitales de piano y las esporádicas interpretaciones con acompañamiento de orquesta tenían lugar en remotas ciudades de provincia, pues los auditorios de Berlín estaban monopolizados por intérpretes más famosos de la generación anterior.

Con ánimo de complacer a su melómana invitada, Pauli dijo:

—Fritz Esser estuvo con el Führer en Bayreuth la semana pasada. Vieron *El oro del Rhin* y Fritz dice que fue la mejor representación que ha visto en su vida.

Pero su intervención no cayó demasiado bien.

—¡Fritz Esser! —exclamó Hennig con desdén—. ¿Cuántas otras representaciones ha visto de *El oro del Rhin*?

Pauli sonrió y sirvió más vino. Inge siempre había dicho que los Hennig tenían envidia de la vieja amistad con el muy influyente Fritz Esser. Por no hablar de las periódicas reuniones con Heydrich, Himmler y Josef Goebbels. Quizá fuera cierto.

Era una cálida noche de verano, casi calurosa, y el apartamento de los Winter tenía abiertas las ventanas para que entrase el aire. Su nueva cocinera estaba decidida a mostrar su maestría ante tan selectos invitados y había guisado una sopa de tomate natural, trucha y rosbif; y tarta de chocolate, que era el postre preferido de Pauli.

La ausencia de Fritz decepcionó a todos, pero dio oportunidad a las dos hermanas para hablar de cuestiones domésticas. Los Hennig tenían un hijo de cuatro años y el piso les resultaba pequeño; además, la señora Wisliceny había muerto un mes atrás y, pasada la aflicción inicial, ahora podían hablar de problemas más concretos.

—Papá tiene dinero de sobra —dijo Lisl—, pues dispone de la pensión y de sus inversiones.

—Pero no lo bastante para mantener esa enorme casa —añadió rápidamente Erich Hennig; Lisl y él lo habrían hablado aquella misma tarde antes de venir, pensó Pauli. Erich era astuto. Peter siempre le había detestado, y, desde luego, Pauli comprendía a veces la repulsa de su hermano. Fuese en política, negocios o el usufructo de la casa de su suegro, Erich Hennig nunca dudaba en sacar tajada.

—Me dijo que quería mudarse a uno de esos apartamentos amueblados con servicio de aquí cerca, en la Prenzlauer Promenade —dijo Pauli en tono inocente.

Le divirtió comprobar que causaba exactamente el efecto previsto.

—Un dormitorio, baño, saloncito y una cocina minúscula —dijo Erich, irritado—. Se volvería loco en un sitio tan pequeño.

—Me comentó que comería la mayoría de las veces en el restaurante de abajo —añadió Pauli para fastidiar a Erich.

—¡Qué absurdo! —replicó éste—. Eso lo dice ahora, pero ya verás cuando lleve haciéndolo unos meses...

Era divertido tirar de la lengua a Erich, pensó Pauli, y se propuso recordar la conversación palabra por palabra para contárselo a Peter.

—Si ya come ahora en restaurantes... —añadió—. Le gustan los restaurantes. Incluso antes de morir tu pobre mamá, iban mucho al restaurante.

Inge, naturalmente, sabía lo que se proponía Pauli y le hizo seña de que ya estaba bien.

—Deja que Lisl dé su opinión —dijo.

—Estamos pensando en irnos a vivir con papá —dijo Lisl—. Necesita alguien que le cuide; así comería con nosotros y nos ocuparíamos de su ropa y de lo demás. La criada que tenemos es una buena lavandera; hasta le prepara a Erich las camisas de los conciertos.

—Pero eso sería más trabajo para ti —dijo Inge—. La casa es muy grande.

—No sería más trabajo —replicó Lisl—. Nos quedaríamos con las dos criadas de papá y así tendríamos tres.

—¿Y no podría él mudarse a vuestro piso? —dijo Pauli.

—Ya nos queda pequeño —respondió Erich.

—Ya sé lo que estás pensando —dijo Lisl—. La casa de papá pertenece en parte a Inge; claro que sí.

—El profesor Wisliceny se está haciendo viejo —añadió Erich—. No vivirá mucho.

—Inge, cuando muera papá, no contamos quedamos con la casa.

Erich no estaba dispuesto a participar en aquellas generosas promesas de desprendimiento.

—Por el contrario, cuidar a vuestro padre sí que representará mucho más trabajo para Lisl —dijo.

—Si acaba de decir que no sería mucho trabajo... —dijo Pauli.

—Cállate, Pauli —dijo Inge. Ya tenía calculado lo que iba a gastar y en qué invertir el resto de su parte de la herencia de la casa. Los edificios similares de Kant Strasse valían lo suyo. La zona de la Ku'damm no había cesado de revalorizarse. La compraría fácilmente algún especulador para convertirla en apartamentos o incluso en un hotel.

—Necesitamos una habitación para el pequeño y dos para la nodriza —dijo Lisl—. Y Erich prepararía mejor su concierto.

—¿Qué concierto? —inquirió Inge.

—Le ha salido una magnífica oportunidad de interpretar en Breslau el quinteto de viento de Mozart —respondió Lisl—, pero los inquilinos de abajo



se han quejado del piano.

—Si pensáis ensayar allí quintetos de viento, se os quejarán también los vecinos del profesor Wisliceny —dijo Pauli.

—Es el Köchel 452 —dijo Erich Hennig marcando las palabras pacientemente— para piano con instrumentos de viento, y yo sólo ensayaría la partitura del piano. Para el conjunto, tenemos dónde ensayar —añadió sonriendo como un fotógrafo de niños sonríe a los clientes díscolos.

—Los muros de la casa de papá son mucho más gruesos —dijo Lisl, resuelta—. Acuérdate de las reuniones musicales de mamá.

—Si papá está de acuerdo —dijo de pronto Inge—, desde luego que debéis trasladaros. Necesitáis más sitio.

Pauli la miró sorprendido; Inge siempre cedía ante su hermana, o así se lo parecía a él. Se preguntó si la gente vería de igual modo la relación entre Peter y él.

—Gracias, Inge —dijo Lisl.

—Brindemos por ello —añadió Inge cogiendo el vino. En cierto modo la decisión era un alivio. Así su padre estaría cuidado, porque le preocupaba que hubiera tenido que vivir solo—. Cuando dejéis la casa, la vendemos y la repartimos.

Después de marcharse los Hennig, Inge lamentó su impulsiva generosidad. Solía ser así: cedía en cosas que veneraba y luego se arrepentía y descargaba la consiguiente indignación no sobre sí misma, sino sobre la persona objeto de su generosidad. Pauli le sirvió una última copa y se sentaron en el despacho mientras él revisaba unos papeles de la oficina.

—Nunca dejarán la casa —dijo Inge, entristecida—. No veremos un céntimo de la maravillosa casa de papá. —Pensaba además en el espacio que necesitarían ellos cuando tuvieran hijos, pero eso no lo dijo.

—No sé yo si podrán mantenerla cuando muera tu padre, cariño. Esa casa tiene muchos gastos. Recuerdo que tu padre se quejaba hace un par de años de lo que le había costado rehacer el tejado.

—Bueno, al menos del tejado no tendrán que preocuparse —dijo Inge. Pauli se echó a reír. Su mujer estaba decidida a no deprimirse.

—Me voy a dormir, querido —dijo—. No tardes —añadió sonriéndole y besándole. Otros maridos habrían regañado a su mujer por ceder tan a la ligera una parte de su herencia, pero Pauli no miraba así las cosas. A Pauli no le importaba mucho la propiedad más allá de un confort básico. A veces se le ocurría la idea de que ni siquiera le importaría si la perdía a ella.

Era más de medianoche cuando Fritz Esser llamó al timbre. Inge ya estaba dormida y Pauli seguía en el despacho leyendo un montón de reglamentos y revisiones; actualmente cada vez tenía mayor cantidad en su escritorio.

Fritz Esser pasó al vestíbulo con una sonrisita estúpida. La primera impresión de Pauli fue que estaba borracho, pero nadie volvía borracho de una reunión con el Führer, salvo ebrio de felicidad.

—Casi me meo de risa —exclamó Esser al entrar en el despacho, mientras Pauli sacaba una botella de fino coñac francés. Fritz acababa de cumplir cuarenta años. Seguía riendo. Salvo por los ojos negros y los dientes desiguales y rotos, era difícil reconocer en aquel hombre al esbelto joven que había sacado en su día a los hermanos Winter de las aguas del Báltico. Esser había engordado a tal extremo que tenía que hacerse los trajes a medida. Se los confeccionaba uno de los mejores sastres de Berlín. Pauli engordaba y adelgazaba, y era Inge quien se encargaba de regañarle cuando estaba a régimen, pero Esser era soltero y no tenía quien le frenara. De todos modos, Esser era alto y de estructura robusta y podía engordar sin perder prestancia.

—¿Qué ha sucedido? —inquirió Pauli.

—No es lo que ha sucedido —respondió Esser—, sino lo que va a suceder mañana. La Cancillería es una casa de locos: generales, almirantes, Gauleiters y todos los capitostes de prensa y propaganda.

—¿Es que ha muerto Hindenburg?

Todo el mundo sabía que el fin del mariscal estaba al caer.

—Esos cabrones del ejército —dijo Esser, bebiendo coñac y echándose a reír de nuevo. Era la risa del Esser niño travieso, con un matiz de cohibición—. Esos generales son más burros que un arado. ¿A quién se le ocurre elegir mañana para celebrar el día del ejército? Hace casi medio siglo que no ganan una guerra, y como, desde luego, no pueden celebrar el día de la victoria de la última, que perdieron, han decidido celebrar el veinte aniversario del día en que el kaiser ordenó la movilización. —Volvió a soltar una carcajada estentórea, una expansión acorde con su físico. Cogió la botella de coñac y se sirvió otra copa. Eran viejos amigos, y en casa de Pauli Winter no necesitaba andarse con cumplidos—. ¿Te acuerdas del día de la movilización de mil novecientos catorce?

—Me acuerdo —respondió Pauli. Aquel aciago día de 1914 estaba bien grabado en su memoria. En la escuela de cadetes de Lichterfelde habían celebrado un desfile especial, al que habían asistido sus padres. Su madre había llorado.

—Bueno, pues ahora salen todos los generales de juguete de sus cajas, les dan cuerda y ¡listos para desfilar dale que te pego con la música de sus bandas de soldados de plomo! Los generales se han puesto sus mejores uniformes y han cepillado a sus caballitos... ¿Y qué va a pasar? Que ese inconsiderado cabronazo de Paul Ludwig Hans von Beneckendorff und von Hindenburg va a diñarla... y a estropearles su maldito número. ¡Ja, ja, ja! No me había reído con tantas ganas desde que fusilaron el mes pasado al mamón de Röhm.

—¿Lo de Hindenburg es seguro?

—Yo estaba con el Führer cuando le entregaron el último parte médico. Ya verás la que se arma en el ejército. Blomberg, nuestro inenarrable ministro de la Guerra, está en el Bendlerblock enviando teletipos a todas las unidades militares para que cancelen la celebración y ordenándoles que, en lugar de ello, se preparen para ceremonias de duelo.

—¿Y el Führer qué ha dicho?

—Bueno, claro, el Führer está muy afectado —dijo Esser con una voz que dejaba entrever que el Führer no estaba nada afectado—. El Führer pasa ahora a ser presidente y seguramente lo combinará con el cargo de canciller.

—Eso sería ilegal —dijo Pauli.

—¿Ah, sí? —espetó Esser, dejando de beber, poniendo el vaso en la mesa y limpiándose la boca.

—Deberías saberlo, Fritz. Eres diputado desde el treinta y dos, fecha en que el Reichstag aprobó la enmienda según la cual, en caso de fallecimiento del presidente, el cargo lo asume provisionalmente el presidente del Tribunal Supremo hasta la celebración de nuevas elecciones.

—¿No pasa automáticamente la autoridad al canciller?

—No.

—¿El presidente del Tribunal Supremo? No me vengas con bromas.

—Te hablo totalmente en serio —replicó Pauli.

—Olvidas la «Ley de Poderes» —añadió Fritz Esser—, que le permite hacer lo que quiera.

—Salvo entorpecer la autoridad de la presidencia. Está específicamente excluido.

—¡Dios mío! ¿Elecciones? Todo se vendría abajo. Más vale que vuelva y ponga al corriente al Führer.

—Siéntate y tranquilízate, Fritz.

Fritz Esser dio prudentemente un trago de coñac y se sentó a pensárselo.

—Es mejor que no asuma la presidencia —dijo Pauli por seguir hablando—. Si Adolf Hitler se convierte en presidente, tendrá que jurar la constitución

y eso limitará sus poderes.

—¿Y cómo podría eludirlo?

—Podría dejar vacante la presidencia y crear un nuevo cargo.

—¿Cuál?

—Pues el de Führer, por ejemplo.

—Führer. Sí, excelente. Canciller y Führer... Podría compaginar los dos cargos. Mandará llamar a los jefes del ejército y les hará jurar lealtad.

—Aproximadamente es eso —dijo Pauli.

—Aproximadamente ¿el qué?

—Normalmente, el ejército jura lealtad al presidente y, como garantía, el presidente jura respetar la constitución. Ése es el procedimiento.

—Lo que tú dices es que el ejército jure al Führer y que deje la presidencia vacante, para no tener que jurar respeto a la constitución. Es muy ingenioso, Pauli. Al Führer le va a gustar.

Cogió la copa y, al acordarse de que el Führer era abstemio, volvió a dejarla.

—Tengo que irme. Va a haber muchísimo que hacer. Menos mal que no le he dado una hora libre al chófer, que es lo que suelo hacer cuando vengo a verte.

—Si tienes que irte, Fritz...

—Tú eres demasiado inteligente para estar en ese empleo con la Gestapo, Pauli. Tengo que encontrarte algo mejor.

—Allí estoy bien, Fritz. Es interesante y se me da bien.

—Dejar vacante la presidencia... qué gran idea.

**1936**

## «Enjuágate y escupe»

—Enjuágate y escupe —dijo el doctor Volkmann—. No mastiques nada por ese lado durante un par de horas. Y pasa otro día a consulta —añadió apretando el pedal para situar el sillón en posición vertical.

—Gracias —dijo Peter Winter, enjuagándose y limpiándose la boca.

—Puede irse, Ursula —dijo Volkmann a la enfermera.

—Muy bien, doctor.

Cuando oyeron la puerta exterior cerrarse, Isaac Volkmann dijo:

—Está enferma su madre y esta tarde no tengo más pacientes.

Peter consultó el reloj: no eran más que las tres y cuarto.

—He perdido muchos pacientes en los seis últimos meses —dijo Volkmann—. Estoy considerando seriamente dejar esta zona de la Ku'damm.

—Pero tus pacientes son gente a la que le gusta venir a un buen barrio.

—¿Te refieres a los de la radio, el cine y el teatro? Me parece que ya no me quedan muchos.

—Lo siento —dijo Peter.

—En el fondo, no se lo reprocho —añadió Volkmann—, porque dependen de los nazis para su trabajo, y Goebbels es uno de los peores antisemitas de esa gente. Mi enfermera también me ha comunicado que se va. Llevaba conmigo más de tres años, pero su padre le ha dicho que no quiere que trabaje con un judío.

—Afortunada es de tener trabajo —comentó Peter.

—Encontrará otro. Los nazis han reducido el paro, Peter; eso hay que admitirlo.

—¿Pero a costa de qué? —replicó Peter—. Obligando a la gente a trabajar en el campo y construyendo autopistas. O dando empleos en las oficinas del partido con sueldos míseros... o sin sueldo.

—Suerte tengo de no estar en el ejército o al servicio del estado —dijo Volkmann—, o en el paro. Al menos me dejan trabajar.

—Esa gente está loca —dijo Peter.

Volkmann sonrió entristecido.

—Lo gracioso es que estoy de acuerdo con ese Hitler en cierto sentido. Me siento orgulloso de ser alemán y me duelen las cláusulas del Tratado de Versalles. También yo detesto a los comunistas y desprecio a los pseudointelectuales y su marxismo de café. En muchos aspectos estoy de acuerdo con él. ¿Por qué se obceca en esa delirante revancha contra nosotros?

—No lo sé —contestó Peter.

—Mira, Peter, amigo, te diré una cosa. El sábado, cuando puse la radio y oí que nuestras tropas habían entrado en el Ruhr, me sentí eufórico. Ha hecho muy bien en recuperar el sagrado suelo patrio de manos francesas.

—Imagino que sí —dijo Peter. Se sentía incómodo cuando Isaac se dejaba llevar por sus sentimientos, como solía ser el caso cuando hablaba de la patria.

—¿Y tú? ¿Tienes mucho trabajo?

Peter asintió con la cabeza.

—Estamos haciendo gestiones para conseguir contratos en productos derivados del carbón. Tendría una buena repercusión en los dividendos el año próximo.

—¿Qué tipo de derivados, petróleo?

—Sí, es que, además, la I. G. Farben ha descubierto un método estupendo para hacer goma sintética.

—¿Barato?

—No, a Dios gracias —respondió Peter riendo—. Es muy caro.

—¿Y por qué no compramos caucho y petróleo en el mercado internacional?

—Alemania tiene mucho carbón, Isaac. Así habrá trabajo para los mineros.

—Sabes muy bien, amigo mío, que ésa no es la razón. Ese hombre está decidido a hacer la guerra.

—Tenemos que estar preparados para defendernos, Isaac. Hay que desconfiar de los rusos y de los polacos.

—Dios quiera que me equivoque —dijo Volkmann—. Ah, casi se me olvida. Voy a devolverte el pasaporte de Lottie.

—¿El pasaporte de Lottie?

Volkmann lo había sacado ya del escondite en el armarito cerrado de los medicamentos, cuando advirtió la sorpresa de Peter.

—¡Ah! ¿No lo sabías?

—¿El qué? ¿De qué se trata, Isaac?

Volkmann no sabía si entregarle el paquetito.

—No quisiera ser motivo de discordia entre vosotros, Peter. Sois nuestros mejores y más fieles amigos.

—Isaac, ¿por qué tienes tú el pasaporte de Lottie?

El dentista volvió a dudar, pero vio que no le quedaba más remedio que contarle todo.

—Tu mujer se lo prestó a una amiga mía. Hemos estado mirando los visados.

—No me hables con rodeos, Isaac. ¿Quieres decir que habéis estado copiándolos para falsificarlos?

—Sí, eso es, Peter. Pensé que lo sabías. Supongo que te habrá sentado muy mal.

—¿Y habéis falsificado pasaportes americanos?

—Algunos de los nuestros están desesperados, Peter. En Alemania pasan cosas terribles.

—No tienes derecho a poner en peligro a mi esposa.

—No le he hecho correr ningún riesgo. Lottie se empeñó en prestar su pasaporte, y como judía tiene derecho a decidir ese tipo de cosas.

—Es mi mujer y tenemos un hijo pequeño. ¿Qué sucedería si...?

—Lo sé, lo sé...

—No deberías haberla animado.

—Hice todo lo que pude por disuadirla, Peter. ¡No puedes imaginártelo! Te lo juro. Pensé que lo había hablado contigo.

—Y no debes mezclarte en ese tipo de actividades, Isaac. Esa gente son delincuentes y tú eres cómplice.

—No me cites los términos de la ley cuando la justicia está pisoteada, amigo mío.

—Por cosas así la gente va a la cárcel de por vida, Isaac.

—Por el pecado de haber nacido judío condenan a muerte a la gente. ¿Voy a eludir mi deber de judío sirviendo a un régimen que asesina a los míos?

—Por favor, Isaac, que sea la última vez —dijo Peter cogiendo el pasaporte y guardandoselo en el bolsillo—. Lottie es judía, pero también es mi mujer.

Isaac Volkmann no dio a Peter Winter la garantía que le pedía.

—Ven el próximo martes a las dos y media. Así puedes almorzar. Sólo tengo que reducir un poco, pero quiero ver cómo va.

—De acuerdo, me viene bien —contestó Peter cogiendo el sombrero y los guantes de la percha del vestíbulo. Volkmann le acompañó hasta la puerta.



—Peter, tienes una mujer muy decidida —dijo.

—Hasta la semana que viene —replicó Peter, haciéndole una inclinación antes de salir. Habitualmente le daba la mano al despedirse, pero hoy no lo había hecho ni le había dicho adiós.

**1937**

## **«Ya sabes cómo son esos viejos policías»**

La Geheimes Staatspolizeiamt —la Gestapa, o la Gestapo, como decía la gente— había instalado su sede en la enorme escuela de arte de Prinz-Albrecht Strasse y a Pauli Winter le habían asignado en el tercer piso un despacho con vistas a los magníficos jardines comunes con el palacete que Heydrich había ocupado para su DS.

Ahora que los nazis habían consolidado el control político del país, se efectuaban cambios radicales en la policía. Pauli Winter —ayudado por seis empleados y dos jóvenes abogados a sus órdenes— había dedicado muchas semanas de trabajo, durante muchos meses, a desarrollar el plan de organización de la policía de seguridad (Sipo). En determinado momento el mando abarcaba a toda la policía, desde la de tráfico a la *Gendarmerie*, pero ahora que todas las fuerzas policiales estaban bajo el mando de Himmler, el Reichsführer de las SS, se estaba constituyendo una nueva modalidad de Sipo a partir de las unidades más fuertes: la policía criminal (Kripo) y la policía política.

Esta Sipo de nueva creación, dirigida por el Hauptamt Sicherheitspolizei de Heydrich, tenía rango de ente ministerial y dependía directamente del ministro del Interior del Reich.

Con ello, la Sipo era en potencia uno de los instrumentos de represión más poderosos jamás visto. Era precisamente el informe de Pauli Winter, basado en las restricciones legales del artículo 42 del Código Penal del Reich, el que facultaba a los policías de Himmler para ser juez y parte.

El artículo 42 autorizaba a todos los tribunales alemanes a dictar «detención preventiva» de los delincuentes habituales u otros posibles perturbadores. Pero era la lucubración jurídica de Pauli Winter la que aportaba el criterio de que, con arreglo al concepto *völkisch*<sup>[8]</sup> de la ley alemana, ciudadanos y policía debían colaborar para mantener el orden. Por consiguiente, argumentaba el elaborado y minucioso informe de Winter, en el

caso de detención preventiva, la Sipo representaba a la policía y el detenido al «ciudadano». Por eso era legal que la Hauptamt Sicherheitspolizei ordenara detenciones preventivas sin mandato judicial. Fue un triunfo de Himmler, el Reichsführer de las SS, un triunfo de la burocracia.

Para evitar la problemática sobre culpabilidad o inocencia, a los detenidos se les aplicaba la clasificación de *Volksschadling* (malhechores antisociales), que incluía a prostitutas, mendigos, homosexuales, transgresores del código de la circulación, psicópatas, contestatarios, los que contaban chistes antinazis y cualquiera que «rechazase en dos ocasiones sin motivo justificado una oferta de trabajo».

Las dificultades que hubieran podido derivarse de la conducción de los detenidos a cárceles sin la pertinente documentación se solventaron internándolos en campos de concentración, también bajo la potestad del Reichsführer de las SS. El ministro de Justicia planteó objeciones, pero hicieron caso omiso.

Así, en 1937, en la Alemania nazi, o lo que la máquina propagandística de Goebbels denominaba el III Reich, quedaban maniatados los tribunales y todo el sistema jurídico, y se podía aplicar automáticamente contra cualquiera que los nazis quisieran la coerción de detención, juicio y castigo, terribles penas, tortura y muerte.

El día 9 de marzo de 1937 esta coerción entró en vigor. La sede central de la policía en Alexanderplatz comunicó a todas las comisarías de la policía criminal que aplicara la detención preventiva a dos mil individuos que cometiesen un delito, una ofensa a la moral o actuaran en contra del régimen nazi y que los trasladasen al campo de concentración más cercano. Era sólo el principio.

Para Pauli Winter, marzo de 1937 marcó el final de un período de enorme trabajo administrativo tedioso e ignorado. En el tercer piso echaba a faltar la emoción del auténtico trabajo de policía y pasaron años sin que tuviese que poner en juego su caletre frente a algún abogado ante un tribunal.

También echaba de menos a Lothar Koch, que podía haber estado allí, donde se adoptaban las decisiones y pagaban mejor, pero Lothar era listo y había elegido quedarse abajo y trabajar a diario de cara al público. En el piso de Pauli había un pasillo repleto de despachos en donde los prepotentes burócratas dictaban largos documentos que iban destinados a agentes que habrían podido perfectamente prescindir de ellos.

—¡Pauli! —Era el final de una larga jornada y Pauli estaba guardando unos papeles en la cartera para irse a casa a cenar. Los despachos, reformados

improvisadamente para acoger al personal, eran pequeños y oscuros, y su visitante se hallaba en la sombra, fuera del alcance de la lámpara del escritorio.

—Lothar, ¿qué haces aquí arriba? ¿Quieres un café? —Le gustaba ver a Lothar, y cuanto más deprimido parecía, con sus grandes ojos tristes y sus hirsutas cejas, más le complacía reírse de él—. Pasa, pasa.

—Tenía que verte. Es urgente.

—¿De qué se trata? ¿A quién tienes ahí? —dijo Pauli atisbando a través de las divisorias de cristal, tras las cuales se veía a la gente pasar por el pasillo.

—¿Puede pasar? Es uno de mis agentes.

—Bueno —contestó Pauli, decepcionado al ver que no iban a poder charlar.

Entró el agente, muy respetuoso. Todo el mundo conocía la fama de Winter; Winter era célebre a su nivel: conocía a Fritz Esser, había manipulado el artículo 42, almorzaba con Heydrich, tenía una casa en Obersalzberg...

El agente se llamaba Theodor Steiner y era un veterano barrigudo que había entrado en la policía secreta después de haberse pasado muchos años de servicio en la calle. Era un hombre de rostro sanguíneo, nariz rosada y gafas con montura redonda de concha que se ponía para leer sus notas.

—Steiner va a detener a esa pandilla de falsificadores de documentos de viaje. ¿Estás al corriente?

—No —contestó Pauli—. ¿Debería estarlo? —añadió señalándoles dos sillas con respaldo de rejilla, pero ellos siguieron de pie.

—Hace meses que aparecen en los periódicos. Nos han estado dando buenos quebraderos de cabeza.

—¿Documentos de viaje? —inquirió Pauli, perplejo.

—Incluso pasaportes americanos. Uno de nuestros agentes infiltrados en las oficinas de la Hamburg-Amerika Line fue el que detectó el primero. No es que sospechase, pero se puso a hablar con el «americano» y vio que no sabía una palabra de inglés.

—¿Era un emigrante ilegal?

—Figúrate. Limpio, ¿no? Con un pasaporte americano no se necesita visado, carta de invitación ni ningún papel autorizando la exportación de joyas, divisas u objetos de valor. Es un turista americano que vuelve a su país. Te das cuenta del montaje perfecto, ¿no?

—Ya lo creo.

—Bueno, pues Steiner los ha descubierto y ha localizado dónde los hacen. Se trata de la imprenta de un tal Geschke, que ni siquiera es judío, en la Dietrich-Eckart-Strasse, junto a la estación de Wittenau. Están allí ahora, trabajando, y tenemos hombres en la calle. Va a ser una buena redada, Pauli. Seguro que Steiner se gana un ascenso.

—Enhorabuena, Steiner. ¿Cómo lo hizo?

—Tengo un infiltrado; un judío, naturalmente.

—Debe de ser el único sistema —comentó Pauli.

—Con esta gente, sí —contestó Steiner. Steiner tenía una voz fina y gorjeante, chocante en un hombre tan robusto—. Lo hacían con gran cautela y muy bien —añadió entregando a Pauli un pasaporte y otros documentos.

—¿Es falso?

—Sí.

—Examínalo —dijo Koch, y Pauli apartó la cartera para hacer sitio en el escritorio y extender los documentos bajo la lámpara de pantalla verde. Era un pasaporte americano falso, en blanco, con una hoja con diversos sellos fotografiados y fotos de un pasaporte auténtico, página por página.

—¿Qué te parece? —inquirió Koch.

Pauli levantó la vista. Koch mantenía una expresión inescrutable, la misma que adoptaba cuando contaba chistes. Ahora que se había acercado al escritorio, veía mejor su rostro. Era curioso que aunque cada vez tenía más canas, las cejas las conservaba negrísimas...

Pauli volvió a mirar el documento. Era Lottie Winter quien le miraba desde la fotografía del pasaporte auténtico. Y ponía su nombre: Charlotte Sarah Winter. Nacida en 1902, en Los Ángeles (California). Pauli levantó la vista.

—¿Están allí ahora? ¿En la imprenta de Tegel?

—Sí —contestó Koch—. Geschke, el dueño, y su hijo con otros cuatro y esa mujer —dijo señalando la foto de Lottie.

—¿La mujer es de la banda? —inquirió Pauli dirigiéndose a Steiner.

—Está con ellos y, además, enseña a los que usan los pasaportes a fingirse americanos.

—¿Y eso cómo lo sabe? —inquirió Pauli, tajante.

—Por mi infiltrado —respondió Steiner.

—Ah, claro, su infiltrado.

—Steiner tiene una orden de detención preventiva. Iba ya hacia allá cuando nos encontramos; le dije que a lo mejor querías hablar con él.

—No quiero que apliquéis la orden de detención preventiva —dijo Pauli—. Esto es mucho más importante. Esa gente son enemigos del estado. Que los detenga la policía. Voy a llamar inmediatamente a la policía criminal.

—Yo creo que no es el procedimiento adecuado —dijo Steiner. Era un simple agente, pero hablaba con el aplomo de quien ha sido policía toda su vida—. Si lleva el caso la Kripo, se llevarán el mérito de la operación, y yo tendré que ir a los tribunales.

—¿Y qué? —replicó Pauli.

En el gran rostro orondo, inescrutable, de Steiner hubo un leve atisbo de sonrisa.

—Nada, salvo que mis muchachos tendrán que pasar a máquina toda clase de informes y perder mucho tiempo ante los tribunales testificando.

—Es una ciudadana americana —replicó Pauli, golpeando con los dedos el pasaporte falsificado.

—Residente en Alemania —dijo Steiner, obstinado—. No es una turista, sino una residente en Alemania. Cuando un residente comete un delito, no importa el pasaporte que tiene.

—Técnicamente —intervino Koch—, técnicamente el agente Steiner tiene derecho a decidir.

—Y el veintiséis de febrero de este año —agregó el impasible Steiner— el Gruppenführer de las SS Heydrich cursó una orden diciendo que se suspendieran las detenciones judiciales «para evitar la necesidad de que los tribunales investigaran subsiguientemente las medidas adoptadas por la policía».

—Lo sé —replicó Pauli, que estaba atiborrado de legalismos para que le hiciera callar un simple agente—, pero el decreto del Ministerio del Interior del doce de abril de mil novecientos treinta y cuatro dice que «la detención preventiva no se aplicará como castigo a delitos penales». Y éste es un delito grave en que está implicado un extranjero. Tiene que haber un mandato judicial.

Se hizo un largo silencio. Sabían los tres que, aunque Pauli tenía teóricamente razón, y aunque la Sipo dependía directamente del ministro del Interior Wilhelm Frick, la autoridad de Frick era una filfa y se hacía caso omiso del decreto de 1934.

Pauli miró a Steiner y éste, como muchos otros antes que él, advirtió alarmado que Pauli era un hombre absolutamente carente de cualquier restricción que el miedo pueda imponer incluso a los más valientes. Steiner

vio aquellos ojos fríos e incoloros de Pauli y se sintió inquieto. Finalmente dijo:

—Muy bien. Iré a la sección de la Kripo. ¿Me darán allí el mandato o tengo que seguir el procedimiento y que me lo autoricen?

—Es urgente —dijo Pauli—. Telefonaré para que se lo preparen.

Steiner lanzó un suspiro, recogió las fotos y abandonó el despacho.

—¿Lo hará como le he dicho? —inquirió Pauli a Koch una vez que se hubo marchado el agente.

—Sabía que se trataba de tu cuñada. Te has dado cuenta, ¿no?

—¿Tú crees? Winter es un apellido bastante corriente.

—Steiner no es tonto. Ha estado en la policía de Berlín más de treinta años y conoce todo lo que sucede.

—Pero ¿lo hará?

—Sí, claro; como tú has dicho. Conozco lo suficiente a Steiner para tener la seguridad de que sí. No va a hacerse un enemigo en las esferas de los mandos, pero se lo apuntará como un favor y en su momento te exigirá algo a cambio. Ya sabes cómo son esos viejos policías.

—No —replicó Pauli—. ¿Cómo son?

—Como tú —contestó Koch, y se echó a reír.

Pauli Winter telefoneó a Inge para decirle que llegaría tarde, y fue a ver a su hermano. Comunicar la detención de Lottie fue uno de los momentos más penosos de su vida. Y a Peter le pareció que Pauli podía haber hecho algo más. Fue imposible hacerle comprender que nadie podía hacer más. Cuando Peter abrió la puerta a su hermano, llevaba un batín de seda azul con pañuelo rojo al cuello. Tenía aspecto de actor rico, y a Pauli le chocó que una persona se preocupase tanto de su atuendo estando solo en casa; pero Peter siempre había sido así.

—Peter, tengo que decirte algo.

Peter le hizo pasar diciendo:

—Estoy buscando el café y no lo encuentro; y Lottie está con mamá.

—No está con mamá. Y de Lottie quería hablarte.

—Entonces, Dios sabe adónde habrá ido. Me gustaría que me dijera adónde va. La criada no está y me he hecho un desastre de tortilla.

En la radio sonaba *The Way You Look Tonight*.

—Peter, han detenido a Lottie.



—¡Dios mío! ¿Seguro? —exclamó Peter dándole la espalda para sobreponerse. Le temblaban las manos al apagar la radio.

—Tú no estarás complicado en sus cosas, ¿verdad?

—¿De qué se la acusa? —replicó Peter, metiendo las manos en los bolsillos del batín.

—Aún no hay imputaciones.

—¿Tiene algo que ver con pasaportes? —inquirió Peter.

—Vamos, Peter, siéntate.

—Sí, mejor —dijo Peter, que estaba demudado, sentándose y cogiendo un cigarrillo de una caja que había en la mesa.

—Sí, falsificación de pasaportes —dijo Pauli dándole fuego.

—Tengo que ir con ella.

—Esta noche no te dejarán verla. Tienen que interrogarla.

—Yo creí que estaba con mamá.

Pauli no dijo nada. Nunca había visto a su hermano tan descompuesto, y le dolía.

—¿Estás seguro de que no me dejarán verla hoy? Pobrecita Lottie.

—¿En la prisión preventiva? Ya sabes cómo son. No, claro que no.

—¿Ni siquiera si soy su abogado defensor?

—Peter, ten cabeza.

—Es que no puedo ni pensar.

—¿Sabías que se dedicaba a eso? —Pero antes de que Peter pudiera contestar, levantó una mano imponiéndole silencio—. No, no quiero oír la respuesta. Olvídalo.

—Pensaré que la abandono. Precisamente anoche la regañé por las cuentas de la casa. Si hubiera sabido lo que iba a pasar...

—Sobreponete, Peter, ¡por favor! —dijo Pauli, tajante.

—Tienes razón. Debo hacerlo por Lottie.

—Conseguí que la detuviese la policía criminal con mandato judicial. Así tendrá un juicio legal, Peter. Y mientras, la tendrán en prisión preventiva. Si la hubieran detenido con una orden de encarcelamiento la habrían llevado a un campo de concentración y seguramente no volverías a verla.

—La condenarían a prisión de por vida —dijo Peter.

—No sabemos qué sentencia le caerá, dado lo imprevisibles que son los tribunales, pero la pena la cumplirá en una cárcel decente —dijo Pauli. Por lo visto no podía hacer entender a su hermano la suerte que tenía.

—¿A quién recorro para la defensa?

—Es culpable, Peter. Te das cuenta, ¿no?

Peter asintió con la cabeza.

—No habrá abogado capaz de lograr su absolución.

—Debemos conseguir el mejor.

—Ya me encargaré yo, pero no te creas que hay muchos dispuestos a defender a «enemigos del estado». Puede ser difícil.

—Tú no debes intervenir, Pauli. Comprendo que tu trabajo complica las cosas.

—Me agrada Lottie; de siempre.

Peter se volvió a mirarle.

—Pero piensas que en su condición de extranjera y de judía debería haberse mantenido al margen de la política alemana.

—Peter, yo no he dicho eso. Lo dices tú.

—Pero es lo que piensas, ¿verdad?

—No sé lo que pienso.

—¿Cómo puedes trabajar para los nazis? —inquirió Peter, arrepintiéndose de inmediato. Desahogaba su rabia impotente en su hermano. Era injusto; una tontería.

Pauli parpadeó pero no contestó al arrebató de su hermano.

—Peter, tienes que darte cuenta —dijo en tono tranquilo— de que no restringimos la emigración de judíos. El SD tiene un departamento que hace todo lo que puede por fomentar la emigración. El problema es que no hay ningún país que los acoja. El motivo por el que esa gente falsificaba pasaportes americanos es que no les conceden permiso de entrada con pasaporte alemán.

—¿Sabe Inge lo que ha pasado?

—No. Tengo que irme.

—Pauli, gracias.

—¿Has pensado en vivir en el extranjero?

—¿Me lo aconsejas tú?

—Lo decía por Helena... el colegio...

—Primero tengo que ver qué sucede con Lottie.

—Si te marchases ahora, seguramente sería más fácil. Mientras que una vez dictada sentencia contra Lottie, puede resultarte imposible obtener el permiso de salida, ni siquiera como turista.

—Ahora no puedo pensar en esas cosas.

—Eso puede influir también en otros aspectos, Peter. Debes saberlo.

—¿A qué te refieres exactamente?

—Se dará publicidad al caso y será peor. Pueden quejarse los accionistas de la compañía. Yo he visto casos. Una cosa como ésta es como una piedra tirada a un estanque.

—Estaré al tanto...

—Si puedo ayudarte...

—Gracias, Pauli. Ya lo has hecho.

—Ah, Peter. ¿Tú ves de vez en cuando a Isaac Volkmann, verdad?

—Soy paciente suyo —replicó Peter a la defensiva.

—Me han dicho que está buscando vivienda.

—Sí, pobre Isaac. El casero les echa, con un mes de preaviso.

—No sé si habrá pensado en vivir encerrado en una tienda...

—¿Por qué?

—Los tenderos no tienen que declarar los inquilinos a la policía igual que en los pisos y casas.

—¿Vivir en una tienda, como un fugitivo? ¿De verdad es necesario?

—No, una simple precaución. Cada vez se ejercerá mayor presión sobre los judíos y la vida les va a resultar intolerable.

—¿Es una advertencia —replicó Peter eligiendo las palabras—, o simple información?

—Es un consejo —respondió Pauli, indeciso.

—Se lo comentaré.

—Pero no le menciones que te lo he dicho yo, Peter.

—No me cabe en la cabeza que los Volkmann se vayan a vivir a una tienda.

—Nunca se sabe —dijo Pauli.

—Lottie es tan cabezota... —añadió Peter—. No me hace caso.

Cuando Pauli llegó por fin a casa estaba rendido. Entró en el piso y fue directamente al salón. Estaba a oscuras, excepto una luz junto al sofá, en el que estaba Inge echada. Junto a ella, Fritz Esser sentado sin chaqueta y con la corbata suelta. Se reían; se reían de un modo que él nunca había visto. Cuando levantaron la vista dejaron de reír y sus rostros quedaron aislados en un círculo de la luz amarillenta que proyectaba la pantalla de pergamino de las lámparas de mesa. Pauli se sintió como un extraño; casi un intruso.

—Pauli, cariño —dijo Inge levantándose apresuradamente y arreglándose la falda—, nos hemos enterado de lo de Lottie.

—Vengo de hablar con Peter —dijo Pauli.

—¿Has cenado?

—No quiero nada. —Lo único que necesitaba era un trago de algo fuerte. En la mesita había una serie de botellas, pero no acababa de decidirse. Últimamente había estado bebiendo demasiado. Mejor un café.

—¿Cómo se lo ha tomado Peter? —inquirió Inge.

—Ha sido un duro golpe.

—Para todos —añadió Fritz Esser, poniéndose torpemente en pie. Había estado bebiendo.

—¿Querías verme, Fritz?

—Fritz ha venido a ver si podía ayudarte en algo —dijo Inge.

—Eres muy amable, Fritz —dijo Pauli. Miró el frasco de coñac y decidió tomarse una copa. Tras una día como aquel, uno se merecía un trago.

**1938**

## «Ser inocente no es una defensa»

Correr a caballo por el campo alemán nevado era un auténtico placer. Todo era blanco y no se veía ninguna casa. A veces costaba creer que existiese una naturaleza así tan cerca de Berlín.

A pesar de la chaqueta amplia con cremallera y el pañuelo de seda roja, un observador atento habría visto que el jinete llevaba pantalones de montar y botas pertenecientes a un uniforme militar. Siempre iba allí directamente desde la iglesia. Formaba parte de sus antiguas costumbres.

El coronel Alex Horner llevaba demasiado tiempo en el Ministerio de la Guerra. La institución del servicio militar obligatorio había hecho que el ejército alemán alcanzase una magnitud increíble y que el papeleo fuese abrumador. El Bendlerblock se había convertido en una casa de locos. A algunos colegas suyos destinados a un despacho —sobre todo a los viejos— les gustaba ser el centro de atención, se divertían con las pequeñas rencillas interdepartamentales y les complacían los refinados placeres de la vida urbana, pero aquel trabajo burocrático era aburrido para un oficial joven y dinámico, y demasiado agobiante para el enérgico y ambicioso Horner.

Para complicar las cosas, la guerra civil española duraba ya más de un año y el ejército alemán la utilizaba como campo de batalla para probar tropas, oficiales, tácticas y armas. Y ahora que casi tenía conseguido un destino allí, Chisi, su esposa, le comunicaba que estaba embarazada. No es que fuese a afectar a su decisión de ir a España, porque al casarse habían acordado que su carrera era lo primero, pero ella no tenía familia en Berlín y le parecía mal dejarla sola.

Iba pensando en aquellas cosas mientras corría montado en *Pola*, un magnífico ruano de las caballerizas Bernau cercanas a Berlín. Aquellas salidas los domingos por la mañana eran una delicia, y él quería a su mujer, pero también apreciaba estar solo de vez en cuando. Y aquellos paseos a caballo de los domingos eran el único desahogo a su agobiante vida cotidiana.

Dirigía las caballerizas el exsargento mayor Winkel, un camarada de la guerra. Resultaba gracioso pensar que Winkel había vuelto a Berlín tan

enfermo por efecto del gas cloro inglés, que los médicos casi le dieron por desahuciado. Seis meses, le habían dicho, o quizá un año, si evitaba los repugnantes humos que las factorías y centrales eléctricas de Berlín difundían como una manta negra sobre la ciudad.

En consecuencia, Winkel tomó la pensión que le correspondía por incapacidad total, la guapa hija de un granjero, junto a los dos buenos caballos que aportaba como dote, y montó unas caballerizas en un lugar que era campo abierto. Y ahora, veinte años después de la guerra, estaba tan fuerte como siempre había estado y sacando los cuartos a oficiales como Horner que querían un caballo decente en lugar de los que el ejército procuraba para la equitación.

Era el mes de enero y hacía frío. Había dado una buena carrera al caballo y luego le dejó andar al paso en el kilómetro final para que se refrescase. Conocía el camino de regreso mejor que él. Y mientras, aprovechaba para pensar en España, en las nuevas tácticas, y en la Legión Cóndor y sus colegas que allí se estaban labrando una fama. En seguida —demasiado pronto— avistó las blancas puertas de los establos. Había concluido otra excursión dominical.

Dejó al caballo ir al paso a su aire cuando sus cascos hollaron la superficie irregular de los adoquines. Los especialistas decían que a los caballos les gustan los adoquines, pero *Pola* parecía una excepción. Cuando entraba en el patio, Alex vio a Winkel y a su hijo quinceañero buscando el pinchazo de una cámara de bicicleta en un barreño con agua.

—Winkel, déjame a mí —dijo Horner rechazando su ayuda con un gesto. Winkel siempre le procuraba su caballo preferido, *Pola*, y a Horner le gustaba cuidarlo. Le gustaban los establos, el olor a sudor y a estiércol de los viejos arreos; y también le agradaba ver al exsargento Winkel. La cómoda existencia de Winkel corroboraba su idea de que el ejército cuidaba a sus hombres. Bernau estaba en las afueras del Gran Berlín, a media hora de tren desde la estación Stettiner, pero no dejaban de acudir allí oficiales que aseguraban la prosperidad de Winkel.

Después de la muerte de su padre —ahora que su hermano mayor había heredado la finca de Prusia oriental y le escribía una sola vez al año—, era aquel sentimiento de la estrecha camaradería en el ejército lo que animaba la vida de Alex Horner. En cierta ocasión, hacía años, durante el terrible período en que el ejército sufría la disgregación a manos de bolcheviques y revolucionarios, un fiero coronel de artillería le había preguntado si estaría dispuesto a morir por sus país. Era la clase de pregunta que sólo un viejo que

había pasado los años de guerra en el cuartel general de la división a treinta kilómetros del frente podía plantear a un joven subalterno como Horner, que había prestado gran parte del servicio en primera línea. Horner —que por entonces era un simple teniente— había contestado inmediatamente que sí, pero una respuesta más acorde a la verdad habría sido que sí estaba dispuesto a morir por el ejército. Amaba al ejército, y quizá fuese un reflejo significativo de la relación con su padre el hecho de que el recuerdo del que más se enorgullecía eran las palabras de enhorabuena que le había dicho al graduarse en Lichterfelde y volver a casa con el uniforme del regimiento.

Mientras entraba a *Pola* en los oscuros establos, adaptando la vista al cambio de luz, no vio la figura que estaba junto a la escala que ascendía hasta el montón de heno.

—Hola, Alex.

Era un hombre de aproximadamente su edad. Un hombre con un sombrero de fieltro verde y un abrigo de cuero negro con bufanda gris liada al cuello con ese estilo descuidado que a veces adoptan los estudiantes.

—Pauli...

Pauli tomó al caballo de las riendas sin contestar, pero Alex Horner reconoció, efectivamente, a su viejo amigo.

—¿Cómo me has encontrado aquí, Pauli? —inquirió saltando del caballo y estrechándole la mano. A continuación se volvió de nuevo al caballo, le soltó la cincha y le quitó la silla.

Pauli cogió la silla de montar y la colgó en la puerta de media altura.

—¿Así que Winkel sigue con esto? —dijo Pauli. Los dos conocían a Winkel de la guerra; años atrás, Pauli había cabalgado con Alex unos cuantos domingos, pero lo había dejado porque Inge decía encontrarse sola.

Pauli se quitó el abrigo y el sombrero y se puso a ayudarlo. Cogió paja y comenzó a cepillar al caballo. En el lado opuesto, Alex hacía lo propio, y durante unos minutos estuvieron atareados sin decirse nada; finalmente, Alex rompió el molesto silencio.

—A ver si adivino a qué has venido. ¿A contarme los intrínquilis de la caída de nuestro querido ministro de la Guerra?

—Ésa es otra historia —dijo Pauli—. El mariscal de campo Von Blomberg está acabado: nadie puede hacer nada por él y tendrá que dimitir.

—Antes de casarse con esa mujer, Blomberg tenía que haberse imaginado que era una puta, ¿no crees?

—No soy experto en mujeres ni en los entresijos de la mentalidad de los oficiales del ejército —contestó Pauli.



—No obstante... —replicó Alex con una sutil sonrisa— tendría que haber... —añadió aguardando a que Pauli soltase prenda.

—La gente no suele consultar al departamento de identificación de la Kripo antes de proponer el matrimonio —contestó Pauli.

—¿Fue simple mala suerte que alguien viese esas fotos pornográficas y luego la reconociese en las fotos de la boda?

—No hubo fotos de boda, que yo sepa. Fue una ceremonia muy íntima.

—Muy íntima —repitió Alex con sorna—, con el Führer y el general Göring de testigos —añadió aguardando a que Pauli sonriese por lo del general Göring—. ¿Y la policía cómo lo averiguó?

—Por la tarjeta de cambio de dirección —respondió Pauli.

—Bueno, Blomberg es ya mayorcito y perro viejo para cuidarse —dijo Alex—. Que dimita. Hay muchos que pueden sustituirle. No me gusta que la gente señale con el dedo al ministro de la Guerra diciendo: «Mira, el mariscal Werner von Blomberg, el viejo imbécil que se casó con una puta». Sería el hazmerreír del ejército.

—La señora del Generalfeldmarschall no era una puta, según la ficha policial —dijo pacientemente Pauli—. Posó para fotos pornográficas.

—Pues entonces debe ser una buena pieza —dijo Alex.

—Cuando trabajas en la Gestapo, te das cuenta de la cantidad de gente rara que hay —dijo Pauli.

—Yo no apruebo eso que llaman sociedad tolerante —dijo Alex tirando el puñado de paja y alejándose.

—Alex, eres un remilgado; siempre lo has sido —dijo Pauli.

—Tú tildas así a todo el mundo. Me acuerdo que lo decías de tu hermano —replicó él alzando la voz conforme cruzaba la puerta para entrar en los vestuarios.

—Y sigo diciéndolo —gritó Pauli.

—Tómame una copa —dijo Alex Horner, que regresaba con la guerrera al brazo y una cantimplora en la mano.

—He dejado la bebida. De verdad.

—Un schnapps no te hará daño. Mejor que todos esos cigarrillos que fumas —dijo Alex quitando cuidadosamente el tapón de plata del recipiente y llenándolo; tras ofrecérselo a Pauli, lo vació de un trago. También aquello formaba parte de la rutina dominical de Alex Horner.

—Los cigarrillos no entorpecen mi juicio, Alex.

—¿Tan terrible sería un juicio desacertado? No estás en el campo de batalla.

—Ah, pues claro que lo estoy, Alex —replicó Pauli contemplando cómo el coronel Alex Horner se enfundaba su elegante guerrera. Sentía cierta envidia. De no haber sido por una idea desacertada, más la actuación despechada del cerdo de Brand, él estaría vistiendo el mismo uniforme de coronel y trabajando con su amigo. Pero no quería pensar en eso; nunca perdía mucho tiempo en lamentarse. Se había criado a la sombra de la brillante carrera de su hermano y, habida cuenta de sus escasas posibilidades, se consideraba satisfecho con su suerte. Pero, aun así, el coronel Horner tenía un magnífico aspecto, a pesar de que tuviera que lucir aquellas ridículas insignias con la cruz gamada. Pauli, pese a su afiliación al partido, pensaba que Von Blomberg no debería haber autorizado a que el ejército alemán ostentase la insignia de un partido político: era indigno.

—¿Vienes a casa a almorzar con nosotros? Chrisi habrá preparado un caldo y bratwurst, pero habrá comida.

—Gracias, Alex, tengo que volver al despacho.

—Chrisi no hace más que decir a ver cuándo venís a cenar.

—El mes que viene será más fácil.

—¡Hoy es domingo! Mira que trabajáis... Ahora sois Gestapo, ¿no?

—Pero procuro seguir trabajando en el SD. Es muchísimo trabajo.

—Bueno, entonces dime qué te trae por aquí.

—¿Tienes mucha amistad con Von Fritsch?

—Nadie tiene amistad con él —respondió Alex sin dudarle un instante.

El coronel general Werner Freiherr von Fritsch, comandante en jefe del ejército alemán, era un personaje temible.

—¿Es homosexual?

—No. ¿Fritsch homosexual? Ni pensarlo.

—No está casado —objetó Pauli.

—¿Me estás hablando oficialmente?

—Sólo trato de ayudar.

—Mira, Fritsch no es homosexual; pondría la mano en el fuego. Ahora bien, ¿qué más podría decirte?

Era uno de esos raros momentos en que Alex Horner mostraba cierto disgusto.

—Alex, no vengo en plan oficial. Somos viejos amigos. Yo sólo quería hablar contigo.

—¿Del comandante en jefe?

—La policía de ferrocarriles de la estación de Wannsee detuvo a una escoria llamada Otto Schmidt que merodeaba por la estación. Se gana la vida

chantajeando a homosexuales y durante el interrogatorio comenzó a decir nombres. Y uno de los que nombró era Fritsch.

Alex Horner mostró alivio e irritación.

—Santo Dios, Pauli, ¿no irás a tomar eso en serio...? El tipo querría hacerles creer que conoce gente influyente. ¿Qué otros nombres dio?

—Muchísimos: el jefe de policía de Potsdam y el ministro de Economía.

—Ya ves —replicó Alex sirviéndose más schnapps y alzando el vasito, pero Pauli volvió a rehusarlo. Alex lo apuró de un trago. Generalmente en domingo sólo tomaba una copa, pero aquel día era distinto.

—No creas —insistió Pauli—. La policía le condujo al departamento de la Gestapo encargado de la represión de la homosexualidad...

—¿Existe un departamento para eso? —inquirió Horner limpiándose los labios con el dorso de la mano.

—Pensamos en todo —contestó Pauli con soma, mirando fijamente a Alex; se había vuelto un atento observador. En el establo de al lado, un caballo inquieto apoyó el peso contra el tabique de madera haciéndolo crujir—. Y le enseñaron fotos, y él señaló la del comandante en jefe.

—Una prueba poco convincente.

—Está dispuesto a declarar —prosiguió Pauli sin dejar de mirar fijamente a su amigo— que vio a Fritsch cometiendo un acto homosexual con un joven que se ligó en la estación de Wannsee.

—¡Ah! —exclamó Alex conteniendo su emoción—. ¿Y qué pasará ahora?

—Ya ha pasado bastante. Al Führer le entregaron un expediente sobre el caso. Se lo llevó personalmente el Riechsführer Himmler para que no trascienda.

—¿Y...?

—El Führer dijo: «Queme esa porquería».

—Bravo por el Führer. ¿Lo han quemado?

—No quemamos nada.

—Bah —dijo Alex con un suspiro—. Vamos, Pauli amigo, en el Tercer Reich se queman cosas. ¿O es que no he visto yo no hace tanto montones de libros de autores judíos quemados en Unter den Linden? En la plaza de la Ópera; me paré a verlo. Una enorme hoguera. Había allí bastantes libros que me gustaban: Freud, Gide, Proust, Zola, Wells, Zweig, Mann...

—Me gustaría que me creyeses, Alex.

—¿Pero qué quieres que haga?

No era fácil ayudar a la gente; Pauli lo comprobaba una y otra vez. Todos actuaban como si les hablase en un idioma incomprensible.

—Que prevengas al general Fritsch.

—Pero ¿es que quieres que entre en su despacho y le diga que Hitler sospecha que ha cometido un acto homosexual en la estación de Wannsee?

Y seguía sin entrarle en la cabeza. Todos aquellos años en el ejército parecían haberle hecho incapaz de entender cómo funcionaba la vida política alemana. Pauli se lo explicó lo más sencillamente que pudo.

—Ahora que por lo visto Blomberg va a saltar, Göring convencerá a Himmler para que saque a relucir el asunto Fritsch.

—Pero ¿por qué?

—No seas ingenuo, Alex. Göring quiere el ministerio de Blomberg y el primer candidato actualmente es Fritsch. «Ministro de la Guerra Göring», le encantaría.

—¿Y en qué iba a beneficiarse Himmler?

—Si salta Fritsch, el Reichsführer de las SS aprovecharía la oportunidad para ampliar sus poderes.

—¿Himmler ampliar poderes? Por Dios, si ya tiene a su mando toda la policía de Alemania. Y ahora ya ha ampliado su ejército de las SS a tres regimientos, más una compañía operativa de ingenieros y una unidad de comunicaciones...

—Sobresaliente a la inteligencia militar, Alex. Estás bien informado —dijo cogiendo un cigarrillo y encendiéndolo—. Y además los campos de concentración. Las Totenkopfverbände<sup>19</sup> que vigilan los campos de concentración están también bajo su mando.

—¿Y tú también?

—Sí, yo también.

—Entonces, ¿por qué has venido?

—¿No lo sabes, Alex?

Alex hizo una pausa.

—¿Por el ejército? ¿Tanto significa para ti aún?

—No lo sé, Alex. Quizá sólo quiera demostrar que a veces puedo ser mi propio dueño. Inge suele decirme que debería ser dueño de mí mismo —respondió Pauli poniéndose en pie y cogiendo el abrigo del gancho.

Alex contempló a su amigo ponerse el pesado abrigo de cuero. Pauli se movía como un viejo inválido. Dios sabe lo que andaría haciendo aquellos días, pero tenía aspecto de estar trabajando mucho. El mismo Bendlerblock dejaba a los suyos libre el domingo.

—Tú tampoco te lo crees, ¿verdad?

—¿Lo de Fritsch? No. Es una tontería. El que pagó por chantaje a ese Schmidt es alguien muy distinto: un tal capitán Von Fritsch, retirado.

—¿Cómo lo has sabido?

—En la primera declaración de Schmidt figuraba la dirección y fui a hablar con él. Acosado a preguntas, acabó por confesarlo; y tenemos los balances del banco para demostrar los pagos.

—Entonces, todo arreglado —dijo Alex. Pauli dio unas palmaditas al caballo, que le hoció con afecto. Le encantaban los caballos; siempre le habían gustado.

—No, no está todo arreglado. Más vale que alguien ponga a Fritsch sobre aviso.

—¿Sobre aviso de qué? Él nada tiene que ver. Lo acabas de decir.

—Para decirle que ser inocente no es ninguna defensa —replicó Pauli sonriendo y abrochándose el abrigo, dispuesto a no hablar más del asunto. Ya había dicho demasiado.

Alex asintió con la cabeza y se tomó otra copa. El mundo se había vuelto loco.

## «Caso Otto»

La noche de aquel viernes 11 de marzo de 1938, el acontecimiento social más rutilante de Berlín fue sin duda la regia fiesta dada por Göring en el edificio Haus der Flieger, recién rebautizado y reformado, antigua sede de la Dieta prusiana en Prinz-Albrecht-Strasse.

El propio Göring, con cuarenta y cinco años, comandante en jefe de la recién creada Luftwaffe y director de aviación civil, acababa también de ser nombrado mariscal de campo. El ascenso era en desagravio por no haberle confiado el Ministerio de la Guerra de Von Blomberg (que Hitler se había reservado para sí). Aquella noche llegó a la fiesta con el rostro sonrosado y eufórico. Vestía el nuevo uniforme de mariscal con todas las condecoraciones. Al cuello exhibía la Orden Pour le Mérite, máxima condecoración alemana al valor, que había ganado como piloto de caza en la guerra. De poca estatura, como es el caso de muchos pilotos de caza, y muy gordo, Göring derrochaba simpatía aquella noche.

Era una fiesta suntuosa: más de mil invitados, entre ellos diplomáticos y funcionarios de alto rango; con orquesta, cantantes y el ballet de la Ópera de Berlín. Entre los artistas que participaban ocupaba relevante papel Erich Hennig con la interpretación de una sonata para piano de Beethoven.

Desde que había actuado ante el Führer en el festival Bach de Leipzig de 1935, Erich Hennig era una celebridad del Tercer Reich. Una vez objeto de la admiración de Hitler, se había hecho famoso por sus interpretaciones de Bach, Beethoven y Mozart, y se le oía con frecuencia por la radio. Hennig, que era un hombre bien parecido, delgado y algo estirado, con un bigote bien recortado y profundos ojos negros, había cultivado el aspecto que el público espera de un concertista de piano. Era su aspecto —y ritos como echarse hacia atrás en ágil movimiento los faldones del esmoquin y «lavarse» velozmente las manos antes de atacar el piano—, además de su talento, lo que le había servido para tener asegurado un puesto en el nuevo medio de comunicación: la televisión. El 22 de marzo de 1935 Alemania había inaugurado el primer sistema mundial de transmisión pública televisiva, y, a

pesar del reducido número de aparatos receptores, los artistas como Erich Hennig se estaban convirtiendo en «personalidades» famosas.

Por eso cuando aquella noche la conocida figura de Erich Hennig hizo su aparición en el escenario, recibió un aplauso mucho más nutrido que el otorgado a otros artistas.

—Erich os habría conseguido entradas —dijo Lisl Hennig a su hermana Inge, tras enseñarle unas fotos de su hijo de ocho años.

—De todos modos nos habrían invitado —respondió Inge, altiva—. A Pauli le dan entradas para todos los actos importantes.

—Qué estupendo —dijo Lisl guardando las fotos en el bolso. Inge fingía a veces preferir la libertad de no tener hijos, pero, mirando las fotos de Lisl, su rostro traicionaba sus deseos de tener un niño. Y Pauli, a diferencia de Erich, era estupendo con los críos.

—Perdona que no quite los ojos del escenario, pero es que seguramente a Erich van a presentarle al mariscal Göring y quiere que esté a su lado.

—¿Cómo está papá? —inquirió Inge para cambiar de tema.

—Echa mucho de menos a mamá, aunque casi no lo menciona; pero sin ella no es el mismo. No nos damos cuenta de lo viejo que es, pero ya le falla la memoria y pierde la noción del tiempo. La semana pasada le dije que te había visto comprando pescado en K-D-W y me pregunta: «¿Va a casarse Inge con ese joven Peter Winter? Es un joven muy atento». Yo le digo: «Papá, se ha casado con el hermano». Y él: «Ah, ¿eso es legal?». Nos echamos a reír. Estábamos cenando, y Erich se rió tanto que casi se ahoga. Sí, papá dice a veces cosas raras —añadió Lisl conteniendo la risa.

Pero Inge no se rió.

—Pauli no ha podido venir —dijo—. Está haciendo la maleta para irse a Viena.

Aquello no debería haberlo comentado; Pauli la había hecho jurar que guardaría el secreto, pero ya estaba harta de los comentarios de su hermana.

—¿A Viena? Entonces, ¿es verdad lo del Anschluss?

—Mañana al amanecer nuestras tropas cruzarán la frontera. Dios quiera que los austríacos no comiencen a disparar.

—¿Disparar? No digas tonterías, Inge. A los austríacos les encantará formar parte del Reich —dijo mirándola de hito en hito—. ¿Y por qué va Pauli allá?

—Para ocuparse de los disidentes, los marxistas y los agitadores. Muchos delincuentes alemanes han encontrado refugio allí.

—Y judíos —añadió Lisl.

—Sí. La Gestapo tiene una lista de casi cien mil con dirección en Viena —dijo Inge.

—Entonces Pauli estará allí bastante tiempo.

—No, a Dios gracias. El Reichsführer de las SS ha prometido que reinará plena seguridad en Viena para la visita del Führer el martes. No soportaría estar sin Pauli una semana. Le echo mucho de menos y él me necesita, Lisl. Sin mí, el pobre ni se acuerda de cambiarse de ropa interior, y no come bien cuando está fuera de casa.

Aquella noche, a las diez y media, a los selectos músicos y miembros del *corps de ballet* y del *corps diplomatique* a quienes se había anunciado la posibilidad de estrechar la mano al mariscal de campo Hermann Göring, se les comunicó que había quedado anulada aquella presentación.

Aunque no se adujo motivo alguno, se debía a que Göring —que había desempeñado un importante papel en los planes de anexión de Austria— estaba encerrado con uno de sus invitados. Göring estaba decidido a convencer al doctor Mastny, embajador checoslovaco, de que la agresión alemana no era ningún presagio de amenaza para su país, sino una simple «cuestión familiar», decía Göring —pues en realidad los austríacos eran germanos—, y Alemania estaba decidida a mantener excelentes relaciones con Checoslovaquia, y esperaba que Checoslovaquia no decretase la movilización ante aquel asunto estrictamente alemán.

El doctor Mastny no quedó totalmente convencido.

—Qué vestido más bonito, Inge —le dijo Lisl con absoluta sinceridad, porque era un vestido largo de seda gris tornasolada que brillaba a la luz de las arañas. El corpiño era abotonado hasta el cuello, inspirado claramente en algún atuendo tradicional alemán. Era un «modelo» exclusivo, que Inge había elegido en uno de los caros modistos de la Ku'damm. Pensaba llevárselo a Obersalzberg la próxima vez que fuesen, porque sabía que era el tipo de vestido que le gustaba al Führer—. Debe haberte costado una fortuna.

—Bueno, es que le dije a Pauli que, ahora que es un hombre importante, yo tengo que vestir en consonancia.

—Tienes suerte —replicó Lisl—. Erich es muy roñoso cuando se trata de mi ropa.

—Pues tienes que hablar con él —respondió Inge— porque vosotros recibís a muchos artistas, y si tienes que asistir a actos como éste, en donde se ven muchos extranjeros, es importante que tengas buena apariencia. Los alemanes tenemos que demostrarles que ocupamos un nuevo lugar en el mundo.



—Eso está bien con Pauli —respondió Lisl—, pero con Erich no se va a ninguna parte. Si le digo que no tengo qué ponerme, es capaz de dejarme en casa.

El coronel Alex Horner lo supo oficialmente el miércoles 10 de marzo. Todo empezó poco antes de las nueve de la mañana, al llegar el general Wilhelm Keitel. Aunque Keitel ostentaba el cargo oficial de jefe del Comando de Fuerzas Armadas (el OKW, departamento creado por Hitler en sustitución del Ministerio de la Guerra de Von Blomberg), todos sabían que Keitel era un simple botones de Hitler.

Pero, como observó Alex Horner, «el botones de Hitler» era capaz de animar al Bendlerblock. Al deshacerse Hitler de Fritsch y Blomberg, era él quien implacablemente había efectuado una purga entre los generales ordenando cincuenta traslados y retiros forzados. Y ahora que Keitel cruzaba inesperadamente aquella puerta, se mascaba el temor en todos los pasillos.

Los austríacos querían celebrar un plebiscito el sábado como llamamiento a la opinión mundial y para oponerse al ultimátum alemán. El Führer había decidido impedirlo ocupando Austria el mismo sábado. Era ya media mañana del miércoles, y el superior inmediato del coronel Alex Horner —un elegante y culto general de quien Horner había llegado a desconfiar, si no despreciar— le llamó urgentemente.

—¿Tenemos algo en relación con Austria, coronel Horner?

—Nada en el sentido de planes militares, mi general.

—¿No tenemos planes para el caso de ataque de Austria? ¿Nada?

Lo decía procurando mantener su estilo habitual altanero y condescendiente, pero Horner notó que estaba entre la espada y la pared.

—Nada, mi general.

—Vamos, Horner, el general Jodl dice que sí hay algo.

—¿Dijo lo que era, mi general?

—A mi entender es un dispositivo muy poco práctico que se planeó ante los rumores de que Austria quería restablecer en el trono a Otto de Habsburgo.

—No lo recuerdo, mi general —contestó Horner.

—Cree que se llama Caso Otto. A ver si está archivado abajo en algún almacén. Ponga a unos oficiales de confianza a revisar los archivadores.

—Inmediatamente, mi general.

—Ah, coronel Horner. He decidido rechazar su solicitud de destino en España.

—Lo que usted diga, mi general.

—Bien, ya sé que le decepcionará, pero con su mujer embarazada del primer hijo y la decisión del alto mando de reducir las tropas en España...

—Lo entiendo, mi general.

El general no era la clase de persona que toma en consideración los deseos de las embarazadas; lo que sucedía es que tenía un enchufado para el destino en España.

—¿Qué le parecería, en vez de eso, un fin de semana en Viena? Por lo visto el ejército tiene ese objetivo.

—¿Viena, mi general?

—Mecanografiése unas órdenes de incorporación a una de las unidades en orden de combate. Yo elegiría una formación de Panzers, a menos que prefiera la dura marcha.

—Es usted muy amable, mi general.

—Ya habrá tiempo para lo de España, Horner. Ese joven general Franco va a tardar en derrotar a los rojos, a juzgar por el suministro de armamento de los rusos.

—Sí, mi general.

—No vaya a España, coronel Horner. Está llena de moscas y de mendigos. La comida es horrible: aceite de oliva con arroz y cosas raras. Vaya a Viena; mejor comida, música decente y mujeres mucho más bonitas.

—Comenzaré a buscar los planes del Caso Otto, mi general.

—No se rompa los cascos, coronel. Si esos planes existiesen, yo los habría visto. Y no lo recuerdo.

—Creí que el general Jodl...

—Coronel, el general Jodl se está haciendo viejo. Vaya usted a cepillarse las botas de baile, mande un par de oficiales abajo, vaya a preparar las órdenes y me las pasa a la firma ahora que estoy de buenas.

—Sí, mi general. Gracias.

Mientras tanto, Keitel había abandonado apresuradamente el edificio para acudir a la Cancillería del Reich a la entrevista a las diez en punto con el Führer, y dio un suspiro de alivio al saber que Hitler se contentaría con el Caso Otto. Pero cuando regresó a Bendlerstrasse no lo habían encontrado, y por más que buscaron los planes no aparecieron.

—Los típicos líos de Bendlerstrasse —dijo Alex Horner a los dos jóvenes oficiales que salían de los archivos con las manos y la cara llenas de polvo de

los viejos legajos.

Keitel fue a conferenciar inmediatamente con el general Beck, jefe de estado mayor, y cuando el Führer mandó comparecer a Beck, éste tuvo la suerte de encontrarse por casualidad con el general Erich von Manstein —el general más competente del ejército— y le pidió que le acompañase.

Manstein abandonaba la Bendlerstrasse, en donde, hasta la purga de Hitler, había sido jefe delegado del estado mayor. Se le suponía ya en el tren camino de Liegnitz, a donde había sido destinado al humillante puesto de comandante de la XVIII división de infantería.

Manstein tardó cinco horas en trazar los planes, a los cuales, para ocultar el hecho de que se habían perdido, se les dio el código de «Caso Otto». A las seis y media de la tarde se cursaban órdenes para que los teletipos movilizasen tres cuerpos de ejército y las correspondientes unidades de aviación.

Alex Horner encontró una excusa para entrar en el salón en el que estaba trabajando el legendario general Manstein. Era un hombre de aspecto feroz, de pelo gris, espesas cejas y una nariz enorme. Pero aquella ferocidad no estaba dirigida a nadie en particular. Todos recordaban que Manstein había sido la voz en el desierto que había protestado por la orden de 1934 que obligaba a los judíos a abandonar el ejército. Además, Manstein no se amilanó y puso por escrito sus objeciones y las envió al Alto Mando, protestando por la aplicación de semejante trato a hombres que habían demostrado, por su enrolamiento voluntario, estar dispuestos a dar la vida por Alemania; y añadió que el ejército había demostrado cobardía en ceder ante el partido nazi en aquel asunto. La valiente protesta de Manstein había alarmado a los generales, que no querían menear las cosas. Blomberg, ministro de la Guerra, se puso furioso y ordenó al general Werner von Fritsch (comandante en jefe del ejército) que adoptase medidas disciplinarias contra Manstein, pero el leal Fritsch respondió que no era competencia del Ministerio de la Guerra.

Ahora no estaban ni Blomberg ni Fritsch, y Manstein ponía a punto los planes de Hitler para invadir Austria.

### *ALTO SECRETO*

*Si otras medidas no dan resultado pretendo invadir Austria con fuerzas armadas para establecer las Condiciones*

*constitucionales y evitar ulteriores ofensas a la población germanófila.*

*Las tropas del ejército y de la fuerza aérea designadas para esta operación, deberán estar listas para la invasión el 12 de marzo de 1938, a las doce horas como máximo.*

Parecía haber pasado una eternidad, pensó el coronel Alex Horner sentándose en lo alto de un tanque estropeado parado en el arcén.

Junto a él tomó asiento su viejo amigo el capitán Von Kleindorf, que vestía el uniforme negro de tanquista.

—Es que no son tanques —despotricaba Von Kleindorf, dando puñetazos en el acero del PzKw IA—. Cinco metros de longitud y por único armamento un par de ametralladoras. Un cacharro que sólo pesa seis toneladas... ¡Fíjate!

Alex no quería mirarlo; lo odiaba igual que a todas las horribles cajas de acero como aquélla.

—¿Y por qué los tenemos?

—Pregunta a tus amigos de la Bendlerstrasse —replicó Von Kleindorf—. Supongo que para los desfiles ante las cámaras de los noticiarios. Tenemos mil quinientas máquinas de éstas para dos tripulantes y cientos de ellos aún tienen el maldito motor Krupp de cuatro cilindros igual que éste.

—Lo sé —contestó Alex. No lo sabía realmente, pero había visto tantos averiados en los arcones de las carreteras de Alemania que la cifra no le sorprendía.

Ante ellos pasó una compañía de infantería. Se disponían a reírse de aquellos soldados del tanque averiado, pero el sargento advirtió el uniforme de los dos oficiales y ordenó atención.

—Y las malditas tropas de las SS, todas en camiones —comentó Von Kleindorf con amargura—. ¡Y con auténticos uniformes grises de campaña del ejército!

—Guderian no debería haber aceptado que esas unidades de las SS fuesen con nosotros en el cuerpo expedicionario —dijo Alex.

—¿Y qué remedio le quedaba? —replicó Von Kleindorf—. Los tanques requieren el apoyo de infantería motorizada, y Himmler sabe apañárselas para conseguir camiones. Nuestros pobres desgraciados tienen que ir a pie.

No era exactamente así —la mayoría de las unidades de infantería que pasaban iban montados en vehículos de tracción animal—, pero Alex había estado en vela toda la noche, se encontraba cansado y no tenía ganas de discutir.

—¡Esos dos oficiales! ¡Vengan aquí, rápido!

Se habían detenido dos grandes coches descubiertos del estado mayor; el segundo había frenado en un tramo con barro y casi chocó con el primero. Los oficiales de estado mayor saltaron del modo que suelen hacerlo cuando quieren impresionar a su comandante.

—Es a nosotros —dijo Von Kleindorf.

—*Ja* —dijo Alex Horner saltando a tierra.

—¡Vengan aquí!

Se acercaron a toda prisa. Era un teniente general, con el cuello del abrigo desabrochado para mostrar sus solapas carmesí, distintivo del rango de general. Permanecía de pie en el Mercedes, apoyando un brazo en el parabrisas y agitando impaciente en la otra mano un par de lujosos guantes de cabritilla. Tanto en la cara como en el uniforme tenía manchas de barro.

—Un coronel ha autorizado a los comandantes de tanques a romper los sellos de las gasolineras civiles —comenzó a decir el general con aire de fiscal—. Un coronel con casco pintado de verde oscuro me han dicho. ¿Ha sido uno de ustedes dos?

El casco de Alex Horner estaba pintado de verde oscuro, desde las maniobras del anterior octubre. Todos los soldados del cuerpo expedicionario llevaban también el casco pintado de verde.

—Sí, mi general, yo lo autoricé —contestó Alex.

—¿De las gasolineras civiles?

—No tenemos convoy de abastecimiento, mi general.

—¡Eso es un robo!

—Sí, mi general.

—¿Cómo se llama?

—Coronel Horner, mi general.

—¿Quién es su comandante?

—Me ha incorporado Berlín, mi general; la oficina de operaciones del OKW.

—Ah, viene de turista, coronel... Supongo que a probar los escalopes. Bien, pues deje sus malditas actividades delictivas para el Bendlerblock. Quizá allí hagan así las cosas, pero mientras tanto, cuando los tribunales reclamen daños y perjuicios para esos civiles, ya me encargaré yo de que le hagan responsable. ¿Está claro, coronel Horner?

—Sí, mi general.

Detrás del aparatoso general, uno de sus ayudantes observaba burlón la tensión de Alex.

—¿Qué es lo que esperan aquí?

—A la sección de reparaciones. Se ha roto una llanta y no tenemos eslabones de repuesto, mi general.

—A ustedes no les necesitarán para la reparación. Suban al coche; los llevaré al puesto de mando de la división. ¿Tienen algún equipaje?

—No, mi general.

—¡Adelante, chófer!

Apenas se había oído el ruido de las puertas al cerrarse de golpe, el conductor del general desembragó y el vehículo salió disparado. Por el retrovisor, Alex vio que el segundo coche los seguía a toda velocidad.

—¿Y usted cómo se llama, capitán? —gritó el general mientras el coche saltaba y patinaba por la estrecha carretera.

—Capitán Von Kleindorf, mi general.

—¿Kleindorf? ¿Es hijo del general Von Kleindorf? Estuvimos juntos en mil novecientos dieciocho. ¿Está bien?

—Sí, mi general.

—Salúdele de mi parte la próxima vez que le escriba.

—Sí, mi general.

—Miren esos estúpidos. ¡Chófer, pare! —El coche patinó y se detuvo, y de nuevo el segundo coche evitó por poco la colisión—. ¡Sargento! ¿Dónde está su comandante? Que venga inmediatamente. ¿Por qué están parados? ¿No tienen combustible? Vaya, vaya, hombre, ¿y por qué no lo cogen sobre la marcha? Pongan gasolina de una de esas estaciones de servicio civiles. Si no se la dan con una firma, cójanla a punta de pistola. ¿Me entiende? Bien. ¡Adelante, chófer!

Y el coche reemprendió la marcha de un salto.

—¡Alto, chófer! Venga aquí, sargento. ¿No sabe que todos los vehículos deben ir engalanados con flores o banderas, y a falta de eso, con ramas? ¿No le han dicho que las unidades deben presentar un aspecto alegre? Busquen hojas y arréglole inmediatamente. Sonría, sargento. ¡Sonría!, ¿me oye? Así. Y mantenga esa sonrisa hasta llegar a Viena. Queremos que esos comedores de bolas de pasta celebren nuestra llegada. Es preferible eso a tener que combatirlos. Vamos, sargento. ¡Continúe, chófer!

Y el general siguió así todo el camino incordiando a todas las columnas. Pero muchas de las averías se debían a fallos mecánicos demasiado serios para que los acerados comentarios del general surtieran efecto. Aquel día, Alex Horner vio tanques y camiones rotos durante todo el itinerario hasta Viena.

—¿Quién es ese paisano, capitán? ¿Un mecánico austríaco arreglándole el camión? ¿No puede arreglarlo usted mismo? Es usted un baldón para el uniforme que lleva, capitán. No, no le interrumpa. Si su imbécil de conductor no lo sabe arreglar, que siga ese austríaco. Pero no espere esa clase de ayuda de los civiles cuando invadamos Polonia, capitán.

—¿Polonia, mi general?

—No se lo tome así, capitán. Era una broma. Al menos hasta que el Führer decida que no lo es. ¡Chófer, adelante!

Dando tumbos con la cabeza en el respaldo de cuero, el general hizo una pregunta a su pasajero.

—Bien, ¿qué piensa de nuestro nuevo ejército de reclutas ahora que los ha visto en acción, coronel Horner?

—Hay problemas, mi general.

—¡Ah! ¡Incluso un miembro del Bendlerblock lo ve! Menos mal. Sí, coronel, hay problemas. Por lo que observo, el cincuenta por ciento aproximadamente de la fuerza motorizada y blindada ha sufrido averías. La maquinaria es mala, el mantenimiento deficiente y el ejército ha tenido que ascender a soldados rasos competentes a la graduación de suboficiales incompetentes, y competentes subalternos jóvenes a capitanes ineptos. Eso es lo que se ha conseguido con la leva. El oficial joven medio carece de iniciativa hasta para pegarse un tiro.

—Tal vez mi general es excesivamente crítico —se atrevió a comentar Alex.

—¡Tonterías! Véalo usted mismo. ¿Se ha fijado en el sargento de antes? No tendría mucho más de diecinueve años y lleva treinta hombres a su cargo. ¿Qué puede saber un muchacho de esa edad de mandar hombres?

—Quizá ha estado en las Juventudes Hitlerianas, mi general —replicó Alex.

—No me hable de las Juventudes Hitlerianas —respondió el general—. Recibo constantes quejas de los suboficiales por los comentarios que les hacen esos mierdas, y también de los oficiales. ¡Eso lo voy a suprimir! Les aseguro que se acabará... Y me da igual que sean ustedes nazis. No voy a consentir que esos mierdas recién reclutados se metan con mis veteranos.

—Desde luego que no, mi general.

—Ni pienso ascender así como así a esos engreídos críos nazis.

—Claro, mi general.

—¡Ah! ¿Está de acuerdo, Horner? ¡Bien! ¿Es esa la actitud oficial en el Bendlerblock? ¿He de tomarlo como la reacción oficial del OKW?

—No, mi general. No tengo ni idea de cuál es la actitud oficial en esos asuntos.

—Ni yo, Horner. Ése es mi dilema, ¿comprende? Podría decirse que es el dilema del ejército. Llevamos estas preciosas águilas y esvásticas nazis de plata en el pecho, y hemos dejado de ser nosotros mismos. ¿Me comprende, Horner?

—Sí, mi general, le comprendo.



## **«No trabajes tanto, Pauli Winter»**

Malditos turistas alemanes; estaban por todas partes. Debían de haber seguido en cuestión de horas a las tropas que cruzaron la frontera. O quizá los más listos ya estaban en Viena. Ahí estaban: comiendo, comiendo y comiendo; como si estuvieran muertos de hambre. Cierto que se comía mejor que en el Reich, pero tampoco tanto. Naturalmente, el cambio era favorable al marco alemán, pero, aun así, a Pauli Winter le disgustaba ver las tiendas y restaurantes atestados de alemanes. Era indigno y lastimosamente parecido a los aprovechados de Berlín en aquellos aciagos días de 1919.

Tampoco le agradaba que algunos hombres de negocios alemanes solicitasen de aquel modo su ayuda para adquirir negocios judíos a precio de saldo. Muchos se habían molestado por su tajante negativa. Los había mandado a tomar vientos después de decirles cuatro verdades. Sonrió pensando en ello; no cabía duda de que eso le habría valido más de una enemistad, pero confiaba en que no llegase a mayores. Era una consolación del cargo que ejercía: nadie en su sano juicio se enfrentaba a un ejecutivo de la Gestapo.

Pauli Winter estaba disfrutando de aquella estancia en la ciudad que le había visto nacer. La recordaba bastante, pese a que hacía casi cinco años que no había vuelto. Pasó por delante de la Ópera hacia Ringstrasse. Un violinista zíngaro barbudo tocaba una melodía en la esquina. Deberían haberle detenido por vagabundo, pero Pauli echó unas monedas en el platillo. Aunque hacía frío, lucía el sol y se respiraba una atmósfera de euforia. La alegría de Pauli quedó afectada por la visión de unos judíos de edad madura arrodillados limpiando la calzada, vigilados por nazis austríacos de uniforme, mientras los peatones se detenían a mirar y algunos se burlaban.

Aquellos judíos no eran ningún peligro en su mayoría. Elegían a catedráticos de universidad y profesionales para barrer las calles y limpiar los lavabos públicos porque su aspecto respetable causaba mayor ridículo. Sabía que no eran peligrosos, porque todos los que tenían una ficha del menor acto

o comentario antinazi habían sido detenidos y encerrados a las pocas horas de su llegada a Viena.

Pronto, cuando estuviese listo el campo de concentración de Mauthausen, a orillas del Danubio, cerca de Enns, sería mucho más fácil. Así se ahorrarían los largos viajes en tren para llevar los presos a campos alemanes. Además, los presos trabajarían en la cantera de Mauthausen. Puede decirse que aquello había sido idea de Pauli Winter. El amplio análisis que había realizado sobre los informes de los campos de concentración concluía con la sugerencia de que los campos llegasen a autofinanciarse. En un apéndice de recapitulación pormenorizaba las clases de empresas de trabajos intensivos que deberían organizar las SS —tal vez confiscándolas a propietarios judíos— con vistas a aprovechar el trabajo libre de los campos de concentración para su propio beneficio. Canteras, cualquier tipo de canteras, y empresas como la fábrica de porcelana de Meissen eran particularmente idóneas. El Reichsführer de las SS le había enviado una carta manifestándole su interés y agradecimiento, y el propio Heydrich había sugerido que Pauli dejase la Gestapo y trabajase exclusivamente en el departamento de seguridad. Era un halagüeño cumplido, pero Pauli lo declinó cortésmente, alegando que su trabajo en la Gestapo (organización estatal) le otorgaba el derecho a la pensión completa como funcionario público, mientras el SD (organización del partido nazi) no le garantizaba igual prestación a largo plazo. Y eso era una cosa bastante injusta ahora que los guardianes de los campos de concentración —en su mayoría morralla sin trabajo— estaban oficialmente reconocidos como funcionarios, con todos los derechos y privilegios de esa casta.

En opinión de Pauli, la operación de Viena había ido sobré ruedas. Aquella misma tarde habrían acabado de trasladar todo lo confiscado en plata, cuadros, muebles y alfombras del palacio Rothschild en Prinze-Eugen-Strasse para poder utilizar el edificio como oficinas del Sipo y el SD. Se preguntaba Pauli dónde irían a parar todos aquellos valiosos objetos que los hombres de las SS cargaban en camiones. A juzgar por el cuidado con que lo hacían, las antigüedades debían de estar destinadas a algún dirigente del partido nazi. Botines aún más sustanciosos acababan en poder de los alemanes bien relacionados. La empresa alemana I. G. Farben recibiría el obsequio de la fábrica de productos químicos Skodawerke Wetzler AG a cambio de la promesa de sustituir a todos los judíos de la directiva y poner la producción de pólvora al servicio del plan cuatrienal nazi. Las acerías Rothschild checoslovacas se las habían prometido al mariscal Göring, como precio a la libertad del barón Rothschild.

Tuvo que detenerse a preguntar el camino. Kärtnerstrasse. Sabía que no estaba lejos del bulevar, pero hacía mucho tiempo que no pasaba por aquella parte de la ciudad. La mujer que se lo indicó tenía un fuerte acento vienés, y le preguntó si él era alemán. «Ahora todos somos alemanes», dijo Pauli.

—Queda a la izquierda, unos cincuenta metros más adelante —le indicó la mujer.

Subió al cuarto piso. Habían borrado el nombre de la placa junto al timbre. Del piso de arriba llegaba música de baile americana: la canción *Thanks for the memory*. Tocó el timbre y tras una larga espera abrió la puerta un hombre joven con corbata, camisa blanca y el clásico traje de sarga de los empleados domésticos.

—Dígame.

—Mi nombre es Winter —dijo Pauli con estudiada cortesía, entregándole su tarjeta de visita, en la que figuraba el título de abogado y su domicilio particular de Berlín, y donde estaba discretamente omitida toda referencia a su patrón: la Gestapo.

—Un momento, por favor —dijo el joven.

—Excúseme —entró diciendo la mujer por la cortina de cuentas del fondo del pasillo. Tendría más de cincuenta años y era de baja estatura, delgada y aún bonita, a pesar de llevar demasiado colorete y pintura de labios. Tenía el pelo brillante, pero resultaba demasiado oscuro y ondulado para ella. Vestía un precioso salto de cama de seda con unos bordados de fieros tigres—. Le tengo dicho a Boris que observe siempre por la mirilla antes de abrir la puerta. —No había perdido el acento húngaro. Hay gente a quien le cuesta.

—Es muy razonable —comentó Pauli.

—Pase al salón —dijo ella, leyendo la tarjeta de Pauli y tocando el apellido como si estuviese escrito en Braille—. Charlaremos tomando el té —añadió mirando a Pauli y tratando de reconocer su parecido con el padre.

Pauli estaba algo prevenido respecto a aquel salón, pues su padre, en cierta rara ocasión en que se había sentido con humor de hacer confidencias, le había revelado las cosas estupendas que había comprado de joven. Pero no se había imaginado que fuese así.

—¡Es una maravilla!

Era como un museo, aunque mucho mejor que ningún museo: porque aquel perfecto ejemplo del *art nouveau* vienés, con dos pequeños murales de Klimt, algunos exquisitos dibujos de Schiele y muebles de Josef Hoffmann, no había tenido que sufrir el incesante flujo de los ávidos visitantes.

Boris apareció en seguida con una bandeja de plata y el servicio de té. Pauli le observó más detenidamente esta vez. Unos treinta y cinco años, quizá menos; pelo negro, no especialmente guapo ni atractivo. Un tipo anodino. Si era amante de ella, no lo evidenciaba. Ningún indicio, porque la mujer apenas le dirigió una mirada. ¿Sería porque le daba miedo descubrir tal relación? O quizá porque trabajaba en la casa hacía tanto tiempo que ella ya ni siquiera advertía su presencia.

—¿Con limón?

Martha Somló concordaba perfectamente con aquel decorado. Estaba sentada en su sillón preferido y se puso a servir el té, pinchando las rodajas de limón con un tenedor de plata y colocando cuidadosamente las pastas en los platillos modernistas.

—Sí, gracias.

—Ah, a su padre, Harry, le encantaba, ya lo creo. En los viejos tiempos dábamos cenas e invitábamos a artistas. Los he conocido a todos. Harry dice que el comedor es el mejor exponente. No crea, la gente decía que estaba loco cuando compró todo esto. Yo también, aunque no se lo dije; al principio lo detestaba, pero al cabo de casi cuarenta años... ¿Viene de parte de él?

—Estaba preocupado.

—¿Por mí? Qué sorpresa —exclamó sin segunda intención.

—¿Sigue viniendo?

—¿A verme? Claro. Pero no mucho. Yo le quiero, y a veces pienso que él también.

Pauli cogió su platillo y se dedicó a apretar el limón para eludir una respuesta.

—¿Le ofende eso, herr Pauli Winter?

Así que sabía que le llamaban Pauli. Se preguntó cuántas cosas le habría contado de él su padre. Quizá muchas. ¿Sabría su padre que tenía un criado?

—No, no. Claro que no. En absoluto.

—¿Me había visto usted antes?

—No, creo que no.

—Es que estaba pensando... Porque, mire, hace mucho tiempo, un año antes de nacer usted, su madre solía venir y se quedaba ahí enfrente en el bulevar mirando hacia la ventana. Supongo que estaría embarazada. A mí me daba lástima. Creo que ella quería ver cómo era yo. Un día bajé, crucé la calle y pasé por su lado. La miré y ella me miró, sin ningún odio. Supongo que las dos nos compadecíamos mutuamente de esa manera anormal con que las mujeres llegan a convencerse a sí mismas de que son ellas las que tienen la

sartén por el mango. Después no volvió nunca más —dijo Martha Somló cogiendo el té para removerlo y dejando luego que las hojas se posasen en el fondo. Miró la taza antes de dar un sorbo, y Pauli se preguntó si estaría escrutando la clave de su futuro.

—Trabajo en la policía alemana —comenzó a decir Pauli.

—Pues tendrá mucho trabajo —comentó Martha levantando pausadamente la vista hacia él. No se notaba miedo en aquel rostro, a pesar de que Pauli sabía que estaba asustada. Había visto mucha gente asustada y era capaz de reconocer el miedo bajo todos sus disfraces.

—Mi padre me pidió que la protegiese y le prometí hacerlo.

—¿Qué hace usted en la policía alemana para poder protegerme?

—Soy Regierungsdirektor de la Gestapo y por mi trabajo en el SD tengo el rango de Standartenführer de las SS.

—Vaya retahila. Parece muy importante.

Se burlaba, pero no le importaba. Encontraba atractiva a aquella mujercita de grandes ojos desafiantes que trataban de leer en su alma. Hasta aquel momento no se había dado cuenta de que su padre necesitase una mujer así, con una personalidad fuerte que le hiciera ver su capacidad de resistencia. No obstante, su presunta intrepidez era desconcertante.

—Puedo ser útil, frau Somló.

—Me hago llamar frau Winter.

—Frau Winter. Bien. Sí, claro. Se le podría conseguir una nueva documentación.

—¿Va a transformar mi condición de judía?

—Lo intentaré. ¿Hay algún inconveniente?

—¿Inconveniente?

—Sí —replicó Pauli. Dios mío, qué estúpidamente se comportaba la gente ante cosas tan importantes—. ¿Está inscrita como judía en algún sitio? ¿Va a la sinagoga? ¿A alguna asociación judía? ¿Saben los vecinos que es judía?

—A la sinagoga, no. No soy de ninguna asociación. Los vecinos... Los Berger, del piso de arriba, lo saben. Se lo dije una vez; hace años.

Pauli sacó su bloc de notas y cruzó las piernas para apoyarlo en las rodillas.

—¿Berger? ¿En el piso de arriba? ¿Número ocho? ¿Cómo se llama el padre?

Martha Somló se le quedó mirando con sus grandes ojos.

—No, no, herr Regierungsdirektor-que-trabaja-en-la-Gestapo Pauli Winter —dijo con gran aplomo—. No quiero que les suceda nada

desagradable a mis amigos.

—Simplemente cambiarán de domicilio —replicó Pauli—. No les harán nada.

—He dicho que no —contestó ella, que trataba de coger la rodaja de limón de la taza vacía como si sólo eso le importase.

—Frau Winter —dijo Pauli dejando su lápiz de oro sobre el cuadernillo—, he venido a ayudarla.

Ella volvió a mirarle con gesto ligeramente teatral y se llevó el limón a la boca para saborearlo. Sonrió y dijo:

—Ha venido porque se lo ha pedido su padre.

—Exacto.

—Así que no se las dé de altruista.

—He venido a ayudarla porque mi padre me lo ha pedido —insistió él, petulante.

—A costa de mis vecinos, no, Pauli Winter. ¿Cree que iba a estarme tan tranquila sentada esperando oír las pisadas en la escalera? ¿Sabiendo que los había enviado yo?

—No les harán ningún daño.

—He dicho que no. Salga de esta casa y déjeme en paz.

Pauli se sentía humillado. Demudado, se puso en pie para despedirse.

—Me interpreta usted mal —dijo.

—Puede —replicó ella mirándole. Así que aquél era el que había vuelto tan cambiado de la guerra. ¿A quién habría sacado aquel maravilloso pelo rubio? Le hacía eternamente joven. Pero sí, sí que era hijo de Harry. Veía en él a Harry Winter; por su manera de moverse, por la forma de hablar, y era petulante como Harry. Pero era un Harry Winter sin aquella determinación implacable.

—Le voy a dejar mi tarjeta oficial... —dijo sacando una del bolsillo del chaleco. En ella figuraba su cargo en la Gestapo, y en el dorso escribió con su minúscula caligrafía: *Frau Winter/Somló está bajo mi protección. Pónganse en contacto con este negociado antes de cualquier diligencia.* La firmó y se la dio.

Ella la cogió sin darle las gracias y la guardó en el bolso.

—¿Qué tal se encuentra su madre? —le preguntó; no llamó al criado y le acompañó hasta el vestíbulo para darle el sombrero y el abrigo.

—Bien. Gracias —dijo él cogiendo el sombrero de borde remetido que le había regalado Inge porque le daba «aspecto importante». Cuando Martha Somló le abrió la puerta, estrechó su mano solícito—. Adiós, frau Winter. —

Del piso de arriba llegaba el sonido de la misma canción: *Thanks for the memory*. Era un disco.

—Adiós, joven Pauli. No trabaje tanto —le contestó ella.

Era otro de sus sarcasmos; porque ella sabía para qué le habían mandado a Viena.

Una vez que Pauli se hubo marchado, el rostro de Martha se ensombreció. Volvió al salón y se sirvió otra taza de té.

Boris llegó de la cocina y presentó su taza; ella le sirvió.

—Está frío. Voy a calentar agua —dijo el joven.

—No hace falta —dijo ella.

—Así que ha venido...

—Ha venido —dijo ella con un suspiro dejándose caer en el sillón y cruzándose la bata sobre las rodillas; los tigres parecieron reír despreciativos.

—No deberías haberte enojado, madre. No sirve de nada. —Lo sé.

—Quería ayudarte.

—¿Y cómo puedo estar segura?

—Padre le pidió que viniese —dijo él sentándose a su lado, deseando consolarla pero sin saber cómo.

—Debí decirle quién eras —dijo ella.

—Quizá sea mejor que no lo sepa.

Ella le rodeó con un brazo y le besó en la oreja.

—Mi estupendo Boris. Nunca te quejas de esta madre tuya tan tonta.

Él sonrió y apuró el té.

—Harry se lo debería haber dicho, y a Peter también. No sé por qué lo ha guardado en secreto.

**1939**



## «¿Moscú?, dijo Pauli»

—Bueno, dije que lo conseguiríamos y ya está —dijo Fritz Esser frotándose las manos de alegría. Vestía otro de sus innumerables y estupendos trajes hechos a medida, pero por la frente ya empezaba a estar calvo.

Pauli Winter le miró a través del enorme escritorio de aquel despacho del Ministerio del Interior y sirvió dos copas de schnapps. Ahora casi nunca bebía, pero se trataba de una celebración.

—Por el próximo ministro del Interior —dijo brindando.

Fritz Esser levantó exageradamente su copa, que brilló al sol de agosto.

—Por el próximo ministro del Interior, con tal que sea yo —dijo.

Se echaron a reír y bebieron. Era un gran despacho del Ministerio del Interior. Una habitación en una esquina del edificio con una de las mejores vistas de la ciudad. Por una de las dos grandes ventanas se veía el tráfico de Unter den Linden y por la otra la Pariser Platz y la puerta de Brandeburgo. Desde que Hitler había cumplido cincuenta años, en abril, fecha en que se había inaugurado el magnífico bulevard Este-Oeste con un desfile militar de cuatro horas bajo aquel arco, aquello era el centro de la nueva y enérgica Alemania imperial. Pero en el ministerio todo seguía como años atrás, con paredes recubiertas de madera, ricas alfombras y confortables sillones. Lo único nuevo era la fotografía sepia de Adolf Hitler en la pared.

—No durará mucho el ministro —dijo Pauli—, y el Führer quiere que ocupes su puesto.

—Eso ha dicho.

—Pues el cargo es tuyo —afirmó Pauli.

—No siempre se puede hacer caso de lo que dice el Führer —añadió Esser con cautela mirando a su alrededor—. Le gusta enfrentar a la gente, y no tengo la seguridad de que no haya ofrecido el cargo a otro... a Heini o a Reini, por ejemplo.

—Ésos ya tienen bastante —dijo Pauli. Se había acostumbrado a aquella muletilla de Esser de llamar a la gente por su nombre de pila y sabía que se refería al Reichsführer de las SS Heinrich Himmler y al Gruppenführer de las

SS Reinhard Heydrich. A veces Fritz Esser se complacía en los formalismos y nombraba a todos por su rango y título, y así, algunas veces, cuando había visitas, a él le llamaba doctor Winter o Winter a secas. Pero otros días sucedía exactamente lo contrario y se refería al Führer llamándole Dolfo—. Ahora que por fin trabajamos juntos, les demostraremos lo que valemos —concluyó diciendo.

—Me temo que tendrás que estar yendo y viniendo a Prinz-Albrecht-Strasse —dijo Esser—. Querían que dimitieses oficialmente en el SD de Heydrich para darte otro despacho aquí en Wilhelmstrasse, pero yo dije que preferías quedarte donde estabas.

—Ya lo he hablado con ellos —dijo Pauli—. El SD sigue siendo una organización del partido y Heydrich depende de los fondos del partido. No quiero tener un futuro tan incierto. En la Gestapo cobraré mi pensión del estado y tendré asistencia médica.

—Sí —asintió Esser.

—Tengo casi cuarenta años y tengo que ser práctico —dijo Pauli—. ¿Qué tal ha estado la reunión? —añadió cambiando de tema.

—¿Quieres que te diga algo que siempre me sorprende? —dijo Esser sirviéndose otra copa y prosiguiendo sin esperar respuesta de Pauli—. Pues ese deseo oculto de todos los que conozco de formar parte del estado mayor del ejército.

—¿Ah, sí? —dijo Pauli, que en sus más recónditos sueños también lo deseaba.

—A los generales todos les reverencian y les hacen la rosca. Es asqueroso.

—¿Y el Reichsführer de las SS no? —inquirió. Pauli. Esser acababa de entrevistarse con Himmler.

—Él es igual. Todos tratan a los militares como a dioses, y la última obsesión de Heini es tener sus propios soldados.

—Ya los tiene.

—Pero es que quiere todo un cuerpo de ejército para él solo. Y dice que entonces tendrán que hacerle del estado mayor. «¿Para qué demonios quieres formar parte del maldito estado mayor?», le he dicho. «No lo entenderías, Esser —prosiguió éste poniendo cara triste e imitando la voz de pito de Himmler—. Tú no eres militar», me contesta esa cabra loca —añadió Esser echándose a reír—. Me han dado ganas de decirle que él tampoco ha sido militar, salvo quizá unas semanas en la escuela de cadetes al final de la guerra.

—Y les ha dado uniformes grises de campaña; en el ejército están que trinan.

—Waffen SS, dice que los va a llamar. Pero todo quedará ahí, en un nombre. El ejército ya ha tomado medidas para que esa estupidez no prospere.

—¿Ah, sí?

—Mira, Heine no puede enrolar a nadie, ¿no? El servicio militar obligatorio descarta la posibilidad de un ejército de SS. Como el mismo Heini dice cuando adoctrina y entrena a sus muchachos, el ejército se los lleva y se queda sin ellos.

—Pueden incorporarse a las SS al salir del ejército —dijo Pauli.

—*Cuando* salgan del ejército —repitió Fritz Esser con una mueca—. Y *si* salen del ejército. Pero Heini no quiere los restos del ejército; quiere su propio ejército. Está loco. Ya sabes, se le ocurren ideas disparatadas y luego no hay quien se las quite de la cabeza.

—No sería difícil superar el problema —dijo Pauli.

—¿Cómo? —replicó Fritz Esser con un bufido—. El departamento jurídico del ejército sigue diciendo a gritos que sólo ellos tienen derecho a reclutar, y Heini lo ha revisado todo con sus mejores leguleyos para encontrar algún resquicio.

—¿Sus mejores abogados? —dijo Pauli—. ¿Esos trapisondistas del departamento jurídico de las SS?

—Es el ejército el único que tiene potestad para las levas —dijo Esser con esa obstinación a la que recurren las personas cuando desean de todo corazón que les contradigan.

—Sí —asintió Pauli—. El ejército tiene el derecho a enrolar a los civiles aptos para servicio en edad militar, pero hay exentos.

—Los que no son aptos —dijo Esser—. Él ya se lo ha mirado.

—No, no sólo los inútiles —replicó Pauli—. Los policías están exentos.

—No se puede gobernar un país sin policía —dijo Esser.

—Cierto —contestó Pauli sonriendo—, pero Himmler es el jefe de las fuerzas policiales y podría enrolar a sus hombres en ese ejército que quiere organizar y reclutar más policías para reemplazarlos.

—¿Es legal eso? —inquirió Esser con cara de palo.

—Más o menos —respondió Pauli, reflexionando sobre las posibilidades—. Y podría hacer lo mismo con los guardianes de los campos de concentración. Firman por doce años, ¿no? Podría formar un cuadro con sus cinco regimientos de Totenkopf de las SS y estructurar una división a partir de eso. Y luego reclutar más guardianes para los campos.

—Así tendría un gran batallón de Totenkopf y una Polizeidivision... —dijo Esser—. Casi tendría su deseado cuerpo de ejército de SS —añadió no muy convencido—. ¿Dices que eso es legal?

—Sí —contestó Pauli.

—Si tienes razón, Heini te dará un beso —dijo Esser.

—Entonces dile que es idea tuya —contestó Pauli.

—Sacaría casi dos divisiones.

—Y ahora que ya no existe Checoslovaquia podría reclutar en el nuevo protectorado del Reich y quizá en la república eslovaca. Con la cantidad de *Volksdeutsche*<sup>[10]</sup> que viven allí, seguro que le llegan para formar dos divisiones.

—*Volksdeutsche*... Eso sería legal, ¿verdad? —inquirió Esser tocándose la parte superior del cráneo, donde llevaba cuidadosamente peinado el pelo que le quedaba.

—Claro, el ejército no podría quejarse de eso. El ejército únicamente tiene derecho a reclutar dentro de las fronteras de Alemania, no pueden reclutar alemanes que vivan en otros países.

—Estupendo, Pauli —añadió Esser con una sonrisa traviesa que surcó su rostro de torta, recreándose en pensar en el momento en que se lo dijera al ambicioso Himmler.

—¿Tú crees? No estoy muy seguro de que debamos animar al *Riechsführer* de las SS a saltarse las competencias del ejército.

—¡Bah, tonterías! —exclamó Esser, regocijado—. Démosle un ejército para que lo organice: necesita hacer algo. ¿No podrías pasarme a máquina esas ideas en forma de una especie de informe, con un apéndice reseñando las referencias jurídicas? Lo guardaría en mi caja fuerte. No quiero que lo lea ningún intruso.

—Si así lo deseas, lo dictaré esta tarde, Fritz.

—Basta con que lo tengas para el fin de semana. Me voy al Obersalzberg a ver al Führer y en cuanto vuelva me marcho a Moscú en avión con Ríbbentrop y su pandilla.

—¿A Moscú? —inquirió Pauli.

Fritz Esser hizo un guiño.

Pauli sonrió y pensó que sería una de sus bromas, lo que decía cuando iba a desaparecer unos días con alguna nueva novia.

—Si no he vuelto para el cumpleaños de Inge, dale un fuerte beso y dile que no la olvido. —Siempre había sido un enigma para Pauli lo bien que se llevaban Inge y Fritz. A ella parecían gustarle, a pesar del fuerte deje, los

rudos modales y los chistes groseros. «Ay, si te hubiera conocido yo antes que Pauli», solía decirle con un guiño descarado, dándole un azote en el trasero—. La felicitas de mi parte.

Pauli olvidaba a veces la fecha del cumpleaños de su mujer, por lo que había decidido encargarse a la florista que le enviara muchas flores con una tarjeta en la fecha en cuestión todos los años. A veces resultaba un chasco, como sucedió una vez que habían ido a Italia y al volver se encontraron con la casa llena de flores. En otra ocasión las flores llegaron cuando estaban en plena pelea.

Pero generalmente funcionaba bien. Esta vez llegó a su casa y se encontró todo bien adornado con flores y a Inge de muy buen humor. Se cambiaron para salir a cenar. Inge estaba maquillándose sentada en combinación ante la coqueta; se había dejado crecer el pelo y le caía ondulado por las orejas y la nuca, en un estilo más femenino. Tendría que ir unas cuantas veces a la peluquería, pero podían permitirse esos pequeños lujos.

En el marco del espejo había colocado las tarjetas de felicitación recibidas de las familias de ambos. Los Winter siempre le regalaban alguna joya; este año un reloj. El profesor Wisliceny había enviado un valioso jarrón antiguo con flores. Pauli le había obsequiado con el nuevo vestido y Fritz con un kilo de caviar ruso. Había tarjetas de todos; incluso los Horner se habían acordado, igual que Peter, Lisl y Erich.

Inge había puesto sobre la cama el esmoquin de su marido con la camisa almidonada y los calcetines negros. Pauli estaba buscando en la cómoda todo lo demás: corbata, botones de nácar para la camisa, gemelos de oro y el reloj de bolsillo que se había comprado cuando Inge le había dicho que, con esmoquin, sólo los camareros llevaban reloj de pulsera.

En costosa ropa interior de seda negra con encajes, sentada ante el espejo, Inge se depilaba las cejas. Tenía movimientos felinos, y Pauli se preguntaba muchas veces dónde los aprendería. En una percha junto a la puerta estaba el vestido nuevo; en lugar de los ceñidos vestidos al bias que solía llevar, éste era a la última moda: una falda doble larga con corpiño de encaje de malla, escote recto bajo y hombreras de tira. Había pasado dos horas aquella tarde probándose chaquetas para ver cuál se pondría. Estaba muy contenta y Pauli aprovechó su buena disposición para pedirle un favor.

—Querida, quisiera invitar a cenar a mi hermano este fin de semana.

—Claro, Pauli, naturalmente.

—Quizá no volvamos a vernos durante mucho tiempo. Ha sacado pasaje para irse a Estados Unidos.

—¿Cuándo?

—La semana que viene. El abuelo le ha mandado el billete. Primera clase, con puente para paseo. El *Bremen*, creo que se llama el barco.

—¿Se sabe algo de Lottie? —dijo Inge. De quién iba a ser si no. Peter no se había recuperado desde que habían encarcelado a Lottie. Inge se puso en pie y se alisó la combinación en las caderas mirándose en el espejo. Tenía cuarenta y dos años y lamentaba que sus plegarias para tener un niño no hubieran sido atendidas, pero al menos tenía buen tipo, mejor que su hermana pequeña Lisl, que estaba poniéndose regordeta—. Estados Unidos. Sí. Es que por ella no hacía más que echar pestes contra todo lo alemán. —Era un sarcasmo cruel y se dio cuenta nada más decirlo, pero lo cierto era que Inge nunca le había perdonado a Peter que prefiriese a Lottie en vez de a ella. A pesar de que había sublimado su amor por él, su amor propio seguía resentido.

—Hablé de ello con él la semana pasada —dijo Pauli—. El abuelo cumple este año ochenta y nueve años y aún está en plenas facultades. Es amigo de Herbert Hoover y Peter va a ver si logra que el Departamento de Estado solicite la liberación de Lottie a condición de que vaya a vivir a Estados Unidos —añadió embutiéndose la tiesa camisa almidonada y comenzando trabajosamente a meter los botones.

—¿Peter va a quedarse a vivir allí? —Inge nunca había sido capaz de hablar ningún idioma y la idea de vivir en un país que no fuese Alemania la aterraba.

—Si Lottie pudiera salir, sí. Yo le he animado a hacerlo, porque tiene más oportunidades de conseguir algo en el ámbito del cuerpo diplomático. Es imposible sacar a nadie de la cárcel por los conductos normales. El Ministerio de Justicia no nos ayudaría. Ya le he dicho a Peter que ni el propio Reichsführer de las SS puede sacar a ningún preso. Lo sé porque le he visto intentarlo.

—¿Y a quién quería sacar el Reichsführer? —inquirió Inge siempre a la caza del último cotilleo.

Pauli tenía ya la camisa puesta con gemelos y comenzó a colocarse el cuello y a meterlo por el pasador de atrás, pero aquel esfuerzo con los brazos en la nuca le cortaba la respiración. Estaba fatal de forma, y decidió hacer más gimnasia a partir del lunes.

—¿Sacar? A nadie. Me refiero a cuando intentamos sacar gente de las cárceles para enviarla a campos de concentración. Gente particularmente

detestada por las SS.

Inge asintió muy sería antes de levantar el vestido sobre su cabeza y dejarlo deslizar cuidadosamente hacia abajo para no despeinarse ni alterar el maquillaje.

—¿Se lleva a Helena?

—Sí, yo le arreglé la documentación.

—Tiene sólo doce años; cumple trece en septiembre —dijo Inge asomando la cabeza por el traje.

—La madre de Lottie y los demás estarán deseando verla y el viaje por mar le sentará bien. Últimamente no se encontraba muy bien. Verdaderamente nunca ha superado que se llevaran a su madre.

—Pobre niña —dijo Inge—. ¿Cómo habrá sido Lottie tan irresponsable? Y no ayuda nada que Peter se pase todo el tiempo lloriqueando.

—Peter trabaja mucho —replicó Pauli.

—Se pasa las noches casi enteras en el piso tocando el piano. No come bien y tiene el trabajo abandonado. Los otros directores le aguantan en el consejo porque su padre es el fundador de la compañía.

—Le mantienen en el consejo porque Peter sabe dirigir esas empresas mejor que todos ellos juntos —corrigió Pauli.

—Suerte tuvo que no le hicieron dimitir al casarse con Lottie.

Pauli se echó a reír: a veces su mujer exageraba.

—Lo veo difícil, cariño. Eso fue mucho antes de que Hitler accediera al poder.

—¿No tiene miedo de que haya una guerra? —dijo Inge—. Se vería atrapado en Estados Unidos.

—No habrá guerra —contestó Pauli—. Peter lo sabe; lo sabe todo el mundo.

—Los polacos no cederán el corredor —replicó Inge—. Yo sé cómo son esos polacos.

—Déjasele al Führer —dijo Pauli—. Los austríacos cedieron y los checos cedieron. Ocupamos Memel. ¿Quién va a ayudar a los polacos si se enfrentan a nosotros?

—Los ingleses.

Intentó por cuarta vez hacerse el nudo de la corbata pero no le salía bien. Lo deshizo.

—No seas tonta, Inge. ¿Qué van a hacer los ingleses? Mira el mapa y lo verás claramente.

—¿Y Francia? Francia podría atacar por el frente oeste, como hizo la última vez. Mira el mapa —replicó despechada; no soportaba que se descalificase así la opinión de las mujeres.

—Ven aquí, Inge, y te diré un secreto. Esta vez es un secreto de verdad. —Fue a la puerta y se asomó a ver si la criada no estaba en su habitación. Era su día libre, pero había que tener cuidado—. Fritz acaba de regresar de Moscú, donde estuvo de plenipotenciario especial del Führer, que lo envió para que estuviera al tanto de lo que hacía el tonto de Ribbentrop. Se va a firmar un pacto: Stalin está de acuerdo en todo y Polonia será partida por la mitad, media para Rusia y media para nosotros.

—¿Un pacto con Stalin? —inquirió Inge, a punto de dejar caer el pendiente que tenía en la mano.

—¿Sorprendida, verdad? Pues imagínate los franceses y los ingleses... El Führer lo va a anunciar poco antes de que nuestras tropas crucen la frontera. Las potencias occidentales están demasiado aterradas para hacer nada. ¡Son gusanos! Lo dijo el Führer. «Nuestros adversarios son unos gusanos», les dijo a los generales. «Cierren el corazón a la piedad. Procedan brutalmente».

—¿Qué quería decir? —inquirió Inge.

—No lo sé —respondió Pauli—, pero él sabe cómo hablar a los generales. Alguien tiene que infundirles valor —añadió dejando la corbata y cogiendo el calzador para ponerse los zapatos de charol. Aquello de vestirse era una complicación, pero Inge disfrutaba.

—¿Un pacto con Stalin? —dijo Inge. No acababa de hacerse a la idea. Se daba por sentado que los rusos eran bestias infrahumanas y Stalin la encarnación del diablo.

—Fritz dice que en Moscú los recibieron con los brazos abiertos. Muy por encima del trato diplomático, con unas fiestas increíbles. Bebida, caviar, comida estupenda. Había juerga hasta el amanecer y los abrazaban como a viejos hermanos. Stalin brindó a la salud del Führer. Y Fritz dice que los rusos son una maravilla: como viejos camaradas nazis.

—No se lo habrás contado a Peter...

—Fritz llegó anoche —dijo Pauli desabrochando los cordones y poniéndose los zapatos.

—¿Le has preguntado a Fritz cuándo tiene libre en septiembre?

—¿Por las vacaciones en Obersalzberg? —Se levantó y dio una patada con un pie y luego con el otro.

—Si esperamos mucho no veremos al Führer. Es mucho más interesante cuando está él.



Ella se refería a que deseaba asistir a otro de aquellos tes. Generalmente Bormann conseguía incluir a los Winter en la invitación, pero el año anterior Bormann había llamado a Pauli aparte y le había hablado de comprarle la casa. Le explicó que el Führer quería quedarse con toda la ladera, lo que ahora llamaban el Führergebiet. Era un proceso en marcha desde 1933. Bormann no se había andado por las ramas y le había dicho que algunas casas se habían conseguido con amenazas y otras por simple confiscación. A Inge le aterraba perder la casa de veraneo, y estaba dispuesta a tener un aparte con el Führer y decírselo, y a Pauli le horrorizaba pensar en semejante conversación. Inge a veces iba demasiado lejos. Y en cuanto al tema de la casa de campo — y su proximidad al Berghof del Führer—, Inge era una apasionada. ¿Cómo iba a poder decirle a Lisl que ya no tenían aquel estupendo signo suntuario?

—No sé cómo dejar limpio mi escritorio, querida. El Führer ha enviado al jefe de la Cancillería, Philip Bouhler, su maldita nota sobre la eutanasia y ha aterrizado en mi escritorio.

—¿Y por qué, cariño? —dijo Inge tirándole de la camisa para engancharle los tirantes. Pauli la contemplaba; ella, que lo advirtió, le sonrió.

—Fritz ha estado con el Reichsführer Himmler y se ha ofrecido, y cuando Fritz asume una tarea el que la hace soy yo.

—Qué aburrido —comentó ella estirándose las medias de seda y enderezando las costuras.

—Nos falta gente.

—No estaremos todo un mes, Pauli. Si pudiésemos marcharnos el sábado nueve de septiembre... —Dejó que el nuevo vestido cayese por su peso y le pareció bien. Volvió la cabeza para verse de espaldas en el espejo.

—Querida, sé razonable —dijo Pauli en respuesta a las reflexiones de Inge—. El Führer ha ordenado matar a todos los locos y enfermos crónicos e incurables de Alemania, y tienen que hacerlo los médicos de las SS. ¿Te imaginas la cantidad de trabajo que va a darme eso?

—Un mes entero, no —prosiguió ella acercándosele para besarle en la nariz, o casi, para no mancharle con el pintalabios. A continuación le hizo sin ningún problema el nudo de la corbata.

Pauli estaba indignado. Su mujer no se daba cuenta del trabajo que tenía. Cogió la chaqueta.

—Para empezar tendré que redactar una especie de definición legal de lo que es incurable y de lo que es locura.

—Bueno, resultará obvio —comentó Inge con petulancia.

—Pero no les puedo decir a los médicos que resulta obvio —replicó Pauli; sacó los gemelos por la bocamanga y se estiró para mirarse en el espejo. Le haría falta un esmoquin nuevo: uno más grande—. Quieren que redacte una definición. ¿Cómo voy a hacerlo? Yo no sé medicina...

—Yo no pensaría en eso —dijo Inge.

—No; es verdad —respondió Pauli algo más tranquilo—. La gente ordena cosas sin darse cuenta de lo que representa a nivel administrativo. Incurable. ¿Y eso qué significa? Una persona puede tener un dolor incurable en el trasero; ¿significa eso que tengo que hacer que Fritz firme una orden para que ese individuo muera por el simple hecho de que los médicos digan que no pueden curarlo? Y además está el problema de montar los centros de eutanasia. Van a construir uno en Schloss Hartheim, pero con uno no habrá bastante. Será un trabajo ingente encontrar edificios adecuados y equiparlos. Alguien tendrá que dedicarse a viajar. Espero que no me toque a mí. Y luego habrá que explicárselo cuidadosamente a los médicos de las SS, para que no empiecen a protestar. Esos malditos médicos forman una casta. Imagínate que dicen que no...

—Pobrecito Pauli —dijo Inge abrazándole y apretándole—. A los médicos no les importará hacerlo si se lo dice el Führer. —Notaba que su marido estaba preocupado y optó por no sacar a colación el asunto de las vacaciones hasta después de cenar. Después de la cena estaría de mejor humor. O a lo mejor esperaba para comentárselo en la cama.

Pauli lanzó un gruñido y se miró en el espejo.

—¿Cuánto tiempo va a estar fuera Peter? —preguntó ella para cambiar de tema.

—Tiene que ir a California a ver a la madre de Lottie, y mamá le ha hecho prometer que hará visitas a toda la familia Rensselaer. Supongo que la pobre tiene mala conciencia por no haber ido en tanto tiempo. Papá insiste en que se tome un buen descanso, porque lleva mucho tiempo sin vacaciones. No creo que regrese antes de Navidad.

—¿Tú crees que podrá realmente sacarla de la cárcel?

—Al principio pensaba que no, pero ya sabes cómo es Peter, ha estado escribiendo al abuelo y al tío Glenn. El tío Glenn tiene buenos contactos en el Departamento de Estado, y los dos se muestran bastante optimistas, pero dicen que no pueden hacer nada hasta no contar con más datos e insisten en que vaya él personalmente. Dicen que con una gestión personal ante las personas clave en Washington todo cambiaría.

—Peter habla bien el inglés.

—Ah, claro; en eso no hay ningún problema. Lo habla perfectamente; mucho mejor que yo —dijo, sonriente, recordando algo—. Al abuelo no le gustaba Peter; recuerdo que de pequeños Peter le daba patadas, pero ahora el viejo ha decidido que el que le gusta es Peter. Yo soy el nazi malo —añadió conteniendo la risa—. «Nazi malo», decía, sí, «nazi malo».

—¿Te lo ha contado Peter?

—Inge, querida, el correo de Peter está censurado. Se lo abren todo. Un hombre con la mujer en la cárcel por delitos contra el estado no puede escribir cartas al extranjero sin que se averigüe de qué tratan.

—¿Lo has dispuesto tú? —dijo Inge probándose primero los pendientes y luego el collar de oro. Una cosa u otra, se dijo; las dos no.

—Yo no; un miserable llamado Steiner, antiguo policía, me enseñó las cartas. Es el que detuvo a Lottie; y me hace un favor de vez en cuando, siempre asegurándose de que por cada favor que me hace yo le devuelvo dos o tres. Pensé que me lo había quitado de encima cuando me trasladé al nuevo departamento con Fritz, pero se las arregla para localizarme.

Inge optó por el collar. El oro siempre queda bien; llamativo, pero discreto.

—¿Qué clase de favores? —dijo mirándole y viendo que también estaba listo. Por una vez llegarían al restaurante a la hora. Iban a Medvej, su restaurante ruso preferido; una adecuada elección después del notición de Pauli.

—Nada, cosas que no me roban tiempo. En el fondo no debería quejarme. Firmarle órdenes de prisión preventiva y asuntos así. Generalmente cosas que no le firmaría su superior. Espera la ocasión y me las pasa a mí —dijo encogiéndose de hombros—. Ajustes de cuentas. Hacen desaparecer a gente que detestan.

—Deberías mandarle a por Brand —dijo Inge con petulancia, dando una vuelta para que Pauli admirase el bonito vestido que le había regalado.

—Sí —contestó éste—, debería mandarle a por Brand.

**1940**

## «Plató de grabación»

—La gente me dijo que estaba loca... —dijo la señora Nita Danziger sin acabar la frase. Loca no estaba; evidentemente, no había necesidad de decirlo. Había estado contando la historia de su regreso sola desde Berlín a California cuando el hundimiento de Wall Street la había dejado arruinada—. El corredor de bolsa de Simon me aconsejó todo lo contrario y me dijo que vendiese las acciones de la compañía cinematográfica y que conservase la casa. Pero ya estaba harta de sus consejos y me decidí a hacer las cosas a mi manera; así se lo dije a todos y...

—Y lo ha hecho —dijo Glenn Rensselaer, que, como mucha gente que hablaba con Nita Danziger, sentía la acuciante necesidad de terminar sus frases—. Pero sigue usted viviendo aquí —añadió, moviendo los hombros para que le diera algo de aire en el cuerpo: aquel traje ligero se le pegaba. Nunca se acostumbraría a aquel clima. El «rancho» se alzaba en una colina, pero en días como aquél, sin viento, el termómetro subía de lo lindo.

Ella sonrió y se levantó para cerrar la mosquitera y entreabrir la puerta para que hubiese algo de corriente. Había dos grandes ventiladores eléctricos funcionando, pero era evidente que el visitante no estaba a gusto. Era septiembre y ya habían pasado las primeras tormentas del Pacífico; ahora el cielo estaba despejado y lucía el sol. A Nita Danziger no parecía afectarla el calor. Llevaba una falda marrón y un jersey de lana inglesa con un collar de perlas. Iba perfectamente peinada como si acabase de salir de la peluquería.

—Naturalmente, compré la vieja casa. Para mí está llena de recuerdos. Recuerdos como...

Permaneció unos momentos sin decir palabra. Se conocían hacía mucho tiempo y su marido —Simon Danziger— era amigo de toda la vida del padre de Glenn, aunque durante mucho tiempo había habido una barrera infranqueable entre ellos. Los Danziger habían previsto casar a Lottie con un muchacho judío y echaban la culpa a Glenn de que su hija se hubiese casado con Peter Winter. Ahora, Nita, aunque sólo era madrastra y apreciaba mucho

a Peter, estaba muy dolida por la tragedia que había provocado aquel matrimonio. Quizá por eso insistía en tratarle de «señor Rensselaer».

—Tuvo usted una buena corazonada —dijo Glenn.

—A mí siempre me ha encantado el cine, señor Rensselaer. Y esa gente joven de los estudios hacía la clase de películas que a mí me gustan. Mi abogado las llama «insustanciales», y quizá tenga razón, pero la gente tiene derecho a ver películas insustanciales si le gustan. Y a mí me gustan.

—Así que vendió la casa y compró más acciones de la cinematográfica...

—Eran muy baratas. Uno de los socios se llevó un buen palo en el *crash*, como nos pasó a casi todos, y optó por venderme las suyas...

—Lo hizo usted muy bien, señora Danziger.

—Fueron decisiones difíciles. ¿Recuerda el viaje en el *Graf Zeppelin*? ¿El día en que hablamos? Me alegro de no haber sabido la situación en que iba a verme —dijo ella mientras trataba de servirle café, pero la cafetera estaba vacía—. ¿Más café?

—No, gracias, señora Danziger.

—Supongo que no habrá venido a visitarme para escuchar esta vieja historia. Ha venido a ver a Peter.

—Me apetecía volver a verla —dijo Glenn. Había pasado a visitar a la señora Danziger antes de ver a Peter porque quería enterarse de una cosa.

—Como le dije por teléfono, se ha colocado muy bien pero le costó.

—Hace casi un año que se fue de Berlín.

—Nadie habría podido imaginar que la pequeña Helena estuviese enferma.

—¿Y con la guerra no cambia su situación? —inquirió Glenn.

—¿La guerra con Inglaterra? Desde luego. Fue un golpe para todos, ¿no? Pero ahora que Francia se ha rendido dicen que pronto se podrá ir a Alemania vía Portugal.

—Pero está el bloqueo de la marina inglesa —dijo Glenn.

—Peter lo estuvo hablando con el cónsul alemán y éste le dijo que no debería intentarlo con la niña enferma.

—Me parece un buen consejo —dijo Glenn.

—El cónsul le dijo que esperase hasta que se rinda Inglaterra.

Glenn no quiso entrar en semejante especulación.

—Espero que Peter se quede aquí —dijo—. ¿Sabe usted lo que piensa hacer?

—Se ha resignado a quedarse hasta las navidades porque el médico ha dicho que la pequeña no podrá viajar hasta entonces.

—Mire usted —replicó Glenn decidido a solicitar la ayuda de la señora Danziger—, yo espero que se quede más tiempo. A Lottie la pondrán en libertad en mil novecientos cuarenta y dos; al embajador americano en Berlín le han dicho oficiosamente que será deportada. ¿Y qué hará entonces Peter? Es un ciudadano alemán y no creo que los nazis le dejen marchar con ella. Incluso podrían enrolarle en la marina, creo que está en la reserva.

—Está preocupado por Lottie. No hace más que pensar en ella.

—Debería quedarse en Estados Unidos —dijo Glenn—; aunque volviese a Berlín no estaría con Lottie.

—Eso es fácil de decir, señor Rensselaer, pero es muy natural que Peter quiera estar cerca de ella. La quiere con locura. A veces da pena verle. El trabajo es lo que le ha mantenido estos meses.

—Necesito saber lo que dice de los nazis. No piense que trato de entrometerme, pero es que si quiero ayudarle necesito saber cómo piensa. ¿Es partidario de volver a Alemania a luchar contra los ingleses? Eso es lo que quiero saber.

—A él no le gustan Hitler y los nazis. De eso estoy convencida.

—¿Seguro, señor Danziger?

—Totalmente. —Nunca la había oído hablar con tanta convicción. La mujer se levantó para mover un ventilador—. Yo soy judía, señor Rensselaer, y haré lo que usted me aconseje para que la pequeña Helena no vuelva a la Alemania nazi.

Glenn Rensselaer consultó el reloj.

—Peter va a enseñarme los estudios; no quiero llegar tarde.

—Peter Winter es un buen hombre, señor Rensselaer.

—Lo sé —dijo señalando el paquete que traía—. Es un regalo para la niña. A lo mejor tiene muñecas de sobra, pero...

—Las niñas nunca tienen muñecas de sobra —dijo Nita Danziger—. Voy a buscarla.

Mientras la señora Danziger iba en busca de la hija de Peter, Glenn echó un vistazo al cuarto. Seguía igual. Después de comprar por segunda vez la casa, Nita Danziger lo había restaurado tal como siempre había sido. Era un cuidado absurdo porque la casa nunca había sido un dechado en cuanto a decoración ni confort. Era una vivienda triste, como de estrella de tiempos del cine mudo, cuando a cualquier actriz de Hollywood que no viviera en Ventura County se la consideraba una excéntrica. Una vivienda estilo Oeste: taburetes de bar en cuero y en forma de silla de montar, delante de un mostrador bajo que por lo visto procedía de un auténtico bar de vaqueros de Deadwood City

o algún remoto lugar al que las películas hubiesen dado un valor mitológico. En las paredes había cuadros con escenas del viejo Oeste y media docena de cabezas de novillos de largos cuernos, que miraban hoscas, como reacios a la perspectiva de que los castrasen e hicieran filetes con ellos.

—¿Te acuerdas de tu tío Glenn? —entró diciendo la señora Danziger.

Helena tenía casi catorce años y era una niña tímida con los ojos Rensselaer azul claro de Peter y el pelo negro azabache ondulado de la madre.

—Claro que sí —respondió la niña, acercándose a darle un beso muy formalita.

—Te he traído una muñeca. ¿Juegas aún con muñecas? —A veces.

—Me han dicho que has estado enferma.

—Ahora ya voy al colegio —respondió Helena. Hablaba con esa voz cuidada casi neutra de quien estudia el idioma, y con frases que parecían calcadas de las conversaciones que oía a los mayores.

—Ah, estupendo —dijo Glenn.

—Sólo tres mañanas por semana —dijo Nita Danziger—. El mes que viene a lo mejor empieza clases de baile.

—¿Te gusta la danza? —inquirió Glenn.

—Quiero ser bailarina —respondió la niña.

Glenn sonrió. Nita Danziger había sido bailarina de joven y sospechaba que la motivación era ella. Dio la muñeca a Helena. No era un regalo deslumbrante: una bailarina de rostro anodino que había comprado apresuradamente en un gran almacén de la ciudad. Y era evidente que Helena se consideraba ya mayor para estas cosas.

—Es muy bonita —dijo cortésmente acunándola.

—Hablas muy bien el inglés —dijo Glenn.

—Tengo buen acento, pero la gramática tengo que cuidarla.

—Estudia mucho —dijo la señora Danziger, complacida.

—¿Has estado últimamente en Europa? —preguntó la niña.

—Pues sí.

—¿Has visto a mi mamá?

—A lo mejor la próxima vez —respondió Glenn torpemente.

—Está en la cárcel —dijo la niña.

—Es por una especie de confusión —replicó Glenn.

—Es víctima de los nazis —dijo Helena—. Se lo he dicho a las niñas del colegio.

—¿Y ellas qué han dicho?

—Que era una espía.



—¿Y tú qué les dijiste?

—Les dije que sí —respondió la niña—. Mejor decirlo —añadió muy relamida—, pues las niñas lo encontraron apasionante.

—Bien, bien, sigue estudiando el inglés —dijo Glenn consultando de nuevo el reloj—. Tengo que irme a ver a tu padre.

—Gracias por la muñeca, tío Glenn. Has sido muy amable —dijo la pequeña despidiéndose con una airosa reverencia.

—De nada —respondió Glenn.

Para quien nunca hubiese visto un estudio de cine era una visita sorprendente. En medio de San Fernando Valley, entre campos de naranjos que se extendían hasta las montañas de San Gabriel, había tres enormes edificios de la altura de una manzana urbana y casi tan extensos. Estaban los platós de grabación, que habían costado medio millón de dólares cada uno, y detrás de ellos casi cien acres de terreno, con estanques, colinas, una calle del Oeste y la popa de un gigantesco galeón español naufragado con sus velas destrozadas y sucias. Al fondo se reanudaba el rodaje de la película interrumpido a causa de la lluvia, y una cuadrilla de bandidos galopaba por la calle ante la cámara sin toma de sonido.

Se encendieron las grandes luces rojas de la pared y salieron dos hombres del edificio con el enorme letrero de *Plató Dos*. A pesar del plató iluminado con arcos voltaicos del que procedían, los dos hombres entornaron los ojos por la fuerte luz del sol. Glenn Rensselaer no había cambiado mucho con el paso del tiempo, pero aquel año en Estados Unidos había transformado completamente a su sobrino Peter. Había pasado un par de semanas con Cy Rensselaer y Dot, pero fue al llegar a California cuando se sintió renacer. Con cuarenta y cuatro años, parecía diez años más joven. Llevaba el pelo corto, casi al cero, igual que los estudiantes de la época, una camisa blanca de manga corta y cuello abierto, pantalones a vistosas rayas azul y blancas y zapatos de lona blanca. Tenía bronceados los brazos y la cara y ya no parecía tan acomplejado por su mano incapacitada.

—Te agradezco mucho que me lo hayas enseñado, Peter. Nunca había visto rodar una película.

—Va a ser la primera comedia musical en tecnicolor a gran escala que hacemos —dijo Peter—. Hemos invertido mucho y no queremos que la competencia se entere con detalle —añadió mirando a su tío. Esperaba que Glenn le trajese noticias de Lottie, pero no quería presionarle. Peter sabía que

Glenn tenía aquella extraña manía de hacer algún prolegómeno cuando iba a hablar de algo importante.

—Hablas ya como un ejecutivo del celuloide —dijo Glenn.

—Es lo que soy —respondió Peter—. Gracias a mi suegro. Ojalá hubiese conocido mejor al pobre Simon Danziger. Debió de ser un hombre listísimo para los negocios.

—¿Ah, sí? —replicó Glenn.

—Vendió estos campos de naranjos a la compañía cinematográfica y se quedó con una buena parte. ¿Cuántos se imaginaban que el cine iba a dar tan buenos beneficios? Y eso que te hablo de los tiempos del cine mudo. ¡Qué visión! Ahora la señora Danziger es muy rica.

Glenn miró a su sobrino y pensó que nada ganaba contándole cómo la imprudencia financiera de su suegro le había llevado a la desesperación y al suicidio, y que si tenía acciones de la compañía cinematográfica era sólo por la falta de liquidez del comprador.

—Sí —dijo—. Todo le ha ido muy bien.

Por delante de ellos pasó un pequeño tractor eléctrico zumbando y arrastrando unos vagoncillos llenos de trajes dieciochescos: faldas de crinolina, uniformes navales y otros esplendorosos atavíos de dudosa fidelidad histórica.

—Algunos estudios han comenzado a hacer películas de guerra —dijo Peter—, pero nosotros seguimos con lo que aquí se llama «escapismo» —añadió riendo por la curiosa palabra.

—Ah, ya.

—Cuando me ofrecieron el cargo de vicepresidente, sabía que era sólo por las acciones de la señora Danziger —dijo Peter—, pero desde entonces les he evitado algunos errores garrafales. Iban a vender el estudio de Culver City y yo los convencí para que lo alquilaran a una compañía que va a construir oficinas. Hemos sacado mucho dinero del alquiler y yo estoy seguro de que la zona inmobiliaria de Los Ángeles se va a revalorizar enormemente algún día. Luego fui al departamento de contratos y vi que ninguno de los que trabajan allí habla idiomas. ¡Nadie! Bien, pues miré los contratos de distribución en Europa, y ¿te imaginas que cuando estalló la guerra estaban a punto de reducir pérdidas y dejar el mercado europeo? Por el contrario, la guerra ha hecho que aumente la asistencia al cine; soldados, obreros, refugiados y evacuados... la única diversión que tienen son las películas. Y los hermanos Rensselaer se han portado maravillosamente. Con el apoyo del banco me he hecho indispensable —añadió Peter sonriendo.

—Y ahora escribes canciones.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Nita Danziger. Me ha enseñado los anuncios publicitarios con tu nombre.

—Me dejan hacer pinitos —dijo Peter sonriendo modestamente— cuando necesitan algo musical con urgencia; hay una o dos canciones que se han hecho populares.

Alzaron la cabeza al oír ruido de motores de avión.

Cuatro relucientes biplanos de la marina evolucionaban en formación insegura.

—Entrenamientos —dijo Glenn.

—Por eso construimos los platós de grabación —dijo Peter—. En los tiempos del cine mudo, no importaban los aviones.

—Mira que te has vuelto americano... —comentó Glenn.

Como era habitual en él, Peter respondió sin andarse con rodeos:

—Voy a sacar los papeles. Helena va al colegio, tiene un profesor particular de inglés y ya lo habla bastante bien. Le ha costado algo aprender que el inglés tiene pocas reglas. Uno de los Rensselaer tiene un hijo de su misma edad y parece que se gustan. Cuando Lottie salga de Alemania, viviremos aquí. No se lo he dicho a nadie más que a ti, Glenn. Pero estoy decidido.

A Glenn Rensselaer podía confiarle el secreto. Durante el tiempo que habían pasado en Washington se habían hecho muy amigos, y a Peter le había emocionado comprobar los esfuerzos que había hecho su tío para obtener la libertad de Lottie.

—Pero ¿eres feliz?

—Si Lottie estuviese conmigo sería el paraíso —dijo mirándole. Seguro que iba a darle noticias sobre el asunto de Lottie.

—Te lo digo, Peter, porque me gustaría que vinieses a Washington.

—¿Qué es lo último que se sabe de Lottie?

—Bueno, no se trata exactamente de Lottie. Podría decirse que es a propósito de miles de Lotties.

—¿Qué quieres decir?

—Habrás visto el noticiario del ejército alemán victorioso desfilando por París. Las noticia de agencia señalan que se está formando una flota alemana de invasión en la costa del Canal, y hay gente en Washington, mucha gente, convencida de que los ingleses no van a poder aguantarse mucho.

—Lo sé.

—¿Y qué opinas tú?

—Hay que parar los pies a Hitler. Está loco.

—¿Pararle o derrotarle?

—¿Qué quieres decir, Glenn?

—Todos queremos pararle los pies a Hitler, pero ahora parece que el único medio de pararle es vencerle. Eso significa derrotar a Alemania, disparando balas, arrojando bombas, hundiendo barcos y matando alemanes. Lo que quiero decir es ¿hasta dónde llegarías para pararle?

—Ya he pensado a fondo en tu pregunta. Quiero parar a Hitler; me dices que el único modo es venciendo a Alemania, y creo que tienes razón. Mi pobre patria tendrá que volver a sufrir la derrota. Me duele en el alma.

—En Washington hay quien opina que Estados Unidos tendrán también que luchar. Quizá pronto.

Esquivaron un camión que transportaba árboles de tamaño natural para las siguientes secuencias del filme del Oeste.

—¿Contra Alemania?

—Sí, contra Alemania. Nuestro servicio de inteligencia para la recolección de datos es prácticamente inútil y no sabemos nada de Alemania salvo lo que nos dice la embajada, y no es gran cosa. El presidente ha autorizado la formación de un servicio secreto de inteligencia. Ni siquiera el Congreso está al corriente. Nuestra ignorancia es tal que sólo enrolando a gente como tú, que acaban de venir de Alemania, podríamos formar a gente joven.

—¿Y quieres que me enrole?

Habían llegado al coche de Glenn, un gran Cadillac con motor de ocho cilindros en V, aire acondicionado y todo el equipamiento propio de esa marca.

—No pagan mucho. No hay uniformes, insignias ni medallas. Seguramente podremos conseguirte la nacionalidad más rápido, aunque ni siquiera puedo prometerte eso, y sólo puedo ofrecerte el sueldo de mayor del ejército americano. Pero somos un grupo de guerreros bastante heterogéneo. Si quisieras pasar los exámenes de abogado aquí, podría conseguirte una beca y tiempo libre. Podría incluso conseguir que volvieras aquí de vez en cuando a echar una mano a la película; y te pagaríamos los gastos de viaje. En avión, no en tren.

—Sois raros los americanos...

—Sí, eso dicen —asintió montando en el coche y bajando el cristal de la ventanilla eléctrica para seguir hablando. Ahora le hablaría de Lottie. Era la

forma de hacer las cosas del tío Glenn.

Se inclinó sobre el coche.

—Y yo soy muy alemán —dijo—. La idea de ser oficial de un ejército en el que los oficiales son civiles es algo que no acabo de entender.

—Entonces ¿qué me dices?

—Probaré —contestó Peter.

Glenn puso el coche en marcha, y fue entonces cuando Peter comprendió finalmente que no había noticias de ella. La decepción le causó auténtico malestar físico.

**1941**

## «Lo han dicho por la radio»

Lottie había luchado contra el sistema. No había sido insolente ni desobediente: había luchado contra la rutina de la cárcel no sometiéndose a ella. Había hecho todo lo que había podido por ser amable y ayudar a los otros presos. Reía y hacía bromas y seguía sonriendo del modo que le había enseñado su padre a reír ante la adversidad, pero ya llevaba mucho tiempo presa y empezaba a cansarse. Y aquel día hacía calor; mucho calor. El clásico día para navegar, nadar o tomar el sol en los estupendos lagos de Berlín.

—El problema es que una se acostumbra —dijo la mujer regordeta.

—¡Silencio!

La fuerte voz de la celadora retumbó en el patio de adoquines en el que las presas marchaban erguidas y rápidas, como prescribía el reglamento, hacia las cocinas. Hacía un calor húmedo y a las mujeres se les pegaba el vestido. Todo era un hastío.

Una vez entregadas a la guardiana de las cocinas, cerraron la puerta y la disciplina se relajó. La enorme cocina era distinta al resto de la cárcel. Sólo allí había luz natural en abundancia; la luz del sol entraba por arriba y hacía brillar las limpiísimas mesas de madera y las humeantes cacerolas. Pero aun con las claraboyas abiertas, la atmósfera era más húmeda y calurosa que en ninguna dependencia de la cárcel.

—¿Qué quieres decir? —inquirió Lottie a la mujer de busto generoso que se había ganado la reprimenda en el patio.

—Me refería a la cárcel. Que acabas dependiendo de ella y ya no piensas en ti misma: sólo obedeces órdenes.

—Pero igual sucede fuera —dijo Lottie.

La mujer no sonrió. Era una entusiasta nazi y no les guardaba rencor porque la hubiesen encarcelado por aborto. El hecho de que su última paciente hubiese muerto por una infección era simple mala suerte. Algo reprochable a Dios o al negligente joven soldado; no tenía nada que ver con la policía, el tribunal ni los nazis.

—¿Quién de vosotras dos hizo ayer el estofado?

Era una auxiliar de policía femenina; una neurótica quisquillosa que lucía ufana su uniforme verde con el pequeño gorro echado sobre la frente.

—Yo —contestó Lottie.

—Ven conmigo.

Era una mujer de unos cuarenta años, con cara imperturbable pero no perversa. El día anterior le había contado a Lottie que su marido era artillero de tanques y estaba en una división acantonada en Polonia, lejos de la guerra con Inglaterra, por lo que daba gracias al cielo.

Se quitó la chaqueta del uniforme y la colgó cuidadosamente en la percha antes de ponerse el delantal. Luego envió a Lottie a por el pan y comenzó a pesar los ingredientes para 1220 internas.

—La mitad de estas chicas no saben leer ni escribir... —dijo quejándose.

Lottie sonrió sin decir nada. La mujer tenía los ojos enrojecidos, como si hubiese estado llorando.

—... Y no puedo fiarme de cómo pesan los ingredientes.

Miró cómo Lottie echaba mendrugos de pan en una caja para pesarlos. No habría mucho hígado en las «albóndigas de hígado a la bavaresa»; las harían con pan, ajo y un poco de grasa picada, como las guisaban desde que había estallado la guerra, en 1939.

—¿Qué tal por casa las cosas? —inquirió Lottie en su alemán fluido pero imperfecto.

La mujer le corrigió la frase de un modo automático, sin énfasis, casi inconscientemente.

—Sí, todo bien —contestó.

Lottie siguió pesando en silencio. Luego la mujer miró furtivamente a su alrededor y dijo:

—Hemos invadido Rusia.

—¿Qué? —inquirió Lottie.

—Nos han dicho que no lo digamos a las presas —añadió la mujer cogiendo una medida para ir echando los mendrugos.

—¿Está segura? —insistió Lottie, no muy convencida de haber entendido bien el alemán. A veces le pasaba.

—Lo han dicho en la radio. Con música militar de vez en cuando. El doctor Goebbels ha leído la declaración del Führer y lo han transmitido esta mañana todas las emisoras. La mayor ofensiva en la historia.

Era evidente que la mujer estaba deseando contárselo a alguien; se le notaba por la manera de contarlo.

—¡Rusia! —exclamó Lottie tratando de interpretar el acontecimiento.



—Esta mañana al amanecer. Mi Karl estará en pleno combate. Los tanques siempre están —añadió la mujer mostrando sus temores con cierto orgullo. Los servicios de propaganda habían elogiado en particular las divisiones de Panzers a partir de las victorias en Francia el año anterior.

—No le pasará nada —dijo Lottie.

—Tenemos cuatro hijos —dijo la mujer. Le sudaba la frente—. Cuatro, siete, diez y trece años. Sin Karl no podría arreglármelas —añadió sin dejar de medir mendrugos a toda velocidad, como dando ejemplo a Lottie.

—Deje de preocuparse —dijo Lottie.

—Grupo de Ejército Centro —dijo mecánicamente la mujer—. Segundo grupo acorazado. Dicen que para Navidad estarán en Moscú.

Lottie bajó los ojos y vio que la mujer había tirado distraídamente al suelo los mendrugos.

## «Sí, ¡Heil Hitler!, coronel Weizsäcker»

Era diciembre. La pequeña granja solitaria estaba casi cubierta por la nieve y aún seguía nevando. En la oscura casa un grupo de oficiales de estado mayor estaba congregado en torno a la mesa de cocina, dando patadas y palmadas para calentarse mientras esperaban al comandante de la división. Era de día, pero habían tapado las ventanas para tratar de combatir aquel horrible viento ruso. Hablaban de la 258 división de infantería que había destacado un batallón de reconocimiento hasta el suburbio de Khimki, en Moscú.

—Un soldado fue hasta la parada del tranvía y sacó un billete. Se lo ha enseñado a todos.

El capitán de señales hablaba levantando la voz por el viento.

—Habrán billetes de tranvía para todos cuando entremos —gruñó el coronel Weizsäcker, que tras las últimas bajas era el oficial más antiguo de aquel «grupo de batalla».

—No estuvieron mucho allí —dijo el capitán del regimiento de Panzers—, los tanques rusos los repelieron en seguida —añadió tocándose la nariz. La tenía helada. Esperaba no perderla como les había pasado a algunos soldados que se habían quedado sin dedos y sin nariz. Volver a casa sin nariz por congelación no era una cosa heroica precisamente.

—Esto es Moscú —dijo Weizsäcker—. En Moscú lucharán con más ganas. Ya se sabe.

Oyeron al centinela dar afuera la voz de firmes y a continuación se abrió la puerta; se inundó todo de luz e hizo su aparición el general como el coco de un guiñol infantil.

Los oficiales se pusieron firmes y saludaron. Todos temían un poco al general Alex Horner. Era alto y delgado, un personaje intimidante, con un rostro huesudo como una calavera y una cicatriz de sable en la mejilla. La clase de oficial prusiano que aparecía en las caricaturas de periódico... cuando no estaban prohibidas.

El general volvía de alguna incursión en su vehículo semioruga. Dios sabe adónde iba en aquellas excursiones; no llevaba a nadie con él y era inútil

preguntárselo a su chófer. El joven Winkel era hijo de un antiguo camarada del general y todo lo que hacía éste era como un secreto militar.

—Buenos días, caballeros. ¿Se han recibido los informes de la situación? —dijo quitándose el casco y sacudiéndose desdeñoso la nieve de los hombros y del capote.

—¡La radio está estropeada, mi general! —dijo un asustado joven agachado en un rincón, mirándole con cara de terror.

—¿Ha probado otras válvulas? —dijo Horner gritando; el viento soplaba con más fuerza, ululando como una bandada de espectros y además se oía el ruido constante del generador. No había mucha luz, pero era suficiente para ver los mapas, el generador y los cables que lo conectaban a las bombillas y la radio. Y luz de sobra para ver las salpicaduras y manchas en las paredes en que habían estado atados animales, y el suelo de estiércol que seguramente apestaría cuando no hiciera tanto frío. Costaba creer que seres humanos viviesen en semejante precariedad junto a las bestias, pero en una de las paredes había una larga repisa de madera basta, entarimada, en la que habían dormido seis campesinos rusos.

—Las he probado casi todas, mi general.

Horner echó una mirada al formulario en blanco de los mensajes. Sólo habían escrito la fecha: 6 de diciembre de 1941. Ahora no existían muchas posibilidades de materializar aquel brindis —el día de Navidad en Moscú— que aquel loco de Weizsäcker había propuesto en junio cuando los ejércitos alemanes habían iniciado la ofensiva.

—Siga probando —dijo.

—Sí, mi general.

El general Alex Horner se volvió hacia los oficiales congregados alrededor de la mesa. Estaban todos recubiertos y abrigados con toda clase de trapos disponibles; algunos habían encontrado, comprado o robado prendas civiles: bufandas, guantes de lana y jerseys. ¡Vaya cuadro! Parecían más una pandilla de refugiados que oficiales alemanes. Horner miró el mapa y mantuvo fija en él la vista un buen rato. Cerró los ojos. El mapa le hipnotizaba, le obsesionaba. En la primera guerra mundial había asistido a la misma situación: los mandos miraban los mapas, paralizados igual que un chófer o un piloto, incapaces de pensar nada o de dar una orden. Irritado, apartó el mapa. Sin los informes pertinentes del puesto de mando y sin contacto con las posiciones de primera línea, aquello no servía para nada.

—¿Ha enviado gastadores que conozcan el puesto de mando, coronel?

—Sí, mi general. —Claro que lo había hecho; no era ningún zoquete.

—Retrocederemos hasta el río.

—¿Todos, mi general?

—No, todos no. Que quede una retaguardia. Bastará con uno de sus regimientos de fusileros.

—Sí, mi general. —El coronel Weizsäcker carecía de experiencia y había creído que por entonces ya estarían desfilando ante el Kremlin, del mismo modo que había hecho el capitán Weizsäcker entrando con su compañía en París, sonriendo a las chicas bonitas y al tanto de un buen restaurante para cenar aquella noche. Pero la segunda no era como la primera.

Horner se aproximó a la ventana y atisbó por una fisura en las maderas. Proseguía el fuego de artillería y los relámpagos que producía iluminaban el gris del cielo en el horizonte. El día anterior el termómetro había descendido a treinta y dos grados bajo cero, pero hoy hacía más frío. Estaba muy oscuro; miró el reloj sin acabar de creerse que fuesen las once de la mañana. Todo el paisaje era de nieve gris. No como la nieve que él había conocido de niño en Prusia, ni como la que le echó a Pauli Winter por el cuello en Lichterfelde el día que habían subido de curso y les habían dado la bayoneta. Tampoco era como la nieve de Bernau, en las cercanías de Berlín, por la que ponía al galope a *Pola*. Esta nieve era gris; que se lo preguntasen a cualquiera de los miles de soldados alemanes que morían de congelación. Que se lo preguntasen a los atormentados centinelas, con el rostro amoratado, que hacían guardia afuera con los pies recubiertos de paja con la esperanza de que no se les quedasen en las botas. Que se lo preguntasen a cualquiera de los hombres que tiritaban en sus uniformes de verano porque había escasez de uniformes de invierno, o a los afortunados de intendencia que empezaban a descubrir que los uniformes de invierno no estaban pensados para aquellas temperaturas polares.

Volvió a la mesa y trató de mirar el mapa fríamente. El mariscal de campo Walther von Brauchitsch había sufrido un ataque cardíaco y había solicitado el relevo. No era difícil imaginarse por qué. Los ejércitos en tomo a Moscú se hallaban en una situación muy peligrosa, y la tropa no estaba entrenada ni equipada para combatir, ni siquiera sobrevivir, en aquellas condiciones.

—¿Enviamos primero tropas de refresco, mi general?

—No —contestó Horner. Hizo una pausa al oír que el generador fallaba y la bombilla se ponía amarillenta y luego naranja antes de apagarse del todo. Se quedaron un instante a oscuras con sólo el resplandor de la luz que se filtraba por las rendijas de las planchas de la ventana. El motor se recuperó y volvió a lucir la lámpara.

—Tenemos que pensar en abrirnos paso —dijo Horner.

—¿Retirarnos, mi general?

—Mírelo usted mismo —replicó en tono neutro—. No tenemos radiocomunicación con el segundo regimiento de Panzers ni con él de ingenieros. El puesto de mando del regimiento de fusileros tampoco contesta. ¿Qué deduce? Mírelo usted mismo, coronel.

Estaba claro. Había visto encogerse el frente en los últimos días y todas las patrullas y unidades de reconocimiento habían sido rechazadas con inusitada rapidez: tenía que haberse imaginado lo que iba a suceder, y habría optado por el repliegue, pero el servicio de inteligencia del IV ejército seguía insistiendo en que al ejército rojo no le quedaba nada para resistir. ¡Nada!

—¡Malditas radios! —exclamó el coronel Weizsäcker. Estaba perplejo. ¿Es que los rusos tendrían algún arma secreta para inutilizarlas, o era aquel tiempo infernal?

—¿No lo entiende? —inquirió Horner—. ¡Mire, hombre, mire! —exclamó levantando el brazo y bajándolo lentamente sobre el papel para cubrir todas las posiciones silenciadas. No respondían porque las unidades, incluido el puesto de mando, desalojaban. La otra posible explicación daba miedo pensarla.

—¡Dios mío! —exclamó el coronel. El resto de los oficiales no abrió la boca. Eran jóvenes, salvo un par de hombres mayores de la reserva. Quizá no entendiesen del todo lo que sucedía, pero Weizsäcker sí: él había estado en Francia en 1940, y sucedía lo mismo que Guderian había hecho a los franceses.

Para descartar cualquier posibilidad de malentendido, Horner dijo:

—Los rusos han lanzado un ataque y han abierto brecha en el frente.

—¿Con este tiempo? Imposible.

—Lo harán seguramente en trineos: infantería en trineos, artillería en trineos y divisiones de cosacos reforzadas con tropas de esquiadores. —Weizsäcker no dijo palabra—. Avanzan hacia el río —añadió Horner; no tenía pruebas de ello, pero sabía que no se equivocaba.

—¡Santo cielo!, con perdón, mi general.

—El Altísimo está muy ocupado en estos momentos —dijo Horner frunciendo el entrecejo—. Hay que salvar lo que podamos e intentar reagruparnos aquí en la orilla del río. —No habría debido decir «intentar»; tenía que ser optimista, afirmativo y seguro—. Reagrupamos aquí, luchar y morir defendiendo la línea.

El coronel Weizsäcker se quedó mirando al general, sorprendido por su dramática prosa.

—Los puentes están aquí... y aquí —dijo señalando otro tramo del río.

—Sí —respondió Horner asintiendo con la cabeza—, a los puentes enviaremos la Feldgendarmerie. —Hizo una pausa. No disponía de policía militar. Estaba exhausto. Por un instante había olvidado que no estaba con Von Kleindorf en el puesto de mando; estaba con aquellos idiotas en el puesto de mando de su «agrupación de combate». Sobre el papel era un regimiento de fusileros, un regimiento de Panzers con ingenieros, algunas tropas de transmisiones y un batallón de artillería. En realidad, una serie de restos acosados por el cansancio, la angustia, la congelación, con gasóleo helado y motores rotos y, además, diseminados por un frente muy amplio, en el que la radiocomunicación fallaba—. Organice una compañía de infantería y bloquee los puentes. Esos puentes, que no los cruce nadie. Nadie; sea cual sea su rango, sus heridas o sus órdenes verbales o escritas. Nadie. Que disparen contra los que se acerquen a cien metros de esta orilla. Hágalo inmediatamente y mande tropas responsables. —Hizo otra pausa—. Que sean dos compañías. Puede que a algunos locos, en su desesperación, les dé por querer cruzar en los témpanos de hielo.

—Tengo al hombre adecuado, mi general.

Horner se volvió hacia los otros oficiales.

—Primero la infantería, por supuesto. Si no hay suficientes vehículos oruga en servicio, el resto que vaya a pie. Los tanques se mantendrán en las carreteras, donde están. Mantengan contacto visual. Von Kleindorf comenzará seguramente a replegarse en cuanto vea lo que sucede. Digan a los comandantes que el movimiento de tropas al nordeste puede ser de los nuestros, aunque con este maldito tiempo Dios sabe cuánto hay que acercarse para verlo bien. —Miró al coronel—. Queda usted al mando, Weizsäcker.

—¿Y usted, mi general? —dijo el coronel Weizsäcker pasándose la lengua por los labios.

—Probaré hacia el norte —respondió Horner.

—Como usted diga, mi general —dijo Weizsäcker—, pero seguro que así se mete usted en pleno avance ruso. —Estaba nervioso, pensó Horner. No quería dirigir el repliegue de la agrupación de combate hasta la orilla del río. No quería conducir a nadie a ningún sitio. ¿Era porque no confiaba en el plan expuesto, porque no confiaba en el diagnóstico que les había dado, o porque estaba cagado de miedo?

Horner miró al comandante de la agrupación de combate para tomar una decisión. ¿Debía relevarle del mando? Era algo terrible para un oficial. Si lo hacía, la carrera militar de Weizsäcker estaba acabada. Y ¿quién de los otros sería mejor? Miró sus caras: jóvenes decididos, con enorme reserva de energía y entusiasmo, pero ahora estaban perplejos. No desmoralizados, pero sí perplejos. Ninguno de ellos se había visto en una situación bélica como aquella, ni habían soñado que pudiera darse. Ni el propio Horner. Nadie lo había imaginado. Nadie, menos los rusos.

—No lo creo, coronel. Si yo fuese el comandante rojo dejaría el centro débil y echaría el resto en el flanco para abrir brecha por el río. No pretende hacernos retroceder por el centro ni capturar el puesto de mando de la división. En estos momentos Von Kleindorf habrá comenzado a replegarse y eso quiere decir que trasladará el puesto de mando de la división por las carreteras en que hemos perdido toda esa artillería antitanque que tan útil nos sería ahora. No le queda otra opción.

—Salvo a campo través —dijo el coronel.

—¡Por Dios bendito! Espero que no lo intente con transporte de puesto de mando —dijo Horner—. Usted aguante en esta orilla, coronel Weizsäcker. Cuando encuentre el puesto de mando de la división, podré efectuar la reagrupación con su equipo de comunicaciones y mandarle refuerzos. Lo consiga o no, usted manténgase en posición. ¿Está claro? —Miró al coronel y luego a los demás—. Que ningún hombre de esta división se retire más allá de la orilla del río bajo pena de muerte.

—¡Heil Hitler! —exclamó Weizsäcker, nervioso, alzando el brazo al estilo nazi sin que nadie respondiese.

¿Estaba loco aquel hombre? Horner le dirigió una de sus parcas sonrisas.

—Sí, ¡Heil Hitler!, coronel Weizsäcker. Y que Dios le acompañe.

## «Discutiendo la estrategia»

Fue el emprendedor cabo primero Winkel quien encontró el sitio para el nuevo puesto de mando de la división del general Horner. Winkel se había enrolado en el ejército con la esperanza de poder aplicar sus conocimientos sobre caballos, aprendidos en las cuadras paternas, pero, como suele suceder, en el ejército le habían destinado a una división de tanques y se pasaba todo el tiempo conduciendo el vehículo semioruga con el banderín de mando del general Horner.

El lugar que localizó era una gran casa de campo. Era fácil imaginar su magnificencia en la época zarista, pero, abandonada por sus dueños durante la revolución, ahora estaba muy deteriorada. El fuego reciente de artillería había destruido casi todo el edificio principal, pero Winkel había descubierto los sótanos; unos sótanos enormes, misteriosos y bastante secos, en los que podía perderse todo el estado mayor. El único problema era camuflar las señales de aproximación para que no las detectase el avión de reconocimiento del ejército rojo que daba pasadas cada vez que las nubes se disipaban.

Por si fuera poco, los ingenieros habían demolido una pared del sótano, descubriendo una bodega. La pared falsa debían haberla construido en 1917 para esconder los mejores vinos a las fuerzas rojas en avance.

Era Navidad y el abstemio general Horner había dado la orden de repartir una pequeña ración de vino a todas las unidades, aunque con aquel tiempo no habría habido gran diferencia que la tropa bebiese, porque con levantar la cabeza y recibir el gélido viento cualquier borracho se despejaba inmediatamente.

—¡Feliz Navidad, Von Kleindorf!

—¡Feliz Navidad, mi general!

En una bodega larga, estrecha y llena de telarañas, los dos hombres estaban sentados en dos preciosas sillas que les habían traído de la granja. Entre los dos había una mesa en la que Von Kleindorf había colocado una docena de selectos vinos, algunos ya pasados, aunque los que se habían conservado eran excelentes.



—Le doy la división, es un buen regalo.

Era una curiosa manera de ceder el mando, en una bodega bebiendo vino, pero a Von Kleindorf era el único a quien a veces se confiaba y, aunque transigía en llamarle por el nombre de pila, no le trataba con mucha afabilidad. Era una de las servidumbres del mando.

—Ya lo creo, mi general.

Aunque parecía más viejo, el general Horner sólo tenía cuarenta y dos años. Si se ganaba un ascenso con el mando de la agrupación de combate, sería una de las lumbreras del ejército.

—Y en el regalo se incluye al coronel Weizsäcker —añadió Horner—. Al fin y al cabo actuó razonablemente al iniciarse el ataque, pero me alegro de no haberle dejado demasiado tiempo manteniendo la línea del río. Si la tropa hubiese comenzado a cruzarlo, toda la división se habría desintegrado. ¿Se da cuenta, Von Kleindorf?

—Sí, mi general.

—En cualquier caso, en nuestra actual situación no podríamos permitirnos desenganchar al grupo de combate.

—No, mi general.

—El primer regimiento de fusileros está desgastado —prosiguió Horner mirando las etiquetas de las botellas y las venerables cosechas. Eligió una, quitó el tapón y la probó.

—Porque están totalmente motorizados —dijo Von Kleindorf—. Es inevitable.

—No los agote del todo —dijo Horner—. Los necesitará; y a los ingenieros de combate. Ahora más que nunca —añadió saboreando el vino y mirando a su lugarteniente. Naturalmente, habría preferido llevárselo al puesto de mando de la agrupación, pero debía darle la oportunidad de cederle el mando por primera vez. Mandar una división era uno de los pasos más codiciados en la carrera de un oficial.

—Queda todo el papeleo —dijo Von Kleindorf recordandoselo—. Quizá desee echar un vistazo a algunos antes de irse.

Los había traído de su visita al puesto de mando del cuerpo de ejército y estaban amontonados en las cajas de acero pintadas de gris en las que el ejército alemán guardaba sus valiosos papeles: órdenes especiales, órdenes suplementarias, revisiones de órdenes vigentes, resúmenes de los servicios de inteligencia, todo el papeleo con el que batallaban las jerarquías de la retaguardia. Casi todo se había escrito antes de que el ejército rojo lanzase su

inesperado contraataque el 6 de diciembre, y ya era irrelevante salvo para los burócratas.

—Desde luego yo recomendaré que siga mandando la división, pero no lo incluyo en el regalo —dijo Horner poniendo los pies encima de la mesa. Le había costado; primero alzó uno y luego el otro con angustiosa lentitud y torpeza.

—Me contentaré con trabajar con lo que envíe el ejército.

—Lo sé, Von Kleindorf, y aprecio su lealtad, tanto a mi persona como a la división. ¿De qué más se ha enterado en el puesto de mando —inquirió Horner—, aparte de que Bock va a encargarse del cuarto ejército?

—El general Hoepner ha sido destituido, le han quitado los galones y se le ha prohibido volver a vestir el uniforme.

—Hoepner se aproximó a Moscú más que nadie —dijo Horner reclinándose en la silla. Von Kleindorf pensó que iba a caer de espaldas, pero vio que controlaba la inclinación.

—Y Guderian ha sido destituido.

—No lo puedo creer... —replicó Horner—. Éste es el final del ejército que conocíamos, Von Kleindorf. Finalmente, nos abriremos paso hasta Moscú y derrotaremos a los rusos, porque nuestros soldados siempre responden, pero el ejército no volverá a ser igual; hemos perdido demasiado. Y los rusos nos han tomado la medida: conocen el terreno y están acostumbrados al clima. Tendremos que quedarnos aquí parados durante semanas, meses, antes de alcanzar la capital. —Se limpió la nariz; estaba resfriado. Lógico en aquella desolación de nieve y hielo. Su esposa Chrsi seguía preguntándole en las cartas si estaba bien. En aquel momento habría dado cualquier cosa por tener un medicamento que en Berlín siempre resultaba un remedio infalible contra aquellos resfriados de nariz; sí, quizá le escribiría contándole que tenía un catarro.

—No le había dado la enhorabuena por el mando del cuerpo, mi general.

—Ahórresela hasta que veamos cuánto duro —replicó Horner. Quitó el corcho de un borgoña y lo probó. Estaba echado a perder. Lo escupió en el suelo y cogió otra botella.

—Ha salvado la división, mi general.

El otro estaba mejor; lo saboreó en la boca antes de tragárselo.

—Servimos en un ejército que no suele recompensar a los comandantes que se retiran de territorio ocupado, por mucho que se gane con ello.

—El servicio de inteligencia ha modificado su evaluación del orden de batalla del enemigo, y dice que no están seguros de cuántas divisiones ha

empleado el ejército rojo en la ofensiva del seis de diciembre. Han identificado dieciocho divisiones. Tengo el último informe.

—Yo los vi de cerca en los años veinte —dijo Horner sonriendo—, cuando los enseñábamos a conducir tanques. Han salido buenos alumnos, ¿verdad, Kleindorf?

—¿Cómo eran, mi general?

Horner movió el borgoña en el vaso por el placer de contemplarlo.

—Veleidosos —contestó finalmente—. O se muestran desolados y melancólicos y son incapaces de hacer bien la cosa más sencilla, o actúan eufóricos e indomables —añadió cogiendo otra botella de vino—. Hasta ahora nos hemos enfrentado a un Iván triste y sorprendido, pero una batalla favorable ante Moscú podría convertir a todo el país en un enemigo mucho más temible —prosiguió oliendo el vino. ¿Qué sería aquella fina mezcla de aromas medio olvidados?; un Médoc. Su padre le dejaba abrir las botellas cuando él era un niño, y una vez se levantó de la cama en plena noche y se fue al comedor vacío a probar los restos de los vasos; lo encontraron por la mañana borracho y roncando y su padre se puso furioso. ¿Por qué le preocupaba tanto lo que pensaba su padre? Siempre había sabido que la finca iba a ser para su hermano mayor. No obstante... ¿es que los segundones se pasan la vida esperando seguridad y reconocimiento? ¿Era por eso que se había alistado en el ejército y por lo que Pauli Winter trabajaba con aquella gente horrorosa en el Ministerio del Interior?—. ¿Usted no estuvo en Lichterfelde, Von Kleindorf?

—Desgraciadamente, no, mi general.

—Allí me hice un hombre.

—Desde luego, mi general.

—Hace un par de años pasé por el viejo cuartel. Ahora lo ocupan unos de uniforme negro. «Leibstandarte Adolf Hitler», se denominan.

—Sí, tengo entendido que los LAH están allí acantonados —dijo Von Kleindorf.

—Unos bribones —dijo Alex Horner.

Von Kleindorf advirtió que su comandante estaba cada vez más ebrio. Nunca había visto a Horner borracho y no sabía qué hacer. El general tenía que ponerse en camino antes de que amaneciera para recibir el nuevo destino de mando en el estado mayor. Seguro que no le gustaría hacer el viaje con resaca.

Sin embargo, Von Kleindorf no se atrevía a expresar su preocupación.

—Sí, mi general.

Horner permaneció en silencio bebiendo.

—Seguro que tenemos un nuevo comandante ruso; lo noto en mis tripas.

—El servicio de control oyó anunciar a Radio Moscú el relevo del mariscal Timochenko. Han nombrado comandante del frente central a un general llamado Zhukov.

—¡Ajá! Así que quedan cabezas en ambos lados del frente, Von Kleindorf. ¡Tome nota, amigo!

—Sí, mi general, lo haré.

Horner eructó, pero no pareció advertir que su lugarteniente lo había notado.

—Los puentes, por ejemplo. Interesante, ¿no?

El general Horner había comenzado a atacar la siguiente botella con el sacacorchos, pero finalmente desistió y se la cedió a Von Kleindorf.

—¿En qué aspecto, mi general?

—No los han bombardeado, Von Kleindorf.

—Hubo violentos ametrallamientos —replicó Von Kleindorf, que había escapado de milagro a uno de los ataques.

—Me refiero a ataques serios... bombardeos de aviación para destruirlos.

—No, señor, es cierto —respondió pasándole la botella abierta.

—¿Y por qué? Dígame por qué —dijo Horner sirviendo pausadamente el vino.

—No lo había pensado, mi general.

—Hay que pensar en todo, amigo. ¿Por qué no han intentado destruir esos puentes? ¿Porque quieren que los crucemos corriendo cuando ataquen? No; tienen fuerzas suficientes para hacernos frente y no tienen que hacernos retroceder. ¿Porque esperan abrir brecha tan rápido que capturen los puentes y no tengan que tender los suyos propios? No creo. Los ivanes no son oportunistas: responde a un plan. ¿Cuál?

—¿Tiene usted una hipótesis, mi general?

—Suponga que atacan en movimiento de tenaza; con las dos pinzas juntándose al otro lado del río...

—Sería un movimiento de tenaza muy amplio, mi general.

—Yo calculo que en la ofensiva del seis de diciembre debieron de utilizar unas cien divisiones.

—¿Cien divisiones? —inquirió Von Kleindorf cambiando de postura en la silla. El general no era hombre que hiciera cálculos a la ligera. Pero cien divisiones era una fuerza gigantesca para que los rusos la sacasen de la nada.

En el ataque sorpresa, «Barbarossa», a Rusia se habían empleado 153 divisiones.

—Sobre un frente de trescientos treinta kilómetros. Con aviación y artillería y todo lo que pidió el camarada Zhukov. Desgraciadamente no tenemos el monopolio de las tácticas de envolvimiento.

—¿Y de dónde las han sacado?

—De las regiones orientales. Son las divisiones que guarnecían las fronteras con China y Japón.

—¡Qué idea, mi general!

—Suficientes para un amplio movimiento de tenaza, ¿no le parece?

—Ya lo creo, mi general. —Von Kleindorf miró a su jefe. No parecía borracho. De no haber sido por algunas palabras farfulladas, no habría podido imaginar que el general hubiese estado bebiendo.

—La culpa es nuestra. Culpa del ejército. El general Marcks, jefe de la estrategia, dijo que podíamos conquistar Rusia en nueve semanas... diecisiete semanas como máximo. Yo vi el informe. Decía que los soviéticos no tendrían tiempo de desplegar sus reservas. Y el Führer nos cree cuando decimos esas cosas —concluyó Horner con un eructo.

—Desde luego, mi general.

Horner siguió bebiendo; esta vez un viejo borgoña, cuya botella pasó a Von Kleindorf.

—¿Se sabe quién va a ser el comandante en jefe cuando Brauchitsch salga?

—Sí; el Führer —respondió Von Kleindorf haciendo como que bebía, pero simplemente mojándose los labios. Había decidido que uno de los dos permaneciese sereno.

—Comandante en jefe del ejército, quiero decir...

—Sí, el Führer ha asumido el mando.

Horner no acababa de creérselo.

—Es jefe del Estado, ministro de la Guerra y comandante supremo de las fuerzas armadas... ¿Y me dice usted que se ha nombrado también comandante en jefe del ejército?

—Ah, y hay algo más, mi general. Los americanos luchan contra los japoneses. El domingo por la mañana una fuerza aérea japonesa que despegó de los portaviones atacó bases navales americanas del Pacífico. No sé más detalles, pero parecen informes fidedignos. Lo han dicho en todos los noticiarios.

—Así que es una guerra mundial —apostilló Horner, cabizbajo.

—Exacto. Y el jueves, el Führer declaró la guerra a Estados Unidos.

—¿Quéee? —exclamó Horner derramando el vino en los galones rojos de su capote.

—En un discurso en el Reichstag.

—¿Que ha declarado la guerra a Estados Unidos?

—Sí, ya es oficial.

—¡Ja, ja, ja! —El general Horner reía de tal modo que no pudo evitar derramar de nuevo la bebida y por poco se cae de la silla—. ¡Ja, ja, ja! —Estaba llorando de risa—. Los ingleses bombardean las ciudades alemanas y nuestros ejércitos cubren desde África hasta Noruega, ahora estamos detenidos en la nieve rusa con cien divisiones soviéticas de refresco en un solo frente, y ese cabo austríaco elige el momento para declarar la guerra a la mayor potencia industrial del mundo. ¡Ja, ja, ja! ¡Ja, ja, ja! —Horner se sujetó el estómago y siguió riéndose hasta que, finalmente, se le unió Von Kleindorf.

Hacían tanto alboroto que el cabo primero Winkel, chófer de Horner, bajó a ver si sucedía algo.

—No es nada, Winkel —dijo el general Horner—. El jefe de estado mayor y yo hablábamos de estrategia.

**1942**

## «Sabía que esperarías»

Era una noche oscura de febrero, y Prusia oriental se hallaba cubierta por la habitual capa de nieve y hielo. La red ferroviaria alemana, cada vez más agobiada por las necesidades de la guerra contra Rusia, comenzaba a dar señales de agotamiento. Los trenes circulaban atiborrados, sucios y con retraso.

El andén de la estación de Königshof estaba iluminado por simples lámparas de gas y algunas de ellas no funcionaban. Inge Winter quitó con la mano el vaho del cristal y se puso las manos en torno a los ojos para escrutar en la oscuridad.

—¿Estamos en Königshof? —inquirió al joven piloto de Stukas que cabeceaba en el asiento de enfrente. El joven se levantó de un salto y abrió la ventanilla para asomarse. El compartimento se llenó de un aire frío mezclado con el olor de hollín de la locomotora.

—¡Oiga! —gritó el oficial—. ¿Estamos en Königshof?

—Königshof —contestó atenta la funcionaría de ferrocarriles, y luego, por si algún pasajero de Berlín quería apearse en aquella población rural, gritó más fuerte:

—¡Königshof! ¡Königshof!

Inge se levantó y se puso el abrigo de pieles, mientras el joven aviador le bajaba la bolsa de cuero de la redecilla y abría la puerta. Le sonrió y se despidió de ella un tanto decepcionado, porque la cuarentona Inge era una mujer muy atractiva. Era delgada, de rostro blanco y pelo ondulado natural; pero lo que más recordaría eran aquellos ojos grises, profundos y claros que parecían mirarle sólo a él.

Inge era animosa y segura de sí misma, casi una mujer desafiante frente a todo. Era aquella magnífica seguridad lo que tantos, entre ellos Pauli, admiraban. Por eso Pauli había deseado casarse con ella, y era eso lo que hacía que desconocidos como el piloto del tren fuesen sus más rendidos esclavos.



Una vez que Inge se hubo apeado, el bien parecido piloto pasó al olvido. Su mente estaba en otras cosas, y una de ellas, no menos importante, era el discurso que tenía que pronunciar en la emisora local RADwJ para las jóvenes alistadas en la fuerza agrícola y en las fábricas. Iba a ser su mayor audiencia.

Comenzó a caminar entre los montones de nieve. Estaba oscuro; un cielo encapotado tapaba la luna y las estrellas. Se oyó el silbato anunciando la salida del tren y los semáforos cambiaron al verde. No había mozos de carga y ella misma tuvo que cargar con la bolsa. Ahora ya se había acostumbrado: estaban en guerra.

—¡Bajen todas las persianas!

Se vio envuelta en vapor y el tren arrancó con fuerza con un chirriar de ruedas que repercutió en el metal helado.

Debía de ser la única pasajera que bajaba en aquel lugar remoto. Todos los viajeros eran soldados o paisanos en misión oficial como ella. En aquellos tiempos no sobraba ni un asiento en los expresos. La gente miraba a través de las ventanillas conforme el tren abandonaba la estación, bajando remolona las persianas. Dentro de una hora, aproximadamente, aquellos hombres estarían en Königsberg, en Prusia oriental, donde transbordarían a otros trenes que los llevarían al frente.

Cruzó las grandes puertas del vestíbulo y dejó la bolsa en el suelo. Allí dentro hacía menos frío y olía a tabaco y a humanidad. El gran salón estaba lleno de gente que esperaba trenes locales. Paisanos de diversa laya que volvían a sus pueblos después de una jornada de compras, granjeros y campesinos de los latifundios de aquella región de Prusia, gente que en aquel momento disfrutaba de una inopinada prosperidad derivada del ataque a Rusia. El ejército alemán necesitaba comida, forraje y toda clase de caballos, cada vez en mayores cantidades, y, en la medida de lo posible, recurría a proveedores alemanes. Por eso en aquella zona del norte de Alemania, la más próxima al frente de combate, hoteles y restaurantes estaban llenos de oficiales de procuraduría del ejército, agasajados por quienes tenían algo que vender.

De todos modos, era sorprendente la cantidad de paisanos obligados a vestir uniforme: guardas forestales, camisas pardas, auxiliares femeninas, juventudes hitlerianas y eventuales SS con su siniestro uniforme negro.

Inge miró a su alrededor inquieta. «Bajo el reloj», decía la nota, pero allí no había más que dos sargentos de la Feldgendarmerie de mirada helada, con

sus gorgueras metálicas, y dos de la policía ferroviaria interrogando a dos muchachas chillonas.

Miró su reloj de pulsera. El tren había llegado tarde. La fastidiaba tener que esperar; sobre todo en lugares públicos. Algunos soldados que estaban sentados sobre una montaña de macutos comenzaban a mirarla sonrientes. En cualquier momento los policías se fijarían en ella. No porque pudiese ser una puta, una espía o una fugitiva, sino por simple curiosidad. Todos los de la policía militar eran unos hijos de puta; se lo había dicho Pauli, y él sabía lo que decía.

A los cinco minutos, un camisa parda barrigudo se acercó dando resoplidos, encolerizado y presentando abyectas excusas.

—¿Frau Winter?

Inge le miró sin contestar. El hombre, un individuo de rostro rubicundo, demasiado viejo para el servicio militar, cogió la bolsa y, con el brazo libre, se abrió camino entre la gente. Inge le siguió.

Delante de la estación esperaba un magnífico Mercedes antiguo, negro reluciente, con un banderín oficial. El camisa parda abrió el maletero y metió en él la bolsa. Luego abrió la portezuela.

—¿Has tenido buen viaje? —dijo el hombre que estaba sentado en el asiento trasero.

—No. Ni muchísimo menos —respondió Inge—. Y llegas tarde.

—Sabía que esperarías —replicó el hombre con una sonrisita. Le gustaba fastidiarla.

—Vete al diablo —dijo ella. Ahora nadie de los que la conocían como la mujer independiente, segura de sí misma, la habría reconocido.

El hombre se echó a reír.

## Lo sentirás, acuérdate

Lothar Koch sabía que en el armarito de Fritz Esser había siempre un buen surtido de botellas y que Pauli tenía la llave. Lothar jamás habría osado entrar en el despacho y decir al ministro que le diese una copa, pero últimamente, en sus periódicas visitas al cuartel general de la Gestapo, a tres manzanas de distancia, entraba en el despacho de Pauli a ver si había salido Esser y le sugería tomar un schnapps. A Pauli le fastidiaba a veces, pero no lo demostraba. Deseaba que Lothar desapareciese de allí. Miró por la ventana. Abajo en la calle los tilos estaban cubiertos de hojas; las ventanas, abiertas para que entrase el aire cálido de olor dulzón.

Aquel día el habitualmente melancólico Lothar, con su traje nuevo, se mostraba eufórico y extrovertido. Estaba en medio del amplio despacho de Fritz Esser gesticulando y haciendo muecas. A Lothar le gustaba entrar en el despacho de Esser cuando éste no estaba y fingirse ministro. Lothar era así.

—Sale el Führer a la calle a preguntar a la gente qué piensa de Hitler. Va disfrazado incluso con barba falsa.

—Lothar, eres un desastre con tus chistes —dijo Pauli, que pensaba en el trabajo qué tenía que despachar.

Pero nada: Lothar se creía muy gracioso.

—Escucha —prosiguió Koch—, se acerca al primero que ve y le dice: «¿Qué te parece ese Hitler?». El tipo agarra al Führer del brazo y se lo lleva al zoológico. Se meten por la yerba hasta un sitio en que nadie los oye y el tipo se inclina hacia él y le dice en voz baja: «A mí no me importa gran cosa» —concluyó Koch con una risotada palmoteándose el muslo.

—Ya lo conocía —dijo Pauli.

—¡«A mí no me importa gran cosa»! —exclamó Koch repitiendo la frase y enseñando los dientes de oro.

—Al cómico autor del chiste lo detuvieron en el Admiralspalast la semana pasada —dijo Pauli, que bebía una agua Apollinaris.

—Eso he oído. ¿Y qué decía? ¿Era divertido? —inquirió Koch.

—Salió al escenario y miró al público durante varios minutos sin decir nada; luego, cuando la gente empezaba a ponerse nerviosa, dijo: «Bien, ya basta de hablar de política; ahora vamos con los chistes».

—¿Y por eso lo detuvieron? —dijo Koch—. Qué exagerado.

—Había un grupo de dirigentes del partido con sus esposas, y hubo quejas. Fritz creyó conveniente que hiciésemos algo.

—¿Y le han mandado a un campo?

—Es que no se le podía llevar ante un tribunal —respondió Pauli.

—Me lo imagino. Pero es una exageración. Y ni siquiera era judío.

Koch dejó su copa en el mueble bar, junto al cual había un fregadero y un estante para vasos. Enjuagó la copa y la puso con las otras. Nunca se tomaba una segunda. Eso formaba parte de su oficio de policía: una copa de gorra era propina; dos, corrupción.

De pronto, mientras Koch se hallaba de espaldas, Pauli dijo:

—Por cierto, Lothar, ¿es verdad que están matando sistemáticamente a los judíos en los campos?

Lothar siempre estaba al corriente de todo.

Lothar Koch se le quedó mirando un buen rato antes de contestar.

—Sí, es cierto. En algunos campos.

—¿Matándolos sistemáticamente?

Koch volvió a hacer una pausa.

—Ha sido una decisión de las altas esferas. Heydrich estuvo presidiendo en enero unas reuniones en Wannsee. El *Endlösung*, solución final al problema judío, es un secreto muy bien guardado. ¿Cómo lo has sabido? —contestó Koch ya con mayor aplomo, casi recobrando su personalidad melancólica y cautelosa.

—No es que me lo hayan dicho, pero estuvieron aquí los abogados de I. G. Farben y han estado sirviendo a los campos uno de sus productos químicos. Y ahora hay un contencioso.

—¿Abogados?

—El asunto lo llevaba Fritz, pero al venir la Farben con sus abogados me lo ha pasado a mí. Ya sabes cómo es.

—¿Tu opinión legal sobre productos químicos?

—Se trata de un gas venenoso; un insecticida llamado Zyklon-B. Bueno, pues hay un gran pedido a punto, pero quieren que se entregue en los campos sin que se note una especie de mal olor que al difundirse en la atmósfera sirve de «indicador». La Farben no quiere servirlo hasta estar segura de que si elimina ese indicador no peligran sus derechos de patente. No hago más que ir

y venir a la oficina de patentes de Gitschiner Strasse, me paso el día leyendo fórmulas y especificaciones y ya no sé en qué va a acabar la cosa. Por eso se me ocurrió pensar qué diablos hacen en los campos con ese gas venenoso inodoro.

—¿Por qué no se lo preguntas a Fritz Esser?

—Eso hice. Se echó a reír y me aconsejó que adquiriese acciones de Degesch.

—¿Degesch?

—Es la filial de la Farben que fabrica el producto.

—Esser conoce perfectamente el asunto —respondió Lothar Koch volviéndose de espaldas.

—¿Y qué es lo que tú sabes? Mírame, Lothar. ¿Tú qué sabes?

—No gran cosa, pero he oído que a la mujer de un oficial la internaron por error en un campo de la muerte y, cuando vio todo el proceso, el comandante dijo que tenía que acabar como los demás. Figúrate si es secreto.

—¿Y eso puede ser verdad? ¡Dios mío!, ¿qué vería? ¿Se trata de una matanza en gran escala?

—Yo he oído historias como ésa —respondió Lothar encogiéndose de hombros—, y sé lo que me cuentan los que llevan a los presos a esos campos, pero es mejor no saber mucho, y mis compañeros no ven los campos de exterminio. Están muy lejos.

—¿Dónde?

—Siempre fuera de las fronteras del Reich —respondió Koch—, Fritz Esser lo organizó... Tú habrás estado en las reuniones. Había un representante de las compañías de seguros. Le vi en tu despacho.

—Las aseguradoras se quejaban de que pagaban muchas pólizas de seguro de vida por las muertes que se producían en los campos.

—Exacto. Y tú le dijiste a Fritz Esser que, según la actual ley, la gente que emigra de Alemania pierde todos sus derechos. Y Fritz Esser explicó a todo el mundo lo listo que eres.

—Yo no sabía que tuviese nada que ver con la matanza de presos. Fritz me dijo que en los campos había mucha gente vieja y enferma. Creí que se trataba de muertes naturales.

—Bien, pues ahora ya se cubren las espaldas construyendo todos los campos de exterminio fuera del Reich. Llevan a los presos a Polonia sobre todo. Así mueren fuera de las fronteras y las compañías de seguros no tienen que indemnizar.

—Serán hijos de puta...

—¿Las compañías de seguros?

Pauli no contestó.

—Lothar, el mes que viene dejan en libertad a mi cuñada. ¿Qué crees que le sucederá?

—¿El mes que viene? A ver... cumple sentencia aquí en Berlín, es decir, en la cárcel de mujeres de Barnimstrasse. Seguramente la recogerá en la puerta uno de los nuestros con una orden de custodia preventiva. Actualmente es el procedimiento que se sigue.

—¿Para llevarla a un campo?

—¿Dónde si no?

—¿Podrías enterarte del día y la hora y del número de la orden de custodia preventiva en el registro de Prinz-Albrecht-Strasse?

Koch ofreció a Pauli uno de sus pequeños y malolientes puros.

—Ni pensarlo, Pauli. Es muy peligroso.

—Es que allí no puedo hacer gestiones discretas porque lleva el apellido Winter y la gente lo notaría. Y tampoco voy ya tanto por allí. A ti te sería fácil.

—Es una extranjera enemiga, Pauli. Convicta de un delito contra el Estado.

—Es la mujer de Peter.

—Olvídalo, Pauli. Oye el consejo de un amigo. Ya no es como en los buenos tiempos en que falsificábamos firmas y teníamos horas extras y papeleo atrasado en interés propio. Ahora es distinto, y todo se hace con órdenes desde arriba. De lo más alto. Si te entrometes en esto e incomodas a alguien, no saldrás vivo. —Hizo una pausa para que Pauli lo entendiese claramente—. Tú no sabes lo que sucede al final de todo este papeleo. Es muy duro. Te hablo en serio.

Era como si Pauli no hubiese comprendido la tajante advertencia.

—Escríbelo a máquina en una hoja con membrete de aquí: cárcel, fecha y hora. Luego anula la orden de custodia en el registro. Si yo voy allí, levantaré sospechas, pero tú vas todos los días por el registro. ¿De acuerdo?

—No. No estoy de acuerdo.

—Lothar, por favor.

Lothar Koch encendió su puro y lanzó una bocanada de humo antes de contestar a la petición de Pauli.

—Tú estás en este precioso despacho de Unter den Linden. Ahora no vas mucho por Prinz-Albrecht-Strasse, Pauli. Y cuando vas, subes al tercer piso y

te fumas un buen puro con los jefazos de arriba y charlas sobre las artimañas legales mirando al parque. Me gustaría que fueses al sótano.

—¿Qué pasa en el sótano? —inquirió Pauli, derrumbándose en el sillón que tenía Esser para las visitas.

—Sabes igual que yo lo que pasa en el sótano.

—Nunca he estado en el sótano.

—No, te guardas bien de ensuciarte las manos. Estás aquí, en el Ministerio del Interior, en el que los sótanos están llenos de archivos y en donde lo único que les sucede a los del sótano es que se llenan las manos de polvo. En los sótanos de Prinz-Albrecht-Strasse hay celdas en las que se tortura a los presos cuando tú y gente como tú necesitan urgentemente una declaración. No es muy divertido, Pauli. Hay muchos presos que no aguantan esos interrogatorios. Yo procuro distanciarme lo más posible y no te reprocho que hagas lo mismo, pero no me mires a los ojos diciéndome que no sabes lo que pasa allí. Y no pienso coger una orden de custodia para que tú la hagas pedazos con la esperanza de que nadie se dé cuenta de que tu cuñada no va a parar a Oranienburg en la fecha prevista.

—Perdona, Lothar. No debería habértelo pedido.

Ante aquellas palabras, Lothar Koch sintió vergüenza por dejar a su amigo en la estacada.

—Podría hacerme con la orden y la hoja de entrega, pero no puedo borrar nada del registro. Falsificar un documento así en tiempo de guerra seguramente es traición, y por cosas así están ejecutando a gente, Pauli. A mucha —dijo Koch con una risita nerviosa—. Mejor es que organice algún lío en la cárcel y le prolonguen la condena. Dile que pegue a una celadora: hoy día es bastante corriente, porque la gente sabe que los esperan en la puerta para llevarlos a un campo de concentración. Que pegue a una guardiana: es lo mejor que puede hacer.

—Consígueme la orden y la hoja de entrega. ¿Qué pondrá... Señora Winter, judía, no alemana por raza o nacionalidad?

—No sé qué te traes entre manos, Pauli, ni quiero saberlo. Cuando esa señora Winter no llegue a la hora prevista al campo de Oranienburg se va a armar una buena. Créeme. Sé cómo son. No habrá quien te salve por soltar a un preso.

—Gracias, Lothar.

—Lo sentirás, créeme.

## «¿No podría Inge trabajar en Berlín?»

Pauli quería a sus padres, los quería de todo corazón, y sin embargo nunca había sabido expresárselo. Ahora que su padre no se encontraba bien, le visitaba casi todos los días, pero, aun así, era incapaz de manifestarle su profundo cariño.

Aquel domingo de principios de junio había ido allí con su viejo amigo Alex Horner para tomar el té. Horner vestía el magnífico uniforme que el ejército alemán siempre ha reservado para sus generales. En el cuello lucía las insignias prerrogativa de los generales y la codiciada ancha raya roja adornaba sus pantalones. Pero el general Horner había pagado un triste precio por el rango, la autoridad y las medallas, porque el destino en el frente ruso había avejentado a Alex Horner exageradamente.

Pauli estaba sentado al lado de su amigo, y enfrente de ellos, Harald Winter. El padre de Pauli había hecho que le trajesen al salón su sillón preferido y, a pesar del brillante sol que se derramaba sobre la alfombra en aquella maravillosa tarde de junio, se hallaba sentado arropado por mantas. El sillón de orejas tapizado de oropel resultaba incongruente en medio de aquellos muebles modernistas cromados de la Bauhaus y los relucientes espejos con marco lacado, encuadrados por las paredes llenas, no de óleos, sino de viejos carteles, entre ellos uno del *Graf Zeppelin* en su ruta de Sudamérica.

Harald Winter era demasiado tozudo para obedecer la prescripción facultativa de estar encamado. No se cansaba de repetir a los médicos que sólo tenía setenta y dos años y que no era una edad tan proveya. En los tiempos de la medicina moderna, setenta y dos años era una edad mediana avanzada.

—El mariscal Göring cometió el gran error de su vida destruyendo los dirigibles en mil novecientos cuarenta —dijo Harald Winter al ver cómo su hijo lanzaba una mirada al cartel del zepelín.

Pauli advirtió que Göring era su mariscal, signo inequívoco de que el anciano tenía ganas de discutir. Quizá fuese buena señal. A lo mejor estaba mejorando.

—La Luftwaffe necesitaba la aleación de aluminio —dijo.

—¡Bah! —replicó su padre—. Mis fábricas suministraban a los fabricantes de aviones más de la que necesitaban hasta que el Ministerio del Aire nombró a todos esos nazis en el consejo.



—Eso fue lo que alegaron —dijo Pauli, a quien le tenía sin cuidado el asunto.

—Göring no podía lograr que las empresas Zeppelin bailasen al son de su música; ésa es la verdad. Y les está muy bien empleado. Göring es la persona menos indicada para ese cargo. Ese payaso gordinflón sigue en las nubes, volando en su triplano Fokker de mil novecientos dieciocho.

—Tienes razón —dijo Pauli. Su padre detestaba a Göring; una animosidad que le venía de haber tenido que tratar con los incompetentes burócratas del enorme Ministerio del Aire del mariscal, que por entonces ocupaba toda una manzana de la Wilhelmstrasse, diez veces mayor que cualquier otro edificio ministerial.

—Se pinta los labios, se empolva la cara y se pinta las uñas.

—Lo sé —dijo Pauli, mirando a su amigo pero sin sonreír por si su padre lo advertía.

—¡Qué asco! —exclamó Harald Winter.

—Mejor no hablar de eso —dijo Pauli, consciente de que había gente en la cárcel por decir cosas mucho menos importantes.

—¿Mejor para quién?

—Para ti —replicó Pauli—. Estamos en guerra, papá. Y decir esas cosas puede interpretarse como traición.

—Mil bombarderos de la RAF atacaron Colonia el domingo pasado —prosiguió su padre—. Es horrible, dicen. ¡Que se lo digan a Göring!

—Se derribaron treinta y siete aparatos ingleses —alegó Pauli, que había recibido un informe interno del SD especificando que el bombardeo había causado «pavor» entre la población civil.

—Colorete y polvos. ¡Qué asco, qué asco! —repitió su padre, como un niño respondón al que le han regañado por decir una palabrota—. Y ese gordinflón idiota se complace en que le llamen Férreo. ¡El Férreo! —repitió con una risita.

Veronica Winter regresó de la cocina con una gran bandeja de plata con el servicio de té.

—Trae, mamá —dijo Pauli poniéndose en pie de un salto. Le chocó ver a su madre entregada a aquellas tareas caseras—. ¿Y los criados?

Veronica no dejó la bandeja a Pauli, porque aunque ya fuese un hombre de mediana edad, ella seguía considerándole el niño torpe y desmañado que había roto su precioso juego de porcelana.

—El novio de la doncella ha vuelto del frente ruso y he tenido que dejarle el día libre; la más joven está enferma y Cook está en el mercado haciendo

cola para el racionamiento. A Hauser no puedo pedirle que se meta en la cocina, sería como ponerle a las órdenes del cocinero. La servidumbre es muy quisquillosa y hoy día es muy difícil conseguir servicio. Las chicas prefieren trabajar en las fábricas. No sé por qué. Gracias, Pauli, cariño. Pon las flores en la mesita; así habrá más sitio. Así. Dale una taza a Alex, que yo sirvo.

—Pero, mamá, no deberías hacer ese trabajo. A Inge no la dejas que lleve pesos.

—Inge tiene suerte —dijo Veronica sirviendo el té—. Me temo que está muy flojo. ¿Sabías que estuve tomando el té la semana pasada con la baronesa Munte y tenía limones? Se los había traído un pariente de Grecia o de no sé dónde. Casi se me había olvidado el sabor del limón. ¿En Rusia teníais limones, Alex?

—No, señora Winter.

—Este té de racionamiento no es té ni es nada; es té de hojas de herbáceas, y sin limón casi no tiene sabor. He empezado a tomarlo otra vez con leche, como en Inglaterra.

—Podías tener criados del este. Ahora hay muchos —dijo Pauli.

—Tu padre no admitiría criados polacos en casa. Dice que huelen mal.

—Tonterías —dijo Pauli mirando a su padre—. ¡Tonterías! —repitió.

—Ya lo sé, cariño —dijo su madre—, pero no puedo contradecir a tu padre.

En realidad, Veronica Winter había decidido que no podía tener una criada polaca porque se sentiría violenta. Desde que Estados Unidos habían entrado en guerra con Alemania, los polacos eran aliados *de facto*. No habría estado bien tener una criada polaca y pagarle casi como a una esclava. Oficialmente ella era alemana, pero seguía siendo lo bastante americana para mantener la convicción de que el trabajo debe darse con arreglo a un sueldo estipulado.

—¿Ha vuelto Inge? —añadió cambiando de tema.

—Vuelve el domingo por la noche —respondió Pauli.

—Últimamente viaja mucho.

—Lo detesta, pero se empeñó en hacer algo por el esfuerzo de guerra.

—No sé qué es exactamente lo que hace —dijo Veronica acercándose a cerrar la ventana, a pesar del calor que hacía. En aquellos días entraba mucho ruido de la calle: coches, camiones, caballos, gente desfilando. Era un pandemónium.

—Tiene un empleo en el partido. Trabaja en la oficina central de la Liga de Muchachas Alemanas y coordina sus actividades con las de otras

organizaciones femeninas.

—¿No sería mejor que estuviese en casa cuidándote a ti, Pauli? —inquirió su madre.

—Todos tenemos que hacer algo por la guerra, mamá; y nosotros no tenemos hijos. Inge ha querido ese trabajo.

—Pero tanto viaje... Silesia, el Ruhr... ¿No podría Inge trabajar en Berlín?

Eran cosas imposibles de explicar a los padres. A ellos la guerra no los afectaba prácticamente, salvo las dificultades del racionamiento y alguna bomba de vez en cuando. Y a su madre siempre la encantaba tener una oportunidad de criticar a la pobre Inge.

—Ya lo explicó Fritz, mamá. Había un puesto en Berlín, pero no habría sido idóneo para una persona con la formación de Inge. Yo la hecho de menos, pero no va a estar siempre de viaje.

—¿Y tu hijo, Alex? —dijo Veronica volviéndose de pronto hacia su invitado—. ¿Qué tiempo tiene ya?

—El pequeño Christian cumple cuatro años el domingo.

—¿Ya tiene cuatro años? —inquirió Pauli. Sabía que Alex se estaba acordando del día en que había ido a esperarle a las cuadras en Bernau. ¿Cómo se le habría ocurrido que Alex previniese a Fritsch? Había sido una estupidez tratar de hacer nada por impedir los acontecimientos. Ahora ya estaba curado de espantos. Ahora se mantenía al margen... o lo intentaba.

—Es estupendo que esté de permiso. Su esposa estará encantada. Tiene que traerla un día de visita antes de que se le acabe el permiso. ¿Se las arregló para conseguir ese permiso por el cumpleaños del pequeño, general Horner? —inquirió Veronica con malicia.

—No seas tonta, mamá. Te he dicho que Alex ha venido por el funeral oficial del martes.

—Ah, claro. El funeral de Heydrich, el dirigente de las SS.

—Alex asiste en representación de la Wehrmacht —añadió Pauli, ufano.

Si Alex Horner pensaba que las excentricidades de Harald Winter eran manifestaciones seniles, cambió de idea cuando Winter se inclinó hacia él y preguntó:

—¿Qué le pasó a Heydrich?

—Le mataron a tiros —contestó Alex, que no sentía la pérdida de un dirigente nazi.

—Ya lo sé, Alex; aún no chocheo. ¿Quién le disparó y por qué?

—Aún no se sabe con certeza, señor Winter, pero la Abwehr dice que los asesinos eran checos y que llegaron en paracaídas.

—Entonces los periódicos están en lo cierto. ¿De Rusia?

—No, de Rusia no. Los soviéticos no tienen hombres ni aviones para una operación así.

—Entonces, ¿de Inglaterra?

—Sí, de Londres. Creen que al gobierno checoslovaco en el exilio presidido por Eduard Benes empezaba a preocuparlos la popularidad de Heydrich.

—Yo creía que había ido allí a aplastar la resistencia —dijo Harald Winter.

—Al principio estuvo dándoles palos —dijo Pauli—, pero una vez que eliminó a los alborotadores, reorganizó la seguridad social de los trabajadores y los campesinos y se ganó una gran popularidad. En Bohemia y en Moravia no hay terrorismo contra nosotros.

—Ahora lo habrá —dijo Alex Horner, lacónico—. Es muy posible que haya represalias, y eso es lo que quieren los ingleses.

—Ya han empezado —dijo Pauli—. Han cercado a miles de checos y los han fusilado.

—¡Qué horror! —exclamó Veronica.

—Así es la guerra —dijo Harald Winter—. ¿No es cierto, general Horner?

—Me temo que sí, señor Winter. Perdemos muchas tropas a manos de los partisanos rusos, y en las zonas de retaguardia hay unidades especiales de las SS dedicadas estrictamente a reprimir la guerrilla. Es una tarea fea, sangrienta y repugnante, y no la clase de guerra que desea el ejército. Eso puedo asegurárselo.

—¿Cuándo regresa al frente ruso, general Horner? —inquirió Harald Winter.

—Aguardo nuevo destino.

—Espero que se quede en Berlín —dijo Veronica—. Los niños crecen tan de prisa...

—¿No te he dicho que mamá ha tenido carta de Peter? —dijo Pauli a su amigo.

—Sí, pero ¿cómo es posible? —respondió Alex—. ¿Está en Estados Unidos, verdad?

—Hay un servicio de correos con los países enemigos a través de Lisboa —dijo Veronica, dejando la taza de té en el cristal de la mesa, sacando la carta del bolso, extrayéndola del sobre y desdoblándola cuidadosamente. Estaba ya

desgastada porque la había leído mil veces y la guardaba como una joya—. Tarda siglos. Supongo que tendrán que verificar si hay algo escrito con tinta invisible, en clave y cosas así, pero ha sido una suerte tener noticias tuyas. ¿Lee usted inglés, Alex?

—Me temo que no, señora Winter.

—Entonces nada —dijo contenta por tener una excusa para leerla otra vez. Se la puso sobre las rodillas y se inclinó. La escritura pequeña y cuidada de Peter era inconfundible; sobre el pliego, en diagonal, había una raya amarilla de un producto químico para la detección de tintas invisibles—. Sólo dice que está bien, que la pequeña Helena va al colegio en California y que ha visto al abuelo, que tiene noventa y un años, ¿no es maravilloso?

—¿No ves? —terció Harald Winter—. La gente vive mucho más hoy día. Comemos mejor y nos cuidamos.

Veronica hizo una larga pausa para estar segura de que su marido había acabado de hablar y siguió con la carta.

—Dice que toca mucho el piano y que trabaja en una compañía cinematográfica. Claro, habla de generalidades. Supongo que por temor a que la censura la interceptase y no la dejase pasar si decía algo concreto. Dice que nos ocupemos de su esposa Lottie, que está en la cárcel, ¿sabe? —concluyó Veronica alzando la vista.

—Sí, lo sé —contestó Alex Horner.

Ella le miró: parecía mucho más viejo que Pauli, que tenía la misma edad. Por lo que le habían contado de Rusia, no había nada peor que la guerra allí, salvo quizá enviar al frente a gente más joven. ¿Qué aciago destino había enviado a aquel pobre hombre, y al resto de su generación, dos veces a la misma carnicería de una guerra mundial?

—Pero las autoridades de la cárcel no han contestado a mis cartas y no sé cuándo la pondrán en libertad.

—Deja que me ocupe yo, mamá —dijo Pauli—. Te dije que me lo dejases a mí.

—Pero si no sabemos...

—Ya me enteraré.

—Pauli, tú no te metas en líos —dijo Veronica.

—No te pongas así, mamá.

—Pauli es un tesoro —dijo Veronica al general Alex Horner.

## **«La gente necesita animación en los tiempos que corren»**

La casa de Kant Strasse no era aquel brillante escenario que había sido cuando el «salón» de frau Wisliceny congregaba a los más excelsos artistas, músicos, escritores e intelectuales de Berlín. Con la entrada de Estados Unidos en la guerra y la marcha del cuerpo diplomático latinoamericano, la vida social de Berlín se apagó hasta desaparecer. Incluso allí, en el centro de la capital, la guerra había impuesto el aburrimiento y la austeridad.

El profesor Wisliceny había muerto, pero los Hennig seguían viviendo en la casa. Inge no los había presionado para que la vendiesen, pues en Berlín aquel tipo de inmuebles se cotizaban poco. Los berlineses estaban dispersos por todos los frentes de batalla y había quien se marchaba de la ciudad para librarse de los bombardeos que se rumoreaba caerían inevitablemente sobre la capital en invierno, y la muchedumbre que en aquel momento llenaba las calles de Berlín no compraba casas.

Aun si Erich Hennig hubiese seguido percibiendo los altos ingresos por sus actuaciones, habría sido difícil mantenerla, porque había escasez de artículos corrientes, como la pintura, y los artesanos que habrían tenido que remozar los magníficos techos, limpiado las alfombras o arreglado las valiosas arañas estaban todos en el ejército o en las fábricas de guerra.

Además, Erich Hennig no disponía como antes de los elevados ingresos por actuaciones. Tenía el brazo enfermo y no podía levantarlo por encima de la cabeza, y a veces la muñeca le dolía. El médico se mostraba optimista y le había prescrito descanso, una serie de ejercicios cada dos horas, baños calientes con unas sales malolientes y una asquerosa pomada con la que tenía que frotarse el brazo cada noche antes de acostarse.

—Dentro de seis meses, quizá menos, Erich estará curado —dijo Lisl—. Le viene bien descansar, porque esto le empezó por tocar por todas las fábricas de guerra; habrá sido por dormir en camas húmedas.

—¿Sigues ensayando, Erich? —inquirió Pauli. Estaban sentados a la mesa baja de la cocina después de una de aquellas cenas de plato único de Lisl. El gran comedor anexo estaba apagado y Pauli se preguntaba si volvería a verlo alguna vez como en tiempos de los banquetes de frau Wisliceny.

—No dejo de hacerlo un solo día —respondió Erich Hennig.

—Y está enseñando a tocar a Theo —añadió Lisl, ufana—. Dice que tiene verdadero talento.

—Estupendo —comentó Pauli. Le gustaba el hijo de doce años de los Hennig y se había convertido en un cariñoso tío.

—Erich podría dar un recital, pero los médicos dicen que sería contraproducente.

—Yo no estoy tan seguro —dijo Erich—, salvo que fuesen piezas breves. No podría aguantar un repertorio largo.

—Erich estuvo en Varsovia —añadió Lisl presumiendo—. Dio seis conciertos para los soldados y conoció al general Steflea, el jefe del estado rumano.

—Qué estupendo —dijo Pauli, que nunca había oído hablar de aquel personaje.

—Y todo lleno de mariscales y generales —añadió Lisl al ver que a su cuñado no le impresionaba gran cosa.

Pauli apartó su plato. Hacer sitio en la mesa antes de atacar algún tema importante era una manía que arrancaba de su infancia.

—Tengo entendido que habéis transformado el último piso en apartamentos.

—Bueno, Pauli, escucha —respondió Erich a la defensiva—. Sólo hasta que yo vuelva a trabajar.

—No es por el alquiler —dijo Lisl—. Necesitaba que hubiese algún inquilino ahora que Erich requiere cuidados.

—No he venido a pedir os parte del alquiler —dijo Pauli—. Lo que quiero es cama para una persona. Si es necesario, os pagaré.

—No puede ser —respondió apresuradamente Erich.

—Claro que puede ser —replicó Pauli, bebiendo el agua del vaso y alcanzando la jarra para servirse más.

—¿No quieres vino? —dijo Erich, sirviéndose él mismo con mano temblorosa.

—No bebo vino —respondió Pauli.

—Ojalá Erich tampoco bebiese —dijo Lisl—. El médico dice que no le hace ningún bien.

—¡Qué sabe el médico! —replicó irritado Erich—. Ni siquiera sabe qué tengo.

—El apartamento está ocupado —dijo Lisl mirando a Erich, que apartó la vista y bebió el vino.

—Tendrán que dejarlo libre —dijo Pauli. Estaba decidido a que el asunto quedase resuelto como él quería y por su tono de voz se notaba.

—No pueden marcharse —dijo Lisl—. Son refugiados... no tienen papeles en regla ni adonde ir.

—¿Trabajadores del este? —inquirió Pauli.

—Son el doctor Volkmann y su señora —dijo Lisl, desafiante, a pesar de lo cual Pauli advirtió el temor en su voz. Para ellos era el de la Gestapo; para ellos y para muchos otros. Asustaba a la gente. Por mucho que tratara de tranquilizarlos no había nada que hacer.

—¿Volkmann? ¿El dentista?

Fue Lisl quien se dispuso a contestar, porque su marido mantenía un discreto silencio. Erich nunca se había distinguido por su valor; después del accidente del zepelín, Erich Hennig había echado a correr para salvar su vida y corrió casi dos kilómetros hasta que cayó en una zanja y se rompió un tobillo. Pero Lisl tenía ánimo por los dos.

—No tienen adonde ir —dijo Lisl, desafiante—. Fueron a detenerlos, pero no estaban en casa, y la muchacha que tenían de sirvienta fue corriendo a la clínica a avisarle. Desde entonces no han vuelto a su casa.

—No lo sabía —dijo Pauli—. Hace mucho tiempo que cambié de dentista. Perdí el contacto.

—Si los echásemos a la calle los cogerían. ¿Es eso lo que quieres? —inquirió Lisl.

—¿Qué es lo que os indujo a albergar a los Volkmann? —preguntó Pauli sin hacerse del todo a la idea.

—Siempre fue muy amable y paciente con papá —dijo Lisl—. No podía negarme.

Menudo motivo para buscarse líos, pensó Pauli, pero no le extrañaba. Muchas conductas imprudentes tenían su origen en leves motivaciones personales más que en razones morales o políticas. Lo tenía bien comprobado desde que trabajaba en la Gestapo.

—¿Y no salen nunca? —inquirió.

—El doctor Volkmann va a trabajar al cementerio judío de Weissensee —dijo Erich—. Dice que allí no corre peligro. ¿Es cierto, Pauli?



—Sí, allí está seguro. No van a consentir que los arios cavén las fosas de los judíos, y mientras haya judíos que enterrar dejarán en paz a los sepultureros y trabajadores judíos del cementerio.

—La señora Volkmann me ayuda en la casa —dijo Lisl.

—¿En la casa? ¿Frau Volkmann guisando y fregando? —exclamó Pauli, pensando en la delicada señora.

—Las cosas cambian —dijo Erich, convencido ya de que Pauli no iba a denunciarlos por acoger a los Volkmann. Se estaba emborrachando y no quería mirarlos.

—Tendrán que hacer sitio para otra persona —dijo Pauli—. Lottie va a salir de la cárcel y hay que esconderla.

—¿Lottie va a salir de la cárcel? —inquirió Lisl, sorprendida.

Pauli asintió con la cabeza.

—Tengo que encontrar un sitio para esconderla. No sabía lo de los Volkmann, pero quizá así sea mejor para todos.

Erich siguió sin fijar la vista en nada concreto y bebiendo vino.

—¿Peter sigue en Estados Unidos? —dijo finalmente Lisl.

—Sí, mi madre tuvo carta de él. Con fecha de hace meses, pero le llegó. Le causó mucha alegría.

—Pobre Peter —dijo Lisl—. Supongo que estará muy preocupado por Lottie.

—No le pasará nada si la dejáis que viva con los Volkmann.

—No creas que tienen mucho sitio, Pauli.

—Tendrán que arreglarse —replicó Pauli—. Es preferible a un campo de concentración, ¿no?

—¿Y para el racionamiento? —dijo Lisl—. Ya nos cuesta bastante con los Volkmann.

—Veré lo que puedo hacer. Conozco a uno que trabaja en el departamento de racionamiento. Conseguiré una cartilla de urgencia, como las que dan a los refugiados de regiones evacuadas por bombardeo. Será una ayuda.

—Y necesito alguna manta —dijo Lisl—. Ahora no hay problema porque no hace frío, pero en invierno hace mucho frío ahí arriba y no podemos tener la calefacción continuamente.

—En casa tenemos mantas de sobra —dijo Pauli—. Y sábanas y lo que haga falta. Se lo diré a Inge cuando vuelva.

—Ah, ¿se lo vas a decir a Inge? —inquirió Lisl.

—Claro. ¿Por qué no?

—Nosotros no le hemos contado lo de los Volkman —dijo Lisl—. Es mi hermana, pero no sé cómo reaccionaría en un caso así.

—¿Cómo en un caso así? —dijo Pauli.

—Por el régimen —respondió Lisl sin dudar—. Inge no soporta oír nada contra el régimen; tú tienes que saberlo, Pauli. En una ocasión le conté un chiste, una tontería sobre el Führer... y se molestó y me largó un sermón sobre el esfuerzo de guerra. Casi creí que iba a denunciarme ante el tribunal popular —añadió riendo. Era una broma, claro. Porque no se le había ocurrido pensar que su hermana fuese a denunciarla al famoso Volksgericht.

—Hablaré con Inge cuando vuelva —dijo Pauli, aunque en su interior comenzaba a abrirse paso la idea de que tal vez fuese mejor no decírselo.

—Lo que verdaderamente me gustaría hacer —dijo Lisl inclinándose como para demostrar su interés— es montar un salón de té.

—Otra vez, no —dijo Erich sin mirarlos.

—¿Un salón de té? —dijo Pauli.

—Sería perfecto. Estamos a dos pasos de Kant Strasse y relativamente cerca de la Ku'damm. No costaría mucho hacer algo fastuoso.

—¿Un salón de té? —repitió Pauli—. ¿Aquí?

—Abajo.

Aún vuelto de espaldas a ellos, Erich dijo:

—Que no esté lejos de la Ku'damm no quiere decir nada. La gente no se pasea por aquí como por la Ku'damm.

Pauli se dio cuenta de que su presencia les servía de pretexto para discutir el asunto; un recurso al que recurren a veces las parejas. Recordaba haber hecho él lo mismo en ocasiones.

—Vendrían si el local es bonito. Hay tanta gente que deambula por ahí sin objetivo... soldados con sus novias, trabajadores de guerra en vacaciones y extranjeros. Un salón de té no daría mucho trabajo. Las tardes nada más. Lo montarían en los dos salones de abajo que nunca utilizamos. A mí me entretendría, Pauli. Y sacaríamos algún dinero.

Erich se volvió de nuevo hacia ellos. Había apurado el vino y se sirvió más. Pauli observó que era un vino francés. Puede que no tuviesen dinero, pero vivían bien.

—¿Y qué pensará la gente cuando se sepa que el concertista Erich Hennig dirige un salón de té? —dijo.

—Cariño, Erich, sé razonable —dijo Lisl—. Tú no quieres que trabaje, pero un poquito de dinero nos solucionaría los problemas.

—Necesitarás un permiso —dijo Erich, inclinado aparatosamente sobre la mesa a tal punto que sólo necesitaba alzar levemente el vaso para acercárselo a los labios.

—Tú déjame a mí —dijo ella—. ¿Me dejarás probar, Erich?

—Las habitaciones de abajo están en muy mal estado —contestó él poniendo mala cara.

—Los Volkmann me ayudarán. El doctor Volkmann sabe mucho de decoración y Lily me ayudaría a limpiar.

—No cojas los mejores muebles —dijo Erich Hennig comenzando a ceder—. Y en ningún caso esas sillas caras del comedor.

—Pero, cariño, ¿crees que soy tonta? Claro que no voy a poner ahí esas sillas que era lo que más apreciaba mamá. Ya alquilaré o pediré prestado lo que necesite. También hay sitios en que venden muebles de casas que han sufrido bombardeos, y algunos están muy bien.

—¿Y dónde vas a colocar el viejo piano?

—Había pensado dejarlo ahí, Erich. Si las cosas van bien, podría contratar un pianista, o un trío. La gente necesita animación en los tiempos que corren.

—¿A ti qué te parece, Pauli? —dijo Erich.

—Vale la pena probar —contestó éste—. Os traeré a Fritz Esser. Si le da por venir con sus amigas os haréis famosos.

—No quiero a Fritz Esser y a sus amiguitas —dijo Lisl—. No creas que va a ser un local de éstos.

Aunque lo había dicho con una abierta sonrisa para que se viese que era en broma, había en su voz un retintín de sinceridad. Pauli no acababa de entender lo que quería decir, pero no se lo preguntó.

## «Ya eres viejo, Peter»

—Quedas muy en tu papel, Peter —dijo Glenn Rensselaer conforme caminaban por la londinense Baker Street. Rensselaer, ya con sesenta y dos años, vestía un completo traje inglés de corte impecable, un sombrero de fieltro marrón y zapatos fuertes. Había mucha gente por la calle, la mayoría de uniforme de diversas clases: mujeres oficiales del Royal Naval Service con sus sombreritos de colegialas, noruegos con barba, aviadores australianos de azul oscuro, canadienses de caqui verdoso, oficiales polacos con gorra puntiaguda que miraban los escaparates y bonitas muchachas con abrigos de pieles, que siempre abundaban por los sitios de paso de los militares.

—Me siento un impostor —dijo Peter Winter, que vestía uniforme de coronel del ejército de Estados Unidos—. Y todos me tratan como un impostor. Bueno, los americanos por lo menos. —Se detuvieron a esperar que aminorase el tráfico para cruzar la calle.

—Es por tu acento —dijo Glenn—. Si hablastes un mal inglés con fuerte acento alemán, todos te aceptarían. El servicio de inteligencia del ejército, como muy bien sabes, está lleno de exiliados alemanes. Pero tú hablas un inglés impecable con acento británico, y para un soldado raso es muy raro oírsele a un coronel americano.

—Tengo que dar clases de elocución —dijo Peter—. ¿Y tú por qué no vas de uniforme, tío Glenn?

Había un hueco entre un autobús rojo de dos pisos y un camión abrumado por el peso de un tanque Matilda y los dos aprovecharon para cruzar rápidamente a la otra acera, esquivando por un tris a una mensajera en una potente motocicleta.

—Peter, deja lo de «tío». ¿Por qué no voy de uniforme? Mira, ya aprendí la lección de los uniformes en mis tiempos. Si enviamos un teniente a una reunión, los ingleses envían a un capitán, etcétera, etcétera. Finalmente, decidí prescindir de mi rango e ir de paisano. Así los ingleses no saben hasta dónde llega mi autoridad y me evito que los oficiales me miren por encima del hombro.

—Deberías habérmelo dicho —dijo Peter.

—No te preocupes, coronel. Aquí estoy yo para apoyarte. Yo no tengo a nadie que me apoye.

—Yo creía que tú eras el jefe supremo.

—Sí, pero soy el jefe de nada. De momento, aquí somos los parientes pobres. Tenemos que usar los aparatos de la RAF para lanzar a nuestros agentes, y eso significa que hay que alinearse, gorra en mano, con los de la Francia libre, los polacos, los checos, los holandeses y todos los del exilio.

—¿No utilizamos aviones americanos? —inquirió Peter.

—¡Ah, ya me gustaría entrar en el despacho de ese capitán de la RAF para decirle al muy cabrón que se meta sus aviones donde le quepan! Pero la RAF sobrevuela todas las noches Alemania y tienen toda clase de cajas milagrosas para identificar las referencias del mapa y lanzar al agente en el punto exacto. Nuestros aviadores están acostumbrados a volar de día y en formación, lo que quiere decir que sólo el comandante de la formación sabe dónde se halla y él es el que consulta el mapa para comprobar la ruta. No, Peter, a los agentes hay que lanzarlos de noche, y de momento estamos en manos de los ingleses, incluido ese hipócrita pretencioso con quien acabamos de hablar.

Llegaron a un pequeño bloque de pisos, bastante bonito, con las ventanas recubiertas con tela de redcilla para evitar la dispersión de los vidrios en caso de bombardeo. Subieron la escalinata, cuyos escalones estaban todos pintados con una raya blanca reciente para mejor visualizarlos con la calle a oscuras, y cruzaron la puerta. Por fuera, el edificio parecía uno más de aquellos bloques de apartamentos caros de Saint Marylebone, pero, igual que casi todos ellos, éste había sido requisado para un centro oficial. En el interior había dos soldados armados de la policía militar americana con cinturón y polainas blancas. Uno de ellos estaba sentado con los pies sobre una silla escuchando en la radio la canción *I don't want to set the world on fire*. Se puso en pie de un salto y saludó, a continuación bajó el volumen de la radio, examinó las tarjetas de identificación y los hizo firmar en el libro de entrada.

—¿Qué tal estamos, sargento? —dijo Glenn, jovial.

—Vamos tirando, señor Rensselaer —contestó el centinela—. Vamos tirando.

—No cogemos el ascensor —dijo Glenn—, son sólo dos pisos.

Conforme subían por la escalera aumentó de pronto el volumen de *I don't want to set the world on fire*.

Cruzaron un salón en el que estaban cargando tres grandes contenedores metálicos tipo H con armas, radios y víveres para lanzarlos con paracaídas en

la Europa ocupada. Siguieron por un pasillo hasta una puerta con la placa que llevaba la inscripción *G. Rensselaer. Sólo personal de operaciones*; una vez dentro del minúsculo despacho, tomaron asiento. Peter miró por la ventana hacia Seymour Place.

—¿Una copa? ¿Café? ¿Té? —preguntó Glenn.

—No, gracias. Me alegra volver a estar en Londres. ¡Y aquí! Es curioso pensar que nos encontramos a dos pasos de la casa del abuelo —dijo Peter. Ya no llevaba el pelo muy corto, pero aún estaba bronceado por el sol de California. Le habían traído en avión a través del Atlántico. Una medida de suma importancia en aquellos días de prioridades.

—Sí, casi todos los gobiernos en el exilio han elegido este barrio —dijo Glenn—. Supongo que es para estar cerca de la dirección de Operaciones Especiales de los ingleses en Baker Street.

—¿Hasta qué punto están al corriente los ingleses? —inquirió Peter.

—Oficialmente no saben nada. El acuerdo que hemos establecido con ellos es el mismo que con los demás. Los holandeses y los franceses no quieren revelar nada sobre los hombres que la RAF les lanza en Europa, y nosotros tenemos el mismo trato. Saben que allí no tenemos movimiento clandestino, igual que franceses, belgas y holandeses, así que deben imaginarse que lanzamos en paracaídas germano-americanos para nuestras operaciones. Mañana verás a un tal Piper, ahora ya es sir Alan, le nombraron caballero el año pasado, que es uno de los jefes de los servicios de inteligencia ingleses. Ya le conoces; estuvo conmigo en Travemünde cuando aún vivía tu abuela. Fue el año que tuvisteis el accidente por el que le salieron canas a tu madre.

—¿Canas a mamá?

—Claro, tienes que haberlo advertido.

—No, no me di cuenta. ¿Es el hombre del que se enamoró mamá?

—Ah, ¿lo sabías?

—Entonces no, pero me lo dijo Pauli años después. No me acuerdo muy bien de él, salvo que era alto y hablaba alemán con un acento raro.

—Ése es. Se enamoró perdidamente de tu madre. Si hubiera sabido lo que iba a suceder no le habría llevado.

—¿Tanto afectó a mamá?

—No lo sé. Lo decía por Piper. Todavía tiene una foto enmarcada de tu madre...

—¿Después de tanto tiempo?

—La tiene con otras fotos de amigos y conocidos, pero yo le conozco bien y sé...

—¿Tú lo apruebas?

—No seas tan...

—¿Estirado?

—Exacto. No seas tan estirado, Peter. Boy Piper se enamoró de Veronica y quizá habría sido mejor que ella se hubiese ido con él.

—¿Fue eso lo que tú le dijiste? —inquirió Peter con tono de disgusto.

—Es tu madre, pero es hermana mía —respondió Glenn, obstinado—. Recuérdalo. Y Boy no se ha casado.

—Y es amigo tuyo.

—Es una buena persona. Ya lo verás. Aquí hay muchos pesados, pero cuando un inglés sale legal, lo es en todos los aspectos.

—Tengo ganas de verle —dijo Peter.

—Bueno, no vayas a fastidiarle. Todo lo que tenemos ahora, desde las chinchetas hasta los cursos de paracaidismo, es gracias a Boy Piper.

—No voy a fastidiarle.

—¿Qué tal van tus muchachos? —inquirió Glenn para cambiar de tema.

—Hay uno que no logrará estar a la altura, pero los tres mejores están listos. ¿Qué posibilidades tienen, Glenn? Quiero decir de volver.

—Yo no empezaría a pensar así, Peter. No puedes ser Dios. Esos muchachos son voluntarios y quieren hacer algo en la guerra; ésa es la actividad para la que mejor dotados están. Algunos han perdido a familiares... todos tienen alguna historia.

—No hablan mucho.

—Eso está bien, pero aún habrá que apretarlos más. Los de la próxima promoción se conocerán sólo por el número del código y estarán acuartelados desde el momento en que lleguen para que no tengamos otro lío como el de ese que se emborrachó en un pub y empezó a contarle su vida a la camarera. No podemos arriesgarnos; para los otros es un peligro. Para final de mes los ingleses nos han prometido un local mejor. Yo quisiera un lugar en el campo con mucho espacio para poder montar nuestros propios cursos de entrenamiento completos, incluidos los saltos en paracaídas; basta con una torre y un cable para darles una idea. Así acortaríamos la estancia en Manchester. Cuanto menos tiempo estén con extranjeros, mejor.

—Supongo que sí.

—El mes pasado a uno de nuestros muchachos le pegaron una paliza un par de polacos que pensaron que era alemán y la emprendieron con él. ¿Qué

iba a hacer el pobre chico? A todos les hemos dicho que serán castigados si revelan a alguien su verdadera identidad.

—No lo sabía.

—Naturalmente que no. Por un lío de ese tipo podría irse al agua nuestro plan. Imagínate que algún periodista se entera de algo. Esta ciudad está repleta de periodistas husmeando historias.

—Ojalá pudiera ir yo —dijo Peter.

—¿Estás loco? Ya eres viejo, Peter. Físicamente no podrías, y no hablemos del entrenamiento. Deja estas misiones duras para los jóvenes.

—Uno de los míos tiene cuarenta años.

—Müller. Sí, claro, pero es un caso especial. No puedo entrenar a un crío de esos para que pase por químico bávaro porque se tarda años en aprender química. Así que he cogido a un químico, Müller, y le he entrenado.

—Müller habla el alemán de Berlín y...

—Y es judío y lo parece. Lo sé. Hemos hablado del tema en Washington una docena de veces. No es la elección idónea, pero puede funcionar.

—No creo. Lleva mucho tiempo fuera; su alemán es anticuado y se le olvidan las cosas.

—¿Es que ha mostrado deseos de no ir?

—En absoluto. Está deseándolo.

—Entonces irá.

—Pero, Glenn...

—Mira, Peter. Müller vio matar a sus padres. No quiero hablar de ello porque es asunto personal de Müller y va contra las órdenes hablar del pasado de los agentes. Müller hace su propia guerra, conoce los riesgos y quiere ir. Por mí, estupendo. Le necesito y le voy a enviar en cuanto las noches sean lo bastante largas.

—Müller quiere ir porque ha oído que no habíamos conseguido encontrar a nadie con su formación.

—No me eches ningún sermón, Peter. Tengo en mis manos cientos de Müllers y no voy a empezar a preocuparme por todos. Ni tú tampoco.

—Lo único que quiero decir es que si Müller es apto, yo también lo soy.

—Por Dios, Peter, tienes cuarenta y seis años, llevas gafas y no estás en forma. Si tenemos una urgencia estratégica de lanzar un agente licenciado en derecho empresarial con talento para tocar el boogie-woogie al piano, te tendré en cuenta. Mientras tanto, coronel Winter, cumple tu misión.

—Sí, señor —dijo Peter, acatando ofendido la decisión. Le parecía que su tío no daba la debida importancia al hecho de que Lottie estaba en algún lugar



de Berlín y que no se sabía nada de ella. Pero, en realidad, Glenn Rensselaer se preocupaba por Lottie y por Veronica tanto como Peter.

**1943**

## «Feliz y victorioso»

Día 1 de enero de 1943. Tenía lugar una fiesta para celebrar los cuarenta y tres años de Pauli. Estaban sus padres, Alex Horner y Fritz Esser. Inge había ahorrado suficientes cupones de racionamiento para hacer una tarta y Harald Winter les dejó coger un par de botellas de champán francés de la casi exhausta bodega. Como dijo Pauli en una breve alocución de saludo, habría sido casi perfecto de haber estado Peter, pero no se podía contar con ello en tan difíciles tiempos.

La fiesta se celebró en la casa de los Winter. Era la única solución para que estuviera el padre de Pauli, ya con setenta y dos años y con dificultades para desplazarse, y su complicada silla de ruedas de madera no habría cabido en el ascensor de la casa de Pauli.

La obligada ausencia de Peter en Estados Unidos parecía afectar a Harald Winter más que a Veronica. Pauli había intentado llenar el hueco que Peter había dejado en la vida de su padre, pero era inútil. Decía las cosas que Peter solía decir y procuraba hablar con propiedad de los temas que interesaban a Peter, pero sus esfuerzos sólo parecían irritar y aburrir al anciano; era como si la presencia de Pauli pusiera aún más de relieve la ausencia de su hijo preferido. De vez en cuando Pauli y su padre recuperaban la maravillosa relación de afecto que ambos ansiaban, pero cada vez que esto sucedía las cosas volvían a enfriarse y se establecía de nuevo aquel profundo distanciamiento. Pero aquella noche Pauli alimentaba nuevas esperanzas de que su padre volviese a quererle como antaño, porque no había nada que Pauli deseara más que el cariño y el respeto de Harald Winter.

Sirvieron la cena en el más pequeño de los dos comedores. Era un bonito salón decorado aún al estilo antiguo; cuatro columnas con enrevesados capiteles rematados por ángeles tallados que con sus alas abiertas sostenían el techo en los rincones. En la fabulosa araña de cristal, a poca altura de la reluciente mesa, centelleaban miles de reflejos de la luz procedente de las velas. Los vasos de cristal de Bohemia, las servilletas de lino irlandés, la vajilla de Meissen y la cubertería antigua de plata eran las más preciadas

pertenencias de Verónica, y había contratado más criados para que la velada fuese perfecta. Sería un cumpleaños inolvidable. Más aún, quizá, por el hecho de que era la última cena de gala que se servía en aquel comedor.

Concluida la cena, las señoras se retiraron y los hombres se quedaron a fumar y charlar.

—Últimamente has viajado mucho, Alex —dijo Fritz Esser al general Horner.

Desde que a Alex Horner le habían destinado al Benderblock en junio, Fritz se había hecho amigo de él. Esser era un mandamás en las altas instancias del partido, una relación interesante para un general, y Horner sabía lo que se pensaba en el ejército. El general Horner había sobrevivido al disgusto del Führer porque su cuerpo expedicionario no hubiese podido cumplir los objetivos imposibles encomendados durante los berrinches de Hitler en la campaña de Rusia. No obstante, Horner había hecho los milagros que se le pedían y, como el ejército siempre encontraba el modo de premiar a los suyos, Horner llevaba al cuello la Cruz de Caballero y prendida en el bolsillo la Cruz Alemana. Los dos solían almorzar en los mejores restaurantes de Berlín e intercambiaban cautelosamente sus respectivas opiniones. Para Fritz Esser, hijo de un campesino, era un auténtico placer llamar a un general por su nombre de pila y a Horner le divertían las atrocidades que Esser contaba sobre el partido y el régimen.

Esser exhaló humo. Él siempre se las arreglaba para tener las mejores cosas de la vida, desde coches potentes hasta jovencitas complacientes, y aquella noche había traído los puros. Se los había procurado un amigo del Ministerio de Asuntos Exteriores de Vichy, a donde iba siempre que había reuniones con el régimen del mariscal Pétain. Ahora que el ejército alemán ocupaba el sur de Francia, seguramente se habría acabado la fuente de aprovisionamiento; pero los militares se los conseguirían como siempre. Tenía que hablar de ello a Horner, que tendría contactos en el ejército de ocupación.

Horner, que también estaba fumando su puro, asintió con la cabeza saboreándolo complacido. Un habano; era un sabor inconfundible.

—Demasiado viaje para mi gusto —dijo.

—Siguiendo al jefe —dijo Esser mirando en tomo a la mesa y a Harald Winter que, en su silla de ruedas, al otro extremo, olía ansiosamente el humo, que le estaba prohibido inhalar por prescripción facultativa.

—El Führer lo trasladó todo al Berghof a mediados de noviembre —dijo Horner—. Y tuve que ir allá. Fue una desilusión, porque esperaba que me

destinasen al puesto de mando en Prusia oriental. Wolfsschanze no está muy lejos de la finca de mi familia y esperaba hacer una visita a mi hermano y ver otra vez la casa.

—El jefe se ha trasladado a las montañas. Yo se lo desaconsejé —dijo Esser—, pero ese maldito doctor Morell lo tiene metido en un puño. De un extremo a otro de Alemania. ¡Vaya jaleo! Una barbaridad. Yo estuve allí y lo vi.

—¿Todo? —inquirió Harald Winter con voz dura y ronca.

—Hubo que llevar allí todo el puesto de mando del Führer embalado en cajas —dijo Fritz Esser volviéndose hacia el anciano.

—Y eso no fue más que el principio —dijo Alex Horner—. Además, trasladaron una plantilla reducida de personal de la «pequeña cancillería del Reich» y un tren especial lleno de personal de la Wehrmachtsführungstab. Faltaba sitio, naturalmente, y tampoco cabían en Berchtesgaden, así que tuvieron que dejar el tren en vía muerta en Salzburgo. Asistí allí a una conferencia presidida por Jodl y nos costó horas encontrar a la gente que esperábamos.

—¿Estabas con el jefe el veintidós de noviembre? —inquirió Esser.

—¿Quieres decir cuando llegó la noticia de que la tenaza del ejército rojo se había cerrado en Kalach? No; eso es lo que le hizo trasladar todo el puesto de mando a Prusia oriental. Eso es lo absurdo, porque allá no estuvieron más que unos días.

—Dicen que estaba de un mal humor increíble —dijo Fritz Esser.

—Sí, hasta que llegó Göring y le puso de buen humor diciéndole que la Luftwaffe haría un puente aéreo para abastecer la bolsa de Stalingrado. El Führer volvió a animarse, y tanto se animó que rechazó la idea del general Von Paulus de atacar con el sexto ejército hacia el oeste para romper el cerco.

—¿Podrá la Luftwaffe llevar a cabo eso? —inquirió Harald Winter—. ¿Qué necesitan, quinientas toneladas diarias?

Pauli miró con respeto a su padre. El cerebro del anciano funcionaba tan bien como siempre. Pauli le sonrió y Harry asintió con la cabeza.

—Seguramente se las arreglarán con trescientas —respondió Horner—. He visto los cálculos del estado mayor de Operaciones, pero la Luftwaffe no podrá hacerlo, aunque el sexto ejército mantenga en funcionamiento los aeropuertos. Ahora sólo se efectúan vuelos nocturnos o con buena cobertura nubosa, porque en cuanto los rusos se den cuenta de lo que pretendemos, trasladarán cazas de otros frentes. No quiero ni pensar lo que podría ser.

—Pero no estarán mucho tiempo cercados, ahora que le han dado a Manstein el mando del grupo de ejército Don —dijo el siempre optimista Pauli. Sabía que Alex Horner adoraba al viejo general—. Él se abrirá paso y romperá el asedio.

—Todos los alemanes lo tenemos en nuestro corazón —dijo Horner—, pero no podrá hacer milagros. Los rusos han rodeado a un ejército de doscientos cincuenta mil hombres y mantienen tenazmente el cerco. Los conozco. Olvídate de lo que diga la propaganda del doctor Goebbels sobre los rusos infrahumanos. El soldado ruso es campesino, pero no es tonto; y es duro, muy duro. Las tropas de Manstein tropiezan con un muro de acero en su intento de rescatar a los camaradas del sexto ejército.

—Y entonces el pobre Rommel llegó a Wolfsschanze —dijo Pauli. Los azuzaba por su padre, porque él ya sabía la historia.

—No tan «pobre Rommel» —dijo Fritz Esser—. Ese hombre es un intrigante. Siempre lo fue. Le recuerdo de antes de la guerra, cuando era oficial de enlace con las Juventudes Hitlerianas. Siempre procuraba llamar la atención del Führer. Nunca me ha gustado.

—Yo no estaba —dijo Horner—, pero evidentemente no era el momento oportuno para sugerir la evacuación del norte de África. Y fue una tontería por parte de Rommel plantear de repente tal propuesta. Sean cuales sean los imperativos militares, la retirada del Afrika Korps sería ahora un terrible golpe para la moral de la nación.

—¿Sería mejor retirarse de África después de una derrota en Stalingrado? —inquirió Fritz Esser, provocador.

—Ya veremos lo que sucede —dijo Pauli.

—¿Queréis que os diga lo que sucederá? —dijo Harald Winter. Los demás se habían juntado, como hacen los hombres cuando se van las señoras, pero Harald Winter, confinado en su silla de ruedas, seguía en el extremo de la mesa. Las velas goteaban y el lívido rostro de Winter casi no se distinguía a la luz mortecina—. Los rusos harán todo lo que puedan por destruir a Paulus y al sexto ejército para el treinta de enero. Así celebrará Stalin el décimo aniversario del ascenso de Hitler al poder.

Se hizo un silencio en torno a la mesa. Erich Hennig cogió la botella de vino y se sirvió un vaso hasta arriba. No había intervenido para nada en la conversación y, como hacía últimamente, permanecía meditabundo en silencio emborrachándose progresivamente. Todo el mundo había oído hablar de los preparativos aquel año para conmemorar el décimo aniversario de la toma del poder. Todos los años, Hitler venía a Berlín y pronunciaba un

discurso en el Sportpalast. Era la efemérides más importante del calendario nazi, y aquel año era de particular relevancia puesto que marcaría una década de régimen nazi.

Fue Fritz Esser quien, finalmente, rompió el tenso silencio.

—No hablará —dijo.

—¿Que el Führer no va a hablar? —inquirió Pauli.

—Tiene que hacerlo —dijo Horner—. Sería terrible si no compareciese en el Sportpalast. Sería regalar una victoria moral al enemigo.

—Está decidido —dijo Esser—. Le ha dicho a Göring que hable por él. Seguramente Goebbels leerá por radio una declaración del Führer.

—Habría que hacer algo —dijo Horner.

—¿Es que te has vuelto de pronto converso a los ideales del partido? —preguntó Esser, burlón.

—No es cuestión de política —replicó Horner, haciendo una breve pausa antes de continuar: aun en privado, un general debía ser circunspecto—. El ejército no buscó esta guerra, ni la fomentó, pero la patria nos pidió que luchásemos y estamos combatiendo con todas nuestras fuerzas a un terrible precio; pero vivimos en una época en la que la moral del pueblo forma parte del armamento de guerra. Si el Führer no pronuncia el discurso anual en el Sportpalast, será como si perdiésemos un cuerpo de ejército.

Fritz Esser se llevó el puro a la boca para aplaudir.

—Bien dicho, general. El Ministerio de Propaganda perdió una estrella cuando tu padre decidió hacerte militar.

Horner sonrió discretamente. Se había acostumbrado a los sarcasmos de Esser, pero no le gustaba ser blanco de ellos. La verdad era que no acababa de hacerse a la idea de que un tipo sin instrucción como Esser fuese ministro. Pero la mayoría de los nazis eran simples campesinos como él; incluso los generales de las Waffen-SS con quien había colaborado en el frente ruso solían ser muchas veces hombres sin estudios y a algunos les costaba leer un mapa.

—Tú no conoces al Führer, Alex —añadió Fritz—. Yo hace mucho que le conozco. A Goebbels le gusta presentarle como un superhombre y Himmler piensa que le brilla el sol en el culo, pero el jefe es un hombre sencillo con el magnífico don de la intuición. Aunque la intuición del Führer funciona al máximo cuando las cosas van bien. No es un hombre dotado para navegar con borrasca.

—¿Y quién lo es? —replicó Pauli, que detestaba aquel tipo de conversación destructiva. Si el Führer detestaba el mal tiempo, él sabía

perfectamente lo que era eso.

—Winston Churchill —graznó Harald Winter desde el extremo de la mesa.

—Sí —dijo Esser con cierta reticencia. Erich Hennig cerró los ojos; tenía la molesta impresión de que la conversación iba derivando casi hacia la traición. Habían ejecutado a gente por hablar en tono menos «derrotista» que aquél.

—Churchill asumió el cargo cuando peor estaban las cosas en Inglaterra —insistió Harald Winter. Bueno, que Winter hablase en términos de traición daba igual: era tan viejo y estaba tan enfermo que no tenía mucho que perder.

—Sí, bueno, a ver cómo lo hace cuando empiecen a ganar —dijo Esser.

Se hizo un inquietante silencio. Nadie sabía si era una broma de las de Esser o una absurda metedura de pata. Nadie rió.

Llamaron discretamente a la puerta y entró Hauser, dinámico a sus sesenta y pico de años, aunque con el cabello gris, y dijo:

—Herr Winter, el café está servido y frau Winter dice que desea que el señor corte la tarta —añadió mirando a Pauli.

—¡Estupendo! —dijo el padre de Pauli—. Vamos con las señoras. —Pauli se puso en pie de un salto y cogió el manillar de la silla de ruedas—. ¡Déjale a Hauser! —gritó el anciano—. Empújame, Hauser, y cuidado con la alfombra, que ayer se enganchó en una rueda.

Pauli contempló a Hauser sacar del salón la silla de ruedas con el enfermo. Naturalmente, había sido a él a quien el día anterior se le había enganchado la alfombra en el freno de la silla.

Las señoras los esperaban en el salón. Era la pieza preferida de Harald, pues desde que estaba confinado en la silla de ruedas pasaba allí muchos momentos. Era una habitación sencilla y moderna con alfombra nueva de color blanco con dibujos en zigzag cruzando el suelo de un extremo a otro. Había una gran estructura de vidrio con cromados y pequeñas esculturas modernas —un Rodin y un Epstein—, y en las paredes, grandes cuadros abstractos. Todo lo que el régimen nazi condenaba por ser arte «degenerado», y corría el rumor de que Harald Winter lo había adquirido a precios de saldo por eso mismo, pero era indudable que estaba encantado con su colección.

En un rincón había lo propio de la época del año: un árbol de Navidad. Y, siguiendo otra tradición de familia, debajo de él estaban los regalos del cumpleaños de Pauli.

Escenario y personajes formaban un todo muy agradable. Las mujeres no habían escatimado esfuerzos por superar la austeridad que imponía la guerra.



Veronica Winter lucía un precioso vestido de seda rosa reformado. Lisl Hennig, un traje de noche que le había regalado Erich cuando actuó para las tropas alemanas en París. Inge estaba rutilante con un traje corto de satén dorado que tenía desde 1934 —desde aquella cena a la que no había asistido Fritz Esser— pero que aún le sentaba perfectamente. Chrisi Horner mostraba todavía aquella timidez tan simpática e impropia de una «generala». Cuando llegaron los hombres, hasta la triste rubia que había venido con Fritz cobró animación.

Pauli cortó la tarta con mucha ceremonia. Era lo mejor que podían ser las tartas en aquellos tiempos de racionamiento en que sólo se veía la mantequilla en cubitos y rara vez se daba el espectáculo de nata y chocolate. Y aunque el café servido en la enorme cafetera de plata era un sucedáneo de malta con una especie de aromatizante de higo, les supo casi tan bueno como el auténtico.

Había llegado el momento de servir el champán mientras Pauli abría los regalos. Si los obsequios no eran tan magníficos como lo habían sido en otros cumpleaños, Pauli no dio muestras de decepción.

El regalo de sus padres era un alfiler de corbata con un diamante, el de Alex Horner una cartera de cuero para documentos, Esser le obsequiaba con doce botellas de coñac de reserva, los Hennig con unos discos de Erich tocando unas sonatas para piano de Schubert y su mujer con una pitillera de oro grabada con su nombre y la fecha.

A pesar del día que era, Pauli sólo bebió soda, pero estaba encantado ante la perspectiva de pronunciar un discurso. Le hacía ilusión pronunciar discursitos y contar sus chistes, y había preparado algo especial. Rieron y aplaudieron lo que decía, porque no dijo nada alarmante, chocante ni esclarecedor. Así era como él gustaba a la gente: sin hacer nada fuera de lo normal, contentándose con las cosas tal como eran. Besó a su madre. Era una mujer extraordinaria —dijo— y costaba trabajo pensar que fuese extranjera. Iba a cumplir sesenta y ocho años, pero seguía tan guapa como cualquiera de las presentes, salvo, quizá, Inge, se apresuró a añadir. Todos rieron.

Era un hombre afortunado por tener a sus mejores amigos y la familia más querida con él en unos tiempos en que tanta gente en el mundo se hallaba separada a causa de la guerra.

Brindaron a la salud de Pauli y él respondió con otro brindis:

—Por un feliz y victorioso mil novecientos cuarenta y tres.

Todos bebieron.

Pero la velada se estropeó por la riña que tuvieron Inge y Pauli al volver a casa. Subían a pie hasta el quinto piso, donde vivían, porque Inge se había empeñado, diciendo que le daba claustrofobia el ascensor y que a Pauli le vendría bien un poco de ejercicio para perder peso.

Mientras subían, Pauli le dijo:

—Me agradaría que dejases de tontear con Fritz.

—¿Qué quieres decir? —replicó ella en voz alta, deteniéndose en el descansillo y mirándole de hito en hito.

—Esos chistes tontos... y esas palmaditas en el trasero cuando te despedías...

—¿Es que se ha quejado tu madre? —contestó ella con una risita, achispada por lo que había bebido.

Ahora que él no bebía, la gente borracha se le antojaba insoportablemente estúpida y molesta.

—No —contestó pacientemente—, pero las personas mayores no entienden esas bromas que le gastas a Fritz. Que se cambie más a menudo de ropa interior...

—Es broma, Pauli. No seas tan puritano.

—Mira, te diré una cosa: a Fritz no le hace ninguna gracia —dijo él sacando las llaves del bolsillo y echando a andar el último tramo de escalera hasta el piso—. Queda como un idiota, y eso a nadie le gusta.

## «Para reasentamiento en el este»

El tren se detuvo con una sacudida. El coronel Rudolf Freiherr von Kleindorf, que había ido durmiendo mientras el convoy discurría ante incontables estaciones y dejaba atrás innumerables cruces, se despertó en su estrecha litera. Se dio la vuelta, pero era demasiado estrecha y sus brazos tropezaban en los bordes. Sacó un brazo y lo dejó colgando, pero se le cortó la circulación y empezó a dormírsele la mano, por lo que optó por moverlo. Miró el reloj. En el techo no había más que una débil luz rojiza, pero pudo ver la hora: las dos y veinticinco de la madrugada. ¡Uf!

Había vuelto a soñar con Moscú, con el breve período en que había sido comandante de división. ¿Y si no se hubiese replegado? ¿Si hubiese dado la orden de luchar hasta el fin, como decía el Führer que debían hacer todas las unidades? En ese caso no habría sido sometido a consejo disciplinario y degradado a ayudante de un regimiento de fusileros ni habría obtenido el mando del actual regimiento. No, estaría muerto con todos los hombres de su división. Quizá siete meses de segundo en un regimiento de fusileros fuese un precio modesto por la vida de tantos jóvenes estupendos. El general Horner era de esa opinión —le había escrito una carta diciéndoselo exactamente así—, pero no compensaba del todo porque había mandado una división. Habría dado cualquier cosa por tan privilegiado placer.

El coronel Von Kleindorf, hombre de treinta y tantos años, prematuramente envejecido, trató de dormirse de nuevo, pero le resultaba imposible; y aquel tren seguía sin moverse. Seguía allí detenido vibrando moleestamente. Cada vez que estaba a punto de adormecerse se producía algún ruido mecánico ferroviario característico: un sonido metálico seco de las cadenas de acoplamiento o un repentino silbido del aire comprimido de los frenos. Tras lo que le parecieron horas, aunque en realidad fue menos de media, saltó de su incómoda litera. Notó el frío del suelo al poner los pies en él. Era un tren militar y el guarnecido no incluía alfombrado, ni siquiera en el pequeño compartimento del oficial de mando. Y si el suelo estaba frío, afuera debía de helar. Llevaba ropa interior larga, con mangas y perneras. Había

quien dormía totalmente vestido, hasta con botas en algunos casos, pero en un viaje como aquél Rudi von Kleindorf dormía en ropa interior. Era un término medio. Había muchos términos medios en la vida de Rudi. Incluso lo de ingresar en el ejército en 1920 había sido un término medio.

Encendió la bombilla. No es que diese mucha luz, porque aquellos trenes estaban preparados para su viaje directo a los terminales ferroviarios del ejército, algunos peligrosamente cercanos al frente. Se pasó los tirantes por los hombros, se abotonó la bragueta y metió un brazo en una manga mientras se calzaba las botas altas. Era como una segunda naturaleza: podía vestirse e incluso afeitarse sin estar del todo despierto. En el rincón había un lavabo escamoteable; se echó agua en la cara y se pasó la mano por el pelo, que llevaba muy corto. Volvió a frotarse el rostro. Necesitaba afeitarse, pero no tenía una barba muy poblada y probablemente no se tropezaría con nadie importante. Él era el comandante del regimiento y el oficial de más alta graduación en el tren.

Iba a agarrar el pomo de la puerta cuando alguien llamó. Era el oficial de guardia, el teniente Uhl. Al joven le sorprendió encontrar a Kleindorf ya vestido.

—Señor, ¿cómo lo sabía?

—Los comandantes lo saben todo —contestó Von Kleindorf. Era lo que solía decir Horner en los buenos tiempos. Se preguntó cuántas veces habría creído las premoniciones de Horner en circunstancias similares.

El teniente Uhl —un joven larguirucho con gafas— dijo:

—La vía está obstruida. He situado piquetes por si se trata de una emboscada de la guerrilla. El maquinista ha ido en busca de una caseta de señales para telefonar y averiguar qué pasa.

—¿Una caseta para telefonar? —dijo Von Kleindorf riendo sarcástico—. ¿Se imagina que está en la estación de Wannsee?

—Cree que encontrará una —dijo Uhl.

—¿Dónde estamos, Uhl?

—No lo sé, señor. Supongo que ya en Polonia.

—En Polonia no hay muchas casetas de señales con teléfono, Uhl. Tome nota de ello para el futuro.

—Sí, señor.

A Von Kleindorf le gustaba aquel muchacho. No tendría más de veinte años; había comenzado a estudiar medicina cuando era un crío y, luego, al año de graduarse, al ejército. ¡Qué locura!

—Y no hay guerrilla tan cerca de Alemania; pero ha hecho bien, Uhl. Es una buena costumbre y quiero que los hombres estén alerta y preparados. Que sigan en sus puestos. ¿Ha cubierto los techos?

—Sí, señor; con una batería de ametralladoras.

—Vamos a ver qué es lo que nos impide el paso, Uhl —dijo Von Kleindorf embutiéndose el pesado abrigo de invierno y levantándose el cuello de piel.

Los dos oficiales se apearon con cuidado y avanzaron en la oscuridad. Una noche como aquélla, sin luna, ideal para una emboscada, pero muy improbable en aquella zona de la retaguardia tan alejada. Por otra parte, circulaban curiosas historias. En las zonas de retaguardia, los Einsatzgruppen de las SS no hacían otra cosa que ejecutar sumariamente a partisanos y guerrilleros que atacaban las líneas de abastecimiento; según había oído, estaban matando gente a millares. Así que debía haber peligro. No se ejecuta a la gente sin motivos fundados, ¿no?

Soplaba un viento frío, particularmente cruel sobre la vía. A ambos lados el paisaje era plano hasta donde alcanzaba la vista, que no era mucho en una noche negra como aquélla. Al rebasar la locomotora sintieron el calor de las calderas y levantaron la vista hasta la plataforma en la que se veía al maquinista y a los fogoneros al fulgor anaranjado del horno. Aquellos desgraciados tenían suerte: eran los únicos que no pasarían frío.

—No han hecho nada por averiguar qué pasa —dijo el teniente Uhl.

—Son las órdenes, Uhl. Maquinistas y fogoneros deben permanecer en su puesto cuando el tren se detiene. Ha habido muchos casos en que atolondradamente se dejaron atraer y los mataron. Y entonces el tren queda a merced de los asaltantes.

—Claro está, señor.

—Flota un olor asqueroso —dijo Von Kleindorf.

—Serán los campos, señor. El abono.

—¿En esta época del año? Debe de ser usted de ciudad, teniente Uhl.

—Lo soy, señor.

—¡Vaya peste! Parece un campo después de una batalla.

Siguieron andando. La vía discurría sobre toscas traviesas; las veía a la luz de la linterna: gruesos maderos llenos de perforaciones, indicio de que los habían cambiado y usado muchas veces; cuñas rudimentarias ajustando los raíles y ausencia total de grava para asentar uniformemente las traviesas. No eran como las vías alemanas, tan elaboradas y bien hechas. Estaban en el este.

Más adelante había otro tren bloqueando la vía. Un largo convoy, quizá de cien vagones de mercancías, pintados de verde oscuro y con el águila insignia de los ferrocarriles del Reich.

—¿Qué sucede? —gritó Von Kleindorf.

—¡El jodido eje, eso es lo que pasa!

Era la voz agriada de alguien de mal humor a quien han sacado de la cama en una noche como aquélla.

Al aproximarse los dos oficiales, el que había hablado dijo:

—Excúseme, señor.

Era una voz ronca con acento de Silesia.

—Tienen que moverse —dijo Von Kleindorf—. Detrás de nosotros vienen más trenes.

El hedor del vagón era insoportable. Se preguntó si sucedería igual con los demás.

Un hombre con barba que parecía ser el encargado consultó unas hojas mecanografiadas alumbrándose con la linterna.

—¿Ustedes son el hache zeta uno cuatro ocho nueve? ¿Grupo avanzado del puesto de mando de la división de Panzers, señor?

Tenía una voz tranquila y autoritaria.

—Sí, y nos siguen setenta y dos trenes —dijo Von Kleindorf, aunque estaba seguro de que los ferroviarios sabían el número de trenes necesarios para trasladar una división acorazada.

—¿Puede decirme adonde van los carros blindados, señor? —dijo el hombre, apretándose las manos y echándose vaho para calentárselas.

Von Kleindorf dudaba. La disposición de los tanques y la artillería sobre orugas en los vagones plataforma no era cosa para revelar a cualquiera que lo preguntase. Indudablemente aquellos hombres eran alemanes, pero ¿por qué le preguntarían eso?

Como si le hubiese leído el pensamiento, el hombre entró en detalles.

—Puedo hacer circular vagones corrientes de mercancías o de viajeros, pero los tanques que llevan sobresaldrán de las plataformas. Antes con los tanques pequeños se podía circular por las dos vías, pero los blindados modernos no los puedo hacer pasar sin despejarlas ambas.

—Los blindados vienen en ese mismo tren —dijo Von Kleindorf.

Se oyeron unos ruidos dentro del vagón; ganado o caballos, pensó.

—Tenemos más blindados en el tren en vía muerta, así que no puedo desviarlo ahí —dijo el de la barba, mordiéndose el labio reflexivamente—.

Tendremos que apartar este vagón averiado —añadió volviéndose hacia su compañero—. ¿Andi, se te ocurre algo?

—La grúa más próxima está en el muelle, pero si no le importa que lo desguacemos, podemos traer un cabrio, sacarlo de la vía y tirarlo por ese terraplén.

—Están a punto de llegar dos trenes hospital —dijo el de la barba, que se había quitado los guantes para escribir y se los volvió a poner—. Si no me equivoco, ahí llega el primero. Son heridos del frente y tiene prioridad.

Se oía débilmente el ruido de un tren, pero el ferroviario tenía el oído acostumbrado.

—No hay tiempo para esperar grúas ni cabrios —dijo Von Kleindorf—. Mandaré venir a uno de mis zapadores y que le ponga dos cartuchos de dinamita.

—¿Sin estropear la vía, señor?

—Mis zapadores son capaces de cascar un huevo sin romper la yema —respondió Von Kleindorf—. Pero primero tendrá que vaciarlo. Ese vagón será como una caja de cerillas. ¿Qué carga lleva? ¿Ganado?

Los dos ferroviarios se miraron con extrañeza. Qué pregunta. ¿Acaso los militares no lo sabían? ¿No lo olían? ¿No sabían que los trenes como aquél constituían actualmente la mayor parte del tráfico hacia el este y que volvían vacíos?

—Judíos, señor.

—¿Judíos?

—Para su reasentamiento en el este —dijo el hombre enfocando con la linterna el rótulo sobre la madera del vagón en el que se leía en grandes letras negras: *A Auschwitz-Birkenau*.

Ahora Von Kleindorf los oía. Lo que pensaba que eran animales correspondía al movimiento inquieto de personas, seres humanos que debían de ir tan apiñados que algunos ni podían respirar.

—Coge una sierra y quita los candados —dijo el de la barba.

—¿Y qué hacemos con ellos?

—¿Nos puede dejar un centinela, señor?

—Atrás no puedo dejarlo, si se refiere a eso —dijo Von Kleindorf—. Mejor que traiga a alguien de la localidad.

—No hace falta centinela —dijo el llamado Andi—. No nos causarán problemas. Pueden meterse en el vagón vacío de vía muerta.

En dos minutos hicieron saltar los candados, pero tuvieron que abrir la pesada puerta entre los dos hombres. Y entonces el vagón comenzó a vomitar

gente que se derrumbaba en el duro y frío suelo.

El hedor a orina, excrementos y muerte surgió como una llamarada. «¡Dios santo!», exclamó el teniente Uhl retrocediendo espantado. Hasta el endurecido Von Kleindorf contuvo la respiración ante aquel espectáculo. Mujeres, niños, ancianos, jovencitas con niños de pecho en los brazos, se desplomaban tiesos de frío como maniqués de escaparate. Un hombre muy alto con abrigo negro cayó con tal fuerza a tierra que se quebró y rodó por el terraplén hasta la cuneta.

Y aun así, aquellos primeros guiñapos humanos eran los más fuertes. Eran los hombres y mujeres que se habían abierto paso a codazos o empujado a sus hijos hasta las fisuras que dejaban entrar un rayo de luz o un soplo de aire.

—*Raus! Raus!* —gritó el de la barba enfocando con la linterna lo más recóndito del vagón, donde sólo se veía el brillo de ojos espantados. Aún quedaba mucha gente, docenas. «Fuera, fuera». Pero algunos no podían salir. Había ancianos muertos. Y niños también, claro. Los que se habían ido escurriendo hasta el suelo habían muerto asfixiados; otros se habían desmayado y habían ido todo el trayecto en el suelo, pisoteados hasta quedar hechos unos guiñapos pegajosos y sanguinolentos.

Von Kleindorf sintió malestar. Dio media vuelta y se alejó. El joven oficial le siguió. Así que aquél era el reasentamiento que el régimen concedía a los judíos. Sacó el paquete de cigarrillos. Lo que fuese con tal de olvidar aquella visión y aquel olor. Pero el recuerdo nunca se desvanecería.

Boris Somló estaba a punto de desmayarse cuando comenzaron a serrar el candado de la puerta. Estaba atrapado en un rincón. Siempre le habían disgustado las apreturas, incluso cuando su madre le llevaba a los grandes almacenes de Viena; le molestaba estar aplastado contra la gente. Pero aquello era el infierno. Durante mucho rato estuvo tratando de mantener en pie a un niño, pero de eso hacía varios días. Fue hasta el día antes de que les diesen agua y mendrugos de pan. Antes de la primera vez que se había desvanecido. ¿Dónde estaría ahora el niño? No tendría más de cinco o seis años; un pequeñín de rostro serio, que no decía nada. Boris se restregó la cara e intentó calcular por la barba los días que llevaban encerrados en aquel vagón frío y oscuro. Pero nunca había tenido una barba muy poblada y le resultó imposible.

Oía también las voces de los ferroviarios, pero no podía entender lo que decían; tampoco le importaba mucho. Estaba tan débil que ni hambre sentía.



Ya nada tenía importancia. Nada. Por eso, igual que a los demás, le sorprendió totalmente la apertura de la puerta.

Al abrirse la puerta, todos los que llenaban el vagón comenzaron a moverse, y Boris se vio de pronto arrastrado hacia ella y en medio de gente que le rodeaba y caía en la oscuridad. Respiró un aire tan frío que le hizo daño en los pulmones, le empujaron por detrás y él también cayó en aquel negro vacío.

Cayó tan fuertemente a tierra que se le cortó la respiración, pero el impulso le hizo rodar por el terraplén. Al final había una cuneta con agua estancada; la superficie helada se rompió bajo su peso.

De pronto recobró completamente el sentido, pero tenía muy pocas fuerzas y ninguna voluntad, excepto la de salir del agua de la cuneta. El calor de los cuerpos apiñados les había mantenido vivos y ahora el frío viento que azotaba su ropa mojada le hizo tiritar hasta quedar sin respiración. Contuvo la tos con la mano y se arrastró.

Miró hacia atrás, hacia el terraplén de la vía en donde aquellos hombres con linternas seguían dando voces hacia el vagón medio vacío. Se puso en pie y echó a andar despacio hacia la oscuridad.

Fue arrastrando un pie tras otro hasta dejar atrás el convoy de «reasentamiento»; le dolía el cuerpo a causa del frío. Había otro tren detrás. Lo mejor sería alejarse de la vía e internarse en el campo. Las líneas de comunicación siempre estaban muy vigiladas; no había que ser militar para saberlo. Pero no podía ir por el campo con la ropa mojada. Tenía hambre, sed, estaba cansado y se hallaba muy débil. Con aquella temperatura no podría sobrevivir más de media hora.

Siguió dando tumbos, sin pensar lo que hacía ni adonde iba, y se encontró yendo hacia el segundo tren sin saber por qué se dirigía hacia él, salvo que veía el parpadeo de sus luces y le parecía cálido y acogedor. Era un tren del ejército con el emblema de la Cruz Roja en los laterales. Se acercó despacio. Ahora ya sabía lo peligrosos que eran los centinelas, pero no había más que dos soldados armados en el techo. Pensó que los trenes hospital no tendrían suficientes hombres para montar centinelas cuando se detenían.

En algunas ventanillas habían subido las persianas y pudo ver soldados. Estaba lleno de hombres: hombres vestidos de gris, esparcidos por doquier como soldados rotos en un cajón de juguetes.

Muchos iban vendados y casi todos dormían. No se advertía movimiento. Siguió andando, apartándose de la locomotora. En ésta habría gente de servicio despierta. El siguiente vagón tenía literas para los heridos

inmovilizados. Estaba, tan lleno como el otro; los soldados, apiñados unos junto a otros. Todos se arropaban con las mantas grises y, con los ojos abiertos, se apelotonaban en las literas como sardinas en lata.

La puerta del tercer vagón estaba abierta y la luz se esparcía al exterior. Sentados en los escalones, dos asistentes médicos fumaban un cigarrillo con las ganas que procura haber estado mucho tiempo sin poder hacerlo. Detrás de ellos, Boris veía un armario abierto con los estantes repletos de mantas del ejército. Codiciaba una de aquellas mantas más que nada en el mundo.

Esperó un largo rato mientras el frío viento le torturaba con sus mil cuchillos. Finalmente los asistentes acabaron su cigarrillo y entraron en el vagón. Los vio por las ventanillas avanzando por el tren. Era la ocasión; subió al estribo y tanteó la puerta. No estaba echado el pestillo. La abrió despacio y montó en el vagón. A la derecha estaba el retrete y detrás la puerta de comunicación con el otro vagón. Desde donde estaba podía ver a lo largo del tren; sentía el calor de la calefacción y los ronquidos, quejidos sordos y movimientos de los heridos. Nadie miraba hacia allí. Alumbrado por la luz amarillenta, cruzó el espacio, abrió el armario y tiró despacio de una manta, sujetando las otras con la mano libre. La manta salió, desplegándose, y la arrastró hasta la puerta. Pero en aquel momento el tren dio un traqueteo y a unos pasos, junto al suelo, oyó el chocar de los enganches y el silbido del vapor de la locomotora, al tiempo que el tren daba otro tirón y se ponía en marcha.

—¡Enfermero! ¡Enfermero! ¡Venga, éste vuelve a sangrar!

Era una voz chillona, la voz de una persona joven asustada.

—¡Voy, voy!

Un asistente había abierto la puerta de comunicación con el vagón de al lado y permaneció allí un instante. Era uno de los que habían estado fumando fuera. El tren rugió y siguió avanzando, traqueteando sobre los raíles de un cruce. Boris retrocedió en la oscuridad y se arropó totalmente con la manta tapándose el traje negro, lleno de vómitos y excrementos. El enfermero pasó junto a él sin apenas dirigirle una mirada. Ni siquiera su hedor llamaba allí la atención entre enfermos y heridos.

—¿Sangra? —inquirió el enfermero al llegar junto al asustado joven—. ¿Dónde está la hemorragia?

El tren iba tomando velocidad. No tardaría mucho en ir demasiado rápido para saltar sin riesgo de romperse una pierna. Miró por la ventanilla y vio que adelantaban a otro tren, que iba lleno de soldados. Se le quedaron mirando como miraban a todos los heridos, pensando en si ellos volverían así.

De la litera de arriba había goteado sangre sobre la cara del joven y le había manchado la manta.

—No es nada —dijo el enfermero—. Ya le cambiaré el vendaje por la mañana.

—Quiero cambiarme de sitio —dijo el asustado joven.

—Cámbiate si lo encuentras —dijo el enfermero mientras alisaba las mantas con esos melindrosos gestos automáticos de los enfermeros de hospital.

—Has vuelto a cagarte, ¿verdad? —dijo el enfermero.

—No he podido aguantarme —respondió el asustado joven.

—Pues cámbiate de pijama. Pero es la última muda que te doy, ¿entendido?

—Sí —contestó el muchacho.

El enfermero volvió a pasar junto a Boris, pero antes de abrir la puerta de comunicación se le quedó mirando. Boris sostuvo su mirada con el estómago atenazado de miedo.

—Ya me sé vuestros trucos —dijo el enfermero, irritado—. Ya sabes que aquí no se puede fumar. Vuelve a acostarte o al departamento o a donde sea. Ya conoces el reglamento.

Boris asintió con la cabeza.

El enfermero cerró de golpe la puerta de comunicación y desapareció en el vagón contiguo.

Boris vio cómo el muchacho se bajaba de la litera para coger un pijama limpio. Si él pudiese coger un pijama del ejército y esconder su traje negro quizá lograra que le diesen comida como a los demás. Si pudiera comer algo, podría pensar mejor.

Miró por la ventanilla. Había otro tren del ejército en una vía muerta. Éste transportaba tanques, sujetos por cadenas a los vagones plataforma. Lo dejaron atrás despacio. Había cientos de tanques. No parecía haber otra cosa en el mundo.

## «Eres la única amiga de verdad que tengo, Lottie»

Pauli Winter sabía animar a la gente. Era un don mágico. Ahora que acudía a casa de los Hennig dos o tres veces por semana a ver a Lottie, encontraba la vida más llevadera. Pauli le contaba chistes, historias, cotilleos y escándalos; y realizaba sus trucos de magia haciendo desaparecer una moneda para hacerla reaparecer en su oreja... ¡o en la de ella! Pauli era quien le enviaba casi todos los libros, sobre todo los que estaban en inglés, confiscados a sus propietarios en redadas policiales (cosa que Lottie ignoraba). Y era Pauli quien había traído los cojines y el sillón de terciopelo rojo con escabel incorporado, dos grabados de Van Gogh y unos discos de baile con un viejo gramófono. Todo aquello había contribuido a transformar el cuartito abuhardillado del último piso de la casa de los Hennig en un pequeño apartamento bastante acogedor.

Cuando Pauli iba, le gustaba sentarse en el sillón rojo y poner las piernas en alto. El gramófono tocaba *Jeepers creepers*, Lottie estaba ante el infernillo eléctrico haciendo unas tortitas sin huevo para tomarlas con el sucedáneo de café. En la cárcel se había especializado en cocinar; le habían dejado trabajar a ratos y guisar en las cocinas. A veces comía con los Volkman, que vivían en cuartos anexos y compartían con ella el baño. Y a veces la invitaban abajo los Hennig, pero la mayor parte del tiempo Lottie estaba sola. Le gustaba sentarse junto a la ventana abuhardillada y mirar los desiguales tejados, identificando las agujas y los edificios más altos de la Ku'damm. Tenía mucho tiempo para pensar.

—A veces se me ocurre pensar si habrá más americanos en la ciudad —dijo echando la tortita en un plato. La música cesó y fue a dar la vuelta al disco, pero no lo hizo sonar.

—No creo —dijo Pauli, aunque sabía por los archivos del ministerio que había algunos. Lo más probable es que fuesen extranjeros considerados afines a la Gestapo o emigrantes que habían vuelto de Estados Unidos a causa del

Nuevo Orden de Hitler, y no eran la clase de amigos que Lottie deseaba. No quería que le diese por pensar en ponerse en contacto con otras personas. Los Hennig habían jurado guardar el secreto y los Volkmann sabían comportarse como fugitivos. Incluso su propia madre sólo veía a Lottie dos veces al mes. Era mejor. No habían cursado contra ella ninguna orden de alerta, y mucho menos de custodia, y eso era de agradecer, pero la tarjeta de identidad que Pauli le había facilitado tenía una gran «J» en el anverso y seguro que no pasaría inadvertida al minucioso escrutinio que la policía aplicaba a las documentaciones que llevaban la «J». Quizá no importase que en lugar de Charlotte Sarah figurase el nombre de Martha, pero constaba sesenta años en lugar de cuarenta y la foto era la de una mujer mucho mayor, que en nada se parecía a ella.

Si no abandonaba la casa, seguramente no correría peligro, pero si salía a pasear siempre existía el riesgo de que la detuviesen en la calle y la mandasen a un campo de concentración. El destino de los judíos se había convertido en tema de discusión y rivalidad entre las diversas facciones de las SS, pero sólo discutían si había que matarlos sin ambages en un campo de exterminio o recluirlos hasta que murieran en campos de trabajos forzados.

Las ideas de Pauli sobre la autofinanciación de los campos se habían ampliado al esquema de que las SS se convirtiesen en dueños de un gran imperio industrial que se surtiese de la mano de obra esclava de los campos de concentración para fabricar desde muebles baratos hasta moneda extranjera falsificada. Los presos acarreaban piedras, hacían caucho sintético y cosían uniformes del ejército. Las SS eran dueñas de la empresa de porcelanas Meissen y estaban a punto de monopolizar la fabricación de la soda, comenzando por la marca Apollinaris.

—Es lo que yo pensaba —dijo Lottie—. Imagínate que yo fuese la única en la ciudad: podría escribir un libro titulado *La única americana en Berlín durante la guerra*. ¿Te das cuenta? Me haría famosa.

Pauli sabía que lo decía en broma y se echó a reír, pero añadió:

—Yo no escribiría nada, Lottie. De momento, no.

De abajo llegó el sonido del hijo de Hennig ensayando al piano. Erich decía que el niño tenía talento musical, pero costaba creerlo oyendo cómo interpretaba *Para Elisa*.

—Supongo que no habrá habido otra carta.

—¿De Peter? No, nada. Pero en Estados Unidos está a salvo. Los americanos no le harán alistarse en el ejército. Seguramente está

apaciblemente sentado en California con tu madre, pensando qué haremos nosotros.

—Supongo. Es como si hiciera una eternidad que no le viera. Helena va a cumplir diecisiete años en septiembre. Casi no puedo creerlo; tenía diez cuando me metieron en la cárcel. Todos estos años sin verla crecer... Me gustaría tener una foto reciente de ellos —dijo poniendo ante Pauli una tortita y una taza de café—. Diecisiete años. Era una niña preciosa.

—Y ahora es una joven preciosa —dijo Pauli.

—Sí, Pauli, claro que lo será. Siempre fue ideal. No lloraba como los otros niños, era tan... No sé... tan adulta, tan madura...

—Sí —asintió Pauli. A Lottie le gustaba charlar, así que se limitó a tomarse el café y dejarla hablar. Debía de resultarle muy aburrido pasar tanto rato sentada allí sola. Y le divertía oírle hablar en fluido alemán, mezclado con la jerga berlinesa y del hampa.

—Si no me hubiese quedado embarazada, nos habríamos marchado a Estados Unidos —dijo Lottie—. El tío Glenn aconsejó a Peter que no aceptase aquel empleo, pero Peter lo habría aceptado. Imagínate, un año más y Helena habría nacido americana. Lástima que papá no llegase a conocerla.

—Sí —dijo Pauli, mirándola con cierto temor. En su última visita Lottie le había pedido que llevase flores a la tumba de su padre y le había preguntado por los otros cementerios judíos; él había tenido que decirle que el antiguo cementerio judío de Grosse-Hamburger-Strasse, que databa del siglo XVII, ya no existía. Habían exhumado los restos, los habían destruido y el camposanto había sido declarado *judenrein*, limpio de judíos. Aquello había sido una fuerte impresión para ella. Quizá no habría debido decírselo, pero le asaltó el temor de que se le ocurriese acudir allí y habría despertado sospechas—. Fue una suerte que Peter se llevase a la niña —añadió.

—Muchas veces lo pienso. ¿Se lo imaginaría Peter?

—¿Imaginarse que los japoneses atacarían Pearl Harbor y que el Führer declarararía la guerra a los americanos? No creo que nadie hubiera podido imaginarlo, Lottie.

—No, claro.

—Se llevó a Helena para que la conociera el abuelo, y tu madre.

—Y ahora será americana. Parece que la estoy viendo en los bailes de estudiantes. Pero ¿y Peter? ¿Qué tal le irá?

Pauli dio un sorbo al café.

—Peter estará bien. Supongo que la gente le tratará mal por ser alemán, pero por lo que he leído en los boletines del servicio de inteligencia del

Ministerio de Asuntos Exteriores, allí no existe internamiento a gran escala de alemanes.

—La gente no le tratará mal porque sea alemán —replicó Lottie, indignada—. Sólo vosotros, los alemanes, tenéis ese profundo miedo y desconfianza que os hace tratar tan mal a los extranjeros. Así empezó lo de Hitler. Es la gente como Hitler la que odia a los extranjeros, y muchos alemanes han apoyado ese programa de odio. A los americanos les gustan los europeos y Estados Unidos es un país al que viajan los europeos para escapar a los pogroms y a los prejuicios. A mi padre nadie le trató mal durante la primera guerra mundial. Yo entonces era una jovencita y me acuerdo muy bien. Nunca tuvimos problemas. —Se detuvo. ¿Cómo podía hacer objeto de su ira al pobre Pauli, que tanto se había arriesgado por ella?

—Nosotros teníamos una nodriza escocesa —dijo Pauli sonriendo; no se ofendía por el rapapolvo. Lo daba por justificado. Casi todas las regañinas que le habían echado en su vida eran justificadas—. Tú me la recuerdas a veces. «Vosotros, los alemanes, sólo pensáis en hacer guerras», solía decir. Era una mujer estupenda. Tuyo que irse de casa durante la primera guerra mundial. Ni siquiera pude despedirme de ella como hubiera querido, pero siempre que pienso en ella me doy cuenta de cuánto de su vida nos dio a nosotros, y me pregunto qué es lo que hace que una mujer se sacrifique tanto por cuidar a los hijos de otro.

—A lo mejor no podía tener hijos —dijo Lottie, pero se arrepintió al recordar los deseos de Pauli e Inge de tenerlos.

—Tal vez —dijo Pauli—. Lisl me dijo que la señora Volkmann va a tener un hijo.

—Sí, están muy ilusionados. Eso constituirá para ellos una nueva razón de vivir.

—Entonces es verdad que se dan milagros —dijo Pauli—. ¿Cuántos años tiene el doctor Volkmann? Debe de tener casi cincuenta.

—Sí, supongo, pero Lisl es mucho más joven que él. Espero que tenga un buen embarazo.

—¿Cómo se las arreglarán los Hennig sin ella?

—¿Lo dices por el salón de té? Sí, ella hace casi todas las tartas y panecillos... Yo ayudaré lo más que pueda; se lo he dicho a Lisl. Tendrán mucho éxito y a Lisl le encanta que Erich toque allí el piano.

—¿Que Erich toca en el salón de té? —inquirió Pauli, sorprendido, sabiendo que Erich se había mostrado tan reacio al proyecto de Lisl.

—Desde el mes pasado. ¿No lo sabías? Estaban pagando mucho a un pianista y era poco formal; Lisl le despidió por llegar tarde y estuvieron tres semanas sin música. Pero como el negocio decayó tanto, finalmente Erich se avino a tocar provisionalmente.

—Tengo que pasar una tarde a tomar el té.

—Erich dice que es provisional, pero el brazo lo tiene peor y no creo que vuelva a poder dar recitales.

—No me ha dicho nada —dijo Pauli.

—Es que aún no se ha hecho a la idea —dijo Lottie—. Pero necesitan el dinero, y a Lisl la encanta estar al frente del negocio. No abre hasta mediodía y cierra a las seis y media, así que no la ata mucho. Además, así no tiene que ir de visita, porque todas sus amistades vienen aquí y ella se entretiene de mesa en mesa con los últimos chismes. El doctor Volkmann dice que es uno de los lugares de moda en Berlín.

—¿Sí? No me digas que es lo que oye comentar a la gente que trabaja con él en el cementerio de Weissensee... —dijo Pauli.

—No seas así, Pauli —replicó Lottie riéndose—. Naturalmente que exagera. No es como el Kaiserhof o el Kempf, pero Lisl ha hecho maravillas. Ah, por cierto, tu madre me ha enviado tortitas de chocolate y nueces. ¿Quieres una?

—No, gracias, estoy muy gordo.

—Me los enviaba incluso cuando estaba en la cárcel. No es chocolate de verdad, claro, pero es un detalle. Sabor a USA, dice ella. Me encanta tu madre.

—Ella querría venir más a menudo —dijo Pauli—, pero le dije que no te visitara más de dos veces al mes. De momento quiero que seáis muy prudentes.

—Lo que tú digas, Pauli. —En la cárcel había oído lo que les sucedía, a cierta clase de presos cuando habían cumplido la sentencia, pero en su caso, en vez de un SS con una orden de custodia, era a Pauli a quien se había encontrado esperándola con un coche a las puerta de la cárcel de Barnimstrasse para llevarla directamente a casa de los Hennig. Nunca le había preguntado cómo se las había arreglado para que no la enviaran a un campo. Hacía lo que él decía y daba gracias al cielo por el milagro.

—Las cosas se están poniendo mal. La guerra no va tan bien como se esperaba. Todo el sexto ejército ha sido aniquilado en Stalingrado; veinticuatro, generales se rindieron a los rojos. Allí había compañeros míos de Lichterfelde. Es el mayor desastre de la historia de Alemania. Fritz Esser dice



que en los últimos días Hitler tuvo noticia de que su sobrino Leo Raubal estaba entre los heridos, pero se negó a evacuarlo por avión. Dios sabe lo que le sucederá si los rusos descubren su identidad. Después, en mayo, otros doscientos cincuenta mil soldados se rindieron a ingleses y americanos en Túnez. Más amigos desaparecidos, Lottie. No sé si los volveré a ver...

—¿Y de invasión, nada?

—¿En Francia? No creo que llegue a producirse. Figúrate la cantidad de barcos que necesitarían, y toda la costa está muy fortificada. La semana pasada vi las defensas en el noticiario cinematográfico. Pero el doctor Goebbels ha decretado la «guerra total», es decir, que tienen que incorporarse al ejército todos los comprendidos entre dieciséis y sesenta y cinco años. Hasta el pobre Hauser ha tenido que alistarse. Y más incorporaciones significan más control. —Pauli apuró el sucedáneo de café y se puso en pie. Esperaba que mencionando lo de los controles evitaría que a Lottie le dieran tentaciones de salir. Sabía por Lisl que había ido de compras con el pequeño Theo y a dar una vuelta por el zoológico. Y esa conducta imprudente le aferraba, pero no sabía cómo persuadirla para que se quedara en casa.

—¿Te marchas ya, Pauli?

—Tengo que irme. Ahora voy andando al trabajo para reducir peso, y por eso tengo que salir antes de casa.

—Pobre Inge; también tendrá que levantarse antes.

—Ahora estoy solo.

—Inge trabaja demasiado, Pauli.

Se la quedó mirando un instante.

—Actualmente, Inge pasa la mayor parte del tiempo con Fritz Esser.

—¿Qué quieres decir, Pauli?

—Que duerme en casa de Fritz Esser.

Ahora era ella quien le miraba en silencio. ¿Lo habría entendido bien?

—¡Pauli, no digas tonterías!

—Hablo en serio. Supongo que debería haberme figurado lo que sucedía por lo mucho que estaba fuera, pero nunca se me ocurrió relacionar que siempre coincidían sus viajes con los de Fritz. ¿Por qué iba a sospechar?

—Oh, Pauli...

—Un día se lo dije y me contestó riéndose que estaban aguardando a ver cuánto tiempo tardaba yo en sospecharlo.

—Oh, Pauli —repitió ella. No le salían otras palabras. Pauli le daba pena. ¿Cómo podían hacerle eso? Estaba demudado, como un niño al que se le hunde el mundo. Se acercó a él y le abrazó con fuerza.

—Se reía —dijo Pauli, abrazado a ella—. Le pregunté cuánto tiempo hacía y me dijo que años. Y se reía. Yo le dije que nunca la había engañado y me contestó: «Pues debes de ser tonto...».

—Pero yo creía que Inge... —comenzó a decir, pensando algo a toda prisa, porque hacía años que no veía a Inge—. Yo creía que te adoraba. Estaba segura.

—Quizá si hubiésemos tenido un hijo...

—¿Cómo ha sido tan cruel? —dijo Lottie sin dejar de abrazarle. Notaba cómo le latía el corazón.

—Me quería, pero Fritz Esser es más hombre. No sé a qué se refiere, Lottie.

—Siéntate, Pauli; así no puedes irte. Tienes muy mala cara. Tómate un schnapps...

—Nunca bebo alcohol.

—Pauli, necesitas una copa.

—Bueno, una pequeñita —dijo sentándose.

—¿Lo sabe Lisl?

—No, por Dios. No se lo he contado a nadie.

—¿Lo sabe alguien más?

—Nadie —respondió Pauli—. Alex no está en Berlín, y, aparte de él, tú eres la única amiga de verdad que tengo, Lottie. Porque tú eres de la familia, ¿verdad, Lottie?

—Sí, claro, Pauli.

—Ahora que se lo he dicho a alguien —dijo sonriendo— me siento mejor. Me estaba reconcomiendo...

—Ven a verme más a menudo, Pauli. Me encanta hablar contigo.

—Sí, Lottie, lo haré.

## «Nunca te he gustado en nada, ¿verdad?»

En el profundo y respetuoso cariño de Pauli Winter por su padre siempre había habido algo de temor. Si alguna vez tenía hijos, haría todo lo posible por liberarlos de ese sentimiento de angustia que él siempre había tenido ante su padre. Incluso ahora que Harald Winter era un impedido en silla de ruedas y él un alto funcionario de cuarenta y tres años en el Ministerio del Interior — del que recientemente se había hecho cargo el universalmente temido Heinrich Himmler—, Pauli se ponía nervioso en presencia de su padre. Era absurdo.

Su padre había dicho poca cosa durante el paseo del domingo por el zoológico. Permanecía inmóvil en su silla de ruedas, marchito y encogido bajo la enorme manta, con el sombrero algo torcido —como quedan los sombreros cuando es la esposa quien los pone—, mirándolo todo con despecho. Pauli empujaba la silla; Veronica no podía con aquella pesada silla de ruedas de madera y andaba al lado de Pauli, gozando del sol y el verdor. El Tiergarten estaba esplendoroso; el sol bañaba profusamente los árboles y perfilaba intensamente hojas y tallos como si se tratase de un paisaje submarino. Por mucho que las cosas hubiesen cambiado, aquel magnífico parque en el corazón de la ciudad seguía igual. Allí había ido en cochecito Pauli con su nodriza escocesa mucho antes de aprender a andar, y se conocía árboles y matas, las sorprendentes cascadas, los patos y los pájaros que acudían en bandadas a que les echasen las migas que la nodriza guardaba celosamente después del té. A veces, al regresar a casa, oían rugir a los leones.

Aquel verano de 1943 era ideal y el día había sido excepcional: buen sol y cielos azules. Pero ya se estaba acabando el buen tiempo y comenzaban a notarse esas ráfagas turbulentas que preceden a la tormenta. Tronaba y comenzaba a encapotarse, y por eso Pauli sugirió poner fin al paseo. Podían salir a Siegestäule y volver por Budapester Strasse, pero sus padres no quisieron tomar en serio la amenaza de lluvia; su madre, porque sabía lo que Harald disfrutaba con aquellas salidas, y éste, porque acataba de buena gana

esas concesiones de ella. Siempre lo había hecho. Era egoísta. A veces Pauli se preguntaba por qué su madre no se rebelaba contra el egocentrismo de su padre.

—Ojalá hablásemos inglés en casa con más frecuencia —decía Veronica—. A ti te habría venido bien, Pauli; y a tu padre también. En cuanto a mí, confieso que mi inglés se está oxidando. Es una lástima.

Veronica lucía un bonito abrigo nuevo y un sombrero de fieltro de ala ancha a la moda. Cuando azotaban las ráfagas, tenía que sujetárselo para que no se le volase. Tenía ya sesenta y ocho años, pero seguía esbelta y erguida como cuando era joven. Pauli se sentía orgulloso.

—Ahora se oye mucho un chiste —dijo—. Los optimistas están aprendiendo inglés y los pesimistas ruso.

—No digas cosas horribles, Pauli. Seguro que no es cierto.

—Perdona, mamá. Ya he dicho que es un chiste. Estoy seguro que pronto haremos retroceder a los rusos.

El cielo se iba oscureciendo cada vez más y volvía a tronar; ahora precedido de un relámpago. Si llovía iban a mojarse y no había donde guarecerse.

—Yo ya ni leo los periódicos —dijo ella—. Con tanto mapa... ¿Te dije que Hugo, el pobre, con lo que trabajó para transformar la bodega en refugio, ha muerto? Se alistó en la marina y pereció en el terrible bombardeo de Hamburgo. Por lo visto nos citó como familiares más próximos. Pobre Hugo... No sabía que no tuviera familia. Supongo que por eso nos escribía tan a menudo.

Al oír hablar de los bombardeos que habían devastado Hamburgo —causando alarma generalizada entre la población alemana—, Harald Winter se interesó por la conversación.

—¿Qué sabes de Hamburgo, Pauli? ¿Cuál es la verdad, eh?

Pauli no quiso paliar la verdad.

—Kaufmann, el Gauleiter de Hamburgo, nos informó que había ochocientas mil personas sin casa por las calles, hambrientas, sin ropa y sin donde recogerse. ¿Qué podíamos hacer? Enviamos mantas, medicinas y cosas así, pero en el ministerio no saben cómo solventar la catástrofe. El delegado que enviamos creo que no sirvió de mucho, porque regresó conmovido diciendo que los daños eran increíbles. Trajo fotos y hemos podido ver que la ciudad ha quedado arrasada. Sin embargo, poco a poco se vuelve a trabajar. Nunca se sabrá cuántos han muerto. La gente se tiraba a los canales para no

morir abrasada, pero de nada les sirvió. Al día siguiente, los canales estaban llenos de cadáveres.

Su padre lanzó un gruñido. Esos desastres había que achacárselos al «gordo tonto» de Göring, comandante en jefe de la agobiada fuerza aérea de Alemania. Su madre no dijo nada. Quizá no debería habérselo dicho. Mucha gente prefería ignorar los hechos. Pasaba un avión. Miró hacia arriba. Era un Junkers de transporte. Había visto centenares, pero cada vez que veía uno recordaba aquella terrible mañana de 1934 cuando el Führer había volado a Munich para ejercer la cruel venganza contra los camisas pardas. Y le venía a la imaginación el pobre Graf doblándose sobre sí mismo, sangrando a borbotones... «¡Heil Hitler!», gritaban conformé los del pelotón apretaban el gatillo. Pobres diablos engañados. Y ¿para qué? ¿Verdaderamente habrían organizado una conjura los compañeros de Röhm, o era otro simple ejemplo de la notoria paranoia del Führer?

—¿Tú crees que el Führer pedirá condiciones? —inquirió su madre.

—¿De paz? —A Pauli le sorprendió la pregunta. Nunca se lo había planteado seriamente—. No, no creo. Siempre ha dicho que luchará hasta la última gota de sangre y a los demás nos exigirá lo mismo.

—Pero seguirán bombardeándonos, ¿no? Imagínate que miles de bombarderos atacan a todas las ciudades igual que en Hamburgo...

—En Berlín estamos seguros, mamá.

—La Luftwaffe empezó a bombardear Londres años atrás y no creo que los ingleses vayan a perdonarnoslo.

—Hamburgo está en la costa, mamá, y les resulta más fácil atacarlo porque no tienen que cruzar nuestras zonas principales de defensa antiaérea.

—Tú siempre tan confiado, Pauli. Pero yo temo lo peor. —¿Qué es lo peor, mamá?

—Que lleguen los rusos —respondió Veronica sin dudarlo.

Pauli se echó a reír.

—Vamos, mamá. No pensarás que los rusos puedan llegar hasta Berlín. ¡Que vienen los cosacos!: con eso asustaban las madres a los niños malos.

Hubo otro relámpago y esta vez el trueno fue más prolongado.

Pasó otro avión y Veronica dijo:

—A lo mejor van a aterrizar antes de que llueva.

—A lo mejor, mamá —dijo él sin reírse. El avión volaba muy bajo; era un enorme cuatrimotor de transporte Focke-Wulf que iba a aterrizar en Tempelhof. La pintura del camuflaje estaba sucia y llena de aceite, con señales de daños recientes. Aquellos aviones de largo radio de acción que

transportaban a los mandos y llevaban abastecimientos urgentes entre el Zentral-Flughafen de Berlín y el frente de batalla recordaban a los berlineses que se molestaban en levantar la cabeza lo cercana que estaba la guerra.

—Alemania está haciendo una guerra en dos frentes, Pauli —dijo su madre—. Y yo recuerdo cuando se decía que una guerra de dos frentes siempre es fatal para Alemania.

—No es una guerra de dos frentes, mamá. Los ingleses y los americanos siguen en Inglaterra.

—Pero no están allí de vacaciones, Pauli —replicó su madre, tajante.

—No estarás deseando en el fondo que ganen los americanos, ¿verdad?

—No, claro que no, Pauli, pero me gustaría que el Führer comenzase a pensar en la paz.

—Yo no diría una cosa así en público, mamá.

Ella se le quedó mirando. Era horrible que una madre no pudiese decir a su propio hijo sus más íntimos pensamientos, pero era evidente que, en aquel tema, Pauli mostraba una gran cerrazón.

—No, Pauli, no lo haré —dijo.

Él la miró y le tocó el brazo. Quería a su madre, pero, igual que mucha otra gente, ella no sabía la diferencia entre lo que era oportuno y lo que era una simple locura. Si todos en Alemania fuesen diciendo lo que pensaban no habría sitio suficiente en las celdas de Prinz-Albrecht-Strasse.

—Va a llover mucho —dijo Pauli—. ¿Habéis traído paraguas?

—No, pero no importa.

—Nos mojaremos —protestó Pauli.

Cuando cruzaban el pequeño puente, cuatro jóvenes soldados con sus novias pasaron corriendo en dirección contraria para guarecerse de la lluvia. Iban dando voces y eufóricos como es corriente en las parejas jóvenes. Pauli se volvió a mirar cómo se daban empujones y seguían corriendo por el sendero. Él no había tenido aquella juventud despreocupada y retozona. Toda su vida había transcurrido sometida a la autoridad.

Cuando llegaron a la rosaleta ya no quedaba nadie y los bancos estaban vacíos. Pauli se sentó junto a la silla de ruedas de su padre mientras su madre paseaba por los parterres. Los paseos de Harald al zoológico se habían convertido en una rutina establecida. A mamá le gustaba mirar las flores y observar si crecían bien. Mientras Pauli charlaba con su padre, contemplaron a Veronica hacer su ronda de inspección. No mostraba prisa alguna a pesar del cielo oscuro y de que los truenos sonaban cada vez más cerca. Era algo

propio de ella; una mujer muy resuelta. Algún día Pauli le confiaría lo de la infidelidad de Inge y seguro que le consolaría; pero aún no.

—¿Has visitado últimamente a Lottie? —preguntó su padre. Era una curiosa pregunta, porque, aunque Harald Winter sabía que su nuera vivía en Berlín, no había demostrado ningún interés por verla y en su presencia rara vez se mencionaba su nombre. Cuando Veronica iba a ver a Lottie, lo hacía sola.

—Le llevo comida —respondió Pauli, nervioso.

Aquel brillo en los ojos de su padre no despejaba en nada el temor de Pauli hacia él. Otros ancianos tenían ojos vagos y llorosos, pero Harald Winter conservaba la misma mirada penetrante que a él de pequeño le impulsaba a echarse en brazos de la nodriza.

—La has sacado de la cárcel, ¿verdad?

—La soltaron. Le conmutaron la sentencia por buena conducta —replicó Pauli atropelladamente. Sabía que su padre era capaz de captar el nerviosismo en cualquiera y eso le intimidaba.

Harald Winter miró hacia donde estaba su mujer. No podía oírlos, pero aun así habló en un susurro:

—¿Qué ha sucedido con Martha?

—¿Martha?

—¡No disimules, cerdo!

—Ah, Martha. Tu Martha.

—¿Qué le ha sucedido?

—No lo sé. ¿Por qué?

—Tú fuiste a verla. Fuiste a Viena. Me lo han dicho.

—De eso hace años... Cuando el Anschluss...

—Le diste una tarjeta y prometiste protegerla.

—Sí —dijo Pauli sonriendo nervioso; seguro que le daría las gracias.

—La detuvieron y te telefoneó a Berlín.

—¡No!

—No lo niegues. Tengo un testigo —replicó su padre.

—Yo no estaba.

—Ya sé que no estabas. He dicho que te telefoneó.

—Te digo que no estaba en la oficina.

—No me mientas. Habló contigo. El que la detuvo dejó que te telefonara a Berlín y le dijiste que no se podía hacer nada.

—Le dije que intentaría ayudarla. —¿Es que su padre pensaba echarle la culpa de todo?

—No hiciste nada.

—Hice lo que pude.

—No hiciste nada.

Ahora era Pauli quien sintió rencor.

—Te crees que es muy fácil, ¿verdad? ¿Y por qué no hiciste tú algo por ayudarla? Es tu querida.

Harald Winter se echó hacia atrás como si le hubiesen abofeteado. Pauli no le había hablado así desde aquella horrorosa velada en que uno de sus camaradas nazis había apuñalado a Hauser.

—A mí no me hables así —dijo.

Tan profundo era el sentimiento de injusticia de Pauli que aquel resentimiento tanto tiempo reprimido le brotó de repente.

—Te hablo como quiero. Ya no soy un niño. La detuvieron bajo custodia porque era una ciudadana extranjera de raza judía. Si te hubieses casado con ella habría tenido pasaporte alemán y la protección de un matrimonio mixto.

—¿Es que pretendes echarme la culpa por lo que le ha sucedido?

—¿Yo no sé qué le ha sucedido? —insistió Pauli.

Harald Winter se puso tenso; apretó las manos y su voz se apaciguó.

—Nunca supiste enfrentarte a la verdad, Pauli.

—Ya te he dicho que no sé nada.

—La llevaron a un campo y la enviaron al este para el reasentamiento.

—Yo no podía hacer nada.

—En la orden de custodia preventiva estaba tu firma —dijo Harald Winter masticando las palabras—. ¿Puedes explicarlo?

—No es cierto.

—Hay un testigo de la detención. No lo tuviste en cuenta cuando enviaste a Viena a un gángster de los tuyos a detenerla. No se te ocurrió, ¿verdad? —añadió con una sonrisa tétrica y triste, una sombría sonrisa de triunfo.

—No es cierto.

—¿Crees que no sé lo que sucedió? ¿Crees que no sé cómo funciona tu mente retorcida?

—¿Qué dices? —A Pauli se le hundía el mundo.

—Cerdo asqueroso. Eres como una serpiente.

—Yo no...

—Señora Winter: ciudadana extranjera, hembra, judía. ¿Crees que soy idiota? ¿Crees que no sé cuántas son dos y dos? Mandaste detener a Martha para mandarla al campo al que iba destinada Lottie.



—¿Y qué? —replicó Pauli humedeciéndose los labios—. Salvé a Lottie, la mujer de Peter, ¿no? —Oía su propia voz, alta y chillona, poniendo al descubierto todo lo que quería ocultar, el hecho de que seguía siendo el niño asustado que siempre había sido y que tanto odiaba.

Miró a su padre, esperando una tregua, pero sus labios mostraban desprecio.

—¡Cerdo!

—La mujer de Peter... —Esperaba que su padre lo entendiera, pero Harald Winter no podía contener su rabia y su disgusto—. Tu querida —añadió—, y no era la única que tenías... por la mujer de Peter. Tu Martha era vieja... tenía sesenta años...

—No quiero volver a verte —dijo su padre marcando las palabras.

—¿Quién es ese testigo? ¿Puedes decírmelo? —replicó Pauli, sarcástico.

—No.

—Supongo que sería Boris.

—Boris, sí.

—Su amante.

Harald Winter miró con dureza a su hijo antes de contestar.

—Entonces, ¿eso es lo que creías? —dijo frotándose la boca, como impidiendo que le salieran las palabras—. Boris es mi hijo; su hijo.

—¿Boris hijo tuyo? —inquirió Pauli con voz enronquecida.

—Tu hermanastro —añadió su padre removiéndola herida.

—Seguramente lo detendrían por no poder demostrar que era ario. Tú tienes la culpa de que se lo llevaran; si le hubieses reconocido legalmente, habría estado registrado como *Mischling* y habría tenido documentación. A los mestizos no suelen enviarlos a los campos.

—Pues le enviaron.

—¿Y entonces cómo sabes todo esto?

—Porque se escapó.

—Nunca se escapan.

—Algunos sí. Díselo a tus amos. Algunos sobrevivirán para veros colgados.

Pauli sacó un pañuelo del bolsillo y se sonó.

—Nunca te he gustado, ¿verdad? Haga lo que haga, está mal. Aprobaba en Lichterfelde y tú me decías que eran notas bajas; luché en la guerra, y tú que por qué no había ganado una medalla; aprobé los exámenes de derecho y me dices que es una carrera fácil; me hago funcionario y me llamas burócrata;

trabajo con ganas y me ascienden y tú dices que soy un cerdo nazi. Nunca me has hecho un elogio, y supongo que jamás me lo harás.

—Apártate de mí.

Comenzaban a caer las primeras gotas sobre el seco sendero; manchas grandes y esparcidas como monedas.

—He salvado a Lottie, tu nuera. —El rostro de su padre permanecía impassible mirándole sin odio, con simple indiferencia—. Y, además, he hecho desaparecer tu ficha.

—¿Mi ficha? —dijo Harald Winter con desdén.

Pauli sólo quería una palabra amable, un pequeño gesto de gratitud. El riesgo por apoderarse de la ficha, igual que los riesgos que había corrido en muchas cosas, desde avisar a Alex Horner del asunto de Von Fritsch hasta salvar a Lottie era considerable, pero su padre no cedía.

—En Viena. La policía secreta imperial tenía una ficha tuya de cuando eras estudiante y pertenecías a la asociación secreta Águila de Plata.

—¡Ja, ja! —contestó Harald Winter mirando a su hijo y recordando la conversación en el club con el conde Kupka. Había sido la noche de fin de año, antes de nacer Pauli. Aún recordaba el jaleo de las campanas de las iglesias. Y se acordaba de aquel estúpido ginecólogo que le había dicho: «Su hijo nacerá en mil novecientos: será un hijo del nuevo siglo». Quizá tuviese razón, porque había sido un siglo infame.

Ojalá no hubiese nacido aquel hijo.

—¡Márchate te he dicho!

—Mamá no puede con la silla de ruedas.

—Ya podrá. ¡Fuera de mi vista! Y no vengas a casa hasta que yo muera.

—Empezó a llover—. No creo que sea mucho pedir...

## «¿Dónde está Fritz?»

Aquel domingo por la tarde marcó el final del buen tiempo de verano. Cuando Pauli regresó a su piso, cerca de Bismarckplatz, seguía lloviendo con ganas. Tomó el ascensor y entró en casa. Le chocó encontrar las luces encendidas y notar olor a café. En la cocina había una caja de pastas y el envoltorio en el cubo de la basura.

—Pauli... —Fue al salón y se encontró a Inge sentada en el sofá, vestida con un sobrio traje de verano marrón a rayas con botones, pero despeinada—. ¿Te has mojado? Yo estoy calada.

—¡Inge! ¿Qué haces aquí?

—Es mi casa —respondió desafiante.

—¿Dónde está Fritz?

—En Hamburgo.

—¿Y qué hace allí?

—Algo bastante previsible con una rubia complaciente de diecinueve años que trabaja de mecanógrafa en la fábrica de aviones Blohm and Voss.

—Ya —dijo él mirándola. Aquella Inge alicaída era algo nuevo para él.

—Eso es lo que hace —añadió ella riendo. Debía de estar acostumbrada a las constantes andanzas de Fritz, porque no era una risa muy amarga—. Fuimos juntos. Él pronunció un discurso para las obreras de guerra y luego se llevó a una a la cama.

Seguía muy guapa. ¿Cómo podía aquel idiota de Fritz preferir a otra que no fuese aquella criatura adorable? En la mesita había un *Gugelhupf* del que faltaban un par de rodajas y una cafetera y dos tazas con sus platillos. ¿Cómo habría imaginado que él iba a llegar? No podía saberlo, pero Inge siempre acertaba en pequeñas cosas. Eran las cosas importantes las que le salían mal: Peter, Pauli y ahora Fritz, y el niño que tanto deseaba.

—Bajo la ceniza perdura el rescoldo —dijo Pauli.

Inge sonrió. Era una frase de Fritz Esser, una frase que repetía cuando no se le ocurría algo nuevo.

—¿Se ha acabado? —inquirió Pauli.

—No sé —respondió ella llevándose la mano al pelo, consciente del horrible aspecto que tendría.

—No creo que yo pueda...

—Necesito un sitio.

—Fritz no va a casarse contigo, si es eso lo que aún esperas.

—Ni siquiera vendrá a buscarme —dijo ella, entristecida—. Lo sé.

—El Führer dijo que no quería más divorcios.

—Es un puritano. Sí, ya lo sé. Fritz ni siquiera me lleva con él a verle por si hace preguntas.

—Creí que Fritz era «un hombre auténtico». ¿Tanto le intimida el Führer?

—Siento haberte ofendido, Pauli. No lo pretendía.

—¿Ah, no? —Recordaba cómo le había humillado. Recordaba cómo le había repetido lo de la «virilidad».

—Has adelgazado —dijo ella sirviéndole café. No era café auténtico, pero estaba muy bueno.

—Los disgustos y el trabajo —contestó él bebiendo el café y mirando el pastel.

—¿Disgustos?

—Acabo de tener una discusión con papá. Me ha dicho que no quiere volver a verme.

—Pobre Pauli.

—Lo ha dicho en serio.

Inge se echó a reír para animarle.

—Los dos nos sentimos repudiados, ¿no? Pues vamos a la cama a olvidarlo. Mañana será otro día.

Era propio de Inge otorgarle sus favores con aquella condescendencia. La quería y la deseaba, pero a partir de ahora sería distinto. Ya no la adoraría como había hecho, porque no quería que volviera a hacerle daño.

—Tengo trabajo por hacer —le dijo—. Dormiré en la cama plegable.

Ella sonrió; no le importaba gran cosa. Había aprendido a tomar las cosas tal cual. Lo único que necesitaba era un sitio para dormir.

**1944**

## «Lo decimos en serio»

—Otra vez Berlín esta noche —dijo el teniente de vuelo de la RAF. Era un hombre mayor con insignia de tripulante de observación de la primera guerra mundial y las correspondientes medallas. Ahora trabajaba en el Bloque de Operaciones como oficial de servicios de inteligencia; aparte de instruir a las tripulaciones cuando no estaba su colega, sus obligaciones eran muy superiores a las de un alto funcionario. Vestía la cazadora de combate propia de los aviadores en lugar de la guerrera corriente de oficial. Era un detalle de afectación, igual que el bigote «de manillar» que llevaba.

—Eso he oído —dijo el coronel Peter Winter.

No había que preguntarle a qué se refería, pues desde noviembre de 1943 Berlín había sido el objetivo de los bombardeos aliados. Suficientes bombarderos pesados habían alcanzado la capital alemana —a pesar de los cielos nubosos habituales en Berlín en invierno y las grandes extensiones de construcciones elevadas que dificultaban la detección de la ciudad en las pantallas del radar H2S— para devastar zonas enteras. La mayoría de los ministerios habían quedado inutilizables, al menos de momento, y lo mismo la quinta parte de las viviendas urbanas. Los servicios de información ingleses denominaban a aquella serie de ataques «la batalla de Berlín».

—Estas largas noches de invierno —dijo el hombre— les permiten llegar a tan lejano objetivo y volver a Inglaterra a cubierto en la oscuridad.

—Claro —dijo Peter.

—Espera al general Rensselaer, ¿verdad?

—Sí —contestó Peter. Se inclinó algo más sobre el ejemplar de *Picture Post* con la esperanza de que el hombre dejase de hablar. Ahora el aeródromo estaba tranquilo y el Bloque de Operaciones en silencio. Todos los bombarderos estaban en camino y no había nada que hacer hasta su regreso.

—Pero usted no es yanqui. —Era una extraña observación para una persona que vestía el uniforme del cuerpo de señales del ejército estadounidense con insignias y galones, aunque por aquel aeródromo de

bombarderos de la RAF habían pasado toda clase de individuos en los más variados uniformes.

—Sí lo soy —respondió Peter.

—Pues no habla como un yanqui.

—Es que me eduqué en Europa —alegó Peter.

—Ah, ya —dijo el hombre—. ¿Dónde?

—¿Dónde?

—Dónde estudió. Ya sé que es una pregunta personal, pero tengo curiosidad por saber dónde aprendió a hablar tan buen inglés.

—Mi madre es americana —respondió Peter. Aunque le vino la tentación de explicar que su buen inglés lo había aprendido en Berlín de su nodriza escocesa, sabía por anteriores conversaciones que eso conducía a una serie interminable de preguntas que no tenía necesidad de contestar. Y le habían advertido mil veces que su misión era supersecreta, lo que significaba que había que mantener ocultos sus orígenes y su país de nacimiento.

—Sí, esta noche Berlín va a llevarse otra vez lo suyo. Les viene bien a esos cabrones; ya lo creo.

—Sí —dijo Peter—, les viene bien a los cabrones.

—El que me preocupa es mi muchacho.

—¿Su muchacho?

—Mi hijo. Vuela en los Lancaster y lleva ya cuatro misiones. Me preocupa. Los alemanes los llaman «aviadores terroristas», ya ve. Se sabe de casos en los que a nuestros muchachos los matan cuando se lanzan en paracaídas. Va en contra de la convención de Ginebra, pero los hunos son así.

—Hace calor aquí —dijo Peter dejando la revista—. La atmósfera está cargada y no hay ventilación.

—No se pueden abrir las contraventanas por la luz.

—¿Y no podrían camuflar las ventanas con cortinas para que entrase el aire?

—Lo probamos pero siempre había rajillas.

—¿Rajillas? —inquirió Peter. Eso era lo difícil del inglés: siempre inventaban palabras nuevas.

—Fisuras que dejan pasar la luz —dijo el hombre—. Ya veo que hace mucho que no está en Inglaterra.

—Parece una eternidad —añadió Peter.

—Eso es por la guerra —dijo el hombre—. A veces pienso que va a continuar después que yo haya muerto. Ya voy camino de los sesenta.

—¿De verdad? Pues parece más joven.

—Sí, me lo dice mucha gente. Es por el pelo, supongo —dijo el hombre mirando la taza vacía de Peter. Le habían puesto también platillo y sabía que era una deferencia por su rango, porque los ingleses no ponían platillo a todo el mundo—. ¿Más té, coronel?

—No, gracias.

—Me he fijado en que lo toma sin leche.

—No me gusta la leche en polvo.

—Así la toman los alemanes. No habrá nacido usted en Alemania...

—No. En Encino, California. —Daba siempre Encino como su lugar de nacimiento porque era un lugar que conocía y era lo más alejado de Europa que cabía pensar.

—Siempre me acuerdo de los alemanes cuando veo tomar el té solo —añadió el hombre levantándose—. ¿Seguro que no quiere más? Voy a decir a la chica que haga otra. Yo soy muy tetero.

—No, gracias.

—¿Prefiere café?

—No me gusta el café.

—A los alemanes les encanta. Me han dicho que los prisioneros alemanes no quieren creer que hayamos aguantado todos estos años de guerra sin racionar el café.

—Se lo creerían si lo probasen —replicó Peter intencionadamente.

—¡Ah! —exclamó el hombre, sorprendido de pronto, y luego soltó una carcajada corta—. Sí, ya le entiendo.

A los ingleses no les gustaban los chistes sobre su café. Peter ya lo había advertido. Se podía bromear sobre sus frías e incómodas casas, sobre el nefasto servicio de correos y teléfonos, sobre el gobierno e incluso sobre el rey, pero los chistes sobre la cocina inglesa o su poca maña para hacer buen café se consideraban una descortesía.

—Yo no tomo nunca café —dijo Peter.

En aquel momento se abrió la puerta y entró Glenn Rensselaer. Su oposición a vestir uniforme había desaparecido al nombrarle general de brigada. Tenía un estupendo aire castrense; su pelo gris le daba distinción en lugar de hacerle viejo y aún sonreía con frecuencia.

—Ahora mismo voy a preparar té, general Rensselaer —dijo el hombre.

—No, gracias, señor Parker. Tenemos prisa. Venga, coronel. ¿Tiene sus cosas de viaje?

—Su chófer las llevó al coche —respondió Peter.



—Vamos; conduciré yo. Usted abríguese, vamos en un jeep y es más frío que un dormitorio inglés.

La noche era oscura. Glenn Rensselaer despidió al chófer y se sentó al volante. Era un largo viaje hasta Londres, pero no le importaba conducir, aunque fuese en las estrechas, serpenteantes y oscuras carreteras inglesas. El jeep resultó ser ligeramente mayor y algo más cómodo que cualquier otro transporte de armas Dodge de tres cuartos de tonelada, pero también con laterales y techo de lona, sobre la que el frío viento tamborileaba un tatuaje antes de azotar a los pasajeros como una corriente de agua helada. Delante hacía menos frío, le dijo Glenn a su sobrino. Peter asintió con la cabeza y se abotonó el cuello.

Viajaron en silencio durante un rato. Peter iba pensando en Lottie. Reduciendo la condena al máximo por buena conducta, ya debería estar en libertad. Había escrito a su madre pidiendo noticias, pero no estaba seguro de si le llegaban las cartas.

Se preguntaba qué habría pensado el oficial de la RAF de haber podido leer sus pensamientos.

—Adivinó que era alemán —dijo de pronto.

—¿Quién? ¿Nosy? Le gusta probar a ver lo que averigua. La próxima vez que nos veamos me hará un aparte para decirme que lo sabe todo de ti. Fue interrogador en un campo de prisioneros de guerra. Cuando estaba allí quería estar aquí, y ahora que está aquí querría haberse quedado allí. Es esa clase de persona.

—Le llamaste «señor» Parker.

—Es lo habitual en Inglaterra para los oficiales de grado inferior.

—¿Habla alemán?

—Muy bien. Era aviador y le derribaron en mil novecientos dieciséis. Pasó el resto de la guerra entre alambre de espinos. Él se cree un experto en «mentalidad alemana».

—Es muy latoso.

—Un teniente de vuelo de la RAF es equivalente a capitán. Tú eres coronel; así que mándale callarse.

—No me siento coronel.

—Pues ahora ya debías hacerlo.

—Y ése ahí sentado con el pecho lleno de condecoraciones y el ala de insignia...

—¿Quieres ponerte las tuyas con la insignia de la división de zepelines?

—No es igual.

—Sí lo es. Tú no tienes por qué escuchar bobadas de Nosy ni de nadie como él.

—¿Ha llegado bien SIXPACK?

—¡Sí! Se recibió la señal de radio del avión a la hora prevista de lanzamiento. Ahora a ver qué pasa.

—Le irá bien —dijo Peter.

—¡Ah, qué raro que lo digas tú! ¿Por qué estás tan seguro de SIXPACK?

—Porque es un rufián —respondió Peter—. No tiene ninguna intención de seguir las órdenes. Él va a aprovecharse.

—¿Cómo exactamente?

—No lo sé, pero hay algunos que son así, Glenn. Oportunistas. Sólo les interesa el dinero.

—¿Le has comentado a alguien más lo que piensas de nuestros agentes?

—No todos son así, pero creo que no debemos dar mucho a SIXPACK si no estamos seguros de lo que recibamos.

—¿Te refieres a dinero?

—Claro. Pedirá más y más. Ya verás.

—Espero que te equivoques.

—No tiene gran importancia, ¿verdad?

—SIXPACK conoce a mucha gente, ¿no es cierto? —inquirió Glenn Rensselaer.

—Ése no volverá. Se esconderá.

—Tienes buen instinto para esa clase de tipos, Peter —dijo Glenn pensando en que las anteriores previsiones de Peter se habían cumplido.

—No es instinto, Glenn, es lógica. He vivido toda mi vida entre alemanes y los conozco muy bien; igual que te pasa a ti con los americanos.

—Claro —asintió Glenn aminorando la marcha en un cruce circular que los ingleses llaman «rotonda». Muchos americanos, al llegar de repente a esa clase de intersecciones, continuaban rectos y provocaban accidentes de tráfico —. Me gustaría algo de esa «lógica» en el avispero que me espera mañana. Ha pasado algo gordo —añadió reduciendo la marcha y rodando despacio hasta encontrar sitio para aparcar.

—No quería que viniese el chófer porque es algo muy importante —dijo apagando el motor. No se veía una sola luz ni se oía un ruido en la noche, con excepción de una lechuza y unos trenes en la lejanía.

—¿De qué se trata?

—Hace más de un año que los ingleses han podido sondear ciertos intentos de propuesta de paz.

—¿De Hitler?

—No, no de Hitler. De unos que pretenden derrocarlo y entablar negociaciones.

—¿Quiénes son?

—Ahí está. ¿Quiénes son? Hay distintos grupos. Uno se llama el Círculo Kreisau y lo constituyen pacifistas e intelectuales y muchos «von», «condes», etcétera. Apellidos rimbombantes. Eso por un lado.

—Von Moltke —dijo Peter.

—Tal vez.

—La finca de Moltke está en Kreisau, en Silesia —añadió Peter.

—¿Ah, sí? —dijo Glenn—. Creo que necesitan un poco más de discreción, porque si se adivina a la primera...

—¿Estoy en lo cierto?

El general Rensselaer no contestó a la pregunta.

—Los del Kreisau consiguieron que unos prelados de la iglesia viajasen a Estocolmo y hablaran con un obispo inglés que se encontraba allí. Él fue quien trajo el mensaje a Londres.

—¿Y cómo obtuvieron autorización para salir de Alemania?

—Eso es lo que a mí también me intriga. De todos modos, hay otros contactos. ¿Has oído hablar de un tal Goerdeler?

—Sí; Cari Goerdeler. Fue alcalde de Leipzig. Es un protestante monárquico antinazi.

—¿Qué clase de persona es?

—Duro, valiente, activo e inteligente.

—No está mal.

—Pero bocazas e impulsivo. Demasiado señalado como opuesto a Hitler para ser el centro de una conjura.

—Bien, pero ¿y si Goerdeler estuviese en contacto con el ejército?

—¿Con el ejército?

—Goerdeler ha intentado vender su revolución a los generales. Incluso viajó a Smolensk para reclutar al mariscal Kluge, comandante en jefe del cuerpo de ejército del centro en el frente este.

—¿Con qué resultado? —inquirió Peter.

—No lo sabemos. Sabemos, o creemos, que Ludwig Beck, que era jefe de estado mayor, es un prosélito.

—¿Y qué poder tiene actualmente?

—Influencia, dicen. El proyecto es derribar a Hitler, utilizar el ejército de reserva del general Fromm para tomar Berlín y luego entablar negociaciones

de paz. Decimos inmediatamente sí y ellos consolidan el poder.

—La tropa del ejército de reserva la forman reclutas recientes y cambios de destino.

—Pero tiene armas y está ahí mismo en Berlín y otras ciudades.

—¿Y todo esto está maquinándose sin que se enteren los nazis?

—Los expertos dicen que Himmler no piensa esgrimir la daga contra Hitler, pero que está dispuesto a encabezar el gobierno en el momento en que alguien lo haga.

—Ése es el hombre a quien llaman Leal Heinrich —dijo Peter.

—Bueno, tal vez Himmler sea una cabeza muy visible, pero el almirante Canaris está con los conspiradores.

—¿Quién es Canaris?

—El director de la Abwehr. Por eso los generales están tan confiados, porque el jefe del servicio de inteligencia del ejército está con ellos.

—¿Y qué tiene que ver todo eso con nosotros?

—No tenía nada que ver, era un simple quebradero de cabeza para los ingleses, hasta que descubrieron nuestra oficina del OSS<sup>[11]</sup> en Berna y quisieron acelerar el asunto. Nuestro hombre en Berna lo comunicó a Washington, y ahora Washington nos pregunta si se le da crédito.

—¿Washington está dispuesto a llegar a un acuerdo?

—Washington es una águila con muchas cabezas. Yo imagino que lo que quieren es mantener la conspiración a fuego lento y nada más.

—¿Para ver si pueden aprovecharla?

—Si les dan un no rotundo, podrían irse a Moscú a hablarlo con el tío José.

—¿Tan cínico es Washington?

—Claro.

—¿Y qué es lo que tenemos que hacer?

—Los conspiradores van a darle el palo a Adolfo muy pronto; quizá en marzo. Aunque aun están por fijar la fecha y el método. Quieren que aportemos un agente y conexión radiofónica porque quieren emitir en seguida un comunicado de alto el fuego. Entonces, si las SS permanecen leales al régimen nazi y presentan batalla, ellos esperan inmediata ayuda militar. ¿Qué te parece?

—Sabía que sucedería esto —dijo Peter conteniendo su alegría. Siempre había confiado en que los alemanes recobrasen el sentido común y se librasen de los gánsteres nazis. Ahora la vieja Alemania, la Alemania imperial que él había aprendido a amar y honrar, recobraría su verdadero lugar en el mundo.

—Bueno, aún no ha sucedido, pero toquemos madera. Una solución política así podría ahorrarnos la invasión del continente. Quizá ahorrarse millones de vidas.

—¿Y los rusos?

—Esperaba que no me lo preguntases, Peter.

—Lo digo en serio.

—Claro; yo también. Todos hablamos en serio: los ingleses, los rusos y quizá también Washington. Pero ¿hablan en serio esos hijos de puta de Berlín? Eso es lo que necesitamos saber, Peter.

—Marzo... No queda mucho tiempo.

El general Rensselaer no contestó. Dio la vuelta a la llave de contacto y reemprendió el viaje dejando que Peter Winter se lo fuese pensando con la mirada fija en la oscuridad.

Llegaron a Londres al amanecer. El cielo estaba irisado de rosa y se oía a las palomas, estorninos y gorriones de los árboles de la plaza. La casa londinense de Cyrus Rensselaer había sido cedida a la Cruz Roja americana y al Club de Oficiales, pero Glenn conservaba la dependencia de las caballerizas del callejón trasero adoquinado. Abrió las puertas de lo que había sido el establo y metió el Dodge.

—Si lo dejo en la calle, según los reglamentos, tengo que quitar el brazo del rotor —dijo—, y, a decir verdad, no tengo la menor idea de lo que es el brazo del rotor.

Peter sonrió y le ayudó a cerrar las puertas. Nunca sabía si dar crédito a las autoinculpaciones de su tío. Acomplejado por sus sesenta y tres años, Glenn últimamente había empezado a hablar de sí mismo como si fuese un redomado idiota. Quizá fuese porque la guerra la llevaba gente más joven; los que pilotaban los aviones, mandaban los barcos y ganaban medallas. Ahora hasta algunos generales eran poco menos que muchachos.

—¡Brazo del rotor! —siguió mascullando Glenn Rensselaer—. Total, cualquier ladrón podría ir por la calle con un puñado de brazos de rotor apoderándose de todos los vehículos que quisiera.

Comenzó a subir por la vieja escalera de madera. Poco había cambiado aquello desde que fuera cochera y establos, y aún se veían los pesebres y los desagües.

—¡Ah, qué bien! Ha estado Sally —dijo.

—¿Sally? ¿Quién es Sally?

—No es mi querida —respondió Glenn riéndose—. Es lo que los ingleses llaman asistenta: la mujer que me hace la limpieza —añadió acercándose al

fregadero meneando afirmativamente la cabeza al ver lo limpio y ordenado que estaba todo; encendió la luz—. Estas viviendas de caballerizas son muy oscuras. Es lo malo que tienen.

—Está muy bien —dijo Peter, mirando el lugar con cierta reticencia. No sólo era oscuro, sino muy pequeño; la «cocina» era un simple hornillo en la entrada y el cuarto de baño un precario retrete. El superadaptable Glenn — que había pasado toda su vida en viviendas de fortuna— no parecía advertir el inconveniente—. ¿Quién vivía aquí?

—El chófer de papá... ¡con la mujer y los hijos! —dijo Glenn sacándose del abrigo una botella de whisky que dejó en la mesa—. Cuando empezaron a racionar el gas, encontró otro trabajo y se fue. —Haciendo equilibrios en una silla, Glenn abrió un armarito que ocultaba los contadores eléctricos y una maraña de cables viejos, y pulsó un botón con el toco letrero de *Agua caliente*. Luego se bajó de la silla, acalorado por el esfuerzo, y echó un vistazo a la correspondencia que le había dejado la asistenta en un pequeño escritorio recuperado de la casa paterna. Revisó rápidamente las cartas y tiró un ejemplar del *Saturday Evening Post* sobre un montón de revistas sin abrir—. Papá me envía revistas y me dice que así no olvidaré mis raíces —dijo riendo mientras enchufaba una estufa eléctrica—. Se calienta en nada. —Y antes de que se calentase, se quitó el abrigo y la guerrera y los tiró encima de una silla. Después miró en el frigorífico a ver si le había comprado leche. Peter se dijo que los americanos eran muy aficionados a los lácteos. Hasta los hombres pedían vasos de leche en los restaurantes o entraban a una cafetería a tomarse un helado. Después de una escaramuza con un cuchillo, Glenn consiguió desprender una bandejita de hielo—. Asistenta —dijo como hablando consigo mismo—, ¿verdad que estos ingleses son la monda? Hasta en los urinarios de hombres pone *Caballeros* —añadió poniendo el hielo bajo el grifo—. Quítate el abrigo y ponte cómodo. ¿Whisky?

—No, gracias.

—A lo mejor te apetece un sueñecito —añadió echando cubitos de hielo en un vaso alto.

—No —respondió Peter.

—Si tienes hambre, tengo ahí huevos auténticos. Sally los consigue de estraperlo.

—Gracias, no tengo ganas.

Afuera, en el callejón adoquinado, se oyeron llegar unos taxis y voces de gente que salían de una fiesta y se despedían. Peter antreabrió la cortina para mirar. En la casa de enfrente, un chófer limpiaba un Daimler con la

manguera, mientras dos niños hacían carreras de fósforos de madera en el riachuelo. En los taxis montaron unas mujeres con abrigo de pieles, un par de oficiales ingleses de mala catadura, un marinero polaco y un hombre vestido de esmoquin. Así era Londres en aquella época, una curiosa mezcla de elementos incompatibles, y aquel tipo de viviendas se alquilaban con frecuencia a gente de paso.

—A mediodía tengo que hablar con Boy Piper. Voy a bañarme y arreglarme —dijo Glenn abriendo la botella de whisky obtenida en el economato del ejército americano y sirviéndose; se aflojó la corbata y se sentó en un sillón. Puso los pies en una mesita y dio un sorbo.

—¿Por lo del *putsch* contra Hitler?

—Sí. Han dispuesto que yo le tenga informado.

—¿Sigue sir Alan trabajando para los ingleses?

—Oficialmente, no, pero su sustituto le ha confiado asuntos de responsabilidad. A los ingleses se les da muy bien dividir el mando sin pelearse. De eso deberíamos tomar ejemplo. En los barcos que transportan tanques los oficiales del ejército y de la marina tienen el mismo mando. Intenta hacerlo en un barco americano y se organiza una batalla campal a puñetazos.

—Pero ¿la última palabra la tienes tú?

—Sé lo que estás pensando, Peter. Olvídalo.

—¿La última palabra la tienes tú?

—Cuando hemos perfilado un plan, se lo presento a Boy y él lo aprueba.

—¿Y si no lo aprueba?

—Es porque tiene motivos fundados, y yo lo reviso.

—Confías en él, ¿verdad?

—Claro. Es un viejo amigo. ¿Es que no debería confiar?

Peter no contestó. Todavía le molestaba la antigua historia de Piper con su madre.

—¿A qué clase de hombre vais a lanzar para que entre en contacto con esa gente?

—A nadie importante. Washington ha cursado instrucciones sobre lo que no debemos hacer. No tiene que ser un político ni un asesor político. No tiene que ser un oficial superior. Un operador de radio, alguien de quien se pueda prescindir, imagino.

—Esa gente no negociará con un sargento del cuerpo de transmisiones —dijo Peter, espantado.

—Por Dios, quítate el abrigo, siéntate y descansa. Me pones nervioso ahí de pie como si estuvieras de guardia. —Y como para dar mayor énfasis a sus palabras, Glenn se quitó los zapatos y los tiró a un rincón, junto a la silla donde había dejado el abrigo y la guerrera—. ¿Negociar? ¿Quién habla de negociar?

—Claro, porque el que enviéis será representante de los gobiernos aliados.

—¡Ni mucho menos!

—Eludes la realidad porque quieres eludirla. Esos generales y mariscales ni siquiera darán los buenos días al emisario que vosotros planeáis.

—¡Pues que se vayan al cuerno!

—¿Es ése el enfoque oficial? ¿Preferiríais realmente que esto no hubiera sucedido? ¿Queréis estar seguros de que fracasa? ¿Acaso es el modo de demostrarles que los aliados no toman parte en la conspiración contra Hitler? ¿Enviándoles un operador de radio reenganchado sin formación?

—Peter, eres un ingenuo.

—Anoche me dijiste que con esto podrían salvarse millones de vidas —dijo Peter quitándose la chaqueta.

Los americanos se pasaban de la raya; lo que para ellos era comodidad, a él le incomodaba.

—No sé qué pensar, Peter; ésa es la verdad.

—Tienes que tomártelo en serio, Glenn. Sería horrible dejar a esa gente sin apoyo. Arriesgan sus vidas y las de sus familias. Ya sabemos cómo actúa la Gestapo.

—Entonces, tú mandarías a un general americano...

—Tenéis que enviar un general que hable alemán.

—Menudo golpe de propaganda para Goebbels si lo capturan.

—No tan fuerte como el de que Hess, delegado del Führer, volase a Escocia. Y el régimen nazi lo superó.

—Un general...

—O alguien a quien consideren de su mismo nivel social —insistió Peter—. Alemania es el país más clasista del mundo, por mucho que se diga de los ingleses, y el cuerpo de oficiales alemán es su fibra más sensible.

—Creo que de esas cosas sabes tú mucho más que yo, Peter.

—Sí, Glenn. Yo los conozco.

—Pero consideras que es una oportunidad para que los alemanes demuestren que no apoyan a Hitler...

—Sí, los buenos alemanes.



—Quieres decir los alemanes de clase alta: el cuerpo de oficiales prusiano, los intelectuales, los académicos y las personas de buena familia.

—¿Y qué? ¿Qué hay de malo?

—Nada. Sólo quería llegar a la terminología correcta.

—Ha habido muchas oportunidades para que los trabajadores derrocasen a Hitler, y de ellos no ha salido nada porque Hitler tiene popularidad entre la clase obrera. Hitler ha acabado con el paro y ha dado a los obreros el mejor nivel de vida de Europa, mucho mejor que el de Inglaterra, y los obreros con buen nivel de vida no reclaman con urgencia libertad de prensa y de expresión.

—Es una lástima.

—Pero es la verdad —replicó Peter.

—¿Así que la contrarrevolución depende de los generales? —dijo Glenn en tono burlón.

—Te parecerá divertido —replicó Peter—, pero quizá no te das cuenta de lo que arriesgan los conspiradores.

—De acuerdo, Peter. Tienes razón. Supongo. Pero tengo la corazonada de que si te dijera que íbamos a lanzar en paracaídas sobre Berlín al kaiser para que encabezase una revolución contra Hitler sentirías más entusiasmo.

—El kaiser murió en Holanda en mil novecientos cuarenta y uno —replicó Peter, tajante y lacónico, esperando en parte que su tío le dijese que estaba equivocado.

—La gente dice que los alemanes no tenéis sentido del humor —añadió Glenn.

—Tienes que dejarme ir —dijo Peter, haciendo caso omiso de la pulla.

—Bueno, los dos sabíamos perfectamente lo que tenías en la cabeza desde que te lo conté anoche, pero yo no creo que sea una buena idea.

—La gente que has mencionado tiene aproximadamente mi edad y es de mi clase social. Yo soy alemán y puedo hablarles.

—Tú eres un desertor.

—No, no lo soy —replicó Peter, casi con lágrimas en los ojos.

—Para ellos, sí —insistió su tío.

—La guerra me sorprendió en Estados Unidos.

—¡Peter! Llevas el uniforme de coronel del ejército de Estados Unidos. Estamos en guerra con Alemania. ¿Crees verdaderamente que a tus compatriotas les va a parecer un capricho del destino?

—Con tu permiso, ahora sí voy a tomar una copa —dijo Peter.

—Hay más bebida en el escritorio. Tengo que guardarla bajo llave para que no se la lleve Sally para la gripe de su marido. Sufre mucho de gripe. Hay vasos en el armario de encima del fregadero. Ponme otro whisky, por favor.

—Yo sé lanzarme en paracaídas —dijo Peter al regresar con la botella.

—Lo sé. Te estuve viendo y casi me muero del susto.

—¿Ah, sí? —Sirvió otro whisky a su tío y él se puso un poquito.

—Tenías que llevar el grupo a Gales a la semana siguiente, y si te hubieses roto la crisma tendría que haber ido yo. Y detesto esos viajes a Gales.

—Yo puedo hacerlo, tío Glenn.

—Ah, ¿ahora soy «tío Glenn»?

—En serio.

—Peter, no era broma cuando dije que era una misión para una persona que no fuese imprescindible. Y tú lo eres.

—Vale la pena correr el riesgo.

—Tú crees que vale la pena, pero no eres quien dirige el departamento. Lanzar a alguien en paracaídas es bastante fácil, pero si falla la sublevación militar, los nazis te tendrán en sus garras y entonces no habrá manera de sacarte.

—En ese caso ninguno tendrá mejores posibilidades de supervivencia que yo. Conozco Berlín, he vivido allí, tengo familia que puede esconderme.

—Y tu madre es mi hermana.

—Exacto —respondió Peter, sabiendo que cualquier posibilidad de poner en peligro a Veronica jugaría muy en contra de que le confiaran la misión. Cogió su whisky, pero nada más levantar el vaso, el olor dulzón le revolvió el estómago y volvió a dejarlo.

Su tío le observaba atentamente.

—Claro que hay motivos para designarte a ti, pero los factores en contra pesan mucho más.

—Explícamelos.

—¿Los factores a favor...? —El propio Rensselaer se había metido en la trampa y ahora tenía que seguir. Peter esperaba que lo tratase como un igual y así iba a ser—. El general Fromm está muy comprometido con los conspiradores, y en su estado mayor está un general llamado Horner que fue cadete con tu hermano.

—¿Horner? ¿Alex Horner? Claro; le conozco. Es uno de esos prusianos íntegros: honorable, listo, serio. Nunca formaría parte de algo que pudiese fallar.

—Tranquilo. No sabemos si Horner está también con ellos. Únicamente Fromm sí, y Horner es de su estado mayor.

—¿Y mi hermano?

—¿Pauli? No, no hay ningún dato de que Pauli esté implicado.

—Horner debe de ser su amigo más íntimo. Pensé...

—La política separa a amigos y familias —dijo Rensselaer—. Supongo que ya lo has comprobado.

—Sí, hace mucho.

—Pauli no es el tipo de persona revolucionaria, Peter. Tú lo sabes. Pauli nada a favor de la corriente.

—Él me salvó en el mar.

—De acuerdo, no ha sido una analogía muy acertada; pero Pauli no es la persona que se une a una conjura. Pauli es el clásico sabueso que huele lo que hay y lo comunica obediente a sus superiores.

—Eso no es justo, tío Glenn. Pauli es la persona más amable y liberal del mundo.

—Te confieso que me preocuparía si me enterase de que Pauli está implicado en este asunto. Yo le quiero, Peter, de verdad que sí; pero Pauli tiene su estilo propio de hacer las cosas. Cosas que pueden ser estupendas, pero no se puede confiar en la gente que tiene su propio modo de hacer las cosas.

—Quiero ir. Solicito ir. Oficialmente.

—Tranquilízate, Peter. Ya lo hablaremos mañana.

—Dile a Boy Piper que quiero ir —insistió Peter—. A ver qué dice.

—Yo sé lo que va a decir —dijo Glenn.

—¿El qué?

—Te diría en seguida que sí.

—¿Entonces?

—Otra cosa —prosiguió Glenn Rensselaer que ya se sentía obligado a poner todas las cartas sobre la mesa—. No disponemos de nadie que reciba a un agente en la región berlinesa. Los ingleses tendrán que montar la recepción en Bernau, lugar que les gusta porque está situado en el tramo directo a Berlín. Y sé de buena tinta que su hombre allí es ese Samson.

—¿Brian Samson? ¿El que le di el empleo en la fábrica de Bremen?

—Ése. Le ordenaron volver hace unos seis meses.

—¿Y por qué no puede hacerlo Samson?

Glenn apuró su vaso e hizo una mueca.

—Samson no sabe nada de estos asuntos, y además tiene su propio trabajo y no podemos comprometerlo revelando su identidad a los conspiradores. El que enviemos tiene que ser minuciosamente aleccionado. Y Samson no debe de tener ni radio. Seguramente no le han enseñado a manejar un transmisor. No hay manera de explicarle las longitudes de onda. Hay miles de razones... pero, aunque se superasen esos inconvenientes, los ingleses no consentirían que un agente suyo del SIS hiciera un trabajo como ése. Los ingleses mantienen sus actividades totalmente al margen de los servicios comunes de información. Todas las «operaciones» las dirige el SOE en esa oficina de Baker Street, y se centran en los países ocupados. Actualmente no operan en las cercanías de Berlín.

—Samson —repitió Peter—. Yo confiaría en Samson.

—Pero ¿confiaría él en ti? —replicó Rensselaer—. Hasta ahora los del SIS británico se han negado a colaborar con los nuestros porque dicen que somos aficionados y que los agentes nuestros son renegados —añadió mirando el reloj—. Ya debe de estar caliente el agua. Tengo que organizarme si quiero cumplir todos mis compromisos hoy.

—Habla con Boy Piper —insistió Peter.

Glenn Rensselaer le miró. No se había mencionado el nombre de Lottie. Mejor.

—Le hablaré —dijo conectando la radio para oír las noticias. La tenía sintonizada con la emisora de las fuerzas americanas: una orquesta interpretaba *Do nothing till you hear from me*<sup>[12]</sup>.

El general Rensselaer llegaba tarde a la entrevista con sir Alan Piper, o «sir Boy» como le llamaban algunos bromistas. Glenn detestaba llegar tarde, pero iba pensando en que la conversación con Peter había merecido la pena. Le hicieron pasar al nuevo despacho de su amigo, un cuarto que daba a un solar bombardeado lleno de yerbas, ahora que Piper ya no dirigía el departamento.

Aunque la habitación era más reducida que la que ocupaba anteriormente, estaba en el mismo descansillo de la cocina y de las señoras que se encargaban del té. Piper, un empedernido bebedor de té, opinaba que, en el fondo, había sido un cambio ventajoso. Había también otros cambios; en particular un joven con ojos muy abiertos, nariz afilada y pelo lacio, nombrado ayudante especial de Piper. Glenn Rensselaer estrechó cortésmente la mano de aquel nervioso joven que había salido de la universidad con inmejorables notas en griego. A Glenn le parecía un extraño candidato para

un trabajo en el Servicio Secreto de Inteligencia, pero los ingleses preferían gente que tuviese estudios de poca aplicación práctica.

—El señor Frank Harrington —dijo Piper— tomará unas notas, si te parece bien.

—Por supuesto —respondió Glenn, mientras el joven se quitaba el abrigo y salía en busca de las imprescindibles tazas de té.

—Es un joven muy inteligente —dijo Piper a la defensiva una vez que Harrington hubo salido—. Es uno de los jóvenes seleccionados para las tareas de seguridad en Alemania una vez que ganemos la guerra. Existe el proyecto de montar una oficina en Berlín dirigida por Gaunt, al que ya conoces. Harrington y unos cuantos seleccionados más trabajarán allí.

—¿Ya estáis pensando en eso? —inquirió Rensselaer, sorprendido—. ¡Dios mío! Pero si aún no hemos invadido Europa...

—Sí, ya sé —dijo Piper—. A veces me resultan chocantes estos preparativos para el futuro.

Glenn Rensselaer miró a su amigo y sonrió. Piper tenía setenta años. Sólo Dios sabía cómo se las había arreglado para seguir trabajando. La guerra, pensó; la misma guerra que a él le había servido para obtener un nuevo empleo cuando ya tenía edad de jubilarse. Volvió a entrar Harrington haciendo equilibrios con dos tazas de té. Las dejó respetuosamente en el escritorio y fue a coger una lata de galletas caseras reservada para visitas especiales.

—Bien, ¿qué ha dicho? —inquirió Piper.

—¿El joven Winter? Ha dicho que sí, lo que imaginábamos. De hecho casi tuve que contenerle para que no viniese aquí a echarle su discurso.

—¿Qué discurso?

—El mismo que tú me largaste, con algunas variantes.

—Sí, habrá unas variantes. No creo que un alemán lo vea exactamente como yo.

—Nunca he sido capaz de odiar a los alemanes de la manera que tú lo haces, Boy —dijo Rensselaer a su amigo.

—Yo no odio a los alemanes, pero sí su actitud para con los demás. Odio esas lágrimas de cocodrilo que vierten por sus propias víctimas. Cuando estuve en Alemania, antes de la guerra, vi por todas partes carteles que decían: *Los judíos son nuestra desgracia*. Ellos hacen víctimas a los judíos, les roban, los encierran y los matan, y dicen que los judíos son *su* desgracia. Eso es lo que odio de los alemanes. —Sacó una caja de puros del cajón del escritorio y ofreció uno a Rensselaer. Era un gesto de consideración porque

veía a Glenn preocupado—. Y sólo Dios sabe lo que vamos a encontrar en esos campos de concentración cuando lleguemos allá. Los informes que nos llegan son tan horribles que casi no pueden creerse, pero cada día se confirman esos horrores. ¡Es como si trataran de exterminar a la población judía... en toda Europa!

Rensselaer cogió un cigarro y lo mantuvo sin encender. Los puros encendidos son para pensar, abstraerse o deleitarse y no para momentos de inquietud como aquél. Piper le dejó que pensase y hubo un momento de silencio. ¡Maldita sea!, ¿por qué se habría metido en aquel atolladero? Peter era familiar suyo.

—Quisiera tener un par de días para buscar otra alternativa —dijo.

—Desde luego —respondió Piper asintiendo con la cabeza y sirviendo té—. Ya sé que te resulta difícil, viejo amigo. Pero tu sobrino parece ser la persona ideal.

—Tenemos que hacerlo con un avión, ¿verdad? —dijo Glenn, aceptando cortésmente el té y dejándolo en la mesa. No aguantaba aquel té inglés tan fuerte.

—Me temo que sí, Glenn. A todos tenemos que lanzarlos en paracaídas. También a ese respecto tu sobrino es adecuado.

—¿Habéis lanzado alguna vez a gente no entrenada?

—Sí, y siempre se lesionan. A veces sólo es un tobillo dislocado, pero verse impedido en la zona de toma de tierra equivale a una condena de muerte. Lo de la radio es mucho más fácil; actualmente tenemos transmisores que podría manejarlos un niño —dijo Piper sonriendo y tomando el té.

—¿Y regresaría por Suiza?

—Es posible, pero creo que debo ser sincero, Glenn. Las probabilidades de que vuelva sano y salvo no son del ciento por ciento.

—Pensé que Samson iba a volver; me dijiste que su mujer iba a tener un hijo y le habíais prometido el regreso.

—Samson es un caso especial. Es uno de nuestros mejores agentes. Le llevamos hasta Estocolmo en un Mosquito y fue directamente a Alemania en un barco sueco. Tiene documentación de primera calidad y saldrá muy pronto. Silas Gaunt quiere que Samson sea su agente número uno porque los equipos de seguridad del gobierno militar tienen que estar a punto cuando lancemos la invasión, y tienen mucho trabajo que hacer. No puedo ponerle en peligro por ayudar al que vosotros enviéis... La documentación que le deis va a ser algo improvisada y no puedo arriesgarme, Glenn; de verdad que no.

A Glenn se le estaba revolviendo el estómago. Siempre había tenido a gala mantener una actitud neutra y profesional en todo lo que hacía, pero Peter era pariente suyo y durante el último año había crecido su relación.

—O sea, que no es imprescindible... —dijo con voz neutra.

—Sabes que no he querido decir eso. Haremos todo lo que esté en nuestra mano para sacarlo, pero no hay grandes probabilidades.

Glenn golpeó absorto el puro contra la palma de la mano.

—¿Debo entender por lo que has dicho que no dais muchas probabilidades al asesinato de Hitler?

Piper se levantó, fue hasta la ventana y contempló el espacio vacío en donde no hacía mucho se había alzado una bonita casa estilo reina Ana, del que habían retirado los escombros y ahora estaba lleno de ortigas y yerba.

—No muchas. Es algo muy difícil. Esperamos que salga bien y prevemos lo que hay que hacer si falla. Es lo único viable, ¿no?

Se volvió y observó que su amigo había comenzado a deshacer el puro. Aquello era infumable.

## «Hasta que muera el Führer»

Vistos de lejos, los dos jinetes parecían pulgas en una colcha, una colcha blanca arrugada, con minúsculos árboles desnudos y casas de campo. Eran alemanes y, muy en consonancia, los dos cabalgaban con esa encarnizada competitividad que ni siquiera los latinos muestran. Galopaban por el campo saltando setos y cercas con audacia y con una habilidad calculada rayana en la locura.

Un tercer hombre les observaba con prismáticos. Tendría algo más de sesenta años y aspecto marcial, aunque no vestía uniforme. Aunque llevaba ropa basta de campo y botas de goma, se notaba que no era campesino. Estaba en un altozano al final del cementerio que marcaba el límite del pueblo de Hohendorf, en la carretera de Bernau a Biesenthal. Cuando los jinetes desaparecieron de su campo visual tras una colina, guardó los prismáticos en el estuche y lo cerró. Luego dio media vuelta y caminó despacio por el cementerio, deteniéndose de vez en cuando a mirar las lápidas. De pronto comenzó a llover, pero no apretó el paso. Al llegar a la iglesia del pueblo se asomó a la puerta.

La iglesia estaba en silencio y a oscuras. Había acabado la última misa y habían apagado las luces. Cruzó el umbral y, aunque estaba vacía, notó el olor a humo de las velas recién apagadas. La cera escaseaba y había que ahorrar. Se situó en la parte de atrás para tener buena vista y se arrodilló para rezar un buen rato. Cuando terminó, se sentó en el banco de madera y se quedó pensando. Tenía mucho que pensar.

Era el barón Wilhelm von Munte; su hijo era oficial de primera en el banco del Reich. Los Munte eran ricos y poseían una casa solariega en la localidad; su finca de Pomerania databa de generaciones. Von Munte tenía mucho que perder si le salían mal los planes.

Afuera había dejado de llover y el sol acariciaba los colores apagados del paisaje invernal; los dos jinetes se habían detenido y charlaban.



—Yo nunca lo habría hecho si me lo hubieses dicho —decía Pauli.

—Y mira que te lo advertí... —dijo el general Alex Horner, desmontando y respirando con fruición. Sólo se veía un trozo de cielo azul; el sol no tardaría en desaparecer y volvería a llover, pero no importaba.

—Sí, lo sé. Lo siento. Pero cuando el año pasado el Reichsführer fue nombrado ministro del Interior, creó mucho trabajo que aún arrastramos —añadió Pauli desmontando a su vez. Estaba sin resuello; aquella carrera, aunque no lo dijese, le había rendido.

—Pero ¿estás bien? —preguntó Alex.

—Bueno, oirías lo de la limpia de abogados... Los echó a todos, de administración y de la sección jurídica del capitán Orpo, pero ya hacía falta.

—Fritz se llevó un disgusto porque quería ser ministro —dijo Horner.

—Cuando vio que el Reichsführer estaba decidido a imponerse, Fritz fue listo y se mantuvo al margen. Le ha ido bastante bien. Sigue siendo diputado y el RSHA ha adquirido tanto poder que él ahora tiene más influencia que nunca.

—Pues no se nota.

—Pero creo que a él no le importa.

—Yo creo que a Fritz no le importa nada con tal de vivir a lo grande —añadió Horner—. El mes pasado asistí a una fiesta que dio él y puedo decirte que nunca había visto tanta comida y tanto vino. Se habría dicho que no estábamos en guerra.

—Fritz se aprovecha todo lo que puede —dijo Pauli, condolido—. ¡Qué bien se está aquí en el campo! Es una maravilla. Anoche temía que se me hubiera olvidado montar.

—Eso no se olvida, Pauli. Tuvimos suerte de aprender de jóvenes. Y en la escuela de cadetes enseñan bien. ¿Qué habrán hecho con las viejas caballerizas, ahora que las SS ocupan la escuela? Mi pequeño Christian cumple seis años en junio —añadió al ver que Pauli no contestaba—. Le he prometido la primera lección de equitación para entonces. Chrisi le está preparando el traje de montar.

Pauli siguió sin decir nada. Volvieron a montar y fueron despacio para que se enfriasen un poco los caballos después de la fuerte carrera. Al llegar a una elevación de terreno Horner desmontó otra vez y contempló el paisaje. Lo miraba con ojos de militar. Por entonces, su única interpretación de un paisaje era como terreno cubierto, puntos de observación, posiciones de artillería y defensas antitanque. Pero aquello no era un campo de batalla, sino su tierra, y

trataba de verlo con otros ojos. Era una de las cosas por las que luchaba, y se deleitaba en su contemplación.

—Entre Inge y yo todo ha acabado —dijo Pauli. Por fin lo había dicho.

—Yo no quería...

—No te preocupes, Alex. No me importa hablar de ello. —Pero yo pensaba que ella...

—¿Que había vuelto a vivir conmigo? Pues sí, volvió. Es conveniente para los dos, ahora que ya no vive con Fritz.

—Es una lástima, Pauli. Lo siento mucho.

—Nuestro matrimonio es ya sólo para cubrir las apariencias. Yo no le reprocho nada a Fritz —dijo Pauli—, fue Inge quien se echó en sus brazos. Me lo ha dicho ella. Pero Fritz se cansó. Yo ya lo sabía, porque él tiene todas las mujeres que quiere: él es así. Tú lo sabes.

—Sí, ya lo creo —respondió Horner—. El otro día comimos juntos y me dijo que ya no había posibilidades de ganar la guerra.

—Yo no lo tomaría muy en serio —dijo Pauli, inquieto—. Fritz dice muchas cosas sin pensar.

—Me parece que esta vez sí lo había pensado —replicó Horner.

Se hizo una pausa mientras Horner aguardaba a que Pauli contestase.

—Las cosas no van tan bien ahora —dijo éste—, pero hay muchos factores a nuestro favor.

—¿Como por ejemplo?

—Si los americanos intentan la invasión, los aplastaremos en cuanto desembarquen. Estoy seguro de que será el mayor desastre de su historia.

—Ojalá tuviera yo esa seguridad —dijo Horner—. El mes pasado estuve en Francia inspeccionando las defensas.

—Las he visto en los noticiarios —dijo Pauli—. Son formidables.

—Las que filmaron para el noticiario, sí —respondió Horner—, pero no sabemos dónde darán el golpe los aliados. Es posible que lancen un ejército por avión en nuestra retaguardia. Y gran parte de las defensas costeras tienen dotación de voluntarios rusos. No podemos confiar en que combatan hasta la última gota de su sangre por defender la Francia ocupada por nosotros.

—¿Tú crees que un desembarco prosperaría?

—Yo creo que las posibilidades son superiores al cincuenta por ciento. Y si consiguen una cabeza de playa, desembarcarían tal cantidad de hombres y material que arrollarían a nuestras fuerzas del oeste.

—¿Pueden compararse sus ejércitos con los de los rusos? —inquirió Pauli con desdén, con la esperanza de poner fin a los pesimistas razonamientos de

su amigo—. No irás a decir que esos americanos y esos ingleses, a los que echamos de Francia en mil novecientos cuarenta, pueden compararse con el soldado alemán...

—De hombre a hombre no, pero los yanquis luchan con máquinas y nuestro ejército sigue utilizando aún principalmente caballos de tiro. En los ejércitos angloamericanos han desaparecido los caballos y todo se desplaza por carretera; a veces divisiones completas de infantería avanzan en transportes blindados. Y en artillería tienen abundancia de proyectiles, todas las balas que quieras y se reabastecen por avión y camiones para sostener la presión. En el oeste hay buenas carreteras y será difícil contenerlos.

—Nosotros también tenemos planes para el contraataque y las playas serán un blanco de primera para los bombarderos. Además, están las armas milagrosas.

—Las que prometió el Führer. Sí, las armas milagrosas. No sé qué clase de milagros harán, ni cuánto tendremos que esperarlas.

—¿Tan desanimado estás, Alex?

—Pauli, Fritz tiene razón. Quizá no perdamos todavía la guerra, pero no podemos ganarla. Ojalá los de arriba se lo hicieran ver al Führer.

—El Führer no piensa ceder —respondió Pauli.

—Entonces, mejor sería que alguien le apartase y lo hiciera —dijo Alex Horner.

—¿Qué quieres decir, Alex?

—Cada día veo divisiones diezmadas. El ejército alemán se está deshaciendo. Nuestras pérdidas son astronómicas, Pauli. Alemania pierde sus soldados, y con esa leva general, sus soldados son toda la población masculina. No podemos seguir así. Alemania se muere. ¡Se muere, Pauli!

—¿Y qué puede hacerse?

—¿Has oído hablar de los grupos de oposición?

—¿El círculo Kreisau? —inquirió Pauli.

—Sí —respondió Horner a la expectativa.

—¿O te refieres a las actividades de Goerdeler y Beck? Horner guardó silencio.

Pauli, como el hábil interrogador en que se había convertido, le dio un instante para reflexionar; pero luego le presionó.

—Alex, ¿eres uno de ellos?

—Han entrado en contacto conmigo, Pauli —respondió Alex Horner.

—Dios mío, Alex. ¿Cómo eres tan loco?

—Denúnciame a la Gestapo si quieres, pero no me sacarán nada.

—No voy a denunciarte a nadie. ¿Estás loco? Pero ¿cómo te metes en actividades de traición? No le habrás dicho nada a Fritz...

—No, claro que no.

—Rompe tus vínculos con esa gente, Alex. Llevamos meses vigilando al grupo de Beck-Goerdeler y al círculo Kreisau. Ponte enfermo o busca otra salida.

—¿Es lo mejor que me aconsejas?

—Beck es demasiado viejo y Goerdeler demasiado indiscreto. No harán más que hablar hasta que sean tan evidentes sus actividades que tengan que acabar en un campo. No harán nada. Es hacer el tonto, Alex.

—Me alegro de habértelo dicho, Pauli. No te ha molestado, ¿verdad?

—Esa gente está bajo observación hace más de un año. El otro día, Müller, de la Gestapo, estaba jactándose de ello cuando estuve allí. Nos enseñó las fichas y puso las grabaciones de las conversaciones telefónicas. Lo saben todo.

—Ahora me quedo más tranquilo, Pauli.

—Tú sigue al Führer —añadió Pauli—. Hay gente que en seguida está dispuesta a descalificarle, pero él nunca se ha equivocado.

—¿Echamos una carrera hasta aquella arboleda?

—De acuerdo.

Montaron con tanto ímpetu, que los caballos se encabritaron y los dos emprendieron un desenfrenado galope montura contra montura.

Pauli se sentía muy bien: verdaderamente bien. Esta vez había hecho algo útil para ayudar a su amigo.

—¿Qué...? —dijo el anciano que esperaba sentado en el banco de la iglesia vacía al general Horner.

—Se muestra cauto —contestó éste.

—¿No se unirá a nosotros? —inquirió Von Munte, jugueteando con la correa de los prismáticos.

—No, pero guardará el secreto. Me jugaría la vida.

—Acaba de hacerlo —dijo secamente el anciano.

—Sabe lo del círculo Kreisau y lo del grupo de Beck y Goerdeler. También la Gestapo está al corriente. Dice que tienen grabadas las conversaciones telefónicas.

—Pobres diablos. ¿Y de nosotros nada?

—Estoy seguro de que lo habría mencionado.

—Han valido la pena los esfuerzos por mantener la seguridad.

—Pero ahora estoy comprometido —dijo el general Horner.

—Sí, tenemos que dar por supuesta la traición de su amigo. Es más seguro. Pero no importa, general. Usted estará en Berlín y allí no habrá necesidad de moverse hasta que muera el Führer.

## «Aplastad a esos gusanos»

—Muy buen trabajo, Koch.

—Gracias, señor ministro delegado —contestó Koch sin alterar su expresión melancólica. Cada vez se volvía más canino, pensó Fritz Esser mirando al hombrecillo hundido en el centro del sofá. Con sus oscuras ojeras y sus pobladas cejas, Koch parecía un obediente perro lobo a la espera de la orden para morder.

Fritz Esser cogió los papeles que Koch había esparcido en su escritorio e hizo un montón.

—Bien, ya veré lo que hago —dijo cogiendo el teléfono que le conectaba con la secretaria en la antesala—. Que pase el señor Winter. Ahora déjenos, Koch —dijo levantando la vista y señalándole con la cabeza la otra puerta que daba al pasillo—. No quiero que se sepa su intervención en este asunto.

Koch se apresuró a recoger su sombrero tirolés y el abrigo de cuero y a abandonar el despacho antes de que entrase Pauli. No le sorprendió aquella orden, pues era sabida la obsesión de Fritz Esser por los secretos. Sus ayudantes hacían chistes al respecto cuando no estaba en el ministerio.

Era la primera vez que Pauli veía a Fritz Esser en su nuevo despacho. Mucho más cómodo que ninguno de los anteriores, había sitio para un buen sofá de cuero negro con sus sillones a juego. Y había una mesita en la que Esser podía tomar café con las visitas cuando deseaba celebrar una entrevista informal, difícil de lograr sentado tras el imponente escritorio. En el escritorio, aparte del expediente que le había dejado Lothar Koch, podía verse un paquete toscamente envuelto en papel de embalar.

Se dieron la mano y se saludaron. Pauli se había prometido a sí mismo que la infidelidad de Inge no afectase a su amistad con Fritz. Y éste se había dicho lo mismo un millón de veces. Pero sin duda era distinto. Pauli, aquellos días, veía a Fritz bajo otra perspectiva, consciente de la doblez e hipocresía que se escondían tras la campechanía directa y llana del personaje. Inclinado sobre el escritorio, el hombre que Pauli siempre había comparado a un oso apolillado parecía un sapo.

—¡Qué maravilla, Fritz! —dijo Pauli mirando las litografías modernas de las paredes, una colección de héroes nacionalsocialistas, desde un comandante de blindados hasta un campeón de natación, y la foto autografiada del Führer en marco de plata, que ocupaba un puesto de honor en la mesita.

—Sí —contestó Esser, azorado—, tú no lo habías visto, claro.

Pauli advirtió que la decoración debía de ser cosa de Inge. Alfombras, el tapiz de detrás del escritorio y las litografías eran muy al estilo de ella. Algunas de aquellas cosas siempre se las había querido imponer en su despacho.

Las ventanas eran grandes y ofrecían una vista panorámica de la avenida Unter den Linden. Enfrente, unos obreros reparaban los dos pisos superiores de un edificio gravemente quemados por bombas incendiarias. Ya no había seguridad contra los bombarderos aliados.

—He venido en cuanto he podido —dijo Pauli.

—Bien, bien —dijo Fritz—. ¿Quieres beber algo?

—No, gracias. —Era la rutina habitual; Fritz siempre ofrecía una copa.

—Tengo más informes sobre la conspiración —dijo éste cogiendo la botella y llenándose el vaso.

—¿Mejores que los últimos? —dijo Pauli refiriéndose a ciertos rumores históricos que les habían llegado en enero y que habían causado la primera alarma y el furor de Himmler, el Riechsführer de las SS.

Fritz hizo caso omiso del comentario y dijo:

—¿Podrías creer que el ejército, el grupo de ejércitos del Centro, esas serpientes que se codean con Kluge, está preparando un atentado?

Lo había dicho sin alterarse y miró a Pauli para observar su reacción.

—¿Hay pruebas? —dijo Pauli. Ya había oído cosas de éstas antes. En Berlín corrían infinidad de rumores aquellos días, y Pauli los sabía por sus gestiones en las dependencias de la Gestapo y el ministerio.

—Hay una bomba; dos, mejor dicho —respondió Fritz, decepcionado por aquella reacción de «abogado».

—¿Ah, sí?

—Bombas inglesas.

—¿Tan pocas bombas tiene el ejército? —dijo Pauli.

—No es un asunto de risa —dijo Fritz Esser muy serio, pero luego comprendió que no podía mantener aquella actitud y cambió de tono—. Esos artefactos ingleses los lanzan para los terroristas. Aquí tengo una muestra —añadió desenvolviendo el paquete. Eran dos cilindros metálicos; Esser cogió

uno para enseñárselo—. Están vacíos —añadió al ver la inquietud de Pauli—, pero voy a enseñarte cómo funcionan.

—Muy bien —dijo Pauli.

Fritz Esser no tenía cabeza para las complejidades mecánicas, pero aquellas bombas eran de funcionamiento bastante simple y explicó ufano su mecanismo.

—Aprietas aquí y se rompe el botellín; luego, el ácido va corroyendo el hilo hasta que el cable... A ver. Sí, éste; ¿lo ves? Mira, el muelle... Un momento. Sí, eso es. Este percutor da en el detonador. El detonador explota y la bomba estalla. ¿Qué te parece?

—Muy rudimentario. Parece cosa de niños. ¿Eso es lo mejor que saben hacer los ingleses?

—Rudimentario. Sí. Las hacen por millares y no les cuestan casi nada. Las lanzan en Francia, Bélgica, Holanda, Noruega, etcétera. Esos maleantes las emplean contra nosotros mientras los ingleses se frotan las manos complacidos.

—¿Quieres decir que va a producirse un atentado contra el Führer?

—Son silenciosas. Es lo que faltaba por decir, Pauli. Ningún tictac ni zumbido de relojería. Totalmente silenciosas. Y este cablecito puede cambiarse de modo que se puede programar la explosión cuanto quieras, entre diez minutos y una hora o dos.

—¿Puedes decirme cómo conseguiste esa máquina infernal?

—La Abwehr ha interceptado miles de ellas.

—La Abwehr.

Desde el 18 de febrero, el servicio de inteligencia del ejército había sido fusionado con el SD y el servicio de inteligencia de las SS, y ya formaba parte de la órbita del imperio creciente de Himmler.

—La Abwehr forma parte de esa conspiración contra el Führer. El año pasado hubo en Smolensk una conferencia de oficiales del servicio de inteligencia, y allí llevaron dos bombas de éstas. Allí estuvieron conspirando esos cerdos del ejército. Quizá haya habido ya algún intento fallido. Naturalmente, nos resulta difícil infiltrarnos en esos círculos militares, porque cierran filas contra nosotros.

—¿Y qué es lo que planean? —inquirió Pauli.

—No lo sé, pero ya ha habido contactos entre algunos de esos traidores y los gobiernos occidentales.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque coinciden en ello el servicio exterior del SD y la Gestapo.



—¿Va a haber detenciones?

—Todavía no —respondió Esser—. El Reichsführer de las SS dice que no hay que hacer nada hasta que sea el momento.

—Pero corre peligro la vida del Führer... —replicó Pauli, aterrado.

Fritz dio un sorbo —era coñac, advirtió Pauli por el olor— y luego se inclinó hacia adelante.

—¿Y si te dijera que el propio Reichsführer de las SS se ha puesto en contacto con los americanos? —dijo en voz baja.

Pauli no se inmutó; no se lo creía. Seguro que era una de las historias de Fritz Esser.

—¿Para hablar de condiciones de paz?

—Envió a Suiza al doctor Cari Langbehn, un letrado de Berlín, para parlamentar con un tal Dulles, que se decía plenipotenciario del presidente Roosevelt.

¿Sería verdad? ¿Podía serlo?

—No puedo creerlo. Si a Langbehn le han detenido...

—Escucha, Pauli, escucha. Langbehn se puso en camino con la bendición del Reichsführer, pero el servicio de interceptación de la Gestapo captó una emisión de radio. No se sabe cómo, ni de dónde procedía el mensaje; el caso es que los ingleses siempre se han opuesto a cualquier contacto con el Reichsführer de las SS, y por lo visto debió de ser que querían sabotear el viaje de Langbehn y radiar ese mensaje para que lo captasen nuestros servicios de escucha... La Gestapo envió el mensaje interceptado al cuartel general del Führer, y no tuvimos más remedio que detener a Langbehn e internarle en un campo —dijo Fritz con una sonrisa que dejó ver sus dientes torcidos—. El Reichsführer de las SS estaba preocupadísimo. De verdad, nunca había visto a Heini tan asustado. Y desde entonces no ha vuelto a tener contactos con ningún grupo.

A Pauli se le venía el mundo encima. Estaba estupefacto.

—Pero ¿todo eso es verdad? Es que no puedo creerlo...

—Pues créetelo; es cierto, como te lo cuento. Claro, el problema de Heine siempre ha sido su juramento de fidelidad al Führer, y no prestará oídos a ningún plan que incluya hacer daño a Hitler.

—Evidentemente —dijo Pauli.

—Pero mientras el Führer siga ahí, nadie podrá hacer lo que hay que hacer —dijo Fritz Esser inclinándose sobre el escritorio, juntando las manos por la punta de los dedos mientras sonreía—. Sin embargo, suponte que una cosa como ésta... —añadió tocando con cuidado la bomba, como temiendo

que explotase—. Supon que la persona de que hablamos ya no existiera. —Ni siquiera Fritz se atrevía a decirlo claramente—. Entonces podríamos detener a los culpables y posibilitar al Reichsführer de las SS la misión que yo creo le corresponde.

Pauli miró a Fritz Esser al comprender lo que quería decir. Quería que asesinasen al Führer para dar paso a Himmler. Qué gran hipócrita y qué cínico. ¿En qué proporción aquel asunto procedía del Reichsführer de las SS y en qué proporción se lo había inculcado a Heini el artero Fritz? Pero tenía su lógica —era basto y artero, pero tenía lógica— y lo que le decía Fritz cuadraba con otros detalles que él conocía por su trabajo.

—¿Por qué me cuentas todo esto, Fritz?

—Porque quiero que te encargues de la investigación de esos grupos de traidores.

—¿Yo?

—Tienes toda la autoridad y el personal necesarios.

—No, Fritz, no; por favor.

—Pauli, tiene que hacerlo alguien de mi confianza.

—Pero ¿qué quieres que haga?

—¿No está claro?

—No.

—Quiero que aplastes a esos gusanos, sean del ejército, de la Abwehr, la iglesia, la universidad o lo que sea. Aunque estén en el SD o en la Gestapo. Tienes carta blanca para interrogar a quien quieras. Nadie podrá oponerse a tu autoridad. Quiero que el Führer vea que la policía del aparato del partido está controlada por el Estado.

—¿Quieres que aplaste a esas organizaciones?

—Haz una investigación —corrigió Fritz, melifluo—. Hay gente influyente implicada: prelados de la iglesia, mariscales y aristócratas. No subestimes su poder. Se les hará un juicio ecuánime. El partido no puede permitirse un esperpento ante los tribunales.

—Entonces, ¿los hago comparecer ante la justicia?

—Sí, pero sin prisas —dijo Esser con su inimitable sonrisa artera—. Dales tiempo a que hagan algo de que poder acusarlos.

Enfrente, los obreros tapaban con planchas los pisos superiores del ministerio para dejar inhabilitada la parte alta. Unos pisos ciegos, con ventanas clausuradas, en pleno barrio gubernamental, para recordar a los peatones que los bombarderos aliados podían llevar la guerra al corazón del Reich.

—¿Entendido? —añadió Fritz Esser.  
—Entendido —contestó Pauli.

## «No necesitamos ayuda para matar a Hitler»

Antes de la instauración del régimen nazi, los habitantes del barrio berlinés de Wedding eran simpatizantes del comunismo. Era un barrio de viejos bloques de pisos, edificios como barracones, apresuradamente construidos el siglo pasado para alojar a las interminables oleadas de campesinos que asediaban la capital en busca de trabajo en las nuevas fábricas. Como eran edificaciones en forma de colmena, la luz llegaba a veces a los patios y se filtraba en los pequeños y precarios cuartos en los que se hacinaban los obreros a docenas. Los edificios no estaban tan abarrotados como antaño, pero aquellos monolitos pétreos carecían de confort y los vecinos daban gracias de que llegase el verano, que les traería más luz y calor.

En una habitación del último piso de uno de aquellos edificios había dos hombres aquella fría tarde primaveral. Uno era una especie de marinero extranjero, un hombre alto y animoso de unos treinta y cinco años, de enorme bigote y gafas con montura metálica redonda; hablaba un alemán excelente — algo verdaderamente difícil para un extranjero— y hacía chistes groseros en la jerga típicamente berlinesa. Le acompañaba un alemán, casi cincuentón, de pelo gris ondulado, con una especie de acento berlinés, más propio de oír en Grünewald que en un lugar mugriento como aquél.

La convivencia de casi dos semanas en aquel cuarto no había estimulado su amistad, y a ello no contribuía ni la tensión, el olor del retrete común de la escalera, las sábanas sucias, ni la atmósfera cargada de aquel espacio en el que dormían, comían, jugaban a las cartas y procuraban no discutir.

—¿Qué hora es? —dijo Peter Winter, el más viejo de los dos. Vestía traje gris oscuro, arrugado y gastado, pero era de su medida entre los que el centro de Operaciones Especiales de Londres le había dado a elegir de la ropa alemana de confección con etiqueta original. Le ayudaría a mantener la ficción de ser el funcionario de estadística que describían sus papeles de identidad falsos. A los funcionarios respetables no les sobraba el dinero, y casi toda la ropa la obtenían de los refugiados. Y los refugiados no se distinguían, precisamente, por su elegancia en el vestir.

—Y veinticinco —contestó Brian Samson, quisquilloso. Era la tercera vez en quince minutos que Winter le preguntaba la hora. Samson llevaba un jersey de marinero de cuello alto y pantalones de pana marrón con gruesas botas claveteadas, que en último extremo podía utilizar como arma. Se hallaba sentado justo debajo de la bombilla, zurciendo un calcetín que tenía estirado sobre un vaso vacío.

—Ya tenían que haber enviado a alguien —dijo Winter mirando el transmisor del rincón. Si los cogían con aquello y la antena acoplada al canalón fuera de la ventana, los ejecutarían sin juicio previo. Miró a Samson. No sentía angustia; eran los nervios que le ponían de mal humor. Si echaban la puerta abajo, Brian Samson sonreiría y haría el marinero sueco con risas y saludos para todos. Samson tenía ese «don campechano» y Peter Winter se lo envidiaba. En el peligroso juego del espionaje, el «don campechano» podía ser un comodín.

—A lo mejor Hitler ha anulado la reunión y ha vuelto a Wolfsschanze —dijo Samson, pronunciando con elocuente desprecio el nombre del cuartel general del Führer. El apelativo de «cubil del lobo» que Hitler había dado a su cuartel general era exponente del mundo fantasioso en que se movían aquellos locos.

—¿Hasta Rastenburg, en Prusia oriental? No, eso queda descartado. En esta época del año todo se cuece desde el Berghof. Nuestro Führer pasa allí cada vez más tiempo. Los generales dicen que no volverá al este hasta que se inicie la ofensiva de verano.

—Me gustaría que dejase de llamar «nuestro Führer» a ese hijo de puta. No es ningún Führer mío.

Peter Winter no quiso discutir; pero lo cierto es que costaba deshacerse de aquella arraigada costumbre.

—Por eso es el mejor momento para que actúe el ejército. Estará en el Berghof hasta mediados de julio y allí la seguridad no es tan estricta.

—Ya —dijo Samson, mordaz, sin levantar la vista de su labor.

Winter se miró los dedos lisiados de la mano izquierda. Le había costado dominar el arnés y las correas del paracaídas en el lanzamiento y la cicatriz le había quedado enrojecida. Con los años se había acostumbrado a la deformidad, pero ahora volvía a sentir complejo cuando Samson le observaba.

—Es un joven capitán... que va a hacer ante Hitler la demostración de una nueva arma antitanque... —Esta vez lo había dicho bien: «Hitler», y no «el Führer»—. La bomba está oculta en las cajas de municiones que llevan a la demostración.

—No está mal —dijo Samson de improviso.

—El capitán perderá la vida —prosiguió Peter, mirando a su compañero con la esperanza de que mostrase más interés y conmiseración.

—Cree usted realmente toda esa historia, ¿a que sí? —dijo Samson levantando la vista del zurcido y mirándole fijamente.

—¿Qué quiere decir?

—¿Es que en Londres creen todas esas estupideces que me está contando? Supongo que sí —se respondió él mismo—, porque si no no me habrían cargado con la tarea extra de cuidarle.

Peter se sintió ofendido. Era propio de Samson medirlo todo según el parámetro de su trabajo y su conveniencia.

—¿Por qué no iban a creerlo?

—Le han enviado los yanquis, ¿verdad? Ellos se lo creen todo. Si les dijese que Hitler es un gorila amaestrado, enviarían a un zoólogo.

—El ejército está dispuesto...

—¡El ejército! No me hable del puñetero ejército. Esos hijos de puta sin carácter no se dieron cuenta de que las cosas iban mal con Hitler hasta que el ejército rojo empezó a enseñarles a combatir y la RAF a iniciar el bombardeo de sus sagradas ciudades. Y ahora deciden que quieren quitarle de en medio. Típicamente alemán: amigos a las maduras.

—Ya lo han intentado antes —replicó Peter. Sabía que en gran parte era puro desahogo de Samson, pero le dolía.

—¡Ya lo creo que lo han intentado! He oído tantas versiones sobre atentados del ejército que ya he perdido la cuenta.

—Es que actualmente es muy estricto el dispositivo de seguridad.

—¿Y por qué no intentaron liquidarle hace cuatro años, cuando no eran tan estrictas las medidas de seguridad? Pero estaban muy ocupados avanzando hacia Polonia, Noruega, Francia, Bélgica y Holanda. Por eso.

—Tal vez.

—No hay «tal vez» que valga. Esos puñeteros militares aristócratas no van a matar a Hitler. No tienen cojones. Si los generales fuesen a matar a Hitler, ya lo habrían hecho. ¡Dios mío, las veces que lo habré discutido! ¿Quiere saber cuándo oí por primera vez esos cuentos?

Peter, que no quería saber cuándo había sido la primera vez, añadió:

—No es sólo el ejército. Muchos alemanes están haciendo esfuerzos por lograr un armisticio.

—Un «armisticio»; ésa es la palabra —replicó Samson—. Suspensión de hostilidades. Eso es lo que quieren. Un respiro para volver a desencadenar la

guerra. Yo no perdería el tiempo con ninguno; ni generales, ni terratenientes, prelados, intelectuales, liberales y toda esa ralea. Yo ni los escucharía. Una buena patada en el culo es lo que se merecen.

—¿No quiere que acabe la guerra?

—Sí; quiero que acabe la guerra. Pero quiero que acabe en su momento y donde tiene que ser y que la acabe la gente que tiene que acabarla. Ya hemos explicado nuestra política bélica: rendición incondicional. No queremos esa estupidez del armisticio. Ya tuvimos un armisticio en mil novecientos dieciocho y mire lo que ha pasado. Les bastó con unos años para reorganizarse y rearmarse, y otra vez sus puñeteros alemanes en danza. Al diablo con esa élite de militares de buena familia y todo lo demás. ¡Bajo tierra! No necesitamos ayuda para matar a Hitler. Lo haremos a nuestro modo y en el momento que nos convenga.

—¿Piensan así la mayoría de sus compatriotas?

—¿Mis compatriotas? Sí, eso es. Y si cree usted que se han perdido los buenos modales de antes, hable con los polacos y los checos y los demás desgraciados a quienes atropellaron.

—No me había dado cuenta de que fuera tan apasionado. En las actuales circunstancias, no me queda más remedio que volver a darle las gracias por todo lo que ha hecho por mí.

—Hice lo que debía —respondió Samson consultando el reloj—. No van a matar a Hitler. Presentarán todo tipo de estupendas excusas, desde luego; como siempre. Si dedicasen tanto tiempo a sus conspiraciones de atentado como en dar excusas, hace tiempo que Hitler estaría criando malvas.

—Ya veremos.

Viendo que con su explosión no había logrado enfadar a Winter, Samson se mostró algo más conciliador.

—Mire, esos oficiales de estado mayor a los que en tan gran estima tiene... no quieren hacer de Alemania ninguna democracia. No necesito decírselo; usted se acordará de lo que la mayoría de los militares pensaban de la república de Weimar.

—Pero no les gusta Hitler —alegó Winter.

—Claro; pocos galones para ellos. Pero no detestan a Hitler porque haya invadido países neutrales, ni por lo que está haciendo con los judíos. Le, detestan porque es un patán con acento austríaco que no respeta sus nobles orígenes ni admira su maestría en el arte de la guerra.

—Eso son tonterías.

—El generalato alemán no quiere poner fin a la guerra; lo que quiere es que los ayuden a seguirla. Usted mismo me dijo que habían propuesto seguir luchando contra los rusos para ser el «baluarte contra el comunismo» y firmar la paz con los aliados.

—Sí.

—Pues ¿qué significa eso sino que esperaban que los ayudásemos a combatir a los rojos?

—Supongo que tiene razón, pero no podemos dejar que se nos echen encima los rusos. Hay que contenerlos. En Estados Unidos hay mucha gente que piensa así.

—Olvídese de ello. Los ingleses no lo aceptarían; allí se piensa que Stalin es su salvador y el gobierno ni lo intentaría. Por mucho pavor que les infunda a ustedes el ejército rojo, no existe la más mínima posibilidad de una paz separada sin Rusia. Churchill, Roosevelt y Stalin lanzaron ya hace mucho su mensaje de rendición incondicional. Si no lo modificaron cuando iban perdiendo, ¿por qué diablos iban a hacerlo ahora que van ganando?

No era alentador escuchar a aquel hombre, se dijo Winter. Si había muchos como él, su misión estaba condenada al fracaso desde un principio. Y tenía la impresión de que había muchos como él.



## «¿Quererle? ¡Le detestot!»

En otro lugar de la ciudad, un Mercedes 320 convertible, el modelo más pequeño utilizado por el personal del ejército, avanzaba despacio por Unter den Linden. Los tilos en flor difundían su fuerte aroma en aquella hora del atardecer. Había mucho tráfico. El público salía de la Ópera y llenaba la avenida, sin preocuparse de la circulación, ebrio de música. Se trataba de Mozart. No *La flauta mágica*, por supuesto, que estaba prohibida por sus connotaciones masónicas, ni *Las bodas de Fígaro* o *Così fan tutti*, porque tenían libreto de Da Ponte, un judío converso. Aquella noche se representaba *Die Entführung, o El rapto del Serrallo*; al público de Berlín le gustaba mucho aquella ópera, y además estaba escrita en su propia lengua.

El general Horner, desde el asiento trasero, miraba los edificios conforme el automóvil avanzaba despacio. No acababa de acostumbrarse a los terribles destrozos causados por los bombardeos del invierno. Gran parte de la ciudad había quedado destruida y barrios enteros ya no existían, amén del gran número de muertos y heridos; pero aún era peor la pérdida de confianza causada por aquellos continuos bombardeos. Los berlineses, fieles a su carácter, habían soportado la adversidad con sonrisas y chistes, pero eran chistes distintos a los tradicionales. Bastaba con tirar de la lengua a un berlinés sonriente para descubrir a un cínico, y los chistes de la población eran cada vez más negros. Y no sólo eran chistes sobre Hermann Göring y el sistema defensivo de la Luftwaffe, eran chistes mucho más atrevidos que hablaban de derrota. «Chistes judíos», los llamaban algunos, y quizá tuviesen razón.

Había más gente en la calle por la noche ahora que ya había transcurrido el invierno. Los bombardeos nocturnos los efectuaban los ingleses, y los berlineses sabían que los pesados bombarderos de la RAF sólo podían alcanzar la capital impunemente en las largas noches invernales. Ahora se podía dormir, salvo cuando aparecían aparatos ligeros para lanzar unas cuantas bombas y hacer sonar las sirenas de alarma sólo para fastidiar. En fin, se imaginaba que era una buena táctica. Valía la pena perder un pequeño

aparato a cambio de tener toda la fuerza de trabajo urbana con los ojos legañosos a la mañana siguiente. Y, además, todo el mundo sabía que los ingleses ni siquiera perdían aviones ligeros; aquellos malditos Mosquitos de la RAF volaban demasiado alto para que los cazas nocturnos de la Luftwaffe pudieran alcanzarlos.

En cuanto a los americanos, cruzaban el territorio del Reich para bombardear Polonia ¡a plena luz del día! El significado de aquello era aterrador: los aliados tenían prácticamente el dominio del aire.

Ni siquiera Unter den Linden se había librado de las bombas. Advirtió que había desaparecido Kranzler Córner. Ya no volvería a sentarse allí a tomar un helado y ver pasar a las chicas como tantas veces había hecho con Pauli Winter cuando eran cadetes. En aquellos tiempos, las guerras se hacían en los frentes de batalla; el enemigo no venía a destruir las poblaciones mientras estaba a miles de kilómetros luchando por su país. El efecto de los bombardeos en las tropas del frente ruso era más que evidente a juzgar por los extractos y muestras que los censores enviaban para analizar. Desde cualquier perspectiva, la lógica señalaba que había que terminar la guerra. Y si sólo había un modo de ponerle fin, había que hacerlo. Con juramento o sin juramento al Führer.

—¡Conductor, dese prisa! Ya le he dicho que es urgente.

—*Ja*, mi general.

Más allá de Pariser Platz el tráfico disminuyó y cruzaron velozmente el zoológico, en donde las farolas con pantalla dejaban ver algunas parejas paseando del brazo junto al hotel Eden y el andamio de las obras de reparación de los edificios alcanzados por los bombardeos. El público salía del cine Zoo Palast y el tráfico era denso en la. Ku'damm, y los tranvías lo entorpecían aún más. Pero la noche aún era joven y la gente seguía llegando al barrio de los espectáculos. El Mercedes color caqui se detuvo detrás de un tranvía, dejando que se apeasen los viajeros antes de reemprender la marcha; algunos iban elegantemente vestidos. Resultaba difícil conseguir gasolina si no era para viajes oficiales importantes.

El chófer conocía el camino. Dobló en Hubertus Allee y dio la vuelta a la rotonda en Bismarckplatz para dirigirse al pequeño apartamento de lujo en el que ahora vivía Pauli Winter. El chófer saltó del asiento y dio la vuelta al coche para abrir la portezuela. Caray, hacía frío, se dijo Alex Horner al apearse. Habría debido traerse el abrigo.

El general Horner pulsó el timbre y el portero le franqueó la entrada con una reverencia por el uniforme con lustrosas botas altas y la Cruz de

Caballero al cuello, apresurándose a abrirle la puerta enrejada del ascensor.

—Buenas noches, mi general.

Alex le contestó con una inclinación de cabeza y pulsó el botón; se oyó un crujido al arrancar el ascensor y en seguida se vio en el quinto piso.

Pauli abrió la puerta.

—¡Hola, Alex!

—¿Estás solo? —inquirió éste.

—Sí, pasa. Inge se ha ido al cine.

—No voy a estar mucho, pero no podía decírtelo por teléfono —dijo Horner dejando la gorra en el vestíbulo antes de pasar al salón.

—¿Una copa?

—No, Pauli... Ha habido otro atentado contra el Führer. Esta tarde a las cuatro. En el Berghof.

—¿Ha fallado?

—Ha fallado.

—Es la primera noticia —dijo Pauli mirando burlón a su amigo. Pero ¿qué era aquello? Había cruzado Berlín a toda velocidad para decirle que había fallado otro atentado del ejército contra el Führer.

—Me tomaré esa copa —dijo Alex—. Coñac, si tienes.

—Siéntate, Alex —dijo Pauli sirviéndole en un vaso y abriendo una botella de Apollinaris para él. Desde que las SS habían comprado la empresa de agua mineral, procuraba a todo su personal cajas y cajas del producto.

—Es bastante complejo, Pauli. Ha sido durante una demostración para el Führer... un cohete antitanque, una versión perfeccionada del Panzerfaust... Ya sabes cómo le gusta que le enseñen esas cosas para luego explicárselas a la gente y demostrar sus conocimientos.

—Sí, lo sé —dijo Pauli. Observó a Horner beberse el coñac con soda de dos o tres sorbos y dejar el vaso vacío. Pauli encendió un cigarrillo. Por un instante, ambos permanecieron mirándose sin hablar. Se había convertido en una extraña relación. Aunque la profunda y antigua amistad les confería una sólida base de confianza, había algo de juego del gato y el ratón. El general Alex Horner era directo y franco. Él servía lealmente al ejército y sobre todo al grupo de conspiradores al que informaba. Si Himmler quería dirigir la conjura a través de Pauli Winter, a él le daba igual, porque estaba distanciado de los conspiradores por si su vieja amistad resultaba insuficiente. Y si Himmler pensaba que iba a intervenir para eliminar a los militares después de hecha la faena, se iba a llevar un chasco.

Las lealtades de Pauli Winter no eran tan fáciles de definir. Él también respetaba al ejército, y sus días en Lichterfelde le unían al cuerpo de oficiales prusiano del mismo modo que le unían a Horner, pero Pauli Winter tenía también otras fidelidades, porque en los días de la posguerra el régimen nazi le había conferido ese respeto de sí mismo que tanto necesitaba en aquel momento; se había integrado a la élite del partido convirtiéndose en Estado dentro del Estado y el aparato del Reichsführer de las SS había puesto bajo su directo control las Allgemeine SS de uniforme negro, las Waffen-SS de uniforme gris de combate, los campos de concentración y de exterminio, la organización de inteligencia del SD, el Ministerio del Interior, la Gestapo y diversas organizaciones policiales pertinentes al cargo de ministro de Himmler. A lo que se unían empresas comerciales que fabricaban desde muebles baratos hasta armas de fuego.

En aquel momento, Himmler era más poderoso de lo que ningún general habría jamás podido imaginar para sí, y Pauli admiraba al modesto y tranquilo Heini con sus antiparras y aquel uniforme que con tanto placer lucía. Si Himmler quería que sus hombres no hiciesen nada mientras el ejército asesinaba al Führer, Pauli se avendría exactamente a eso. Había llegado a entender la lógica, pues Himmler ya se había hecho *de facto* con el control del III Reich y era cuestión de tiempo que lo obtuviese por entero. Y si el Reichsführer de las SS negociaba luego la paz con las potencias occidentales, no cabía duda de que lo haría con la misma habilidad con la que había alcanzado su actual posición.

Por eso Pauli Winter entendió con ecuanimidad la decisión de Horner de matar al jefe del Estado. Lo cual no significaba que se regocijase con la muerte de Hitler. Le entristecía del mismo modo que le había apenado la muerte inevitable de Graf ante el pelotón de fusilamiento en la cárcel de Munich.

El general Horner había declinado la invitación de sentarse. Paseaba por el cuarto mirando grabados y libros sin realmente verlos y moviendo los labios sin hablar. De pronto se volvió, con las manos embutidas en los bolsillos del pantalón, y dijo:

—Se presentaron las armas, sin disparar, naturalmente, sólo una exhibición de prototipos, y se puso en marcha el dispositivo de la bomba. La demostración se efectuaba en el patio del cuartel de las SS, detrás del Platterhof. Cuando estaba a punto de comenzar el acto, llamaron al Führer de dentro del cuartel para que atendiese una importante llamada telefónica de la

Cancillería. Y una vez puesto en marcha el detonante de la bomba no se puede parar.

—¿Y explotó?

—Medio kilo aproximadamente de explosivo, pero el oficial resultó gravemente herido.

—¿No ha muerto?

—No, le están «interrogando», Pauli.

—No puedo hacer nada por él, Alex. Tengo autoridad para investigar los atentados contra Hitler, pero esto es muy distinto. El interrogatorio lo efectuarán según las órdenes del oficial SS que esté encargado de la seguridad allí. Ni siquiera la Gestapo tendría acceso a un preso como ése hasta que el oficial de servicio esté convencido de que ya no existe peligro inminente y de que no hay más bombas en las proximidades.

—No he venido a pedirte que intervengas en el Berghof, Pauli. El problema está en que ese oficial está en contacto con gente aquí en Berlín.

—Lo mejor sería que los situases en alguna zona sobre la que el ejército tenga absoluto control; Francia sería lo mejor.

—Entre esa gente está tu hermano.

—¿Mi hermano? ¿Peter? ¿Cómo?

—Peter está en Berlín. Le enviaron para que entrase en contacto en representación de los aliados.

—¿Peter?

Estaba estupefacto.

—Y Peter se había visto con el oficial implicado. Si le hacen hablar, dará la descripción de Peter. La decisión está en tu mano, Pauli, si quieres librar del riesgo a tu hermano.

—Pero ¿qué hace él aquí?

—Tiene un transmisor. Tenía que radiar a Londres la noticia del asesinato y mantenerse en contacto en Berlín con el ejército y esperar a que la radio del ejército estableciese contacto directo con Londres.

—¿Sabes dónde está?

—En Wedding; pero no hay teléfono.

—¿No hay teléfono? Qué absurdo.

—Era más seguro —dijo Alex Horner.

—Y muy inconveniente. ¿Es que no pensaron que podría suceder algo así?

—No, no lo pensaron. Creían que saldría bien.

Pauli se le quedó mirando.

—Sí, siempre piensan que va a salir bien. —Le dieron ganas de hacer algún comentario sarcástico a propósito del mismo optimismo fallido del ejército respecto a los rusos, pero sabía que no le haría ninguna gracia a Alex Horner, y le apreciaba demasiado para poner en juego su preciosa amistad.

En el momento de silencio que siguió se oyó el motor del ascensor. Se oyó el golpe de la puerta enrejada y luego voces cada vez más fuertes hasta que Inge entró en el salón seguida de Fritz Esser. Éste dijo un chiste y los dos se echaron a reír.

—General Horner, ¿qué haces aquí? —inquirió Inge con la voz teatral que a veces adoptaba cuando había bebido un poco. Iba vestida de gala, igual que Esser.

—Alex pasó a tomar una copa, querida —dijo Pauli—. Creí que ibas a cenar y a bailar.

—Hemos ido —contestó Inge—, pero un pesado le trajo un recado a Fritz —añadió mirándose en el espejo y retocándose el pelo. Tenía cuarenta y siete años y ya había empezado a teñirse las canas. Habían ido a ver *Romanze in Moll*, que a Inge le había encantado, identificándose con la desgraciada protagonista, la esposa infiel de un funcionario; pero su amante, un músico genial que componía una “romanza”, difícilmente podía compararse con Fritz Esser. A Inge le fastidiaba haberse perdido el suicidio de la protagonista, a pesar de que era la tercera vez que veía la película. Sonrió entristecida ante el espejo.

—En el cine interrumpieron la película y proyectaron un aviso indicándome que me pusiera en contacto con el director —dijo Fritz después de saludar a Horner.

—¿De qué se trata? —inquirió Pauli.

Fritz Esser miró al general Horner, a Pauli y de nuevo a Horner. Imaginaba lo que había llevado a Horner allí, pero hizo el paripé, ya que ellos no soltaban prenda.

—Un atentado contra el Führer. No lo han anunciado oficialmente. Ha sido un capitán del ejército con una bomba. Un oficial de estado mayor que había combatido en el frente: Cruz de Caballero y todo lo demás. Al pobre desgraciado le voló el brazo. En ese momento el Führer estaba dentro cagando. Cuando sonó el zambombazo debía de estar pensando en lo que había comido, ¿eh?

La dieta de ensaladas del Führer y sus flatulencias eran la comidilla en su círculo íntimo y Fritz lanzó una carcajada enseñando los dientes. Últimamente le habían practicado costosas intervenciones dentales por insistencia de Inge,

y ahora sus horribles, torcidas y desiguales piezas bucales estaban siendo sustituidas por otras nuevas y uniformes, muchas de ellas de oro.

—¿Cómo sabes todos esos detalles? —inquirió Pauli.

—Telefoneé a Bormann. Él es el único que sabe lo que hace en el Berghof. ¡Aquello es un circo! Esos bávaros serían incapaces de llevar dignamente un puesto de caramelos, pero se ve que al Führer le tiene sin cuidado que lo fastidien todo, y son los únicos que entienden su acento —dijo Fritz riéndose de nuevo—. Por favor, Pauli, dame de beber, que estaré toda la noche de danza. Tienen al pobre desgraciado bajo vigilancia, pero tengo que enviar a alguien allí a investigar para cubrir el expediente. ¿Crees que podría resolverlo el amigo Koch? —añadió consultando el reloj y sirviéndose él la copa—. Tengo que irme.

—Koch no es muy buen detective —dijo Pauli—. Y a veces molesta a la gente. No le mandes al Berghof. Le he asignado un escritorio y trabajo de papeleo. No le muevas de ahí.

—Ya encontraré a alguien —dijo Fritz apurando su gran vaso de schnapps.

—Yo tengo que salir con Alex —dijo Pauli.

—¿Adónde? —preguntó Inge, impertinente. La dejarían sola y no lo aguantaba. Por eso seguía con Pauli fingiendo que continuaban como marido y mujer.

—A un sitio —contestó Pauli.

—No hace falta que seas tan grosero —replicó Inge, dolida, con voz chillona.

—Bueno, bueno, bueno —dijo Fritz Esser, que muchas veces ponía paz entre los dos—. Pauli nunca nos pregunta adonde vamos, Inge, cariño. Déjale que viva su vida.

—Tendríamos que habernos divorciado hace años —dijo ella.

Alex Horner había cogido su gorra y aguardaba en el vestíbulo mirando un grabado de Viena —regalo de Inge a Pauli en un antiguo cumpleaños— con el rostro imperturbable, como si no oyese lo que decían.

—Déjate de divorcios —replicó Fritz Esser—. Al Führer no le gustan los divorcios; afectaría a la carrera de tu marido y quizá a la mía —añadió con una risita. A lo mejor se trataba de un chiste. Con Fritz nunca se sabía. Pero, desde luego, el reproche era en serio y no volvió a hablar del tema.

Inge miró a Pauli con una sonrisa excesivamente melosa.

—¿Así que Peter está en Berlín?

—¡Pero bueno! —farfulló Fritz Esser.

Alex Horner siguió mirando el grabado.

—¿Peter en Berlín? No —respondió Pauli. Pero nunca había sabido mentir y la sincera sorpresa de Fritz le delató.

—Os oí hablar —añadió Inge—. Subí a pie porque no soporto ese ascensor, y entré mientras Fritz aparcaba. Os he oído.

—Sí, está aquí —dijo Pauli con voz carente de emoción; la voz que solía poner en sus frecuentes peleas.

—¿Es ahí donde vas? —preguntó ella.

—Sí, voy a ver a mi hermano.

—¿Vas a decirle que Lottie ha muerto?

—No lo sé.

—Asesinada por bombas americanas; díselo bien claro —añadió cruelmente.

Pauli se la quedó mirando. Pobre Inge.

—¿Todavía le quieres? —inquirió.

—¿Quererle? ¡Le detesto!

—¿Como me detestas a mí?

—Sí, como a ti.

Fritz Esser apuró el schnapps de un trago, dejó el vaso en la mesa, cogió a Inge por el brazo y la zarandó con tal fuerza que le hizo castañetear los dientes.

—Bueno, escúchame bien, estúpida —dijo—. Esto son asuntos de Estado, no historias románticas de revistas de señoras. Mantén la boca cerrada —añadió zarandeándola con grosería—. ¡Cierra el pico! Si vuelves a pronunciar el nombre de Peter Winter te vas a acordar. ¿Entendido, zorra?

Fritz la soltó y ella retrocedió asustada, restregándose el brazo dolorido. Para sorpresa de Pauli, Inge sonreía... amargamente, pero sonreía.

—Fritz, cariño, eres tan explícito... —dijo.

—No le pasa nada, Pauli —añadió Fritz sin siquiera mirarle—. Márchate y haz lo que tengas que hacer. ¿Dónde está?

—¿Dónde está? —dijo Pauli dirigiéndose a Alex Horner.

Horner dudaba, pero finalmente dijo:

—En Wedding, en un bloque de apartamentos entre la iglesia de San José y la estación del metro.

—Tengo que saberlo para mantener apartados a los sabuesos —dijo Fritz Esser sin explicar cómo pensaba hacerlo.

—El oficial detenido... el del Berghof, ha visto a Peter —dijo Pauli.



—No te preocupes —contestó Fritz—. De ése ya se han encargado —añadió mirando al general Horner, pero éste seguía tan tieso como un palo en la clásica postura militar tensa y formal.

Pauli le miró también azorado. No cabía duda de lo que decía Fritz: se había hecho lo necesario para que el oficial muriese lo antes posible para evitar mayores complicaciones. Por supuesto que el general Horner lo entendía —no era tonto—, pero no expresaba emoción alguna.

—Acuéstate, Inge —dijo Fritz Esser—. ¿Me has oído? —añadió al ver que seguía en el salón jugueteando con los vasos vacíos como sin decidirse a recogerlos—. He dicho que te acuestes.

—Sí, Fritz. Buenas noches, general Horner. Buenas noches, Pauli.

Horner hizo una inclinación de cabeza.

—Buenas noches, Inge —contestó Pauli.

—Y mantén la boca cerrada —dijo Fritz antes de que le diese las buenas noches—. Vamos —añadió para los otros dos—. Tendréis coche, Alex...

—Sí.

—Que tengáis suerte —añadió Esser—. Va a ser una noche bastante larga.

## «¿Quién era el sueco?»

El Bodensee es un gran lago lúgubre que forma frontera entre el sudoeste de Alemania y los cantones suizos germanófonos. Sus aguas resultan con frecuencia peligrosas por las tormentas que se originan de improviso en los nevados Alpes que se alzan como una sierra en el horizonte sur. Friedrichshafen —una pequeña ciudad del lado alemán— está unida por un ferry con la ciudad suiza de Romanshorn. Aquella tarde de junio el viento se había vuelto de pronto más frío y el agua tenía ese curioso aspecto lechoso que los naturales del lugar consideran indicio de tormenta. El aire estaba lleno de pequeños insectos y los pájaros volaban bajo, rozando la superficie del agua, para cazarlos. La amenaza de lluvia había hecho que la gente permaneciese en sus casas. Pero en la orilla había dos hombres.

Paseaban bajo los árboles. El primero era un personaje bajito y regordete de unos cuarenta y cinco años. Un tipo de aspecto desaliñado con un buen traje oscuro como el de un abogado cualquiera. Su pelo rubio ya mostraba canas y movía las manos mientras hablaba. El otro era algo mayor, un hombre de rostro aguileño con gafas; vestía un traje raído, pero era alto y delgado y de porte más airoso, parecido a un actor o un bailarín. Al llegar al muro, dieron la vuelta y regresaron sobre sus pasos hacia el gran BMW negro con matrícula de Berlín, aparcado junto a la iglesia.

—El funcionario de inmigración de este lado se llama Schanz —dijo Pauli a su hermano—. Un tipo alto con bigote... de unos sesenta años. Trabajaba en la fábrica que tenía aquí papá. No es hostil. Dile que vas a Suiza por cuenta de la empresa. Si hay algún problema, yo intervendré, pero esperemos que no sea necesario y todo salga bien.

—No quiero causarte problemas —dijo Peter.

—Sé cuidarme —contestó Pauli.

—Sin ti no habría podido salir de Berlín.

—¿Quién era el sueco?

—Un marinero. Quería venderme latas de mantequilla y tocino.

—Desapareció muy discretamente —dijo Pauli.

—Por el mercado negro. Supongo que temería que le detuviesen.

—Habría dicho que su cara me resultaba conocida.

—A lo mejor te había vendido mantequilla y tocino.

—Sería eso —contestó Pauli sonriendo y mirando de nuevo hacia el lago. Estaban en la playa junto a la Schlosskirche, en el mismo sitio en que hacía tantos años su madre contemplaba los zepelines sentada en el magnífico automóvil italiano de su padre. ¿Dónde estaría aquel coche?, se preguntó Pauli. Tal vez en algún museo. En cierta ocasión, durante los combates en Berlín en 1919, lo había visto fugazmente pasar por el parque del zoológico lleno de soldados.

—Dices que estarás a salvo al otro lado... Si te surge algún problema, pregunta por un tal Becheler. Es un inspector de policía que siempre está cerca de las aduanas. Dile que me conoces. Es un redomado hijo de puta, pero está a sueldo.

—¿De la Gestapo?

—Sí. Nos ayuda de vez en cuando. Sus padres viven en Innsbruck y no hará nada en contra nuestra —dijo Pauli en tono siniestro.

Peter consultó su reloj de bolsillo, un modelo barato pero de perfecto funcionamiento, como habían asegurado en Londres.

—Ya falta poco para que zarpe el barco. Me gustaría que vinieses conmigo, Pauli.

—Hay que apechar con las consecuencias, Peter.

—Me gustaría que vinieses. Yo te ayudaría, pese a lo que hayas hecho.

¡Qué pena! ¿Cómo podía Peter instarle a que huyera de su patria para unirse a los enemigos de Alemania? Era mucho más lógico que su hermano se quedara allí bajo su protección. El mundo estaba al revés.

—No he hecho nada de lo que deba avergonzarme —dijo.

Peter miró a su hermano. Ojalá fuese capaz de hacerle comprender lo que les esperaba a las SS, a la Gestapo y a todos los paniaguados de Himmler.

—Nos odian, Pauli.

—¿Quiénes? ¿Los americanos?

—Todos. Ya nadie respeta a Alemania. Nos llaman de todo: kartoffel, hunos, boches... y nos desprecian.

—Ya veremos cuando ganemos la guerra —respondió Pauli, desafiante.

Aquel optimismo pueril de Pauli le irritaba. Habría querido sacarle de su error.

—La guerra está perdida, Pauli. Ya deberías saberlo.

—¿De verdad, Peter?

Pobre Pauli. Se le veía perdido. Peter siempre había dado por sentados el respeto, el cariño y la lealtad de su hermano, quizá sin darle demasiado a cambio. Tal vez nadie de la familia lo había hecho. De pronto se sintió protector respecto a su hermano de un modo que nunca había sentido. Pasó el brazo por los hombros de Pauli y le dijo afectuosamente:

—Dios sabe el destino que aguarda a Alemania. ¡Vente conmigo! ¿Qué te retiene aquí?

—Nada. He perdido a Inge, no tengo hijos, papá no me quiere en casa... pero no puedo irme contigo; soy demasiado mayor para adaptarme a otro país y a otra lengua. Mayor y necio. Me quedaré con mamá, que necesitará consuelo cuando muera papá. No llegará al invierno que viene; se lo dijo el médico a ella.

—Ya llega el barco. Ojalá hubiera podido verle... y a mamá. Quizá tú puedas decírselo a ella.

—Cuanto menos gente lo sepa, mejor, Peter.

—Imagino que tienes razón, pero es horrible pensar que nunca volveré a verle.

—Yo no quería discutir con padre, pero me acusó de cosas que no eran culpa mía. No era justo.

—Es viejo, Pauli, y los viejos se vuelven excéntricos.

—Yo he hecho lo que he podido.

—Estoy seguro, Pauli. Más vale que nos acerquemos al muelle.

Pauli se detuvo y, volviéndose hacia su hermano, dijo:

—Yo quería a Lottie. La quería de verdad.

—Claro, Pauli. Nadie te reprocha nada.

—No me entiendes: ¡la quería!

—Pauli, tenemos que irnos: está a punto de atracar el transbordador.

—Si se hubiera quedado en casa de Lisl no le habría pasado nada; pero estaba deprimida y el hijo de Lisl dijo que se la llevaba al cine. No salía nunca, pero ponían una película musical en color, y el pequeño Theo dijo que la animaría.

Peter cerró los ojos, tratando de no escuchar las palabras de Pauli. Era muy doloroso.

—Sí, me lo dijiste.

—Y llegaron los aviones americanos. Fue un bombardeo horroroso. Debieron de morir en el acto, porque dieron de lleno en el cine.

Peter abrió los ojos y miró a su hermano.

—Nadie te reprocha nada, Pauli. Es la guerra. Lo entiendo —dijo Peter, que había confinado la noticia de la muerte de Lottie a un recóndito lugar de su mente. Ya lloraría por ella en otro lugar y en otro momento.

—Yo no habría hecho nada, Peter. Tú lo sabes.

—Naturalmente, Pauli.

## «Hay una visita»

La casona en pleno centro de Nueva York se había convertido en una auténtica curiosidad, pues se hallaba rodeada de bloques de apartamentos y edificios comerciales. En un dormitorio del segundo piso estaba Cyrus Rensselaer acostado. Tenía noventa y tres años y se mantenía en un estado físico increíble para un hombre de su edad. Se levantaba casi todos los días y, ayudado un poco por un criado, se vestía y bajaba a comer valiéndose del recién instalado ascensor. Aunque llevaba ya dos semanas sin concederse ese placer; estaba en cama y hacía que le leyesen *The New York Times* y *The Wall Street Journal*. Sólo había comido unos huevos pasados por agua y un poco de caldo de pollo con una tostada. El médico pasaba a verle todos los días; al principio dijo que el paciente estaba bien, pero el martes Cyrus Rensselaer se puso muy débil.

Le gustaba que le trajesen el correo. A veces había carta de Glenn. No decía gran cosa, por supuesto, porque Glenn no había sido nunca una lumbrera para la correspondencia; y ahora que trabajaba para los servicios secretos en Inglaterra, sus cartas, además de breves, no explicaban nada. Había mencionado un par de veces que la familia podía sentirse orgullosa de Peter Winter, y en otra ocasión, muy reciente, que Peter estaba en Inglaterra sano y salvo. Pero como no les había comunicado que Peter estuviese fuera de Inglaterra, o en peligro, aquella carta tranquilizadora de poco servía.

El viernes por la mañana Cyrus Rensselaer recibió la clase de carta que le agradaba: una larga y abultada misiva de un viejo amigo que había hecho un viaje de negocios a Portugal. Aquella extensa carta, escrita con letra muy suelta en una docena de pliegos azules de papel de correo aéreo, le daba todo tipo de información sobre personas, lugares y empresas de Europa que Cyrus conocía. Allí figuraban las últimas andanzas de los empresarios de la competencia, y en los párrafos finales su amigo le decía: «... ahora nadie viaja a Berlín, pero he hablado con uno que me ha dicho que el funeral de Harald Winter fue un acontecimiento en esa desgraciada ciudad. Tu hija

Veronica se encontraba bien y me alegra decírtelo, aunque seguramente ya lo sabrás».

Cyrus dejó la carta. Así que había muerto Harald. Pronto acabaría la guerra y Veronica volvería a Estados Unidos. Sería una alegría. Cuando Veronica estuviese en casa volvería a levantarse. Recordaba perfectamente su voz de niña. Una niña traviesa, charlatana y cantarina. Sonrió al recordarlo. La casa no había vuelto a ser la misma desde que ella la dejó para ir a la universidad. Tendría tanto que contarle...

Encontraron a Cyrus Rensselaer muerto cuando le entraron el desayuno. Aún tenía las gafas puestas y la muerte le había sobrevenido de improviso. Las hojas azules de la carta estaban esparcidas por el suelo. Algunos de los que la leyeron pensaron que quizá le había matado la noticia del funeral de su yerno, pero los más avisados comentaron que había muerto feliz al saber que su antiguo enemigo Harald le había precedido.

La noticia de la muerte de Cyrus Rensselaer llegó a Londres más de prisa que la de la muerte de Harald Winter a Nueva York. Porque Cyrus Rensselaer era muy conocido en el mundo de los negocios. En Londres aparecieron esquelas en *The Times* y *The Financial Times*, y *The Economist* publicó un artículo titulado «Un mago de Wall Street». Glenn tardó mucho más en enterarse de que el anciano había dejado su fortuna a su esposa Dot. A Glenn le quedaba una simple asignación anual, y a Veronica, que, como decía el testamento, nunca había vuelto a su patria, nada de nada.

En Londres, aquel largo y angustioso verano de 1944, Glenn Rensselaer y Peter Winter estaban demasiado ocupados para dedicarse a pésames, duelos y deudos. El 6 de junio era el día D en que las fuerzas angloamericanas invadían Francia, y Alemania se encontraría con la funesta guerra de dos frentes prevista por los estrategas.

El coronel Rudolf von Kleindorf había sido de los primeros en enfrentarse al recién llegado enemigo. Tenía a su mando un batallón destinado a taponar la cabeza de playa en los primeros momentos de la batalla. La jornada siguiente al día D efectuó en persona un reconocimiento del terreno al sur de «playa Omaha», donde el progreso del desembarco americano había sido desastroso. Era fácil perderse en aquel sector de dunas herbosas y los alemanes se hallaban bajo el constante ataque de los cazas aliados que ametrallaban todo lo que se movía. En uno de aquellos ataques rasantes, el coche blindado de Von Kleindorf fue alcanzado por una ráfaga de ametralladora que lo sacó de la carretera y lo volcó. Pasó cuatro horas

escondido con el chófer en un cráter de bomba a la espera de poder regresar a sus líneas al amparo de la noche.

Pero en junio anochece tarde en Normandía y las avanzadillas de la infantería americana los capturaron y un cabo despojó a Von Kleindorf de medallas, el sello de oro con el blasón familiar y el reloj de pulsera y se los guardó en el bolsillo. Cuando Von Kleindorf protestó a voces por el robo de sus pertenencias, un soldado de infantería, natural de Chicago, llamado Weinberger, le insultó en fluido alemán coloquial de Berlín y le golpeó en la cara con la culata de su fusil, rompiéndole la mandíbula, la nariz, los pómulos, algunos dientes, amén de cortes y contusiones. El alemán quedó inconsciente en el arcén y el pelotón de infantería prosiguió el avance.

Los ejércitos aliados habían abierto brecha sin cesar en el «Muro Atlántico». La flota angloamericana no dejó que un solo navío alemán se acercase a la ingente flota de invasión que llenaba el canal de la Mancha, y el cielo era de sus fuerzas aéreas. Dos semanas más tarde, el 20 de junio, se iniciaba en el frente este la ofensiva de verano del ejército rojo. Los rusos cayeron sobre la agrupación de ejércitos del centro en donde estaba concentrado el grueso de las fuerzas alemanas y el frente cedió, quedando Polonia y el Reich a merced del avance ruso.

El 20 de julio los conspiradores militares trataron de nuevo de atentar contra Adolf Hitler, haciendo explotar otra bomba inglesa, procurada por la Abwehr, durante una conferencia en el «cubil del lobo» en Rastenburg. Este atentado resultó en parte algo más eficaz que los anteriores, pues Hitler sufrió heridas, pero sobrevivió y mantuvo el control del régimen.

Sin embargo, en esta ocasión, los conspiradores fallaron no sólo en el asesinato, sino en la toma del poder: las órdenes, proclamas y comunicados tan minuciosamente preparados no fueron distribuidos. En Berlín hacía un día caluroso y húmedo, y en los pasillos y despachos del ejército de reserva, en el Bendlerblock, los oficiales estuvieron discutiendo qué hacer a la espera de órdenes que no se cursaron. No hubo ningún intento de apoderarse de las emisoras, correos, teléfonos o telégrafos. Nadie detuvo a los ministros nazis, y el jefe de policía de Berlín, que formaba parte de la conspiración, aguardó en vano las órdenes para actuar.

Sólo después del regreso a Berlín del conde Von Stauffenberg —que había colocado la bomba junto a Hitler— se produjo un conato de golpe de Estado. Pero ya era demasiado tarde. En Berlín se había recibido la noticia de que Hitler estaba vivo y coleando; la conspiración se desmembró y en seguida el famoso sótano del edificio de la Gestapo en Prinz-Albrecht-Strasse se vio



atestado de oficiales de rango superior del ejército. Los interrogatorios a que se los sometió fueron expeditivos y despiadados. Los taquígrafos cubrieron rápidamente el expediente mientras los torturadores profesionales realizaban su trabajo.

Ninguno de los implicados tuvo algo parecido a un juicio ecuánime: se temía que dándoles ocasión de hablar en la vista incitasen a otros a oponerse al régimen. En el Volksgerichtshof —tribunal popular— no se juzgó a los acusados, se los ultrajó y se los pisoteó en una farsa de proceso a la que se prestaron los llamados abogados defensores. Los conspiradores fueron torturados, sentenciados y ejecutados con métodos tan bárbaros como la estrangulación diferida. Se colgó a generales y mariscales de unos ganchos de carnicería, con cuerdas de piano, filmando su agonía para que Adolf Hitler tuviese la satisfacción de verlos morir varias veces. Y no sólo se hizo sufrir a los culpables, sino que se ejecutó por millares a sus parientes y amigos o se los envió a campos de concentración. Muchas personas murieron por el simple hecho de llevar un apellido igual al de algún acusado.

Al general Alex Horner su destino al frente de un cuerpo de ejército en Francia le llevó lejos de Berlín en la fecha del fallido *putsch*. Cuando llegó la noticia, Horner intentaba desesperadamente contener la brecha del general Bradley en el frente de Saint Lo y frenar la embestida a través de la misma del III ejército del general Patton. No se le quitaba de la cabeza el riesgo de que en los interrogatorios que se sucedían en Berlín alguno de sus compañeros revelara su nombre y, aun sabiendo que su superior, el mariscal Von Kluge, estaba entre los sospechosos, Alex Horner centró toda su atención en la batalla. No obstante, cada noche encontraba unos minutos para escribir una carta a su esposa Chrsi, dibujando siempre al final una caricatura de Christian, su hijito de seis años.

Aquella noche hacía calor; tanto, que le llegaba el olor de los cerezos del huerto en que habían plantado la tienda, y a través de la lona veía los resplandores del fuego de artillería americana.

El cañoneo parecía auténticos truenos y a veces se sucedían de tal modo las explosiones que no se distinguían una de otra.

Acababa de escribir la carta cuando entró en la tienda el joven Winkel.

—A sus órdenes, mi general.

—Sí, Winkel, ¿qué hay? —Aquel muchacho cada vez se parecía más a su padre. Demasiada cerveza; eso era lo malo. Bueno, era igual: habían terminado para siempre los días de cerveza y rosas.

—Tiene visita.

—¿Quién?

—Un general, un Gruppenführer de las SS.

El mando de las SS entró apartando a Winkel.

—¿El general Horner? —dijo bruscamente con gesto sorprendido, pero a Alex Horner no le extrañó: no era muy corriente ver generales de cuarenta y cinco años como él, ni siquiera en la era del nacionalsocialismo.

—Sí.

—¡Heil Hitler! —dijo el oficial, saludando con el brazo extendido como era obligatorio desde el atentado contra Hitler para el ejército y las SS.

—Buenas noches —contestó Horner sin levantarse, pasando la lengua por el pegamento del sobre—. Dígame.

—General, he venido a reforzar mañana, con mi división su flanco izquierdo.

Horner era su superior por grado y por ser comandante del cuerpo de ejército, pero el recién llegado le trataba simplemente de «general». Era el estilo de las SS; lo hacían entre ellos y también con el ejército. Tendría unos sesenta años; iba bien afeitado y en su rostro curtido destacaba una nariz huesuda que los años habían redondeado. Hablaba con el deje pastoso y cansino de Baviera. Se tocaba con una gorra muy gastada estilo «Afrika Korps» en ángulo exagerado y vestía la guerrera de camuflaje exclusiva de las Waffen-SS con las insignias de las SS y sus galones rudimentariamente prendidos en el cuello. Llevaba una pistola en el cinto y botas altas con cordones, antirreglamentarias. A pesar de su edad, tenía aspecto de soldado bandolero. Horner le miró sin dejarse impresionar; a algunos SS les gustaba parecer veteranos de infantería, pero eso no quería decir nada. Los generales ganan batallas con el cerebro, y una pistola en el cinto siempre estorba cuando se inclina uno sobre la mesa de cartografía.

—Sí, le esperaba hace dos días —dijo.

—Hubo problemas imprevistos de transporte.

—Tómese una copa —dijo Horner.

—¿Es coñac francés?

—Winkel, trae dos vasos —ordenó Horner. Sabía que su chófer estaría cogiendo cerezas como excusa para escuchar, pero no se iría de la lengua y Horner se lo consentía—. ¿De dónde viene? —añadió dirigiéndose al recién llegado.

—Del norte de Italia; cerca de Milán. Estábamos en la reserva a ver si nos asignaban destino. Nos dieron una buena en el frente oriental y estamos muy diezmados.

—¿Granaderos Panzers?

—Sobre el papel. —Winkel entró con los vasos y los dos generales se miraron mientras bebían. El de las SS tenía unos ojillos escurridizos, Horner no sabía si de astucia o de vileza. ¿O es que tenía excesivos prejuicios contra aquellos militares políticos? No le entusiasmaba la perspectiva de tener en su cuerpo de ejército una división de las Waffen-SS, pese a su innegable capacidad combativa. Las unidades de las Waffen-SS tenían el molesto hábito de no cumplir las órdenes cuando no les convenía, ocupando ciudades en las que no se les había dicho de entrar y eludiendo ocupar las que se les mandaba atacar. El Gruppenführer de las SS dio otro sorbo al coñac y se limpió los labios con el reverso de la mano—. Muy buen coñac. Nos arreglaremos, general —añadió—. Mis hombres saben luchar.

—No crea que es tan fácil aquí —dijo Horner—. Los americanos son jóvenes y carecen de experiencia, y a veces son idiotas y siguen cometiendo todo tipo de errores, pero tienen la energía y la audacia de la juventud y aprenden rápido. Y lo que es más importante, tienen abastecimiento de sobra en todo. Esto es muy distinto del frente oriental, pero no crea que es fácil.

—Mis hombres le mantendrán la posición. —El de las SS se sirvió coñac sin pedirlo y Horner pensó en cómo sus tropas iban a «mantenerle» la posición. Era corriente el comentario de que los oficiales prusianos eran excesivamente fríos y distantes, pero comparados con aquel individuo, a Horner le resultaba difícil contradecir la teoría paterna de que todo bávaro era idiota, hostil y con cara de cerdo.

—Estoy seguro de ello —dijo.

—Nos llaman la «brigada de fusilamiento». Vamos de un frente a otro cuando el ejército necesita ayuda. Y luchamos hasta el último cartucho.

—Una cosa debe quedar clara, herr Gruppenführer —dijo fríamente Horner—. No quiero ninguna ejecución de prisioneros. En mi sector del frente no tolero barbaridades.

—Son cosas que pasan —replicó el Gruppenführer de las SS—. Mis hombres combaten por la victoria.

—Si suceden en mi frente ordenaré un consejo de guerra.

—De acuerdo. No se fusila a los prisioneros.

—Espero que lo entienda, herr Gruppenführer. Consejo de guerra para cualquier oficial que desobedezca mis órdenes. Sea cual sea su grado.

—¿No me recuerda, general Horner?

La vida de Horner era una plétora de rostros, miradas rápidas de militares de toda graduación, talla y figura, pero nunca había tenido a su mando una

división de las SS.

—No, herr Gruppenführer —respondió mirándole de hito en hito.

—Mi apellido es Brand: general Heinrich Brand. ¡Heini el loco! Le enseñé la guerra de trincheras cuando era usted casi un niño.

Claro, era Brand. Había cambiado mucho, pero tenía que haber reconocido aquellos ojos de loco, en constante movimiento. Qué mala suerte que aquel insolente cerdo viniese a parar allí después de tantos años.

—Más vale que vaya tomando posiciones inmediatamente —dijo Horner.

—Aún están llegando mis hombres.

—Tiene que aprovechar la cobertura de la noche. En este sector la actividad aérea del enemigo es muy fuerte en cuanto hay algo de visibilidad. Llegan en oleadas, un escuadrón tras otro... a veces con aviones que lanzan cohetes, y atacan a todo lo que se mueve. Y así todo el día.

—¿Y dónde está la maldita Luftwaffe?

—También sufren imprevisibles problemas de transporte —respondió Horner—. Los derriban en cuanto se acercan.

—Mi artillería antiaérea...

—No se moleste en repeler los ataques aéreos... déjelo para después —dijo Horner, sarcástico—. Sitúese en posición antes de que amanezca. Vienen como moscas porque estamos excesivamente desplegados. Tengo un oficial con las instrucciones pertinentes que le acompañará. Siga sus indicaciones. Y muévame a la tropa.

—No necesito ayuda —replicó Brand.

—No le he preguntado si necesita ayuda —dijo Horner—. Le he dicho que le asigno un oficial para que le acompañe. Espero que al amanecer esté reforzando la primera línea.

—No es mucho tiempo —protestó Brand.

—Es el procedimiento habitual en el ejército —apostilló Horner para azuzarle aún más.

—¿Dónde está el oficial?

—¡Winkel! —gritó Horner—. Lleva al general al puesto de mando. Envíeme un gastador cuando esté en las posiciones y acuda a la reunión de estado mayor a las siete y media —añadió dirigiéndose a Brand.

—Sí, mi general —contestó Brand enseñando los dientes con una sonrisa feroz.

## «Un padre muy orgulloso»

Veronica Winter contemplaba el cuarto que había sido despacho de Harald desde que se habían mudado a aquella casa. Apenas había cambiado desde su disposición original, poco después de su matrimonio. Todo estaba igual: la librería de Harry, las magníficas alfombras, ya algo gastadas, y el estupendo escritorio taraceado en el que Pauli estaba sentado. Llevaba allí sentado casi media hora, tratando de hacer acopio de valor o de voluntad —no sabía exactamente— para abrir los cajones y sacar los papeles de su padre.

Pauli habría dado cualquier cosa porque fuese otro quien lo hiciese. Su madre se había negado. Imaginaba que por temor a encontrar cartas de amor u otros documentos comprometedores relativos a las consabidas aventuras de su marido. Veronica se había tomado estoicamente la muerte de Harald. Ella le había amado con la ternura y la fidelidad que merece el cabeza de familia, como les habían enseñado a las de su generación, pero, aunque le había llorado, su fallecimiento marcaba el fin de su dependencia.

Pauli advirtió la nueva fortaleza de su madre, pero no sabía a qué atribuirlo. Daba por sentado que Veronica tenía que estar tan hundida como él por la muerte de Harald. Desde pequeño se había preguntado muchas veces cómo reaccionaría ante la muerte de su padre, y en cierta época había sido su peor pesadilla, pero siempre se había consolado con la idea de que cuando llegase el momento sería Peter el que tendría que enfrentarse a los hechos.

Tomó las llaves e introdujo la pequeña en la cerradura. Qué familiares le resultaban. Uno de sus primeros recuerdos era que su padre las llevaba en una cadena de oro que le cruzaba el chaleco. Ahora, llaves y cadena eran suyas, pero no le agradaba tenerlas.

Empezó a registrar metódicamente el escritorio: unos gemelos de ónice en una cajita con la etiqueta de un joyero de París; un abrecartas de mango de asta; una lupa Zeiss con unas gafas de reserva unidas por un grueso anillo de goma; una regla de cálculo de marfil gastada y descolorida por el uso; una pequeña agenda de piel de ternera del tamaño del bolsillo del chaleco, con la letra diminuta de papá; cartas en sus respectivos sobres con anotaciones a

lápiz por fuera; recibos de gastos de la casa, una copia de una carta a máquina a propósito de sus acciones en las empresas Winter y un extenso contrato de la sociedad firmado por todos los directores y timbrado con un sello rojo de lacre; postales de los viejos dirigibles, una de ellas con una nota y una enrevesada firma del anciano conde Zeppelin; una foto sepia de estudio de Veronica antes de casarse.

Pauli fue examinándolo todo, despacio, procurando no pensar en aquel padre que no volvería a ver, tratando de no detenerse a reflexionar en qué momento se había torcido la relación. ¿Qué habría realmente esperado de él Harald? ¿Qué expectativas alimenta un padre respecto a su hijo? Demasiadas, demasiadas. Si Harald hubiese aceptado el cariño y el respeto de Pauli tal cual era, dando gracias a Dios por un hijo fiel y sincero, habría sido un sueño. Sin embargo, para Pauli, la vida con Harald Winter había sido un largo examen implacable. Su relación había sido siempre una serie de pruebas, ideadas, dirigidas y juzgadas con todopoderosa imparcialidad por el propio Harald Winter.

En la parte posterior del escritorio había cuatro grandes archivadores forrados de cuero con distinto grado de desgaste. A primera vista le habían parecido libros mayores de contabilidad y por eso, Pauli, que no era muy experto en la materia, los había dejado para el final. Pero al abrir las gruesas tapas se llevó la mayor sorpresa de su vida. Eran libros de recuerdos con las páginas llenas de recortes de periódicos y de revistas. También había fotos y hasta un par de menús firmados y una tarjeta de cumpleaños que Pauli le había enviado cuando tenía nueve años.

Los cuatro archivadores guardaban prácticamente la historia de la vida de Pauli. Notas de Lichterfelde, cartas que había escrito desde las trincheras, recortes de prensa de la noticia de su licenciatura en leyes, fotos de periódicos de su vistosa boda. Había incluso pequeños recortes del periódico de las SS anunciando sus ascensos y su nombramiento honorario de oficial. Él no podía imaginarse que su padre hubiese visto un solo ejemplar de *Das Schwarze Korps*, y menos que hubiese guardado recortes. Pauli estaba estupefacto. Repasó los cuatro álbumes de cabo a rabo. Había algunos recortes y recuerdos de Peter, pero casi todo el material era a propósito de él. Y ni una sombra que enturbiaba su carrera. Aquello era algo que sólo un padre muy orgulloso colecciona.

**1945**

## «Es una obra de amor»

A mediados de enero de 1945 el ejército rojo lanzó la mayor ofensiva rusa de la guerra. Ciento ochenta divisiones se emplearon en aquel ataque que en dos semanas había aislado Prusia oriental del Reich dando a los rusos la región industrial de Silesia que abastecía la mayor parte del carbón y el acero que Alemania utilizaba en su esfuerzo bélico.

El puesto de mando de Adolf Hitler fue trasladado a la Cancillería del Reich y al bunker del sótano. El 19 de enero llegaron del Obersalzberg Martin Bormann y Eva Braun, la querida del Führer. En la tarde del 27 de enero se trazaron sobre los mapas dispuestos en las paredes de la nueva sala de operaciones de Berlín los puntos en que las unidades de punta de lanza del ejército de Zhukov habían cruzado el río Oder situándose a tan sólo 160 kilómetros de la capital. A fines de mes, Hitler hizo una de sus escasas excursiones y acudió a tomar el té en casa del doctor Josef Goebbels en Schwanenwerder, una isla en el río Havel. Temiéndose un envenenamiento, Hitler se llevó su propio termo con el té y un paquete de galletas.

Aquel mismo día, en Weissensee, en el otro extremo de Berlín, otro doctor ofrecía el té a sus colegas. Aquel día no había entierros en el gran cementerio judío de Berlín. El doctor Isaac Volkmann, antaño famoso dentista de la capital, celebraba su cumpleaños. Volkmann había trabajado varios años de enterrador y daba gracias a Dios por la suerte de haber sobrevivido. Aquel día se había procurado un puñado de té; no auténtico, claro, sino una mezcla de hojas de menta y otras yerbas que los alemanes se habían acostumbrado a tomar estoicamente.

Volkmann tenía que estar sobradamente agradecido. Cada noche volvía a casa con su mujer y su hijo, y el duro trabajo de cavar fosas y trabajar de bracero le resultaba más fácil que a otros. Volkmann siempre había sido fornido y musculoso y en la universidad ya destacaba en los deportes: hockey, remo y atletismo. Para los otros era más difícil. Estaba Benjamín, el rabino, con su hombro artrítico; el viejo Simon «el profesor», catedrático de física en Frankfurt del Oder, con una tos bronquítica que le dejaba sin respiración, y el



doctor Segismund Weiss, que tenía pavor a ir al hospital a que le diagnosticaran el dolor torácico, por temor a ser enviado a un campo de concentración.

Había otros tres hombres que eran los que más cavaban. Eran jóvenes, muchachos de clase obrera habituados a los trabajos pesados. El único discordante era el séptimo: el extraño Boris Somló, que era el más torpe de todos. Al doctor Volkmann le preocupaba Somló. Oficialmente se le conocía por «Fromm», pero el dentista había visto su verdadero apellido en un viejo carné de conducir austríaco que un día se le había caído del bolsillo; era un documento de antes del Anschluss y ya no servía, por lo que era una locura conservarlo. También conservaba unas fotos; de una mujer que se le parecía mucho. Debía de ser su madre.

El misterio de aquel huidizo Boris Somló radicaba en que una vez había dicho que su padre no era judío. Siendo *mestizo*, seguramente podría haber vivido trabajando en mejores condiciones, sin que le persiguieran, y no se comprendía que trabajase en el cementerio. Para él no era la opción entre la vida y la muerte como en el caso de los demás. El doctor Weiss decía que era un desastre y que Boris debía marcharse y dejar el puesto a un judío de verdad que estuviese en peligro, pero Boris alegaba que ya había estado en un tren de transporte y que no quería volver a arriesgarse. Nadie le creía, pero era la historia que contaba. Tren de transporte: nadie se escapaba de un tren de transporte y volvía para contarlo. Habían tardado en comprender cuál era el destino exacto de las familias judías que enviaban para «el reasentamiento en el este», pero que nunca escribían tarjetas ni cartas diciendo que habían llegado. Sin embargo, ahora sí se sabía: no regresaban jamás. Por eso no creían a Boris.

Isaac Volkmann era el único del cementerio que tenía amistad con Boris. Le daba pena, puesto que, aunque tenía más de cuarenta años, Boris era un torpe desgraciado incapaz de organizarse en cosas tan elementales como lavarse la ropa o afeitarse. Cuando no los oía, los otros decían que era un *shlemiel*.

El lamentable comportamiento de Boris no le habría hecho objeto de irrisión de no haber sido por aquel horrible deje vienés, tan nasal que a veces hacía sonreír a Isaac Volkmann, pese a su decisión de no complicar más la vida al pobre hombre.

Pero aquel día, con vasos de té caliente en las manos y la puerta cerrada para protegerse del horrible frío berlinés, todos estaban de buen humor. Volkmann los contemplaba. Eran todos buena gente, aunque ninguno de ellos

gozaba de lo que podría denominarse un adecuado cuidado dental. Estaban en el cobertizo, en la parte trasera del depósito, hablando aquella tarde del avance ruso, o, mejor dicho, de los rumores que circulaban sobre el avance, pues ninguno de ellos había oído en la radio alemana nada de que el ejército ruso hubiese cruzado el Oder. Quizá alguno hubiese oído la BBC, pero ni siquiera entre amigos de infortunio se lo confesaban.

¿Qué harían si llegaban los rusos a Berlín? Aún decían «si llegaban», pese a la proximidad del enemigo.

—Los rusos son unos bárbaros —dijo el doctor Weiss, que tenía un primo en el ejército—. Si entran en Berlín matarán a todo el mundo.

—A nosotros, no —replicó el profesor—, a los judíos no. —La revolución rusa debía su origen al intelecto y dinamismo de los judíos—. El ejército rojo no hace daño a los judíos.

—¿Y cómo van a saber que somos judíos? —adujo el doctor Weiss.

—No hay que tener miedo —dijo Benjamín, el rabino. Era el último rabino vivo en todo Berlín, y por lo que sabían, el último rabino de toda Alemania. Pero siempre mostraba ánimo.

Mientras hablaban, Boris se dirigió a las taquillas metálicas en donde guardaban la ropa de calle. Abrió la suya y sacó un paquete envuelto en papel de embalar. Le miraron en silencio mientras desataba parsimoniosamente el cordel y vieron que sacaba una especie de rebujo de tela color rojo. Lo agarró por un extremo y lo alzó para desplegarlo hasta el suelo.

Todos contuvieron la respiración estupefactos al verlo extendido: era una bandera roja con la hoz y el martillo.

—¿De dónde has sacado eso? —inquirió el doctor Weiss.

—La he hecho yo —respondió Boris.

Ahora nadie se reía de su deje. Weiss se inclinó y tocó el dobladillo de la bandera cual si fuera a explotar.

—¿Que la has hecho tú?

Ahora veían claramente que la bandera estaba formada por pequeños trozos de tela cosidos con admirable habilidad. La hoz y el martillo estaban hechas con tela amarillo rabioso que brillaba como el oro. Un trabajo de miles de pacientes puntadas. Una obra de amor, y así lo dijo respetuosamente el profesor.

—Cuando lleguen la pondremos en el mástil —dijo Boris.

—Es una obra de amor —repitió el profesor.

—Así nos distinguirán —dijo Boris.

—Guárdala inmediatamente —dijo Benjamín el rabino, que era por consenso la voz de la autoridad y del sentido común—. Buen trabajo, Boris. Ahora guárdala hasta que la necesitemos.

—Buen trabajo, Boris —dijeron los demás con un nuevo tono de respeto en la voz. ¿Quién iba a figurarse que un individuo tan melancólico como él iba a confeccionar en secreto aquella magnífica bandera y a traerla allí sin que se dieran cuenta?

Pero Isaac Volkmann sabía ahora que había motivos para el miedo exagerado del *mestizo* y su cambio de apellido. Se imaginó que Boris Somló había sido militante del partido comunista austríaco antes del Anschluss. Claro, eran lógicos sus temores.

## «No parece oro»

Para cualquier nazi supersticioso, como Fritz Esser, el viernes 13 de abril de 1945 fue, efectivamente, aciago. El ejército USA cruzaba la autopista de Berlín-Dessau, y de Bendlerstrasse llegó la orden de destruir las dos fábricas militares de explosivos, inminentemente amenazadas por el avance americano. Eran las dos últimas fábricas de pólvora del ejército y a partir de ese momento la artillería alemana quedaba sin munición.

Berlín era una maraña de edificios quemados y destruidos. La Cancillería estaba deshecha —Hitler estaba en el bunker—, y en el cercano hotel Adlon, Louis Adlon caminaba entre alfombras chamuscadas, espejos hechos añicos y paredes hundidas para ver qué podía salvarse de lo que antaño había sido uno de los más lujosos hoteles europeos. La Postdamer Platz estaba irreconocible, sin árboles y con sus edificios destripados. La famosa fachada de Messel de los grandes almacenes Wertheims había desaparecido; en la mayor parte de los ministerios habían comenzado a trasladar documentación y personal fuera de Berlín y la plantilla privada de Hitler se había marchado al Obersalzberg a preparar la llegada del dictador el 20 de abril, día en que cumplía cincuenta y seis años. Preparaban una de esas tartas que tanto gustaban a Adolf Hitler.

La mañana del viernes 13 de abril amaneció rojo sangre. Los escuadrones de la RAF que habían encendido los cielos con bengalas trazadoras y el suelo con bombas de fósforo se habían marchado. En la calle, Fritz Esser conducía con cuidado su Mercedes de seis ruedas evitando los montones de cascotes y derribos. Iba a recoger a Pauli Winter. Ya no se podía confiar en el transporte público a pesar de que el personal seguía haciendo esfuerzos sobrehumanos. El coche de Esser pasó ante un grupo de niños de entre catorce y dieciséis años que vagaban dispersos por Keith Strasse hacia sus casas, en el castigado Schöneberg. Había sido una noche horrorosa y comprobarían que sus casas habían desaparecido. Vestían uniformes ridículamente grandes y cascos con punta demasiado pesados para ellos. Eran escolares que recientemente habían sido destinados a servir los cañones antitanque del Tiergarten. Los últimos

cruzaban el puente Cornelius, bajo el cual discurría el cauce seco del canal Landwehr porque sus esclusas habían quedado destruidas por el bombardeo.

Fritz Esser frenó y dio la vuelta. Sentía un repentino impulso de dar algo a los niños; le daban pena. Ellos miraron el coche; era el mismo modelo que utilizaba el Führer en los tiempos en que se exhibía por la capital, y, comprendiendo que Esser debía de ser un alto cargo, le rodearon respetuosamente. Llevaba una caja de bombones destinada a Inge, y se la dio a los muchachos, que los devoraron. Algunos nunca habían visto bombones. Un delgaducho de quince años, que descubría su gusto por primera vez, se echó a reír como si alguien le hubiese gastado una broma, como, en cierto modo, el pequeño cabo austríaco les había gastado una broma a todos. Fritz también se echó a reír. Era mejor que llorar.

—Goebbels sigue en su despacho de Wilhelmstrasse bebiendo champán —dijo Fritz a Pauli, que le acompañaba en el coche, en aquel momento ante el edificio del Ministerio del Interior. Esperaban a que abriesen y llegase el personal—. Telefoneó al Führer para decirle que estaba escrito en las estrellas que a mediados de abril se produciría un cambio en nuestros destinos. Dice que la muerte de Roosevelt coincide con la muerte de la zarina durante la guerra de los Siete Años y que le traerá la victoria al Führer igual que se la trajo a Federico el Grande.

—Seguro que le ha caído bien —dijo Pauli. El portero salió del edificio y abrió el ministerio exactamente a las ocho y media, mientras un organillero comenzaba a tocar su instrumento con la esperanza de obtener algunas monedas del funcionariado ministerial.

—Ha mandado levantar el horóscopo del Führer del treinta de enero de mil novecientos treinta y tres y dice lo mismo.

—¿Es que Goebbels cree en esas historias del horóscopo? —preguntó Pauli.

—Goebbels tiene pavor a los rusos y hace lo que sea por convencerse de que no van a llegar —contestó Fritz.

—Pero Goebbels es un hombre con formación...

—Él se cree su propia propaganda —dijo Fritz. Era una nueva faceta del ministro de Ilustración Popular y Propaganda del Reich, pues Pauli siempre había pensado que el virulento antisemita Goebbels era un cínico como Fritz.

—No me había dado cuenta —dijo Pauli tosiendo. Iban fumando los dos y el interior del coche estaba lleno de humo azul.

—Están todos locos —añadió Fritz—. Por eso me largo.

—Creí que ibas al Obersalzberg con el Führer.

—No piensa ir. Tenía que habérmelo figurado antes. Se va a quedar en el maldito bunker hasta que los tanques rusos nos arrollen.

—Creí que había decidido celebrar allí su cumpleaños.

—Eso es lo que dijo, pero no va a ir. Debía haberme imaginado lo que pretendía cuando llegó Eva Braun en enero, porque él suele mantenerla encerrada en el Berghof.

—¿Quién es Eva Braun? —dijo Pauli.

—La querida del Führer.

—¿La querida? ¿Del Führer? ¿Estás seguro?

—Un secreto bien guardado, ¿no? Ha tenido a esa monada escondida en el Berghof unos doce años, pero muy pocos lo sabían.

—¿Tú dónde piensas ir?

—Al sur. Cuando los americanos conecten con los rusos ya no se podrá pasar.

—¿Pasar adonde?

—No sé... a Suiza o a Italia. Quiero documentación falsa. ¿Crees que Lothar Koch podrá facilitármela?

—Supongo que sí; lo ha hecho en otros casos y para él mismo. Ahora tiene unos papeles en los que figura que ha sido funcionario los últimos doce años y recepcionista de hotel anteriormente. Quién sabe, a lo mejor cuela. Ve a verle ahora. Desde que no funciona el metro duerme en su despacho.

—Pauli, quiero que vengas conmigo.

—No puedo, Fritz.

—Ya verás cuando veas lo que llevo —dijo Fritz sonriendo—. Mira en esos sacos. —Todo el asiento de atrás iba lleno de pequeños sacos mal atados con cuerdas. Pauli cogió uno y miró su contenido. Pesaba mucho pero parecían huevos revueltos; huevos revueltos sucios.

—¿Esto qué es?

—Oro.

—¿Oro? No parece oro —dijo Pauli.

—Dientes y otras cosas; monturas de gafas y objetos que el SD guardaba en el Reichsbank.

—¿Cómo lo has conseguido?

—El Reichsminister Funk ha ordenado que todo el oro, la plata y la moneda extranjera que se guardaba en el banco sea trasladado al sur.

—Pero ¿adonde?

—Lo están escondiendo todo en cuevas y minas de sal.

—¿Y esto?

—Esto no es del Reichsbank; esto es nuestro. Les entregué un recibo en papel timbrado de Seguridad. A ellos les da igual mientras tengan un recibo.

—¿Al SD? Fritz, cuando lo descubran se va a organizar un follón.

—No seas tonto, Pauli —replicó Esser encendiendo otro cigarrillo con la colilla del anterior antes de aplastarla en el cenicero con fuerza exagerada—. Todo ha terminado. Y eso es lo que necesitamos para vivir. Los marcos del Reich no valdrán nada en cuanto concluyan los combates.

—Pero lo has robado...

—¿Y quién lo necesita? Venga; nos lo repartiremos. Mira cómo pesa.

—¿Dientes? ¿Dientes de oro?

—De los presos muertos en los campos.

—¡Uf!

—No seas melindroso. Tú luchaste en la guerra, ¿no?

—¿Presos? ¿Gente muerta en los campos? Es horrible. ¿Y estaba guardado en el Reichsbank?

—Hay toneladas. Es lo que he podido conseguir. Vente conmigo, Pauli. Tengo gasolina de sobra.

—Tengo que quedarme, Fritz. Tengo que cuidar a mamá —contestó Pauli bajando el cristal de la ventanilla para que saliera el humo. Se oyó con más fuerza el sonido del organillo.

—No tendrás otra ocasión como ésta, Pauli. Los rusos matarán a todo el mundo.

—Mi madre es demasiado mayor para moverse de Berlín.

Fritz no le rebatió el razonamiento, porque no tenía la menor intención de llevar a la madre de Pauli a ningún sitio. ¡Qué demonio!, pesaría por lo menos cincuenta kilos y no era cosa de deshacerse de cincuenta kilos de oro...

Pauli cerró el saquito. Le resultaba inquietante ver aquellas piezas grotescas ahora que sabía lo que eran. Lo ató cuidadosamente y lo dejó.

—Te lo agradezco, Fritz, pero tengo que quedarme aquí con ella. Ahora que papá ha muerto no tiene a nadie.

—Necesito un arma, Pauli.

—Creí que tenías una.

—Me refiero a algo más eficaz: una ametralladora. —Intercambiaron una mirada—. La gente estaría dispuesta a matarme con tanto oro.

—¿Tú crees, Fritz?

—Aquí en la ciudad no... todavía no. Pero voy hacia el sur y allí se combate.

Comenzaba a llegar el personal al trabajo. Se paró un autobús y de él bajó un grupo de empleados. Era increíble cómo la gente seguía en su puesto a pesar del inminente colapso del país.

—Habla con Koch y dile que telefonee a la armería de Prinz-Albrecht-Strasse, él sabe con quién hay que hablar; dile que yo he dicho que te den lo que pidas.

—Sabía que me lo arreglarías, Pauli —dijo Esser agarrando el volante con ansias de marchar.

—Entonces, ¿es una despedida?

—Sí. Me marchó en cuanto tenga los papeles y un arma —respondió Fritz echando la ceniza en el pequeño cenicero. Era un gesto poco corriente en él, que solía dejar caer la ceniza donde fuese.

—Hemos vivido buenos tiempos, Fritz.

—Y viviremos muchos más, Pauli. Ya verás como todo sale bien. Te escribiré a casa de tus padres, ¿de acuerdo?

—¿Se va Inge contigo?

—Ella se marchó ayer en tren. Le conseguí una plaza y papeles. Me reúno con ella en Mittenwald este fin de semana.

—Dile de mi parte que tenga suerte —dijo Pauli abriendo la portezuela y apeándose—. Adiós, Fritz.

El organillo tocaba *Lilí Marlene*. Pauli tenía mucho trabajo. Quizá fuese más razonable obtener documentación falsa como Fritz, pero para Pauli el trabajo era antes que nada. Siempre había sido así.



## «La hora de ser valiente»

El 20 de abril, el cumpleaños de Hitler se celebró en Berlín y todos los capitanes nazis se reunieron con él en el bunker: Göring, Himmler, Von Ribbentrop, Bormann y Goebbels, así como los principales mandos militares. Pero aquella misma noche muchos de ellos abandonaban la ciudad. Göring en un largo convoy motorizado, llevándose al Obersalzberg una selección de las mejores obras de arte producto del pillaje, mientras que Himmler se dirigía al norte, a Lübeck, para parlamentar sobre condiciones de paz en el consulado sueco.

El espacio extra habilitado en el bunker del Führer estaba destinado a la familia de Goebbels para que pudiese trasladarse de su casa destruida del parque de Wilhelmstrasse. Dos días después, los rusos arrollaban las defensas del extrarradio y entraban en los suburbios de la capital. Las granadas de artillería comenzaban a caer en el centro de Berlín.

Los que trabajaban en el cementerio de Weissensee siguieron acudiendo, a pesar de la instalación en la cercana Berliner Allee de la artillería alemana que disparaba a campo abierto sobre Wartenberg, al norte de las vías de los trenes de mercancías. Los disparos caían sobre los huertos y la tierra dispersa formaba grandes nubes negras.

—Infantería —dijo el doctor Volkmann, a quienes los demás escuchaban con atención. En la primera guerra mundial le habían condecorado con la Cruz de Hierro de primera clase por sus acciones en el frente oeste—. Son granadas muy explosivas que se utilizan contra objetivos blandos: la infantería rusa.

—Pobres diablos —comentó el rabino Benjamin.

Los pobres diablos debieron de pedir apoyo por radio, pues apenas terminado el comentario, enormes bolas de fuego comenzaron a cruzar el cielo cayendo aproximadamente en las posiciones de la artillería alemana. Los misteriosos y raudos cohetes emitían un fuerte sonido agudo en su trayectoria.

—Fuego de contrabatería —dijo el doctor Volkmann—. Cohetes. Los llaman «órganos de Stalin». Mejor será que volvamos al depósito de

cadáveres. Deben de venir tanques detrás de la infantería. Uno de los cañones empieza a disparar descargas de proyectiles contrablindaje. ¿No lo oís?

—La infantería tiene que venir detrás de los tanques —dijo el profesor, que nunca se conformaba con quedar demasiado tiempo al margen de una conversación.

—No, no —replicó Volkmann—. Primero la infantería y luego los tanques. —No quería entrar en el tipo de discusión académica que complacía al profesor—. Me marchó.

Boris Somló había cogido el paquete con la bandera roja y en aquel momento desataba el cordel dispuesto a desplegarla. Los otros estaban a su lado.

El doctor Volkmann preguntó si alguno se iba con él.

—Tenemos que hacerles frente alguna vez, doctor Volkmann —dijo el rabino Benjamin.

—Mejor aquí, en campo abierto —añadió el doctor Weiss—. A lo mejor nos dan algún tipo de credencial para protegemos. Mañana todo el mundo estará suplicando clemencia. —Miró a Boris, que mostraba un gesto duro y resuelto, como nunca le habían visto.

—Yo me vuelvo —dijo Volkmann—. ¿Quién me acompaña?

Nadie contestaba.

—Es la hora de ser valiente —dijo el rabino Benjamin.

En el momento en que lo decía, Boris avanzó con la bandera al hombro, como una manta. Los demás le siguieron hacia las vías del tren, Boris había juzgado que el terraplén del ferrocarril era un buen sitio para esperar a los soldados rusos. Tendrían tiempo de sobra de ver la bandera si la extendían sobre el terraplén. Por tácito consenso, Boris se había convertido en líder.

El doctor Volkmann emprendió el camino de regreso a su casa. No quería esperar a los soldados soviéticos. Quería estar con su mujer y su hijo.

Volkmann apretó el paso por la Berliner Allee con la esperanza de que algún coche le llevase hasta el centro, pero el único tráfico que se cruzó era militar: camiones cargados de tropas de infantería, cañones del diez arrastrados por semiorugas y cinco tanques que, desde Friedrichs Hain, que había sido transformado en parque móvil del ejército, avanzaban por Virchow Strasse. Las llantas oruga estaban destrozando la calzada, pero eso ya daba igual, pensó. Ya nada importaba. Al llegar al hospital Horst Wessel, en Landsberg Allee, vio unos ahorcados en las farolas. Los cadáveres se mecían por efecto del viento y tenían puesto un letrero, apresuradamente confeccionado, que decía: *Me lo he merecido por desertor*. Había oído que

había «tribunales volantes» que efectuaban en la calle ejecuciones sumarias, pero aquélla era la primera prueba de su existencia. Se estremeció y apretó el paso, esquivando cerca de Alexanderplatz un autobús que había caído en un tramo descubierto del metro. Las patrullas Teno de ingenieros especiales con maquinaria al efecto habían montado un aparejo de levantamiento y ayudaban a liberar a los pasajeros atrapados en los restos retorcidos.

En el lado oeste de la ancha confluencia habían sacado dos tranvías de los rieles para hacer una barricada. Los de las Juventudes Hitlerianas y hombres mayores con viejas guerreras del ejército imperial, gorras del Afrika Korps y brazaletes de las fuerzas populares llenaban los vehículos con escombros y trozos de pavimento. En medio de la calle había tres caballos muertos y restos de un carro del ejército esparcidos junto a un profundo cráter en que había hecho impacto el proyectil perdido del ejército rojo.

Cuando el doctor Volkmann alcanzaba la otra esquina, se oyeron descargas de fusilería. Una furiosa sucesión de seis disparos, pero tan próxima que Volkmann se paró en seco, temiendo encontrarse con una línea de tiro. Los rusos no podían haber llegado tan pronto allí, aunque se rumoreaba que por la noche habían lanzado tropas en paracaídas.

Volvió la cabeza a tiempo para ver a seis soldados rebasar torpemente un montón de escombros para salir de unas casas en ruinas y volver a la calle. Eran tipos muy mal encarados, con uniformes sucios y polvorientos y botas deslustradas y desgastadas.

—¡Eh, tú! —gritó uno de ellos.

Volkmann se dio la vuelta.

—¡Alto!

Dos de ellos habían levantado el fusil y le apuntaban con la mayor naturalidad del mundo. Una rutina para la que estaban entrenados.

Volkmann levantó las manos por encima de la cabeza y aguardó. Conforme se aproximaban vio que los uniformes eran verdes y llevaban insignias de policía en la manga, pero no eran policías corrientes, sino de uno de los «regimientos de policía» especiales formados para ser destinados a los países ocupados del este. Eran hombres de aspecto fiero, sabedores de la horrenda fama que se habían ganado en las zonas en que se los destinaba a proteger las líneas de comunicación.

Uno de ellos —un suboficial con galones de sargento— empujó a Volkmann con el cañón del fusil a la vez que deliberadamente le apartaba la solapa de la chaqueta para descubrir la gran estrella de David de tela amarilla que todos los judíos estaban obligados a llevar por la calle.

—¿Adónde vas, judío? —inquirió altanero con su acento cantarín del Ruhr.

—A casa, mayor.

Los demás hicieron gestos de chirigota conteniendo la risa.

Volkmann sabía que no era un mayor —ni siquiera era oficial—, pero le pareció conveniente adularle. Los judíos supervivientes habían aprendido a adular a todos los que los interpelaban y los alemanes esperaban esa clase de servilismo.

—¿Hasta Palestina? —dijo el sargento, para el regocijo de los demás.

Volkmann sonrió para hacer ver que era un buen chiste, y dijo:

—A Neuer Westen, señor mayor.

—¡New West End! —exclamó el sargento, mordiéndose el labio, fingiendo burlescamente admiración ante la mención de tan elegante barrio—. Ya han vuelto los judíos a New West End. Se habrán creído que hemos perdido la guerra... A los judíos no les está permitido andar por la calle —añadió dirigiéndose a Volkmann.

Conforme le fueron rodeando los soldados, Volkmann se dio cuenta de lo altos que eran y se asustó, que es lo que ellos buscaban.

—Trabajo en el cementerio de Weissensee —dijo Volkmann—. Tengo mis papeles.

—Pégale un tiro a ese hijo de puta y así mañana irá a trabajar en ataúd —dijo uno de los soldados riendo su propio chiste.

Volkmann los miró. Ahora ya sabía perfectamente lo que había sido aquella descarga: eran un «tribunal volante» que ejecutaba a rezagados, desertores o a los desgraciados que no los convencían con sus credenciales.

El continuo tronar de los bombardeos distantes quedó de pronto ensordecido por el estruendo más próximo y agudo de la artillería de campaña. Los soldados dirigieron la vista al otro lado de la Alexanderplatz. Los de la barricada se habían encogido al oírlo. El sargento soltó una carcajada al verlos tan amedrentados y lanzó un escupitajo; al limpiarse los labios, Volkmann vio tatuada la palabra «Madre» en el reverso de la mano. El sargento sacó un cuadernito, lo abrió por una página doblada y comenzó a recitar la letanía:

—En el nombre del Führer y del Reich...

—¡Dios mío! —exclamó Volkmann.

—Es mejor que esperes a que venga el oficial —dijo uno de ellos al sargento.

El oficial surgió detrás de un resto de muro en el que se había ocultado — más que recatadamente, dadas las circunstancias— a orinar. Llevaba el cinturón con la pistola colgado al hombro y el abrigo abierto, abrochándose la bragueta. Era un tipo alto de rostro redondo, ojos pequeños y fina nariz puntiaguda. No llevaba el mismo uniforme que los otros, sino el normal gris de combate del ejército con galones de capitán de artillería. Se abrochó el abrigo hasta las solapas, un privilegio exclusivo de generales, mariscales y héroes en posesión de la más codiciada medalla alemana al valor.

—Un judío —dijo el sargento—. No lleva los papeles en regla. ¿Le fusilo?

El tono de voz denotaba el poco respeto de aquellos hombres del regimiento de policía militar hacia el ejército regular. El sargento debía hallarse muy resentido porque le hubiesen asignado patrulla a las órdenes de un simple oficial de artillería, a pesar de que luciese la «corbata de hojalata» —Cruz de Caballero con hojas de roble— y demás chatarra.

—Sí tengo papeles —protestó Volkmann con un hilo de voz, aunque sabía que lo más probable era que el oficial creyese la versión de su subordinado.

Pasaron unos grandes camiones arrastrando pesadamente piezas de artillería. En las cajas, los artilleros tenían cara de cansados, pálidos y recelosos.

—¿Cómo te llamas? —inquirió el oficial.

Volkmann se tranquilizó un poco al oír el acento berlinés. Berlín era una ciudad cosmopolita que nunca había sido tan hostil a los judíos como otras regiones de Alemania.

—Volkmann. Isaak Volkmann. Trabajo en el cementerio. Tengo los papeles en regla, capitán...

Y estuvo a punto de añadir que era exoficial y que estaba en posesión de la Cruz de Hierro, pero incluso en aquellas precarias circunstancias, tan próximas a la muerte, su orgullo le impedía alegarlo. Además, probablemente aquella reivindicación no habría impresionado a aquel tipo. Quizá fuese mejor demostrar a aquella chusma que un oficial judío sabía morir sin merma de su dignidad y su prestancia.

—¿Trabaja en el cementerio? —dijo el capitán de artillería mirándole con desdén como si no le creyera—. ¿En el cementerio?

—Sí, capitán.

—Usted es el doctor Volkmann, dentista —dijo, acusador.

—Sí, lo era.

—Usted me arregló la boca cuando yo era niño. Me llevó mi padre a su consulta en la Ku'damm. Soy Mauser; Rolf Mauser. ¿Se acuerda?

—Es posible —contestó Volkmann.

—Rolf Mauser. Me fotografió usted los dientes. Y dijo que el cliché le serviría para una conferencia.

—En aquella época daba muchas conferencias —dijo Volkmann.

—Era un tratamiento especial de las raíces. No nos pasó factura —añadió el oficial.

—Tal vez le mandaron del colegio —dijo Volkmann. La artillería volvía a disparar. Esta vez más próxima. Debía de ser motorizada; sólo las piezas autopropulsadas podían cambiar de posición tan rápido.

—Están en Lichtenberg —dijo uno de los soldados como confirmando su hipótesis—. Hacen tiro rasante... o sea que tiran contra los tanques de los ruskis... a ojo.

—Váyase a casa —dijo el oficial—. Factura cobrada. ¿De acuerdo?

—Gracias, capitán.

—Vaya a casa y no salga. Proteja a su mujer y a sus hijos, y que cuando llegue Iván, Dios nos proteja a todos.

Cuando Volkmann llegó a casa de los Hennig, el primer pelotón de infantería del ejército rojo alcanzaba el terraplén de las vías de Wissensee. Eran veteranos y algunos llevaban combatiendo desde Moscú. Hombres que habían soñado que llegara aquel día. No pensaban más que en las mujeres y la bebida que los esperaba en el camino hacia la gran metrópolis. Les habían prometido entera libertad para coger lo que quisieran de los «criminales alemanes». Sin restricción. Serían tres días de estupro, matanza, pillaje y borrachera; tres días que compensasen los ingentes sufrimientos de aquellos tres años sin permiso, a cambio de los camaradas caídos.

Pero los alemanes seguían oponiendo fuerte resistencia, y sería una lástima morir aquel día tan próximo al final; por eso la infantería roja no asumía riesgos y optaba por disparar contra todo lo que se movía. Por eso no dudaron en matar a aquel puñado de viejos de paisano agazapados tras el terraplén de las vías. Bastaba con una simple ráfaga, pero se aseguraron con un par de granadas de mano. Después, el pelotón cruzó las vías como un solo hombre. Una elevación del terreno como aquélla podía resultar peligrosa, porque hay un momento en que la silueta del soldado de infantería queda a contraluz, y había francotiradores y un MG 42 disparando desde los tejados

de las casas de Franz Josef Strasse. Sólo cayó un soldado ruso de aquel primer pelotón que cruzó las vías. La baja fue un suboficial veterano de cincuenta años, de Odesa: tuvo la mala suerte de enredarse los pies en un gran trozo de tela roja.

Cuando los sepultureros recogieron su cadáver unas tres semanas más tarde —cuando el temor a las fiebres tifoideas y al tifus obligó a las autoridades soviéticas a enterrar a los muertos— vieron que tenía los pies enredados en una bandera, una tosca bandera roja de confección casera. Los de la brigadilla no perdieron tiempo en preguntarse qué era aquello. El ejército rojo no fomentaba que la tropa reflexionase sobre cosas semejantes.

## «No era ni joven ni de mediana edad»

Una vez concluido el combate y sus espeluznantes secuelas, Berlín parecía un decorado de Hollywood. A primera vista había calles y casas, pero mirando con atención se veía que la mayoría de los edificios no eran más que cajas vacías abiertas al cielo: una inmensa colmena de huecos. En ciertos casos los muros de las casas habían desaparecido y se veían lavabos y bañeras colgando de las cañerías. En otras paredes habían pervivido cuadros e incluso espejos, y muchos pisos altos colgaban hasta la calle como largas lenguas extendidas cual último gesto grosero para los verdugos de la urbe.

Era primavera. Para muchos ciudadanos, la llegada del verano sería una ocasión para sobrevivir y prepararse para las crudas temperaturas que Berlín sufre en invierno; pero con el verano vendrían el sol y las moscas, y el hedor de la ciudad sería algo que los berlineses nunca olvidarían.

Ya olía mal. Olía a cadáveres insepultos, a polvo de ladrillos viejos y a madera quemada, y a ello se añadía la peste de las alcantarillas rotas y desbordadas. Pero los ejércitos conquistadores se habían acostumbrado a ello. El olor acre a excrementos, escombros y carne putrefacta era un olor conocido para los soldados: el olor de la guerra.

Para la mayoría de los soldados americanos, rusos e ingleses, Berlín era una de tantas ciudades alemanas: maloliente y muy castigada por los bombardeos, pero igual sucedía con otras ciudades en las que habían combatido. Lo único distinto eran los cambios que todo ejército invasor produce en las ciudades conquistadas: putas, mendigos y estraperlistas.

Pero no todos los militares que caminaban entre los espantosos montones de ruinas eran insensibles a la adversidad de aquella urbe. Sir Alan «Boy» Piper sentía profundamente la agonía de la ciudad. Era como ver a una guapa amiga que ha salvado la vida, totalmente desfigurada, en un trágico accidente. Se reconocen los rasgos, pero ¿dónde poner la vista? ¿Qué se dice?

Piper vestía uniforme de mayor del Cuerpo de Inteligencia. Su graduación real equivalente era general de brigada, pero sentía que llamaba demasiado la atención con aquel uniforme. De momento, las autoridades militares insistían



en que todos fuesen de uniforme y Piper, figura importante en el gobierno militar, no se veía capaz de eludir las ordenanzas. Había elegido el grado de mayor. Los coroneles atraían demasiado la atención, mientras que el grado de mayor le permitía tener acceso a clubs y despachos en los que a un capitán le habría resultado difícil.

Pero Piper estaba en un error si creía que aquel atuendo le iba a valer para pasar inadvertido. Aunque los soldados estaban acostumbrados a ver generales de brigada ancianos, un mayor de su edad hacía que la gente se volviese a mirarle. Ahora ya lo había advertido —aparte de que la policía militar le paraba con frecuencia a pedirle la documentación—, pero le tenía sin cuidado. Prefería ser un mayor. La gente habla con los mayores del ejército de un modo que no hace con los generales; y a Piper le gustaba hablar con la gente, y su alemán era excelente.

A la altura del hotel Kempinski dejó la Ku'damm y siguió aquella bocacalle hasta llegar al salón de té. Estaba hecho una lástima, pero ya habían empezado a reparar el techo y a arreglar el local. Además, funcionaba; según el cartel manuscrito, abría a las doce. Había sillas y mesas con manteles recién puestos y cada una con su vasito de primaveras a guisa de florero. En un rincón se veía un gran jarrón chino rajado, con una aspidistra. Incluso había un pianista. Piper le contempló en el momento en que iniciaba los compases de *Para Elisa*.

—¡Bravo! —exclamó Piper cuando el pianista concluyó el repertorio.

—Gracias, mayor —dijo Erich Hennig.

—Busco a frau Winter. La señora Veronica Winter. No está en su casa y tengo entendido que se encuentra aquí.

—En el segundo piso. ¿Es usted pariente suyo?

—Qué va —respondió Piper—. Un viejo amigo.

—Segundo piso, al final del pasillo. Mayor, tenga usted cuidado con la alfombra de la escalera, está suelta y es peligroso.

—Gracias —dijo Piper.

Subió la radiante escalera pensando que era un viejo loco comportándose como un joven atolondrado en su primera cita. Pero no podía evitar sentirse impaciente. Toda su vida había estado pensando en Veronica de un modo u otro; incluso se había impuesto ver a su hermano lo más posible porque se parecía mucho a ella en el físico y en los gestos. Por fin había llegado el momento y se preparaba para una fuerte impresión. Se preparaba para una fuerte impresión sin, en realidad, esperarla. «Espera lo mejor y prepárate para lo peor», había bordado su sobrina en una labor del colegio que luego le

regaló. Desde entonces la conservaba colgada en la pared de su despacho en Londres.

Cruzó el oscuro pasillo, llamó a la puerta y, tras una pausa, preguntó:

—¿Frau Winter?

Tardó mucho en abrir. ¿Qué esperaba aquella hermosa y animosa criatura que le había vuelto loco en 1910 y a la que nunca había olvidado?

No era joven ni de mediana edad la mujer que le abrió, sino una anciana de pelo blanco.

—¿Qué desea?

Vieja y frágil, pero indudablemente ella. Mantenía la puerta abierta. No era tan alta como la mujer que él recordaba, pero conservaba aquel rostro ancho y huesudo, el maxilar y la boca de los Rensselaer. Aún era bonita.

—Veronica. ¿No se acuerda de mí?

Tardó unos instantes en adaptarse a la conversación en inglés.

—¿Es usted amigo de mi hermano?... Perdóneme, estoy hecha un lío. Acabo de trasladarme aquí... y aún está todo...

—Veronica. Soy Alan Piper... Boy. ¿Se acuerda...?

—Claro, Boy —repitió ella frunciendo el entrecejo. Recordaba perfectamente la voz. Era una voz preciosa, baja, clara y suave. Sin gafas no le veía bien en la oscuridad del pasillo, pero al inclinarse para verle mejor su rostro se iluminó con aquella especie de sonrisa triste y reflexiva que tan bien recordaba él—. Pase... pase. Está en el ejército. Pase... Está todo revuelto; acabo de mudarme.

—Gracias; no voy a estar mucho. Sólo he venido a ver si estaba bien. Se lo prometí a su hermano.

—¿Cómo me ha encontrado? Esta casa es de los Hennig.

—Por las cartillas de racionamiento.

—Ah, claro —dijo ella cogiendo su gorra y señalándole el deshilachado sofá. La habitación estaba realmente revuelta. Había dos baúles abiertos en un cuartito lateral; de ellos había sacado sábanas y algunos objetos personales. Aparte de eso, la habitación estaba casi vacía. Además del sofá había tres sobrias sillas de madera y una mesa con una pata rota. Una foto de una boda bastante aparatosa ocupaba un lugar de honor en una mesita taraceada. Era una foto sin marco, porque había vendido el marco de plata para contribuir al gasto de los Hennig y demostrarles así su agradecimiento. Mirándola con mayor detenimiento se apreciaba que el novio era Pauli, en uniforme militar. La novia estaba radiante y había muchas caras sonrientes y una escolta de militares con el sable desenvainado.

—Y quería decirle que sus hijos están bien y a salvo —añadió.

—Bien y a salvo —repitió ella sentándose como aturdida—. Bien y a salvo. ¿Los dos?

—Peter está en el ejército americano. Con Glenn en la zona americana... en Munich o por allí. Seguro que le harán una visita en cuanto puedan.

—Peter, sí; me dijeron que estaba en el ejército.

—Es coronel. Le han destinado al Tribunal Militar Internacional.

—Qué aparatoso...

—Juzgan los crímenes de guerra en Nuremberg. Aún tardarán en empezar, pero durará mucho tiempo. Imagino que ya se irá enterando, a menos que decida repatriarse.

—¿A Estados Unidos?

—Sería fácil arreglarlo, Veronica. Si lo desea.

—Dice que los dos están bien...

—Pauli está preso en un campo cerca de Colonia. Al final, seguramente le conducirán a Inglaterra.

—¿A Inglaterra?

La pobre mujer estaba aturdida. Los acontecimientos podían con ella.

—¿Puedo encender el hornillo para calentar agua? He traído café.

—¿Café auténtico?

—Sí, claro.

—Es un hornillo a presión; no sabrá encenderlo.

—No se mueva, Veronica. Yo encendía esos hornillos cuando era explorador; y de eso hace mucho tiempo.

Veronica se echó a reír.

Era una risa dulce y juvenil.

—Sí, debe de hacer mucho tiempo.

Le observó mientras preparaba el café. Le concedía un momento para sobreponerse. Era todo tan inesperado. ¿Por qué no habría escrito? Se habría vestido con algo mejor y le habría pedido a Lisl que la peinase. Se oyó de pronto un silbido y el hornillo se puso en funcionamiento. Qué mañoso y metódico.

—El abridor está en el cajón.

—Siga sentada, Veronica. Ya lo cojo yo.

—¿Está usted en el ejército? —inquirió.

—¿No parezco un militar?

—Claro que sí —contestó ella, aunque no se lo parecía. Tenía aspecto de viejo actor de sesión de tarde muy en su papel.

Piper acercó la cafetera y un jarrito de leche.

—Hábleme de Pauli.

Él la miró. Mejor era decir la verdad; no era la clase de mujer que se niega a enfrentarse a la realidad.

—Le están sometiendo a interrogatorio... Oh, no se asuste, Veronica. No recibe malos tratos. Le hacen preguntas.

—¿Sobre qué?

—Pauli era un alto funcionario de la Gestapo y tomaba decisiones importantes en el Ministerio del Interior.

—Él no es un criminal —replicó ella en voz baja—. Un simple funcionario; un burócrata.

—Son organizaciones del partido nazi, Veronica. Es un procedimiento rutinario, pero tienen que interrogarle.

—Usted sabe muchas cosas de él.

—Fisgué un poco y me dejaron ver el expediente. Uno de mis hombres, un joven llamado Brian Samson, que en esa horrible jerga moderna es lo que llaman «un especialista en desnazificación».

—Samson. Me suena ese apellido. ¿Le conozco?

—Es posible. Trabajó en una fábrica de Harald.

Ella le miró algo sorprendida: ahora ya podía creer cualquier cosa.

—Ah, sí, un inglés. Le vi una o dos veces. ¿Era un hombre de ustedes?

—Sí.

—Harald siempre dijo que usted era un espía. Yo me reía. Nos peleamos por eso.

—Lo siento.

—¿Ser espía?

—Que se pelease.

—No tiene importancia —dijo ella cogiendo el café y oliéndolo, para después probarlo con verdadera fruición. Hacía mucho tiempo que no tomaba café de verdad—. ¿Tiene usted hijos? —inquirió.

—No. No me he casado. Siempre he estado con mucho trabajo. Las novias no me aguantaban.

—Seguro que no es cierto.

Buscó algo que decir. Algo que le permitiese desembocar sin brusquedad en la confesión de que nunca había conocido a ninguna que pudiera comparársele, pero fue incapaz de decírselo. Sólo iba a estar dos días en Berlín, y se había jurado decirle que no había ninguna mujer en su vida. La

contempló deleitándose en su figura. Ya se había tomado el café y él ni siquiera había probado el suyo. Sonrió y le sirvió más.

—¡Qué bueno este café! —dijo ella.

—¿Usted no ha vuelto a casarse? —dijo él.

—¿Yo? No. —Optó por echar leche condensada—. ¿Quiere leche?

—Sí, gracias.

—¿Más? —inquirió ella sirviéndole un poco.

—No; está bien, gracias.

—Me gusta volver a hablar inglés —dijo ella sirviéndose leche y llevándose a continuación la mano al pelo—. Debo de estar horrorosa. Hay tanto polvo y está todo tan revuelto...

—Está maravillosa, Veronica.

—Me gustaría poder ofrecerle algo...

—Yo le enviaré alguna cosa. Tengo suministros de sobra. ¿Fuma?

—No.

—De todos modos le dejaré unos cigarrillos. Dicen que con cigarrillos se consigue lo que sea.

—Sí, eso es cierto —dijo ella con un suspiro—. Ya no hay disciplina, fe, dignidad ni decoro. La Alemania que conocí ya no existe.

—¿Y no sería una ilusión, Veronica? Yo también quería a Alemania, pero ahora me pregunto si esa Alemania que yo tanto amaba realmente existía.

—¿Qué le sucederá?

—¿A Pauli? Es difícil saberlo. Se dice que van a declarar ilegal la organización de las SS, pero no sé cómo van a poder castigar a todos los que la formaban, ¿no le parece?

—Eso dijo Harald en cierta ocasión hablando de los judíos. Dijo que Hitler y sus nazis difícilmente podían castigarlos a todos, pero lo hicieron, ¿no es cierto?

—A casi todos, sí. Pero nosotros no somos Hitler.

—A Pauli le abandonó su mujer. Le dejó por un hombre con el que trabajaba, Fritz Esser, el viceministro. Y ahora me entero de que a Esser le imputan crímenes contra la humanidad —dijo cogiendo la taza de café y dando un sorbo—. Me preocupa Pauli. Es un muchacho estupendo; sin maldad.

—Estoy seguro de que no le harán nada.

—Cuando llegaron los rusos a la casa vieja estuvo conmigo encerrado en el ático. Tenía una pistola. Pero finalmente se fueron.

—Debe de haber sido terrible.

—Estuvieron violando y asesinando. Oíamos los gritos y los disparos. Era una pesadilla que duró días y noches, pero Pauli me acompañó constantemente. Luego, cuando llegaron las tropas inglesas, vinieron un oficial y un policía. Registraron la casa y se lo llevaron —dijo Veronica, visiblemente anonadada.

—Mejor nosotros que los rusos —dijo él.

—Eso dijo también Pauli. Luego, los ingleses volvieron y confiscaron la casa. Vieron que vivía yo sola y que no estaba muy deteriorada. Me dieron cuarenta y ocho horas para desalojarla; Tuve que venirme aquí a vivir con los Hennig.

—Berlín no es un buen lugar para vivir, Veronica. Va a ser muy difícil encontrar vivienda, y cuando llegue el invierno será peor.

—No me cabe la menor duda —dijo mirándole y sonriendo.

Se preguntaba si era el momento oportuno para decirle que la quería, que la adoraba, que quería casarse con ella, que era la única mujer de su vida. Pero no estaba seguro de que fuese el momento oportuno. Él era inglés; un inglés viejo con miedo a hacer el ridículo. Y decidió dejarlo para otro momento. No soportaba la idea de que se echase a reír. Quizá era mejor vivir sin ella que arriesgarse a que destruyese su ilusión.

—Mañana voy a Colonia a una conferencia —dijo. No debía abusar de su hospitalidad. Quizá había sido un error presentarse sin avisar. Se levantó—. Si sé noticias de su hijo se las comunicaré.

—Gracias. Se le olvida el paquete de café.

—Si quiere, quédese, por favor.

—Me ha encantado volver a verle, Boy. —No podía invitarle a comer; no tenía nada que ofrecerle ni dinero para comprarlo. Pensó en cuál sería el mejor sitio para vender el café. Con el dinero podría ofrecerle algo para picar la próxima vez que viniese.

—Estaremos en contacto —dijo él. La tenía muy cerca y se preguntó si debía besarla; pero podía ofenderse. Optó por darle la mano.

## «Todo el mundo es muy vengativo»

El coronel Peter Winter nunca pudo excusar a los americanos su forma ostentosa de gastar el dinero, ni las cosas y comodidades que con él se procuraban. Cuando fue a recoger a su hermano, el ejército puso a su disposición exclusiva un avión para desplazarse a Nuremberg. Además, no era un pequeño avión de comunicaciones, sino un gran Douglas DC3 de transporte.

Los meses que había pasado Pauli Winter en la cárcel le habían hecho adelgazar y había recuperado la forma —parecía el joven soldado que fue a combatir a la primera guerra mundial—, pero ya no era el mismo hombre despreocupado y animoso de antes. La reclusión no sentaba bien al carácter inquieto e indisciplinado de Pauli y se había vuelto triste y abatido; ni siquiera la presencia de Peter había restablecido su pacífico buen humor. Había elegido el asiento de la ventanilla y ahora miraba horrorizado discurrir la tierra a sus pies. Nada de lo que había leído u oído le había predispuesto a la realidad de aquella tierra arrasada y deshecha por la guerra que otrora fuese Alemania. La leve capa de nieve desvelaba todos los cráteres, todas las granjas sin techumbre, todos los campanarios truncados y los pueblos vacíos. Para Pauli era como si alguien hubiese cogido un bote de pintura blanca para marcar las heridas y decirle: «Alemanes, éste es vuestro castigo. ¡Arrepentíos!».

Los dos hermanos iban sentados juntos; uno al lado del otro. Detrás de ellos, Brian Samson con uniforme de capitán del ejército inglés. En Londres no se habían mostrado muy predispuestos a soltar a Pauli Winter, pero, finalmente, Peter había suavizado la situación sugiriendo que le acompañase Brian Samson. Samson no quería ir a Nuremberg, pero se lo habían ordenado. Le dijeron que era importante no crear un precedente, ya que los altos funcionarios del Ministerio del Interior eran capturas importantes. Los presos alemanes de tal categoría no serían entregados, mediante solicitud, a los americanos. Pauli no había sido entregado a los americanos, sino que seguía

bajo custodia personal del capitán Brian Samson, y en esa situación permanecería hasta nuevo aviso.

Pauli apartó de pronto la vista de la tierra y preguntó:

—¿Habría sido mejor quedarme en Londres y asumir la encuesta de desnazificación?

Peter estaba cansado. Tenía bolsas en los ojos y arrugas en la cara; igual que en el uniforme. La preocupación por Pauli, el dolor de la pérdida de Lottie y la intranquilidad por su hija y su madre le agobiaban de tal modo que a veces pensaba que no iba a poder soportarlo. En los últimos días había tenido que escuchar las interminables y ácidas recriminaciones contra Dot de Glenn Rensselaer por la manera en que la viuda se las había arreglado para ser la única beneficiaria de la fortuna de Cy Rensselaer. Ella había dicho claramente que no había hecho nada por cambiar la cruel decisión del anciano de excluir del testamento a Glenn y a Veronica. El dinero era para sus tres hijos. Pero Glenn, a quien nunca había atraído el dinero, estaba furioso y quería impugnar el testamento y que Peter le secundase. Peter estaba demasiado cansado para discutir. Sin embargo, el hecho de ir a recoger a Pauli le había servido para concentrarse. De momento, Pauli era el centro de sus angustias. Quería a su hermano y le había echado mucho de menos.

—No. Todo el mundo está muy vengativo de momento. Deja que pasen unos meses para que se apacigüen un poco; en vez de colgar a los acusados, irán dictando penas de prisión cada vez más cortas. Si puedes mantenerte en Nuremberg hasta que se constituya el tribunal internacional, ya verás como se van cansando de la desnazificación. Conozco a los americanos. Haz lo que yo te diga.

—¿Le dijiste tú a Fritz Esser que preguntase por mí?

—Mandé que alguien le recordase que estaba en su derecho de tener un abogado defensor que se aviniese a representarle, pero no necesitaba que le indicaran que tú eras una buena opción.

—¿Podía haber elegido a cualquiera?

—Incluso un alemán cumpliendo una sentencia habría sido puesto provisionalmente en libertad.

—¿Así que va a ser un juicio imparcial?

—¿Un juicio imparcial? ¿En Nuremberg? —exclamó Peter mirando a su hermano con una sonrisa torcida—. Sí, les harán un juicio imparcial y luego los colgarán.

—¿Lo dices en serio?



—Será una farsa —añadió Peter—. Los rusos forman parte del tribunal. ¡Los rusos! Fueron aliados de Hitler y Stalin le envió un telegrama de enhorabuena cuando Francia se rindió a sus Panzers. Los campos de concentración de Stalin se han cobrado más víctimas que los de Himmler. Y ellos serán los jueces.

—No obstante...

—Espera a estar allí y verás. Cada acusado tiene su propio abogado. No podrás hablar con Fritz Esser a solas porque estarás en una sala ruidosa con todos los acusados hablando con sus defensores, con un guardián a tu lado escuchando todo lo que dices. Y para estar seguros de que no se habla en susurros, ponen una luna blindada que te separa del preso.

—Eso no los favorece mucho...

—Y ya verás qué equipo fiscal. Hay centenares de abogados, centenares de investigadores, traductores y secretarias. Se gasta dinero sin freno; es el juicio que justifica la guerra, ¿comprendes? Los de la acusación viven en hoteles de lujo y dan cada noche fiestas de escándalo con champán francés y vituallas americanas. Cigarrillos por cartones. Ya lo creo, los abogados tendrán un juicio estupendo; algo digno de contar cuando regresen a Estados Unidos. Pero para los acusados será una farsa jurídica.

—No puede ser verdad —dijo Pauli.

—Pues lo es. Yo formo parte del personal de la acusación y lo sé —replicó Peter.

—¿Es que quieres deprimirme?

—Lo único que quiero es que no pienses que vas a llegar a Nuremberg y realizarás una brillante defensa con la que consigas la libertad de Esser. Ni lo sueñes. Esser acabará en el patíbulo. El Tribunal Militar Internacional de Nuremberg no es más que una tapadera para mandarle a la horca.

La conversación fue interrumpida por una voz suave pero irritada.

—¿Es eso lo que usted piensa, coronel Winter? —dijo Brian Samson desde el asiento de atrás.

—Exacto —contestó Peter Winter. Sabía que Samson le estaba escuchando. En realidad todo el alegato no estaba simplemente destinado a desilusionar a Pauli, sino en parte a provocar e irritar a Brian Samson. Y lo había conseguido. Ambos sabían perfectamente cómo fastidiarse mutuamente. Práctica no les faltaba.

## «Este año la primavera llega con retraso»

La cárcel estaba formada por cinco brazos a partir de una rotonda central, cada uno de ellos con tres pisos de celdas. Había alambre de espino hasta más arriba de la cabeza para impedir los intentos de suicidio, los guardianes vestían uniforme americano, y desde la oficina del fondo llegó el sonido retumbante de la melodía *Este año la primavera llega con retraso*, uno de los éxitos musicales del momento. Fritz Esser estaba en la galería del piso inferior, casi al fondo. El suelo de la celda era de losas desiguales y las paredes de yeso basto con manchas de humedad bajo la pequeña ventana alta. En un rincón, un retrete que apestaba a desinfectante.

Pauli entró en la celda sin estar preparado para el cambio que aquel breve período de cárcel había causado en su amigo. El recluso tenía cincuenta y dos años, pero aparentaba sesenta cuando menos; había ido perdiendo pelo con los años, pero de pronto se había convertido en un viejo calvo. Allí estaba, sentado en el camastro, absorto y abatido, con los codos apoyados en las rodillas y una mano sujetando su barbilla sin afeitar. Le habían quitado cinturón, tirantes y corbata, y tenía sucio y arrugado el elegante traje confeccionado a medida por el mejor sastre de Berlín. Sin embargo, aquellos ojos subrayados de oscuro eran los mismos, y por el hoyuelo de su barbilla puntiaguda se le reconocía inmediatamente como una figura del III Reich, uno de los colaboradores íntimos de Hitler.

Pauli esperó a que Fritz Esser hablase, pero como no decía nada, fue finalmente él quien dijo:

—¿Me ha mandado llamar, señor ministro?

—No soy ningún ministro —respondió el preso levantando la vista—, el Reich ya no existe, Alemania está hundida; no soy más que un número —añadió. Pauli no sabía qué contestar a aquel viejo quisquilloso al que estaba acostumbrado a ver detrás de un suntuoso escritorio tallado a mano en su despacho con tapices del ministerio, rodeado de ayudantes, secretarias y funcionarios—. Sí, doctor Winter, le he hecho, llamar. Siéntese.

Se sentó. No se había equivocado; Fritz Esser quería guardar los formulismos: doctor Winter, no Pauli. Bueno, mejor. En la cárcel es preferible hablar con formulismos a tu antiguo jefe.

—Le he mandado llamar, Winter, y le diré por qué. Me han dicho que estaba usted preso en Londres a la espera de ser interrogado, y como dicen que los que esperamos juicio podemos elegir cualquier abogado alemán para la defensa, y que si éste se halla en la cárcel le dejan salir a tal efecto, he pensado que una persona presa se imaginará mejor lo que para mí supone estar aquí.

Pauli le miró. Fritz le recordaba a alguien que había conocido hacía mucho tiempo, y cuando éste levantó los ojos, lo vio claro: Esser se había convertido en el vivo retrato de su padre, el porquero. No sabía si ofrecer al exministro un cigarrillo; cuando, aun sin haberse decidido, sacó el paquete, el policía militar apostado en el pasillo le gritó por la puerta entreabierta:

—¡Nada de fumar!

El exministro del Reich hizo como si no hubiese oído la voz del guardián y siguió explicándose.

—Segundo: usted habla inglés... con soltura. Tercero: es usted muy buen legalista; me consta por haber trabajado con usted muchos años. Cuarto, y lo más importante: es usted oficial de las SS... ¿Sucede algo, Winter? —añadió al ver que a Pauli se le demudaba el rostro.

Winter se inclinó hacia adelante con gesto confidencial y de compromiso.

—Ahora mismo, a cien metros de aquí, hay más de cien abogados americanos redactando un decreto para procesar a las SS como organización ilegal. El veredicto será penas de prisión y quizá sentencias de muerte para los que formaron en sus filas.

—Muy bien —replicó impaciente el preso. Siempre había detestado lo que calificaba de «detalles trapaceros sin importancia»—. Pero no iré a pretender de pronto que no ha sido miembro de las SS, ¿no?

Por primera vez, Winter se percataba de que el ministro quería que formase parte del equipo de la defensa, y se sobresaltó; miró por la celda temiendo que hubiese micrófonos, cosa bastante probable, pues recordaba aquel centro de cuando había trabajado en la Gestapo de Nuremberg y sabía que la mitad de las confesiones presentadas en juicio contra los camisas pardas disidentes se habían obtenido de notas taquigrafiadas tomadas por funcionarios a la escucha de las conversaciones de los detenidos y captadas a través de micrófonos ocultos.

—No puedo contestar —respondió en voz baja.

—No me venga con esas dubitaciones... sí, no, no sé. No quiero un liberal farragoso, pusilánime y filosemita que trate de anular mi proceso merced a subterfugios de leguleyo. Le he mandado llamar porque fue usted quien me metió en esto. Recuerdo todo lo que hizo por el partido; recuerdo los buenos tiempos que vivimos antes de siquiera soñar con hacernos con el poder. Y me acuerdo de que su padre me prestó dinero cuando los demás ni se dignaban recibirme en su despacho. Vamos, Winter, cobre ánimo. ¡O pone todo lo que hace falta para asegurar mi defensa o se marcha ahora mismo!

Así que su padre había dado dinero al partido a pesar de todo lo que él había hecho y aconsejado. Y Fritz había sido el gestor. Muy propio de su padre y característico de Fritz. ¡Y también del partido! ¡Dios, qué cínicos eran todos!

—¿Me ha oído? —inquirió Esser.

—Sí —contestó Pauli sonriendo para animarle. Admiraba el valor de su viejo amigo. Las apariencias engañaban, porque no era el personaje que él había creído: seguía siendo el mismo malnacido sin escrúpulos a cuyo servicio había estado. Recordaba la primera concentración política en la Postdamer Platz en los años veinte y el discurso que había pronunciado: «Bajo las cenizas aún arde el fuego». Una frase recurrente en todas sus alocuciones hasta el final en 1945.

—Nos enfrentaremos a ellos —replicó Pauli—. Agarraremos a esos jueces por los tobillos y los sacudiremos hasta que se les caigan los calzoncillos.

—Exacto —añadió Esser. Otra de sus muletillas. ¿Sería eso lo que le había hecho al padre de Pauli hasta hacer caer el dinero al suelo?—. Exacto —repitió Esser casi sonriendo. Cómo se parecía a un oso. No ya el elegante oso que cazaba peces a zarpazos en los arroyos, sino un ejemplar apolillado tras los barrotes del zoo. Pero aún conservaba afilados dientes y garras; y aguda la mente.

—¡Ha concluido la visita!

Pauli miró su reloj; faltaban dos minutos, pero los americanos eran así. Hablaban de justicia y libertad, de democracia, pero no regalaban un ápice. Eran los vencedores. Todo aquel maldito proceso de Nuremberg no era más que un montaje; una ocasión para que americanos, ingleses, franceses y rusos esgrimiesen la elaborada pretensión de legalidad previa a la ejecución de los vencidos. Pero era preferible que el exministro no alcanzase a ver con exactitud el ineluctable veredicto y sentencia. Mejor seguir luchando y caer

en la lid; así, al menos, conservarían íntegro el ánimo. Así podrían revivir los viejos tiempos, aunque sólo fuese en el recuerdo.

Cuando Pauli llegaba a la puerta, Esser le llamó.

—Ah, una cosa, Winter —Pauli se volvió—. He oído que hay un agresivo coronel americano que forma parte de la acusación; uno alto, delgado, de impecable uniforme y uñas de manicura... uno que habla perfectamente alemán con acento de Berlín. Por lo visto odia a los alemanes y no da ninguna tregua; parece que, en las comparecencias, los trata a todos con invectivas. Bien; me han dicho que le han enviado específicamente de Washington para que estructure mi acusación... —Hizo una pausa y se le quedó mirando, irradiando aquella cólera que hacía temblar a todos los de su ministerio y a los de otros organismos—. No la de Göring, Speer, Hess u otro, sino concretamente la mía. ¿Qué sabe usted de ese maldito *Schweinehund*?

—Le conozco. Es mi hermano.

Casi disfrutó al ver el gesto de consternación de Fritz Esser.

—¿Tu hermano?... ¿Peter?

—Exacto.

Pasó un guardián silbando tranquilamente.

—¿Y los americanos le han hecho coronel de su ejército? Pero si es alemán...

—Los americanos hacen las cosas de otra manera, Fritz. Cuesta un poquito acostumbrarse.

—¡Dios, ya lo creo! ¡O sea, que era una especie de espía! Y yo salvé la vida a ese malnacido... El año pasado: aquella noche en Berlín. Tú le sacaste de la ciudad.

—Él lo sabe.

—No sé yo si lo sabrá —dijo Esser.

—No lo hiciste por él, ¿verdad? Fue por el Reichsführer de las SS.

—Tú le salvaste la vida —añadió Esser apuntándole con un dedo regordete.

—No me vengas con detalles trapaceros sin importancia —replicó Pauli.

Fritz Esser esbozó a duras penas una sonrisa. ¡Dios mío, cómo se parecía al porquero! Pauli dio en pensar si no estaría él comenzando a parecerse a Harald Winter del mismo modo.

## «Un buen alemán, hombre de honor»

Considerando que había quedado inconsciente en el campo de batalla, había sufrido heridas de metralla y había sido incluido entre las bajas con vida del enemigo por una patrulla americana de sepultureros, Rudolf Freiherr von Kleindorf había tenido una recuperación sorprendente. No obstante, había pasado cinco meses en el hospital, y aún padecía mareos y desvanecimientos. Por eso le habían repatriado y se había convertido en simple ciudadano cuando la mayoría de los militares alemanes seguían en campos de concentración aliados.

Con un pase oficial emitido por el mando militar aliado de Berlín, se había trasladado a la zona rusa de Alemania para reunirse con alguien que no conocía: el barón Wilhelm von Munte, un aristócrata terrateniente que vivía en Bernau como siempre habían hecho sus antepasados.

Lo que antes era un simple viaje en un tren de cercanías, a Von Kleindorf le llevó varias horas. Era un triste día, con el cielo totalmente encapotado y el característico viento del este que siempre provoca bajas temperaturas en aquella región. El único tren en que estaban autorizados a viajar los alemanes llegó con más de una hora de retraso, y tuvo que hacer a pie todo el camino desde la estación, gran parte de él pisando barro. La policía militar rusa le paró cuatro veces y no sólo para pedirle la documentación, sino que telefonaron al cuartel general antes de dejarle proseguir su camino.

Incluso al llegar a la dirección señalada le pararon unos soldados rusos para interpellarle, pues la casa solariega de los Munte la había confiscado el ejército rojo. Eran soldados de primera línea, individuos de extraña catadura, que jugueteaban con los fusiles, fumaban puros cortos y, a diferencia de los hombres que había mandado Kleindorf, estaban sin afeitarse y olían a alcohol.

El anciano Von Munte estaba en cama en una habitación de la casa del guarda junto a la verja. Aunque la casona le había sido confiscada por el ejército rojo, no los habían desalojado de la finca; incluso les habían permitido coger unos montones de libros de la biblioteca. Los libros estaban apilados en el suelo a lo largo de una pared del atiborrado y oscuro

dormitorio. Demasiado oscuro para leer, porque no había luz eléctrica en toda aquella zona del país, y no era previsible que la hubiera en un futuro inmediato. Los rusos no iban a poner en funcionamiento las centrales, sino que las desmantelaban y las trasladaban a Rusia. La calefacción corría a cargo de una pequeña estufa de leña que aquel día —pese al cruel frío— no estaba encendida, y la iluminación se efectuaba con un gran candil de latón roto y sucio, colocado en una mesita. El anciano se reponía de una enfermedad causada por un virus desconocido, pero cuando menos era afortunado de contar con la asistencia de un médico competente de la localidad, y aún más afortunado de contar con la presencia de su hijo Walter von Munte, que le cuidaba con gran dedicación. Fue Walter quien abrió la puerta y advirtió a Von Kleindorf que su padre no estaba en condiciones de hablar más que unos minutos.

Walter había sido un estudiante aplicado, premiado con buenas notas en los exámenes, que le habían valido, hacia finales de la guerra, un buen empleo en el Reichsbank. Casado muy joven —por haber quedado embarazada su novia Ida—, luego había quedado viudo al morir ella en Berlín durante uno de los primeros bombardeos de aviación. Ida era bailarina y había vuelto a trabajar después de nacer el hijo. La actitud familiar había creado una tensa situación, pues el anciano nunca había aceptado a la nuera; Walter, sin embargo, adoraba y ahora idolatraba su recuerdo y el hijo que le había dado. Luego, ya a punto de concluir la guerra, se produjo esta terrible tragedia: el hermano menor de Walter murió en combate. El anciano Von Munte no veía más que por los ojos de aquel muchacho de quince años y su pérdida le había quitado la razón de vivir. Desde entonces, Walter vivía con su padre y le cuidaba con gran devoción, igual que a su pequeño huérfano de madre. Pero el vínculo que unía a padre e hijo era la agonía: una agonía rayana en la desesperación.

Por todo ello, Von Kleindorf se enfrentaba a la obstrucción filial y a la pesadumbre del padre en su solicitud de que el anciano Wilhelm von Munte acudiese a Hamburgo a testificar en el juicio contra el general Alex Horner por crímenes de guerra.

Von Kleindorf permanecía de pie, cabizbajo, en previsión de no volver a golpearse con las vigas del techo. Nadie le había invitado a sentarse y estaba con los brazos caídos en la actitud de respeto característica de un aristócrata prusiano que visita a un igual.

—¿Qué le induce a creer que no es cierto? —inquirió el joven Von Munte, que era un hombre fornido y se hallaba sentado en un rincón en una

silla baja de cocina. La luz fuerte que precede a la tormenta le iluminaba medio rostro y bañaba el desnudo suelo con reflejos dorados en el techo. Por unos instantes, el cuarto quedó invadido por una curiosa luz sin sombras que confería al anciano, reclinado en la almohada con galón de encaje de aquella cama de latón, aspecto de santo momificado y expuesto con motivo de alguna celebración religiosa.

Von Kleindorf había estado dirigiéndose al anciano, pero éste no había dicho palabra y era el hijo quien daba las respuestas. Aunque no tenía muchos años, no parecía joven; era un individuo fornido y melancólico, el tipo de hombre que nunca parece joven.

Kleindorf le miró. ¿Qué se proponía; ponerle a prueba?

—No dije que no fuese cierto —respondió pacientemente—, sino que no es culpable.

—¿De fusilar a prisioneros ingleses?

—En el cuerpo de ejército de Horner había una división de las SS que fusiló a prisioneros; prisioneros australianos.

—¿Qué dice el comandante de esa división?

—El comandante ha muerto. El estado mayor de la división luchó hasta el último hombre, y cuando el puesto de mando del cuerpo de ejército fue tomado, Horner se defendía con un fusil. Es una historia increíble. Lucharon hasta el fin.

—El comandante en jefe es el responsable de las atrocidades cometidas en su sector —dijo Walter.

—Pero no está bien —replicó Von Kleindorf—. No es justo.

Walter von Munte no se molestó en contestar. Claro que no estaba bien ni era justo: casi nada estaba bien ni era justo.

—¿Cuándo es el juicio? —preguntó.

—Aproximadamente dentro de dos meses. Aún no han fijado la fecha exacta.

—¿En Hamburgo?

—Sí, en Hamburgo —respondió. Se preguntaba si el hecho de que el juicio justificase un viaje a la zona inglesa suscitaría el interés del anciano.

—No acabo de ver de qué serviría la presencia de mi padre.

Von Kleindorf estaba harto de que fuera el joven quien contestase a sus preguntas, y miró directamente a Wilhelm.

—Barón Munte —dijo—, usted conoce al general Horner; participó con usted en la conspiración contra Hitler. Sólo quiero que testifique eso ante el tribunal.



El anciano carraspeó y dijo:

—¿Se creerán los ingleses que un conspirador antinazi es incapaz de fusilar a los prisioneros?

Lo había dicho como un graznido en tono burlón.

—No lo sé, barón Munte. Sólo trato de ayudar a un hombre bueno, a un buen alemán, un hombre de honor.

—Todos los buenos alemanes han muerto —replicó el barón. Era la respuesta de un anciano, provocadora y elusiva.

Von Kleindorf no dijo nada.

—¿Por qué le envió Horner? —inquirió el anciano, como dolido por el desaire de que el general preso no hubiese venido en persona.

—No me envió. He venido por propia iniciativa.

—¿Por qué usted?

—Era mi deber.

—¿Tiene usted cigarrillos? —graznó el viejo.

—No; no puedo adquirirlos —respondió Von Kleindorf.

—Los rusos no dejarán viajar a mi padre —dijo Walter. A sus espaldas, golpearon las primeras gotas de lluvia en los cristales de la ventana, formando al poco un líquido tatuaje.

—Habrà una solicitud de los ingleses.

—Pero no le darán permiso. Cuando sepan que es para ser testigo de la defensa en un juicio contra un alemán, pondrán obstáculos como hacen siempre.

—¿Siempre? —dijo Von Kleindorf. Había disminuido notablemente la luz en el cuarto y ya llovía con fuerza. En aquella llobreguez las figuras del padre y del hijo quedaban difuminadas: sólo brillaban los barrotes de latón de la cabecera de la cama.

—Usted no vive en zona rusa —dijo el hijo—. Si no, lo sabría.

—¿Estaría dispuesto a venir? —preguntó Von Kleindorf al anciano.

El viejo Wilhelm se recostó en la almohada y cerró los ojos como pensándose. Era un maldito calculador que reflexionaba hasta qué extremo su testimonio podía redundar en beneficio de su reputación o la de su familia.

—Ya le diré algo —respondió.

Kleindorf chocó los tacones con una inclinación.

—Gracias, barón Munte.

—Tal vez un testimonio por escrito... —añadió el hijo mientras Von Kleindorf daba media vuelta para salir.

## **«Y nadie sabe quiénes son esos tres»**

Fue uno de los abogados americanos, el coronel Bill Callaghan, quien protestó airado por lo de Pauli Winter. Y quien recomendó que se le obligase a firmar cada vez que entraba y salía del alojamiento asignado y del palacio de Justicia. De no haber sido por eso, nadie le habría informado antes de que a la mañana siguiente se reanudaba el juicio.

Pauli Winter no regresó aquella tarde al alojamiento asignado; y el coronel Peter Winter, del ejército americano, también desapareció. Brian Samson echaba sapos y culebras. Sobre el papel, Samson era el único responsable de Pauli Winter, y allí en Nuremberg el papel era lo único que contaba.

Había una luna espléndida. Los tres camiones, a pesar de sus neumáticos para todo tipo de condiciones meteorológicas y la tracción a las cuatro ruedas, discurrían con dificultad por la estrecha carretera rural bávara debido a la espesa capa de nieve. Samson había asumido apresuradamente aquella misión, procurándose los vehículos en el cuartel de Bad Reichenhall. Los conductores no estaban acostumbrados al clima de los Alpes bávaros en aquella época del año, y los soldados eran una heterogénea colección de hombres de distintas unidades sin la más mínima relación, salvo el factor común de esperar el permiso para volver a sus casas. Estaban nerviosos y de mal humor por haberlos obligado a dejar su cuartel calentito en plena noche.

En cabeza de los camiones marchaba un jeep —el Buick oficial del general Glenn Rensselaer no habría podido circular por aquel terreno— con el capitán Brian Samson y el general Rensselaer en el asiento trasero. En el delantero, al lado del chófer, con un mapa y una linterna en las rodillas, iba un neoyorquino de rostro rosado, un teniente primero del cuerpo de contrainteligencia llamado Busby. Tenía veintiocho años y había sido policía; y como tal, agresivo como suelen serlo los agentes en las grandes ciudades; no obstante, pese a las pocas horas que llevaba con él, Brian Samson estaba convencido de que Busby era un buen perseguidor de fugitivos. Y ésa era la misión que les habían encomendado.

—¿Cómo encontró su pista? —preguntó el general Rensselaer a Busby.

—Hay un batallón de ingenieros que repara un tramo de la autopista cerca de Chiemsee. Y todos los que pasan por allí tienen que detenerse.

—¿Y los identificaron ellos?

—La policía militar controla el tráfico.

—Ah, claro.

—Un coronel y un paisano alemán de mediana edad, bajo y rubio. No cabe duda, son ellos; pierda cuidado.

Brian Samson miró de reojo al general Rensselaer. Rensselaer habría preferido seguramente una descripción menos concreta; aún seguía convencido de que se trataba de un error.

—No es la primera vez que sucede —dijo Busby—. Esos hijos de puta se dirigen a la frontera austríaca con la esperanza de torcer hacia el oeste hasta la dulce Suiza, o hacia el sur a Italia. Generalmente los cazamos en algún puerto de esa zona. Y en esta época del año no hay muchos abiertos. Pero no entiendo lo del coronel americano. ¿Es acaso una especie de rehén?

—No se sabe —se apresuró a decir el general Rensselaer.

—Eso daría otro giro a la situación —añadió Busby—. ¿O es que están embarcados juntos en algo sucio? ¡Santo cielo!, la semana pasada tuve que detener a un coronel con un camión llenito de narcóticos; y aún me quería echar la bronca... ¿Se imaginan?

Rensselaer siguió callado. Busby encendió la linterna para echar un vistazo al mapa y luego volvió a apagarla, como imponía el reglamento. Las instrucciones oficiales señalaban que todos los transportes que circulaban de noche constituían un blanco para el «hombre lobo». Las unidades hombre lobo, explicaba el boletín, eran grupos muy bien organizados y armados de hombres de las SS y del ejército alemán, cuidadosamente escogidos, que se habían echado al monte a finales de la guerra para secundar una sublevación general contra las tropas de ocupación en el momento apropiado.

El hecho de que tales unidades sólo fuesen producto de la imaginación de los jefes de la inteligencia aliada, no había sido óbice para que algunos soldados informaran de su presencia en noches oscuras de intensa libación.

—Los policías de las obras en Chiemsee observaron que en el jeep llevaban una zapa y herramientas —añadió Busby.

—¿No las llevan todos los jeeps? —inquirió Rensselaer—. Éste las tiene.

—Sí, puede que sí; pero si es para desenterrar esos lingotes de oro que dicen del Reichsbank, pediré un detector de metales. El otro jeep tiene radio.

—No hay necesidad de detector de metales —replicó Rensselaer—. ¿Qué opina usted, Brian? —añadió en voz baja dirigiéndose a Samson.

—Paul Winter se enfrentaba a graves acusaciones en Londres. Es tentador que intente escapar.

—No lo dice en serio, Brian —dijo casi suplicando—. ¿Y por qué también Peter?

—No lo sé, general. Pauli había salvado la vida a su hermano; no una, sino varias veces. Peter lo sabe, y arrastra esa obligación moral como una carga.

—Y le habrá ayudado... ¿quiere usted decir?

—Sí, general; le habrá ayudado.

—Supongo que conoce a Peter igual que yo... quizá mejor.

—Es inevitable conocer a una persona cuando se está con ella encerrado en una habitación.

—Y a usted no le cae bien.

—Estoy hasta aquí de los alemanes, general Rensselaer —dijo Samson levantando la mano hasta la altura de la nariz—. Cuando acabe mi contrato, voy a pedir un destino bien lejos. O me dedicaré a otra cosa.

—Eso lo dice ahora —replicó Rensselaer—, pero apuesto algo a que acabará usted de germanólogo. Y quizá se quede a vivir en Alemania.

—Dios no lo quiera —respondió Samson.

Rensselaer se inclinó hacia adelante para hablar con el teniente.

—Cuando lleguemos, despliegue usted a los hombres tal como le indiqué en el mapa. Yo subiré hasta la casa con el capitán Samson. Nosotros conocemos a esos hombres y parlamentaremos.

—Como usted diga, general, pero me meterá usted en un buen fregado si esos cabrones se lo cargan.

—Usted asegúrese de que no pasa nadie.

—Por supuesto, general. Mis hombres no dejarán pasar ni a una ardilla. Mis muchachos ya han actuado en otras ocasiones y éstos no pueden pasar a Austria si no es por el Kniepass al oeste o por Hallein. Incluso en pleno verano, dudo mucho de que se pueda andar por esas montañas. Esos nazis tendrán que volver sobre sus pasos o quedarse donde están hasta que se les congelen los huevos.

—No son nazis exactamente —replicó amablemente Rensselaer.

—¡No! ¡Claro! —asintió el teniente Busby—. Hablando con los *krauts*<sup>[13]</sup> me he convencido de que sólo había tres nazis en toda Alemania y nadie sabe quiénes eran.

Rensselaer estaba irritado, pero se mordió el labio y se dominó. No estaba bien que un general chillase a un oficial joven en semejantes circunstancias. Y no cabía esperar que Samson diese una reprimenda al teniente; además, Samson ni siquiera era del mismo ejército. En cualquier caso, era un tema delicado.

Llegaron a Berchtesgaden. Había luces, pero el toque de queda mantenía las calles vacías de alemanes y americanos, con excepción de un sargento en un jeep delante del Berchtesgaden Hof, convertido en centro de descanso para oficiales de la 101 división aerotransportada.

—¡Hola, Siggi! —dijo el teniente Busby cuando llegaron a su altura. Intercambiaron unas palabras. El sargento Siggi era un hombre delgado, que apoyó el pie en el estribo para hablar con Busby. A continuación montó en su propio jeep y encabezó el convoy.

Aún quedaba un buen trecho para llegar al Obersalzberg. Empezaron a subir. La carretera era empinada y serpenteante, con curvas en horquilla. Los camiones tenían que rodar en primera, y a su gruñido en las negras cuestas respondían los árboles cargados de nieve.

Cruzaron la puerta con tejadillo y la caseta de centinela que antaño cerraba el camino al «barrio del Führer», ahora derruida y vacía. Al llegar a unas viejas granjas, disminuyeron la velocidad y el jeep que iba en cabeza cruzó bamboleándose una puerta abierta y entró en un patio adoquinado. Siggi, con el brazo estirado desde el jeep en movimiento, les señaló el sendero. Hacía mucho que los dos fugitivos habían pasado por la granja, pero aún se veían sus huellas en la nieve.

Cuando el jeep llegó al segundo patio, en el extremo de la granja abandonada, el convoy se detuvo. Ya no había más carretera que permitiese el paso de camiones. A partir de allí el terreno se elevaba bruscamente, primero en unas laderas de espeso bosque, y luego continuaban ya hasta el plano en el que los nevados Hohe Göll y Hohe Bret alzaban su masa gigantesca y amenazadora a la luz de la luna.

El teniente saltó del jeep, se colgó el rifle al hombro y, con ayuda del sargento ayudante, situó a la tropa a lo largo del sendero de carros que marcaba el límite de los pastizales altos de verano. Cuando estuvieron desplegados en una larga línea al pie de la ladera, los hizo avanzar hasta que quedaron ocultos.

Los soldados llevaban abrigo con capucha, que se abrocharon para protegerse del frío. Permanecieron bajo los árboles, pisando con fuerza y

dándose palmetazos para procurar calentarse; más de uno echó un trago de una botella de petaca.

El capitán Samson se quitó el abrigo, lo dejó en el asiento trasero del jeep y se ajustó sobre el uniforme de combate el correaje con la pistola.

—Buena suerte, señor —dijo Busby cuando Rensselaer y Samson comenzaron a avanzar por el escarpado sendero.

—Tenga usted cuidado en que no me disparen en el culo teniente —dijo Rensselaer por encima del hombro.

—Sí, señor —respondió Busby, saludando militarmente. En el frío aire nocturno, su hálito era como humo blanco.

El sendero era resbaladizo y el hielo crujía bajo sus pasos; había caído mucha nieve de los árboles y parecía que había vuelto a nevar. Al cabo de unos quince minutos estaban ya en plena ladera de la montaña, en la oscuridad del espeso bosque. Allí no pisaban nieve: los árboles se cerraban sobre sus cabezas.

Al llegar a un cortafuegos, Rensselaer se detuvo para contemplar el paisaje. Mirando montaña abajo, con la ladera bañada por la luz de la luna, veían el «Führergebiet» completo: el Berghof de Hitler, la casa de Bormann muy cerca de la de su jefe, el ostentoso pabellón de caza de Göring, la austera Casa de Invitados del partido nazi y los enormes bloques de acuartelamiento de las SS rodeando el campo de desfiles. Todo ello eran ahora ruinas sin techumbre esparcidas por un terreno lleno de cráteres. La nevada acentuaba la destrucción.

Al norte, las luces de Berchtesgaden se veían nítidas como estrellas. Detrás del pueblo se alzaba el imponente Lattengebirge. Las montañas rodeaban el paisaje. Esa era la panorámica de la que disfrutaba Hitler desde la terraza de su Berghof. ¿Por qué los alemanes se complacían tanto en retirarse a aquel paisaje montañoso?, pensó Samson. ¿Tendría algo que ver con su paranoia esencial?

—¡Qué vista, Brian! —dijo Rensselaer, a pesar de que los dos sabían perfectamente que el general necesitaba recobrar aliento—. Ha hecho bien en dejar el abrigo abajo.

Samson asintió con la cabeza.

Cuando reanudaron el camino, el sendero se hizo más abrupto. Sin nieve, ya no se veían las pisadas de los dos hermanos, pero, aun en pleno invierno, la maleza era tan espesa que era evidente que nadie se había aventurado recientemente fuera del estrecho sendero.

Volvieron a hacer un alto y esta vez Rensselaer no disimuló su agotamiento. Se desabrochó el tabardo y se apoyó en un árbol.

—Brian, si sabe usted qué es lo que realmente ha pasado, es el momento de que me lo explique.

Brian Samson le miró como pensando en lo que iba a decir.

—No conozco personalmente a Paul Winter —respondió—, sólo le vi una vez hace mucho tiempo; pero por lo que he oído nunca supo enfrentarse a la realidad. Y ahora, ante el castigo, huye.

—Le tacha usted de infantil —dijo Rensselaer.

—Es lo que me dicen todos que es —respondió Samson.

—Es usted un hombre duro, capitán Samson —comentó Rensselaer—. No me gustaría tenerle como juez.

—Yo no soy juez de nadie —replicó Samson—, pero me han confiado la custodia de Winter y estoy decidido a entregarle.

—Todo según las ordenanzas, ¿eh?

No era un comentario mordaz; Glenn Rensselaer trataba de entenderle.

—General, no querrá que le dejemos suelto...

—No. Pero ¿tenía que dar la alarma por este circo?

—El CIC de Nuremberg es mi teléfono oficial de contacto y el teniente Busby el oficial de servicio.

—Podría haberme telefoneado a mi apartamento, Samson; tiene usted el número.

—Tengo su teléfono, general Rensselaer, y le llamé inmediatamente después de hablar con el CIC.

—Lástima que no fuese *antes* de hablar con el CIC.

—General, eso no es lógico. Sabe usted tan bien como yo que Paul Winter estaba bajo vigilancia y que esa vigilancia la ordenó un oficial americano: el coronel Bill Callaghan. No fue una cosa solicitada por mis superiores ni por mí.

—¿Cómo se ha enterado de eso, capitán?

—Me preocupé de averiguarlo, general Rensselaer. Cuando alguien obstaculiza la gestión de un preso cuya custodia me ha sido confiada, me gusta enterarme de los pormenores.

Glenn Rensselaer asintió con la cabeza. Aquel inglés era duro de roer. No le extrañaba que Peter se hubiese llevado tan mal con él. Era un hombre perfectamente informado; por eso resultaba tan difícil discutir con él. Era como tratar de hablar con una máquina.

—Me imagino que tiene razón, capitán. No debería haber mencionado el tema. Bien, continuemos —dijo levantando la vista sendero arriba—. Cuanto antes hallemos respuesta a este misterio, mejor.

Lo primero con que se tropezaron fue un cobertizo de madera, el alojamiento primitivo usado por los vaqueros en verano cuando llevan el ganado a los pastos altos. Junto a él habían amontonado leña del modo tan geométrico característico de aquella zona europea. Los extremos de los troncos estaban dispuestos a guisa de una dorada media luna.

Había una breve escalinata de piedra y una verja de hierro forjado en un bonito porche y en él un tronco bellamente labrado con las palabras *Haus Pauli* y unos edelweiss a cada lado. Detrás del porche, aún más arriba, estaba la casa que Harald Winter había regalado a su hijo. No se veía luz en las ventanas, pero una de las contraventanas estaba abierta, como para que entrase la luz de la luna.

Samson sacó su revólver Webley reglamentario y gritó:

—¡Winter, salga con las manos en alto!

No hubo respuesta.

Rensselaer optó por probar:

—¡Pauli, soy Glenn! Sal. No te sucederá nada.

Más silencio.

—A lo mejor no oyen nada. Las ventanas están cerradas —dijo Rensselaer acercándose a la puerta de la casa. No estaba echada la llave. La abrió, pero Samson se le adelantó y cruzó el umbral empuñando el revólver. Las luces estaban apagadas. Pasaron del vestíbulo al gran salón. La luz que entraba por la ventana les hizo ver que no había nadie. Cortinas, alfombras, libros, cuadros y muebles habían sido robados por el tipo de ladrones que se autodenominan coleccionistas de recuerdos. Hasta un aplique había sido arrancado de la pared y colgaba roto.

Subieron al piso de arriba. La misma desolación en toda la casa. Sólo un dormitorio había sido utilizado hacía poco. Había una cama metálica, ropa de cama, dos sillas de madera y un gran baúl metálico abollado en un rincón. Estaba sucio y parecía haber sido desenterrado. Se acercaron y Rensselaer alumbró en su interior con la linterna. Estaba vacío y sólo quedaba un viejo candado de bronce con la llave puesta.

—Han cogido algo —comentó Samson.

—Eso parece —dijo Glenn Rensselaer abriendo el armario. Tenía ropa en las perchas: un traje gris y pantalones de trabajo. Había también ropa de mujer; vestidos negros y una combinación seguramente de la talla de Inge.



—Deben de ser del exministro Esser. Le detuvieron en esta casa —dijo el capitán Samson.

—Ésta es la casa de Pauli Winter —dijo Glenn Rensselaer.

—Lo sé —contestó el capitán Samson.

—Usted lo sabe todo, ¿no? —dijo Glenn Rensselaer.

—¿Sobre Paul Winter? Pues sí.

—Entonces quizá pueda decirme dónde está su esposa Inge.

—En Garmisch; en la hostería del Caballo Blanco.

—¿En la quéee?

—Es un cabaret caro para estraperlistas y gentuza así. Hay una orquesta de baile y ella canta.

—¿Que canta? ¿Inge Winter? ¡Santo cielo!, pero si es una cuarentona...

—No hay ninguna ley que prohíba cantar a las señoras mayores —replicó Samson.

Rensselaer no respondió por temor a mostrar su irritación. Le molestaba el carácter del capitán Samson, igual que la impertinencia del teniente Busby. La cortesía se había acabado: aquello era un mundo de jóvenes.

Tras otro rápido vistazo a la casa, los dos hombres salieron de ella a la búsqueda de pisadas. Las encontraron demasiado tarde.

El sonido de los disparos sonó fuerte en la noche clara y apacible. Samson lo reconoció: el peculiar sonido de un fusil automático Browning.

—¡Dios mío! —exclamó Rensselaer. Era un viejo cansado, pero la angustia le dio fuerzas para echar a correr cuesta abajo por el sendero, resbalando de vez en cuando.

El capitán Samson no se apresuró. Lo que hubiese sucedido ya lo vería cuando llegase al sitio. Desde el principio había tenido la impresión de que los hombres del teniente Busby eran muy agresivos.

Los dos cadáveres estaban muy juntos, caídos en la nieve en la zona de la montaña en la que los árboles se espaciaban y daban paso a los pastos cubiertos de nieve. Bajo uno de ellos —el del rubio— se había formado una gran mancha en la nieve que rápidamente se había helado, y la lupa hacía brillar su superficie lisa y tersa. Ninguno de los dos iba armado. Peter vestía una trinchera color caqui claro; era difícil distinguir que se trataba de un oficial de uniforme. La trinchera sin abrochar se había abierto y, totalmente desplegada, parecía unas alas.

Pauli llevaba un viejo abrigo azul, el mismo que había usado durante años. Era un loden caro que Inge había elegido en una época en que lo elegía casi todo.

Estaba doblado sobre un costado, con los brazos recogidos bajo el cuerpo por la caída. Había plegado las rodillas en posición fetal, con los músculos tensos como es frecuente en los últimos segundos de una muerte así. Peter, justo detrás de él, se hallaba boca abajo con los brazos abiertos como una águila. Al general Glenn Rensselaer le pareció que el brazo de Peter estaba extendido en un último esfuerzo por alcanzar el hombro de su hermano.



LEONARD CYRIL DEIGHTON (Marylebone, Londres, Reino Unido, 18 de febrero de 1929), escritor, artista gráfico, periodista, historiador militar y ocasional productor de cine británico, especializado en la novela de espías.

Tuvo un éxito considerable con su primera novela, *Ipcress: peligro de muerte*, que se prolongó con las otras tres que tenían al mismo espía anónimo como protagonista. Asimismo, escribió tres trilogías de espías con Bernard Samson, agente de inteligencia británico, como protagonista. También incursionó en el teatro, publicó libros de cocina y aviones y escribió relatos históricos sobre eventos de la Segunda Guerra Mundial.

## NOTAS

[1] Canalla. (*N. del t.*) <<

[2] Ama de casa. (*N. del t.*) <<

[3] Desde luego. (*N. del t.*) <<

[4] ¿Quién vive? (*N. del t.*) <<



[5] Se trata de Kurt Weill, músico del expresionismo de vanguardia que posteriormente colaboró con Bertolt Brecht en obras de inspiración popular-realista como la *Ópera de cuatro cuartos*. (N. del t.) <<

[6] Ejército del Reich. (*N. del t.*) <<

[7] Salud. (*N. del t.*) <<

[8] Popular. (*N. del t.*) <<

[9] Unidades con la insignia de la calavera. (*N. del t.*) <<

[10] Alemanes residentes. (*N. del t.*) <<

[11] Office of Strategic Services. (*N. del t.*) <<

[12] *Espera a que yo te avise. (N. del t.) <<*



[13] Alemanes, en sentido despectivo. (*N. del t.*) <<